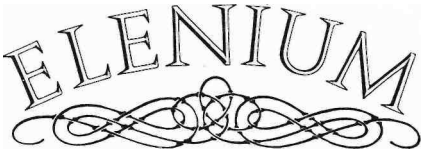


David Eddings

LA ROSA DE ZAFIRO

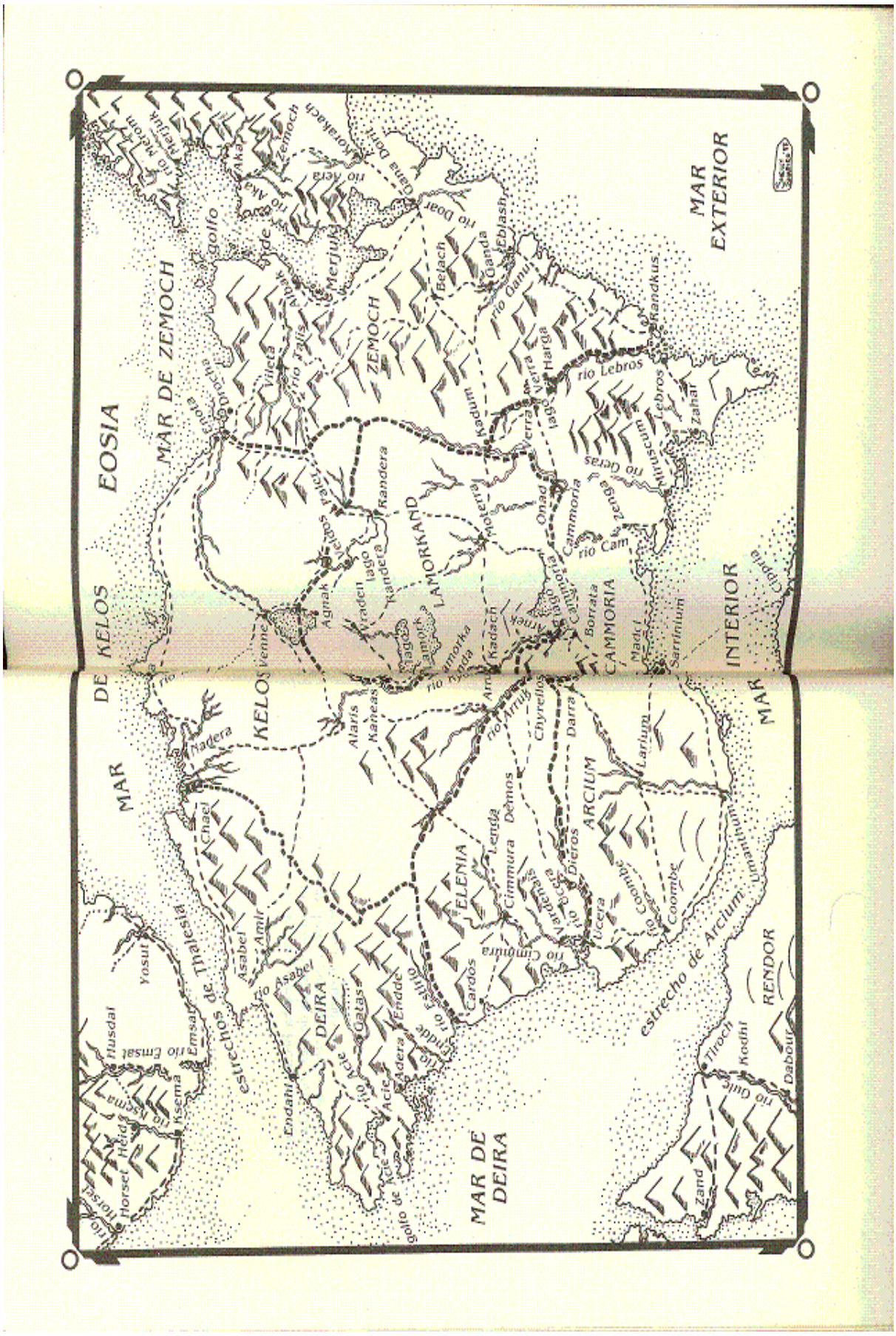
Volumen 3

TIMUN MAS

Diseño de cubierta: Víctor Viano
Ilustración de cubierta: Keith Parkinson
Escaneado: domine
Título original: *The Sapphire Rose (Book 3 of The Elenium)*
Traducción: Mª Dolors Gallart
© 1991 by David Eddings
© Editorial Timun Mas, S. A., 1992
Para la presente versión y edición en lengua castellana
ISBN: 84—7722—494—3 (Obra completa)
ISBN: 84—7722—497—8 (Volumen 3)
Depósito legal: B. 22.111—1992
Hurope, S.A.
Impreso en España — *Printed in Spain*
Editorial Timun Mas, S.A., Castillejos, 294 — 08025 Barcelona

Nota del autor: Mi esposa me ha hecho saber que le gustaría escribir la dedicatoria de este libro. Dado que a ella se debe buena parte del trabajo, su sugerencia me parece más que indicada.

Alzaste la mano
y bajaste el fuego del cielo.
Quiéreme


EOSIA
MAR DE ZEMOCH
MAR DE KELOS
MAR EXTERIOR
MAR INTERIOR
MAR DE DEIRA
ZEMOCH
LAMORKAND
CAMMORIA
ARCIUM
ELENIA
DEIRA
RENDOR
KELOS
estrechos de Thalesia
estrecho de Arcium
rio Lebros
rio Cam
rio Asabel
rio Emsat
rio Ksema
rio Gule
Zemoch
Merjuk
Randera
Kadum
Harga
Randkus
Zahar
Lebros
Onad
Cammoria
Borrata
Madel
Sarrinium
Cipria
Larium
Umanthum
Coombe
Ucera
Dieros
Demos
Lenda
Cimmura
Cardos
Endde
Adera
Gatas
Acie
Endahi
Amir
Asabel
Chael
Nadera
Alaris
Kaneas
Kadach
Arnek
Chyrellos
Darra
Tiroch
Kodhi
Dabour
Zand
Horset
Heid
Ksema
Husdal
Yosut
Emsat
Enota
Drocha
Vileta
Merjuk
Aka
Zemoch
Korakach
Gana Dorit
Belach
Ganda
Eblash
Kadum
Verra
Harga
Randera
Moterra
Agnak
Vraden
Venne
Kadach
Arnek
Cammoria
Zenga
Miruscum
Lebros
Zahar
Cipria
Sarrinium
Cimmura
Vardenais
Ucera
Coombe
Cardos
Endde
Gatas
Acie
Endahi
Amir
Asabel
Chael
Nadera
Yosut
Emsat
Horset
Heid
Ksema
Husdal
Zand
Kodhi
Dabour
Tiroch
golfo de Acie
golfo de Thalesia
rio Merom
rio Aka
rio Aera
rio Doar
rio Ganu
rio Talis
rio Kynda
rio Arrul
rio Cimmura
rio Ucera
rio Coombe
rio Gulc
rio Ksema
rio Emsat
rio Asabel
rio Acie
rio Endde
rio Estirio
rio Kynda
rio Cam
rio Geras
rio Lebros
rio Ganu
rio Doar
rio Aka
rio Merom
rio Merjuk

Prólogo

«Otha y Azash», extraído de *Una superficial historia de Zemoch.*
Compilado por el Departamento de Historia
de la Universidad de Borrata

Tras la invasión de los pueblos de habla elenia de las estepas de Daresia Central situadas en el este, los elenios fueron emigrando gradualmente hacia Occidente, desplazando a los estirios que habitaban de forma dispersa el continente eosiano. Las tribus que se instalaron en Zemoch se habían establecido más tardíamente y estaban mucho menos avanzadas que sus parientes del oeste. Su economía y organización social eran muy simples y sus ciudades, rudimentarias en comparación con las poblaciones que estaban surgiendo en los recientemente creados remos occidentales. Además, el clima de Zemoch era, utilizando el mejor de los calificativos, inhóspito, y la vida se desarrollaba allí a un nivel de subsistencia. La Iglesia halló escasos atractivos para dirigir su atención sobre región tan pobre y desagradable; y, a consecuencia de ello, las toscas capillas de Zemoch quedaron en su mayoría sin sacerdotes y sus sencillas congregaciones descuidadas. Por todo ello, los zemoquianos se vieron obligados a desplazar hacia otros objetos sus impulsos religiosos. Puesto que había pocos ministros de la fe elenia en la región para hacer cumplir el interdicto de la Iglesia que prohibía el consorcio con los paganos estirios, la fraternización se convirtió en un hecho. La percepción por parte de los simples campesinos elenios de las significativas ventajas que conseguían sus vecinos estirios con el uso de Tas artes arcanas explica en buena medida la difusión de la apostasía. Muchos pueblos elenios de Zemoch se convirtieron masivamente al panteísmo estirio, se erigieron templos en honor de una y otra deidad y los más tenebrosos cultos estirios florecieron. El matrimonio entre elenios y estirios se convirtió en una práctica común y, hacia el fin del primer milenio, Zemoch ya no podía ser considerada bajo ningún concepto como una nación genuinamente elenia. El paso de los siglos y el estrecho contacto con los estirios habían corrompido hasta tal punto la lengua elenia hablada en Zemoch que apenas si resultaba inteligible para los elenios occidentales.

Fue en el siglo once cuando un joven pastor de cabras del pueblo montañés de Ganda, en Zemoch Central, vivió una extraña experiencia que tendría incalculables consecuencias para el mundo. Mientras buscaba por las colinas una cabra extraviada, el muchacho, llamado Otha, topó con un santuario oculto por las enredaderas que había sido erigido en la antigüedad para el culto de uno de los numerosos dioses estirios. El monumento, corroído por la intemperie, representaba a un ídolo de rasgos grotescamente deformes que, paradójicamente, despertó en él una atracción irresistible. Entretanto descansaba de los rigores del ascenso, Otha oyó una profunda voz que lo interpelaba en la lengua estiria.

— ¿Quién eres, muchacho? — inquirió la voz.

— Me llamo Otha — balbuceó el chiquillo, tratando de recordar el idioma estirio.

— ¿Y has venido a este lugar para prestarme obediencia, postrarte y adorarme?

— No — repuso Otha con sinceridad poco común —. Lo que estoy haciendo es intentar encontrar a una de mis cabras.

Siguió una larga pausa, y después la cavernosa y escalofriante voz prosiguió:

— ¿Y qué debo darte para arrebatarte tu obediencia y tu adoración? Ninguno de tus congéneres se ha acercado a mi santuario durante quinientos años, y yo ansío adoración... y la posesión de almas.

A aquellas alturas, Otha había adquirido la certeza de que uno de sus amigos cabreros estaba gastándole una broma y decidió seguirle el juego.

— Oh — dijo con desenvoltura —, me gustaría ser el rey del mundo, vivir para siempre, disponer de un centenar de lozanas muchachas según mi antojo, tener una montaña de oro... y, oh, sí, quiero recuperar mi cabra.

— ¿Y vas a entregarme tu alma a cambio de todo ello?

Otha recapacitó. Como apenas había tenido conciencia de poseer un alma, su pérdida no le representaría un gran inconveniente. Además, razonó, si aquello no era, de hecho, producto de la broma juvenil de un cabrero y la oferta era seria, si el otro omitía el cumplimiento de una de sus imposibles demandas, el contrato quedaría invalidado.

— Oh, de acuerdo — convino, encogiéndose con indiferencia de hombros —. Pero primero querría ver a mi cabra... sólo como una muestra de buena fe.

—Vuélvete, Otha — ordenó la voz —, y percibe lo que habías perdido.

Otha se giró y, en efecto, allí estaba la cabra extraviada, masticando ociosamente junto a un matorral y mirándolo de una manera curiosa. El joven cabrero se apresuró a atarla al arbusto. Otha era en el fondo un chaval moderadamente vicioso. Disfrutaba infligiendo dolor a las criaturas indefensas, tendía a practicar juegos crueles, hurtos y cierta clase de seducción de solitarias pastoras cuya única característica encomiable era la de no andarse con rodeos. Era avaricioso y desaliñado y tenía una opinión un tanto exagerada sobre lo elevado de sus facultades intelectuales.

Su mente discurría a gran velocidad mientras amarraba la cabra al arbusto. Si aquella desconocida divinidad estiria podía hacer aparecer una cabra perdida con sólo pedírselo, ¿de qué otras cosas sería capaz? Otha resolvió que aquélla podía bien ser la oportunidad de su vida.

— De acuerdo — dijo, fingiendo ingenuidad —, una oración, por el momento, a cambio de la cabra. Después podremos hablar de almas, imperios, riquezas, inmortalidad y mujeres. Daos a conocer. No voy a arrodillarme ante el aire. ¿Cuál es vuestro nombre, por cierto? Necesitaré conocerlo para formular una plegaria adecuada.

Soy Azash, el más poderoso de los dioses mayores, y, si eres mi siervo e induces a otros a adorarme, te concederé mucho más de lo que has solicitado. Te enalteceré y te daré riquezas que no alcanzas a imaginar. Las más hermosas mujeres serán tuyas. Gozarás de vida eterna y, además, de poder sobre el mundo del espíritu, tal como ningún hombre lo ha tenido. Todo cuanto pido a cambio, Otha, es tu alma y las almas de esos otros que traerás a mí. Mi necesidad y mi soledad son grandes, y las recompensas que te otorgaré serán igualmente grandes. Ahora mira mi cara y tiembla ante mí.

El aire que rodeaba al tosco ídolo brilló, y entonces Otha vio la presencia real de Azash suspendida en torno a la rudimentaria escultura. Se arredró, horrorizado ante la espantosa imagen que tan súbitamente había aparecido frente a él, y cayó al suelo, donde se postró ante ella. Aquello estaba yendo demasiado lejos. No obstante, Otha era en el fondo un cobarde, y temía que la reacción más racional al materializado Azash, la huida inmediata, fuera a provocar la ira del terrible dios, incitándolo a causarle daños, y Otha tenía un gran apego a su propio pellejo.

— Reza, Otha — se refociló el ídolo—. Mis oídos anhelan tu adoración.

— Oh, poderoso... eh... Azash, ¿no era así? Dios de los dioses y Señor del mundo, escucha mi ruego y recibe mi humilde adoración. Yo soy como el polvo ante ti, y tú te yergues ante mí como una montaña. Te adoro y te alabo y te doy gracias desde lo más profundo de mi corazón por el retorno de esta miserable cabra... que golpearé hasta dejar inconsciente por haberse extraviado tan pronto como llegue a casa. — Tembloroso, Otha confió en que la oración satisficiera a Azash, o que como mínimo lo distrajera lo bastante como para encontrar la ocasión de escapar.

— Tu oración es correcta, Otha — reconoció el ídolo —. Lo justo. Con el tiempo te volverás más competente en tu adoración. Ahora sigue tu camino, y yo saborearé esta burda plegaria tuya. Vuelve mañana y te haré partícipe de mis deseos.

Mientras regresaba a casa, Otha juró no regresar jamás, pero esa noche se revolvió en su basto jergón, en la desaseada cabaña donde vivía, obsesionado con visiones de riquezas y corrompidas jóvenes sobre las cuales podría saciar su lujuria.

— Veamos adonde me lleva esto — murmuró para sí cuando el alba marcó el final de la agitada noche —. Si tengo que hacerlo, siempre puedo echar a correr más tarde.

Y de ese modo un simple pastor de cabras zemoquiano comenzó a convertirse en discípulo del dios mayor, Azash, una deidad cuyo nombre no pronunciaban siquiera los estirios, tan grande era el temor que les inspiraba. En los siglos venideros, Otha percibió el alcance de su esclavitud. Azash lo condujo pacientemente desde la humilde adoración a la práctica de perversos ritos y aun a dominios más horrendos, comprendidos en el reino de la abominación espiritual. El cabrero, antes ingenioso y sólo moderadamente detestable, se volvió taciturno y sombrío a medida que el espantoso ídolo se cebaba glotónamente en su mente y su alma. Aunque vivió seis vidas y aun más, sus miembros se secaron, en tanto que su barriga y su cabeza se hinchaban y perdía el pelo, adoptando una palidez que era consecuencia de su aborrecimiento por el sol. Se enriqueció sobremanera, pero no hallaba placer en sus tesoros. Tenía lascivas concubinas a montones, pero permanecía indiferente a sus encantos. Miles y miles de espectros, duendes y criaturas obedecían a su menor deseo, pero él no podía siquiera reunir interés suficiente para invocarlos. Su único goce devino la contemplación del dolor y la muerte en sesiones en las que sus secuaces arrebataban cruelmente con tormentos la vida del trémulo cuerpo de los débiles e indefensos, con el solo fin de entretenerlo. En ese sentido, Otha no había cambiado.

Durante los primeros años del tercer milenio, cuando el repulsivo Otha había cumplido ya más de novecientos años, ordenó a sus infernales seguidores que trasladaran el tosco santuario de Azash a la ciudad de Zemoch, emplazada en las mesetas nororientales. Construyeron una enorme imagen del repelente dios en torno al ídolo y, a su alrededor, un vasto templo, junto al cual, conectado a él por un laberinto de pasadizos, se elevaba su propio palacio, recubierto con oro forjado a martillo, incrustado con perlas, ónice y calcedonia y rodeado por columnas rematadas con letras grabadas en rubí y esmeralda. En ellas, Otha se proclamaba desvergonzadamente emperador de Zemoch, una pretensión secundada por la atronadora pero un tanto burlona voz de Azash, que resonaba cavernosamente en el templo, y aclamada por multitudes de fanáticos.

Entonces dio comienzo en Zemoch un período dominado por el terror, en el que se extirparon sin contemplaciones todos los cultos rivales. Los sacrificios de recién nacidos y vírgenes se contaban por miles, y los elenios y estirios por igual se convirtieron en devotos de Azash bajo la amenaza de las armas. Otha y sus partidarios tardaron aproximadamente un siglo en erradicar totalmente todo resto de decencia en sus esclavizados súbditos. El ansia de sangre y la crueldad desenfrenada se convirtieron en algo frecuente y los ritos representados ante los altares y santuarios erigidos a Azash se tornaron cada vez más degenerados y obscenos.

En el siglo veinticinco, Otha consideró que todo estaba dispuesto para emprender la consecución de la meta de su perverso dios, y concentró sus ejércitos humanos y sus infernales aliados en las fronteras occidentales de Zemoch. Tras una breve pausa, en la que Azash y él hicieron acopio de fuerzas, Otha atacó, enviando sus fuerzas a las llanuras de Kelosia, Lamorkand y Cammoria. Es imposible describir fielmente el horror provocado por dicha invasión. La simple atrocidad no bastaba para saciar los salvajes instintos de la horda zemoquiana, y la desmesurada crueldad de los inhumanos que acompañaban a las huestes invasoras es en exceso repulsiva para dar pie a mención. Se irguieron montañas de cabezas humanas, los cautivos fueron asados vivos y después devorados, y los caminos y vías públicas estaban flanqueados por hileras de cruces, horcas y estacas con personas ensartadas. Los cielos se ennegrecieron con las bandadas de buitres y cuervos, y el aire apestaba a causa del hedor de la carne quemada y putrefacta.

Los ejércitos de Otha avanzaban confiados hacia el campo de batalla, plenamente convencidos de que sus demoníacos aliados neutralizarían fácilmente toda resistencia, pero en sus cálculos no habían contado con el poder de los caballeros de la Iglesia. La gran batalla se libró en los llanos de Lamorkand, al sur del lago Randera. Aun cuando los choques puramente físicos fueron titánicos, la contienda supranatural adquirió dimensiones aún más fantásticas. Toda forma concebible de espíritu participó en el combate. Olas de completa oscuridad y capas de luz multicolor barrieron el campo; del cielo llovieron fuego y relámpagos; batallones enteros fueron engullidos por la tierra o reducidos a cenizas por súbitas llamaradas; el escalofriante estrépito de los truenos llenaba el aire de uno a otro horizonte, y el propio suelo se resquebrajaba a causa de terremotos y erupciones de ardiente roca líquida que discurría por las laderas para abrasar a las legiones que avanzaban. Durante días los ejércitos estuvieron enzarzados en la terrible batalla sobre el sangriento campo hasta que, paulatinamente, los zemoquianos fueron obligados a batirse en retirada. Los horrores que Otha puso en juego en la contienda fueron igualados uno a uno por el poder concertado de los caballeros de la Iglesia y, por primera vez, los zemoquianos probaron el sabor de la derrota. Su lenta y desganada retirada inicial se convirtió pronto en rápida desbandada cuando la desmoralizada horda se disgregó y se dio a la fuga en busca de la dudosa seguridad de la frontera.

La victoria de los elenios, aunque completa, no se saldó sin un terrible coste. Más de la mitad de los caballeros de las órdenes militantes yacían muertos en el campo de batalla, y los ejércitos de los reyes elenios contaban las bajas por miles. El triunfo era suyo, pero estaban demasiado extenuados y eran demasiado pocos para salir en persecución de los zemoquianos.

El inflado Otha, cuyos miembros ya no eran capaces de resistir su peso, fue llevado en litera a través del laberinto de Zemoch hasta el templo, para enfrentarse a la ira de Azash. Allí se humilló ante el ídolo de su dios, gimoteando y suplicando clemencia.

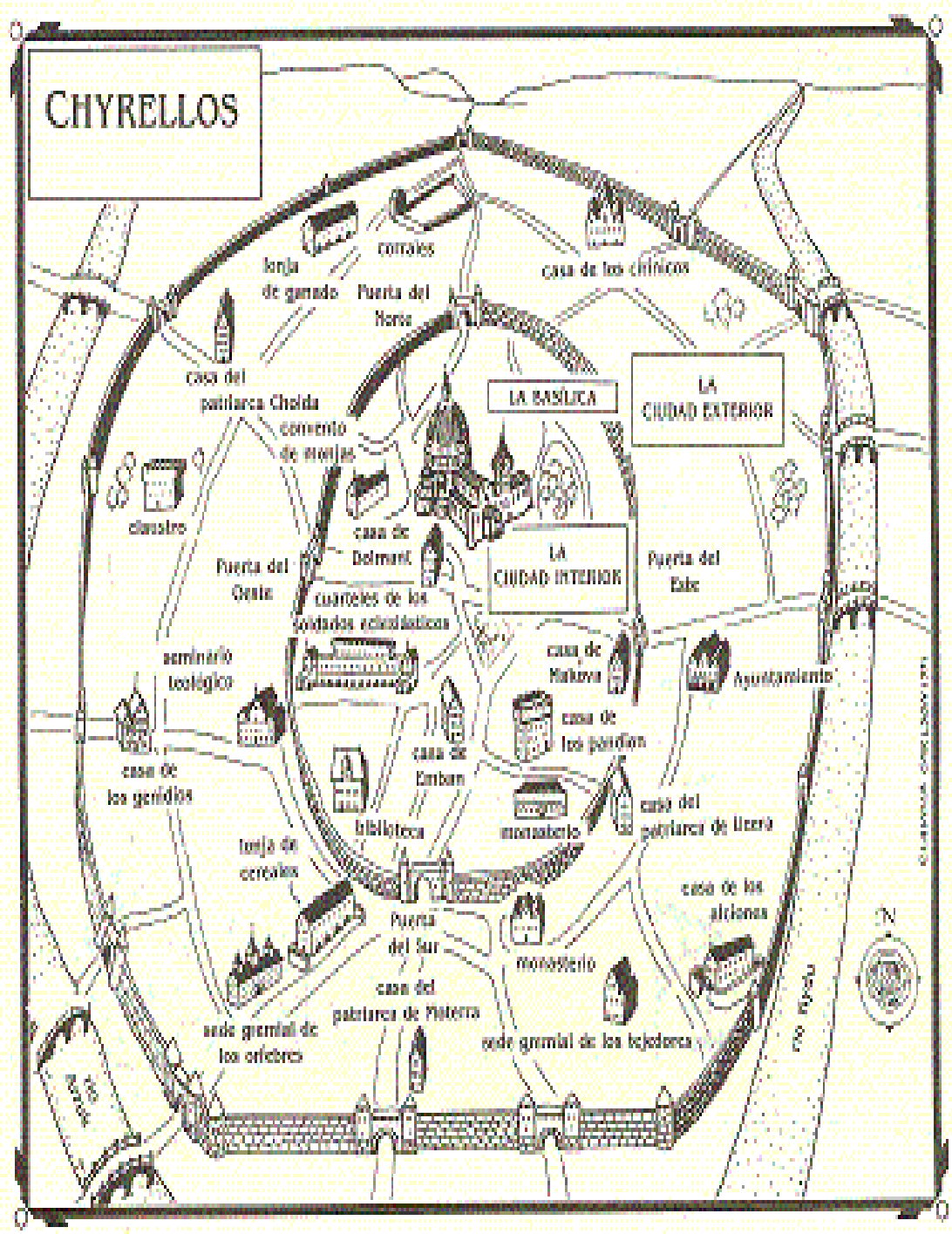
Y al cabo de mucho Azash habló.

— Una última vez, Otha — dijo el dios con voz horriblemente tranquila —. Solamente una vez me aplacaré. Deseo poseer el Bhelliom, y tú me lo conseguirás y vendrás a entregármelo aquí, puesto que, si no lo haces, mi generosidad para contigo desaparecerá. Si los presentes no te animan a doblegarte a mi voluntad, tal vez el tormento lo logre. Ve, Otha. Búscame el Bhelliom y vuelve con él para que yo pueda librarme de mis cadenas y recobrar mi virilidad. En caso de que me falles, morirás sin duda, y tu agonía durará un millón de años.

Otha huyó y de este modo, incluso entre las ruinas y jirones de su derrota, nació la semilla de su último ataque contra los reinos elenios occidentales, un ataque que iba a poner al mundo al borde del desastre universal.

Primera parte

LA BASÍLICA



Capítulo uno

La cascada se vertía incesantemente en el abismo que había engullido a Ghwerig, y el eco de su caída henchía la caverna con un sonido grave semejante a la vibración posterior al tañido de una gigantesca campana. Falquián permanecía de rodillas al borde de la sima rodeando fuertemente el Bhelliom con la mano. Aunque el troll había desaparecido y lo único que le quedaba por hacer era seguir de hinojos allí, sus ojos estaban deslumbrados por la luz de la columna de agua besada por el sol que, procedente del exterior, se perdía en las profundidades inundándole los oídos con su fragor.

La cueva olía a humedad. El rocío, tan fino como la materia de la niebla, bañaba las piedras, y éstas refulgían bajo la cambiante radiación del torrente, mezclado con los últimos destellos de la ascensión de la incandescente Aphrael.

Falquián bajó despacio los ojos para mirar la joya que retenía en su puño y, si bien ésta parecía delicada, frágil incluso, intuyó que la rosa de zafiro era prácticamente indestructible. Desde la hondura de su corazón de azur llegaba una especie de brillo palpitante, de tono azul oscuro en las puntas de los pétalos, que viraba hacia el centro de la gema hasta alcanzar el color de una pálida noche. Su poder le causó dolor en la mano, y algo en el lugar más recóndito de su mente le gritaba advertencias al tiempo que contemplaba fijamente sus profundidades. Entonces se estremeció y apartó los ojos de su atractivo resplandor.

El tenaz caballero pandion paseó la mirada en derredor, tratando irracionalmente de aferrarse a los jirones de luz que se rezagaban en las piedras de la cueva del troll enano como si la diosa niña Aphrael pudiera de algún modo protegerlo de la joya que tanto había penado para conseguir y que ahora, extrañamente, temía. No era aquélla, sin embargo, la única paradoja. En un nivel ajeno al pensamiento consciente Falquián quería guardar para siempre aquella tenue luz, conservar en el corazón el espíritu, ya que no la persona, de la diminuta y antojadiza divinidad.

Sephrenia suspiró y se puso lentamente en pie. Tenía el semblante fatigado y a un tiempo exaltado. Había soportado grandes padecimientos para llegar a esa húmeda cueva de las montañas de Thalesia, pero había sido recompensada con aquel gozoso momento de epifanía cuando había visto el rostro de su diosa.

— Ahora debemos abandonar este lugar, queridos — dijo tristemente.

— ¿No podemos quedarnos unos minutos más? — preguntó Kurik con un matiz anhelante poco habitual en su voz. De todos los hombres del mundo, Kurik era el más prosaico... la mayor parte del tiempo.

Es mejor que no. Si nos quedamos demasiado, comenzaremos a idear excusas para permanecer incluso más tiempo y, llegado el momento, podríamos haber perdido las ganas de salir.

— La pequeña estiria de blanco vestido miró con repulsión el Bhelliom —. Ponedlo, por favor, fuera de la vista, Falquián, y ordenadle que no se mueva. Su presencia nos contamina a todos.

Movió la espada que el fantasma de sir Gared le había entregado a bordo del barco del capitán Sorgi y, tras murmurar en estirio durante un momento, invocó un hechizo que encendió la punta de la hoja con un brillante resplandor que les alumbraría el camino de regreso a la superficie.

Falquián guardó la gema en forma de flor debajo de su túnica y se inclinó para recoger la lanza del rey Aldreas. En aquellos instantes notaba con fuerza el desagradable olor de su cota de mallas y su piel se encogía para evitar el contacto con ella. Deseaba poder quitársela.

Kurik se agachó y aferró el garrote de piedra reforzado con hierro que el horriblemente deforme troll enano había blandido contra ellos antes de su fatal caída en el abismo. Sopesó la brutal arma un par de veces y luego la arrojó con indiferencia a la sima en pos de su propietario.

Sephrenia mantuvo la reluciente espada en alto mientras cruzaban el suelo cubierto de joyas dispersas de la cámara del tesoro de Ghwerig en dirección a la entrada de la galería en espiral que conducía al exterior.

— ¿Creéis que volveremos a verla? — inquirió melancólicamente Kurik al tiempo que entraban en la galería.

— ¿Aphrael? Es difícil de decir. Siempre ha tenido un comportamiento imprevisible. — Sephrenia hablaba en voz baja.

Ascendieron en silencio durante un tiempo, siguiendo en todo momento la espiral en dirección a la izquierda. Falquián experimentaba una extraña sensación de vacío a medida que subían. Habían sido cuatro al bajar y ahora sólo eran tres. La diosa niña, sin embargo, no se había quedado allí, pues todos la llevaban en su corazón. Había, no obstante, algo que lo inquietaba.

— ¿Existe algún modo de cerrar la boca de esta cueva una vez que estemos afuera? — consultó a su tutora.

Sephrenia le dirigió una intensa mirada.

— Podemos hacerlo si lo deseáis, querido, ¿pero por qué queréis obstruirla?

— Es un poco complicado de expresar en palabras.

—Tenemos lo que veníamos a buscar, Falquián. ¿Por qué deberíamos preocuparnos ahora de que algún porquerizo encuentre por azar la caverna?

— No estoy del todo seguro. — Frunció el entrecejo, tratando de precisar sus sensaciones —. Si algún campesino thalesiano entra aquí, localizará seguramente el botín de Ghwerig, ¿no es cierto?

— Si se toma el tiempo de indagar, sí.

— Y después de ello no transcurrirá mucho tiempo antes de que la cueva sea un hervidero de thalesianos.

— ¿Por qué habría de inquietaros eso? ¿Acaso queréis conservar para vos el tesoro de Ghwerig?

— En absoluto. Martel es el codicioso, no yo.

— ¿Entonces por qué estáis tan preocupado? ¿Qué importancia tiene que los thalesianos comiencen a merodear por allí adentro?

— Éste es un sitio muy especial, Sephrenia.

— ¿En qué sentido?

— Es sagrado — replicó concisamente. Las indagaciones de la mujer comenzaban a irritarlo —. Una diosa se nos ha revelado aquí. No quiero que la cueva sea profanada por una multitud de borrachos y ávidos buscadores de tesoros. Me causaría la misma sensación que si alguien violara una iglesia elenia.

— Querido Falquián — dijo la mujer, abrazándolo impulsivamente —. ¿Tanto os ha costado realmente reconocer la divinidad de Aphrael?

— Vuestra diosa ha sido muy convincente, Sephrenia — contestó irónicamente—. Hubiera hecho tambalear incluso la certidumbre de la propia jerarquía de la Iglesia elenia. ¿Podemos hacerlo? Tapiar la cueva, quiero decir.

La estiria se disponía a responder algo, cuando calló, ceñuda.

— Esperad aquí — les indicó.

Luego apoyó la punta de la espada de sir Gared contra la pared de la galería y retrocedió un trecho por el pasadizo hasta pararse en el borde de la zona iluminada por el arma, donde permaneció sumida en cavilación. Al cabo de un rato, regresó.

— Voy a pediros que hagáis algo peligroso, Falquián — advirtió gravemente —, pero creo que os hallaréis a salvo haciéndolo. El recuerdo de Aphrael aún está fresco en vuestra memoria y ello debería protegeros.

— ¿Qué queréis que haga?

— Utilizaremos el Bhelliom para cegar la cueva. Existen otras maneras de conseguirlo, pero debemos asegurarnos de que la joya aceptará vuestra autoridad. Yo creo que así será. Vais a tener que ser fuerte, Falquián. El Bhelliom no se prestará a hacer lo que le pidáis, de manera que habréis de obligarlo.

— Ya antes me he enfrentado a cosas tenaces. — Se encogió de hombros.

— No penséis que es un proceso intrincado, Falquián. Es algo más elemental que todo lo que yo he hecho. Prosigamos.

Siguieron subiendo por el serpenteante pasadizo seguidos por el amortiguado fragor de la cascada de la cueva del tesoro de Ghwerig, más tenue a medida que avanzaban. Después, justo cuando caminaban ya fuera del alcance del sonido, éste pareció cambiar, fragmentando su única e interminable nota en múltiples notas que formaron un complejo acorde en lugar de un simple tono: algún truco tal vez debido a los cambiantes ecos de la cueva. Con la modificación del ruido, también se transformó el humor de Falquián. Antes había experimentado una especie de cansada satisfacción por haber alcanzado al fin una meta largamente ansiada, que iba a la par con la sensación de admiración producida por la revelación de la diosa niña. Ahora, en cambio, la oscura y mohosa cueva se le antojaba ominosa, amenazadora. Falquián sentía algo que no había sentido desde que era muy niño. De improviso tenía miedo de la oscuridad. En las sombras que se extendían más allá del círculo de luz que emanaba de la brillante punta de la espada parecían acechar cosas, seres sin rostro llenos de una cruel malevolencia. Miró con nerviosismo hacia atrás por encima del hombro y a lo lejos, más allá de la zona de luz, algo pareció moverse. Fue breve, no más que un parpadeo de una oscuridad intensificada, y descubrió que, cuando intentaba mirarla directamente, ya no la veía, en tanto que cuando miraba de soslayo estaba allí: vaga, informe, flotando en el límite de su visión. Un miedo indescriptible lo embargó. «Tonterías», murmuró, volviendo a caminar, ansioso por ver otra vez la luz del día.

Era media tarde cuando llegaron al exterior, inundado por un sol que les pareció muy intenso después de la oscuridad de la caverna. Falquián respiró hondo y se llevó la mano bajo la túnica.

— Todavía no, Falquián — aconsejó Sephrenia —. Queremos derrumbar el techo de la cueva, pero no nos interesa que el saliente del peñasco nos caiga en la cabeza. Regresaremos al lugar donde están los caballos y lo haremos desde allí.

— Tendréis que enseñarme el hechizo — señaló mientras atravesaban la hondonada atestada de zarzas que se extendía frente a la boca de la cueva.

— No hay ningún encantamiento. Tenéis la joya y los anillos. Lo único que debéis hacer es ordenar. Os enseñaré de qué modo cuando lleguemos abajo.

Bajaron a gatas por el rocoso barranco hacia la herbosa meseta donde habían instalado su campamento la noche anterior, y ya era casi el crepúsculo cuando llegaron al par de tiendas y los caballos atados a estacas. Faran dobló las orejas hacia atrás y enseñó los dientes al acercársele Falquián.

— ¿Qué te pasa? — preguntó el caballero a su nervioso caballo de guerra.

— Percibe la proximidad del Bhelliom — explicó Sephrenia — y no le gusta. Permaneced alejado de él durante un tiempo. — Miró con ojo crítico la abertura por donde acababan de salir —. Desde aquí será seguro — decidió —. Sacad el Bhelliom y sostenedlo con ambas manos de forma que los anillos lo toquen.

— ¿Tengo que hacerlo de cara a la cueva?

— No. El Bhelliom sabrá lo que le pedís que haga. Ahora, recordad el interior de la caverna: su aspecto, la sensación que produce e incluso su olor. Después imaginad el techo derrumbándose. Las rocas se desmoronarán, rebotarán, rodarán y se apilarán una encima de otra. Habrá un ruido tremendo. Una gran nube de polvo y un fuerte viento saldrán trepidando por la boca de la cueva. La loma que la corona se vendrá abajo al tiempo que el techo de la galería, y posiblemente se producirán avalanchas. No dejéis que ello os distraiga. Mantened firmemente las imágenes en la mente.

— Es un poco más complicado que un hechizo normal, ¿verdad?

— Sí, aunque esto no es un hechizo propiamente dicho. Desencadenaréis una forma de magia elemental. Concentraos, Falquián. Cuanto más detallada sea la imagen, con más fuerza responderá el Bhelliom. Cuando la tengáis bien afianzada en la cabeza, decidle a la joya que lo convierta en realidad.

— ¿Tengo que hablar en la lengua de Ghwerig?

— No estoy segura. Probad primero con el elenio. Si no surte efecto, lo intentaremos en troll.

Falquián recordó la boca de la cueva, la antecámara inmediata y la larga galería que descendía en espiral hasta la cámara del tesoro de Ghwerig.

— ¿Debería hacer caer también el techo donde está la cascada? — preguntó.

— Me parece que no. Ese río probablemente sale a la superficie más abajo y, si lo cegáis, alguien podría reparar en que ya no discurre por el mismo lugar e iniciar indagaciones. Además, ese recinto en concreto es muy especial, ¿no es así?

— Sí, lo es.

— Cerrémoslo pues y protejámoslo para siempre.

Falquián imaginó el techo de la cueva viniéndose abajo con un estruendoso y chirriante rugido y una ondulante nube de polvo de piedra.

— ¿Qué digo? — inquirió.

— Llamadla «Rosa Azul». Así es como la llamaba Ghwerig, por lo que es posible que reconozca el nombre.

— Rosa Azul — dijo Falquián en tono conminatorio —, haz que la cueva se derrumbe.

La rosa de zafiro se oscureció y en su centro aparecieron violentos destellos rojos.

— Está resistiéndose — explicó Sephrenia —. Ésta es la parte sobre la que os he prevenido. La cueva es el lugar donde nació y no quiere destruirla. Obligadla, Falquián.

— ¡Hazlo, Rosa Azul! — conminó Falquián, presionando con cada fibra de su voluntad la joya que asía.

Entonces notó una oleada de increíble poder y el zafiro pareció palpitar en sus manos. Sintió de pronto una desenfrenada exaltación al desatar el poderío de la piedra, algo que distaba mucho de la mera satisfacción y que casi rozaba el éxtasis físico.

Se oyó un grave y tétrico fragor procedente de las profundidades de la tierra, y la tierra se estremeció. Rocas que se hallaban enterradas bajo ellos comenzaron a estallar y resquebrajarse con la fuerza del terremoto que rompía una tras otra las capas de roca subterránea. Encima del barranco, el saliente rocoso que se proyectaba sobre la boca de la cueva de Ghwerig fue desmoronándose y luego, desgajado de su base, se desplomó sobre la cuenca infestada de malas hierbas. El estruendo de la caída del acantilado los ensordeció incluso a aquella distancia, al tiempo que una gran nube de polvo se elevaba en remolino de los escombros para escamparse hacia el noroeste azotada por el viento que barría aquellas montañas. Entonces, tal como había percibido en la cueva, algo se movió en el límite de la visión de Falquián: algo oscuro e impregnado de malévola curiosidad.

— ¿Cómo os sentís? — preguntó Sephrenia, mirándolo con fijeza.

— Un poco raro — admitió—. Muy fuerte.

— Mantened la mente alejada de tal noción y concentraos en su lugar en Aphrael. No penséis siquiera en el Bhelliom hasta que se disipe esa sensación. Volved a apartarlo de la vista y no lo

miréis.

Falquián devolvió el zafiro al interior de su túnica.

Kurik alzó la vista hacia la gran pila de detritos que llenaba la hondonada que se había extendido frente a la entrada de la cueva de Ghwerig.

— Parece definitivo — dijo pesarosamente.

— Lo es — le confirmó Sephrenia —. La caverna está segura ahora. Desplacemos el pensamiento a otros asuntos, caballeros. No insistamos en lo que acabamos de hacer o cabe la posibilidad de que cedamos a la tentación de revocarlo.

Kurik irguió sus fornidos hombros y miró en derredor.

— Encenderé fuego — anunció.

Regresó a la entrada del barranco para recoger leña mientras Falquián revolvía los fardos de equipaje en busca de utensilios de cocina y algo apropiado para cenar. Después de comer, se sentaron alrededor del fuego con semblantes abatidos.

— ¿Cómo ha sido, Falquián? — preguntó Kurik —. ¿Utilizar el Bhelliom, me refiero? — Lanzó una ojeada a Sephrenia —. ¿Es prudente hablar de eso ahora?

— Veremos. Adelante, Falquián. Contádselo.

— Ha sido algo que no puede compararse a nada de lo que había experimentado — respondió el corpulento caballero —. De pronto he sentido como si tuviera veinticinco metros de altura y no hubiera nada en el mundo que no pudiera conseguir. Incluso me he sorprendido mirando alrededor en busca de algo en qué usarlo... Una montaña que despeñar, quizá.

— ¡Falquián! ¡Basta! — lo atajó con vehemencia Sephrenia —. El Bhelliom está entrometiéndose en vuestros pensamientos. Está tratando de induciros a utilizarlo. Cada vez que lo hacéis, se fortalece su influencia sobre vos. Pensad en otra cosa.

— ¿Como en Aphrael? — sugirió Kurik —. ¿O es también peligrosa?

— Oh, sí — repuso Sephrenia, sonriendo —, muy peligrosa. Capturará vuestra alma aún más deprisa que el Bhelliom.

— Vuestro aviso llega tarde, Sephrenia. Creo que ya lo ha hecho. La echo de menos.

— No tenéis por qué. Todavía está con nosotros.

— ¿Dónde? — inquirió tras mirar en torno a sí.

— En espíritu, Kurik.

— Eso no es precisamente lo mismo.

— Hagamos algo al respecto del Bhelliom ahora — propuso con aire pensativo la mujer —. Su influjo es incluso más poderoso de lo que había imaginado.

Se levantó y se dirigió a un pequeño paquete que contenía sus efectos personales y, tras rebuscar en él, cogió una bolsa de lona, una aguja gruesa y un ovillo de hilo rojo. Después tomó la bolsa y empezó a coser en ella un dibujo peculiarmente asimétrico, con expresión absorta bajo la rojiza luz y los labios en constante movimiento.

— No coincide, pequeña madre — señaló Falquián —. Este lado es diferente del otro.

— Así es como debe ser. Por favor, no me habléis ahora, Falquián. Estoy intentando concentrarme. — Continuó cosiendo un rato y luego se clavó la aguja en la manga y suspendió la bolsa sobre el fuego. Habló atentamente en estirio, y el fuego se elevó y cayó, danzando rítmicamente al compás de sus palabras. Después las llamas se alargaron de improviso, como si trataran de llenar la bolsa —. Veamos, Falquián — dijo, tendiéndosela —. Poned el Bhelliom aquí adentro. Sed inquebrantable porque probablemente volverá a ofrecer resistencia.

Aunque desconcertado, el caballero sacó la piedra preciosa de debajo de la túnica y trató de introducirla en la bolsa. Le pareció oír un chillido de protesta, y la joya realmente se calentó en su mano. Sintió como si intentara presionar con ella una roca maciza y su mente se arredró, gritándole que lo que pretendía hacer era imposible. Apretó las mandíbulas y empujó más fuerte y entonces, con un gemido casi audible, la rosa de zafiro se deslizó en el interior de la bolsa, y Sephrenia tiró con fuerza de la cuerda que la cerraba. Luego ató los cabos con un intrincado nudo, tomó la aguja y

entrelazó sobre él el hilo rojo.

— Ya está — dijo, cortando el hilo con los dientes —. En principio ayudará.

— ¿Qué habéis hecho? — preguntó Kurik.

— Es una clase de oración. Aphrael no puede hacer que disminuya el poder del Bhelliom, pero es capaz de confinarlo de manera que no pueda influir a los demás. Aunque no es perfecto, es lo mejor que podemos hacer por el momento. Más adelante le aplicaremos un sistema más definitivo. Guardadlo, Falquián. Tratad de interponer la cota de mallas entre la bolsa y vuestra piel. Creo que eso servirá de algo. Aphrael me dijo en una ocasión que el Bhelliom no soporta el contacto con el acero.

— ¿No os estáis excediendo en las precauciones, Sephrenia? — inquirió Falquián.

— No lo creo, Falquián. Nunca hasta ahora había tratado con algo parecido al Bhelliom y no puedo siquiera comenzar a imaginar los límites de su poder. No obstante, sé lo suficiente como para tener la certeza de que es capaz de corromper cualquier cosa..., incluso al dios elenio o a los dioses menores de Estiria.

— A todos salvo Aphrael — corrigió Kurik.

— Incluso Aphrael fue tentada por el Bhelliom cuando nos lo traía ascendiendo el abismo — reconoció la mujer, sacudiendo la cabeza.

— ¿Por qué no se quedó con él entonces?

— Por amor. Mi diosa nos ama a todos y nos cedió por propia voluntad el Bhelliom movida por ese afecto. El Bhelliom jamás comprendería el amor. En fin de cuentas, es posible que ésa sea nuestra única defensa contra él.

Falquián se revolvió inquietamente bajo las mantas esa noche, con el sueño turbado. Kurik estaba de guardia cerca del límite del círculo que trazaba la luz del fuego, de manera que Falquián hubo de bregar con sus pesadillas a solas. Veía la rosa de zafiro suspendida en el aire ante sus ojos, irradiando su seductor brillo azulado, y del centro de ese resplandor salió un sonido, una canción que atraía la totalidad de su ser. Acechando a su alrededor, tan cerca que casi le rozaban los hombros, había sombras; más de una, sin duda, pero menos de diez, o eso le parecía. Las sombras no eran seductoras, sino todo lo contrario. Parecían embargadas por un odio que tenía su origen en una desmedida frustración. Más allá del reluciente Bhelliom se erguía el grotesco y obsceno ídolo de barro de Azash, el mismo que había destruido en Ghasek, el ídolo que había reclamado el alma de Bellina. El rostro del busto se movía, componiendo horribles expresiones de las más elementales pasiones: lujuria, codicia, odio y un desmesurado desdén que parecía provenir de la certidumbre de su absoluto poder.

Falquián forcejeaba en sueños, arrastrándose hacia un lado y después a otro. El Bhelliom tiraba de él; y también lo reclamaban las repulsivas sombras. El poder de ambos era irresistible, y su mente y su cuerpo parecían casi despedazarse a causa de aquellas titánicas fuerzas encontradas.

Trató de gritar y entonces se despertó. Se incorporó y, advirtiendo que sudaba copiosamente, profirió una maldición. Estaba exhausto, pero un sueño plagado de pesadillas no iba a remediar aquella profunda fatiga. Porfiadamente, se acostó con la esperanza de sumirse en un vacío no perturbado por los sueños.

El ciclo se inició de nuevo, no obstante. Una vez más mantenía en sueños un pulso con el Bhelliom, con Azash y con las odiosas sombras que se cernían sobre él.

— Falquián — lo llamó al oído una voz conocida —, no os dejéis amedrentar por ellos. No pueden haceros daño. Solamente pueden intentar asustaros.

— ¿Por qué lo hacen?

—Porque os tienen miedo.

— Eso no tiene sentido, Aphrael. Yo sólo soy un hombre.

La risa de la diosa fue como el tañido de una campanilla de plata.

— ¡Sois tan inocente a veces, padre! Sois distinto de todos los hombres que han vivido. De una manera un tanto peculiar, sois más poderoso que los propios dioses. Dormid ahora. No permitiré

que os molesten.

Notó un suave beso en la mejilla y un par de pequeños brazos que parecieron abrazarlo con una extraña ternura maternal. Las terribles imágenes de pesadilla temblaron para acabar desvaneciéndose.

Debieron de haber transcurrido varias horas cuando Kurik entró en la tienda y lo zarandeó para despertarlo.

— ¿Qué hora es? — preguntó Falquián a su escudero.

— Sobre la medianoche — repuso Kurik —. Llevaos la capa. Hace frío allá afuera.

Falquián se levantó y, después de vestirse con la cota de mallas y la túnica y ceñirse la espada al cinto, situó la bolsa bajo la sobreveste.

— Que duermas bien — deseó a su amigo, cogiendo su capa de viaje antes de salir de la tienda.

Las estrellas brillaban y la luna creciente acababa de asomarse por encima de la cresta de las montañas que se elevaban por el este. Falquián se alejó del rescoldo del fuego para adaptar la visión a la oscuridad y se detuvo más allá, con el aliento visible en el gélido aire de la montaña.

El sueño aún lo perturbaba, a pesar de que su recuerdo ya no era tan vivo y de que guardaba con toda claridad en la memoria la sensación del suave contacto de los labios de Aphrael en la mejilla. Cerró resueltamente la puerta de la cámara donde almacenaba sus pesadillas y centró la mente en otras cuestiones.

Sin la pequeña diosa y su capacidad de alterar el tiempo, probablemente tardarían una semana en llegar a la costa, donde tendrían que encontrar un barco que los llevara a la ribera deirana de los estrechos de Thalesia. A aquellas alturas el rey Wargun habría alertado sin lugar a dudas a todas las naciones de los reinos elenios de su huida.

Habrían de avanzar cautelosamente para evitar su captura, pero no tenían más remedio que ir a Emsat, por una parte porque habían de recoger a Talen allí y, por la otra, porque sería más fácil localizar un barco en la ciudad que en una playa desierta.

Falquián se arrebujó en la capa para protegerse del aire nocturno, frío incluso en verano en aquellas montañas norteñas. Tenía el ánimo sombrío e inquieto. Lo sucedido aquel día pertenecía a la clase de acontecimientos que propiciaban largas reflexiones. Las convicciones religiosas de Falquián no eran realmente profundas. Su compromiso había sido siempre para con la orden pandion más que con la fe elenia. Los caballeros de la Iglesia se empeñaban en lograr que el mundo fuera seguro para que otros elenios más apacibles pusieran en práctica aquellas ceremonias que el clero consideraba agradables a Dios.

Falquián raras veces se molestaba en pensar en Dios. Ese día, no obstante, había vivido sucesos de marcado carácter espiritual. Pesarosamente, reconoció para sí que un hombre de mente pragmática nunca está del todo preparado para experiencias religiosas de la clase que le había sido dado sentir aquella jornada. Entonces, casi como si actuara motu proprio, su mano se desvió hacia el cuello de su túnica. Falquián desenvainó decididamente la espada, clavó la punta en el suelo y rodeó firmemente la empuñadura con las manos, desechando del pensamiento cuanto tuviera que ver con religiones y fenómenos supranaturales.

Ahora todo estaba a punto de acabar. El tiempo que su reina permanecería por fuerza confinada en el cristal que le mantenía la vida podía contarse en días en lugar de en semanas o meses. Falquián y sus amigos habían recorrido todo el continente eosiano para descubrir la única cosa que podía curarla y ahora ese remedio se encontraba en la bolsa de lona que tapaba su túnica. Ahora que tenía el Bhelliom nada sería capaz de detenerlo. Podía destruir ejércitos enteros con la rosa de zafiro si ello fuera necesario. Ahuyentó con rigor tal noción del pensamiento.

Su rostro de rota nariz adoptó una expresión desapacible. En cuanto su reina se hallara a salvo, iba a infligir daños más o menos permanentes a Martel, al primado Annias y a cualquiera que los hubiera apoyado en ese acto de felonía. Comenzó a trazar mentalmente una lista de las personas que tenían cosas por las que responder. Eso lo ayudó a distraer las horas de la noche y mantener la mente ocupada, inasequible a las malas tentaciones.

Seis días más tarde coronaron al anochecer una colina y otearon las humeantes antorchas y ventanas iluminadas con velas de la capital de Thalesia.

— Será mejor que esperéis aquí — señaló Kurik a Falquián y Sephrenia —. Seguramente Wargun ha distribuido descripciones de vosotros por todas las ciudades de Eosia. Yo iré a la ciudad y localizaré a Talen. Veremos lo que podemos encontrar en lo que se refiere a embarcaciones.

— ¿No será peligroso? — preguntó Sephrenia —. Wargun también podría haber enviado una descripción vuestra.

— El rey Wargun es un noble — gruñó Kurik —, y los nobles prestan poca atención a los criados.

— Tú no eres un criado — objetó Falquián.

— Así es como me definen, Falquián, y de ese modo me vio Wargun... cuando estaba lo bastante sobrio como para percibir algo. Tenderé una celada a algún viajero y le robaré la ropa. Con su vestimenta entraré fácilmente en Emsat. Dadme algo de dinero por si acaso tuviera que sobornar a alguien.

— Elenios — suspiró Sephrenia mientras Falquián la conducía a un lugar distanciado del camino y Kurik partía con su caballo al trote en dirección a la ciudad—. ¿Cómo pude involucrarme con gente tan falta de escrúpulos?

El crepúsculo fue oscureciéndose y los altos y resinosos abetos que se elevaban en torno a ellos se convirtieron en erectas sombras. Falquián ató a Faran, el caballo de carga, y Ch'iel, el blanco palafrén de Sephrenia, y después tendió su capa en un musgoso terraplén para que ella se sentara.

— ¿Qué os preocupa, Falquián? — preguntó ella.

— Estoy cansado, supongo —respondió, tratando de simular indiferencia —. Y siempre se siente una especie de desilusión cuando se concluye algo.

— Hay algo más, sin embargo, ¿no es cierto?

El caballero asintió.

— No estaba verdaderamente preparado para lo que ha ocurrido en esa cueva. Todo parecía, empero, muy inmediato y personal.

— No es mi intención ofenderos, Falquián, pero la religión elenia se ha vuelto institucionalizada, y es muy difícil sentir amor por una institución. Los dioses de Estiria sostienen una relación mucho más personal con sus devotos.

— Creo que prefiero ser elenio. Es más sencillo. Las relaciones personales con los dioses producen desasosiego.

— ¿Pero no amáis a Aphrael... aunque sólo sea un poco?

— Desde luego que sí. Me sentía mucho más cómodo con ella cuando era simplemente Flauta, pero sigo queriéndola. — Esbozó una mueca —. Me estáis llevando por la senda de la herejía, pequeña madre — la acusó.

— De veras que no. Por el momento, Aphrael sólo quiere amor. No os ha pedido vuestra adoración... todavía.

— Es ese «todavía» lo que me preocupa. ¿No son éstos, sin embargo, momento y lugar un tanto inadecuados para discusiones teológicas?

En aquel preciso instante oyeron el sonido del tránsito de caballos en el camino antes de que los invisibles jinetes que los montaban los refrenaran a corta distancia de donde ellos se encontraban. Falquián se puso en pie con celeridad, dirigiendo la mano a la empuñadura de la espada.

— Tienen que estar por los alrededores — declaró una áspera voz —. Ese que acaba de entrar en la ciudad era su sirviente.

— No sé vosotros dos — dijo otra voz —, pero, lo que es yo, no estoy demasiado ansioso por encontrarlo.

— Somos tres — observó con belicosidad la primera voz.

— ¿Piensas que eso iba a representar alguna diferencia para él? Es un caballero de la Iglesia. Seguramente podría cortarnos en trozos a los tres sin siquiera ponerse a sudar. No vamos a poder

gastar el dinero si estamos muertos.

— En eso no anda errado — acordó una tercera voz —. Creo que lo mejor por ahora es localizarlo y, cuando sepamos dónde está y adonde se encamina, podremos tenderle una emboscada. Por más caballero de la Iglesia que sea, una flecha en la espalda debería apaciguarlo.
Sigamos buscando. La mujer monta un caballo blanco. Será fácil divisarlos con ese color.

Los caballos, ocultos tras el ramaje, reemprendieron la marcha y Falquián deslizó la espada de nuevo en su funda.

— ¿Son hombres de Wargun? — susurró Sephrenia a Falquián.

— Yo diría que no — murmuró Falquián —. Wargun es algo voluble, pero no es el tipo de persona que envía asesinos a sueldo. Aunque quiera gritarme y tal vez encerrarme en una mazmorra durante un tiempo, no me parece que esté tan enfadado como para asesinarme... Al menos eso espero.

— ¿Otra persona, entonces?

— Es probable. — Falquián frunció el entrecejo —. No obstante, no recuerdo haber ofendido últimamente a nadie en Thalesia.

— Annias tiene un brazo largo, querido — le recordó la mujer.

— Seguramente es el suyo, pequeña madre. Peguémonos al suelo y mantengamos el oído aguzado hasta que vuelva Kurik.

Una hora más tarde oyeron el lento repicar de los cascos de otro caballo que se acercaba por el asurcado camino que venía de Emsat. El animal se detuvo en la cima de la colina.

— ¿Falquián? — La queda voz era vagamente familiar.

Falquián llevó prestamente la mano al puño de la espada e intercambió una breve mirada con Sephrenia.

— Sé que estáis ahí adentro, Falquián. Soy yo, Tel, de manera que no os excitéis. Vuestro criado ha dicho que queríais ir a Emsat. Stragen me envía para recogeros.

— Estamos aquí — respondió Falquián —. Esperad. Vamos a salir. — Él y Sephrenia condujeron los caballos al camino y se reunieron con el rubio bandido que los había escoltado hasta la ciudad de Heid en su viaje de ida a la cueva de Ghwerig —. ¿Podéis colarnos en la ciudad? — inquirió Falquián.

— Nada más fácil — repuso Tel con un encogimiento de hombros.

— ¿Cómo burlaremos a los guardias de la puerta?

— Cabalgaremos simplemente a través de ella. Los guardias trabajan para Stragen. Eso facilita muchísimo las cosas. ¿Vamos pues?

Emsat era una ciudad norteña cuyos inclinados tejados hablaban de las fuertes nevadas de invierno. Las calles eran estrechas y tortuosas y había poca gente transitándolas. Aun así, Falquián miraba cautelosamente en derredor, recordando los tres matones del camino.

— Habéis de ser un poco cuidadoso con Stragen, Falquián — lo previno Tel mientras cabalgaban por un sórdido barrio próximo al puerto —. Es el hijo bastardo de un conde y es un tanto susceptible en lo que concierne a sus orígenes. Le gusta que nos dirijamos a él con el título de «milord». Es una estupidez, pero, como es un buen jefe, le seguimos el juego. — Señaló en dirección a una calle llena de basura —.Iremos por aquí.

— ¿Cómo sigue Talen?

— Está más tranquilo ahora, pero estaba tremendamente enfadado cuando llegó aquí. Os dirigió insultos que ni siquiera yo conocía.

— Me lo imagino. — Falquián decidió confiar en el bandolero. Lo conocía y tenía la casi absoluta certeza de que podía hacerlo —. Unas personas pasaron a caballo cerca de donde nos ocultábamos — refirió —. Estaban buscándonos. ¿Eran hombres vuestros?

— No — respondió Tel —. Yo he venido solo.

— Eso era lo que me parecía. Esos tipos hablaban de llenarme el cuerpo de flechas. ¿Podría Stragen estar implicado de alguna manera en esa clase de asunto?

— De ningún modo, Falquián — aseguró Tel —. Vos y vuestros amigos gozáis del derecho de asilo de los ladrones, y Stragen jamás lo violaría. Le hablaré a Stragen de esto. Él se encargará de que esos arqueros itinerantes no os salgan más al paso. — Tel exhaló una escalofriante y queda carcajada —. Aunque es probable que le moleste más que se hayan puesto a trabajar por su cuenta que el que os hayan amenazado a vos. Nadie mata a alguien o roba un centavo en Emsat sin el permiso de Stragen. Es muy concienzudo a ese respecto.

El rubio salteador los condujo a un almacén vallado situado al final de la calle. Lo rodearon y, tras desmontar, fueron recibidos por un par de fornidos matones que montaban guardia en la puerta.

El interior del edificio, sólo ligeramente menos opulento que un palacio, contrastaba con el destartalado exterior. Cortinajes carmesíes cubrían las tapadas ventanas, alfombras de intenso azul disimulaban las resquebrajaduras del suelo y espléndidos tapices ocultaban las toscas planchas de las paredes. Una escalera de caracol de madera pulida daba acceso a un segundo piso y un candelabro de cristal proyectaba una suave y brillante luz sobre la entrada.

— Disculpadme un minuto — se excusó Tel.

Éste entró en una habitación de al lado, de donde volvió a salir un poco después vestido con un jubón de color crema y calzas azules. Llevaba, asimismo, un alargado espadín al costado.

— Elegante — observó Falquián.

— Otra de las alocadas ocurrencias de Stragen — bufó Tel —, Yo soy un trabajador, no un perchero. Subamos y os presentaré a milord.

El piso de arriba estaba, si cabía, amueblado aún de forma más extravagante que el de abajo. El suelo estaba revestido con caro e intrincado parquet y las paredes recubiertas de paneles de madera finamente pulimentada. Unos amplios corredores que partían de un espacioso salón bañado de dorada luz conectaban con la parte posterior de la casa. Daba la impresión de que estaban celebrando una especie de baile. Un cuarteto de músicos de mediano talento tañía sus instrumentos en un rincón, y en el centro de la sala se desplazaban en círculo ladrones y prostitutas marcando el paso melindroso de la danza de moda. A pesar de la elegancia de su vestimenta, los hombres iban sin afeitar y las mujeres tenían el pelo en desorden y la cara sucia. El contraste confería a la escena un carácter casi de pesadilla, el cual realzaban voces y carcajadas roncas y ásperas.

El punto donde se centraba la atención de todos los presentes lo ocupaba un delgado sujeto con elaborados rizos que le caían en cascada sobre el cuello fruncido de su camisa. Vestía satén blanco y la silla en la que estaba sentado cerca del extremo de la estancia no era un trono, pero poco distaba de serlo. Tenía una expresión sarcástica y sus ojos hundidos traslucían un recóndito dolor.

Tel se detuvo al final de la escalera y habló un momento con un viejo ratero que asía una larga vara y lucía una lujosa librea de color escarlata. El granuja de pelo blanco se volvió, rascó con la punta de su bastón el suelo y habló con estruendosa voz.

— Milord — declamó —, el marqués Tel ruega vuestra venia para presentar a sir Falquián, el pandion. Sir Falquián, milord Stragen.

— El ladrón — agregó irónicamente Stragen. Después realizó una elegante reverencia —. Honráis mi poco adecuada morada, caballero —dijo.

Falquián se inclinó a su vez.

— Soy yo quien se siente honrado, milord. — Aplicó todo su aplomo en reprimir la sonrisa que le inspiraban los aires y el bombo que parecía darse aquel petimetre.

— Así que por fin nos conocemos, caballero — prosiguió Stragen —. Vuestro joven amigo Talen nos ha trazado un brillante relato de vuestras hazañas.

— Talen tiende a veces a exagerar las cosas, milord.

— ¿Y la dama es...?

— Sephrenia, mi tutora en los secretos arcanos.

— Querida hermana — se dirigió a ella Stragen en perfecto estirio —, ¿me permitiréis saludaros?

Si a Sephrenia la asombró el conocimiento de su lengua por parte de ese extraño personaje, no

dio la más leve muestra de ello. Tendió con naturalidad las manos a Stragen, el cual las besó.

— Es sorprendente, milord, encontrar a un hombre civilizado en medio de un mundo lleno de todos estos salvajes elenios — apreció.

— ¿No es gracioso, Falquián — bromeó Stragen, riendo —, descubrir que incluso nuestros intachables estirios tienen sus pequeños prejuicios? — El seudo aristócrata rubio paseó la mirada por el salón —. Pero estamos interrumpiendo el gran baile. Mis socios se divierten tanto con estas frivolidades... Retirémonos para que puedan disfrutar de ellas sin ser molestados. — Elevó ligeramente su sonora voz para hablar a la multitud de airosos delincuentes —. Queridos amigos — les dijo —, tened a bien excusarnos. Mantendremos nuestra conversación en privado. Por nada del mundo querríamos estorbar vuestra agradable velada. — Hizo una pausa y posó intencionadamente la mirada en una encantadora muchacha de pelo negro —. Confío en que recordéis la discusión que sostuvimos después del último baile, condesa — señaló con firmeza —. Aun cuando me admiren vuestros feroces instintos profesionales, la culminación de ciertas transacciones debe llevarse a cabo en la intimidad y no en el centro de una pista de baile. Ha sido entretenido, incluso educativo, pero ha alterado un tanto la danza.

— Es simplemente una manera distinta de bailar, Stragen — replicó la chica con voz áspera y nasal que recordaba el chillido de un cerdo.

— Ah, sí, condesa, pero lo que está en boga actualmente es la danza vertical. La forma horizontal no ha arraigado todavía en los círculos que dictan la moda y nosotros queremos estar al día, ¿no es cierto? — Se volvió hacia Tel —. Vuestros servicios han sido estupendos esta noche, mi querido marqués — dijo al rubio rufián —. Dudo que pueda pagároslos algún día. — Se acercó lánguidamente un pañuelo perfumado a la nariz.

— El hecho de haber podido serviros me basta en pago — repuso Tel con una profunda reverencia.

— Muy bien, Tel — aprobó Stragen —. Tal vez os conceda un condado. — Se giró y condujo a Falquián y Sephrenia fuera del salón de baile y, una vez en el corredor, cambió súbitamente de modales. Se desprendió, como si de una máscara se tratara, de la indolente gentileza de que había hecho gala y sus ojos se tornaron duros y escudriñadores. Ahora eran los ojos de un hombre indiscutiblemente peligroso —. ¿Os desconcierta nuestra pequeña charada, Falquián? — preguntó —. ¿Quizá pensáis que los que tenemos esta profesión deberíamos alojarnos en sitios como el sótano de Platimo en Cimmura o la buhardilla de Meland en Acie?

— Son lugares más vulgares, milord — contestó prudentemente Falquián.

— Podemos dejar a un lado los «milord», Falquián. Es una afectación..., al menos en parte. Todo esto tiene, sin embargo, un objetivo más serio que la satisfacción de alguna extraña rareza personal mía. La nobleza tiene acceso a riquezas muy superiores a las que puede obtener la plebe, de manera que yo entreno a mis asociados para que alternen con los ricos y los ociosos en vez de con los pobres y los laboriosos. A ese grupo de ahí le queda, no obstante, un largo camino por recorrer, me temo. Tel se desenvuelve bastante bien, pero he perdido las esperanzas de convertir a la condesa en una dama. Tiene el alma de una prostituta y la voz... — Se estremeció —. Sea como fuere, educo a mi gente para que asuman falsos títulos y se dirijan pequeñas frases de cortesía entre sí en vistas a negocios de más envergadura. Seguimos siendo ladrones, prostitutas y matones, desde luego, pero tratamos con una clase más distinguida de clientes.

Entraron en una gran habitación profusamente iluminada en la que encontraron a Kurik y Talen sentados en un amplio diván.

— ¿Habéis tenido un agradable viaje, mi señor? — preguntó Talen a Falquián, dejando apenas entrever un rastro de resentimiento. El muchacho iba vestido con un ceremonioso jubón y calzas, y, por primera vez desde que Falquián lo conocía, llevaba el pelo peinado. Se levantó y dedicó una airosa reverencia a Sephrenia —. Pequeña madre — la saludó.

— Veo que habéis estado dando clases a nuestro díscolo muchacho — observó la mujer.

— Su Excelencia tenía cierta rudeza de modales cuando vino con nosotros, querida dama — le

explicó el elegante rufián —. Me he tomado la libertad de pulirlos un poco.

— ¿Su Excelencia? — inquirió Falquián con curiosidad.

— Yo gozo de ciertas ventajas, Falquián. — Stragen emitió una carcajada —. Cuando la naturaleza, o el mero azar, otorgan un título, no tienen la oportunidad de tomar en cuenta el carácter del receptor y hacer que el hombre y la eminencia vayan a la par. Yo, por mi parte, puedo observar la verdadera naturaleza de la persona interesada y seleccionar el adorno de rango adecuado. Desde el primer momento vi que Talen es un joven extraordinario, de modo que le concedí un ducado. Dadme tres meses, y podría presentarlo en la corte. — Tomó asiento en un amplio y cómodo sillón —. Por favor, amigos, acomodaos, y después me diréis en qué puedo seros útil.

Falquián acercó una silla a Sephrenia y luego se sentó a corta distancia de su anfitrión.

— Lo que en verdad necesitamos actualmente, compadre, es un barco que nos lleve a la costa norte de Deira.

— De eso quería discutir con vos, Falquián. Nuestro excelente y joven ladrón aquí presente me ha dicho que vuestra meta final es Cimmura, y también me ha hecho saber que tal vez os aguarden ciertos inconvenientes en los reinos norteños. Nuestro borracho monarca es un hombre muy necesitado de amigos y le sientan muy mal las deserciones. Según tengo entendido, en estos momentos está molesto con vos. Por toda Eosia Occidental circulan toda suerte de poco halagadoras descripciones de vos. ¿No sería más rápido, y más seguro, navegar directamente hasta Cardos y cabalgar hacia Cimmura desde allí?

— Mi idea — indicó Falquián después de reflexionar — era desembarcar en alguna playa desierta de Deira y dirigirme hacia el sur por las montañas.

— Es ésa una tediosa manera de viajar, Falquián, y muy peligrosa para un hombre fugitivo. Existen playas desiertas en todas las costas, y estoy convencido de que podemos encontrar una apropiada en las proximidades de Cardos.

— ¿Podemos?

— Creo que os acompañaré. Me gustáis, Falquián, aun cuando acabemos de conocernos. Además, necesito hablar de negocios con Platimo de todas formas. — Se puso en pie —. Tendré un barco esperando en el puerto al amanecer. Ahora os dejaré. Estoy seguro de que estáis cansados y hambrientos después de vuestro viaje, y yo haré mejor regresando al baile antes de que nuestra excesivamente entusiasta condesa vuelva a ponerse a trabajar en medio de la pista. — Dedicó una reverencia a Sephrenia —. Que tengáis buenas noches — le deseó en estirio —. Dormid bien. — Dirigió un gesto con la cabeza a Falquián y salió de la habitación.

Kurik se levantó, se encaminó a la puerta y escuchó.

— Tiene algunas ideas estrafalarias, pero es posible que algunas surtan resultado.

— Vamos — dijo el chiquillo, acercándose a Falquián —. Dejádmelo ver.

— ¿Ver el qué?

— El Bhelliom. Arriesgué mi vida más de una vez para ayudar a robarlo y luego, en el último minuto, me retirasteis la invitación para seguir. Creo que como mínimo tengo derecho a echarle una ojeada.

— ¿Es seguro? —preguntó Falquián a Sephrenia.

— No lo sé a ciencia cierta, Falquián. Los anillos lo controlarán..., al menos en parte. Sólo una breve mirada, Talen. Es muy peligroso.

— Una joya es una joya. — Talen se encogió de hombros —. Todas son peligrosas. Todo lo que quiere un hombre atrae a otro que tal vez lo robe y ésa es la cadena que lleva al asesinato. Yo me quedo siempre con el oro. Siempre tiene el mismo aspecto y uno puede venderlo donde le plazca. Es más costoso convertir las piedras preciosas en dinero, y la gente suele pasarse todo el tiempo intentando protegerlas... y eso es realmente un inconveniente. Veámosla, Falquián.

Falquián sacó la bolsa y deshizo el nudo. Después se puso la reluciente rosa azul en la palma de la mano. De nuevo, un breve parpadeo oscureció los límites de su visión y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Por algún motivo, la vislumbre de la sombra le trajo con toda viveza a la memoria la

pesadilla, y casi llegó a sentir la acechante presencia de todas aquellas formas vagamente amenazadoras que le habían turbado el sueño hacía una semana.

— ¡Dios bendito! — exclamó Talen —. Es increíble. — Miró fijamente la gema durante un momento y luego se estremeció —. Guardadla, Falquián. No quiero mirarla más.

Falquián deslizó el Bhelliom en la bolsa.

— Debería tener el color rojo de la sangre — opinó Talen, malhumorado —. Pensad en toda la gente que ha muerto por ella. — Miró a Sephrenia —. ¿De veras era Flauta una diosa?

— Veo que Kurik te lo ha contado. Sí, era... y es... una de las diosas menores de Estiria.

— Me gusta — reconoció el chico —. Cuando no estaba tomándome el pelo. Pero si es un dios... o una diosa... podría tener la edad que quisiera, ¿verdad?

— Por supuesto.

— ¿Por qué se presentaba como una niña entonces?

— Las personas se muestran más sinceras con los niños.

— Yo nunca lo había notado.

— Aphrael atrae más el amor que tú, Talen. — Sonrió —. Y ésa podría ser la verdadera razón por la que eligió esa apariencia. Ella necesita amor. Todos los dioses lo necesitan, incluso Azash. La gente tiene la tendencia a tomar a las niñitas en brazos y a besarlas. A Aphrael le encanta que la besen.

— Nadie me ha besado nunca tanto a mí.

— Todo llegará con el tiempo, Talen..., si te portas bien.

Capítulo dos

Al igual que en los restantes reinos norteños, el clima de Thalesia era muy lluvioso, y a la mañana siguiente caía una fina llovizna de un cielo dominado por negros nubarrones que se desplazaban hacia el estrecho de Thalesia sobre el mar de Deira.

— Un espléndido día para viajar — observó secamente Stragen mientras él y Falquián se asomaban a una ventana parcialmente cegada para ver la mojada calle de abajo —. Detesto la lluvia. Me pregunto si podría encontrar alguna oportunidad de hacer carrera en Rendor.

— No os lo recomiendo — lo disuadió Falquián, recordando una calle abrasada por el sol de Jiroch.

— Nuestros caballos ya están embarcados — informó Stragen —. Podemos partir en cuanto Sephrenia y los demás estén listos. — Calló un momento —. ¿Está siempre tan inquieto por la mañana ese caballo ruano vuestro? — preguntó con curiosidad —. Mis hombres me han contado que ha mordido a tres de ellos de camino a los muelles.

— Debería haberlos prevenido. *Faran* no es el caballo más dócil del mundo.

— ¿Por qué no lo cambiáis?

— Porque, de todos lo que he tenido, es el caballo en el que más he confiado. Estoy dispuesto a soportar algunos de sus caprichos a cambio de eso. Además, me gusta.

Stragen miró la cota de mallas de Falquián.

— No tenéis por qué llevarla, ¿sabéis?

— Es la costumbre. — Falquián se encogió de hombros —. Y hay un buen número de personas hostiles buscándome en estos momentos.

— Huele fatal.

— Uno se habitúa a ello.

— Parecéis taciturno esta mañana, Falquián. ¿Algo no va bien?

— Llevo mucho tiempo en los caminos y, además, he presenciado algunas cosas que no estaba preparado para aceptar. Estoy intentando acomodarlas en mi mente.

— Tal vez algún día, cuando nos conozcamos mejor, podréis hablar — me de ellas. — Stragen pareció recordar algo —. Oh, por cierto, Tel me mencionó lo de esos tres rufianes que estaban buscándoos anoche. Ya no os buscan.

— Gracias.

— En realidad era una especie de cuestión de orden interno. Violaron una de las normas básicas al no consultarme antes de salir en pos de vos. No puedo permitirme que se sienten este tipo de precedentes. No pudimos sonsacarles gran cosa, me temo. Cumplían órdenes de alguien que no es thalesiano, eso es lo único que pudimos averiguar de uno que todavía respiraba. ¿Por qué no vamos a ver si Sephrenia está lista?

Unos quince minutos más tarde, había un elegante carruaje esperándolos en la puerta trasera del almacén. Subieron a él, y el conductor maniobró diestramente el tiro para rodear la estrecha calleja y salir a la calle principal.

Al llegar al puerto, el vehículo se dirigió a un muelle y se paró junto a un barco que tenía aspecto de pertenecer al tipo de los que se solían utilizar para el comercio costero. Las velas, a medio arriar, estaban remendadas, y en sus recias barandillas se apreciaban las múltiples roturas y reparaciones de que habían sido objeto. Tenía el casco embreado y no llevaba ningún nombre en la proa.

— Es un navío pirata, ¿verdad? — preguntó Kurik cuando bajaban del carruaje.

— Sí, de hecho lo es — respondió Stragen —. Poseo un buen número de embarcaciones dedicadas a este negocio, pero ¿cómo lo habéis notado?

— Está construido para alcanzar considerable velocidad — explicó Kurik —. Tiene el bao demasiado corto para albergar un buen cargamento y los refuerzos del mástil demuestran que se hizo con la finalidad de que llevara muchas velas. Fue ideado para hundir a otros barcos.

— O para huir de ellos, Kurik. Los piratas viven vidas agitadas. Existe toda clase de gente en el mundo que ansia ahorcar a los piratas por sistema. — Stragen miró en torno a sí el brumoso puerto —. Subamos a bordo — sugirió —. No tiene gran sentido quedarnos plantados bajo la lluvia charlando de las sutilezas de la vida en el mar.

Ascendieron por la pasarela y Stragen los condujo a los camarotes de debajo de la cubierta. Los marineros soltaron las guindalezas, y el navío fue alejándose del lluvioso puerto con majestuoso paso. Una vez que se hallaron lejos de la costa y en aguas profundas, no obstante, la tripulación izó el velamen al completo y la sospechosa embarcación incrementó la velocidad y comenzó a recorrer prestamente los estrechos de Thalesia en dirección a la costa deirana.

Falquián subió a la cubierta hacia mediodía y encontró a Stragen acodado en la barandilla cerca de la proa, contemplando con aire taciturno el plomizo mar salpicado por la lluvia. Llevaba una pesada capa marrón y por el ala de su sombrero le chorreaba el agua hasta la espalda.

— Creía que no os gustaba la lluvia — comentó Falquián.

— Hay humedad abajo en el camarote — contestó el rufián —. Necesitaba un poco de aire. Me alegra que hayáis venido, Falquián. Los piratas no son muy buenos conversadores.

Permanecieron un rato escuchando el crujido de los aparejos y las vigas del barco y el melancólico goteo de la lluvia penetrando en el mar.

— ¿Cómo es que Kurik sabe tanto de barcos? — preguntó al cabo Stragen.

— Trabajó de marino un tiempo cuando era joven.

— Así se entiende. Supongo que no querréis hablar de lo que estuvisteis haciendo en Thalesia.

— Verdaderamente no. Asuntos eclesiásticos, ¿comprendéis?

— Ah, sí — respondió Stragen —. Nuestra lacónica Santa Madre Iglesia — dijo —. A veces pienso que se guarda los secretos simplemente por pura diversión.

— Debemos apelar más o menos a la fe y creer que sabe lo que se hace.

— *Vos* debéis hacerlo, Falquián, porque sois un caballero eclesiástico. Por mi parte, no he prestado tales juramentos, de manera que dispongo de entera libertad para juzgarla con cierto escepticismo. Y, sin embargo, cuando era joven me planteé la posibilidad de entrar en el sacerdocio.

— Sin duda os habría ido bien. Los sacerdotes y el ejército siempre están interesados en los dotados hijos menores de la nobleza. Me gusta bastante eso. — Stragen sonrió —. «Hijo menor» suena mucho mejor que «bastardo». Pero eso no me importa realmente. No preciso rango ni legitimidad para abrirme camino en la vida. Me temo que la Iglesia y yo habríamos acabado manteniendo relaciones no excesivamente cordiales. Carezco de la humildad que parece exigir, y una congregación de apestosos fieles me habría llevado a renunciar a mis votos bastante tempranamente. — Volvió a posar la mirada en el grisáceo mar —. Cuando uno se pone a pensarlo, la vida no me dejó muchas opciones. No soy suficientemente humilde para la Iglesia, no soy bastante obediente para incorporarme al ejército y no dispongo del temperamento burgués necesario para el comercio. Aun así, estuve metido un tiempo en la corte, dado que el gobierno siempre necesita buenos administradores, sean legítimos o no, pero, después de haber dejado atrás al idiota hijo de un duque en la consecución de un puesto al que ambos aspirábamos, éste se volvió abusivo. Yo lo reté a duelo, por supuesto, y él fue tan insensato que se presentó a la cita llevando cota de mallas y esgrimiendo una espada de hoja ancha. No es con intención de ofensa, Falquián, pero la cota de mallas tiene excesivos agujeros para constituir una buena defensa para un afilado espadín. Mi oponente lo descubrió bien pronto en nuestro enfrentamiento. Después de que le asestara unos cuantos estoques, pareció perder interés en el asunto. Lo di por muerto..., diagnóstico que comprobé más tarde como acertado, y me retiré sin aspavientos del servicio al gobierno. Resultó que el burro al que acababa de ensartar era pariente lejano del rey Wargun, y nuestro alcohólico monarca no tiene precisamente un gran sentido del humor.

— Ya lo había advertido.

— ¿Cómo despertasteis sus iras?

— Quería que participara en esa guerra que se libra en Arcium — explicó, encogiéndose de

hombros, Falquián —, pero yo tenía algo urgente que hacer en Thalesia. Por cierto, ¿cómo sigue esa guerra? He estado bastante al margen de los acontecimientos.

— Casi toda la información que nos ha llegado se reduce a rumores. Algunos aseguran que los rendoreños han sido exterminados; otros, que Wargun ha sido vencido y que los rendoreños avanzan hacia el norte quemando todo lo que sea medianamente inflamable. Supongo que la habladuría a que uno dé crédito responde a la propia visión del mundo. — Stragen miró vivamente hacia popa.

— ¿Algo va mal? — inquirió Falquián.

— Es ese barco de ahí atrás — señaló Stragen —. Tiene el *aspecto* de un barco mercante, pero se mueve demasiado deprisa.

— ¿Otro pirata?

— No lo reconozco... y creedme que lo identificaría si se dedicara a la misma clase de negocio que yo practico. — Miró hacia popa con semblante tenso y luego relajó la expresión —. Está virando el rumbo. — Rió un instante —. Disculpad si doy muestras de excesiva suspicacia, Falquián, pero los piratas incautos suelen acabar decorando el cadalso de algún muelle. ¿Dónde estábamos?

Stragen estaba haciendo demasiadas preguntas. Probablemente ése era un buen momento para distraer su atención.

— Estabais a punto de contarme cómo abandonasteis la corte de Wargun e instalasteis negocio propio — apuntó Falquián.

— Me costó un poco — reconoció Stragen —, pero reúno de forma rara los requisitos para llevar una vida delictiva. En ninguna ocasión he sucumbido a los escrúpulos desde que maté a mi padre y a mis dos hermanastros.

Falquián se sorprendió un tanto al escuchar aquello.

— Es posible que fuera una equivocación matar a mi padre — admitió Stragen —. No era una mala persona, y pagó los gastos de mi educación, pero me ofendió el trato que daba a mi madre. Ella era una amable joven de buena familia que habían instalado en la casa de mi padre como dama de compañía de su esposa enferma. Ocurrió lo que suele ocurrir, y *yo* fui la consecuencia de ello. Después de mi caída en desgracia en la corte, mi padre decidió distanciarse de mí y envió a mi madre de vuelta con su familia. La pobre murió poco tiempo después. Supongo que podría justificar mi parricidio pretendiendo que murió de pena, pero, de hecho, murió atragantada por una espina de pescado. Sea como fuere, yo hice una corta visita a la casa de mi padre, y ahora su título está vacante. Mis dos hermanastros fueron lo bastante estúpidos como para interponerse y en estos momentos los tres comparten la misma tumba. Me imagino que mi padre se arrepintió de todo el dinero que había invertido en mis clases de esgrima. La expresión de su cara mientras agonizaba parecía indicar que estaba lamentando *algo.* — El rubio personaje se encogió de hombros —. Entonces era más joven y seguramente ahora actuaría de forma distinta. No se sacan grandes beneficios acabando a diestro y siniestro con la vida de los familiares, ¿no creéis?

— Eso depende de cómo uno defina el beneficio.

Stragen esbozó una breve mueca.

— De cualquier forma, casi tan pronto como me entregué a la vida de la calle me di cuenta de que apenas existe diferencia entre un barón y un ratero o entre una duquesa y una prostituta. Intenté explicárselo a mi predecesor, pero el mentecato no quiso escucharme. Desenvainó la espada contra mí y yo lo saqué del oficio. Después comencé a instruir a los ladrones y prostitutas de Emsat. Los adorné con títulos imaginarios, delicadas ropas robadas y una gruesa capa de buenos modales para darles una apariencia de nobleza y luego los solté para que trabajaran teniendo por clientes a los aristócratas. El negocio funciona a pedir de boca, y ahora me permito pagar a mis antiguos compañeros de clase social los miles de desprecios e insultos recibidos. — Hizo una pausa —. ¿Aún no os habéis cansado de mi resentida diatriba, Falquián? Debo deciros que vuestra cortesía e indulgencia son casi titánicas. De todas formas ya estoy harto de estar bajo la lluvia. ¿Por qué no

vamos abajo? Tengo una docena de botellas de tinto arciano en mi camarote. Podemos ponernos un poco alegres los dos y enfrascarnos en civilizada conversación.

Falquián calibró la compleja naturaleza del hombre mientras lo seguía hasta los camarotes. Los motivos que lo movían a comportarse de ese modo estaban claros, de eso no había duda. Su rencor y aquella desmedida sed de venganza eran perfectamente comprensibles. Lo que era insólito era su completa falta de autocompasión. Falquián llegó a la conclusión de que le caía simpático ese hombre. No se fiaba de él, desde luego, pues ello habría sido una imprudencia, pero, aun así, le gustaba.

— A mí también — convino Talen esa noche en su camarote cuando Falquián le refirió concisamente la historia de Stragen y confesó la simpatía que le inspiraba el jefe de los bandidos —. Aunque seguramente es natural, ya que Stragen y yo tenemos mucho en común.

— ¿Vas a volver a echarme eso en cara? — preguntó Kurik.

— No os estoy arrojando piedras, padre — contestó Talen —. Las cosas como ésta se dan, y yo no soy menos sensible que Stragen al respecto. — Sonrió —. Aproveché nuestra similitud de orígenes mientras estaba en Emsat. Creo que yo también le caigo bien a él porque me hizo algunas ofertas realmente interesantes. Quiere que vaya a trabajar con él.

— Tienes un futuro prometedor por delante, Talen — señaló Kurik con acritud —. Podrías heredar el puesto de Platimo o el de Stragen... suponiendo que no te atrapen y te cuelguen antes.

— Estoy comenzando a plantearme algo a gran escala — declaró con empaque Talen —. Stragen y yo dedicamos cierto tiempo a conjeturar sobre ello en Emsat. El consejo de los ladrones dista poco de ser un gobierno en estos momentos. Lo que le falta para recibir el calificativo de tal es un dirigente único; un rey, tal vez, o incluso un emperador. ¿No os enorgullecería ser el padre del emperador de los ladrones, Kurik? •

— No especialmente.

— ¿Qué os parece, Falquián? — inquirió el chico, con un brillo malicioso en los ojos —. ¿Debería meterme en política?

— Creo que podemos encontrar una ocupación más apropiada para ti, Talen.

— Quizá, ¿pero sería tan rentable... o tan divertida?

Llegaron a la costa de Elenia a aproximadamente una legua al norte de Cardos una semana después y desembarcaron hacia mediodía en una playa solitaria bordeada de oscuros abetos.

— ¿El camino de Cardos? — preguntó Kurik a Falquián mientras ensillaban a Faran y al caballo castrado del escudero.

— ¿Puedo expresar una sugerencia? — se ofreció Stragen.

— Ciertamente.

— El rey Wargun es un hombre sensiblero cuando está borracho, lo cual sucede la mayor parte del tiempo. Vuestra huida debe de tenerlo gimoteando cada noche encima de su cerveza. Ofreció una considerable recompensa por vuestra captura en Thalesia y seguramente ha hecho circular la oferta de dicha suma aquí. Vuestra cara es bien conocida en Elenia, y nos encontramos a unas setenta leguas de Cimmura, lo cual representa como mínimo una semana de fatigosa cabalgada. ¿De veras queréis pasar tanto tiempo en un camino frecuentado en estas circunstancias? En especial a la vista del hecho de que alguien quiere cargaros el cuerpo de flechas en lugar de limitarse a entregaros a Wargun.

— Tal vez no. ¿Tenéis alguna alternativa que proponer?

— Sí, en efecto. Puede que tardemos un día más, pero Platimo me enseñó en una ocasión una ruta distinta, que, aunque es algo escarpada, poca gente conoce.

Falquián observó con cierta suspicacia al delgado y rubio rufián.

— ¿Puedo confiar en vos, Stragen? — preguntó sin ambages.

Stragen sacudió la cabeza con aire resignado.

— Talen — dijo —, ¿nunca le has explicado lo que es el derecho de asilo de los ladrones?

— Lo he intentado, pero Falquián es a veces duro de mollera con los conceptos morales. La cosa

es así, Falquián. Si Stragen permite que algo os ocurra mientras estáis bajo su protección, tendrá que responder de ello ante Platimo.

— Ese es aproximadamente el motivo por el que os he acompañado — reconoció Stragen —. Mientras esté con vos, os halláis todavía bajo mi protección. Me gustáis, Falquián, y el hecho de disponer de un caballero de la Iglesia que interceda por mí si por un azar acabara en la horca no está de más. — Su sarcástica expresión se asentó de nuevo en su rostro —. Y no sólo eso, sino que vigilando que nada os ocurra podría servirme para expiar algunos de mis más graves pecados.

— ¿De veras habéis cometido tantos pecados, Stragen? — inquirió gentilmente Sephrenia.

— Más de los que puedo recordar, querida hermana — respondió el hombre en estirio —, y muchos de ellos son demasiado horribles para ser descritos en vuestra presencia.

Falquián dirigió una rápida mirada a Talen y éste asintió mudamente.

— Perdonad, Stragen — se disculpó el caballero —. Os he juzgado mal.

— Todo en orden, viejo amigo — le restó importancia Stragen —. Y es perfectamente comprensible. Hay días en que ni yo me fío de mí mismo.

— ¿Dónde está ese otro camino que lleva a Cimmura?

Stragen miró en derredor.

— ¡Vaya! ¿Sabéis?, lo cierto es que creo que empieza justo allá arriba, donde acaba la playa. ¿No es una asombrosa coincidencia?

— ¿Es vuestro el barco en el que hemos navegado?

— Soy uno de sus propietarios, sí.

— ¿Y habéis sugerido al capitán que esta playa podría ser un buen sitio para desembarcar?

— Me parece que recuerdo haber sostenido una conversación al respecto, sí.

— Una asombrosa coincidencia, en efecto — comentó secamente Falquián.

Stragen calló, centrando la mirada en el mar.

— Curioso — dijo, señalando a un barco que pasaba— . Allí está el mismo barco mercante que vimos en el estrecho. Navega con poca carga o de lo contrario no habría ido tan aprisa. — Se encogió de hombros —. Oh, bueno. Vayamos a Cimmura.

La «ruta alternativa» que siguieron apenas era más que un sendero forestal que serpenteaba entre la cadena de montañas que se alzaba entre la costa y las regiones de cultivo que regaba el río Cimmura.

Una vez desembocada en terreno más llano, la senda se confundía imperceptiblemente con una serie de hundidos caminos rurales que discurrían entre los campos.

Un día, cuando a hora temprana se hallaban en medio de aquella zona salpicada de granjas, un desastrado individuo se acercó con cautela a su campamento a lomos de una muía afectada de cojera.

— Necesito hablar con un hombre llamado Stragen — solicitó a gritos a una distancia de tiro de arco.

— Acercaos — le contestó Stragen.

—Me envía Platimo — informó al thalesiano sin tomarse la molestia de desmontar —. Me encargó que os pusiera sobre aviso. Había algunos tipos buscándoos en el camino de Cardos a Cimmura.

— ¿Había?

— No pudieron identificarse después de que los encontráramos, y ya no están buscando nada en estos momentos.

— Ah.

— Sin embargo, estaban haciendo preguntas antes de que los interceptáramos. Os describieron a vos y a vuestros compañeros a un buen número de campesinos y no creo que quisieran alcanzaros sólo con la intención de hablar del tiempo, milord.

— ¿Eran elenios? — preguntó Stragen.

— Algunos lo eran. Los demás parecían marineros thalesianos. Alguien va detrás de vos y de

vuestros amigos y me parece que con una clara intención de mataros. Si estuviera en vuestro caso, me iría a Cimmura y me metería en el sótano de Platimo lo más pronto posible.

— Muchas gracias, amigo — dijo Stragen.

— Me pagan por hacer esto — explicó, con un encogimiento de hombros, el hombre —. Las gracias no aumentan el peso de mi bolsa. — Hizo girar la muía y se alejó.

— Sabía que debería haber vuelto y hundido ese barco — señaló Stragen —. Debo de estar perdiendo facultades. Será mejor que nos pongamos en marcha, Falquián. Corremos un gran riesgo aquí en descampado.

Tres días después, llegaron a Cimmura y se detuvieron en el borde norte del valle para observar la ciudad que se extendía abajo, humeante y plagada de niebla.

— Un lugar claramente carente de atractivo, Falquián — observó con ánimo crítico Stragen.

— No es muy bello — concedió Falquián —, pero nos gusta considerarlo nuestro hogar.

— Me separaré de vosotros aquí — anunció Stragen —. Vos tenéis asuntos que atender y yo también. ¿Puedo sugeriros que olvidemos que nos hemos conocido? Vos estáis implicado en política y yo en robos. Dejaré que sea Dios quien decida cuál de las dos ocupaciones es menos honrada. Buena suerte, Falquián, y mantened los ojos bien abiertos. — Dedicó una somera reverencia a Sephrenia desde la silla, volvió el caballo y se fue cabalgando hacia la desagradable población.

— Casi podría llegar a sentir simpatía por ese hombre — manifestó Sephrenia —. ¿Adonde vamos, Falquián? .

— Al castillo de los pandion — decidió el caballero —. Hemos estado ausentes una buena temporada y querría ponerme al corriente de la situación antes de dirigirme a palacio. — Miró con ojos entornados el sol de mediodía, débil y apagado sobre la persistente neblina que flotaba sobre Cimmura —. Guardémonos de ser vistos hasta no haber averiguado quién controla la ciudad.

Se mantuvieron al abrigo de los árboles y rodearon Cimmura por el lado norte. Kurik bajó en cierto momento del caballo y se arrastró hasta una hilera de arbustos para echar una ojeada. Tenía la expresión grave cuando regresó.

— Hay soldados eclesiásticos guarneciendo las almenas — informó.

— ¿Estás seguro? — inquirió Falquián tras proferir un juramento.

— Los hombres que hay allá arriba visten de rojo.

— Prosigamos de todas formas. Tenemos que entrar en el castillo pandion.

La docena aproximada de hombres que reformaban ostensiblemente el pavimento seguían colocando adoquines frente a la fortaleza de los caballeros pandion.

— Llevan un año trabajando en eso — murmuró Kurik — y todavía no han acabado. ¿Esperamos a que anochezca?

— No creo que eso representara gran diferencia. Todavía estarían vigilando, y no quiero que se extienda la noticia de que estamos de vuelta en Cimmura.

— Sephrenia — preguntó Talen —, ¿podéis formar una columna de humo que suba justo encima de la parte de la ciudad próxima a la puerta?

— Sí — respondió la mujer.

— Estupendo. Entonces haremos que esos albañiles se alejen. — El muchacho les explicó el plan que había ideado.

— No está mal realmente, Falquián — aprobó Kurik con una nota de orgullo —. ¿Qué os parece?

— Vale la pena intentarlo. Probémoslo y veremos lo que ocurre. El uniforme rojo que Sephrenia creó para Kurik no se veía del todo auténtico, pero las manchas de hollín y humo que le agregó disimularon la mayoría de las irregularidades. Lo más importante eran las charreteras bordadas en oro que lo identificarían como oficial. El fornido escudero encaminó su caballo a través de los arbustos en dirección a un lugar cercano a la puerta de la ciudad.

Sephrenia se puso a murmurar en estirio al tiempo que gesticulaba con los dedos. La espiral de

humo que se elevó desde el interior de la muralla era muy convincente: espesa, negra y espantosamente rebullente.

— Vigiladme el caballo — indicó Talen a Falquián, desmontando, antes de correr hacia el linde de arbustos y comenzar a chillar a voz en cuello —: ¡Fuego!

Los falsos obreros se quedaron mirándolo boquiabiertos durante un momento y luego se volvieron para mirar con consternación la ciudad.

— Siempre tiene que gritarse «Fuego» — explicó Talen, ya de vuelta —. Así la gente piensa en el sentido correcto.

Entonces Kurik llegó al galope al sitio donde se apostaban los espías fuera de la puerta del castillo pandion.

— Eh, vosotros — vociferó —, hay una casa ardiendo en el callejón de la Cabra. Id allí y ayudad a apagar el fuego antes de que el incendio se propague a toda la ciudad.

— Pero, señor — objetó uno de los trabajadores —, tenemos órdenes de permanecer aquí sin perder de vista a los pandion.

— ¿Tenéis algo que apreciéis dentro de las murallas de la ciudad? — le preguntó sin rodeos Kurik —. Si ese incendio se nos escapa de las manos, podéis quedaros aquí plantado observándolo mientras se quema. ¡Ahora moveos todos! Yo voy a ir a esa fortaleza para ver si puedo convencer a los pandion para que colaboren en la extinción.

Los obreros se quedaron mirándolo un momento y luego dejaron caer sus herramientas y salieron corriendo hacia el ilusorio incendio mientras Kurik cabalgaba hacia el puente del castillo.

— Muy ingenioso — halagó Falquián a Talen.

— Los ladrones lo practican continuamente. — El muchacho se encogió de hombros —. Aunque nosotros tenemos que utilizar fuego de verdad. La gente sale afuera a mirar embobadamente el fuego y eso proporciona una excelente oportunidad para fisgar en sus casas en busca de algo de valor. — Dirigió la mirada a la puerta de la ciudad —. Parece que hemos perdido de vista a nuestros amigos. ¿Por qué no nos ponemos en marcha antes de que vuelvan?

Dos caballeros pandion vestidos con negra armadura salieron cabalgando a su encuentro cuando llegaron al puente levadizo.

— ¿Es eso un incendio, Falquián? — preguntó uno de ellos un tanto alarmado.

— No realmente — repuso Falquián —. Sephrenia está entreteniendo a los soldados eclesiásticos.

El otro caballero sonrió a Sephrenia y después irguió la espalda.

— ¿Quién sois vos que rogáis entrada en la casa de los soldados de Dios? — inició el ritual.

— No tenemos tiempo para eso, hermano — lo disuadió Falquián —. Será la próxima vez. ¿Quién está al mando?

— Lord Vanion.

Aquello era sorprendente, dado que el preceptor Vanion había estado profundamente implicado en la campaña de Arcium en la última ocasión en que Falquián había oído noticias de él.

— ¿Tenéis idea de dónde puedo localizarlo?

— Está en la torre, Falquián — le informó el segundo caballero.

Falquián emitió un gruñido.

— ¿Cuántos caballeros hay aquí en estos momentos, hermano? — siguió preguntando.

— Unos cien.

— Bien. Tal vez los necesite. — Falquián espoleó a Faran con los talones y el voluminoso ruano volvió la cabeza para mirar a su amo con cierto asombro —. Tenemos prisa, Faran — explicó Falquián a su montura —. Celebraremos el ritual en otra ocasión.

La expresión de Faran era desaprobadora mientras se disponía a cruzar el puente.

— ¡Sir Falquián! — lo llamó una sonora voz desde la puerta del establo.

Era el novicio Berit, un ágil y flaco joven cuyo rostro iluminaba entonces una radiante sonrisa.

— Grita un poco más fuerte, Berit — le dijo Kurik con tono reprobador — y puede que hasta

lleguen a oírte en Chyrellos.

— Lo siento, Kurik — se disculpó Berit, contrito.

— Ve a buscar otros novicios que se ocupen de nuestros caballos y ven con nosotros — indicó Falquián al joven —. Tenemos cosas que hacer y hemos de hablar con Vanion.

— Sí, sir Falquián. — Berit entró corriendo en el establo.

— Es un chico muy agradable. — Sephrenia sonreía.

— Podría salir de él un buen caballero — concedió a regañadientes Kurik.

— ¿Falquián? — inquirió con tono de extrañeza un pandion tocado con capucha cuando trasponían la arqueada puerta que conducía al interior del castillo.

El caballero se bajó la capucha y entonces vieron que era sir Perraine, el pandion que se nacía pasar por tratante de ganado en Dabour. Perraine hablaba el elenio con un ligero acento foráneo.

— ¿Qué hacéis aquí en Cimmura, Perraine? — preguntó Falquián, estrechando la mano de su colega —. Todos pensábamos que habíais echado raíces en Dabour.

— Ah — exclamó Perraine, algo recobrado de su sorpresa —, después del fallecimiento de Arasham, no había motivos para quedarme en Dabour. Pero ¿qué estáis haciendo aquí? Nos habían dicho que el rey Wargun os estaba persiguiendo por toda Eosia Occidental.

— Perseguir no es atrapar, Perraine — señaló, sonriendo, Falquián —. Hablaremos más tarde. En estos momentos mis amigos y yo debemos hablar con Vanion.

— Desde luego. — Perraine ofreció una somera reverencia a Sephrenia y se alejó por el patio.

Subieron las escaleras de la torre sur, donde se ubicaba el estudio de Vanion. El preceptor de la orden pandion llevaba una blanca túnica estiria y su rostro había envejecido aún más en el corto período de tiempo transcurrido desde que Falquián lo había visto por última vez.

También estaban allí los otros, Ulath, Tynian, Bevier y Kalten, cuya presencia parecía encoger la capacidad de la habitación. Todos eran hombres fuertes y voluminosos, no sólo en el mero sentido de su tamaño físico, sino en lo concerniente a sus destacadas reputaciones.

La estancia daba de algún modo la impresión de estar repleta de fornidas espaldas. Siguiendo la costumbre que regía entre los caballeros eclesiásticos cuando se hallaban dentro de sus castillos, todos vestían hábitos de monje por encima de sus cotas de mallas.

— ¡Por fin! — resopló Kalten —. Falquián, ¿por qué no nos hicisteis saber cómo estabais?

— Es un poco difícil de encontrar mensajeros en tierras de trolls, Kalten.

— ¿Ha habido suerte? — preguntó ansiosamente Ulath, el descomunal thalesiano de rubias trenzas para quien, a causa de su nacionalidad, el Bhelliom tenía una significación especial.

Falquián dirigió una rápida mirada a Sephrenia, solicitándole en silencio permiso.

— De acuerdo — concedió la mujer —, pero sólo un minuto.

Falquián introdujo la mano bajo la túnica y sacó la bolsa de lona en la que guardaba el Bhelliom. Después de aflojar el cordel, les mostró el objeto más preciado del mundo, el cual depositó en la mesa que Vanion hacía servir de escritorio. En el mismo instante en que eso hacía, volvió a percibir aquel tenue parpadeo de oscuridad en algún punto impreciso de un sombrío rincón. Todavía lo acosaba la oscuridad que la pesadilla padecida en las montañas de Thalesia había invocado, y la sombra parecía más grande y más oscura ahora, como si cada exposición al Bhelliom incrementara de alguna forma su tamaño y su acechante amenaza.

— No miréis largamente sus pétalos, caballeros — les advirtió Sephrenia —. El Bhelliom puede capturar vuestras almas si lo miráis demasiado.

— ¡Dios mío! — musitó Kalten —. ¡Mirad esto!

Cada uno de los resplandecientes pétalos de la rosa de zafiro era tan perfecto que casi se percibían gotas de rocío prendidas en ellos.

De las profundidades de la joya emanaba una luz azul, junto al conminante mandato de fijar la vista en ella y admirar su perfección.

— Oh, Dios — rogó fervientemente Bevier —, defendednos de la seducción de esta piedra.

Bevier era un caballero cirínico y un arciano, lo cual condicionaba su actitud piadosa, que en

ocasiones Falquián consideraba exagerada. Aquélla, no obstante, no era una de dichas ocasiones. Si tan sólo la mitad de lo que él había percibido era cierto, Falquián sentía que el temor que el Bhelliom inspiraba a Bevier estaba fundado.

— No matar, Bhelliom Rosa Azul — murmuraba Ulath, el thalesiano, en el idioma troll —. Caballeros de la Iglesia no enemigos de Bhelliom. Caballeros de la Iglesia proteger a Bhelliom de Azash, ayudar a volver bueno lo que va mal, Rosa Azul. Yo soy Ulath de Thalesia. Si Bhelliom estar furioso, descargar furia en Ulath.

— No — lo contradijo con firmeza Falquián en la repulsiva lengua troll —. Yo ser Falquián de Elenia. Ser el que matar a Ghwerig el troll enano. Ser el que traer a Bhelliom Rosa Azul a este lugar para curar a mi reina. Si Bhelliom Rosa Azul hacerlo y todavía estar furioso, descargar la furia contra Falquián de Elenia y no contra Ulath de Thalesia.

— ¡Insensato! — se escandalizó Ulath —. ¿Tenéis idea de lo que este objeto puede haceros?

— ¿No os haría lo mismo a vos?

— Caballeros, por favor — se interpuso cansadamente Sephrenia —. Parad ahora mismo de decir tonterías. — Miró la reluciente rosa que reposaba en la mesa—. Escúchame, Bhelliom Rosa Azul — dijo decididamente, sin molestarse en emplear el lenguaje de los trolls —. Falquián de Elenia tiene los anillos. El Bhelliom Rosa Azul debe acatar su autoridad y obedecerlo.

La gema se oscureció brevemente y después volvió a emitir su profunda luz azulada.

— Bien — prosiguió la mujer —. Yo guiaré a Bhelliom Rosa Azul en lo que debemos llevar a cabo y Falquián de Elenia le dará las órdenes. La Rosa Azul debe obedecer.

La luz de la joya se ensombreció de forma intermitente para volver a quedar fija al cabo de unos instantes.

— Guardadla ahora, Falquián.

El caballero introdujo de nuevo la rosa en la bolsa y deslizó ésta bajo la túnica.

— ¿Dónde está Flauta? — preguntó Berit, mirando alrededor.

— Eso, mi joven amigo, es una larguísima historia — le respondió Falquián.

— ¿No estará muerta? — inquirió sir Tynian con tono de perplejidad —. Sin duda no ha muerto.

— No — lo tranquilizó Falquián —. Ello sería imposible tratándose de la diosa estiria Aphrael.

— ¡Herejía! — se indignó Bevier.

— No pensaríais de ese modo si hubierais estado en la cueva de Ghwerig, sir Bevier — le aseguró Kurik —. La vi ascender de un abismo insondable con mis propios ojos.

— ¿Un hechizo, tal vez? — Pese a su sugerencia, Bevier ya no parecía tan seguro de sí mismo.

— No, Bevier — lo disuadió Sephrenia —, Ningún encantamiento podría haber llevado a buen término lo conseguido en esa cueva. Ella era, y es, Aphrael.

— Antes de que nos enzarcemos en una discusión teológica, necesito cierta información — se interpuso Falquián —. ¿Cómo escapasteis de las manos de Wargun, y qué está ocurriendo en la ciudad?

— Wargun no nos ocasionó muchos problemas a la hora de la verdad — le respondió Vanion —. Pasamos por Cimmura de camino hacia el sur y las cosas salieron más o menos como las habíamos planeado en Acie. Encerramos a Lycheas en las mazmorras, pusimos al conde de Lenda a cargo del gobierno y convencimos al ejército y a los soldados eclesiásticos destacados en Cimmura para que marcharan al sur con nosotros.

— ¿Cómo lograsteis tal cosa? — inquirió Falquián algo sorprendido.

— Vanion es muy persuasivo — le explicó, sonriendo, Kalten —. La mayoría de los generales eran leales al primado Annias, pero, cuando intentaron plantear objeciones, Vanion invocó esa ley eclesiástica que había mencionado el conde de Lenda en Acie y tomó el mando del ejército. Los generales todavía se opusieron hasta que los hizo entrar a todos en el patio. Después de que Ulath decapitara a unos cuantos, los demás decidieron cambiar de bando.

— Oh, Vanion — se lamentó Sephrenia con tono de profunda decepción.

— Andaba un poco escaso de tiempo, pequeña madre — se disculpó el preceptor —. Wargun

estaba impaciente por proseguir la campaña y quería ejecutar a la totalidad del cuerpo de oficiales, pero yo lo disuadí. De cualquier forma, se reunió con el rey Soros de Kelosia en la frontera y partió hacia Arcium. Los rendoreños volvieron grupas y huyeron al vernos. Wargun pretende perseguirlos, pero me parece que meramente para su propio disfrute personal. Los otros preceptores y yo logramos convencerlo de que nuestra presencia en Chyrellos durante la elección del nuevo archiprelado era vital, de manera que nos dejó llevarnos un centenar de caballeros.

— ¡Qué generoso! — exclamó sarcásticamente Falquián —. ¿Dónde están los caballeros de las otras órdenes?

— Acampados en las afueras de Demos. Dolmant no quiere que nos desplacemos hacia Chyrellos hasta que no se defina la situación allí.

— Si Lenda se halla al frente del gobierno, ¿por qué están los soldados eclesiásticos en las murallas de la ciudad?

— Annias se enteró de lo que habíamos hecho aquí, como no podía ser de otro modo. Hay miembros de la jerarquía que le son leales y todos disponen de sus propias tropas. Tomó prestados algunos de estos hombres y los mandó aquí. Liberaron a Lycheas y encarcelaron al conde de Lenda. En estos momentos son ellos quienes controlan la ciudad.

— Deberíamos hacer algo al respecto.

Vanion asintió con la cabeza.

— Íbamos de camino a Demos con las otras órdenes cuando averiguamos casualmente qué estaba sucediendo aquí. Nuestros hermanos fueron a Demos para sentar posiciones y trasladarse a Chyrellos y nosotros vinimos a Cimmura. Llegamos anoche. Los caballeros estaban ansiosos por salir a la ciudad en cuanto llegamos, pero ha sido una dura campaña la que hemos compartido con Wargun, y todos están fatigados. Quiero que estén un poco más descansados antes de corregir la situación vigente en el interior de las murallas.

— ¿Existe la probabilidad de que tengamos problemas?

— Lo dudo. Esos soldados eclesiásticos no son los hombres de Annias. Han sido prestados por otros patriarcas, y su lealtad está algo difuminada. Creo que bastará con una demostración de fuerza para que se decidan a capitular.

— Se encuentran entre ese centenar los seis caballeros que participaron en el encantamiento en la sala del trono? — inquirió Sephrenia.

— Sí — repuso Vanion con algo de fatiga —. Todos estamos aquí.

— Miró la espada pandion que llevaba la mujer —. ¿Queréis dármela? — preguntó.

— No — contestó con firmeza ésta —. Ya soportáis bastante peso. Esto no durará mucho, de todas formas.

— ¿Vais a revocar el hechizo? — quiso saber Ulath —, ¿Antes de utilizar el Bhelliom para curar a la reina, me refiero?

— Debemos hacerlo — aseveró la estiria —. El Bhelliom debe tocarle la piel para poder sanarla.

— Ya es la última hora de la tarde — advirtió Kalten, que se había acercado a la ventana —. Si vamos a hacerlo hoy, mejor será que nos pongamos en marcha.

— Esperemos a mañana — propuso Vanion —. Si los soldados tratan de resistirse, podríamos tardar unas horas en someterlos, y no quiero que ninguno se escabulla en la oscuridad para ir a avisar a Annias hasta que haya transcurrido el tiempo suficiente para que lleguen refuerzos.

— ¿Cuántos soldados hay en palacio? — preguntó Falquián.

— Unos doscientos, según los informes de mis espías — respondió Vanion —, no los suficientes para constituir un serio inconveniente.

— Vamos a tener que idear la manera de cerrar a cal y canto la ciudad durante unos cuantos días si no queremos ver una columna de relevo con sujetos vestidos con túnicas rojas remontando la ribera del río — señaló Ulath.

— Yo puedo encargarme de eso — anunció Talen —. Me deslizaré hasta la ciudad antes del anochecer e iré a hablar con Platimo. El mantendrá las puertas bien cerradas.

— ¿Es de fiar? — inquirió Vanion.

— ¿Platimo? Claro que no, pero creo que como mínimo hará esto por nosotros. Detesta a Lycheas.

— Decidido pues — zanjó Kalten —. Podemos ponernos en acción al alba y tenerlo todo concluido a la hora de la comida.

— No te molestes en reservarle un puesto en la mesa al bastardo Lycheas — apuntó con tono desapacible Ulath, revisando el filo de su navaja con el pulgar —. Me parece que no va a tener nada de apetito.

Capítulo tres

Kurik despertó temprano a Falquián la mañana siguiente y lo ayudó a enfundarse la negra armadura de ceremonia. Después, con el cinto de la espada y el yelmo en la mano, Falquián se dirigió al estudio de Vanion para aguardar el alba y la llegada de los demás. Aquél era el gran día. Hacía más de medio año que volcaba todos sus esfuerzos en la llegada de ese día en el que miraría de frente los ojos de su reina, la saludaría y le juraría lealtad. Una terrible impaciencia lo consumía. Quería poner el broche final a aquello y maldecía el perezoso sol que tardaba tanto en salir.

— Y entonces, Annias — casi ronroneó —, vos y Martel vais a convertiros en insignificantes notas a pie de página de la historia.

— ¿Sufriste un golpe en la cabeza cuando tuviste esa pelea con Ghwerig? — Era Kalten, que también llevaba su armadura negra de ceremonia y que entró con el yelmo bajo el brazo.

— No — respondió Falquián —. ¿Por qué?

— Estabas hablando solo. La mayoría de la gente no hace eso, lo sabes bien.

— Te equivocas, Kalten. Casi todo el mundo lo hace. La mayor parte del tiempo, no obstante, hablan solos repasando conversaciones pasadas... o planeando algunas que aún no han ocurrido.

— ¿A cuál de las dos ocupaciones te estabas dedicando?

— A ninguna. Estaba avisando a Annias y a Martel lo que les espera.

— No han podido oírte.

— Quizá no, pero darles algún tipo de advertencia es lo más caballeroso que se puede hacer. Al menos yo sabré que lo dije, incluso si ellos lo ignoran.

— Me parece que yo no me tomaré esas molestias cuando vaya en busca de Idus. — Kalten sonrió —. ¿Tienes noción de cuánto tardaría en hacerle entrar una idea en la cabeza a Adus aunque fuera a golpes? Oh, por cierto, ¿y quién liquidará a Krager?

— Dejémoselo a alguien que nos preste algún favor.

— No está mal la idea. —Kalten calló un momento, adoptando un semblante más serio—. ¿Va a funcionar, Falquián? ¿Va a curar realmente el Bhelliom a Ehlana, o sólo hemos estado engañándonos a nosotros mismos?

— Creo que va a salir bien. Tenemos que creer que así será. El Bhelliom es muy, muy poderoso.

— ¿Lo has utilizado alguna vez?

— Sí, una. Derrumbé parte de una cadena montañosa en Thalesia con él.

— ¿Por qué?

— Era necesario. No pienses en el Bhelliom, Kalten. Es muy peligroso hacerlo.

Kalten puso una expresión escéptica.

— ¿Vas a permitir que Ulath acorte un poco la estatura de Lycheas cuando lleguemos a palacio?

Ulath disfruta de veras haciéndole eso a la gente... O yo podría colgar al bastardo, si prefieres.

— No lo sé — respondió Falquián —. Tal vez debamos esperar y dejar que Ehlana tome la decisión.

— ¿Por qué molestarla con eso? Seguramente estará un poco débil después de todo esto y, como paladín suyo, deberías tratar de evitarle todo esfuerzo. — Kalten miró con ojos entornados a Falquián —. No te lo tomes a mal — añadió —, pero Ehlana es una mujer, y las mujeres son notoriamente blandas de corazón. Si lo dejamos a su albedrío, puede 3ue no nos autorice a matarlo. Preferiría tenerlo bien muerto antes e que ella despierte. Le presentaremos disculpas, por supuesto, pero es muy difícil resucitar a alguien, por más arrepentido que uno esté.

— Eres un bárbaro, Kalten.

— ¿Yo? Oh, por cierto, Vanion ha ordenado ponerse la armadura a nuestros hermanos. En principio todos estaremos listos a la salida del sol, cuando la gente de la ciudad abra las puertas. — Kalten frunció el entrecejo —. Ello podría representar un problema, no obstante.Habrá soldados eclesiásticos en las puertas y tal vez intenten cerrárnoslas en las narices cuando nos vean venir.

— Para eso están los arietes — repuso con indiferencia Falquián.

— La reina podría enojarse un poco contigo si se entera de que has estado derribando las puertas de su capital.

— Se las haremos arreglar a los soldados eclesiásticos.

— Es un trabajo honrado, y eso es algo casi desconocido para los soldados eclesiásticos. No obstante, sugiero que observes detenidamente esa hilera de adoquines delante de las puertas antes de tomar una determinación. Los soldados de la Iglesia no son muy diestros con las herramientas. — El rubio caballero se hundió en un sillón, produciendo un crujido con la armadura —. Nos ha llevado mucho tiempo, Falquián, pero casi ya estamos al cabo del camino, ¿no es cierto?

— Muy cerca — concedió Falquián —, y, en cuanto Ehlana esté recuperada, podemos ir en busca de Martel.

— Y de Annias — agregó Kalten, con un vivo fulgor en los ojos —. Creo que deberíamos colgarlo del arco de la puerta principal de Chyrellos.

— Es un primado de la Iglesia, Kalten — le recordó Falquián con voz apesadumbrada —. No puedes hacerle eso.

— Podemos pedirle disculpas después.

— ¿De qué manera exactamente te propones hacerlo?

— Ya se me ocurrirá algo — respondió Kalten con desenvoltura —. Quizá podríamos decir que había sido un error o algo parecido.

El sol ya había salido cuando se reunieron en el patio. Vanion, con rostro pálido y macilento, bajó cansinamente las escaleras cargando una gran caja.

— Las espadas — explicó concisamente a Falquián —. Sephrenia dice que las necesitaremos cuando estemos en la sala del trono.

— ¿No puede trasladarlas otra persona? — le preguntó Kalten.

— No. Son mi carga. Cuando llegue Sephrenia, nos pondremos en marcha.

La pequeña mujer estiria estaba muy calmada, con aire ausente, cuando salió al patio con la espada de sir Gared en la mano y con Talen tras ella.

— ¿Os encontráis bien? — inquirió Falquián.

— He estado preparándome para el ritual que celebraremos en la sala del trono — repuso la estiria.

— Puede que participemos en alguna refriega — señaló Kurik —. ¿Es prudente que llevemos a Talen?

— Yo puedo protegerlo — respondió Sephrenia —, y su presencia es necesaria por motivos que no creo que vayáis a comprender.

— Montemos y partamos — propuso Vanion.

Sonó un gran tintineo cuando los cien caballeros pandion de negra armadura subieron a caballo.

Falquián se situó, como era habitual, al lado de Vanion con Kalten, Bevier, Tynian y Ulath a corta distancia detrás de ellos, y la columna de pandion los siguió a retaguardia. Cruzaron el puente levadizo al trote y arremetieron contra el perplejo grupo de soldados eclesiásticos que se encontraban ante la puerta. Obedeciendo a una concisa señal de Vanion, un destacamento de pandion se separó del cortejo y rodeó a los falsos obreros.

— Retenedlos aquí hasta que nosotros nos hayamos hecho cargo de las puertas de la ciudad — ordenó Vanion —. Después llevadlos a la población y reuníos con nosotros.

— Sí, mi señor — repuso Perraine.

— De acuerdo, caballeros — los exhortó Vanion —, Creo que un galope sería lo adecuado en estos momentos. No demos demasiado tiempo a los soldados de la ciudad para prepararse para nuestra llegada.

Recorrieron con estruendo de cascos la relativamente corta distancia que separaba el castillo de la orden de la Puerta del Este de Cimmura, donde, a pesar de la preocupación de Kalten acerca de la posibilidad de que la hallaran cerrada, los soldados eclesiásticos, tomados por sorpresa, no pudieron reaccionar a tiempo.

— ¡Caballeros! — protestó con voz aguda un oficial —. ¡No podéis entrar en la ciudad sin la autorización del príncipe regente!

— ¿Con vuestro permiso, lord Vanion? — consultó educadamente Tynian.

— Desde luego, sir Tynian — consintió Vanion —. Tenemos asuntos urgentes que atender y no podemos desperdiciar el tiempo con ociosas chacharas.

Tynian adelantó el caballo. El caballero deirano, de cara engañosamente redonda, tenía un semblante que por lo general iba asociado con el buen humor y un enfoque alegre de la vida. Su armadura, no obstante, ocultaba un torso extraordinariamente desarrollado y unos poderosos brazos y hombros.

— Amigo mío — dijo al oficial con tono afable, tras desenvainar la espada —, ¿seríais tan amable de apartaros para dejarnos pasar? Estoy seguro de que ninguno de nosotros desea que se produzcan altercados desagradables aquí. — Su tono era cortés, casi amigable.

La mayoría de los soldados eclesiásticos, acostumbrados desde hacía tiempo a que todo el mundo acatara su voluntad en Cimmura, no estaban preparados para que nadie pusiera en tela de juicio su autoridad. Para su mala fortuna, el oficial se contaba entre ellos.

— Debo prohibiros la entrada a la ciudad sin una autorización expresa del príncipe regente — declaró con tozudez.

— ¿Es vuestra última palabra, pues? — preguntó Tynian con tono pesaroso.

— Lo es.

— Vos lo habéis decidido, amigo — dijo Tynian.

Después se irguió sobre los estribos y le descargó por alto la espada. Dado que el oficial no podía creer que alguien fuera a agredirlo, no realizó movimiento alguno para protegerse. Su expresión era de gran sorpresa cuando la pesada arma de ancha hoja de Tynian se abrió camino entre su cuello y hombro para abrirle un tajo en diagonal en el cuerpo. La sangre brotó a borbotones de la terrible herida, y el cuerpo súbitamente rígido quedó colgando de la espada de Tynian, retenida entre los bordes abollados de la gran raja abierta en el peto de acero del oficial. Tynian se apoyó en la silla, sacó el pie del estribo y desprendió de un puntapié el cadáver del arma.

— Le he pedido que se apartara, lord Vanion — puntualizó —. Puesto que decidió no hacerlo, lo que ha ocurrido es de su entera responsabilidad, ¿no os parece?

— —Así ha sido, sir Tynian — acordó Vanion —. No veo que hayáis tenido culpa vos. Os habéis comportado como modelo de cortesía.

— Prosigamos pues — propuso Ulath, descolgando su hacha de guerra de la silla del caballo—. Veamos — dijo a los atónitos soldados eclesiásticos —, ¿quién es el siguiente?

Los soldados se dieron a la fuga.

Los caballeros que habían estado custodiando a los obreros llegaron al trote, llevando a sus

prisioneros en primera fila. Al ver una columna de caballeros pandion de desapacible semblante cabalgando por las adoquinadas calles, los ciudadanos de Cimmura, plenamente conscientes de cuál era la situación en palacio, no tardaron en prever una inminente batalla. Las puertas se cerraron una tras otra, y después de ellas siguieron los postigos.

Los caballeros siguieron cabalgando por las repentinamente solitarias calles. A sus espaldas se oyó un malévolo zumbido seguido de un sonoro ruido metálico. Falquián hizo girar a Faran.

— De veras deberías vigilar tu espalda, Falquián — aconsejó Kalten —. Eso era una saeta de ballesta, y te hubiera acertado justo entre los omóplatos. Me debes lo que me va a costar volver a esmaltar el escudo.

— Te debo mucho — más que eso, Kalten — contestó, agradecido, Falquián.

— Qué extraño — observó Tynian —. La ballesta es un arma lamorquiana. No son muchos los soldados eclesiásticos que las utilizan.

— Tal vez fuera algo personal — gruñó Ulath —. ¿Habéis ofendido últimamente a algún lamorquiano, Falquián?

— No que yo sepa.

— No tiene sentido que nos entretengamos con pláticas al llegar a palacio — reflexionó Vanion —. Ordenaré a los soldados que arrojen las armas en cuanto lleguemos.

— ¿Creéis que lo harán? — inquirió Kalten.

— Probablemente no — reconoció Vanion, sonriendo con tristeza —. Al menos, no sin haber presenciado varias ejecuciones ejemplares. Cuando lleguemos, Falquián, quiero que os llevéis a vuestros amigos aquí presentes y que guardéis la puerta de palacio. No me parece que fuera buena idea ir persiguiendo a los soldados de la Iglesia por los pasillos.

— De acuerdo — aceptó Falquián.

Puestos sobre aviso por los hombres que habían huido de las puertas de la ciudad, los soldados eclesiásticos se habían apostado en formación en el patio de palacio y habían cerrado las puertas, prioritariamente decorativas, de éste.

— Traed el ariete — ordenó Vanion.

Una docena de pandion se adelantaron con una pesada viga prendida con cuerdas a sus sillas. Tardaron quizás unos cinco minutos en derribar las puertas y entonces los caballeros de la Iglesia se introdujeron en el patio.

— ¡Arrojad las armas! — gritó Vanion a los confusos soldados del patio.

Falquián condujo a sus amigos por el borde del patio hasta las grandes puertas que daban entrada a palacio. Allí desmontaron y subieron las escaleras para enfrentarse a la docena de soldados que

montaban guardia frente a la entrada. El oficial que ostentaba el mando desenvainó la espada.

— ¡Nadie puede entrar! — vociferó.

— Dejadme paso, compadre — solicitó Falquián en su característico tono mortalmente calmado.

— Yo no recibo órdenes de... — comenzó a replicar el oficial.

Después sus ojos se velaron al tiempo que se producía un sonido similar al que haría un melón que chocara en el suelo cuando Kurik lo descabezó limpiamente con su maza erizada de púas. El oficial se vino abajo con el cuerpo crispado.

— Esto es una novedad — comentó sir Tynian a sir Ulath —. Nunca había visto antes que a alguien le saliera el cerebro por la oreja.

— Kurik es muy bueno manejando esa maza — convino Ulath.

— ¿Alguna pregunta? — preguntó amenazadoramente Falquián a los otros soldados.

Estos se quedaron mirándolo fijamente.

— Me parece que os han ordenado que arrojarais las armas — les recordó Kalten.

Los interpelados se desprendieron de sus armas.

— Os relevamos en vuestra función aquí, compadres — los informó Falquián —. Podéis reuniros con vuestros amigos en el patio. El cuerpo de guardia se apresuró a bajar las escaleras. Los pandion montados avanzaban lentamente hacia los soldados que se encontraban de pie en el

patio. Los más fanáticos ofrecieron cierta resistencia, y los caballeros pandion les proporcionaron las «ejecuciones ejemplares» que su preceptor había mencionado. El centro del recinto pronto se cubrió de sangre y de cabezas, brazos y algunas piernas sueltas. A medida que iban viendo el balance de la lucha, los soldados abandonaban las armas y ponían los brazos en alto. Hubo un obstinado grupo que continuaba oponiéndoseles, pero los caballeros los acorralaron contra una pared y allí dieron cuenta de ellos.

— Conducid a los supervivientes a los establos — ordenó Vanion, mirando en derredor — y apostad unos cuantos guardias. — Después desmontó y retrocedió hasta la destartalada puerta —. Ya ha pasado todo, pequeña madre — anunció a Sephrenia, que había aguardado afuera con Talen y Berit —. Podéis pasar sin peligro.

Sephrenia entró en el patio a lomos de su blanco palafrén, tapándose los ojos con una mano. Talen, en cambio, miraba a su alrededor con ojos brillantes y perversos.

— Deshagámonos de esto — propuso Ulath a Kurik, inclinándose para agarrar por los hombros al oficial muerto.

Entre los dos apartaron el cuerpo y Tynian aplastó pensativamente con el pie el charco de sesos que cubría parte del escalón superior.

— ¿Siempre partís en pedazos a vuestros enemigos de esta manera? — preguntó Talen a Falquián mientras desmontaba y acudía a ayudar a Sephrenia a bajar del caballo.

— Vanion quería que los soldados vieran lo que les ocurriría si presentaban más resistencia. El desmembramiento suele ser muy convincente.

— ¿Debéis hacerlo? — Sephrenia tuvo un escalofrío.

— Será mejor que nos dejéis entrar primero, pequeña madre — aconsejó Falquián cuando Vanion se reunió con elfos acompañado de veinte caballeros —. Puede que haya soldados escondidos adentro.

Comprobaron que sí los había, pero los caballeros de Vanion los localizaron con su acostumbrada eficiencia, los llevaron a la puerta principal y les dieron cumplidas instrucciones de sumarse a sus compañeros que se hallaban en los establos.

Falquián abrió las puertas de la sala del consejo, que no custodiaba nadie, y dejó con deferencia que entrara primero Vanion. Lycheas estaba, encogido y tembloroso, detrás de la mesa del consejo con un obeso hombre vestido de rojo, y el barón Harparin daba desesperadas sacudidas al tirador de una de las campanas.

— ¡No podéis entrar aquí! — espetó excitadamente Harparin a Vanion con su aguda y afeminada voz —. Os ordeno que os marchéis de inmediato con el peso de la autoridad del príncipe Lycheas.

Vanion le dirigió una fría mirada, que no extrañó a Falquián, el cual conocía el gran desdén que profesaba por el repugnante pederasta.

— Este hombre me irrita — declaró categóricamente, señalando a Harparin —. ¿Me hará alguien el favor de quitármelo de delante?

Ulath rodeó la mesa con el hacha de guerra en las manos.

— ¡No os atreveréis! — chilló Harparin, echándose atrás y manipulando vanamente todavía el tirador —. Soy un miembro del consejo real. No osaréis hacerme nada.

Ulath, de hecho, se atrevió. La cabeza de Harparin rebotó una vez y luego fue rodando por la alfombra hasta pararse cerca de la ventana. Tenía la boca extremadamente abierta y los ojos aún desorbitados por el horror.

— ¿Era más o menos esto lo que proponíais, lord Vanion? — preguntó educadamente el fornido thalesiano.

— Aproximadamente, sí. Gracias, sir Ulath.

— ¿Y qué hacemos con los otros dos? — Ulath apuntó con el hacha a Lycheas y al obeso personaje.

— Ah... todavía no, sir Ulath. — El preceptor pandion se acercó a la mesa del consejo cargando con la caja que contenía las espadas de los caballeros caídos —. Ahora, Lycheas, decidme, ¿dónde

está el conde de Lenda?

Lycheas se quedó mirándolo boquiabierto.

— Sir Ulath — dijo Vanion con voz gélida como el hielo.

— ¡No! — gritó Lycheas —, Lenda está prisionero abajo en las bodegas. No le hemos hecho daño, lord Vanion. Os juro que está...

— Llevad a Lycheas y a este otro abajo a las mazmorras — ordenó Vanion a un par de sus caballeros —. Liberad al conde de Lenda y poned a estos dos en su celda. Después traed al conde.

— ¿Me permitís, mi señor? — solicitó Falquián.

— Por supuesto.

— Lycheas, el bastardo — dijo ceremoniosamente Falquián —: como paladín de la reina, tengo el inconfundible placer de arrestaros con el cargo de alta traición. La pena es de sobra conocida. Nos ocuparemos de ello en el momento apropiado. Las reflexiones que os hagáis al respecto os mantendrán ocupado en las largas y tediosas horas de vuestro confinamiento.

— Podría ahorraros un montón de tiempo y de gastos, Falquián — se ofreció servicialmente Ulath, volviendo a levantar el hacha.

Falquián fingió tomar en cuenta la oferta.

— No — declinó con aire de lamentarlo —. Lycheas ha pisoteado al pueblo de Cimmura y creo que éste tiene derecho a presenciar el espectáculo de una hermosa y sucia ejecución pública.

Lycheas lloriqueaba aterrorizado cuando sir Perraine y otro caballero se lo llevaron a rastras pasando por delante de la cabeza de desorbitados ojos del barón Harparin.

— Sois un hombre duro y despiadado, Falquián — observó Bevier.

— Lo sé. — Falquián miró a Vanion —, Tendremos que esperar a Lenda — señaló —. Tiene la llave de la sala del trono. No quiero que Ehlana se despierte y vea que le hemos hecho añicos la puerta.

Vanion asintió con la cabeza.

— De todas formas lo necesito para otra cuestión — explicó. Depositó la caja de las espadas en la mesa del consejo y tomó asiento en una de las sillas —. Oh, por cierto — indicó —, tapad a Harparin antes de que Sephrenia entre aquí. Las cosas de esta naturaleza la afligen.

Aquélla era otra prueba, pensó Falquián, de que la consideración con que Vanion trataba a Sephrenia iba más allá de lo que era habitual en él.

Ulath se encaminó a la ventana, arrancó una de las cortinas y se volvió, deteniéndose tan sólo para colocar con el pie la cabeza de Harparin debajo de su cuerpo, y después cubrió los restos con la tela.

— Toda una generación de muchachitos dormirán más tranquilos ahora que Harparin ya no está entre nosotros — observó con ligereza Kalten —, y seguramente mencionarán a Ulath en sus oraciones cada noche.

— Recibiré todas las bendiciones que se me dediquen — repuso Ulath con tono indiferente.

Sephrenia entró seguida de Talen y Berit, y miró en derredor.

— Qué agradable sorpresa — apreció —. Estaba esperando encontrarme con los restos de alguna nueva carnicería. — Entonces entornó los ojos y apuntó al cuerpo tapado que yacía junto a la pared —. ¿Qué es esto? — preguntó.

— El difunto barón Harparin — respondió Kalten —. Nos ha dejado de una manera un tanto repentina.

— ¿Lo habéis hecho vos, Falquián? — inquirió con tono acusador.

— ¿Yo?

— Os conozco demasiado bien, Falquián.

— En realidad he sido yo, Sephrenia — dijo con voz cansina Ulath —. Siento mucho que os incomode, pero, ya se sabe, soy thalesiano. Tenemos fama de ser unos bárbaros. — Se encogió de hombros —. Uno se ve más o menos obligado a mantener la reputación de su país, ¿no os parece?

Negándose a responder, la mujer fue recorriendo con la mirada la habitación, fijándola en los

rostros de los otros pandion presentes.

— Bien — constató —. Estamos todos aquí. Abrid la caja, lord Vanion.

Vanion hizo lo que le pedía.

— Caballeros — se dirigió Sephrenia a los pandion presentes en la sala al tiempo que depositaba la espada de sir Gared en la mesa junto a la caja —. Hace unos meses, doce de vosotros colaborasteis conmigo en la invocación del hechizo que ha mantenido con vida a la reina Ehlana. Desde entonces, seis de vuestros valientes compañeros se han marchado a la Morada de los Muertos. Sus espadas, no obstante, deben estar con nosotros cuando revoquemos el encantamiento para poder curar a la reina. Por eso, cada uno de los que estuvisteis allí debe llevar el arma de uno de vuestros compañeros fallecidos así como la suya propia. Voy a liberar el hechizo que hará posible que toméis dichas espadas. Después iremos a la sala del trono, donde seréis relevados en la tarea de cargar las espadas de los muertos.

— ¿Relevados? — se extrañó Vanion —. ¿Por quién?

— Por sus propietarios.

— ¿Vais a invocar fantasmas en la sala del trono? — preguntó, perplejo.

— Vendrán sin ser llamados. Sus juramentos son garantía de ello. Como en la anterior ocasión, rodearéis el trono con las espadas extendidas. Yo revocaré el encantamiento, y el cristal desaparecerá. El resto depende de Falquián... y del Bhelliom.

— ¿Qué es lo que debo hacer exactamente? — inquirió Falquián.

— Os lo diré en el momento oportuno — respondió la estiria —. No quiero que hagáis nada prematuro.

Sir Perraine entró en la sala del consejo acompañando al anciano conde de Lenda.

— ¿Cómo era la mazmorra, mi señor de Lenda? — preguntó alegremente Vanion.

— Húmeda, lord Vanion — repuso Lenda —. También oscura y bastante apestosa. Ya sabéis cómo son las mazmorras.

— No. — Vanion emitió una carcajada —. De veras que no. Es una experiencia a la que preferiría renunciar. — Observó la arrugada cara del viejo cortesano —. ¿Os encontráis bien, Lenda? — inquirió —. Parecéis cansado.

— Los viejos siempre parecen cansados, Vanion. — Lenda sonrió —. Y yo soy más viejo que la mayoría de ellos. — Irguió sus delgados hombros —. Ser arrojado a las mazmorras es un azar que va con la profesión de quienes ostentan cargos públicos. Uno acaba por acostumbrarse. He pasado peores penalidades.

— Estoy convencido de que Lycheas y ese individuo disfrutarán de la mazmorra, mi señor — le aseguró Kalten de buen humor.

— Lo dudo mucho, sir Kalten.

— Les hemos inculcado la idea de que el final de su encarcelamiento marcará su entrada en otro mundo. Estoy seguro de que preferirán la mazmorra. Las ratas no son tan desagradables.

— Veo que el barón Harparin está ausente —observó Lenda—. ¿Ha escapado?

— Sólo en cierto modo, mi señor —respondió Kalten—. Estaba comportándose de manera muy ofensiva. Ya sabéis cómo era Harparin. Sir Ulath le dio una lección de cortesía... con el hacha.

— Veo que este día está lleno de placenteras sorpresas — constató riéndose Lenda.

— Mi señor de Lenda — anunció un tanto ceremoniosamente Vanion —, ahora vamos a ir a la sala del trono a curar a la reina. Me gustaría que vos fuerais testigo de dicha curación para que podáis confirmar su identidad en caso de que más adelante se suscitaran dudas al respecto. El vulgo es supersticioso, y existen individuos que tal vez quisieran hacer circular rumores que propagaran que Ehlana es una impostora.

— Muy bien, mi señor Vanion — aceptó Lenda —, pero ¿cómo os proponéis curarla?

— Ya lo veréis. — Sephrenia sonrió y, tendiendo las manos sobre las espadas, habló unos momentos en estirio. Las armas brillaron un instante cuando invocó el hechizo, y los caballeros que habían estado presentes durante el ritual que encerró a la reina en una urna de cristal se acercaron a

la mesa. La mujer les habló brevemente en voz baja y luego cada uno de ellos tomó una de las espadas —. Muy bien — dijo —, vayamos a la sala del trono.

— Esto es muy misterioso — comentó Lenda a Falquián mientras caminaban por el corredor en dirección a la sala del trono.

— ¿Habéis visto alguna vez una demostración real de la magia? — le preguntó Falquián.

— Yo no creo en la magia, Falquián.

— Es posible que modifiquéis muy pronto vuestro punto de vista. — Falquián esbozó una sonrisa.

El anciano cortesano sacó la llave de un bolsillo interior y abrió la puerta de la sala del trono. Después todos entraron detrás de Sephrenia. La estancia estaba oscura pues, durante el confinamiento de Lenda, nadie se había molestado en cambiar las velas. Falquián, no obstante, todavía oía el mesurado palpitar del corazón de su reina resonando en las tinieblas. Kurik salió afuera y trajo una antorcha.

— ¿Ponemos velas nuevas? —preguntó a Sephrenia.

— Sin duda — respondió la estiria —. No vamos a despertar a la reina en una habitación a oscuras.

Kurik y Berit cambiaron los cirios consumidos por otros enteros y después Berit miró con curiosidad a la joven reina a la que había servido tan fielmente sin siquiera haberla visto nunca. Los ojos se le desorbitaron súbitamente y pareció contener el aliento. Su mirada reflejaba una veneración insuperable, pero Falquián creyó percibir en ella algo más que mero respeto. Berit tenía aproximadamente la misma edad que Ehlana y, después de todo, ella era muy hermosa.

— Eso está mucho mejor — alabó Sephrenia, paseando la mirada por la estancia iluminada —. Falquián, venid conmigo — indicó, conduciéndolo al estrado sobre el que se asentaba el trono.

Ehlana permanecía sentada de forma idéntica a como lo había hecho durante todos aquellos meses. Lucía la corona de Elenia encima de sus pálidos y rubios cabellos y vestía su atuendo de ceremonia. Tenía los ojos cerrados y el semblante sereno.

— Sólo unos minutos más, mi reina — murmuró Falquián que, extrañamente, tenía los ojos anegados de lágrimas y el corazón en un puño.

— Quitaos los guanteletes, Falquián — dijo Sephrenia —. Los anillos deberán estar en contacto con el Bhelliom para liberar su poder.

El pandion se desprendió de los guanteletes de malla metálica e, introduciendo la mano debajo de la sobreveste, sacó la bolsa de lona y aflojó la cuerda que la cerraba.

— Bien, caballeros — indicó Sephrenia a los caballeros supervivientes —, ocupad vuestros lugares.

Vanion y los otros cinco pandion se situaron en posiciones espaciadas rodeando el trono, cada uno de ellos empuñando su propia espada y la de uno de sus compañeros fallecidos.

Sephrenia permaneció junto a Falquián y comenzó a formar el encantamiento en estirio a la vez que ondulaba los dedos. Las velas disminuían e incrementaban su llama casi de manera acompasada al sonoro hechizo. En un momento determinado, la sala fue impregnándose del conocido olor a muerte. Falquián apartó los ojos del rostro de Ehlana para aventurar una mirada hacia el círculo de caballeros. Donde antes había habido seis, ahora había doce. Las traslúcidas formas de los que habían perecido uno tras otro en el transcurso de los meses precedentes habían regresado sin ser invocadas para hacerse cargo por última vez de sus espadas.

— Ahora, caballeros — instruyó Sephrenia a los vivos y a los muertos a un tiempo —, apuntad con vuestras espadas al trono.

Entonces dio inicio a un encantamiento distinto. El extremo de cada espada comenzó a brillar, y aquellas incandescentes puntas de luz fueron tornándose más y más resplandecientes hasta rodear el trono con un anillo de pura luz. Sephrenia alzó el brazo, pronunció una palabra, y luego lo bajó con rapidez. El cristal que envolvía el trono se agitó como el agua y desapareció de repente.

Ehlana inclinó la cabeza hacia adelante y su cuerpo comenzó a temblar violentamente. Su

respiración se hizo trabajosa y los latidos de su corazón, que todavía resonaban en la habitación, adquirieron un ritmo irregular. Falquián subió de un salto al estrado para acudir en su ayuda.

— ¡Aún no! — lo atajó Sephrenia.

— Pero...

— ¡Haced lo que os digo!

El caballero permaneció inútilmente inclinado sobre su sufriente reina durante un minuto que se le antojó una hora. Poco después Sephrenia se adelantó y levantó la barbilla de Ehlana con ambas manos. Los grises ojos de la reina estaban muy abiertos y desenfocados, y su rostro aparecía grotescamente torcido.

— Ahora, Falquián — indicó Sephrenia —, tomad el Bhelliom en las manos y aplicádselo al corazón. Aseguraos de que los anillos toquen la piedra. Ordenadle al mismo tiempo que la cure.

Falquián cogió la rosa de zafiro con las dos manos y luego tocó suavemente con la gema el pecho de Ehlana.

— ¡Sana a mi reina, Bhelliom Rosa Azul! — ordenó en voz alta.

La enorme oleada de poder que brotó de la joya que asía lo obligó a caer de rodillas. Las velas parpadearon y oscurecieron su luz como si alguna tenebrosa sombra hubiera pasado por la habitación. ¿Era algo que huía? ¿O acaso era esa sombra espantosa que lo seguía y lo acechaba en todos sus sueños? Ehlana se quedó rígida y su esbelto cuerpo se pegó violentamente contra el respaldo del trono. De su garganta brotó un ronco jadeo y después su mirada de desorbitados ojos recobró de improviso un aire racional y se fijó con perplejidad en Falquián.

— ¡Ya está! — exclamó Sephrenia con voz temblorosa antes de dejarse caer débilmente en la tarima.

Ehlana inspiró profundamente, estremeciéndose.

— ¡Mi caballero! — gritó con voz apagada, tendiendo los brazos hacia el pandion de negra armadura que permanecía de hinojos ante ella. Pese a su fragilidad, su voz era rica y modulada, la voz de una mujer ahora y no la infantil que Falquián recordaba —. Oh, mi Falquián, por fin habéis venido a mí. — Puso las temblorosas manos sobre sus acorazados hombros y, acercando la cara por debajo de su visera levantada, lo besó largamente.

— Basta ya, criaturas — les dijo Sephrenia —. Falquián, llevadla a sus aposentos.

Falquián estaba muy perturbado. El beso de Ehlana había distado mucho de ser infantil. Guardó el Bhelliom, se quitó el yelmo y lo lanzó a Kalten y después alzó cuidadosamente a Ehlana en sus brazos. Ésta le rodeó los hombros con sus pálidos brazos y apoyó la mejilla contra la suya.

— Oh, os he encontrado — musitó —, y os amo, y no os dejare marchar.

Falquián reconoció el texto que estaba citando y lo encontró escandalosamente inapropiado. Su desazón iba en aumento. Era evidente que en todo aquello había un grave malentendido.

Capítulo cuatro

Ehlana iba a convertirse en un problema, decidió Falquián mientras se quitaba la armadura poco después de haberse presentado ante su reina a la mañana siguiente. Aun cuando ella no había estado ausente de su pensamiento durante su exilio, ahora veía que debía someterse a una serie de difíciles ajustes mentales. Cuando él se había ido, sus posiciones relativas habían estado claramente definidas. El era el adulto y ella la niña. Eso había cambiado y ahora ambos pisaban el desconocido terreno de la relación entre monarca y súbdito. Kurik y otras personas le habían contado que la muchacha que él había educado casi desde que era un bebé había dado muestras de considerable temple durante los pocos meses que habían precedido a su envenenamiento por parte de Annias. Oírlo, sin embargo, era una cosa y experimentarlo, otra muy distinta. Esto no significaba que Ehlana se comportara de manera brusca o autoritaria con él, pues no era así. Ella sentía — pensaba, y confiaba, el caballero — un genuino afecto por él, y no le daba órdenes directas sino que le daba a entender que esperaba que él accediera a sus deseos. Estaban moviéndose en un área indefinida que ofrecía toda clase de oportunidades para que ambos dieran pasos en falso.

Varios incidentes recientes eran ejemplo de aquello. En primer lugar, su petición de que él durmiera en la habitación contigua a la suya era, a su entender, de lo más inadecuado, incluso ligeramente escandaloso. Cuando él había intentado argüir en ese sentido, no obstante, ella se había reído de sus temores. Su armadura, razonaba él, había proporcionado cierta defensa contra las habladurías. Los tiempos que corrían eran, en fin de cuentas, agitados, y la reina de Elenia precisaba protección. Como su paladín, Falquián tenía la obligación, el derecho incluso, de montar guardia a su lado. Pero cuando había vuelto a presentarse ante ella esa mañana con armadura al completo, había arrugado la nariz y sugerido que cambiara de atuendo inmediatamente. Él sabía que ésa sería una grave equivocación. El paladín de la reina en armadura era una cosa, y nadie que tuviera una mínima preocupación por su propia salud iba a presentar el más mínimo reparo por la proximidad de Falquián a la persona real. En cambio, si iba vestido con jubón y calzones, la situación cambiaba totalmente. Los criados murmurarían, y las habladurías de éstos siempre encontraban la manera de propagarse por la ciudad.

Ahora Falquián se miraba dubitativamente en el espejo. Llevaba un jubón de terciopelo negro con ribetes de plata y unos calzones grises. La vestimenta guardaba un leve parecido con un uniforme, y las botas negras que había elegido presentaban una apariencia más militar que los zapatos de afilada punta que a la sazón estaban de moda en la corte. Descartó el fino estoque que tenía a mano y se ciñó en su lugar su pesada espada de hoja ancha. El efecto era un tanto ridículo, pero la presencia de la contundente arma afirmaba a las claras la ocupación que traía a Falquián a los apartamentos de la reina.

— Esto queda absolutamente grotesco — se rió Ehlana cuando regresó a la sala de estar donde

ella yacía confortablemente albergada por mullidos cojines en un diván, con las rodillas cubiertas por una colcha de satén azul.

— ¿Mi reina? — contestó él con frialdad.

— La espada de hoja ancha, Falquián. Está completamente fuera de lugar con esa ropa. Quitárosla, por favor, ahora mismo y ceñiros el estoque que ordené que se os entregara.

— Si mi apariencia os ofende, Majestad, me retiraré. La espada, sin embargo, se queda donde está. No puedo protegeros con una aguja de hacer calceta.

Los grises ojos de la reina centellearon.

— Sois un... — comenzó a decir airadamente.

— Es mi decisión, Ehlana — la atajó —. Vuestra seguridad es una responsabilidad mía, y las medidas que yo adopte para facilitárosla no están sujetas a discusión.

Intercambiaron una larga y dura mirada. Aquélla no sería la primera vez que sus voluntades entrarían en conflicto, auguró Falquián.

— Tan rígido e inflexible, mi paladín — dijo Ehlana, con la mirada ya más cálida.

— En lo que concierne a Su Majestad, sí lo soy — admitió sin ambages, en la creencia de que era mejor dejar aquello bien sentado desde un principio.

— ¿Pero por qué estamos discutiendo, mi caballero? — La joven sonrió caprichosamente, haciendo aletear las pestañas.

— No hagáis eso, Ehlana — la reprendió, sin advertir que adoptaba el tono que había utilizado cuando ella era una niña —. Sois la reina, y no una remilgada camarera que trata de salirse con la suya. No pidáis ni intentéis ser encantadora. Ordenad.

— ¿Os quitaríais la espada si os lo ordenara, Falquián?

— No, pero yo no estoy sometido a las normas generales.

— ¿Quién lo ha decidido?

— Yo. Podemos mandar a buscar al conde de Lenda si lo deseáis. Está muy versado en la ley y puede darnos su opinión sobre este asunto.

— Pero si él se decide contra vos, no vais a hacerle caso, ¿verdad?

— No.

— Eso no es justo, Falquián.

— No estoy tratando de ser justo, mi reina.

— Falquián, cuando estamos solos como ahora, ¿creéis que podríais dispensarme de los tratamientos de «Su Majestad» y «mi reina»? Después de todo, yo tengo un nombre, y no temíais utilizarlo cuando yo era niña.

— Como queráis — acordó con un encogimiento de hombros.

— Decidlo, Falquián. Decid Ehlana. No es un nombre desagradable y estoy convencida de que no os vais a atragantar al pronunciarlo.

— De acuerdo, Ehlana — capituló, sonriendo.

Después de la derrota sufrida en la cuestión de la espada, ella necesitaba una victoria de alguna clase para recomponer su dignidad.

— Estáis mucho más atractivo cuando sonreís, mi paladín. Deberíais intentar sonreír más a menudo. — Se arrellanó en los cojines con aire pensativo. Su pálido pelo rubio había sido cuidadosamente peinado esa mañana y llevaba unas cuantas joyas, modestas aunque caras. Tenía las mejillas encantadoramente sonrosadas, lo cual contrastaba con la extrema blancura de su piel —. ¿Qué hicisteis en Rendor después de que el idiota de Aldreas os enviara al exilio?

— Ésa no es manera apropiada de hablar de vuestro padre, Ehlana.

— Apenas si se comportó como un padre, Falquián, y su inteligencia no era precisamente sobresaliente. Los esfuerzos que hizo manteniendo relaciones con su hermana debieron de ablandarle el cerebro.

— ¡Ehlana!

— No seáis tan mojigato, Falquián. Todo el palacio estaba al corriente de ello... y toda la ciudad,

probablemente.

Falquián resolvió que era hora de buscar un marido para su reina.

— ¿Cómo averiguasteis tantos detalles sobre la princesa Arissa? — le preguntó —. La enviaron a ese convento cercano a Demos antes de que vos nacierais.

— Las habladurías duran mucho tiempo, Falquián, y Arissa distaba mucho de ser una mujer discreta.

Falquián se devanó los sesos buscando la manera de cambiar de tema. Aun cuando Ehlana parecía ser consciente de lo que implicaban sus palabras, él no podía dar crédito a la idea de que ella pudiera ser tan desenvuelta en aquellas cuestiones. Una parte de sí mismo se aferraba con obstinación a la noción de que, bajo su evidente madurez, aún subsistía la misma niña inocente que había dejado diez años antes.

— Tendedme la mano izquierda — le indicó él —. Tengo algo para vos.

El tono que marcaba sus relaciones era todavía impreciso. Ambos lo sentían vivamente y padecían una extrema incomodidad por ello.

Falquián fluctuaba entre una rígida y correcta formalidad y un trato rudo, de autoridad casi militar. Ehlana también parecía oscilar de un momento a otro entre la juguetona y flaca muchachita que él había instruido y moldeado, y la reina plenamente desarrollada. En un nivel bastante más profundo, ambos eran extremadamente conscientes de los cambios que el paso de una corta década había provocado en Ehlana. El proceso de maduración había aportado significativas transformaciones en el cuerpo de Ehlana. Dado que Falquián no había estado presente para acostumbrarse gradualmente a ellas, ahora se le aparecían de improviso en todo su esplendor. Trataba tan bien como sabía de evitar mirarla sin ofenderla. Ehlana, por su parte, parecía bastante satisfecha con sus recientemente adquiridos atributos y daba la impresión de vacilar entre el deseo de exhibirlos, de hacer alarde de ellos incluso, y una vergonzosa compulsión a ocultarlos detrás de cualquier cosa que se le presentara a mano. Eran momentos difíciles para los dos.

A estas alturas se debería dejar bien claro algo en defensa de Falquián. La casi apabullante femineidad de Ehlana, unida a su majestuoso semblante y desconcertante candor, lo habían confundido, y los anillos ofrecían un aspecto tan similar que es comprensible que sacara el suyo propio por equivocación. Deslizó la sortija en el dedo de la joven sin darse cuenta de lo que ello implicaba.

A pesar de la semejanza de los dos anillos, existían minúsculas diferencias entre ellos, y es de todos sabido que las mujeres son infalibles para reconocer tan pequeñas variaciones. Ehlana dedicó a la sortija de rubí que acababa de colocar en su mano lo que apenas pasó de ser una ojeada y después, con un chillido de regocijo, se arrojó a sus brazos, casi haciéndole perder el equilibrio, y pegó los labios a los suyos.

Fue una desafortunada casualidad, tal vez, que Vanion y el conde de Lenda eligieran ese momento para entrar en la habitación. El anciano conde carraspeó educadamente y Falquián, ruborizado hasta la raíz del pelo, se zafó delicada pero firmemente de los brazos con que la reina le había rodeado el cuello.

El conde de Lenda sonreía sagazmente y Vanion tenía una ceja enarcada.

— Perdonad la interrupción — se disculpó diplomáticamente Lenda —, pero, dado que vuestra recuperación parece seguir un halagüeño curso, lord Vanion y yo habíamos pensado que sería momento adecuado de poneros al corriente de ciertos asuntos de estado.

— Desde luego, Lenda — respondió la reina, desoyendo la pregunta implícita acerca de qué estaban haciendo exactamente ella y Falquián cuando la pareja había entrado en la habitación.

— Hay unos amigos aguardando afuera, Su Alteza — informó Vanion —. Ellos se hallan en condiciones de referiros algunos acontecimientos de manera más detallada de lo que haríamos el conde y yo.

— Entonces hacedlos pasar, naturalmente.

Falquián se dirigió a un aparador y se sirvió un vaso de agua; por algún motivo, tenía la boca

muy seca.

Vanion salió afuera y regresó con los amigos de Falquián.

' — Creo que conocéis a Sephrenia, Kurik y sir Kalten, Su Majestad — dijo. Después presentó a los demás, omitiendo juiciosamente informarla sobre las actividades profesionales de Talen.

— Estoy muy contenta de conoceros a todos — los halagó graciosamente —. Ahora, antes de comenzar, tengo una noticia que participaros. Sir Falquián aquí presente acaba de pedirme en matrimonio. ¿No ha sido un gesto encantador por su parte?

Falquián, que en esos instantes tenía el vaso junto a la boca, tosió repetidas veces, atragantado.

— Vaya, ¿qué os ocurre, querido? — preguntó con inocencia Ehlana.

El caballero se señaló la garganta, emitiendo extraños ruidos.

Cuando Falquián hubo en cierto modo recobrado el aliento y algunos jirones de su compostura, el conde de Lenda volvió la mirada hacia su reina.

— ¿Deduzco bien al pensar que Su Majestad ha aceptado la proposición de su paladín?

— Por supuesto que sí. Eso era lo que estaba haciendo cuando habéis entrado.

— ¡Oh! — exclamó el anciano —. Ya veo. — Lenda era un consumado diplomático, capaz de pronunciar frases como aquélla sin esbozar el más leve asomo de sonrisa.

— Mis felicitaciones, mi señor — dijo con brusquedad Kurik, atenazando férreamente la mano de Falquián y estrechándola vigorosamente.

Kalten tenía los ojos clavados en Ehlana.

— ¿Falquián? — preguntó con incredulidad.

— ¿No es curioso cómo vuestros más íntimos amigos nunca llegan a comprender realmente vuestra grandeza, cariño mío? — señaló la joven a Falquián —. Sir Kalten — afirmó entonces —, vuestro amigo de infancia es el más excelso caballero del mundo y cualquier mujer se sentiría honrada teniéndolo por marido. — Sonrió con aire satisfecho —. Sin embargo, soy yo quien lo ha cazado. Bien, amigos, sentaos y contadme por favor lo que ha sucedido en mi reino durante mi enfermedad. Confío en que seréis breves. Mi prometido y yo tenemos planes que trazar.

Vanion, que se había quedado de pie, recorrió a los demás con la mirada.

— Si olvido mencionar algo importante, no dudéis en intervenir y corregidme — indicó. Luego dirigió la mirada al techo —. ¿Por dónde empezar? — musitó.

— Podríais comenzar diciéndome qué fue lo que me puso tan enferma, lord Vanion — sugirió Ehlana.

— Os envenenaron, Majestad.

— ¿Cómo?

— Un veneno muy raro originario de Rendor..., el mismo que provocó la muerte de vuestro padre.

— ¿Quién fue el responsable?

— En el caso de vuestro padre, fue su hermana. En el vuestro, fue el primado Annias. Sabíais que había puesto sus miras en el trono del archiprelado de Chyrellos, ¿no es cierto?

— Desde luego. Hice cuanto pude por interponerme en su camino. Si accede a ese trono, creo que me convertiré al eshandismo... o tal vez me haga estiria. ¿Me aceptaría vuestro Dios, Sephrenia?

— Diosa, Majestad — la corrigió Sephrenia —. Yo adoro a una diosa.

— Qué idea más práctica. ¿Debería cortarme el pelo y ofrecerle en sacrificio unos cuantos niños elenios?

— No seáis ridícula, Ehlana.

— Sólo bromeaba, Sephrenia. — Ehlana soltó una carcajada —. ¿Pero no es eso lo que el pueblo elenio dice de los estirios? ¿Cómo os enterasteis de que me habían envenenado, lord Vanion?

Vanion trazó una somera descripción del encuentro entre Falquián y el espectro del rey Aldreas y de la recuperación del anillo que ahora, por error, decoraba la mano del paladín. Después prosiguió, refiriéndose al puesto de gobernante que de hecho había asumido Annias y la elevación del primo

de la reina a la condición de príncipe regente.

— ¿Lycheas? — exclamó en ese punto la joven —. Es ridículo. Si no sabe ni vestirse él solo. — Frunció el entrecejo —. Si me envenenaron y la sustancia utilizada fue la misma que mató a mi padre, ¿cómo es que todavía estoy viva?

— Hicimos uso de la magia para sostener vuestra vida, reina Ehlana — le explicó Sephrenia.

Vanion expuso a continuación el regreso de Falquián de Rendor y su creciente convicción de que Annias la había envenenado con el objetivo principal de obtener acceso a su tesoro para poder financiar su campaña para el archiprelado.

Falquián se hizo cargo de la historia entonces y relató a la joven dama que acababa de pescarlo en sus redes el viaje que habían realizado el grupo de caballeros de la Iglesia y sus compañeros a Chyrellos, luego a Borrata y finalmente a Rendor.

— ¿Quién es Flauta? — lo interrumpió en cierto momento Ehlana.

— Una huérfana estiria — repuso el caballero —. Al menos eso creímos. Parecía tener unos seis años, pero resultó que tenía una edad muy, muy superior.

Prosiguió su relato, describiendo el recorrido por las tierras de Rendor y la entrevista con el médico de Dabour que había accedido a revelarles que sólo la magia podía salvar a la reina. Después pasó a referir su encuentro con Martel.

— Nunca me gustó — declaró la reina, torciendo el gesto.

— Ahora trabaja para Annias — la informó Falquián —, y estaba en Rendor coincidiendo con nuestra visita. Había un loco fanático religioso allá, Arasham, que ejercía de líder espiritual del reino. Martel trataba de convencerlo para que invadiera los reinos elenios occidentales con el fin de proporcionar una distracción que permitiera a Annias actuar impunemente durante la elección del nuevo archiprelado. Sephrenia y yo fuimos a la tienda de Arasham, y Martel se encontraba allí.

— ¿Lo matasteis? — preguntó Ehlana con ferocidad.

Falquián pestañeó, sorprendido por aquella faceta de carácter en la que nunca había reparado antes.

— No era precisamente el momento adecuado, mi reina — se disculpó —. En su lugar ideé un subterfugio y persuadí a Arasham de que no invadiera hasta recibir noticias mías. Martel estaba furioso, pero no pudo hacer nada al respecto. Él y yo sostuvimos una pequeña conversación y me confesó que era él quien había encontrado el veneno y lo había puesto en manos de Annias.

— ¿Tendría peso jurídico esta declaración en un tribunal, mi señor? — preguntó Ehlana al conde de Lenda.

— Dependería del juez, Su Majestad — respondió éste.

— No tenemos por qué preocuparnos por eso, Lenda — aseguró con tono inflexible —, porque yo voy a ser el juez... y también el jurado.

— Una situación un tanto irregular — murmuró el conde.

— También lo fue lo que nos hicieron a mi padre y a mí. Continuad con el relato, Falquián.

— Volvimos aquí a Cimmura y fuimos al castillo de los pandion. Allí fui llamado para acudir a la cripta real situada bajo la catedral para reunirme con el espectro de vuestro padre. Me dijo unas cuantas cosas... Primero, que fue vuestra tía quien lo había envenenado y que fue Annias quien os hizo administrar el veneno a vos. También me reveló que Lycheas era el fruto de ciertas intimidades acaecidas entre Annias y Arissa.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Ehlana —. Abrigaba un cierto temor de que fuera el hijo bastardo de mi padre. Ya es bastante bochornoso tener que admitir que es mi primo, ¿pero un hermano? Impensable.

— El fantasma de vuestro padre también me comunicó que lo único capaz de salvaros la vida era el Bhelliom.

— ¿Qué es el Bhelliom?

Falquián introdujo la mano debajo de su jubón y sacó la bolsa de lona. Después la abrió y mostró a la luz la rosa de zafiro.

— Esto es el Bhelliom, Majestad — le enseñó.

Una vez más, presintió más que verlo con precisión un aleteo de oscuridad en los límites de su visión. Se deshizo de tal impresión y tendió la joya al frente.

— ¡Qué exquisita! — gritó la dama, alargando la mano hacia ella.

— ¡No! — la atajó Sephrenia con tono conminante —. ¡No la toquéis, Ehlana! ¡Podría destruiros!

Ehlana se echó atrás, con los ojos muy abiertos.

— Pero Falquián está tocándola — objetó.

— A él lo conoce. Puede que también os conociera a vos, pero es mejor no correr riesgos. Hemos invertido mucho tiempo y esfuerzo en vos para echarlo a perder ahora.

Falquián volvió a introducir la gema en la bolsa y la guardó.

— Hay algo más que deberíais saber, Ehlana — manifestó Sephrenia —. El Bhelliom es el objeto más poderoso y codiciado del mundo, y Azash desea desesperadamente hacerse con él. Esa era la finalidad de la invasión de Occidente llevada a cabo por Otha hace quinientos años. Otha tiene zemoquianos, y otros que no lo son, aquí en Occidente que buscan la joya. Debemos impedir por todos los medios que caiga en su poder.

— ¿Deberíamos destruirlo ahora? — la interrogó con tristeza Falquián, que sin saber a qué atribuirlo hubo de poner gran empeño en llegar a formular la pregunta.|

— ¿Destruirlo? — se indignó Ehlana —. ¡Pero si es muy hermoso!

— Es asimismo diabólico — sentenció Sephrenia. Hizo una pausa —. Aunque tal vez diabólico no sea la palabra apropiada. La gema no tiene la noción de la diferencia entre el bien y el mal. No, Falquián, conservémosla durante un tiempo más hasta estar seguros de que Ehlana está fuera de peligro de recaída. Seguid con la historia, pero tratad de ser breve. Vuestra reina todavía está débil.

— Haré un resumen pues — aceptó.

Contó a su reina cómo habían buscado en el campo de batalla del lago Randera y cómo al fin lograron localizar al conde Ghasek. La reina escuchaba atentamente, dando casi la impresión de que contenía el aliento mientras él refería los sucesos acaecidos en el lago Venne. El caballero resumió la explicación de la interferencia del rey Wargun — aunque no utilizó exactamente esa palabra — y después describió el peligroso encuentro con Ghwerig en la cueva y la revelación de la verdadera identidad de Flauta.

— Y así es como están las cosas ahora, mi reina — concluyó —. El rey Wargun está combatiendo a los rendoreños en Arcium; Annias está en Chyrellos aguardando el fallecimiento del archiprelado Clovunus; y vos estáis restituida en el trono que os corresponde por derecho legítimo.

— Y también recién prometida — le recordó, poniendo de manifiesto que no estaba dispuesta a permitir que lo olvidara. Reflexionó un instante —. ¿Y qué habéis hecho con Lycheas? — inquirió con vivo interés.

— Está en la mazmorra que le corresponde, Majestad.

— ¿Y Harparin y el otro?

— El gordo está en la mazmorra con Lycheas. Harparin nos ha dejado de manera bastante repentina.

— ¿Lo habéis dejado escapar?

— No, Su Majestad — intervino Kalten —. Se ha puesto a chillar y a intentar ordenarnos que saliéramos de la cámara del consejo. Vanion se ha cansado de tanto ruido y ha dejado que Ulath lo degollara.

— Muy apropiado. Quiero ver a Lycheas.

— ¿No deberíais descansar? — se inquietó Falquián.

— No hasta que le haya dicho unas cuantas cosas a mi primo.

— Iré en su busca — se ofreció Ulath, antes de volverse y salir de la estancia.

— Mi señor de Lenda — propuso entonces Ehlana —, ¿os pondréis al frente de mi consejo real?

— Como desee Su Majestad — acató Lenda con una reverencia.

— Y, lord Vanion, ¿participaréis también en él... cuando vuestras otras ocupaciones os lo permitan?

— Me sentiría honrado, Su Majestad.

— Como mi consorte y paladín, Falquián dispondrá también de asiento en la mesa del consejo... y creo que Sephrenia también.

— Yo soy estiria, Ehlana — señaló Sephrenia —. ¿Sería prudente poner a una estiria en vuestro consejo, dada la inclinación negativa que siente el vulgo elenio por nuestra raza?

— Voy a poner fin a esa insensatez de una vez por todas — aseveró Ehlana —. Falquián, ¿se os ocurre otra persona que pudiera ser útil en el consejo?

El caballero pensó un momento y de repente tuvo una idea.

— Conozco a un hombre que no es de alta cuna, Su Majestad, pero es muy inteligente y entiende mucho sobre un aspecto de Cimmura cuya existencia probablemente vos desconocéis.

— ¿Quién es ese hombre?

— Se llama Platimo.

— ¿Habéis perdido el juicio, Falquián? — espetó Talen después de soltar un torrente de carcajadas —. ¿Vais a dejar que Platimo entre en el edificio donde están el tesoro y las joyas de la corona?

— ¿Hay algún problema relacionado con ese hombre? — inquirió Ehlana, algo desconcertada.

— Platimo es el ladrón más importante de Cimmura — la informó Talen —. Lo sé de buena tinta porque yo solía trabajar con él. Controla a todos los ladrones y mendigos de la ciudad... así como a los timadores, matones y putas.

— ¡Vigila ese lenguaje, jovencito! — vociferó Kurik.

— Ya he oído otras veces esas palabras — apuntó, sin inmutarse, Ehlana —. Sé lo que significan. Decidme, Falquián, ¿cuál es el razonamiento que os mueve a proponerlo?

— Como he dicho, Platimo es muy inteligente, en ciertos aspectos brillante, y, aunque suene algo extraño, es un patriota. Tiene una visión global muy completa de la sociedad de Cimmura y controla medios para obtener información que yo ni siquiera me atrevo a soñar. No hay nada que ocurra en Cimmura, o en casi todo el resto del mundo, a decir verdad, de lo que él no esté al corriente.

— Me entrevistaré con él — prometió Ehlana.

Entonces Ulath y sir Perraine entraron arrastrando a Lycheas. Éste se quedó mirando boquiabierto a su prima con ojos desorbitados a causa de la sorpresa.

— ¿Cómo...? — comenzó a decir, antes de callar súbitamente, mordiéndose el labio.

— ¿No esperabais verme viva, Lycheas? — le preguntó ella con tono viperino.

— Creo que es una práctica habitual arrodillarse en presencia de la reina, Lycheas — gruñó Ulath, propinándole un puntapié que le hizo perder el equilibrio y quedar postrado en el suelo en una humillante postura.

— Su Majestad — explicó el conde de Lenda tras aclararse la garganta —, durante el tiempo que duró vuestra enfermedad, el príncipe Lycheas insistió en que debía recibir el tratamiento de «Su Majestad». Deberé consultar los estatutos, pero creo que ello constituye delito de alta traición.

— Como mínimo, con ese cargo lo he arrestado yo — añadió Falquián.

— Con eso me basta — dijo Ulath, poniendo en alto el hacha —. Dad vuestro consentimiento, reina de Elenia, y en cuestión de minutos tendremos su cabeza coronando una viga en la puerta de palacio.

Lycheas los miró horrorizado, con la boca abierta, y luego se puso a llorar, suplicando que le perdonaran la vida, en tanto su prima fingía estar planteándose seriamente la cuestión. Al menos, en eso confiaba Falquián.

— Aquí no, sir Ulath — se pronunció con cierto pesar —. Las alfombras, ¿comprendéis?

— El rey Wargun quería ahorcarlo — aseguró Kalten. Dirigió la mirada hacia arriba —. Tenéis un elevado techo muy adecuado aquí, Majestad, y vigas sólidas. No tardaré ni un minuto en

conseguir una cuerda. Podemos tenerlo bailando en el aire en un santiamén, y la horca no es ni la mitad de engorrosa que la decapitación.

— ¿Qué os parece, querido? — preguntó Ehlana a Falquián —. ¿Deberíamos colgar a mi primo?

Falquián estaba profundamente conmovido por la frialdad con que ella se había expresado.

— Ah..., él conoce una gran cantidad de información que podría sernos de utilidad, mi reina — observó.

— Podría ser cierto — reconoció la reina —. Decidme, Lycheas, ¿tenéis información que querríais compartir con nosotros mientras reflexiono sobre esto?

— Diré cuanto queráis, Ehlana — gimoteó el bastardo.

Ulath le propinó un guantazo en la nuca.

— Su Majestad — apuntó.

— ¿Cómo?

— A la reina se le da el trato de «Su Majestad» — explicó Ulath, volviendo a golpearlo.

— S... Su Majestad — tartamudeó Lycheas.

— Hay otra cuestión a tomar en cuenta, mi reina — continuó Falquián —. Como recordaréis, Lycheas es el hijo de Annias.

— ¿Cómo lo habéis averiguado? — exclamó Lycheas.

— No os estaba hablando a vos — le hizo ver Ulath, dándole un nuevo cogotazo —. Hablad cuando os dirijan la palabra.

— Como decía — prosiguió Falquián —, Lycheas es el hijo de Annias, y podría ser una pieza útil para negociar en Chyrellos cuando vayamos allí a impedir que Annias acceda al trono del archiprelado.

— Oh — aceptó la reina, malhumorada —, estoy de acuerdo, supongo, pero, en cuanto acabéis con él, devolvedlo a sir Ulath y sir Kalten. Estoy segura de que encontrarán la manera de decidir cuál de ellos se encarga de él.

— ¿A los palillos? — preguntó Kalten a Ulath.

— O podríamos jugárnoslo a los dados — propuso a su vez Ulath.

— Mi señor de Lenda — dijo entonces Ehlana —, ¿por qué no os lleváis vos y Vanion a este infortunado a otro sitio y lo interrogáis? Me pongo enferma sólo de verlo. Llevaos a sir Kalten y sir Ulath con vosotros. Su presencia podría animarlo a mostrarse más amable.

— Sí, Su Majestad — repuso Lenda, reprimiendo una sonrisa.

Cuando se hubieron llevado a Lycheas de la habitación, Sephrenia miró directamente a la cara a la reina.

— No estaríais planteándooslo en serio, ¿verdad? — le preguntó.

— Oh, por supuesto que no... No demasiado en serio, en todo caso. Sólo quiero hacer sudar un poco a Lycheas. Creo que me lo debe. — Suspiró fatigadamente —. Creo que me gustaría descansar un poco ahora. Falquián, sed amable y llevadme a la cama.

— Eso raya lo indecoroso — replicó rígidamente el interpelado.

— Oh, dejaos de tonterías. De todas formas ya podéis ir acostumbrándoos a pensar en mí y en las camas a la vez.

— ¡Ehlana!

La joven se echó a reír y le tendió los brazos. Mientras se inclinaba para levantar en brazos a su reina, percibió fugazmente la cara que ponía Berit. El joven novicio lo miraba con odio inconfundible. Eso podría acarrear problemas, previo Falquián, que resolvió sostener una larga conversación con Berit tan pronto como se presentara la oportunidad. Trasladó a Ehlana a la otra habitación y la metió en un gran lecho.

— Habéis cambiado mucho, mi reina — observó gravemente —. No sois la misma persona que dejé hace diez años. — Era hora de airear aquella cuestión para que ambos dejaran de andarse con rodeos al respecto.

— Os habéis dado cuenta — replicó ella con malicia.

— Acabáis de dar una muestra de ello — señaló el caballero, volviendo a adoptar un aire profesional —. Sólo tenéis dieciocho años, Ehlana. No os favorece adoptar las maneras mundanas de una mujer de treinta y cinco. Yo recomiendo fervientemente una actitud pública más inocente.

Se retorció por la cama hasta quedarse tumbada boca abajo con la cabeza en el lugar opuesto a donde debía estar. Luego apoyó la barbilla en las manos y, con ojos bien abiertos y expresión ingenua, pestañeó y dio pataditas con un pie a la almohada.

— ¿Así? — inquirió.

— Parad de hacer tonterías.

— Sólo pretendo complaceros, prometido mío. ¿Había algo más de mí que querríais modificar?

— Os habéis vuelto dura, chiquilla.

— Ahora os toca a vos dejar de hacer algo — dijo con firmeza —. No volváis a llamarme «chiquilla», Falquián. Dejé de serlo el día en que Aldreas os mandó a Rendor. Podía ser una niña mientras estabais aquí para protegerme, pero, cuando os hubisteis ido, no pude permitírmelo más. — Se sentó con las piernas cruzadas en la cama —. La corte de mi padre era un lugar muy inhóspito para mí, Falquián — explicó con seriedad —. Me vestían de gala y me exhibían en funciones de la corte donde podía ver a Annias sonriendo afectadamente. Todos los amigos que tenía eran apartados de mí, o asesinados, con lo cual me vi obligada a distraerme escuchando los insustanciales cotilleos de las doncellas. Como grupo, las doncellas tienden a ser libertinas. En una ocasión tracé un diagrama... Vos me enseñasteis a ser metódica, como recordaréis. No daríais crédito a lo que ocurre en el sitio donde se encuentra la servidumbre. Mi diagrama indicaba que una agresiva e insignificante lagarta casi había superado a la propia Arissa en sus conquistas. Su disponibilidad era casi legendaria. Si a veces doy la impresión de ser «mundana»... ¿no era ésa la palabra?... podéis achacar la culpa a los tutores que se hicieron cargo de mi educación cuando os marchasteis. Al cabo de pocos años, dado que cualquier muestra de amistad que yo diera a los caballeros y damas de la corte era motivo inmediato de exilio o de algo peor, deposité mi confianza en los criados. Como los criados esperan recibir órdenes, yo doy órdenes. Ahora es una costumbre. Sin embargo, fue algo que me sirvió. Nada sucede en el palacio de lo que no se enteren los sirvientes, y no pasó mucho tiempo hasta que me lo contaron todo. Utilizaba esa información para protegerme de mis enemigos, y todos los de la corte salvo Lenda eran enemigos míos. No fue una infancia digna de tal nombre, Falquián, pero me preparó mucho mejor que las horas vacías dedicadas a hacer girar aros o desperdiciando afecto en muñecas o animalitos de trapo. Si parezco dura, es porque crecí en un ambiente hostil. Puede que tardéis años en suavizar esas asperezas, pero no me cabe duda de que yo apreciaré los esfuerzos que hagáis en ese sentido. —Esbozó una encantadora sonrisa que no alcanzó a disipar una especie de aire defensivo patente en sus ojos.

— Mi pobre Ehlana — dijo Falquián, con el corazón en un puño.

— En absoluto, querido Falquián. Ahora os tengo a vos y eso me convierte en la mujer más rica del mundo.

— Tenemos un problema, Ehlana — anunció gravemente.

— Yo no veo ninguno. No ahora.

— Creo que me habéis interpretado mal cuando os he dado el anillo por error. — Lamentó al instante haberlo dicho, pues la reina abrió los ojos como si acabara de abofetearla —. Por favor, no os lo toméis a mal — se apresuró a añadir —. Es que soy demasiado viejo para vos, eso es todo.

— No me importa la edad que tengáis — declaró con tono desafiante —. Sois mío, Falquián, y nunca os dejaré ir. — Su voz sonaba con convicción tan férrea que él casi se encogió al oírla.

— Tenía la obligación de hacéroslo ver — enmendó, tratando de suavizar la espantosa herida que le acababa de provocar —. Es el deber, comprendedlo.

A lo cual la reina le sacó la lengua.

— De acuerdo, ahora que ya habéis rendido honores a la cuestión del deber, no volveremos a mencionarlo nunca. ¿Para cuándo os parece que fijemos la boda? ¿Antes o después de que os vayáis

con Vanion a Chyrellos para matar a Annias? Personalmente, prefiero que sea lo antes posible. He oído toda clase de comentarios sobre lo que ocurre cuando un marido y una esposa están a solas y realmente siento muchísima curiosidad.

Falquián se puso rojo como la grana ante el desparpajo de aquella confesión.

Capitulo cinco

¿Está dormida? —preguntó Vanion cuando Falquián salió del dormitorio de Ehlana.
Falquián asintió con la cabeza.

— ¿Os ha dicho Lycheas algo de interés? — inquirió. — Unas cuantas cosas que en su mayor parte corroboran lo que ya sospechábamos — respondió Vanion. El preceptor tenía la expresión turbada, y la carga de las espadas de los caballeros fallecidos aún era evidente en él, pese a que recobraba el vigor a ojos vista —. Mi señor de Lenda — dijo —, ¿son seguros los apartamentos de la reina? Preferiría que algunas de las cosas que nos ha revelado Lycheas no pasaran a ser del dominio público.

— Las habitaciones son bastante seguras, mi señor — afirmó Lenda —, y la presencia de vuestros caballeros en los corredores disuadirá probablemente a cualquiera que arda de curiosidad.

Kalten y Ulath entraron con maliciosas sonrisas en la cara.

— Lycheas está pasando un malísimo día. — Kalten sonrió afectadamente —. Ulath y yo estábamos rememorando una serie de espeluznantes ejecuciones que habíamos presenciado mientras lo escoltábamos de vuelta a las mazmorras. Ha encontrado particularmente angustiante la perspectiva de arder en una pira.

— Y casi se ha desmayado cuando hemos apuntado la posibilidad de torturarlo en el potro hasta la muerte. — Ulath rió entre dientes —. Oh, por cierto, hemos pasado por la puerta de palacio cuando regresábamos. Los soldados eclesiásticos que hemos capturado están reparándola. — El alto caballero genidio dejó el hacha en un rincón —. Algunos de vuestros pandion se han ido a pasear por las calles, lord Vanion. Por lo visto, un buen número de ciudadanos de Cimmura han pasado a mejor vida.

Vanion lo miró con desconcierto.

— Tienen motivos para estar un poco nerviosos — explicó Kalten —. Annias llevaba bastante tiempo controlando la ciudad, y algunas personas, tanto nobles como plebeyas, que siempre se desviven por aprovechar las oportunidades, salieron del recto camino para complacer al buen primado. Sus vecinos saben quiénes son y se han producido unos cuantos... incidentes, ya me entendéis. Cuando se produce un repentino relevo en el poder, mucha gente quiere demostrar su lealtad al nuevo régimen de manera bien visible. Ha habido, al parecer, varias ejecuciones espontáneas en la horca y muchas casas están ardiendo. Ulath y yo hemos sugerido a los caballeros que pusieran fin a todos estos desmanes, porque, como ya sabéis, los incendios tienden a propagarse.

— Me encanta la política, ¿a vosotros no? — se regocijó Tynian.

— El gobierno de las masas debe reprimirse siempre — se pronunció críticamente el conde de Lenda —. Las turbas son el enemigo de cualquier gobierno.

— Por cierto — preguntó Kalten a Falquián, lleno de curiosidad —, ¿de veras has propuesto matrimonio a la reina?

— Ha sido un malentendido.

— Estaba seguro de que era eso. Nunca me pareciste el tipo de hombre casadero. Pero ella va a hacerte cumplir, ¿verdad?

— Estoy trabajando en ese sentido.

— Os deseo toda la suerte del mundo, pero, con franqueza, no albergo grandes esperanzas por ti. Me fijé en algunas de las miradas que te dirigía cuando era una niñita. Te han pescado para un montón de tiempo, creo. — Kalten sonreía abiertamente.

— Es muy reconfortante tener amigos.

— De todas formas, ya era hora de que sentaras cabeza, Falquián. Estás haciéndote demasiado viejo para ir recorriendo el mundo y enzarzarte en peleas con la gente.

— Tú tienes la misma edad que yo, Kalten.

— Ya lo sé, pero mi caso es distinto.

— ¡Habéis decidido vos y Ulath quién se hará cargo de Lycheas? — preguntó Tynian.

— Todavía estamos discutiéndolo. — Kalten asestó una mirada cargada de suspicacia al corpulento thalesiano —. Ulath ha estado intentando endosarme un juego de dados.

— ¡Endosaros? — protestó sin mucha convicción Ulath.

— He visto uno de esos dados, amigo mío, y tiene dos caras con seis.

— Eso es un montón de seises — observó Tynian.

— En efecto. — Kalten exhaló un suspiro —. Para seros sinceros, no obstante, no creo realmente que Ehlana nos vaya a dejar matar a Lycheas. Es un bobo tan patético que no me parece que ella tenga las agallas. Oh, bueno — agregó —, siempre nos queda Annias.

— Y Martel — le recordó Falquián.

— Oh, sí. Siempre nos queda Martel.

— ¿Hacia dónde se fue cuando Wargun lo echó de Larium? — preguntó Falquián —. Me gusta seguirle la pista a Martel. No querría que se metiera en problemas.

— La última vez que lo vimos, se dirigía al este — respondió Tynian, con un encogimiento de hombros que levantó las pesadas planchas de su armadura deirana.

— ¿Al este?

— Así es — asintió Tynian —. Pensábamos que se encaminaría rumbo sur hacia Umanthum, pero más tarde averiguamos que había desplazado su tropa a Sarinium después del incendio de Coombe..., seguramente porque Wargun tiene barcos patrullando el estrecho de Arcium. Lo más probable es que a estas alturas ya esté en Rendor.

Falquián emitió un gruñido y, tras deshacer la hebilla del cinto de la espada, la dejó en la mesa y tomó asiento.

— ¿Qué os ha dicho Lycheas? — preguntó a Vanion.

— Unas cuantas cosas. Era patente que no estaba al corriente de todo lo que Annias se traía entre manos, pero, sorprendentemente, se las arregló para reunir una gran cantidad de información. Es más listo de lo que parece.

— Así tenía que ser — sentenció Kurik —. Talen — dijo a su hijo —, no hagas eso.

— Sólo estaba mirando, padre — protestó el muchacho.

— No. Podrías tener tentaciones.

— Lycheas nos ha confesado que hace muchos años que su madre y Annias son amantes — les refirió Vanion —, y que fue Annias quien propuso que Arissa intentara seducir a su hermano. Había descubierto un misterioso retazo de doctrina eclesiástica que parecía permitir el matrimonio entre ambos.

— La Iglesia jamás permitiría tamaña obscenidad — declaró sin paliativos sir Bevier.

— La Iglesia ha hecho muchas cosas en el transcurso de su historia que no se ajustan a la moralidad contemporánea, Bevier — indicó Vanion —. En una época en que su influencia era débil

en Cammoria y en que los matrimonios incestuosos eran tradicionales en la casa real de dicho reino, dio su autorización para poder continuar su catequización allí. Sea como fuere, Annias había llegado a la conclusión de que Aldreas era un rey sin carácter y que Arissa sería la verdadera dirigente de Elenia en caso de casarse con él. Entonces, dado que Annias más o menos tenía bajo su control a Arissa, él sería quien tomaría las decisiones. En un principio parecía que aquello colmaría sus ambiciones, pero después éstas ensancharon sus horizontes y él comenzó a poner sus miras en el trono del archiprelado de Chyrellos. Eso fue hace veinte años, tengo entendido.

— ¿Cómo se enteró Lycheas de eso? — inquirió Falquián.

— Solía visitar a su madre en ese convento de Demos — respondió Vanion —. Los recuerdos de Arissa abarcaban una amplia gama en el tiempo y ella era bastante franca con su hijo.

— Eso es repugnante — se indignó Bevier, con voz ahogada.

— La princesa Arissa tiene una moralidad un tanto peculiar — le dijo Kalten al joven arciano.

— El caso es que — prosiguió Vanion — el padre de Falquián se interpuso llegado ese momento. Yo lo conocí muy bien, y su moralidad era mucho más convencional. Estaba grandemente ofendido por lo que Aldreas y Arissa estaban haciendo. Como el rey lo temía, cuando él propuso un matrimonio con una princesa deirana, Aldreas accedió aun de mala gana. El resto es de sobra conocido. Arissa se puso hecha una fiera y se escapó a ese burdel a orillas del río... Excusadme la referencia, Sephrenia.

— Ya he oído hablar de eso, Vanion — repuso la mujer —. Los estirios no somos tan mojigatos como pensáis los elenios.

— Arissa se quedó en el burdel varias semanas y, cuando finalmente la detuvieron, Aldreas no tuvo más remedio que confinarla en ese convento.

— Esto suscita un interrogante — señaló Tynian —. Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasó en ese burdel y el número de clientes que atendió, ¿cómo puede estar alguien seguro de quién fue el padre de Lycheas?

— Ahora iba a referirme a esa cuestión — precisó Vanion —. Ella le aseguró a Lycheas en una de sus visitas que estaba embarazada de Annias antes de ir al burdel. Aldreas se casó con la princesa deirana y ésta murió al dar a luz a Ehlana. Lycheas tenía por entonces unos seis meses y Annias no reparaba esfuerzos en conseguir que Aldreas lo legitimara y lo nombrara heredero suyo, lo cual era excesivo incluso para Aldreas, el cual se negó en redondo. Fue aproximadamente por esa época cuando falleció el padre de Falquián y éste adoptó entonces su posición hereditaria como paladín del rey. Annias comenzó a alarmarse por los progresos realizados por Ehlana después de que Falquián se hiciera cargo de su educación. Para cuando ella tenía ocho años, llegó a la conclusión de que debía apartarla de su paladín antes de que la imbuyera de tal fortaleza que ni él mismo pudiera controlarla. Fue entonces cuando convenció a Aldreas para que lo enviara exiliado a Rendor, y después mandó a Martel a Cippria para asesinarlo y asegurarse así de que nunca volvería para completar la educación de Ehlana.

— Pero llegó demasiado tarde, ¿no es cierto? — Falquián sonrió —. Ehlana ya era demasiado fuerte para él.

— ¿Cómo lo lograste, Falquián? — le preguntó Kalten —. Nunca has sido lo que podría llamarse un profesor inspirador.

— El amor, Kalten — repuso Sephrenia con cierta dulzura —. Ehlana amaba a Falquián desde muy joven e intentó hacer las cosas de la manera que él quería que las hiciera.

— Entonces es algo que os habéis infligido a vos mismo, Falquián — dedujo, con una carcajada, Tynian.

— ¿Que me infligí qué?

— Forjasteis una mujer de acero, y ahora ella va a obligaros a desposarla... y es lo bastante voluntariosa como para salirse con la suya.

— Tynian — observó cáusticamente Falquián —, habláis demasiado. — El fornido pandion sentía una repentina irritación, especialmente intensa puesto que debía reconocer para sus adentros

que era probable que Tynian tuviera razón.

— La cuestión es que nada de eso es realmente muy novedoso o sorprendente — señaló Kurik —. De todas formas no lo bastante como para mantener la cabeza de Lycheas pegada a su cuerpo.

— Eso ha llegado un poco más tarde — le dijo Vanion —. Ehlana lo ha asustado tanto fingiendo que estaba a punto de permitir una ejecución sumaria que al principio sólo balbuceaba. Sea como fuere, después de que Annias presionó a Aldreas para que exiliara a Falquián, el rey comenzó a cambiar y se puede decir que fue desarrollando cierto carácter. A veces es algo difícil comprender por qué la gente actúa de la forma como lo hace.

— No lo es tanto — disintió Sephrenia —. Aldreas estaba sometido a la influencia de Annias, pero en el fondo de su corazón sabía que lo que hacía no estaba bien. Tal vez sintiera que su paladín podría ser capaz de regenerar su alma, pero, cuando Falquián se hubo ido, Aldreas comenzó a darse cuenta de que estaba completamente solo y que, si debía salvar su alma, no podía contar con nadie más que consigo mismo.

— Sin duda su razonamiento se ajusta a la realidad — se maravilló Bevier —. Quizá debería realizar algunos estudios de ética estiria. Una síntesis de la moral elenia y estiria podría resultar muy interesante.

— Herejía — observó sin miramientos Ulath.

— ¿Cómo decís?

— No se espera de nosotros el considerar la posibilidad de que las otras morales tengan validez, Bevier. Es un dictado algo estrecho de miras, debo admitir, pero nuestra Iglesia es así en ocasiones.

— No pienso escuchar insultos dirigidos a nuestra Santa Madre — declaró Bevier, poniéndose en pie con el rostro encendido.

— Oh, sentaos, Bevier — lo instó Tynian —. Ulath sólo bromeaba. Nuestros hermanos genidios están mucho más versados en la teología de lo que nosotros creemos.

— Es el clima — explicó Ulath —. No hay gran cosa que hacer en Thalesia en invierno... a menos que a uno le guste contemplar cómo nieva. Tenemos mucho tiempo para la meditación y el estudio.

— Por la razón que fuere, Aldreas empezó a denegar algunas de las más escandalosas demandas de dinero por parte de Annias — prosiguió su exposición Vanion —, y Annias comenzó a desesperarse. Fue entonces cuando él y Arissa decidieron asesinar al rey. Martel suministró el veneno y Annias dispuso lo necesario para que Arissa pudiera salir del convento. Es de suponer que él mismo habría podido envenenar a Aldreas, pero Arissa le rogó que le permitiera hacerlo a ella porque quería matar personalmente a su hermano.

— ¿Estáis seguro de que queréis trabar lazos matrimoniales con esa familia, Falquián? — preguntó Ulath.

— ¿Tengo alguna opción al respecto?

— Siempre podríais huir. No dudo de que pudierais encontrar trabajo en el Imperio Tamul o en el continente daresiano.

— Ulath — lo atajó Sephrenia —, a callar.

— Sí, señora — acató el caballero.

— Continuad, Vanion — indicó.

— Sí, señora. — El preceptor imitó a la perfección el tono utilizado por Ulath —. Después de que Arissa asesinó a su hermano, Ehlana ascendió al trono y demostró ser una digna alumna de Falquián. Negó a Annias todo acceso al tesoro y a punto estuvo de recluirlo en un monasterio. En ese punto él la envenenó.

— Disculpad, lord Vanion — lo interrumpió Tynian —. Mi señor de Lenda, el intento de regicidio es una ofensa capital, ¿no es así?

— En todo el mundo civilizado por igual, sir Tynian.

— Eso me parecía. Kalten, ¿por qué no encargáis un rollo de soga? Y, Ulath, ya podéis encargar que os manden de Thalesia un par de hachas de repuesto.

— ¿A qué viene esto? — inquirió Kalten.

— Ahora tenemos confirmación fehaciente de que Lycheas, Annias y Arissa han cometido alta traición... junto con un número no definido de colaboradores.

— Eso ya lo sabíamos — observó Kalten.

— Sí. — Tynian sonrió —. Pero ahora podemos probarlo. Tenemos un testigo.

— Yo mismo había pensado tomarme cumplida recompensa — objetó Falquián.

— Siempre es preferible hacer las cosas legalmente, Falquián — le advirtió Lenda —. Tenéis que comprender que así se evitan futuras discusiones.

— No tenía intención de dejar que ninguno de los aquí presentes discutiera conmigo, mi señor.

— Creo que haríais bien en acortarle un poco el dogal, lord Vanion — sugirió Lenda con una astuta sonrisa —. Parece que le están creciendo los colmillos.

— Ya me había fijado — convino Vanion antes de proseguir —. Annias quedó un poco confundido cuando el hechizo de Sephrenia impidió que Ehlana muriera de la misma manera que su padre, pero llevó adelante sus planes e instaló a Lycheas como príncipe regente, razonando que una reina incapacitada equivalía a una muerta. Se hizo cargo personalmente del tesoro elenio y comenzó a comprar patriarcas a diestro y siniestro, a consecuencia de lo cual su campaña para acceder al archiprelado cobró un impulso y un vigor que no había tenido hasta entonces. Ha sido en este punto de la exposición de Lycheas cuando mi señor de Lenda le ha hecho ver con firmeza que todavía no había revelado nada lo bastante trascendente como para evitar que Ulath lo decapitara.

— O que yo le rodeara el cuello con mi cuerda — agregó ferozmente Kalten.

— La sugerencia de Lenda ha surtido el efecto deseado — siguió Vanion, sonriendo —. El príncipe regente ha demostrado ser una mina de información a partir de entonces. Aunque ha precisado que no podía demostrarlo, él ha percibido poderosos indicios que revelan que Annias ha estado en contacto con Otha y que está solicitando su ayuda. El primado siempre ha manifestado tener violentos prejuicios contra los estirios, pero ello podría ser mera afectación para ocultar su verdadera postura.

— No lo creo — disintió Sephrenia —, Existe una gran diferencia entre los estirios occidentales y los zemoquianos. La aniquilación de los estirios occidentales habría sido la primera exigencia de Otha a cambio de su asistencia.

— Seguramente es cierto — acordó Vanion.

— ¿Las sospechas de Lycheas tienen alguna base sólida en que sostenerse? — preguntó Tynian.

— Apenas — le respondió Ulath —. Vio cómo se desarrollaban algunas reuniones. Eso no es suficiente para justificar una declaración de guerra ahora.

— ¿Guerra? — exclamó Bevier.

— Por supuesto. — Ulath se encogió de hombros —. Si Otha ha estado inmiscuyéndose en los asuntos internos de los reinos elenios, eso sería una causa razonable para marchar hacia el este y guerrear con los zemoquianos.

— Siempre me ha gustado ese término — comentó Kalten —: «guerrear». Suena a algo tan permanente... y tan desordenado...

— No necesitamos ninguna justificación si de veras deseáis destruir a los zemoquianos — apuntó Tynian.

— ¿No?

— Nadie firmó ningún tratado de paz tras la invasión zemoquiana acaecida hace quinientos años. Técnicamente, seguimos en guerra con Otha... ¿no es así, mi señor de Lenda?

— Es probable, pero reanudar las hostilidades después de una tregua de cinco siglos sería difícil de justificar.

— Hemos estado reponiéndonos, mi señor — repuso Tynian con indiferencia —. No sé cómo estáis vosotros, pero yo me siento perfectamente descansado.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia.

— Lo importante aquí — continuó Vanion — es que en varias ocasiones Lycheas vio a un estirio

concreto encerrado con Annias. En una oportunidad pudo escuchar parte de lo que decían. El estirio tenía acento zemoquiano, o así lo cree Lycheas.

— Eso le pega perfectamente a Lycheas — observó Kurik —. Tiene cara de fisgón.

— En eso convengo con vos — concedió Vanion —. Nuestro excelente príncipe regente no pudo escuchar toda la conversación, pero nos ha explicado que el estirio decía a Annias que Otha había de hacerse con una joya específica o de lo contrario el dios zemoquiano podía retirarle su apoyo. Creo que todos nosotros podemos suponer sin ser descabellados de qué joya estaba hablando.

— Vas a hacer de aguafiestas en esto, ¿verdad, Falquián? — se lamentó tristemente Kalten.

— No entiendo.

— Vas a contarle a la reina todo esto, supongo, y entonces ella decidirá que la información es lo bastante importante como para mantener la cabeza de Lycheas en su sitio o sus pies pegados al suelo.

— Me siento en la obligación de mantenerla informada, Kalten.

— ¿No podríamos convencerte para que esperaras un poco?

— ¿Esperar? ¿Cuánto tiempo?

— Sólo hasta después del funeral del bastardo.

Falquián sonrió a su amigo.

— No, me temo que no, Kalten — rehusó —. De veras me gustaría complacerte, pero tengo que pensar en mi propia seguridad. Mi reina podría enfadarse conmigo si empiezo a ocultarle cosas.

— Esto es en resumidas cuentas todo lo que sabe Lycheas — concluyó Vanion —. Ahora debemos tomar una decisión. Clovunus está prácticamente muerto y, en cuanto haya expirado, deberemos reunimos con las otras órdenes en Demos para cabalgar hasta Chyrellos, con lo cual la reina quedará totalmente desprotegida aquí. Ignoramos cuándo nos dará Dolmant la orden de ponernos en marcha y también cuánto tardará en regresar de Arcium el ejército elenio. ¿Qué vamos a a hacer con la reina?

— Llevárnosla — propuso tranquilamente Ulath.

—Me parece que eso desencadenaría una discusión — señaló Falquián —. Acaba de reincorporarse a su trono y es el tipo de persona que se toma muy en serio sus responsabilidades. No me cabe ninguna duda de que rechazará la propuesta de abandonar la capital en estos momentos.

— Emborráchala — propuso Kalten.

— ¿Cómo dices?

— No querrás golpearla en la cabeza, ¿no es así? La pones achispada, la envuelves con una manta y la atas a la silla de su caballo.

— ¿Has perdido la cabeza? Estamos hablando de la reina, Kalten, y no de una de tus desastradas camareras.

— Después puedes disculparte. Lo importante es llevarla a un sitio donde esté segura.

— Cabe la posibilidad de que no haya que llegar a tales extremos — dijo Vanion —. Clovunus podría resistir durante un tiempo. Lleva varios meses al borde de la muerte, pero aún sigue vivo. Puede que incluso viva más tiempo que Annias.

— Eso tampoco sería una proeza por su parte — manifestó con tono desapacible Ulath —. Annias no tiene grandes expectativas de vida en estos momentos.

— Si puedo convenceros, caballeros, de dejar unos instantes de lado vuestras ansias de sangre — intervino el conde de Lenda —, creo que lo importante ahora es mandar a alguien a Arcium para parlamentar con el rey Wargun y persuadirlo para que deje libre el ejército elenio... y suficientes caballeros pandion para mantener en vereda al alto estado mayor cuando lleguen aquí. Redactaré una carta informándole con argumentos de peso que necesitamos con urgencia las huestes elenias aquí en Cimmura.

— Es aconsejable que también le pidáis que deje marchar a las órdenes militantes, mi señor — sugirió Vanion —. Creo que vamos a necesitarlas en Chyrellos.

— Podríais, asimismo, enviar una misiva al rey Obler — agregó Tynian — y al patriarca

Bergsten. Entre los dos, seguramente podrán vencer las resistencias de Wargun. El rey de Thalesia bebe en exceso y disfruta con una buena guerra, pero sigue siendo un animal político de pies a cabeza. Verá la necesidad de proteger Cimmura y tomar enseguida el control de Chyrellos... si alguien se lo explica debidamente.

Lenda expresó su asentimiento con la cabeza.

— Todo esto aún no ha resuelto el problema que se nos presenta, caballeros — señaló Bevier —. Es harto posible que el mensajero que enviemos a Wargun no esté más que a un día de camino de aquí cuando nos llegue la noticia de la muerte del archiprelado y ello nos sitúa de nuevo en la posición del principio. Falquián deberá convencer a una reina reacia a abandonar su capital sin un peligro evidente en perspectiva.

— Sopladle en la oreja — aconsejó Ulath.

— ¿Cómo?

— Suele dar resultados — arguyo Ulath —, al menos así ocurre en Thalesia. En una ocasión le soplé en la oreja a una muchacha en Emsat, y me siguió por todas partes durante días.

— Eso es repugnante — dijo, enojada, Sephrenia.

— Oh, no lo sé — replicó sin mucha convicción Ulath —. A ella pareció gustarle.

— ¿Le disteis palmaditas en la cabeza y le rascasteis la barbilla como lo habríais hecho con un perrito?

— Nunca se me ocurrió hacerlo — admitió Ulath —. ¿Creéis que habría funcionado?

La mujer se puso a proferir juramentos en estirio.

— Estamos saliéndonos del tema — observó Vanion —. No podemos obligar a la reina a que abandone Cimmura y no hay modo de tener la certeza de que dispondrá de una fuerza lo bastante numerosa como para defender las murallas antes de que nosotros debamos irnos.

— Yo creo que la fuerza ya está aquí, lord Vanion — se mostró en desacuerdo Talen que, vestido con el elegante jubón y las calzas que Stragen le había regalado en Emsat, ofrecía un aspecto que no distaba mucho del de un joven aristócrata.

— No interrumpas, Talen — lo reprendió Kurik —. Estas son cuestiones serias y no tenemos tiempo para bromas de chicos.

— Dejadlo hablar, Kurik — aconsejó vivamente el conde de Lenda —. Las buenas ideas surgen a veces de los sitios más insospechados. ¿Cuál es exactamente esa fuerza que mencionabas, joven?

— El pueblo — repuso simplemente Talen.

— Eso es ridículo, Talen — criticó Kurik —. No están entrenados.

— ¿Cuánto entrenamiento se necesita para arrojar brea ardiendo sobre las cabezas de los soldados de un ejército sitiador? — replicó Talen.

— Es una idea muy interesante ésta, joven — apreció Lenda —. Hubo, de hecho, una profusión de soporte popular hacia la reina Ehlana después de su coronación. Es muy posible que el pueblo de Cimmura, y el de las ciudades y pueblos de los alrededores, acudiera en su ayuda. El problema, no obstante, es que carecen de dirigentes. Una multitud de gente arracimada en la calle sin nadie que la oriente no constituiría una defensa apropiada.

— Existen dirigentes, mi señor.

— ¿Quiénes son? — preguntó Vanion al muchacho.

— Platimo, por ejemplo — propuso Talen —, y, si Stragen todavía sigue aquí, seguramente también sería idóneo para el cargo.

— Ese Platimo es una especie de canalla, ¿no? — inquirió dubitativamente Bevier.

— Sir Bevier — le hizo ver Lenda —, yo he servido en el consejo real de Elenia muchos años, y puedo aseguraros que, no sólo la capital, sino la totalidad del reino ha estado en manos de canallas desde hace décadas.

— Pero... — se disponía a protestar Bevier.

— ¿Es el hecho de que Platimo y Stragen son canallas oficiales lo que os molesta, sir Bevier? — preguntó alegremente Talen.

— ¿Qué opináis, Falquián? — inquirió Lenda —. ¿Creéis que ese Platimo podría realmente dirigir algún tipo de operación militar?

— Sin duda — respondió Falquián después de reflexionar unos instantes —, en especial si Stragen aún está aquí para ayudarlo.

— ¿Stragen?

— Mantiene una posición similar a la de Platimo entre los ladrones de Emsat. Stragen es un personaje singular, pero es extremadamente inteligente y ha recibido una excelente educación.

— También pueden valerse de antiguas deudas —señaló Talen—. Platimo puede traer hombres de Vardenais, Demos, las ciudades de Lenda y Cardos..., por no mencionar las bandas de salteadores que actúan en el campo.

— La perspectiva no es defender la ciudad durante un período de tiempo muy prolongado — musitó Tynian —, sino sólo hasta que llegue el ejército elenio, y buena parte de lo que habrán de hacer consistirá en mera intimidación. No es probable que el primado Annias vaya a poder permitirse alejar de Chyrellos más de un centenar de soldados eclesiásticos para causar problemas aquí, y, si las almenas de las murallas de la ciudad están ocupadas por una fuerza superior, dichos soldados se mostrarán reacios a atacar. ¿Sabéis, Falquián? Me parece que el chico ha ideado un plan extraordinariamente bueno.

— Me aturdís con vuestra confianza, sir Tynian — dijo Talen con una extravagante reverencia.

— También hay veteranos aquí en Cimmura — añadió Kurik —, antiguos militares que pueden ayudar a dirigir a los obreros y campesinos en la defensa de la ciudad.

— Todo es terriblemente contra natura — observó sarcásticamente el conde de Lenda —. El objetivo casi exclusivo del gobierno ha sido siempre mantener al vulgo bajo control y enteramente al margen de la política. El único sentido que tiene la existencia de la plebe es trabajar y pagar impuestos. Cabe la posibilidad de que hagamos algo que lamentemos toda nuestra vida.

— ¿Tenemos otra alternativa, Lenda? — inquirió Vanion.

— No, Vanion, no creo que la tengamos.

— Pongámonos manos a la obra, pues. Mi señor de Lenda, me parece que tenéis correspondencia que poner al día y, Talen, ¿por qué no vas a ver a ese Platimo?

— ¿Puedo llevarme a Berit, mi señor Vanion? —preguntó el chico, mirando al joven novicio.

— Supongo que sí, pero ¿para qué?

— Soy una especie de enviado oficial de un gobierno a otro. Debería disponer de una escolta de algún tipo que encareciera mi importancia. Esta clase de cosas impresionan a Platimo.

— ¿De un gobierno a otro? — inquirió Kalten —. ¿De veras consideras a Platimo como un cabeza de estado?

— Bueno, ¿no lo es?

Mientras sus amigos abandonaban la estancia, Falquián tiró ligeramente de la manga a Sephrenia.

— Necesito hablar con vos — anunció en voz baja.

— Desde luego.

— Tal vez debería haberos hablado de esto antes, pequeña madre — Dijo después de cerrar la puerta —, pero todo parecía tan inocuo al principio... — Se encogió de hombros.

— Falquián — lo amonestó —, no sois tan ingenuo. Debéis contármelo todo. Yo decidiré lo que es inocuo o no.

— De acuerdo. Creo que están siguiéndome.

La mujer entornó los ojos.

— Tuve una pesadilla justo después de que le arrebatáramos el Bhelliom a Ghwerig. Azash aparecía en ella y también el Bhelliom. Había asimismo otra cosa..., algo a lo que no puedo dar nombre.

— ¿Podéis describirlo?

— Sephrenia, ni siquiera puedo verlo. Da la impresión de ser una especie de sombra, algo oscuro

que percibo justo en el límite de la visión, como un amago de movimiento a un costado y ligeramente detrás de mí. Tengo la sensación de que no le inspiro simpatía.

— ¿Sólo se os presenta en sueños?

— No. También lo veo de tanto en tanto cuando estoy despierto. Por lo visto, aparece siempre que saco el Bhelliom de su bolsa. Ello también ocurre en otras circunstancias, pero casi puedo contar de antemano en percibirlo cada vez que abro la bolsa.

— Hacedlo ahora, querido — le indicó —. Veamos si yo también puedo percibirlo.

Falquián sacó de debajo del jubón la bolsa y la abrió. Luego extrajo la rosa de zafiro y la sostuvo en la mano. El parpadeo de oscuridad hizo al instante aparición.

— ¿Lo veis? — preguntó.

Sephrenia escrutó la habitación.

— No — admitió —. ¿Notáis algo que emane de la sombra?

— Noto que no le inspiro buenos sentimientos. — Volvió a guardar el Bhelliom en la bolsa —. ¿Alguna idea?

— Podría ser algo conectado con el propio Bhelliom — sugirió dubitativamente la estiria —. Pero, para seros sincera, no conozco demasiado el Bhelliom. A Aphrael no le gusta hablar de ello. Creo que los dioses le tienen miedo. Sé un poco respecto a su uso, pero eso es todo.

— Ignoro si guarda alguna relación — musitó Falquián —, pero no cabe duda de que alguien está interesado en liquidarme. Primero fueron esos hombres en las afueras de Emsat, luego ese barco que Stragen sospechó que nos seguía y después esos bandidos que estaban buscándonos en el camino de Cardos.

— Por no mencionar el hecho de que alguien trató de mataros por la espalda con una ballesta cuando nos dirigíamos a palacio — agregó la mujer.

— ¿Podría ser tal vez otro Buscador? — apuntó.

— Algo parecido, puede ser. En cuanto el Buscador toma bajo su control a alguien, éste se convierte en una herramienta que no piensa por sí misma. Estos atentados contra vuestra vida dan la impresión de ser más racionales.

— ¿Podría Azash disponer de alguna criatura capaz de lograrlo?

— ¿Quién sabe qué clase de criaturas puede invocar Azash? Yo conozco aproximadamente una docena de variedades, pero sin duda se cuentan por montones.

— ¿Os ofendería si probara a aplicar la lógica?

— Oh, supongo que podéis hacerlo... si sentís la necesidad. — Le dedicó una sonrisa.

— Bien. Para empezar, sabemos que Azash me quiere muerto desde hace mucho tiempo.

— De acuerdo.

— Ahora debe de ser más importante para él porque tengo el Bhelliom y sé cómo utilizarlo.

— Estáis haciendo afirmaciones obvias, Falquián.

— Lo sé. La lógica es así a veces. Pero dichos intentos de matarme suelen producirse poco tiempo después de que haya sacado el Bhelliom y percibido esa sombra.

— ¿Pensáis que está relacionado?

— ¿No es posible?

— Casi todo es posible, Falquián.

— Bueno. Si la sombra es algo similar al damork o al Buscador, probablemente proviene de Azash. Este «probablemente» resta solidez a la lógica, pero es algo a tener en cuenta, ¿no os parece?

— En las presentes circunstancias casi estoy por convenir con vos.

— ¿Qué hacemos entonces? Es una hipótesis provisional que no tiene en cuenta la posibilidad de la mera coincidencia, pero ¿no deberíamos adoptar medidas por si acaso existe alguna conexión?

— No veo que podamos permitirnos lo contrario, Falquián. Creo que lo primero que se impone es mantener el Bhelliom dentro de esa bolsa. No lo saquéis a menos que no os quede más remedio.

— Una propuesta juiciosa.

— Y, si tenéis que extraerlo, poneos en guardia en previsión de un atentado contra vuestra vida.

— De todas formas es algo que hago automáticamente... de forma continuada. Tengo una profesión que mantiene los nervios en tensión.

— Y me parece que será mejor que esto quede entre nosotros. Si esa sombra la manda Azash, puede volver a nuestros amigos en contra nuestra. Cualquiera de ellos podría desarrollar una actitud hostil hacia vos de un momento a otro. Si los hacemos partícipes de nuestras sospechas, la sombra... o lo que quiera que sea... podría quizá leerles el pensamiento. No pongamos sobre aviso a Azash de que sabemos lo que está haciendo.

Falquián hubo de hacer acopio de fuerzas para decirlo y, con todo, cuando lo hizo, hubo de vencer una gran renuencia.

— ¿No lo resolveríamos todo si destruyéramos el Bhelliom aquí y ahora? — preguntó.

— No, querido — negó la mujer —. Puede que todavía lo vayamos a necesitar.

— Era una simple pregunta.

— De veras, no, Falquián. — Su sonrisa era desapacible —. No sabemos a ciencia cierta la clase de fuerza destructiva que podría desencadenar el Bhelliom. Podríamos perder algo muy importante.

— ¿Como por ejemplo?

— La ciudad de Cimmura... o la totalidad del continente eosiano, por lo que yo sé.

Capítulo seis

Era casi el crepúsculo cuando Falquián abrió silenciosamente la puerta del dormitorio de su reina y se quedó mirándola. Su cara estaba enmarcada por los abundantes cabellos rubios desparramados en la almohada, que reflejaban la dorada luz de la vela que ardía al lado de la cama. Tenía los ojos cerrados y el rostro sereno y apacible. El caballero había descubierto en el transcurso de las últimas jornadas que una adolescencia pasada en la corrupta corte dominada por el primado Annias había dejado en su semblante la marca de un recelo defensivo y una férrea determinación. Cuando dormía, no obstante, su expresión adquiría la misma luminosa dulzura que tanto lo había prendado cuando era una niña. Para sus adentros, y ahora sin reservas, reconocía que amaba a esa pálida muchacha—niña, a pesar de que todavía le costaba hacerse a la idea de que Ehlana ya era toda una mujer y no una niña. Con una imprecisa punzada de dolor, Falquián admitió para sí que no era realmente digno de ella. Aunque sentía la tentación de aprovechar su enamoramiento de chiquilla, sabía que no sólo era reprobable moralmente, sino que, asimismo, podría causarle a ella muchos sufrimientos en el futuro. Decidió que en modo alguno cargaría a la mujer que amaba con los achaques que pronto le traería la edad.

— Sé que estáis ahí, Falquián. — Sin abrir los ojos, la joven esbozó una sonrisa —. ¿Sabéis? Siempre me encantó esto cuando era niña. A veces, sobre todo cuando comenzabais a darme clase de teología, me quedaba dormida... o fingía estarlo. Entonces continuabais hablando un rato y luego os limitabais a seguir sentado, mirándome. Me hacía sentir tan protegida, tan segura y tan al margen de peligros... Esos momentos fueron probablemente los más felices de mi vida. Y pensar que, cuando nos hayamos casado, contemplaréis cada noche cómo me duermo en vuestros brazos, y yo sabré que nada en el mundo puede hacerme daño porque siempre estaréis cuidándome. — Abrió sus calmados ojos grises —. Venid aquí y besadme, Falquián — le dijo, alargándole los brazos.

— No es correcto, Ehlana. No estáis vestida del todo, y estáis en la cama.

— Estamos prometidos, Falquián. Disponemos de una cierta libertad en estas cuestiones. Además, yo soy la reina y yo decidiré lo que es correcto y lo que no lo es.

Falquián cedió y la besó. Como había notado antes, Ehlana había dejado atrás, sin margen de duda, la niñez.

— Soy demasiado viejo para vos, Ehlana — volvió a recordarle con suavidad, deseoso de interponer firmemente entre ellos aquel razonamiento —. Sabéis que estoy en lo cierto.

— Tonterías. — Todavía le rodeaba el cuello con los brazos —. Os prohíbo que envejezcáis. Ya está, ¿no queda solucionado?

— Esto sí que carece de sentido. Es lo mismo que si ordenarais que cesasen las mareas.

— Eso no lo he probado todavía, Falquián, y, hasta que lo haga, no sabemos de fijo si obtendría resultado, ¿no es verdad?

— Me rindo — capituló riendo.

— Oh, estupendo. Me encanta ganar. ¿Tenéis algo importante que decirme, o simplemente habéis venido para comerme con los ojos?

— ¿Os molesta?

— ¿Que me comáis con los ojos? Por supuesto que no. Contempladme hasta hartaros, querido. ¿Os gustaría ver más?

— ¡Ehlana!

Su risa fue una rutilante cascada.

— Bueno, centrémonos en asuntos más serios —la reprendió el caballero.

— Lo decía en serio, Falquián..., muy en serio.

— Los caballeros pandion, yo incluido, deberemos abandonar Cimmura dentro de poco, me temo. El venerado Clovunus está consumiéndose rápidamente y, tan pronto como fallezca, Annias va a poner en marcha una ofensiva para acceder al trono del archiprelado. Ha inundado las calles de Chyrellos con tropas que le son leales y, a menos que las órdenes militantes estén allí para detenerlo, se hará con el trono.

El rostro de la joven volvió a adoptar aquella dureza como de pedernal.

— Por qué no os lleváis a ese gigantesco thalesiano, sir Ulath, cabalgáis hasta Chyrellos y le cortáis la cabeza a Annias? Después volved enseguida. No me dejéis tiempo para sentirme sola.

— Una idea interesante, Ehlana. Sin embargo, me alegra que no la hayáis planteado delante de Ulath. La cuestión a que conduce lo que os estaba explicando es que, cuando nos vayamos, vais a quedaros indefensa aquí. ¿Qué os parecería la perspectiva de venir con nosotros?

— Me gustaría, Falquián — respondió tras reflexionar unos instantes —, pero no veo cómo puedo hacerlo en estos momentos. He estado incapacitada durante bastante tiempo y debo quedarme en Cimmura para reparar los estragos causados por Annias mientras yo estaba dormida. Tengo responsabilidades, amor.

— Estábamos casi convencidos de que pensaríais así, por lo cual hemos ideado un plan alternativo para garantizar vuestra seguridad.

— ¿Vais a utilizar la magia y encerrarme a cal y canto en el palacio? — bromeó con ojos maliciosos.

— No nos lo habíamos planteado — concedió el caballero —. De cualquier modo, creo que no surtiría el efecto deseado. Tan pronto como Annias tuviera constancia de lo que habíamos hecho, enviaría soldados aquí para tomar la ciudad. Sus secuaces podrían gobernar el reino desde fuera de los muros de palacio y vos no podríais hacer gran cosa para detenerlos. Lo que vamos a hacer es reunir una especie de ejército para protegeros a vos y a la ciudad, dando así tiempo a que nuestras propias huestes regresen de Arcium.

— La expresión «una especie de ejército» suena un poco incierta, Falquián. ¿De dónde vais a sacar tantos hombres?

— De las calles, y de las granjas y pueblos.

— Oh, vaya por Dios, Falquián. Maravilloso — exclamó con tono irónico —. ¿Van a tener que defenderme cavadores de zanjas y labriegos?

— También ladrones y matones, mi reina.

— ¿Estáis hablando en serio?

— Así es. No os cerréis de banda a la idea. Esperad a oír los detalles... Y hay un par de canallas que están en camino para entrevistarse con vos. No toméis ninguna decisión hasta haber hablado con ellos.

— Me parece que estáis completamente loco, Falquián. Os sigo queriendo, pero parece que se os está ablandando el cerebro. No se puede armar un ejército con peones de albañil y destripaterrones.

— ¿De veras? ¿De dónde suponéis que proceden los soldados rasos que componen vuestro ejército, Ehlana? ¿No los reclutan en las calles y en las granjas?

— No había pensado en eso — admitió, frunciendo el entrecejo, la joven —, pero sin generales

no voy a tener un ejército digno de tal nombre.

— Eso es lo que van a parlamentar con vos los dos hombres que acabo de mencionar, Su Majestad.

— ¿Por qué será que «Su Majestad» siempre suena tan frío y distante cuando vos lo pronunciáis, Falquián?

— No cambiéis de tema. ¿Aceptáis demorar vuestra decisión al respecto, pues?

— Si vos lo decís, pero sigo viéndolo un tanto incierto. Ojalá vos pudierais quedaros aquí.

— A mí también me gustaría, pero... — Abrió los brazos en señal de impotencia.

— ¿Dispondremos alguna vez de tiempo para nosotros?

— No tardaremos, Ehlana, pero debemos quitar de en medio a Annias. Lo comprendéis, ¿verdad?

— Supongo que sí — concedió suspirando.

Talen y Berit regresaron al poco rato con Platimo y Stragen. Falquián salió a recibirlos en la antesala mientras Ehlana se ocupaba de aquellos detalles de última hora que siempre intervienen en el acto que hace que una mujer esté «presentable».

Stragen iba ataviado con suma elegancia, pero el patoso Platimo de negra barba, jefe de mendigos, ladrones, matones y prostitutas, parecía marcadamente fuera de lugar.

— ¡Hola, Falquián! — bramó el gordo personaje, que había sustituido su jubón naranja manchado de comida por otro de terciopelo azul que no le sentaba muy bien.

— Platimo — repuso gravemente Falquián —. Tenéis un elegante aspecto esta noche.

— ¿Os gusta? — Platimo dio un tirón a la pechera de su jubón con expresión complacida. Dio una vuelta completa y Falquián advirtió varios desgarrones de puñal en la parte posterior de la prenda de gala del ladrón —. Hace varios meses que le había puesto el ojo encima. Al fin convencí a su antiguo propietario para que se desprendiera de él.

— Milord. — Falquián dedicó una reverencia a Stragen.

— Caballero — respondió Stragen, inclinándose también.

— ¿Y bien, de qué trata todo esto? — preguntó Platimo —. Talen estaba parloteando sobre la descabellada idea de componer una guardia local de algún tipo.

— Guardia local. Una buena manera de denominarlo — aprobó Falquián — El conde de Lenda se reunirá con nosotros en breves momentos y después me consta que Su Majestad efectuará su entrada por esa puerta de ahí..., detrás de la cual debe de estar escuchando en estos instantes.

En el dormitorio de la reina sonó un enojado pisotón.

— ¿Cómo van los negocios? — preguntó Falquián al obeso gobernante de los bajos fondos de Cimmura.

— Bastante bien. — El gordo individuo irradiaba satisfacción —. Esos soldados eclesiásticos extranjeros que el primado envió para apoyar al bastardo Lycheas eran muy inocentes. Les robamos a mansalva.

— Estupendo. Me gusta que mis amigos se desenvuelvan bien.

Se abrió la puerta y el anciano conde de Lenda entró arrastrando los pies en la estancia.

— Excusad mi retraso, Falquián — se disculpó —. Ya no estoy en condiciones óptimas para correr.

— Es perfectamente comprensible, mi señor de Lenda — reconoció Falquián —. Caballeros — dijo a los dos ladrones —, tengo el honor de presentaros al conde de Lenda, director del consejo de Su Majestad. Mi señor, éstos son los dos hombres que dirigirán vuestra guardia local. Éste es Platimo y éste, milord Stragen de Emsat.

Todos realizaron reverencias..., al menos Platimo lo intentó.

— ¿Milord? — preguntó extrañado Lenda a Stragen.

— Una afectación, mi señor de Lenda. — Stragen esbozó una irónica sonrisa —. Es un remanente de una juventud dilapidada.

— Stragen es uno de los mejores — alabó Platimo —. Tiene algunas ideas estrafalarias, pero le

va muy bien, incluso mejor que a mí algunas semanas.

— Me abrumáis — murmuró Stragen con una reverencia.

Falquián atravesó la habitación hasta la puerta del dormitorio de la reina.

— Estamos todos reunidos, mi reina — anunció.

Tras una pausa, Ehlana se personó, vestida con una túnica de satén azul cielo y tocada con una discreta tiara de diamantes.

— Su Majestad — saludó ceremoniosamente Falquián —, ¿puedo presentaros a Platimo y Stragen, vuestros generales?

— Caballeros — dijo ella con una breve inclinación de la cabeza.

Platimo volvió a intentar efectuar una reverencia, pero Stragen compensó con su elegancia la torpeza de su amigo.

— Una preciosidad, ¿no os parece? — comentó Platimo a su rubio compañero.

Stragen esbozó una mueca de alarma. Ehlana manifestó cierto desconcierto y para disimularlo paseó la mirada por la estancia.

— Primero ¿dónde están nuestros otros amigos? — preguntó.

— Han vuelto al castillo principal, mi reina — la informó Falquián —. Deben realizar preparativos. Pero Sephrenia ha prometido regresar más tarde.

Tendió el brazo y la escoltó hasta una silla profusamente adornada situada junto a la ventana. La reina tomó asiento y dispuso con cuidado los pliegues de su túnica.

— Con vuestro permiso... — solicitó Stragen a Falquián.

El pandion puso cara de estupor. Stragen se encaminó a la ventana, dirigiendo un gesto con la cabeza Ehlana al pasar, y corrió las pesadas cortinas. La reina se quedó mirándolo, sin comprender.

— Es una gran imprudencia sentarse de espaldas a una ventana descubierta en un mundo donde existen las ballestas, Majestad — explicó con una nueva reverencia —. Tenéis muchos enemigos.

— El palacio es totalmente seguro, milord Stragen — adujo Lenda.

— ¿Queréis decírselo vos? — preguntó cansadamente Stragen a Platimo.

— Mi señor de Lenda — indicó educadamente el obeso rufián —, yo podría introducir treinta hombres en el recinto de palacio en unos diez minutos. Los caballeros son muy buenos en un campo de batalla, supongo, pero es difícil alzar la mirada cuando se lleva yelmo. En mi juventud, estudié el arte del allanamiento de morada. Un buen ladrón se encuentra tan a gusto en un tejado como en la calle. — Suspiró —. ¡Qué tiempos aquéllos! — rememoró —. No hay nada como un buen robo a domicilio para hacer correr la sangre en las venas.

— Pero sería un tanto complicado para un hombre que pesa ciento treinta kilos — agregó Stragen —. Incluso un tejado de pizarra no sería capaz de resistirlo.

— No estoy realmente tan gordo, Stragen.

— Por supuesto que no.

— ¿Qué estáis haciéndome, Falquián? — preguntó Ehlana, que parecía genuinamente alarmada.

— Protegiéndoos, mi reina — respondió éste —. Annias os quiere muerta. Ya lo ha demostrado. Tan pronto como se entere de vuestra recuperación, volverá a intentarlo. Los hombres que envíe para asesinaros no serán caballeros y no dejarán sus tarjetas al lacayo de la puerta cuando vengan. Entre los dos, Platimo y milord Stragen, lo conocen prácticamente todo en lo que concierne a la irrupción furtiva en diferentes lugares y podrán tomar las medidas pertinentes.

— Podemos garantizar a Su Majestad que nadie se colará delante de nosotros a menos que seamos cadáveres — le aseguró Stragen con su profunda y agradable voz —. Trataremos de no infligiros molestias, pero me temo que habréis de someteros a ciertas restricciones en vuestra libertad de movimientos.

— ¿Como no sentarme cerca de una ventana abierta?

— Exactamente. Elaboraremos una lista de sugerencias y os la haremos llegar a través del conde de Lenda. Platimo y yo somos hombres de negocios, y Su Majestad podría encontrar angustiosa nuestra presencia. Nos quedaremos en un segundo plano en la medida de lo posible.

— Vuestra delicadeza es exquisita, milord — lo halagó —, pero no me siento en absoluto angustiada por la presencia de hombres honrados.

— ¿Honrados? — Platimo rió roncamente —. Me parece que acaban de insultarnos, Stragen.

— Mejor un honrado matón que un cortesano sin honor — sentenció Ehlana —. ¿De veras hacéis eso? Matar a la gente, me refiero.

— Yo liquidé a unas cuantas personas en mis tiempos, Su Majestad — admitió el hombre con un encogimiento de hombros —. Es una manera sigilosa de averiguar qué lleva un hombre en la bolsa, y a mí siempre me ha despertado curiosidad esa cuestión. Hablando de ello, tú mismo podrías decírselo, Talen.

— ¿De qué se trata? — inquirió Falquián.

— Hay una pequeña tarifa de por medio — contestó Talen.

— ¡Oh!

— Stragen ha ofrecido voluntariamente sus servicios sin cargo alguno — explicó el chico.

— Sólo por la experiencia, Falquián — aclaró el rubio norteño —. La corte del rey Wargun es algo rudimentaria, mientras que la de Elenia tiene fama de ser exquisitamente cortés y totalmente depravada. Un hombre estudioso siempre aprovecha estas ocasiones para ampliar su cultura. Platimo, en cambio, no es tan ilustrado. El quiere algo un poco más tangible.

— ¿Como por ejemplo? — preguntó sin rodeos Falquián al gordo personaje.

— Estoy comenzando a plantearme la posibilidad de retirarme, Falquián, a alguna tranquila finca en el campo donde pueda entretenerme en compañía de un grupo de inmorales jóvenes, con perdón de Su Majestad. Lo cierto es que un hombre no puede disfrutar de sus años de decadencia si tiene a sus espaldas varios delitos penados con la horca. Protegeré a la reina con mi vida si ella puede concederme de corazón el perdón por mis anteriores indiscreciones.

— ¿Y decidme, maese Platimo, de qué clase de indiscreciones estáis hablando? — preguntó con suspicacia Ehlana.

— Oh, nada que sea digno de mención, Su Majestad — respondió éste, restándole importancia —. Hay unos cuantos asesinatos no intencionados, robos diversos, asaltos, extorsiones, allanamientos de domicilio, incendio premeditado, contrabando, bandolerismo, robo de ganado, pillaje de un par de monasterios, regentamiento no autorizado de burdeles... Esa clase de cosas.

— Os habéis mantenido muy activo, ¿eh, Platimo? — se admiró Stragen.

— Es una manera de pasar el tiempo. Creo que lo mejor sería un perdón general, Majestad. Es posible que olvide alguna que otra ofensa.

— ¿Existe algún delito que no hayáis cometido, maese Platimo? — inquirió con severidad la reina.

— La baratería, me parece, Su Majestad. Claro que, como no estoy muy seguro de lo que significa, no puedo afirmarlo categóricamente.

— Es cuando el capitán de un barco lo hunde para robar el cargamento —le informó Stragen.

— No, nunca he hecho eso. Y tampoco he tenido contacto carnal con un animal, ni he practicado la brujería ni cometido traición.

— Esos son realmente los más graves, supongo — concedió Ehlana con expresión de absoluta seriedad —. Me preocupan mucho las costumbres morales de los alocados corderitos.

Platimo estalló en estentóreas carcajadas.

— A mí también, Majestad. Me he pasado noches enteras en blanco dándole vueltas a eso.

— ¿Qué fue lo que os mantuvo incólume a la traición, maese Platimo? — preguntó el conde de Lenda con curiosidad.

— La falta de ocasión, seguramente, mi señor — reconoció Platimo —, aunque de todas formas dudo mucho que hubiera sucumbido a esa clase de cosas. Los gobiernos inestables ponen nervioso y receloso al pueblo. Entonces comienzan a proteger sus bienes de valor, y eso dificulta mucho la vida de los ladrones. Y bien, Majestad, ¿haremos trato?

— ¿Un perdón generalizado a cambio de vuestros servicios? ¿Durante todo el tiempo que yo los

requiera? — replicó.

— ¿Qué se supone que significa eso último? — preguntó con suspicacia el rufián.

— Oh, nada en absoluto, maese Platimo — repuso inocentemente ella —. No quiero que os canséis y me abandonéis justo cuando más os necesite. Me sentiría desolada sin vuestra compañía. ¿Y bien?

— ¡Hecho, por Dios! — bramó. Luego se escupió en la palma de la mano y se la tendió a la reina.

Ésta miró a Falquián con semblante confundido.

— Es una costumbre, Su Majestad — explicó el caballero —. Vos también os escupís en la mano y después ambos unís las palmas. Eso cierra el trato.

La reina se encogió ligeramente y después siguió las instrucciones.

— Ya está — anunció un tanto dubitativa.

— Pues lo dicho — declaró enfáticamente Platimo —. Ahora es como si fuerais lo mismo que mi hermana pequeña, y, si alguien os ofende u os amenaza, le abriré las entrañas y después vos podéis ponerle carbones al rojo vivo dentro con vuestras manitas.

— Sois muy amable — dijo con tono desfalleciente la joven.

— Os la han pegado, Platimo. — Talen se desternillaba de risa.

— ¿De qué estás hablando? — replicó Platimo, con expresión ensombrecida.

— Os habéis prestado a cumplir un servicio al gobierno de por vida.

— Eso es absurdo.

— Lo sé, pero lo habéis hecho. Habéis accedido a servir a la reina durante todo el tiempo que ella quiera, y ni siquiera habéis planteado la cuestión de los honorarios. Puede manteneros aquí en palacio hasta el día de vuestra muerte.

— No me haríais eso, ¿verdad, Ehlana? — rogó con voz insegura y la cara blanca como el papel.

La interpelada alargó la mano y le dio una palmadita en la barba.

— Veremos, Platimo — dijo —. Veremos.

Stragen se descoyuntaba de risa.

— ¿Qué es eso de la guardia local, Falquián? — preguntó cuando se hubo recuperado.

— Vamos a movilizar al pueblo llano para defender la ciudad — explicó Falquián —. En cuanto llegue Kurik, lo planificaremos en detalle. Él ha propuesto que convoquemos a los veteranos del ejército y los utilicemos como sargentos y cabos. Los hombres de Platimo pueden hacer de oficiales y vos y Platimo, bajo la dirección del conde de Lenda, cumpliréis las funciones de generales hasta que el ejército regular de Elenia regrese para relevaros.

— Es un plan viable — acordó Stragen después de rumiarlo —. No se necesita tanta experiencia para defender una ciudad como para atacarla. — Miró a su grueso y alicaído amigo —. Si os parece bien, Su Majestad — dijo a Ehlana —, me llevaré a vuestro protector a algún sitio y lo regaré con un poco de cerveza. No sé por qué, pero parece un poco turbado.

— Como deseéis, milord — respondió, sonriendo, la reina —. ¿Se os ocurre a vos algún delito que hayáis cometido en mi reino y del que queráis conseguir mi perdón... en las mismas condiciones?

— Ah, no, Su Majestad — contestó el thalesiano —. El código de los ladrones me prohíbe inmiscuirme en la reserva privada de Platimo. De no ser por eso, me iría corriendo a asesinar a alguien... simplemente por la perspectiva de pasar el resto de mi vida en vuestra divina compañía. — Tenía una mirada picara.

— Sois un hombre muy malo, milord Stragen.

— Sí, Su Majestad — convino éste, inclinándose ante ella —. Vamos, Platimo. No parecerá tan horrible cuando os hayáis hecho a la idea.

— Esto ha sido un acto de gran astucia, Majestad — alabó Talen cuando hubieron salido —. Nadie había timado nunca a Platimo hasta ahora.

— ¿Te ha gustado? — inquirió con voz satisfecha Ehlana.

— Ha sido brillante, mi reina. Ahora comprendo por qué os envenenó Annias. Sois una mujer muy peligrosa.

— ¿No estáis orgulloso de mí, querido? — preguntó, radiante, a Falquián.

— Creo que vuestro reino está a buen resguardo, Ehlana. Sólo espero que los otros monarcas estén sobre aviso, eso es todo.

— ¿Querréis excusarme un momento? — solicitó, mirándose la palma de la mano, todavía húmeda —. Quisiera ir a lavarme las manos.

Transcurrieron pocos minutos antes de que Vanion condujera gravemente a los otros a la antesala de los aposentos reales, donde dedicó una mecánica reverencia a la soberana.

— ¿Habéis hablado con Platimo? — preguntó a Falquián.

— Está todo arreglado — le aseguró Falquián.

— Perfecto. Deberemos cabalgar hacia Demos mañana por la mañana. Dolmant nos ha hecho llegar la noticia de que el archiprelado Clovunus se halla a las puertas de la muerte. No durará una semana.

— Sabíamos que su fin estaba próximo — manifestó Falquián con un suspiro —, Gracias a Dios que hemos tenido tiempo de ocuparnos de situación a afrontar aquí. Platimo y Stragen se encuentran en alguna estancia de palacio... — dijo volviéndose hacia Kurik —, bebiendo, probablemente. Será mejor que te reúnas con ellos y tracéis una especie de plan de acción.

— De acuerdo — aceptó el escudero.

— Un momento, maese Kurik — lo retuvo el conde de Lenda —. ¿Cómo os sentís, Majestad? — preguntó a Ehlana.

— Estoy bien, mi señor.

— ¿Creéis que disponéis del suficiente vigor como para hacer una aparición pública?

— Desde luego, Lenda — afirmó —. Me gustaría pronunciar unos discursos.

— Habrás de quedarte aquí hasta haberlo dejado todo bien atado — dijo Falquián a Kurik —. Puedes sumarte a nosotros en Chyrellos cuando Cimmura esté a salvo.

Kurik asintió y se marchó en silencio.

— Es un hombre muy valioso, Falquián — apreció Ehlana.

— Sí.

— Ehlana — llamó Sephrenia, que había estado observando con ojo crítico a la reina de rosadas mejillas.

— Ya sabéis que no deberíais pellizcaros de ese modo las mejillas para darles color. Os estropearéis la piel. Sois de tez muy blanca y vuestra piel es delicada.

Ehlana se sonrojó y luego se echó a reír, arrepentida.

— Es un poco frívolo, ¿verdad?

— Sois una reina, Ehlana — le recordó la mujer estiria —, no una vaquera. La piel blanca es más regia.

— ¿Por qué me siento siempre como una niña cuando hablo con ella? — preguntó Ehlana sin dirigirse a nadie en particular.

— A todos nos sucede lo mismo, Su Majestad — le aseguró Vanion.

— ¿Qué está ocurriendo en Chyrellos en estos momentos? — preguntó Falquián a su amigo —. ¿Os ha participado algún detalle Dolmant?

— Annias controla las calles — respondió Vanion —. Por el momento no ha hecho nada evidente, pero sus soldados hacen notar su presencia. Dolmant cree que tratará de convocar elecciones antes incluso de que se haya enfriado el cadáver de Clovunus. Dolmant tiene amigos y éstos procurarán entorpecer sus intentos hasta que lleguemos allí, pero no dominan por completo la situación. La rapidez es ahora una cuestión vital. Cuando nos reunamos con las otras órdenes, seremos cuatrocientos caballeros y, aunque los soldados eclesiásticos nos superen con creces, nuestro peso no será desdeñable. Hay otra cosa que debo anunciaros: Otha ha cruzado la frontera con Lamorkand. Aún no ha emprendido su avance, pero está emitiendo varios ultimátum en los que

exige la devolución del Bhelliom.

— ¿Devolución? ¡Pero si nunca lo tuvo!

— Es un típico ardid diplomático, Falquián — explicó el conde de Lenda —. Cuanto más débil es la posición propia, mayor es la mentira que se cuenta. — El anciano frunció los labios con expresión pensativa —. Sabemos, o como mínimo suponemos, que existe una alianza entre Otha y Annias, ¿no es así?

— Sí — convino Vanion.

— Annias sabe, o debería saberlo, que nuestra táctica para contrarrestar su juego consistirá en ganar tiempo. El avance de Otha en estos momentos convierte la elección en un asunto de urgencia. Annias argüirá que la Iglesia debe estar unida para hacer frente a la amenaza. La presencia de Otha aterrorizará a los miembros más pusilánimes de la jerarquía, los cuales se apresurarán a confirmar a Annias. Después él y Otha conseguirán lo que ansían. Debo decir que es una estrategia muy inteligente.

— ¿Ha llegado Otha al punto de mencionar el Bhelliom por su nombre? — inquirió Falquián.

— No. Os ha acusado de robar uno de los tesoros nacionales de Zemoch, nada más. Ha omitido deliberadamente precisar de qué se trata, ya que es demasiada la gente consciente de la significación, del Bhelliom. No puede ir directamente al grano y mencionarlo por lo que es.

— Esto va encajando cada vez más — reflexionó Lenda —. Annias declarará que sólo el conoce la manera de hacer que Otha se retire. Hará que la jerarquía se precipite a elegirlo. Después le arrebatará el Bhelliom a Falquián y lo entregará a Otha como parte del trato.

— Tendrá que «forcejear» bastante para arrebatárselo — adujo con fiereza Kalten —. Todas las órdenes militantes apoyarán a Falquián.

— Eso debe de ser lo que Annias espera que hagáis — previo Lenda —. Entonces tendrá la justificación que necesita para disgregar las órdenes militantes. La mayoría de los caballeros de la Iglesia obedecerán la orden del archiprelado. Los demás seréis unos proscritos, y Annias informará al populacho que estáis guardando para vosotros lo único capaz de contener a Otha. Como he dicho, es muy inteligente.

— Falquián — intervino Ehlana con sonora voz —, cuando lleguéis a Chyrellos, quiero que arrestéis a Annias con la acusación de alta traición. Quiero que me lo entreguéis encadenado. Traed también a Arissa y Lycheas.

— Lycheas ya está aquí, mi reina.

— Ya lo sé. Llevároslo a Demos y encarcelarlo con su madre. Es mi deseo que disponga de tiempo a manos llenas para describir las presentes circunstancias a Arissa.

— Es una idea muy útil, Majestad — halagó diplomáticamente Vanion —, pero apenas dispondremos de la fuerza suficiente para tomar bajo nuestra custodia a Annias en un primer momento.

— Soy consciente de ello, lord Vanion, pero, si entregáis la orden de arresto y la especificación de los cargos al patriarca Dolmant, éste podrá servirse de ello para demorar la elección. Siempre puede solicitar una investigación eclesiástica de las acusaciones, y ese tipo de cosas llevan tiempo.

Lenda se puso en pie y dedicó una reverencia a Falquián.

— Hijo mío — dijo —, por más que hayáis hecho y vayáis a realizar todavía, vuestra más conseguida obra está sentada en ese trono. Estoy orgulloso de vos, Falquián.

— Creo que deberíamos ponernos en marcha — aconsejó Vanion —. Nos quedan muchos preparativos que ultimar.

— Os haré llegar copias de la orden de captura del primado hacia las tres de la madrugada, lord Vanion — prometió Lenda —, junto con unas cuantas más. Tenemos por delante una espléndida oportunidad de limpiar el reino de indeseables. No la desperdiciemos.

— Berit — indicó Falquián —, mi armadura está en esa habitación de allí. Llevadla al castillo, si sois tan amable. Creo que voy a necesitarla.

— Desde luego, sir Falquián. — Pese a lo dicho, la mirada de Berit seguía siendo hostil.

— Quedaos un momento, Falquián — pidió Ehlana mientras todos se dirigían a la puerta.

— Sí, mi reina — repuso éste, tras esperar a que se hubiera cerrado la puerta.

— Debéis tener mucho, mucho cuidado, amado mío — dijo con el corazón en los ojos —. Me moriría si os perdiera ahora. — Le tendió mudamente los brazos.

Falquián atravesó la sala hasta llegar a su lado y la abrazó. Su beso fue apasionado.

— Marchaos deprisa, Falquián — dijo ella con la voz atenazada por la proximidad del llanto —. No quiero que me veáis llorar.

Capítulo siete

A la mañana siguiente, los cien caballeros pandion partieron poco después del amanecer, cabalgando resueltamente al trote acompañados de un tintineo metálico y seguidos de una ristra de lanzas coronadas por pendones.

—Hace un buen día para viajar — señaló Vanion, observando los campos bañados por la luz del sol —. Sólo quisiera... oh, bueno.

— ¿Cómo os encontráis ahora, Vanion? — preguntó Falquián a su viejo amigo.

— Mucho mejor — repuso el preceptor —. Os seré sincero, Falquián. Esas espadas eran muy, muy pesadas. Me dieron una noción bastante ajustada de lo que será la vejez.

Vos viviréis para siempre, amigo mío — dijo, sonriendo, Falquián

— Ciertamente espero que no, si he de sentirme igual que cuando cargaba con esas espadas.

Cabalgaron en silencio durante un rato.

— Eso es poco probable, Vanion — manifestó Falquián con tono sombrío —. Nuestros enemigos nos superarán con creces en número en Chyrellos y, si Otha se dispone a cruzar Lamorkand, se abrirá una reñida carrera entre él y Wargun. Saldrá vencedor el que llegue antes a Chyrellos.

— Me parece que estamos aproximándonos mucho a uno de esos artículos de fe, Falquián. Vamos a tener que confiar en Dios. Estoy seguro de que él no desea que Annias sea archiprelado y aún estoy más seguro de que no quiere a Otha en las calles de Chyrellos.

— Esperemos que no sea así.

Berit y Talen iban a corta distancia de ellos. Con el correr de los meses, había nacido una cierta amistad entre el novicio y el joven ladrón, la cual se basaba en parte en el hecho de que ambos se sentían algo incómodos en presencia de los mayores.

— ¿Cómo es ese asunto de la elección, Berit? — preguntó Talen —. Lo que quiero decir es, ¿cómo funciona exactamente? Soy un poco ignorante en este campo.

— Verás, Talen — respondió Berit, irguiendo la espalda —, cuando el viejo archiprelado muere, los patriarcas de la jerarquía se reúnen en la basílica. La mayoría de los otros cargos del clero están también allí y lo mismo puede decirse habitualmente de los reyes de Eosia. Cada uno de los monarcas pronuncia una especie de discurso al comienzo, pero no está permitido que nadie más hable durante las deliberaciones de la jerarquía. Sólo pueden hacerlo los patriarcas, y ellos son los únicos que tienen derecho a votar.

— ¿Queréis decir que los preceptores no pueden ni siquiera votar?

— Los preceptores son patriarcas, jovencito — informó Perraine desde detrás.

—No lo sabía. Me preguntaba por qué todo el mundo cedía respetuosamente el paso a los caballeros de la Iglesia. ¿Y por qué Annias dirige la Iglesia en Cimmura entonces? ¿Dónde está el

patriarca?

—El patriarca Udale tiene noventa y tres años, Talen —explicó Berit— y, aunque sigue vivo, no estamos seguros de si recuerda cómo se llama. Lo cuidan en la casa madre de los pandion en Demos.

—Eso le complica las cosas a Annias, ¿verdad? Como primado, no puede dirigir una alocución pública ni tampoco votar, y no hay modo de envenenar a ese Udale si está en la casa madre..., a menos que quiera delatarse abiertamente.

—Por eso necesita dinero. Tiene que comprar a la gente para que hablen y voten a su favor.

—Esperad un minuto. Annias es sólo un primado, ¿no es cierto?

—Así es.

Talen frunció el entrecejo.

—Si no es más que un primado y los otros son patriarcas, ¿cómo cree que tiene posibilidades de ganar la elección?

—Los miembros del clero no deben ser patriarcas para ascender al trono de la Iglesia. En varias ocasiones, un simple párroco de pueblo ha accedido a la condición de archiprelado.

—Todo es muy complicado, ¿eh? ;No nos sería más sencillo avanzar con el ejército y poner en el trono al hombre que queramos?

—Eso ya lo intentaron antaño y nunca ha dado buenos resultados. No creo que Dios lo apruebe.

—Aún aprobará menos que Annias salga vencedor.

—Podría ser que no te equivocaras en eso, Talen.

Tynian se adelantó con el caballo, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa.

—Kalten y Ulath se están divirtiendo aterrorizando a Lycheas —contó—. Ulath ha estado cortando troncos con su hacha y Kalten ha hecho un nudo corredizo con una cuerda. Después ha ido señalándole a Lycheas ramas de árboles salidas. Como Lycheas no paraba de desmayarse, hemos tenido que encadenarle las manos al arzón de la silla para que no se caiga.

—Kalten y Ulath son hombres simples —observó Falquián—. No necesitan gran cosa para divertirse. Lycheas tendrá un montón de cosas que contarle a su madre cuando lleguemos a Demos.

Hacia mediodía, giraron hacia el sureste, cortando a campo traviesa. El tiempo siguió estable y, cabalgando a buen paso, llegaron a Demos a última hora del día siguiente. Justo antes de que la columna virara rumbo sur en dirección al campamento que ocupaban los caballeros de las otras tres órdenes, Falquián, Kalten y Ulath se llevaron a Lycheas y, bordeando el límite norte de la ciudad, se dirigieron al convento donde estaba recluida la princesa Arissa. El edificio, de amarillenta piedra arenisca, se elevaba en medio de una cañada boscosa donde resonaba el canto de los pájaros entre los rayos del sol del atardecer.

Falquián y sus amigos desmontaron ante la puerta y, sin muchos miramientos, bajaron al maniatado Lycheas de la silla.

— Debemos hablar con vuestra madre superiora — anunció Falquián a la amable monjita que les abrió —. ¿Pasa todavía la princesa Arissa la mayor parte del tiempo en ese jardín cercano al muro sur?

— Sí, mi señor.

— Pedid , por favor, a la madre superiora que se reúna con nosotros allí. Vamos a entregarle al hijo de Arissa.

Cogió a Lycheas por la nuca y lo arrastró por el patio en dirección amurallado jardín donde transcurrían las largas horas de confinamiento de Arissa. Falquián sentía, por varias razones, un contenido enfado.

—¡Madre! — gritó Lycheas al verla. Se zafó de Falquián y avanzó a trompicones hacia ella con manos implorantes cuyo movimiento entorpecían las cadenas.

La princesa Arissa se puso en pie, indignada. Las ojeras de sus ojos se habían difuminado y un presuntuoso y prematuro regocijo había sustituido a su anterior aire de hosca insatisfacción.

— ¿Qué significa esto? — preguntó abrazando a su pusilánime hijo.

— Me arrojaron a las mazmorras, madre — gimoteó Lycheas —, y han estado amenazándome.

— ¿Cómo osáis tratar así al príncipe regente, Falquián? —se indignó.

— La situación ha cambiado totalmente, princesa —la informó Falquián con frialdad—. Vuestro hijo ya no es el príncipe regente.

— Nadie tiene autoridad para deponerlo. Pagaréis esto con vuestra vida, Falquián.

— Lo dudo mucho, Arissa — disintió Kalten con una amplia sonrisa en el rostro —. Estoy seguro de que estaréis encantada de oír que vuestra sobrina se ha recobrado de su enfermedad.

— ¿Ehlana? ¡Eso es imposible!

— La realidad afirma lo contrario. Me consta que como buena hija de la Iglesia, os sumaréis a nuestra alabanza a Dios en agradecimiento de su milagrosa intervención. El consejo real casi se ha desvanecido de alegría. El barón Harparin estaba tan complacido que ha perdido completamente la cabeza.

— Pero nadie se recupera jamás de... — Arissa se mordió el labio.

— ¿De los efectos del darestim? — terminó por ella la frase Falquián.

— ¿Cómo habéis...?

— No era tan difícil, Arissa. Todos vuestros planes se vienen abajo, princesa. La reina estaba muy molesta con vos y vuestro hijo... y también con el primado Annias, por supuesto. Nos ha ordenado tomaros a los tres bajo custodia. Podéis consideraros bajo arresto de ahora en adelante.

— ¿Cuál es la acusación? — exclamó.

— Alta traición, ¿no era eso, Kalten?

— Me parece que ésas eran las palabras que utilizó la reina, sí. Estoy convencido de que todo es un malentendido, Su Excelencia.

— El rubio caballero sonrió con afectación a la tía de la reina Ehlana —. Vos, vuestro hijo y el buen primado Annias no deberíais tener problemas para aclarar las cosas ante el tribunal que os juzgue.

— ¿Un juicio? — La princesa palideció visiblemente.

— Creo que ésta es la forma normal de proceder, princesa. En otras circunstancias, os habríamos colgado simplemente a vos y a vuestro hijo, pero, como ambos sois personajes de cierta importancia en el reino, se imponen ciertas formalidades.

— ¡Eso es absurdo! — gritó Arissa —. Yo soy una princesa y no pueden culparme de ese delito.

— Podríais tratar de explicárselo a Ehlana — replicó Kalten —. Estoy seguro de que escuchará vuestras alegaciones... antes de dictar sentencia.

— También se os acusará del asesinato de vuestro hermano, Arissa — añadió Falquián —. Seáis princesa o no, eso solo bastaría para llevaros a la horca. Pero estamos un poco escasos de tiempo. No dudo que vuestro hijo os explicará todo con profusión de detalles.

Una anciana monja entró en el jardín con expresión que demostraba a las claras su desaprobación por la presencia de hombres dentro de los muros del convento.

— Ah, madre superiora — la saludó Falquián con una reverencia —. Por orden de la corona, debo recluir a estos dos criminales hasta que puedan ser llevados a juicio. ¿Tenéis por casualidad celdas de penitencia en el recinto?

— Lo siento, caballero — se negó en redondo la madre superiora —, pero las normas de nuestra orden prohíben confinar a los penitentes en contra de su voluntad.

— No importa, madre — intervino, sonriendo, Ulath —. Nosotros nos encargaremos de eso. Antes moriríamos que ofender a las damas de la iglesia. Puedo aseguraros que la princesa y su hijo no van a querer abandonar sus celdas... estando como estarán tan sumidos en su arrepentimiento, comprendedlo. Veamos, necesitaré tres largos de cadena, algunos cerrojos bien resistentes, un martillo y un yunque. Cerraré esas celdas sin dificultad de ninguna clase, y vos y vuestras buenas hermanas no habréis de preocuparos de asuntos políticos. —Hizo una pausa y miró a Falquián—. ¿O queríais que los encadenara a la pared?

Falquián concedió cierta reflexión a tal posibilidad.

— No — resolvió al cabo —, no será necesario. Pese a todo, son miembros de la familia real, y por ello merecedores de alguna cortesía.

— No me queda más remedio que acceder a vuestras demandas, caballeros — declaró la madre superiora. Guardó silencio un instante —. Circula el rumor de que la reina se ha restablecido — dijo —. ¿Es posible que sea cierto?

— Sí, madre superiora — confirmó Falquián —. La reina está bien y el gobierno de Elenia se halla de nuevo en sus manos.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó la anciana religiosa —. ¿Y retiraréis pronto de entre nuestros muros a nuestros indeseados huéspedes?

— Pronto, madre. Muy pronto.

— En ese caso limpiaremos las estancias que la princesa ha contaminado... y ofreceremos oraciones por su alma, desde luego.

— Desde luego.

— Qué conmovedor — exclamó sarcásticamente Arissa, al parecer ya mas recuperada—. Si esto se vuelve un punto más empalagoso, creo que vomitaré.

— Estáis empezando a irritarme, Arissa — espetó fríamente Falquián —. No os recomiendo que lo hagáis. Si no actuara por orden de a reina, os decapitaría en el acto. Os aconsejo que os pongáis en paz con Dios, porque estoy seguro de que compareceréis ante él sin tardanza. —La miró con extremo desagrado—. Quitádmela de delante —indicó a Kalten y Ulath.

Unos quince minutos más tarde, Kalten y Ulath regresaron del interior del convento.

— ¿Quedan bien cerrados? — les preguntó Falquián.

— Un herrero tardaría una hora para abrir esas celdas — respondió Kalten —. ¿Nos vamos pues?

— ¡Cuidado, Falquián! — gritó de repente Ulath cuando apenas habían recorrido cerca de un kilómetro, y lo empujó bruscamente a un lado.

La saeta de ballesta atravesó zumbando el aire en el lugar que había ocupado Falquián un instante antes y se clavó hasta la pluma en un árbol del borde del camino.

La espada de Kalten salió silbando de la vaina al tiempo que él espoleaba el caballo en la dirección de donde había surgido la flecha.

— ¿Estáis bien? — inquirió Ulath, desmontando para ayudar a ponerse en pie a Falquián.

— Sólo un poco magullado. Empujáis muy fuerte, amigo mío.

— Lo siento, Falquián. Me he puesto nervioso.

— Pues me alegro, Ulath. Empujad tan fuerte como os plazca cuando ocurran estas cosas. ¿Cómo habéis visto venir la saeta?

— Por pura suerte. Miraba por casualidad por ese lado y he visto que se movían los arbustos.

Kalten profería juramentos al volver.

— Se ha escapado — informó.

— Me estoy cansando de ese tipo — afirmó Falquián, volviendo a montar sobre la silla.

— ¿Crees que podría ser el mismo que te disparó por la espalda en Cimmura? — le preguntó Kalten.

— Esto no es Lamorkand, Kalten, y no hay una ballesta apoyada en un rincón de todas las cocinas del reino. — Analizó un momento la situación —. No alarmemos a Vanion con esto — sugirió —. Yo puedo cuidar de mí mismo y él ya tiene suficientes problemas.

— Creo que es una equivocación, Falquián — opinó dubitativamente Kalten —, pero, como se trata de tu pellejo, lo haremos a tu manera.

Los caballeros de las cuatro órdenes aguardaban en un campamento oculto a una legua al sur de Demos. Falquián y sus compañeros se dirigieron al pabellón donde sus amigos conversaban con el preceptor Abriel de la orden de los cirínicos, el preceptor Komier de los genidios y el preceptor Darellon de los alciones.

— ¿Cómo ha recibido las noticias la princesa Arissa? — inquirió Vanion.

— Se ha quedado moderadamente descontenta por todo. — Kalten sonrió, satisfecho —. Quería

pronunciar un discurso, pero, dado que lo único que realmente quería decir era «No podéis hacer esto», la hemos cortado.

— ¿Que habéis hecho qué! — exclamó Vanion.

— Oh, no en ese sentido, mi señor Vanion — se disculpó Kalten —. Una mala elección de palabras, quizá.

— Decid a qué os referís, Kalten — le indicó Vanion —. Éste no es momento para malentendidos.

— Yo no querría realmente cortarle la cabeza a la princesa, lord Vanion.

— Yo sí — murmuró Ulath.

— ¿Podemos ver el Bhelliom? — pidió Komier a Falquián.

Falquián miró a Sephrenia y ésta asintió, si bien con expresión algo vacilante.

Falquián introdujo la mano bajo la sobreveste y sacó la bolsa de lona. Después aflojó la cuerda y tomó en su mano la rosa de zafiro. Aunque habían pasado varios días sin que sintiera la más leve punzada de aquella sombría e informe amenaza, ésta volvió no bien su mirada se posó en los pétalos de la joya, y una vez más aquella sombra indefinida, aún más oscura y abultada, parpadeó justo en los confines de su campo visual.

— ¡Dios mío! —exclamo sin resuello el preceptor Abriel.

— Ya está — gruñó el thalesiano Komier —. Apartadlo de nuestra vista, Falquián.

— Pero... — se dispuso a protestar el preceptor Darellon.

— ¿Queréis preservar vuestra alma, Darellon? — preguntó Komier sin miramientos —. Si ése es el caso, no miréis ni un segundo más esa piedra.

— Guardadla, Falquián — indicó Sephrenia.

— ¿Hemos recibido alguna noticia acerca de lo que está haciendo Otha? — inquirió Kalten mientras Falquián devolvía el Bhelliom a su bolsa.

— Parece que se mantiene firme en la frontera — respondió Abriel —. Vanion nos ha contado la confesión del bastardo Lycheas. Es muy probable que Annias haya pedido a Otha que se apostara allí y profiriera amenazas. Después el primado de Cimmura puede arrogarse la posesión de la manera de detener a los zemoquianos, lo cual desviaría algunos votos en su favor.

—¿Creéis que Otha sabe que Falquián tiene el Bhelliom? —planteó Ulath.

—Azash lo sabe —afirmó Sephrenia—, y eso significa que Otha también tiene la misma información. La cuestión cuya respuesta ignoramos es si Annias ha recibido la noticia.

—¿Cuál es la situación en Chyrellos? —preguntó Falquián a Vanion.

—La última noticia de que disponemos es que la vida del archiprelado Clovunus sigue pendiente de un hilo. Como no hay modo de que podamos mantener en secreto nuestra llegada, entraremos en Chyrellos a las claras. Nuestros planes se han modificado ahora que Otha ha entrado en juego. Nos interesa llegar a Chyrellos antes de que fallezca Clovunus. Es evidente que Annias va a intentar convocar forzosamente la elección tan pronto como pueda y, aunque no puede comenzar a impartir órdenes hasta entonces, una vez que Clovunus esté muerto, los patriarcas que Annias controla pueden comenzar a reclamar votaciones. Probablemente lo primero que votarán será el cierre de la ciudad y, dado que ésa no es una cuestión fundamental, seguramente obtendrá los votos suficientes para que se acepte la propuesta.

—¿Puede Dolmant trazar alguna clase de estimación respecto a la intención de voto actual? — inquirió Falquián.

— Es aproximativa, sir Falquián — le respondió el preceptor Abriel, el dirigente de los caballeros cirínicos de Arcium, un hombre de robusta complexión de unos sesenta años con cabello plateado y expresión ascética—. Un buen número de patriarcas no se encuentran presentes en Chyrellos.

— Un tributo a la eficiencia de los asesinos de Annias — apuntó secamente el thalesiano Komier.

— Es lo más probable — convino Abriel —. Sea como fuere, en estos momentos hay ciento

treinta y dos patriarcas en Chyrellos.

— ¿Y cuántos son en total? — preguntó Kalten.

— Ciento sesenta y ocho.

— ¿Por qué un número tan extravagante? — se extrañó Talen.

— Así se dispuso hace tiempo, joven — explicó Abriel —. Se seleccionó ese número de modo que se requiriera un centenar de votos para elegir un nuevo archiprelado.

— Ciento sesenta y siete habría sido más próximo — afirmó Talen al cabo de un momento.

— ¿Próximo a qué? — inquirió Kalten.

— Al centenar de votos. Veréis, cien votos es el sesenta por ciento de... — Talen observó la expresión de estupor de Kalten —. Ah..., da igual, Kalten —dijo—. Os lo explicaré después.

— ¿Puedes retener todos esos números en la cabeza? — se sorprendió Komier —. En ese caso, hemos malgastado un fardo de papeles efectuando los cálculos.

— Es un truco, mi señor — respondió modestamente Talen —. En mi trabajo uno debe a veces hacer números muy deprisa. ¿Puedo preguntar de cuántos votos dispone ahora Annias?

— De sesenta y cinco — repuso Abriel —, ya sean firmes o fuertemente inclinados de su lado.

— ¿Y cuántos tenemos nosotros?

— Cincuenta y ocho.

— En ese caso, nadie gana. Él necesita treinta y cinco votos más y nosotros, cuarenta y dos.

— Me temo que no es tan simple. — Abriel exhaló un suspiro —. El procedimiento establecido por los padres de la Iglesia exige un centenar de votos, o una proporción similar de entre los presentes que voten, para elegir un nuevo archiprelado o para decidir todas las cuestiones fundamentales.

— Y eso es en lo que hemos gastado un fardo de papeles — señaló agriamente Komier.

— Bien — dijo Talen tras un momento de reflexión —. Entonces Annias sólo necesita ochenta votos, pero todavía le faltan quince.

— Frunció el entrecejo —. Esperad un minuto — añadió —. Vuestros cálculos no concuerdan. Sólo habéis tenido en cuenta ciento veintitrés votos y habéis dicho que había ciento treinta y dos patriarcas en Chyrellos.

— Nueve de los patriarcas aún no se han decidido — le explicó Abriel —. Dolmant sospecha que están aguardando simplemente a recibir sobornos más cuantiosos. De vez en cuando se celebran votaciones concernientes a asuntos no fundamentales y, en dichos casos, basta con la mayoría simple para ganar. En algunas ocasiones esos nueve votan con Annias y en otras no. Están demostrándole su poder. Me temo que votarán al candidato que les aporte alguna ventaja a ellos.

— Aunque todos voten por Annias cada vez, ello no implica ninguna diferencia — dedujo Talen —. Por más que se estiren, nueve votos no pueden convertirse en quince.

— Pero él no necesita quince — advirtió cansinamente el preceptor Darellon —. Debido a los asesinatos y a todos los soldados eclesiásticos que patrullan por las calles de Chyrellos, diecisiete de los patriarcas que se oponen a Annias se han ocultado en algún lugar de la Ciudad Sagrada y, como no están presentes ni votan, eso modifica los números.

— Esto está comenzando a darme dolor de cabeza — dijo Kalten a Ulath.

— Me parece que tenemos problemas, mis señores — anunció Talen, sacudiendo la cabeza —. Sin esos diecisiete sumados al total, la cantidad necesaria para ganar es sesenta y nueve. A Annias sólo le faltan cuatro votos más.

— Y, en cuanto consiga el dinero suficiente para satisfacer a esos nueve que se reservan, saldrá ganador — infirió Bevier —. El chico tiene razón, mis señores. Nos enfrentamos a un grave problema.

— Entonces habremos de modificar los números — observó Falquián.

— ¿Y cómo se hace eso? — preguntó Kalten —. Un número es un número. No puede cambiarse.

— Se puede si se le añaden otros. Lo que hemos de hacer al llegar a Chyrellos es localizar a esos diecisiete patriarcas que se esconden y llevarlos con protección a la basílica para que voten. Eso

volvería a situar el número que precisa Annias para salir vencedor en ochenta, cifra que él no puede alcanzar.

— Pero nosotros tampoco — objetó Tynian —. Aun cuando recuperáramos esos votos, seguiríamos disponiendo de cincuenta y ocho.

— Sesenta y dos de hecho, sir Tynian — corrigió respetuosamente Bevier —. Los preceptores de las cuatro órdenes son también patriarcas y no creo que ninguno de ellos fuera a votar a Annias, ¿no es así, mis señores?

— Eso modifica las cosas — calculó Talen —. Si se suman los diecisiete y los cuatro, y el total es ciento treinta y seis, el número necesario para ganar se sitúa en ochenta y dos... En realidad, ochenta y uno y una fracción.

— Una cifra imposible de conseguir para ambas facciones — señaló con pesimismo Komier —. Continuamos lejos de poder obtener la victoria.

— No tenemos que ganar la votación para salir airosos, Komier — observo Vanion —. Nosotros no tratamos de elegir a nadie. Todo cuanto intentamos hacer es mantener a Annias fuera del trono. Podemos ganar llegando a un punto muerto. — El amigo de Falquián se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro del pabellón —. En cuanto nos encontremos en Chyrellos, haremos que Dolmant envíe un mensaje a Wargun a Arcium declarando que hay una crisis de religión en la Ciudad Sagrada. De ese modo, Wargun se situará bajo nuestras órdenes. Incluiremos un mandato firmado por nosotros cuatro en el que se le conmine a suspender sus operaciones en Arcium y cabalgar hacia Chyrellos con la menor dilación posible. Si Otha comienza a avanzar, lo necesitaremos de todas formas.

— ¿Cómo vamos a lograr los suficientes votos para tal declaración? — preguntó el preceptor Darellon.

— No me proponía someterlo a votación, amigo mío. — Vanion esbozó una fina sonrisa —. La reputación de Dolmant convencerá al patriarca Bergsten de que la declaración es oficial, y Bergsten puede ordenar a Wargun que marche hacia Chyrellos. Ya nos disculparemos más tarde por el malentendido. Para entonces, no obstante, Wargun estará en Chyrellos con los ejércitos combinados de Occidente.

— Excepto el de Elenia — insistió Falquián —. Mi reina está sentada en Cimmura sin más protección que un par de ladrones.

— No pretendo ofenderos, sir Falquián — declaró Darellon —, pero en estos momentos ésta es una cuestión crucial.

— No estoy tan seguro, Darellon — se mostró en desacuerdo Vanion —. Annias necesita desesperadamente dinero ahora y por ello debe tener acceso al tesoro de Elenia... no sólo para sobornar a esos nueve, sino para mantener los votos con los que ya cuenta. Bastarían unas pocas deserciones para dejar el trono fuera de su alcance. La protección de Ehlana... y de su tesoro... es incluso más vital ahora que antes.

— Tal vez tengáis razón, Vanion — concedió Darellon —. No había pensado en eso.

— De acuerdo pues — prosiguió con su análisis Vanion —, cuando Wargun llegue a Chyrellos con su ejército, se transformará el equilibrio de fuerzas. El poder de Annias sobre sus adeptos es ya bastante tenue actualmente y, por mi parte, opino que en muchos casos se basa en gran medida en el hecho de que sus soldados controlen las calles. En cuanto eso cambie, preveo la rápida disolución de una parte de su apoyo. Por lo tanto considero, caballeros, que nuestro objetivo es llegar a Chyrellos antes de que fallezca Clovunus, enviar ese mensaje a Wargun y después tomar bajo nuestra custodia a los patriarcas que permanecen ocultos de manera que puedan volver a la basílica para participar en las votaciones. — Dirigió la mirada a Talen —. ¿Cuántos votos necesitamos..., cuál es el mínimo absoluto necesario para impedir que Annias salga vencedor?

— Si consigue hacerse con el apoyo de esos nueve, dispondrá de setenta y cuatro votos, mi señor. Si nosotros localizamos a seis de los que están escondidos, el número total de patriarcas que voten sera ciento veinticinco. El sesenta por ciento de ellos es setenta y cinco, con lo cual no

ganará.

— Muy bien, Talen — aprobó Vanion —. De acuerdo pues, caballejos. Vamos a Chyrellos, registramos toda la ciudad y encontramos a los seis patriarcas que están dispuestos a votar contra Annias. Nombramos a alguien, a cualquiera, que se presente como candidato a la elección y sometemos continuamente a votación diversos asuntos hasta que llegue Wargun.

— De todas formas, no es lo mismo que ganar, Vanion — refunfuño Komier.

— Es lo que más se le parece — adujo Vanion.

Falquián tuvo el sueño inquieto esa noche. La oscuridad parecía henchida de vagos gritos y gemidos y de una sensación de terror impreciso. Finalmente se levantó de la cama, se puso un hábito de monje y salió en busca de Sephrenia.

Como casi esperaba, la encontró sentada en la entrada de su tienda con una taza de té en las manos.

— ¿Es que no dormís nunca? — le preguntó con cierta irritación.

— Vuestros sueños me mantienen despierta, querido.

— ¿Sabéis lo que estoy soñando? — inquirió, estupefacto.

— Desconozco los detalles, pero sé que hay algo que os trastorna.

— He vuelto a ver la sombra cuando he enseñado el Bhelliom a los preceptores.

— ¿Es eso lo que os preocupa?

— En parte. Alguien me disparó con una ballesta cuando venía con Ulath y Kalten del convento donde está recluida Arissa.

— Pero eso ha sido antes de que sacarais el Bhelliom de la bolsa. Después de todo, quizá los incidentes no tienen ninguna clase de conexión.

— Tal vez la sombra los reserve... o tal vez ésta pueda prever que se producirán en el futuro. Quizá la sombra no necesite que yo toque el Bhelliom para poder mandar a alguien a matarme.

— ¿Participan normalmente tantos «quizás» y «tal vez» en la lógica elenia?

— No, y eso es lo que me inquieta, aunque no tanto como para hacerme descartar las hipótesis. Hace ya un tiempo que Azash viene enviando cosas para acabar conmigo, pequeña madre, y todas tenían algún atributo sobrenatural. Es evidente que esa sombra de la que capto constantemente una vislumbre no es natural, o de lo contrario vos la habríais visto.

— Supongo que es cierto.

— Entonces sería un tanto estúpido que bajara la guardia simplemente porque no puedo demostrar que Azash mandó la sombra, ¿no creéis?

— Es probable que así sea.

— Aun cuando no pueda probarlo realmente, sé que existe algún tipo de relación entre el Bhelliom y ese parpadeo que percibo de reojo. Ignoro cuál es la conexión y tal vez por eso tenemos la impresión de que algunos incidentes aislados no se ajustan a ninguna racionalización. Para curarme en salud, no obstante, voy a dar por sentado lo peor: que la sombra pertenece a Azash y está siguiendo al Bhelliom y enviando humanos para matarme.

— Eso parece juicioso.

— Me alegra que lo aprobéis.

— Ya habíais tomado una decisión al respecto, Falquián — observó —. ¿Por qué habéis venido a verme entonces?

— Necesitaba que me escucharais mientras hilaba con palabras los argumentos.

— Comprendo.

— Además, me complace vuestra compañía.

— Sois muy buen chico, Falquián — le dijo, sonriendo con ternura —. Ahora decidme, ¿por qué no me explicáis el motivo de que estéis ocultándole a Vanion este último atentado de que habéis sido objeto?

—Veo que no cuento con vuestro beneplácito en esto — advirtió, suspirando.

—No, ciertamente no.

— No quiero que me coloque en medio de la columna rodeado por caballeros armados con los escudos en alto. Debo hallarme en condición de ver lo que se me avecina, Sephrenia. De lo contrario, comenzaré a arrancarme la piel a tiras.

— Oh, querido — suspiró.

Faran estaba de un humor de perros. Un día y medio de casi continuada marcha extenuante habían provocado un empeoramiento de su ya desabrida disposición natural. A unas quince leguas de Chyrellos, los preceptores detuvieron a la comitiva y ordenaron desmontar y caminar un rato para descansar las cabalgaduras. Faran intentó morder tres veces a Falquián mientras el alto caballero bajaba de la silla, en una tentativa que obedecía más a una indicación de desaprobación que a una intención real de herir o mutilar, ya que el ruano había descubierto hacía mucho que mordiendo a su amo cuando éste iba revestido de armadura sólo conseguía dolor de dientes. Cuando el voluminoso caballo efectuó un ligero giro y propinó una fuerte patada a Falquián en la cadera, empero, éste decidió que había llegado el momento de tomar medidas. Con la ayuda de Kalten, se puso en pie, se levantó la visera y, con las manos en las riendas, se situó a la altura de su fea montura para mirarla cara a cara.

— ¡Basta! — espetó.

Faran le devolvió una mirada cargada de odio. Falquián se movió rápidamente y, agarrando la oreja izquierda del ruano con la mano acorazada con el guantelete, se la retorció sin piedad.

Faran hizo rechinar los dientes y de sus ojos brotaron lágrimas.

— ¿Nos entendemos? — preguntó con voz rasposa Falquián.

Faran le dio una patada en la rodilla con uno de los cascos delanteros.

— Como quieras, Faran — le dijo Falquián —. Pero vas a estar ridículo sin esa oreja. — Se la retorció con más fuerza hasta que el caballo chilló de dolor a regañadientes.

— Es siempre agradable charlar contigo, Faran — bromeó Falquián, soltándole la oreja. Después le alisó el pelo bañado en sudor del cuello —. Viejo mentecato — le dijo con ternura —. ¿Estás bien?

Faran meneó las orejas — la derecha, en todo caso — haciendo ostentativo alarde de indiferencia.

— Es realmente necesario, Faran — explicó Falquián —. No te estoy forzando tanto por puro placer. Será por poco trecho. ¿Puedo fiarme de ti ahora?

Faran suspiró y rascó el suelo con una pezuña.

— Bien — zanjó Falquián —. Caminemos un rato.

— Es en verdad extraño — comentó el preceptor Abriel a Vanion —. Nunca había visto a un caballo y un hombre tan estrechamente compenetrados.

— Forma parte de la ventaja que tiene Falquián, amigo mío — le confió Vanion —. Él ya es temible por sí mismo, pero, cuando se coloca encima de ese caballo, se convierte en un desastre natural.

Anduvieron poco más de un kilómetro y luego volvieron a montar y siguieron cabalgando entre la luz solar de la tarde en dirección a la Ciudad Sagrada. Era cerca de medianoche cuando cruzaron el ancho puente que mediaba entre las orillas del río Arruk y se encaminaron a una de las puertas occidentales de Chyrellos, la cual estaba, por supuesto, guardada por soldados eclesiásticos.

— No puedo concederos entrada hasta la salida del sol, mis señores — denegó con firmeza el capitán que se hallaba al mando del destacamento —. Por orden de la jerarquía, nadie que vaya armado puede entrar en Chyrellos durante las horas de oscuridad. El preceptor Komier alargó la mano hacia su hacha.

— Un momento, amigo mío — lo previno amablemente el preceptor Abriel —. Creo que existe una manera de resolver esta dificultad sin recurrir a la violencia. Capitán — interpeló al soldado de roja túnica.

— ¿Sí, mi señor? — La voz del militar era insultantemente presuntuosa. — Esta orden que habéis mencionado, ¿afecta a los miembros de la propia jerarquía?

— ¿Mi señor? — El capitán parecía confundido.

— Es una pregunta muy simple, capitán, que os bastará responder con un sí o un no. ¿Afecta la orden a los patriarcas de la Iglesia?

— Nadie puede poner impedimentos a un patriarca de la Iglesia, mi señor — repuso, algo indeciso, el capitán.

— Su Ilustrísima —lo corrigió Abriel.

El capitán pestañeó sin comprender.

— La forma correcta de tratamiento cuando se habla con un patriarca es «Su Ilustrísima», capitán. Según la ley eclesiástica, mis tres compañeros y yo somos, de hecho, patriarcas de la Iglesia. Poned a vuestros hombres en formación, capitán. Vamos a pasar revista.

El capitán titubeó.

— Hablo en nombre de la Iglesia, teniente — señaló Abriel —. ¿Vais a desafiar su voluntad?

— Eh... yo soy capitán, Su Ilustrísima — murmuró el hombre.

— Erais un capitán, teniente, pero ya no lo sois. Y ahora, ¿os gustaría rebajaros a sargento? En caso contrario, haréis al instante lo que os he dicho.

— Enseguida, Su Ilustrísima — respondió, tembloroso, el hombre —. ¡Eh, vosotros! — gritó —. ¡Todos! ¡Colocaos en formación para inspección! El aspecto que ofreció el destacamento en la puerta fue, en palabras del preceptor — ¿deberíamos decir en vez de ello «patriarca»? —, lamentable. Tras distribuir generosamente reprimendas con selecto vocabulario mordaz, la columna se adentró en la Ciudad Sagrada sin hallar mayor impedimento. No hubo risas, ni siquiera sonrisas, hasta que se encontraron a buena distancia de las puertas. La disciplina de los caballeros de la Iglesia es objeto de admiración en todo el mundo conocido.

A pesar de lo tardío de la hora, las calles de Chyrellos estaban densamente patrulladas por soldados eclesiásticos, cuya lealtad, Falquián lo sabía bien, era pura cuestión de compraventa. Debido a su supremacía numérica en la Ciudad Sagrada, aquellos hombres, que en la mayoría de los casos servían únicamente a cambio de la paga, se habían habituado a comportarse con cierta arrogante rudeza. Aun así, la aparición de cuatrocientos caballeros de la Iglesia vestidos con armadura a la ominosa hora de medianoche engendró en ellos lo que Falquián interpretó como una oportuna humildad... al menos entre los soldados rasos. Los oficiales tardaron un poco más en hacerse cargo de la situación, como, por otra parte, siempre sucede. Un desagradable joven trató de cerrarles el paso, conminándolos a presentar documentos. Como el engreído individuo había omitido mirar a sus espaldas, no se había percatado del hecho de que sus tropas se habían retirado discretamente y continuó expresando perentorias órdenes con voz chillona, exigiendo esto e insistiendo en lo de más allá hasta que Falquián aflojó las riendas de Faran y arremetió contra él a paso vivo. Faran puso especial énfasis en patear insistentemente con sus cascos herrados de acero varios puntos sensibles del cuerpo del oficial.

— ¿Te sientes mejor ahora? — preguntó Falquián a su caballo.

Faran emitió un relincho lleno de maldad.

— Kalten — indicó Vanion —, pongámonos manos a la obra. Dividid la columna en grupos de diez. Dispersaros por la ciudad y haced circular el ofrecimiento de protección de los caballeros de la Iglesia a todo patriarca que desee ir a la basílica para participar en las votaciones.

— Sí, mi señor Vanion — aceptó Kalten —. Voy a despertar a la Ciudad Sagrada. Estoy seguro de que todos están esperando con ansias la noticia que les traigo.

— Creéis que hay esperanzas de que algún día alcance la madurez? — dijo Falquián.

— Yo diría que no — respondió quedamente Vanion —. Por más viejos que nos hagamos los demás, siempre tendremos a un eterno chiquillo entre nosotros, lo cual no deja de ser reconfortante.

Seguidos por Falquián, sus amigos y un destacamento de veinte hombres capitaneado por sir Perraine, los preceptores prosiguieron su camino por la amplia avenida.

La modesta casa de Dolmant estaba custodiada por un pelotón de soldados, cuyo oficial reconoció Falquián como uno de los leales al patriarca de Demos.

— ¡Loado sea Dios! — exclamó el joven cuando los caballeros refrenaron las monturas justo delante de la puerta de Dolmant.

— Nos encontrábamos en la zona y hemos pensado que podríamos pararnos para hacer una visita de cortesía — declaró Vanion con una seca sonrisa —. Confío en que Su Ilustrísima esté perfectamente.

— Estará mejor ahora que vos y vuestros amigos estáis aquí, mi señor. Ha habido un poco de tensión aquí en Chyrellos.

— Me lo imagino. ¿Está Su Ilustrísima aún despierto?

— Se encuentra reunido con Emban, el patriarca de Usara. ¿Tal vez lo conocéis, mi señor?

—¿Un tipo rechoncho, bastante jovial?

— El mismo, mi señor. Anunciaré a Su Ilustrísima vuestra llegada. Dolmant, patriarca de Demos, estaba tan delgado y severo como siempre, pero su ascético rostro se iluminó con una amplia sonrisa cuando los caballeros de la Iglesia entraron en tropel en su estudio.

— Habéis viajado deprisa, caballeros — les dijo —. Seguro que todos conocéis a Emban. — Señaló a su corpulento colega.

— Vuestro estudio está empezando a parecer una fundición, Dolmant — bromeó Emban, que definitivamente estaba más que «rechoncho», mirando en derredor a los caballeros revestidos de armadura —. Hace años que no veo tanto acero junto.

— Es reconfortante, sin embargo — advirtió Dolmant.

— Oh, vaya que sí.

— ¿Cómo están las cosas en Cimmura, Vanion? — preguntó, interesado, Dolmant.

— Me complace informaros que la reina Ehlana se ha recuperado y ahora retiene firmemente el gobierno en sus manos — repuso Vanion.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Emban —. Me parece que Annias acaba de entrar en bancarrota.

— ¿Conseguisteis encontrar el Bhelliom, pues? — preguntó Dolmant a Falquián.

Falquián asintió con la cabeza.

— ¿Queréis verlo, Su Ilustrísima? — ofreció.

— Creo que no, Falquián. Se supone que yo no debería admitir su poder, pero he oído algunas historias. Aunque son sin duda supersticiones folclóricas, mejor es no prestarse a albures.

Falquián exhaló para sus adentros un suspiro de alivio. No le apetecía otro encuentro con aquella movediza sombra ni la perspectiva de pasar varios días con la desagradable sensación de que alguien podía estar apuntándole con una ballesta.

— Es raro que a Annias no le haya llegado todavía la noticia de la recuperación de la reina — observó Dolmant —. Al menos él no ha mostrado hasta el momento señales de contrariedad.

— Me sorprendería mucho que ya estuviera enterado, Su Ilustrísima — comentó con voz cavernosa Komier —. Vanion cerró la ciudad para mantener a los cimmuranos en sus hogares. Según tengo entendido, la gente que trata de salir es firmemente disuadida de su intento.

— ¿No habréis dejado a vuestros pandion allí, Vanion?

— No, Su Ilustrísima. Hemos encontrado apoyo en otro lado. ¿Cómo está el archiprelado?

— Moribundo — respondió Emban —. Claro está que lleva varios años agonizando, pero esta vez es algo más serio.

— ¿Ha vuelto a desplazarse Otha, Su Ilustrísima? — inquirió Darellon.

— Todavía está acampado justo al otro lado de la frontera con Lamorkand. Está profiriendo toda suerte de amenazas y exigiendo la devolución de ese misterioso tesoro zemoquiano.

— No es tan misterioso, Dolmant — señaló Sephrenia —. Quiere el Bhelliom, y sabe que se halla en poder de Falquián.

— Seguro que alguien va a sugerir que Falquián se lo entregue con el propósito de evitar una invasión — dedujo Emban.

— Eso no ocurrirá nunca, Su Ilustrísima — afirmó la estiria —. Antes lo destruiremos.

— ¿Ha regresado alguno de los patriarcas que se ocultaban? — inquirió el preceptor Abriel.

—Ni uno — contestó con un bufido Emban —. Seguramente se hallan en las más profundas concavidades que han sabido encontrar. Dos de ellos sufrieron fatales accidentes hace un par de días, y el resto se sumió bajo tierra.

—Tenemos caballeros recorriendo la ciudad en su busca — informó el preceptor Darellon —. Incluso el más tímido de los conejos podría recobrar cierto grado de coraje si estuviera protegido por los caballeros de la Iglesia.

— ¡Darellon! — dijo Dolmant con tono reprobador.

— Disculpad, Su Ilustrísima — se excusó negligentemente Darellon.

— ¿Modificará eso los cálculos? — preguntó Komier a Talen —. Los dos que han muerto, me refiero.

— No, mi señor — repuso Talen —. No los contábamos de todas formas. Dolmant puso cara de estupor.

— El chico es muy bueno en matemáticas — explicó Komier —. Puede calcular mentalmente con mayor rapidez que lo hago yo con el lápiz.

— En ocasiones me asombras, Talen — reconoció Dolmant —. ¿Podría tal vez suscitar tu interés por una carrera eclesiástica?

— ¿Para llevar las cuentas de las contribuciones de los fieles, Su Ilustrísima? — preguntó con entusiasmo el muchacho.

— Ah... no, me parece que no, Talen.

— Se han modificado los votos, Su Ilustrísima? —quiso saber Abriel.

— Annias sigue disponiendo de la mayoría simple — respondió Dolmant sacudiendo la cabeza —. Puede imponerse en cualquier asunto no sea una cuestión fundamental. Sus aduladores convocan votaciones sobre cualquier tema que se les ocurra. En primer lugar, quiere mantener un recuento constante, y la votación nos retiene a todos encerrados en la sala de audiencias.

— Los números están a punto de cambiar, Su Ilustrísima — aseguró Komier —. Mis amigos y yo hemos decidido participar esta vez.

— Esto sí que es insólito! — exclamó el patriarca Emban —. Los preceptores de las órdenes militantes llevan doscientos años sin intervenir en una votación de la jerarquía.

— Todavía somos aceptados de buen grado, ¿no es así, Su Ilustrísima?

— Por lo que a mí concierne, sí, Su Ilustrísima. Aunque quizás a Annias no le haga ninguna gracia.

—Es una lástima para él. ¿Cómo afecta esto a las cifras, Talen?

—Sólo ha aumentado de sesenta y nueve votos a setenta y uno y una fracción, mi señor Komier. Ése es el sesenta por ciento que Annias necesita para ganar.

—¿Y la mayoría simple?

—Sigue conservándola. Únicamente precisa sesenta y uno.

—No creo que ninguno de los patriarcas neutrales se pasen a su bando en una cuestión esencial hasta que él les haga la oferta que esperan — opinó Dolmant —. Lo más probable es que se abstengan, y entonces Annias necesitará... — frunció el entrecejo, absorto.

— Sesenta y seis votos, Su Ilustrísima — salió en su ayuda Talen —. Le falta un voto.

— Un chico encantador — murmuró Dolmant —. Nuestro mejor plan de acción será pues hacer que toda votación tenga carácter fundamental..., incluso una que decida si se encienden más velas.

— ¿Cómo se consigue eso? — inquirió Komier —. Estoy un poco anquilosado en el proceder de estas cuestiones.

— Uno de nosotros se pone en pie y dice «fundamento» — explicó Dolmant con una tenue sonrisa.

— ¿No nos van a denegar simplemente tal petición?

— Oh, no, mi querido Komier — lo tranquilizó, riendo entre dientes, Emban —. La votación que dirime si una cuestión es asunto de fundamento o no, es en sí misma un asunto fundamental. Me parece que lo hemos atrapado, Dolmant. Ese voto que no tiene le impedirá el acceso al trono del

archiprelado.

— A menos que pueda hacerse con más dinero — advirtió Dolmant — o que se produzca por azar la muerte de más patriarcas. ¿A cuántos de nosotros tiene que matar para poder ganar, Talen?

—Todos vosotros podríais ayudarlo un poco. — Talen esbozó una mueca

—Vigila tus modales —vociferó Berit.

— Perdonad — se disculpó Talen —. Supongo que debería haber añadido «Su Ilustrísima». Annias necesita reducir el número total de votantes como mínimo en dos para poder disponer del sesenta por ciento necesario, Su Ilustrísima.

— En ese caso deberemos asignar caballeros para que protejan a los patriarcas leales — reflexionó Abriel —, y eso reducirá el número de los que patrullan la ciudad tratando de localizar a los miembros que faltan. Esto comienza a depender de la toma de control de las calles. Necesitamos desesperadamente a Wargun.

Emban lo miró, desconcertado.

— Es algo que ideamos en Demos, Su Ilustrísima — explicó Abriel —. Annias está intimidando a los patriarcas gracias a que Chyrellos está repleto de soldados eclesiásticos. Si un patriarca, ya seáis vos o el patriarca Dolmant, declara una crisis de religión y ordena a Wargun que suspenda las operaciones en Arcium y traiga sus ejércitos aquí a Chyrellos, la situación cambia drásticamente y la intimidación se inclina del otro lado.

— Abriel — señaló Dolmant con voz dolorida —, no elegimos un archiprelado valiéndonos de la intimidación.

— Vivimos en un mundo real, Su Ilustrísima — replicó Abriel — Dado que fue Annias quien decidió las reglas de este juego, no nos queda más remedio que jugar a su manera..., a menos que uno tenga por casualidad otro juego de dados.

— Además — agregó Talen —, eso nos proporcionaría como mínimo un voto más.

— ¿Ah, sí? — se extrañó Dolmant.

— El patriarca Bergsten está con el ejército de Wargun y probablemente podríamos convencerlo para que votara.

— ¿Por qué no nos colocamos en círculo y redactamos una carta dirigida al rey de Thalesia, Dolmant? — propuso, sonriente, Emban.

— Yo mismo iba a sugerirlo, Emban. Y tal vez deberíamos olvidar hablar de ello a nadie más. La orden contradictoria de algún otro patriarca podría confundir a Wargun y lo cierto es que, tal como está, ya padece bastante confusión.

Capítulo ocho

Falquián tuvo un sueño desasosegado, pese al cansancio. Tenía la mente poblada de números. Sesenta y nueve se transformaba en setenta y uno, después en ochenta, y de nuevo volvía la cuenta atrás, en un marco presidido por la ominosa presencia de los nueve y los diecisiete, que no quince. Comenzó a perder la noción del significado de tales cifras, que pasaron a ser meros números que formaban amenazadoramente frente a él, revestidos de armadura y blandiendo armas con las manos. Y, como solía ocurrir casi siempre cuando dormía ahora, la sombría forma le atormentaba el sueño, sin hacer nada, limitándose a observar... y esperar.

Falquián carecía de temperamento para la política. En su mente eran demasiadas las cosas que se reducían al esquema de un campo de batalla, en el cual la superioridad de fuerza y entrenamiento físico y la bravura individual eran atributos indispensables. En cuestiones políticas, por el contrario, el más frágil se equiparaba al valeroso y una trémula mano aquejada de parálisis que se alzara para votar tenía un poder igual al de un puño acorazado con malla. Su instinto le decía que la solución al problema residía en la vaina de su espada, pero el asesinato del primado de Cimmura abriría una escisión en los reinos de Occidente en un momento en que Otha permanecía en pie de guerra en las marcas orientales.

Al cabo renunció a dormir y salió silenciosamente de la cama para no despertar a Kalten. Se vistió con la suave túnica monacal y recorrió los oscuros corredores en dirección al estudio de Dolmant.

Sephrenia se hallaba allí, sentada frente a una pequeña hoguera que crepitaba en el hogar, con su taza de té en las manos y los ojos sumidos en un aire de misterio.

— Estáis inquieto, ¿verdad, Falquián? — le dijo en voz baja.

— ¿No lo estáis vos? — Con un suspiro, el caballero se dejó caer en una silla y extendió sus largas piernas ante él —. No somos personas indicadas para esto, pequeña madre — señaló melancólicamente —, ninguno de los dos. Yo no soy del tipo de individuos capaces de entusiasmarse y alborozarse por el cambio de un número, y no estoy del todo seguro de que vos comprendáis siquiera qué significan los números. Dado que los estirios no leéis, ¿puede alguno de vosotros captar realmente la noción de un número que supere la suma de los dedos de las manos y los pies?

— ¿Pretendéis mostraros insultante, Falquián?

— No, pequeña madre, nunca haría tal cosa..., no a vos. Disculpad. Tengo un humor agrio esta mañana. Estoy peleando en una clase de guerra que no entiendo. ¿Por qué no componemos una especie de plegaria y pedimos a Aphrael que modifique las decisiones de ciertos miembros de la jerarquía? Ésa sería una solución agradable y simple que sin duda evitaría un gran derramamiento

de sangre.

— Aphrael no haría eso, Falquián.

— Me temía que ibais a contestarme así. Ello nos deja la detestable alternativa de participar en un juego que no es el nuestro. No me molestaría tanto... si comprendiera un poco mejor las reglas. Francamente, preferiría con mucho espadas y mares de sangre. — Hizo una pausa —. Adelante, decidlo, Sephrenia.

— ¿Decir qué?

— Suspirad y alzad los ojos al cielo y exclamad «elenios» en vuestro más exasperado tono de voz.

— Esto está fuera de lugar, Falquián — señaló, con mirada dura, la mujer.

— Sólo estaba bromeando. — Sonrió —. Podemos chancearnos de quienes amamos sin ofenderlos, ¿no es cierto?

El patriarca Dolmant entró sin hacer ruido, con expresión turbada.

— ¿Nadie duerme esta noche? — preguntó.

— Tenemos un largo día por delante, Su Ilustrísima — respondió Falquián —. ¿Es ése el motivo por el que vos también os habéis levantado?

Dolmant negó con la cabeza.

— Uno de mis criados se ha puesto enfermo — explico —, un cocinero. Ignoro por qué han venido a llamarme sus compañeros. Yo no soy medico.

— Me parece que a eso se lo llama confianza. — Sephrenia esbozó una risa — Se supone que vos mantenéis un contacto especial con el Dios elenio. ¿Cómo está el pobre hombre..., el cocinero, quiero decir?

— Se trata, al parecer, de algo serio. He mandado llamar a un médico. No es un gran cocinero, pero sentiría que muriera. Pero ahora, decidme: ¿qué pasó realmente en Cimmura, Falquián?

Falquián realizó una rápida exposición de lo sucedido en la sala del trono y de lo esencial de las revelaciones de Lycheas.

— ¿Otha? — exclamó Dolmant —. ¿En verdad llegó a ese extremo Annias?

— No podemos demostrarlo, Su Ilustrísima — advirtió Falquián —, No obstante, en determinado momento podría ser útil dejar caer esa información en presencia de Annias. Es posible que lo perturbara un tanto. Volviendo a nuestro tema, siguiendo las órdenes de Ehlana, hemos confinado a Lycheas y Arissa en ese monasterio cercano a Demos, y llevo conmigo una buena cantidad de órdenes de captura con objeto de arrestar a diversos individuos con el cargo de alta traición. El nombre de Annias figura de forma preeminente en una de ellas. — Guardó silencio un momento —. Es sólo una idea — declaró —. Podríamos ir con el grueso de los caballeros a la basílica, detener a Annias y llevarlo encadenado a Cimmura. Ehlana hablaba muy seriamente de horcas y decapitaciones cuando nos marchamos.

— No podéis sacar a Annias de la basílica, Falquián — observó Dolmant —. Es una iglesia, y las iglesias son refugios para toda clase de delitos civiles.

— Una lástima — murmuró Falquián —. ¿Quién se encuentra a la cabeza de los partidarios de Annias en la basílica?

— Makova, patriarca de Coombe. Lleva un año desempeñando un papel relevante. Makova es un burro, totalmente venal, pero es un experto en ley eclesiástica y conoce cientos de tecnicismos y escapatorias.

— ¿Asiste Annias a las reuniones?

— La mayoría de las veces, sí. Se complace manteniendo un escrutinio constante de los votos. El tiempo libre lo dedica a hacer ofertas a los patriarcas neutrales. Esos nueve hombres son muy astutos y nunca aceptan clara y abiertamente sus ofrecimientos, sino que le responden con sus votos. ¿Os gustaría mirar cómo jugamos, pequeña madre? — inquirió Dolmant con tenue ironía.

— Gracias de todas formas — declinó la estiria —, pero hay un buen numero de elenios firmemente convencidos de que si un estirio entrara en la basílica, la cúpula se vendría abajo. Como

no disfruto con las injurias, preferiría quedarme aquí.

— ¿Cuándo suelen iniciarse las sesiones? — preguntó Falquián al patriarca.

—Varía la hora — repuso Dolmant —. Makova ocupa la presidencia, lo cual fue producto de un simple voto por mayoría, y ha estado aprovechándose de su autoridad. Convoca sesiones según su antojo, y los mensajeros encargados de entregar las citaciones parecen, por lo visto, extraviarse cuando van a avisar a quienes nos oponemos a Annias. Creo que Makova hizo la jugarreta de intentar colar un voto fundamental mientras el resto de nosotros estábamos todavía en la cama.

—¿Y qué ocurre si convoca una votación en plena noche, Dolmant?

—No puede hacerlo — explicó Dolmant —. En la antigüedad, algún patriarca que no tenía nada mejor que hacer codificó las reglas que regulan los encuentros de la jerarquía. La historia confirma que era un pesado charlatán obsesionado por los detalles insignificantes. Él fue el responsable de la absurda norma que exige los cien votos o el sesenta por ciento en asuntos fundamentales. El fue también, probablemente por puro capricho, quien estableció la ley según la cual la jerarquía sólo podía deliberar durante las horas de luz del día. Muchas de sus reglas son estúpidas frivolidades, pero como quiera que se pasó seis semanas hablando sin parar, al fin sus hermanos votaron aceptándolas simplemente para hacerlo callar. — Dolmant se tocó reflexivamente la mejilla —. Cuando haya acabado todo esto, tal vez proponga a ese asno como santo, ya que esas quisquillosas y ridículas normas suyas son tal vez lo único que en la actualidad está manteniendo el trono fuera del alcance de Annias. Sea como fuere, todos hemos adoptado la costumbre de estar allí al alba, sencillamente para no correr riesgos. En realidad se trata de un pequeño desquite. Makova no tiene el hábito de madrugar, pero durante las últimas semanas viene saludando la salida del sol con nosotros, puesto que, si está ausente, podemos elegir a un nuevo presidente y proseguir sin él, con lo cual podrían producirse toda suerte de votaciones que no serían de su conveniencia.

— ¿No podría anularlas? — preguntó Sephrenia.

— Un voto para anular es una cuestión fundamental — repuso Dolmant, con una sonrisa desprovista de alegría —, y él no dispone de los votos suficientes.

Alguien llamó respetuosamente a la puerta. Dolmant abrió la puerta, y un criado habló un momento con él.

— Ese cocinero acaba de morir — anunció Dolmant a Falquián y Sephrenia, con aire algo desconcertado —. Aguardad aquí unos minutos. El médico quiere verme.

— Qué extraño — murmuró Falquián.

— La gente también muere por causas naturales, Falquián — observó Sephrenia.

— No en mi profesión..., al menos, no con frecuencia.

— Quizás era viejo.

Dolmant regresó con el rostro extremadamente pálido.

— ¡Lo han envenenado! — exclamó.

— ¿Cómo? — inquirió Falquián.

— Ese cocinero mío ha sido envenenado, y el médico afirma que el veneno estaba en las gachas de avena que estaba preparando para el desayuno. Esas gachas habrían podido matar a todos los que se hospedan en esta casa.

— Tal vez queráis volver a plantearos la noción de arrestar a Annias, Su Ilustrísima — apuntó con torvo ceño Falquián.

— No iréis a creer... — Dolmant calló de repente, con los ojos desorbitados.

— Ya ha intervenido en el envenenamiento de Aldreas y Ehlana, Su Ilustrísima — le recordó Falquián —, Dudo que le entraran grandes remordimientos por la muerte de algunos patriarcas y un puñado de caballeros de la Iglesia.

— ¡Ese hombre es un monstruo! — Después Dolmant profirió una sarta de juramentos, todos más propios de un cuartel que de un seminario teológico.

— Será mejor que digáis a Emban que haga correr la noticia de lo sucedido entre los patriarcas que nos son leales, Dolmant — aconsejó Sephrenia —. Por lo visto, cabe la posibilidad de que

Annias nos sorprenda con el descubrimiento de una manera más barata de ganar las elecciones.

— Yo iré a despertar a los otros — se ofreció Falquián, poniéndose en pie —. Quiero contarles eso, y se tarda un buen rato en ponerse la armadura al completo.

Todavía estaba oscuro cuando partieron en dirección a la basílica acompañados de quince caballeros de cada una de las cuatro órdenes. Previamente habían decidido que sesenta caballeros de la Iglesia constituían una fuerza a la que pocos osarían enfrentarse.

El cielo comenzaba a mostrar por levante las primeras pálidas manchas de luz del día cuando llegaron a la iglesia de enorme cúpula situada en el preciso centro de la Ciudad Sagrada, desde el cual difundía el pensamiento y el espíritu que le eran propios. La entrada realizada la pasada noche en la ciudad por la columna de pandion, cirínicos, genidios y alciones no había pasado inadvertida, y prueba de ello eran los ciento cincuenta soldados de roja túnica que guardaban el portal de bronce que conducía al vasto patio de la basílica, capitaneados por el mismo individuo que, siguiendo órdenes de Makova, había intentado impedir la salida de Falquián y sus compañeros del castillo pandion cuando se disponían a viajar a Borrata.

— ¡Alto! — ordenó con tono imperioso, casi insultante.

— ¿Osaríais tratar de denegar entrada a los patriarcas de la Iglesia, capitán? — preguntó el preceptor Abriel con voz tranquila —. ¿Sabiendo que con ello ponéis en peligro vuestra alma?

— Y su cuello también — musitó Ulath a Tynian.

— El patriarca Dolmant y el patriarca Emban pueden entrar libremente, mi señor — declaró el capitán —. Ningún hijo legítimo de la Iglesia podría impedirles la entrada.

— ¿Pero qué hay de estos otros patriarcas, capitán? — le preguntó Dolmant.

— Yo no veo más patriarcas, Su Ilustrísima — respondió el capitán con tono rayano en lo afrentoso.

— No estáis mirando, capitán — le hizo ver Emban —. Por ley eclesiástica, los preceptores de las órdenes militantes son también patriarcas. Haceos a un lado y dejadnos paso.

— Yo no he oído hablar de tal ley.

— ¿Estáis llamándome embustero, capitán? — El semblante de Emban, alegre de costumbre, había adoptado la dureza del hierro.

— Oh... de veras que no, Su Ilustrísima. ¿Puedo consultar con mis superiores acerca de esta cuestión?

— No podéis. Apartaos.

— Agradezco a Su Ilustrísima que me haya sacado de mi error — se enredó en excusas el capitán, con el rostro reluciente de sudor —. No sabía que los preceptores disfrutaran también de rango eclesiástico. Todos los patriarcas pueden entrar. El resto, me temo, deberá esperar afuera.

— Más le vale temer si pretende hacer cumplir esa exigencia — comentó, haciendo rechinar los dientes, Ulath.

— Capitán — dijo el preceptor Komier —, todos los patriarcas tienen derecho a disponer de cierto número de personal administrativo, ¿no es así?

— En efecto, mi señor... eh, Su Ilustrísima.

— Estos caballeros son nuestro personal. Secretarios y cargos semejantes, ya me entendéis. Si les negáis la entrada a ellos, espero ver salir dentro de cinco minutos de la basílica una larga hilera de subalternos eclesiásticos de negra sotana de los otros patriarcas.

— No puedo hacer eso, Su Ilustrísima — insistió con obstinación el capitán.

— ¡Ulath! — vociferó Komier.

— Si me permitís, Su Ilustrísima — se interpuso Bevier quien, según advirtió Falquián, asía relajadamente su hacha con la mano derecha —. El capitán y yo ya nos conocemos. Tal vez yo pueda hacerlo entrar en razón. — El joven caballero cirínico adelantó el caballo —. Aun cuando nuestras relaciones no hayan sido nunca cordiales — dijo —, os suplico que no arriesguéis vuestra alma desafiando a nuestra Santa Madre, la Iglesia. Teniendo esto presente, ¿os haréis de buen grado a un lado tal como la Iglesia os ha ordenado hacer?

— No lo haré, caballero.

Bevier suspiró con pesar y, con un movimiento de balanceo casi negligente de su temible hacha, hizo saltar por los aires la cabeza del capitán. Falquián ya había notado que Bevier se comportaba así en ocasiones. En cuanto tenía la certeza de hallarse sobre firme terreno teológico, el joven arciano solía decidirse por emplear asombrosos métodos expeditivos. En esos instantes, su rostro aparecía sereno y apacible mientras observaba el cuerpo decapitado del capitán que se mantuvo rígido y quieto por espacio de unos segundos; luego suspiró y el cadáver se vino abajo.

Los soldados eclesiásticos se quedaron boquiabiertos y se pusieron a gritar presas de horror y alarma al tiempo que retrocedían empuñando las armas.

— Asunto concluido — dio por zanjada la cuestión Tynian —. Allá vamos. — Se llevó la mano a la espada.

— Queridos amigos — se dirigió Bevier a los soldados con voz suave pero imponente —, acabáis de ser testigos de un incidente verdaderamente lamentable. Un soldado de la Iglesia ha desafiado por propia voluntad el dictado legal de nuestra Madre. Unámonos ahora para ofrecer una ferviente plegaria para que el misericordioso Dios tenga a bien perdonar su horrible pecado. Arrodillaos, queridos amigos, y rogad. — Bevier agitó su hacha ensangrentada, salpicando con ello a varios soldados.

Primero unos pocos, luego un nutrido grupo, y por último todos los soldados se postraron de rodillas.

— ¡Oh, Dios! — exhortó Bevier en oración —, os suplicamos que recibáis el alma de nuestro querido hermano recientemente fallecido y le otorguéis la absolución de su grave pecado. — Miró en derredor —. Continuad rezando, queridos amigos — indicó a los soldados arrodillados —. Rogad no sólo por vuestro antiguo capitán, sino también por vosotros mismos, para que el pecado, que siempre se vale de sinuosos y ladinos medios, no se infiltre en vuestros corazones como lo hizo en el suyo. Defended con vigor vuestra pureza y humildad, queridos amigos, para no compartir así el destino de vuestro capitán.

Después el caballero cirínico, revestido de bruñido acero y prístinas sobreveste y capa blancas, avanzó al paso con el caballo, abriéndose camino entre las hileras de soldados arrodillados, impartiendo bendiciones con una mano y asiendo el hacha con la otra.

— Os dije que era un buen chico — señaló Ulath a Tynian mientras la comitiva seguía al beatíficamente sonriente Bevier.

— Jamás lo puse en duda ni por un momento, amigo mío — replicó Tynian.

— Lord Abriel — inquirió el patriarca Dolmant mientras guiaba su montura entre los soldados postrados, muchos de los cuales estaban sollozando —, ¿habéis interrogado últimamente a sir Bevier sobre la verdadera sustancia de sus creencias? Puede que me equivoque, pero me parece advertir en él ciertas desviaciones de las genuinas enseñanzas de nuestra Santa Madre.

— Lo catequizaré de la forma más penetrante, Su Ilustrísima..., en cuanto tenga ocasión de hacerlo.

— No hay prisa, mi señor — observó benignamente Dolmant —. No creo que su alma se halle amenazada por un peligro inminente. No obstante, esa arma que lleva es realmente desagradable.

— Si Su Ilustrísima — convino Abriel —. Realmente lo es.

La noticia de la defunción del capitán se había propagado con gran rapidez. En las macizas puertas de la basílica no hubieron de enfrentarse a ninguna interferencia por parte de los soldados eclesiásticos. En realidad, no parecía haber soldados eclesiásticos por ninguna parte. Los pesadamente acorazados caballeros desmontaron, formaron en columna militar y siguieron a sus preceptores y los dos patriarcas hacia el interior de la vasta nave. Sonó un estrepitoso entrechocar de metal cuando el grupo se arrodilló por un breve instante ante el altar. Luego se levantaron y se adelantaron en un corredor iluminado con velas en dirección a las oficinas administrativas y la sala de audiencia del archiprelado.

Los hombres que montaban guardia en la puerta de la sala no eran soldados eclesiásticos, sino

miembros de la guardia personal del archiprelado, hombres totalmente incorruptibles que volcaban su fidelidad exclusivamente en el ejercicio de su cargo. También eran, empero, muy rigoristas en la aplicación de la ley de la Iglesia, en la cual debían de estar sin duda mucho mejor versados que muchos de los patriarcas que ocupaban asientos en la sala. Ellos reconocieron al instante la eminencia eclesiástica de los preceptores de las cuatro órdenes, aunque costó un poco más encontrar un motivo por el que el resto de la comitiva debiera ser admitido. Fue el patriarca de Emban, gordo, astuto y con un conocimiento casi enciclopédico de las leyes y costumbres de la Iglesia, quien señaló el hecho de que cualquier eclesiástico con adecuadas credenciales podía entrar libremente siempre que fuera invitado por un patriarca. Una vez que los guardias hubieron expresado su conformidad al respecto, Emban les hizo ver con gran amabilidad que los caballeros de la Iglesia eran de hecho clérigos, siendo como eran miembros de órdenes técnicamente monásticas. Los guardias rumiaron tal presupuesto, le otorgaron validez y abrieron ceremoniosamente las enormes puertas. Falquián advirtió un buen número de sonrisas mal disimuladas mientras él y sus amigos iban pasando en hilera. Aquellos hombres eran, por definición, incorruptibles y absolutamente neutrales, pero ello no impedía que tuvieran sus opiniones personales.

La sala de audiencia era tan grande como cualquier sala de trono secular. El trono en sí, voluminoso, recargado, construido en oro macizo y situado sobre un estrado elevado con cortinajes púrpura al fondo, se encontraba en un extremo de la estancia y a ambos lados, dispuestos en gradas, se hallaban los bancos de altos respaldos. Las cuatro primeras filas tenían cojines carmesí, lo cual indicaba que esos asientos estaban reservados para los patriarcas. Encima de dichos escaños y separados de ellos por cuerdas de terciopelo de la más viva tonalidad púrpura se elevaban los bancos de madera de las galerías para los espectadores. Delante del trono se alzaba un atril, frente al cual se encontraba el patriarca Makova de Coombe, Arcium, pronunciando con voz monótona un discurso cargado de ampulosidad eclesiástica. Makova, enjuto de cara, marcado por la viruela y manifiestamente adormilado, se volvió con irritación cuando las grandes puertas se abrieron, dando paso a la vasta sala a los patriarcas de Demos y Usara seguidos de los caballeros.

— Qué significa esto? — preguntó Makova en tono ofendido.

— Nada de extraordinario, Makova — respondió Emban —. Dolmant y yo estamos acompañando a algunos de nuestros hermanos patriarcas que se suman a nuestras deliberaciones.

— Yo no veo más patriarcas — espetó Makova.

— No seáis pesado, Makova. Todo el mundo sabe que los preceptores de las órdenes militantes tienen idéntico rango al nuestro y son, por lo tanto, miembros de la jerarquía.

Makova lanzó una rápida mirada al enclenque monje sentado a un lado de una mesa llena de altas pilas de gruesos libros y antiguos pergaminos.

— ¿Escuchará la asamblea el veredicto del especialista legal en lo concerniente a esta cuestión? — preguntó.

Se oyó un retumbar de asentimientos, aunque las expresiones de consternación en los rostros de unos cuantos patriarcas mostraban a las claras que ya conocían la respuesta. El canijo monje consultó varios voluminosos tomos y luego se puso en pie, se aclaró la garganta y habló con voz carrasposa.

— Su Ilustrísima, el patriarca de Usara ha citado correctamente la ley — manifestó —. Los preceptores de las órdenes militantes son, en efecto, miembros de la jerarquía y los nombres de los actuales poseedores de tales cargos han sido registrados, tal como corresponde, en las listas de este organismo. Los preceptores han declinado participar en las deliberaciones a lo largo de los dos últimos siglos, pero a pesar de ello ostentan el rango.

— La autoridad que ya no se ejerce deja de existir — arguyó Makova.

— Me temo que ello no es del todo cierto, Su Ilustrísima — se excusó el monje —. Existen muchos precedentes históricos de participación reanudada. En una ocasión, los patriarcas del reino de Arcium se negaron a asistir a las deliberaciones de la jerarquía por espacio de ochocientos años como consecuencia de una disputa que tenía por objeto las vestimentas apropiadas y...

— De acuerdo, de acuerdo — lo interrumpió Makova, malhumorado —, pero esos asesinos de armadura no tienen derecho a estar aquí.

— Asestó una furibunda mirada a los caballeros.

— De nuevo andáis errado, Makova — lo contradijo con aire satisfecho Emban —. Por definición, los caballeros de la Iglesia son miembros de órdenes religiosas. Sus votos no son menos vinculantes y legítimos que los nuestros. Son, por consiguiente, clérigos y pueden actuar como observadores... a condición de que los invite un patriarca con derecho a escaño. — Se volvió —. Caballeros — dijo —, ¿seréis tan amables de aceptar mi invitación personal para presenciar nuestras deliberaciones?

Makova lanzó una mirada al escolástico monje y éste asintió.

— Lo que nos conduce a la conclusión, Makova — añadió Emban con untuoso tono sazonado de malicia —, de que los caballeros de la Iglesia tienen tanto derecho a estar presentes como la serpiente Annias, que está sentado con esplendor no bien ganado en la galería norte... mordiéndose, según veo, el labio presa de consternación.

— ¡Os estáis propasando, Emban!

— No lo creo así, viejo amigo. ¿Vamos a votar algo, Makova, para averiguar en qué medida se ha resentido vuestro soporte? — Emban miró en derredor —. Pero estamos interrumpiendo el debate. Os ruego, mis hermanos patriarcas y queridos invitados, que ocupemos nuestros asientos de manera que la jerarquía pueda continuar con sus hueras deliberaciones.

— ¿Hueras?

— Por completo, amigo mío. Hasta que Clovunus fallezca, nada de lo que decidamos aquí tiene el más mínimo sentido. Estamos simplemente divirtiéndonos... y ganándonos la paga, claro está.

— Es un hombrecillo muy ofensivo — murmuró Tynian a Ulath.

— Es muy bueno, empero. — El fornido caballero genidio sonreía complacido.

Falquián sabía exactamente dónde se iba a instalar él.

— Tú — musitó a Talen, que había sido admitido probablemente por equivocación —, ven conmigo.

— ¿Adonde vamos?

— A irritar a un viejo amigo.

Falquián sonrió impíamente y condujo al muchacho por las escaleras hasta una galería superior donde el demacrado primado de Cimmura estaba sentado frente a un escritorio, flanqueado de un buen número de sicofantes de negra sotana. Falquián y Talen se aposentaron justo en el banco de detrás de Annias. Viendo que Ulath, Berit y Tynian los seguían, Falquián les hizo una seña con la mano para que se alejaran, en tanto que Dolmant y Emban escoltaban a los preceptores a las gradas bajas tapizadas con cojines.

Falquián sabía que Annias dejaba a veces escapar secretos cuando estaba sorprendido y quería averiguar si su enemigo había tenido algo que ver en el intento de envenenamiento masivo perpetrado en la morada de Dolmant esa mañana.

— Vaya, ¿será posible que éste sea el primado de Cimmura? — exclamó Falquián con fingido asombro —. ¿Qué demonios estáis haciendo tan lejos de casa, Annias?

— ¿Qué os proponéis, Falquián? — preguntó Annias, volviendo la cabeza y asestándole una furiosa mirada.

— Observar, eso es todo — repuso Falquián, quitándose el yelmo y depositando los guanteletes en su interior. Desató la correa del escudo y se desprendió del cinto de la espada, que apoyó en el respaldo del asiento de Annias —. ¿Os molestarán, compadre? — inquirió campechanamente —. Es un poco dificultoso sentarse cómodamente con el estorbo de las herramientas del oficio. — Se sentó —. ¿Qué tal os ha ido, Annias? Hace meses que no os veo. — Hizo una pausa —. Estáis un poco demacrado y pálido, viejo amigo. Deberíais tomar más aire fresco y hacer ejercicio

— Callaos, Falquián — espeto Annias —. Estoy tratando de escuchar.

— Oh por supuesto. Podemos sostener luego una agradable charla..., ponernos mutuamente al

corriente de los logros de cada cual y esas cosas — El hecho de que no hubiera nada de extraordinario en la reacción de Annias, restó fuerza a la convicción de Falquián respecto a su culpabilidad

— Si mis hermanos convienen en ello — decía Dolmant —, se han producido recientemente un buen número de sucesos de los que me siento obligado a informar a la jerarquía. Aun cuando nuestra función primordial sea eterna, no por ello dejamos de estar en el mundo y es nuestro deber mantenernos al tanto de los acontecimientos presentes.

Makova dirigió una interrogativa mirada a Annias, el cual tomo una pluma y un trozo de papel. Falquián acodó los brazos en el respaldo del banco de su enemigo y espió por encima de su hombro mientras éste escribía deprisa su sucinta instrucción: «Dejadlo hablar».

— Cansado, ¿eh, Annias? — comentó Falquián con complacencia —. ¿No sería mucho más conveniente si vos mismo pudierais hablar?

— Os he dicho que os callarais, Falquián — dijo, crispado, Annias, entregando la nota a un joven monje para que la llevara a Makova.

— Vaya, ¡qué mal humor que tenéis esta mañana! — observó Falquián —. ¿No habéis dormido bien la pasada noche, Annias?

Annias se volvió para mirar airadamente a su hostigador.

— ¿Quién es ése? — preguntó, señalando a Talen.

— Mi paje — respondió Falquián —. Es uno de los estorbos del rango de caballero. Hace un papel de relleno cuando mi escudero está ocupado en otros asuntos.

— Siempre damos la bienvenida a las palabras del instruido primado de Demos — declamó con altanería Makova, tras haber leído la nota —, pero tened a bien ser breve, Su Ilustrísima. Nos aguardan importantes cuestiones que atender — concluyó, antes de alejarse del atril.

— Desde luego, Makova — replicó Dolmant, acercándose al puesto que le había cedido —. Resumiendo, pues — comenzó —, como resultado de la plena recuperación de la reina Ehlana, la situación política en el reino de Elenia ha cambiado de un modo radical y...

En la sala resonaron gritos de sorpresa, acompañados de un confuso parloteo de voces. Todavía acodado en el respaldo del asiento de Annias, Falquián advirtió con regocijo cómo éste se ponía blanco como el papel antes de erguirse.

— ¡Imposible! — musitó el eclesiástico.

— Asombroso, ¿verdad, Annias? — le comentó Falquián —, y tan inesperado. Estoy seguro de que os alegrará saber que la reina os manda sus mejores deseos.

— ¡Explicaos, Dolmant! — casi gritó Makova.

— Únicamente trataba de ser breve... tal como me habéis pedido Makova. Hace tan sólo una semana, la reina Ehlana se recobró de su misteriosa dolencia. Son muchos los que lo consideran algo del orden de lo milagroso. Con su restablecimiento, salieron a la luz ciertos hechos, y el antiguo príncipe regente, y su madre, tengo entendido, se hallan actualmente bajo arresto con el cargo de alta traición.

Annias se recostó en el banco, a punto de sucumbir al desmayo.

— El venerado y respetado conde de Lenda se encuentra ahora al frente del consejo real, y ha extendido con su sello varias órdenes de captura contra los implicados en la vil conspiración que atentó contra la reina. El paladín de la reina está buscando ahora a dichos bellacos y los llevará sin duda a comparecer ante la justicia..., ya sea ésta humana o divina.

— El cargo de dirección del consejo real elenio le correspondía al barón Harparin — protestó Makova.

— El barón Harparin comparece ahora ante el tribunal de la suprema justicia divina, Makova — afirmó Dolmant con tenebroso tono —. Ahora hace frente al juez último. Me temo que existen escasas esperanzas de que salga absuelto..., aunque nosotros podernos rogar para que no sea así.

— ¿Qué le ocurrió? — preguntó con voz entrecortada Makova.

— Me han dicho que fue accidentalmente decapitado durante el relevo de la administración en

Cimmura. Lamentable, quizá, pero ese tipo de cosas suceden de tanto en tanto.

— ¿Harparin? — jadeó, consternado, Annias.

— Cometió la equivocación de ofender al preceptor Vanion — le murmuró al oído Falquián —, y ya sabéis el mal genio que puede tener a veces Vanion. Luego lo lamentó mucho, claro está, pero para entonces Harparin yacía ya en dos mitades. Echó a perder la alfombra de la sala del consejo... Toda llena de sangre, ya os podéis imaginar.

— ¿A quién más estáis persiguiendo, Falquián? — preguntó Annias.

— No llevo conmigo la lista en estos momentos, Annias, pero constan unos cuantos nombres preeminentes en ella..., nombres que estoy seguro que reconoceréis.

Se produjo una agitación en la puerta y dos patriarcas de amedrentada aparición entraron en la sala y se dirigieron corriendo a los bancos de rojos cojines. Kalten permaneció sonriendo en el umbral un minuto y después volvió a marcharse.

— ¿Y bien? — susurró Falquián a Talen.

— Esos dos suman un total de ciento diecinueve — susurró a su vez Talen —. Nosotros tenemos cuarenta y cinco y Annias sigue teniendo sesenta y cinco. Ahora necesita setenta y dos en lugar de sesenta y uno. Nos estamos acercando, Falquián.

El secretario del primado de Cimmura tardó algo más en completar sus cálculos. Annias garabateó una nota de una palabra dirigida a Makova, en la que Falquián, mirando por encima de su hombro, leyó: «votad».

El pretexto que Makova dio para la votación era una total absurdidad y todos lo sabían. La votación tenía como único objetivo averiguar hacia qué lado se inclinarían los nueve patriarcas neutrales arracimados en un atemorizado grupo cerca de la puerta. Tras el recuento, Makova anunció con desaliento los resultados. Los nueve habían votado en bloque en contra del primado de Cimmura.

La imponente puerta se abrió de nuevo, dando paso a tres monjes de negras túnicas que llevaban las capuchas levantadas y caminaban con paso lento propio de un ritual. Al llegar al estrado, uno de ellos sacó un paño negro de debajo del hábito y los tres lo extendieron solemnemente sobre el trono para anunciar que el archiprelado Clovunus había fallecido finalmente.

Capítulo nueve

Cuánto tiempo deberá guardar duelo la ciudad? — preguntó Tynian a Dolmant aquella tarde cuando habían vuelto a reunirse en el estudio del patriarca.

— Una semana — repuso Dolmant —. Entonces se celebrará el funeral.

— ¿Y no ocurre nada durante ese período? — inquirió el caballero alcione de capa azul —. ¿No hay sesiones de la jerarquía ni nada?

Dolmant sacudió la cabeza.

— No. En principio debemos dedicar ese tiempo a la oración y la meditación.

— Son unos días de respiro — dijo Vanion —, que deberían proporcionar tiempo a Wargun para llegar aquí. — Frunció el entrecejo —. Todavía nos queda un problema, sin embargo. A Annias ya no le queda dinero y de ello se deduce que sus expectativas de retener la mayoría se reducen con cada día que pasa. Debe de estar sucumbiendo a la desesperación, y los hombres desesperados hacen cosas precipitadas.

— Tiene razón — acordó Komier —. Mi previsión es que Annias tome las calles llegado a ese punto. Retendrá sus propios votos por medio del terror e intentará reducir el número de votantes eliminando patriarcas que nos son leales hasta alcanzar el número en el que disponga de mayoría absoluta. Creo que ha llegado el momento de fortificarnos, caballeros. Será mejor que pongamos a nuestros amigos juntos entre buenos y resistentes muros donde podamos protegerlos.

— Yo convengo con vos, cómo no — se mostró de acuerdo Abriel — Nuestra posición es vulnerable ahora mismo.

— ¿Cuál de vuestros castillos se halla más próximo a la basílica? — les preguntó el patriarca Emban —. Nuestros partidarios deberán ir y venir entre las calles para participar en las deliberaciones. Es preferible no exponerlos a más peligros de los imprescindibles.

— Nuestra casa es la más cercana — respondió Vanion —, y tiene pozo propio. Después de lo ocurrido esta mañana, no quisiera que Annias tuviera acceso al agua que bebemos.

— ¿Suministros? — inquirió Darellon.

— Mantenemos siempre los suficientes para resistir un asedio de seis meses — explicó Vanion —. Son raciones de soldado, me temo, Su Ilustrísima — se disculpó ante el corpulento Emban.

— Oh, bueno — se consoló, suspirando, Emban —. De todas formas tenía intención de perder peso.

— Es un buen plan — concedió el preceptor Abriel de capa blanca —, pero tiene un inconveniente. Si estamos todos en un castillo, los soldados eclesiásticos pueden rodearnos. Nos encontraríamos acorralados dentro sin posibilidad de llegar a la basílica.

— Entonces combatiremos para abrirnos paso — declaró Komier, calándose en la cabeza con

gesto airado el yelmo rematado con cuernos de ogro.

— Siempre hay gente que muere en los combates, Komier — advirtió Abriel, sacudiendo la cabeza —. La votación se avecina y no podemos permitirnos perder ni un solo patriarca en estos momentos.

— De todas formas no podemos ganar — se lamentó Tynian.

— No estoy tan seguro — disintió Kalten.

— ¿Se os ocurre la manera de salir de esta situación?

— Creo que sí. — Kalten miró a Dolmant —. Necesitaré permiso para esto, Su Ilustrísima — declaró.

— Os escucho. ¿Cuál es vuestro plan?

— Si Annias decide recurrir a la fuerza descarnada, eso significa que cualquier simulacro de orden civil queda desbaratado, ¿no es así?

— Más o menos, sí.

— Entonces, si él no va a tomar en consideración las normas, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros? Si queremos reducir el número de soldados eclesiásticos que cerquen el castillo pandion, todo lo que tenemos que hacer es proporcionarles algo más importante en que ocuparse.

— Volver a provocar un incendio en la ciudad — sugirió Talen.

— Eso sería un poco extremado — opinó Kalten —. Podemos, con todo, reservarnos esa posibilidad. Ahora, no obstante, los votos de que Annias dispone son lo más importante en su vida. Si nosotros comenzamos a despojarle de ellos uno a uno, hará cualquier cosa que este en su mano para conservar los que le quedan, ¿no os parece?

— No voy a permitiros de ningún modo que os pongáis a sacrificar patriarcas, Kalten — se negó Dolmant con voz sorprendida.

— No tenemos que matar a nadie, Su Ilustrísima. Lo único que hemos de hacer es apresar a unos cuantos. Annias es bastante inteligente y no tardará mucho en comprender el quid de la cuestión.

— Necesitaréis algún tipo de acusación, sir Kalten — observó Abriel —. No se puede prender a los patriarcas de la Iglesia sin tener un motivo..., dejando al margen las presentes circunstancias.

— Oh, tenemos acusaciones, mi señor Abriel, toda clase de acusaciones... pero la de «crímenes contra la corona de Elenia» es la que suena mejor, ¿no creéis?

— Me pone enfermo cuando trata de hacerse el listo — murmuró Falquián a Tynian.

— Esta vez te gustará, Falquián — aseveró Kalten. Se echó atrás la negra capa con una expresión de insufrible arrogancia —. ¿Cuántas de esas órdenes de arresto que os firmó Lenda en Cimmura llevas en el bolsillo?

— Ocho o diez, ¿por qué?

— ¿Consta en ellas alguna persona de cuya compañía no podríais prescindir durante las próximas semanas?

— Creo que podría vivir tranquilamente sin la mayoría de ellas. — Falquián creyó adivinar adonde se proponía ir a parar su amigo.

— En ese caso lo único que hemos de hacer es sustituir unos cuantos nombres — declaró Kalten —. Como los documentos son oficiales, va a «parecer» legal... hasta cierto punto. Después de que hayamos detenido a cuatro o cinco de sus comprados y pagados patriarcas y los hayamos llevado al castillo alcione..., que por cierto se encuentra en la otra punta de la ciudad, ¿no hará Annias todo cuanto pueda por recuperarlos? Yo diría que el número de soldados congregados alrededor de la fortaleza pandion disminuiría drásticamente llegados a ese punto.

— Sorprendente — se admiró Ulath —. Kalten ha concebido realmente una idea factible.

— El único punto flojo que aprecio es la cuestión de sustituir los nombres — objetó Vanion —. No se puede rascar sin más un nombre y cambiarlo por otro..., no en un documento oficial.

— No he dicho nada de borrar nombres rascándolos, mi señor — señaló con modestia Kalten —. Una vez, cuando éramos novicios, nos disteis permiso a Falquián y a mí para pasar unos días en casa. Escribisteis una nota para que nos dejaran salir por la puerta. Resultó que por casualidad

guardamos esa nota. Los escribas del escritorio tienen un producto que diluye totalmente la tinta. Lo utilizan cuando cometen errores. La fecha de esa nota vuestra siguió cambiando misteriosamente. Casi podría decirse milagrosamente, ¿no os parece? — Se encogió de hombros —. Pero claro, Dios siempre me ha tenido en gran aprecio.

— ¿Funcionaría? — preguntó sin rodeos Komier a Falquián.

— Así fue cuando éramos novicios, mi señor —le aseguró Falquián.

— ¿De veras armasteis caballeros a estos dos, Vanion? —inquirió Abriel.

— Fue una semana en que no tenía gran cosa que hacer.

Las sonrisas eran amplias ahora en la estancia.

— Totalmente censurable, Kalten — lo reprendió Dolmant —. Debería prohibirlo de modo terminante... si pensara que estabais hablando seriamente de ello. Sólo hacíais cabalas, ¿verdad, hijo mío?

— Oh, por supuesto, Su Ilustrísima.

— Estaba seguro de que ése era el caso. — Dolmant sonrió con expresión bondadosa, incluso piadosa, y después guiñó el ojo.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia —. ¿No existe ni un elenio honrado en el mundo? ¿Vos también, Dolmant?

— Yo no he dado mi consentimiento a nada, pequeña madre — protestó con exagerada inocencia —. Sólo estábamos haciendo conjeturas, ¿no es cierto, Kalten?

— En efecto, Su Ilustrísima. Puras conjeturas. Ninguno de los dos se plantearía seriamente algo tan reprobable.

— Yo pienso exactamente lo mismo — manifestó Dolmant —. Veamos, Sephrenia, ¿aporta esto tranquilidad a vuestro espíritu?

— Erais un chico mucho más bueno cuando erais un novicio pandion, Dolmant — lo regañó.

Se produjo un silencio preñado de estupor y todos los presentes fijaron la mirada en el patriarca de Demos.

— Ay — exclamó sin grandes remordimientos Sephrenia, con ojos chispeantes y una tenue sonrisa esbozada en las comisuras de los labios —. Supongo que no debiera haber dicho eso, Dolmant.

— ¿De veras teníais que hacerlo, pequeña madre? — preguntó él con tono apesadumbrado.

— Sí, querido, creo que sí. Habéis comenzado a sufrir el ligero mal que ocasiona la impresión ante la propia agudeza. Es mi responsabilidad como profesora y amiga vuestra refrenar dicha tendencia.

Dolmant tabaleó la mesa frente a él.

— Confío en que todos seremos discretos respecto a esto, caballeros...

— No me lo sacarían ni con tenazas, Dolmant — aseveró, sonriente, Emban —. Por lo que a mí concierne, ni siquiera he oído hablar de ello... y probablemente resulte cierto hasta la próxima vez que necesite que me hagáis un favor.

— Erais bueno, Su Ilustrísima? — preguntó con respeto Kalten —. Cómo pandion, me refiero.

— Era el mejor, Kalten — respondió, con cierta dosis de orgullo, Sephrenia —. Incluso equiparable al padre de Falquián. A todos nos entristeció mucho que la Iglesia encontrara un nuevo puesto para él. Perdimos un pandion muy bueno cuando él siguió las órdenes divinas.

Dolmant todavía miraba a sus amigos con expresión suspicaz.

— Pensaba que lo había enterrado por completo — suspiró —. Nunca pensé que fuerais a traicionarme, Sephrenia.

— No es exactamente algo vergonzante, Su Ilustrísima — señaló Vanion.

— Podría resultar a la larga un inconveniente a nivel político — contestó Dolmant —. Al menos vos habéis sido capaz de controlar vuestra lengua.

— No hay de qué preocuparse, Dolmant — afirmó expansivamente Emban —. Vigilaré a estos amigos vuestros y, en cuanto sospeche que uno de ellos tiene dificultad en controlar la lengua, lo

ordenaré recluirse en ese monasterio de Zemba, en Cammoria, donde todos los hermanos juran votos de silencio.

— De acuerdo pues — zanjó Vanion —, pongámonos manos a la obra, caballeros. Debemos reunir a muchos patriarcas leales y, Kalten, quiero que empecéis a practicar la falsificación. Los nombres que sustituiréis en esas órdenes de arresto habrán de estar en el estilo de escritura del conde de Lenda. — Se detuvo pensativamente, mirando a su rubio subordinado —. Será mejor que os llevéis a Falquián con vos — añadió.

— Puedo arreglármelas solo, mi señor.

— No, Kalten — disintió Vanion —. Me parece que no. Ya he sido testigo de vuestros intentos de escribir sin cometer faltas.

— ¿Era malo? —inquirió Darellon.

— Terrible, amigo mío. Una vez escribió una palabra de seis letras y no consiguió poner ni una bien.

— Algunas palabras son de difícil ortografía, Vanion.

— ¿Vuestro propio nombre?.

— ¡Pero no podéis hacer esto! — protestó con voz aguda el patriarca de Cardos cuando Falquián y Kalten lo sacaron de su casa unos días mas tarde —. No podéis arrestar a un patriarca de la Iglesia bajo ningún concepto mientras la jerarquía celebra sesión.

— Pero la jerarquía no mantiene sesión en estos momentos, Su Ilustrísima — le hizo ver Falquián —. Las reuniones quedan suspendidas durante el período de duelo oficial.

— De todas formas no pueden juzgarme en un tribunal civil. Exijo que presentéis estas especiosas acusaciones ante un tribunal eclesiástico.

— Llevadlo afuera — ordenó concisamente Falquián a sir Perraine.

Sacaron a rastras al patriarca de Cardos de la habitación.

— ¿Por qué nos demoramos? — preguntó Kalten.

— Por dos cosas. A nuestro prisionero no han parecido sorprenderlo mucho los cargos, ¿no es cierto?

— Ahora que lo dices, no.

— Creo que quizás el conde de Lenda se dejó algunos nombres al elaborar esa lista.

— Es posible. ¿Cuál es el otro motivo?

— Enviemos un mensaje a Annias. El sabe que no podemos hacerle nada mientras no salga de la basílica, ¿no es así?

— Sí.

— Bien, encarcelémoslo allí dentro y restrinjamos su libertad de movimientos..., por irritarlo cuando menos. Todavía le hemos de hacer pagar por ese cocinero envenenado.

— ¿Cómo te propones hacerlo?

— Observa... y sigue mi ejemplo.

— ¿No lo hago siempre?

Se dirigieron al patio de la lujosa casa del patriarca, una mansión construida — a Falquián no le cabía duda de ello — a costa de los sudores de los contribuyentes elenios.

— Mi colega y yo hemos tomado en consideración vuestra petición de una audiencia eclesiástica, Su Ilustrísima — comunicó el alto pandion al prisionero —. Reconocemos cierto mérito a vuestros argumentos. — Comenzó a pasar las hojas de sus órdenes de captura.

— ¿Me llevaréis pues a la basílica para realizar una vista? — preguntó el patriarca.

— ¿Hmmm? — dijo con aire ausente Falquián, todavía leyendo.

— He dicho que si vais a llevarme a la basílica y presentar esas absurdas acusaciones allí.

— Ah, me parece que no, Su Ilustrísima. Eso sería realmente inconveniente. — Falquián sacó la orden de arresto del primado Annias y la enseñó a Kalten.

— Éste es el importante, sí — afirmó Kalten —. Éste es el tipo que buscamos.

Falquián enrolló el papel y se repiqueteó con él la mejilla.

— Esto es lo que vamos a hacer, Su Ilustrísima — anunció —. Vamos a llevaros al castillo de los alciones y confinaros allí. Estos cargos se originaron en el reino de Elenia y cualquier procedimiento eclesiástico debería ser dirigido por la cabeza de la Iglesia de ese reino. Dado que el primado Annias actúa en el puesto del patriarca de Cimmura durante su estado de incapacidad, eso lo convierte en el hombre que debería hallarse como persona preeminente en la vista. Qué forma extraña tienen de entrelazarse las cosas, ¿no es cierto? Habida cuenta de que el primado Annias es la autoridad imprescindible en este asunto, nosotros os entregaremos libremente a él. Todo cuanto debe hacer es salir de la basílica, ir al castillo alcione y ordenar que os entreguemos. — Lanzó una mirada al oficial de roja túnica que sir Perraine vigilaba con inquietante semblante —. El capitán de vuestra guardia servirá perfectamente como mensajero. ¿Por qué no habláis un momento con él y le exponéis la situación? Después lo enviaremos a la basílica para que ponga al corriente a Annias. Encargadle que pida al buen Primado que venga a visitarnos. Estaremos encantados de verlo en terreno neutral, ¿no es así, Kalten?

— Oh desde luego — contestó Kalten con tono fervoroso.

El patriarca de Cardos les dedicó una suspicaz mirada y luego parlamentó con el capitán de su destacamento de guardia. Mientras hablaba no apartó ni un instante la vista de la orden de arresto enrollada que llevaba Falquián en la mano.

— Crees que lo ha captado? — murmuró Kalten.

— Así lo espero. Lo he hecho todo menos golpearle la cabeza con él.

El patriarca de Demos regresó con el rostro tenso de rabia.

— Oh, otra cosa, capitán — dijo Falquián al soldado eclesiástico, que se disponía a marcharse —. ¿Seríais tan amable de transmitir un mensaje personal al primado de Cimmura de nuestra parte? Decidle que sir Falquián, de la orden pandion, lo invita a salir de debajo de la cúpula de la basílica para jugar en las calles..., donde ciertas insignificantes restricciones no malograrán nuestra diversión.

Kurik llegó esa tarde, sucio de polvo y cansado. Berit lo acompañó al estudio de Dolmant, donde se dejó caer en una silla.

— Hubiera llegado un poco antes — se disculpó —, pero me paré en Demos para ver a Aslade y a los chicos. Se enfada mucho cuando paso por la ciudad sin detenerme.

— ¿Cómo está Aslade? — inquirió el patriarca Dolmant.

— Más gorda. — Kurik sonrió —. Y me parece que está volviéndose un poco tonta con el correr de los años. Sentía nostalgia y me llevó al pajar. — Apretó ligeramente las mandíbulas —. Más tarde tuve una larga charla con los muchachos sobre eso de dejar crecer cardos en el prado.

— ¿Tenéis idea de qué está hablando, Falquián? — preguntó Dolmant con perplejidad.

— Sí, Su Ilustrísima.

— Pero no vais a explicármelo, ¿verdad?

— No, Su Ilustrísima, me parece que no. ¿Cómo está Ehlana? — interrogó a su escudero.

— Difícil — gruñó Kurik —. Poco escrupulosa. Irritante. Terca. Autoritaria. Exigente. Solapada . Implacable. En resumidas cuentas, vuestra impetuosa joven reina. Me gusta, sin embargo. No sé por qué, me recuerda a Flauta.

— No solicitaba una descripción, Kurik — advirtió Falquián —. Me Preocupaba por su salud.

— A mi me parece que está bien. Si no lo estuviera, no correría tan aprisa como lo hace.

— ¿Correr?

— Por lo visto, siente que ha perdido mucho tiempo mientras dormida y trata de recuperarlo. A estas alturas ya ha fisgoneado en cada rincón de palacio. Lenda está planteándose seriamente la posibilidad de suicidarse, creo, y las doncellas se encuentran en un estado de desesperación. No se le pasa por alto ni una mota de polvo. Puede que cuando haya concluido no tenga el mejor de los reinos, pero lo que sí es seguro es que será el más pulcro. — Kurik introdujo la mano bajo su chaleco de cuero —. Tomad — ofreció, sacando un grueso paquete de pergamino plegado —. Os escribió una carta. Tomaos vuestro tiempo para leerla. Ella tardó dos días en redactarla.

— ¿Cómo funciona la idea de la guardia local? — preguntó Kalten.

— Bastante bien, realmente. Justo antes de marcharme, llegó un batallón de soldados eclesiásticos a las afueras de la ciudad. Su comandante cometió la imprudencia de plantarse demasiado cerca de la puerta cuando exigió entrada y un par de ciudadanos le arrojaron algo encima.

— ¿Brea ardiente? — supuso Tynian.

— No, sir Tynian. — Kurik esbozó una sonrisa —. Los dos compadres se ganan la vida vaciando y limpiando sentinas. El oficial recibió el fruto de su labor del día: más de doscientos litros. El coronel, o lo que quiera que fuese debajo de todo ese producto, perdió la cabeza y ordenó un asalto a las puertas. Fue entonces cuando entraron en acción las piedras y la brea ardiente. Los soldados instalaron su campamento a corta distancia de la muralla este para replantearse las cosas y a altas horas de la noche una veintena de matones de Platimo bajaron con cuerdas sujetas a las almenas y les hicieron una visita. A la mañana siguiente los soldados casi se habían quedado sin oficiales. Se pasaron un rato caminando sin saber qué hacer y después se fueron. Creo que vuestra reina se encuentra a salvo. Falquián. En grupo, los soldados no son muy imaginativos, y las tácticas no convencionales tienden a confundirlos. Platimo y Stragen lo están pasando en grande y el vulgo está comenzando a desarrollar cierto respeto por su ciudad. Están barriendo incluso las calles en previsión de que por azar Ehlana pudiera pasar por ellas a caballo en una de sus inspecciones matinales.

— ¡No estarán dejándola salir de palacio esos idiotas! — exclamó con enojo Falquián.

— ¿Y quién va a detenerla? Está a buen recaudo, Falquián. Platimo puso para cuidarla la mujer más grande que he visto nunca. Es casi tan alta como Ulath y lleva más armas que un pelotón entero.

— Ésa debe de ser Mirtai, la gigante — dedujo Talen —. La reina Ehlana está perfectamente protegida, Falquián. Mirtai tiene ella sola la fortaleza de un ejército.

— ¿Una mujer? — preguntó Kalten con incredulidad.

— No os recomiendo que la llaméis así a la cara, Kalten — aconsejó muy serio el chico —. Ella se considera un guerrero, y nadie que esté en su sano juicio se atreve a llevarle la contraria. Va vestida casi siempre como un hombre, probablemente porque no quiere que la importunen los tipos que prefieren las mujeres voluminosas, y lleva cuchillos prendidos en los lugares más insospechados del cuerpo. Tiene incluso un par encajado en las suelas de los zapatos, que, aunque apenas sobresalen de la punta de sus dedos, son lo bastante largos para amedrentar a cualquiera. Realmente no querríais que os propinara una patada en ciertos lugares tiernos.

— ¿De dónde diablos sacó Platimo una mujer como ésa? — inquirió Kalten.

— La compró. — Talen se encogió de hombros —. Ella tenía quince años por entonces y no había completado aún su desarrollo. No hablaba ni una palabra de elenio, según me han contado. Intentó ponerla a trabajar en un burdel, pero, después de que hubo mutilado o matado aproximadamente a una docena de potenciales clientes, cambió de idea.

— Todo el mundo habla elenio — objetó Kalten.

— No en el Imperio Tamul, tengo entendido. Mirtai es una tamul. Por eso tiene un nombre tan extraño. A mí me da miedo, y son pocas las personas de las que puedo decir lo mismo.

— Y no sólo es la gigante, Falquián — prosiguió Kurik —. La plebe conoce a sus vecinos y sabe muy bien quiénes sostienen opiniones políticas que no son de fiar. La gente manifiesta una lealtad fanática por la reina ahora, y todos y cada uno se toman muy en serio la vigilancia de sus vecinos. Platimo ha acorralado a casi todos los que son dignos de sospecha en la ciudad.

— Annias tiene muchos secuaces en Cimmura — se preocupó Falquián.

— Los tenía, mi señor — lo corrigió Kurik —. Se produjeron unas cuantas demostraciones de escarmiento y, si queda alguien en Cimmura que no quiera a la reina, se cuida mucho de mantenerlo en secreto. ¿Puedo comer algo? Estoy hambriento.

El funeral del archiprelado Clovunus fue adecuadamente suntuoso. Las campanas doblaron

durante días y el aire de la basílica estaba impregnado de incienso y de cánticos e himnos solemnemente ofrecidos en antiguo elenio, una lengua que muy pocos de los presentes eran aún capaces de comprender. Todos los clérigos, que en la mayoría de las situaciones vestían de riguroso negro, lucían en tan solemne ocasión atuendos de vivas tonalidades que componían entre sí un abigarrado arco iris. Los patriarcas llevaban túnicas carmesí y los primados prendas con los colores de sus países de origen. A cada una de las diecinueve órdenes monásticas le correspondía un color, y cada color tenía su propio significado especial. La nave de la basílica era un derroche de colores que las más de las veces desentonaban y conferían al templo un aspecto más parecido al de una feria rural de Cammoria que al de un lugar donde se celebraba un fastuoso funeral. Se ejecutaban oscuros rituales y supersticiosas ceremonias heredadas de la antigüedad, a pesar de que nadie tenía la más mínima idea de su significado. Un buen número de sacerdotes y monjes, cuyo solo cometido en la vida era celebrar dichos rituales y anticuadas ceremonias, aparecían brevemente en público por última vez en su vida. Un anciano monje, cuya función exclusiva era rodear tres veces el féretro del archiprelado con un cojín de terciopelo negro en el que reposaba un abollado y muy deslustrado salero, se excitó tanto que le falló el corazón, y hubieron de hallar en el acto un sustituto. El individuo a quien adjudicaron el cargo, un joven novicio con la cara llena de espinillas de mediano mérito y cuestionable piedad, sollozó de gratitud al darse cuenta de que su posición en la vida era segura ahora, y que sólo se requeriría de él la realización de algún trabajo aproximadamente una vez por generación.

El interminable sepelio se prolongó horas y horas, interrumpido regularmente por oraciones e himnos. En momentos determinados, la congregación se ponía en pie; en otros, se arrodillaba; y en otros más volvía a sentarse. Todo era muy solemne y en su mayor parte carecía de todo sentido.

El primado Annias estaba sentado tan cerca como osaba de la cuerda de terciopelo que separaba a los patriarcas de los espectadores en el lado norte de la vasta nave, rodeado de lacayos y sicofantes. Dado que Falquián no podía situarse a corta distancia de él, el fornido pandion decidió en su lugar instalarse en la galería sur justo frente a él, donde, acompañado de sus amigos, podía mirar directamente los ojos del eclesiástico de ceniciento rostro. La reunión de los patriarcas opuestos a Annias dentro de los muros del castillo pandion se había desarrollado según lo previsto, y el arresto y encarcelamiento de seis patriarcas leales al primado — o, al menos, a su dinero — se había llevado, asimismo, a cabo sin obstáculos. Annias, con frustración patente en el semblante, se mantenía ocupado escribiendo notas al patriarca de Coombe, las cuales entregaban varios miembros de un grupo de jóvenes pajes. Por cada nota despachada a Makova, Falquián mandaba una a Dolmant. El caballero disponía de cierta ventaja en ese quehacer puesto que, en tanto Annias redactaba realmente un texto, él se limitaba a enviar trozos plegados de papeles en blanco. Era aquélla una táctica a la que, sorpresivamente, Dolmant había aceptado prestarse.

Kalten se deslizó hasta un asiento contiguo al de Tynian, escribió una nota por su propia cuenta y la hizo llegar a Falquián.

*V*uena suerte. Cuatro más de los patriarcas que falta*v*an se
an presentado en la puerta trasera del *catillo ace* media
ora. Se enteraron *de* estábamos prote*j*iendo a nuestros
ami*j*os y se fueron co*r*iendo a*y*í. *B*enturoso, ¿*e*?

Falquián hizo una ligera mueca de espanto al comprobar que el desconocimiento de la ortografía de la lengua elenia de Kalten era incluso más grave de lo que temía Vanion. Mostró la nota a Talen.

— ¿Cómo modifica esto las cosas? — susurró.

— El número de votantes sólo cambia en un número — musitó el chico —. Nosotros hemos encerrado a seis de los de Annias y hemos recuperado a cinco de los nuestros. Ahora tenemos cincuenta y dos, él tiene cincuenta y nueve, y todavía están los nueve neutrales. Eso hace en total de ciento veinte votos. Siguen necesitándose setenta y dos para ganar, pero ni siquiera esos nueve podrían ayudarlo a conseguirlo ahora. Con ellos sumaría sesenta y ocho votos, con lo que se quedaría corto por cuatro votos.

— Dame la nota — indicó Falquián. Anotó los números bajo el mensaje de Kalten y luego agregó dos frases: «Sugiero que suspendamos toda la negociación con los neutrales. Ya no los necesitamos». Entregó el papel a Talen —. Llévalo a Dolmant — pidió —, y no estaría mal que sonrieras justo un poco mientras te diriges abajo.

— ¿Una sonrisa perversa, Falquián? ¿Afectada, tal vez?

— Hazlo lo mejor que puedas. — Falquián tomó otra hoja de papel, escribió la información en ella y la hizo circular entre sus amigos.

El primado Annias se encontró de pronto enfrentado a un grupo de caballeros de la Iglesia que le sonreían desde el otro lado de la nave de la basílica. Con rostro ensombrecido, comenzó a morderse nerviosamente una uña.

La ceremonia llegó finalmente a su conclusión. La multitud del templo se levantó para desfilar tras el cadáver de Clovunus hasta su lugar de reposo en la cripta subterránea de la basílica. Falquián se demoró junto a Talen para hablar un momento con Kalten.

— ¿Dónde aprendiste a escribir? — le preguntó.

— La ortografía es de ese tipo de cosas por las que no debería preocuparse ningún caballero, Falquián — replicó con altivez Kalten. Miró minuciosamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie iba a oírlo —. ¿Dónde está Wargun? — susurró.

— No tengo ni idea — musitó Falquián —. Quizá tuvieron que hacerle recuperar la sobriedad. La orientación de Wargun no es muy buena cuando está bebido.

— Sería aconsejable que ideáramos un plan alternativo, Falquián. La jerarquía va a reanudar. las sesiones en cuanto hayan sepultado a Clovunus.

— Disponemos de votos suficientes para mantener a raya a Annias.

— Le bastarán dos votaciones para hacerse cargo de la situación, amigo mío. A partir de entonces comenzará a actuar precipitadamente, y nosotros estamos en clara minoría aquí. — Kalten observó las pesadas vigas de madera alineadas en la escalera que conducía a la cripta —. Tal vez debiera prender fuego a la basílica — comentó.

— *¿Te has vuelto loco?*

— Provocaría un retraso, y eso es lo que necesitamos desesperadamente ahora.

— No creo que debamos recurrir a tales extremos. Mantengamos a los cinco patriarcas a buen recaudo por el momento. Talen, sin esos cinco votos, ¿cómo quedan las cuentas?

— Ciento quince votantes, Falquián. Ello representa sesenta y nueve para ganar.

— Le sigue faltando un voto... incluso aunque logre sobornar a los neutrales. Seguramente aplazará cualquier tipo de enfrentamiento si cree que se halla tan cerca. Kalten, llévate a Perraine y vuelve al castillo a buscar a esos cinco patriarcas. Vístelos con piezas de armadura para disfrazarlos y después tráelos aquí con una escolta de unos quince caballeros. Ponlos en una antesala. Dejaremos que Dolmant decida cuándo los necesita.

— De acuerdo. — Kalten sonrió con malicia —. Hemos vencido a Annias, ¿verdad, Falquián?

— Eso parece, pero no cantemos victoria hasta que haya otra persona sentada en ese trono. En marcha.

Cuando los miembros de la jerarquía, todavía vestidos de carmesí reanudaron sus deliberaciones, se pronunciaron varios discursos. Las alocuciones corrieron a cargo de patriarcas demasiado carentes de importancia para haber participado en los servicios ceremoniales de la nave. El patriarca Ortzel de Kadach, hermano del barón Almstrom de Lamorkand, fue particularmente tedioso. La sesión se interrumpió temprano y prosiguió a la mañana siguiente. Los prelados que se oponían a Annias se habían reunido la noche anterior y habían elegido a Ortzel como su abanderado. Falquián todavía conservaba graves reservas respecto a Ortzel, pero se guardó de manifestarlas.

Dolmant mantuvo en reserva a los cinco patriarcas que tan recientemente se habían reincorporado a sus filas. Disfrazados con retazos diversos de armadura, permanecían sentados con un pelotón de caballeros eclesiásticos en una habitación de bajo techo no muy lejos de la sala de audiencia.

En cuanto la jerarquía se hubo instalado ordenadamente, el patriarca Makova se puso en pie y propuso el nombre del primado Annias como candidato al archiprelado. Su discurso se prolongó durante casi una hora, pero los aplausos que lo acogieron no fueron especialmente calurosos. Después Dolmant propuso a Ortzel y su alocución, más pertinente, fue seguida de aplausos más entusiastas.

— ¿Van a votar ahora? — susurró Talen a Falquián.

— No lo sé — admitió Falquián —. Depende de Makova. Él es el que ostenta la presidencia por el momento.

— Estoy deseando presenciar una votación, Falquián — aseguró ansiosamente Talen.

— ¿No estás tan seguro de tus cálculos? — inquirió Falquián con cierta aprensión.

— Claro que sí, pero los números no son más que números. Cuando la gente interviene en algo pueden ocurrir muchas cosas. Fijaos en eso, por ejemplo. — Talen señaló a un paje que se apresuraba a llevar una nota de los nueve patriarcas no comprometidos a Dolmant — ¿Qué se proponen ahora?

— Supongo que querrán saber por qué ha parado tan repentinamente de ofrecerles dinero Dolmant — infirió Falquián —. Sus votos carecen de valor en estos momentos, aun cuando es probable que ellos no acaban de comprenderlo.

— ¿Qué creéis que harán ahora?

— ¿Quién sabe? — Falquián se encogió de hombros —. ¿Y a quién le importa?

Makova, de pie ante el atril, hojeó un fajo de notas y luego alzó la mirada y se aclaró la voz.

— Antes de pasar a realizar nuestra votación inicial, hermanos míos — comenzó —, un asunto de gran urgencia acaba de reclamar mi atención. Como muchos de vosotros debéis de saber, los zemoquianos están reuniéndose en masa en la frontera oriental de Lamorkand con evidentes intenciones hostiles. Creo que debemos esperar con cierta certeza que Otha invadirá el oeste... posiblemente en los próximos días. Es, por lo tanto, vital que las deliberaciones de este organismo queden concluidas con la menor dilación posible. Nuestro nuevo archiprelado habrá de enfrentarse casi inmediatamente después de su elevación a la más terrible de las crisis que han padecido la Iglesia y sus fieles hijos a lo largo de los últimos cinco siglos.

— ¿Qué está haciendo? — susurró sir Bevier a Falquián —. Todo el mundo sabe en Chyrellos que Otha se encuentra en Lamorkand oriental.

— Está yéndose por las ramas — interpretó Falquián, frunciendo el entrecejo —, pero no tiene ningún motivo para hacerlo.

— ¿Qué está tramando Annias? — preguntó Tynian, dirigiendo una airada mirada al otro lado de la cámara de la audiencia, al primado de Cimmura, que permanecía sentado sonriendo con aire satisfecho.

— Está esperando a que ocurra algo — dedujo Falquián.

— ¿Qué?

— No tengo la más mínima idea, pero Makova va a seguir hablando hasta que suceda.

Entonces Berit entró en la sala de audiencia, con la cara pálida y los ojos desorbitados, y casi tropezó en un escalón al encaminarse al banco donde se hallaba Falquián.

— ¡Sir Falquián! — gritó.

— ¡Hablad en voz baja, Berit! — lo instó Falquián —. ¡Sentaos y recobrad el aplomo!

Berit tomó asiento y aspiró aire.

— De acuerdo — decidió Falquián —. Hablad quedamente y decidnos qué está pasando.

— Hay dos ejércitos que se aproximan a Chyrellos, mi señor — anunció tensamente el novicio.

— ¿Dos? — se extrañó Ulath —. Quizá Wargun haya dividido sus fuerzas por algún motivo.

— No son las huestes del rey Wargun, sir Ulath — lo disuadió Berit —. En cuanto los hemos visto, unos cuantos caballeros eclesiásticos han salido a caballo para averiguar quiénes eran. Los que bajaban del norte Parecen lamorquianos.

— ¿Lamorquianos? — repitió, estupefacto, Tynian —. ¿Qué hacen aquí? Deberían estar en la

frontera defendiéndose de Otha.

— No creo que a esos lamorquianos en concreto les interese Otha, mi señor — señaló Berit —. Algunos de los caballeros que fueron a investigar eran pandion, y han identificado a Adus y Krager como cabecillas del ejército lamorquiano.

— ¿Cómo? — exclamó Kalten.

— ¡No eleves la voz, Kalten! — recomendó Falquián —. ¿Y el otro ejército, Berit? — preguntó, a pesar de conocer ya la respuesta.

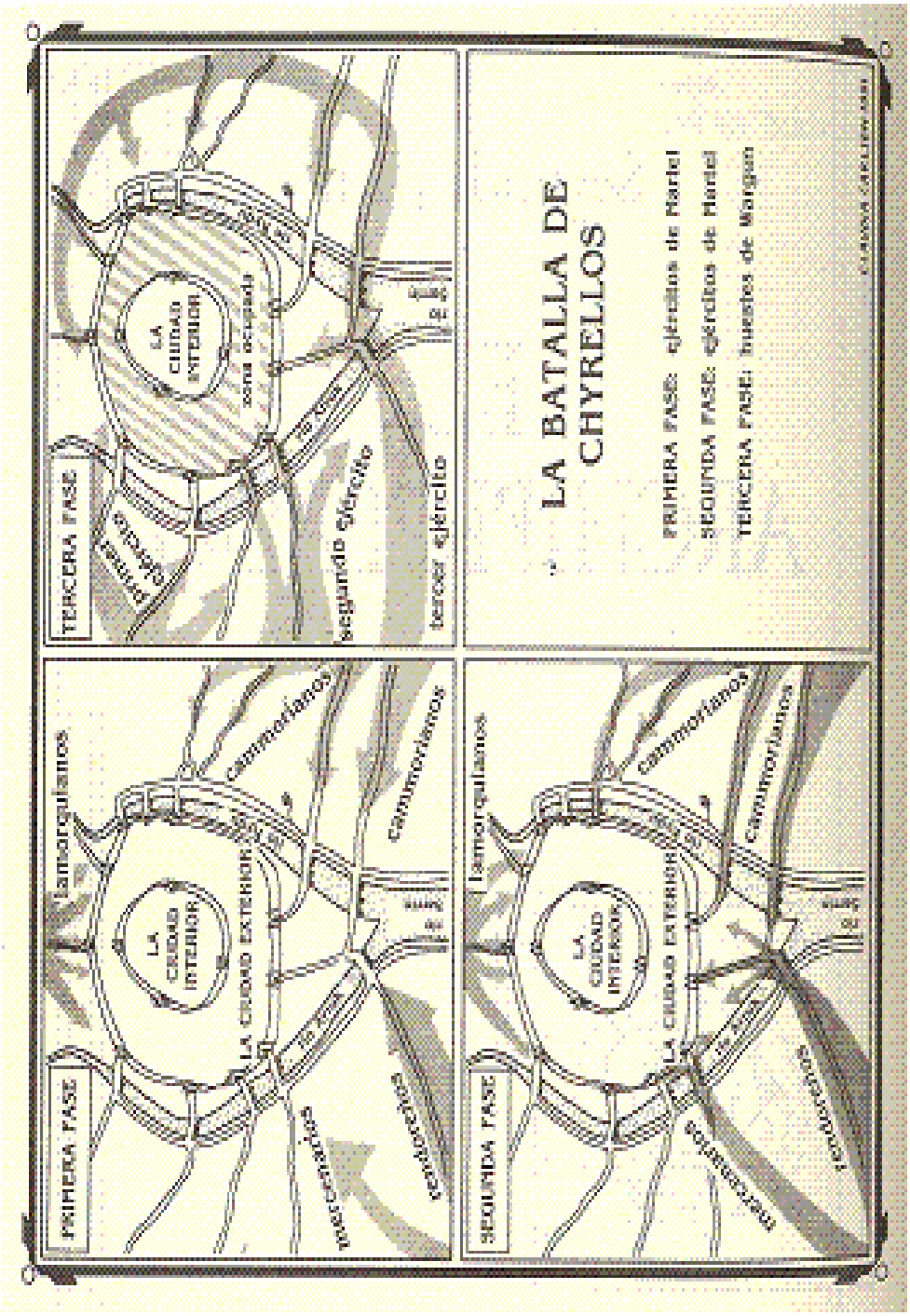
— En su mayoría rendoreños, mi señor, pero también había un buen número de cammorianos.

— ¿Y su dirigente?

— Martel, mi señor.

Segunda parte

EL ARCHIPRELADO



Capítulo diez

La voz del patriarca Makova continuó sonando, monótona, mientras la luz del sol de la mañana se filtraba en la sala de audiencia por las vidrieras triangulares emplomadas, de una mano de grosor, que componían una gran ventana redonda en lo alto de la pared situada detrás del tapado trono del archiprelado. Las motas de polvo flotaban doradas por el resplandor de la mañana, marcando el alargado contorno de cada perfecto triángulo en el inmóvil y apacible aire. Makova habló un buen rato de los horrores de la guerra zemoquiana acaecida cinco siglos antes y después se enzarzó en un detallado análisis de los errores tácticos cometidos por la Iglesia durante aquel período de agitación.

Falquián envió una breve nota a Dolmant, Emban y los preceptores para informarles de la proximidad de los ejércitos.

— ¿Defenderán los soldados eclesiásticos Chyrellos? — susurró Bevier.

— Creo que lo mejor que podemos esperar es algún tipo de resistencia simbólica — repuso Falquián.

— ¿Qué es lo que retiene a Wargun? — preguntó Kalten a Ulath.

— No sabría decirlo.

— ¿No sería éste un buen momento para presentar disculpas y marcharnos discretamente? — sugirió Tynian —. Makova no nos está revelando nada que no sepamos ya.

— Veamos primero qué dice Dolmant — propuso Falquián —. No quiero darle a Annias ninguna pista acerca de lo que vamos a hacer. Ahora sabemos por qué se andaba con rodeos, pero nos conviene observar lo que hará después. Como de todas formas Martel va a tardar en desplegar sus fuerzas, nos queda tiempo todavía.

— No mucho — murmuró Tynian.

— El procedimiento defensivo habitual en tales circunstancias es demoler los puentes — aconsejó Bevier —. Eso retrasaría la entrada de los ejércitos.

— Hay diez puentes distintos que cruzan los dos ríos, Bevier — observó Falquián —, y nosotros sólo disponemos de cuatrocientos caballeros. Me parece que no es pertinente arriesgar a esos hombres únicamente para obtener una demora de unas horas.

— Por no mencionar el hecho de que los lamorquianos que vienen del norte no tendrán que atravesar ningún río — añadió Tynian.

La puerta de la ornada sala de audiencia se abrió, dando paso a un excitado monje que se dirigió, presuroso, al atril, provocando con el traqueteo de sus sandalias sobre el pulido suelo de mármol un revuelo en las iluminadas motas de polvo suspendidas en los soleados triángulos. El recién llegado realizó una profunda reverencia y entregó a Makova un pliego de papel.

Makova leyó rápidamente el mensaje, y una fina sonrisa triunfal se asentó en su cara marcada

por la viruela.

— Acabo de recibir información de importancia, hermanos míos — anunció —. Dos numerosos grupos de peregrinos están aproximándose a Chyrellos. Siendo como soy consciente de que muchos de nosotros nos hallamos alejados del mundo y abstraídos de los acontecimientos presentes, me consta, con todo, que nadie ignora que son muchas las tensiones que sacuden Eosia en estos tiempos. ¿No sería pertinente que aplazáramos la sesión de forma que podamos valemos de los recursos de que disponemos para reunir información sobre esos hombres y así poder valorar mejor la situación? — Miró en derredor —. Sin objeción, se ordena que así sea. La jerarquía se retira hasta mañana por la mañana.

— Peregrinos — bufó desdeñosamente Ulath al tiempo que se ponía en pie.

Falquián, no obstante, se quedó sentado mirando fijamente al frente, al primado de Cimmura, que le correspondió la mirada con una tenue sonrisa en el semblante.

Vanion, que se había levantado junto con los otros patriarcas, alzo la vista hacia Falquián y efectuó un seco gesto antes de encaminarse la puerta.

— Salgamos de aquí — murmuro Falquián a sus amigos entre el ruido de las excitadas conversaciones que resonaban en la sala. Los patriarcas de negras túnicas se dirigían en hilera hacia la puerta, con lentitud obligada a causa de los corros que se habían formado. Falquián condujo a sus amigos a la escalera y luego al piso de mármol de la sala de audiencia. El alto pandion reprimió el impaciente impulso de propinar codazos a su paso a determinados clérigos.

Encontró a Annias cerca de la puerta.

— Ah, heos aquí Falquián — dijo el delgado primado de ceniciento rostro con una casi imperceptible sonrisa maliciosa —. ¿Os proponéis visitar las murallas de la ciudad para observar cómo se aproximan las multitudes de fieles?

— Una idea interesante, compadre — respondió Falquián con voz cansina que rayaba en el insulto, refrenando con mano dura su mal genio—, pero he pensado que en vez de ello podría irme a comer. ¿Querríais acompañarme, Annias? Sephrenia está asando una cabra, me parece. La cabra asada espesa la sangre, dicen, y vos tenéis un aspecto algo desvaído últimamente, si me perdonáis la indiscreción.

— Sois muy amable al invitarme, Falquián, pero tengo otro compromiso ineludible. Asuntos eclesiásticos, ya sabéis.

— Por supuesto. Oh, por cierto, Annias, cuando habléis con Martel, dadle recuerdos de mi parte. Decidle lo ansioso que estoy por reemprender la conversación que iniciamos en Dabour.

— No dudéis que se lo comunicaré, caballero. Ahora, si me excusáis. — La cara del primado expresaba un indicio de preocupación cuando se volvió para trasponer el espacioso umbral.

— ¿De qué se trataba todo eso? — preguntó Tynian.

— Tendríais que conocer un poco mejor a Falquián —le dijo Kalten—. Hubiera muerto antes que proporcionarle a Annias la más ligera satisfacción en ese punto. Ni siquiera pestañeó cuando le rompí la nariz. Me dirigió simplemente una amistosa sonrisa y luego me dio una patada en el estómago.

— ¿Y vos pestañeasteis?

— No, en realidad estaba demasiado ocupado tratando de recobrar el aliento. ¿Adonde vamos, Falquián?

— Vanion quiere hablar con nosotros.

Los preceptores de las órdenes militantes, acompañados del patriarca Emban de Usara, conversaban en ambiente tenso justo al lado de la gran puerta.

— Creo que nuestro principal motivo de preocupación es por el momento el estado de las puertas de la ciudad — opinaba el preceptor Abriel, cuya bruñida armadura y resplandecientes sobreveste y capa blancas le conferían una engañosa apariencia beatífica que en aquellos instantes no se correspondía en nada con la realidad.

— ¿Creéis que podemos contar con los soldados eclesiásticos? — inquirió el comendador de

capa azul Darellon, un delgado hombre que no parecía lo bastante robusto para sostener la carga de su pesada armadura deirana —. Podrían cuando menos demoler los puentes.

— Yo no lo recomendaría — se mostró en franco desacuerdo Emban —. Ellos cumplen órdenes de Annias, y no es factible que éste coloque ningún impedimento en el camino de ese Martel. Falquián, ¿qué es exactamente lo que nos aguarda allá fuera?

— Explicádselo, Berit — indicó Falquián al flaco novicio —. Vos sois quien los ha visto realmente.

— Sí, mi señor — acordó Berit —. Tenemos lamorquianos que bajan del norte, Su Ilustrísima — les informó —, y cammorianos y rendoreños procedentes del sur. Ninguno de los dos ejércitos es importante, pero, combinados, podrían suponer una seria amenaza para la Ciudad Sagrada.

— Ese ejército del sur — indicó Emban —, ¿cómo está desplegado?

— Los cammorianos van en vanguardia, Su Ilustrísima, y cubriendo los flancos. Los rendoreños se encuentran en el centro y en la retaguardia.

— ¿Llevan sus tradicionales ropajes negros rendoreños? — urgió Emban, con mirada intensa.

— Es bastante difícil precisarlo, Su Ilustrísima — respondió Berit —. Están al otro lado de los ríos, y hay mucho polvo allí. Pero parecía que iban vestidos de manera distinta de los cammorianos. Eso es todo cuanto puedo afirmar.

— Comprendo. Vanion, ¿es este joven digno de confianza?

— Es muy bueno, Su Ilustrísima — respondió Falquián en lugar de su preceptor —. Tenemos puestas grandes expectativas en él.

— Estupendo ¿Podéis prestármelo? Y me parece que también me quedaré con vuestro escudero Kurik. Necesito algo que quiero que me traigan.

— Desde luego, Su Ilustrísima — accedió Falquián —. Id con él, Berit. Kurik está en el castillo. Podéis recogerlo allí.

Emban se alejó andando como un pato seguido de cerca por Berit.

— Será mejor que nos separemos — sugirió el preceptor Komier —. Vayamos a echar una mirada a esas puertas. Ulath, venid conmigo.

— Sí, mi señor.

— Falquián — dijo Vanion —, vos vendréis conmigo. Kalten, quiero que permanezcáis cerca del patriarca Dolmant. Annias podría aprovechar la confusión, y Dolmant es el que le da más quebraderos de cabeza. Haced lo posible por mantener a Su Ilustrísima dentro de la basílica, donde está algo más seguro. — Vanion se caló el empenachado yelmo y se volvió con un revuelo de su negra capa.

— ¿Adonde nos dirigimos, mi señor? — preguntó Falquián cuando salieron de la basílica y bajaron las escalinatas que desembocaban en el gran patio de abajo.

— Iremos a la puerta sur — le confió, ceñudo, Vanion —. Quiero ponerle el ojo encima a Martel.

— De acuerdo — convino Falquián —. Sería la última persona que fuera a veniros con la cantilena de «ya os lo había advertido yo», Vanion, pero lo hice. Yo quería matar a Martel de buen principio.

— No me atosiguéis, Falquián — espetó con tirantez Vanion al tiempo que montaba a caballo con firme determinación en el semblante —. La situación ha cambiado, empero. Ahora tenéis mi permiso.

— Es un poco tarde —murmuró Falquián, subiendo a lomos de Faran.

— ¿Decíais?

— Nada, mi señor.

La puerta sur de la ciudad de Chyrellos, que no se había cerrado en el transcurso de dos siglos, presentaba un estado manifiestamente lamentable, con señales de podredumbre en la mayoría de las vigas y una gruesa capa de herrumbre en las pesadas cadenas que la ponían en funcionamiento. Vanion la observó un instante y se estremeció.

— Totalmente indefendible — dictaminó, gruñendo —. Podría derribarla de un puntapié yo solo. Subamos a las almenas, Falquián. Quiero ver esos ejércitos.

Los adarves de las murallas de la ciudad estaban repletos de ciudadanos, artesanos, mercaderes y obreros. Flotaba un aire casi festivo entre la abigarrada multitud que se arremolinaba allí, contemplando con asombro las huestes próximas.

— Vigilad a quién dais codazos — espetó beligerantemente un menestral a Falquián —. Tenemos derecho a mirar, lo mismo que vos. — Apestaba a cerveza barata.

— Idos a otro sitio a mirar, compadre — le aconsejó Falquián.

— No podéis ordenarme que me vaya. Tengo mis derechos.

— Queréis mirar, ¿no?

— Para eso he venido.

Falquián lo agarró por la pechera de su sayal de lona, lo levantó por encima del borde de la muralla y lo dejó caer. El muro tenía unos cinco metros de altura, y el borracho trabajador quedó sin resuello al chocar contra el suelo.

— El ejército avanza por ese lado, compadre — le informó solícitamente Falquián, asomándose por el parapeto y señalando hacia el sur —. ¿Por qué no vais por ahí y lo miráis más de cerca..., y así ejercitáis vuestros derechos?

— Podéis ser muy exasperante cuando os lo proponéis, Falquián — regañó Vanion a su amigo.

— No me ha gustado su actitud — gruñó Falquián —. Compadres — reto entonces a los individuos apiñados a su alrededor—, ¿querría alguien más reafirmar sus derechos? — Lanzó una ojeada por encima de la muralla y vio al ebrio menestral que avanzaba penosamente hacia la cuestionable seguridad de la ciudad, cojeando y chillando incoherentemente.

Al instante se abrió junto a las almenas un hueco para los dos pandion.

Vanion escrutó la hueste de cammorianos y rendoreños.

— Es más o menos lo que esperaba — dijo a Falquián —. El grueso de las fuerzas de Martel todavía marcha en retaguardia y están apelotonándose detrás de los puentes. — Apuntó a la vasta nube de polvo que se elevaba al sur a lo largo de varios kilómetros —. No podrá hacer llegar a esos hombres aquí hasta que casi haya oscurecido. Dudo que su despliegue haya concluido antes de mañana al mediodía. Eso nos proporciona algo de tiempo. Bajemos.

Falquián se giraba para seguir a su preceptor, pero entonces se detuvo y se volvió de nuevo. Un recargado carruaje con el emblema de la Iglesia prominentemente grabado en relieve acababa de salir por la puerta sur. El monje que lo conducía tenía un porte sospechosamente familiar. Justo antes de que el vehículo virara hacia el oeste, un hombre barbudo vestido con la sotana de un patriarca se asomó brevemente por la ventana. Dado que la carroza no se encontraba a más de treinta metros de distancia, Falquián identificó sin dificultad al supuesto clérigo.

Era Kurik.

Falquián profirió una sarta de juramentos.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Vanion.

— Voy a sostener una larga conversación con el patriarca Emban — garantizó Falquián —. Son Kurik y Berit los que viajan en aquel carruaje.

— ¿Estáis seguro?

— Reconocería a Kurik a cien metros en una noche sin luna. Emban no tenía derecho a exponerlos de ese modo al peligro.

— Es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Vamos, Falquián. Quiero ir a hablar con Martel.

— ¿Martel?

— Quizá con la sorpresa podamos sonsacarle alguna respuesta. ¿Creéis que es lo bastante arrogante como para hacer honor a una bandera de tregua... sólo para demostrar la ventaja de que ahora,dispone?

Falquián asintió lentamente.

— Es probable. El ego de Martel es una gran herida abierta. Lo haría todo por mostrarse honorable aunque tuviera que caminar en medio del fuego.

— Coincidimos en nuestra apreciación. Vayamos a comprobar si estamos en lo cierto, pero no os arrebatéis tanto intercambiando insultos con él como para olvidar mantener los ojos bien abiertos, Falquián. Lo que en realidad nos interesa es observar más de cerca su ejército. Quiero saber si se trata de escoria que ha contratado en las ferias rurales y tabernas de los caminos o de algo más serio.

Una sábana requisada — que Vanion se ofreció a pagar al asustado posadero mientras Falquián la arrancaba de una cama de las habitaciones del piso de arriba — les sirvió como bandera de tregua. Esta se ahuecaba y agitaba con aceptable donaire, sujeta a la lanza de Falquián, cuando los dos caballeros de negra armadura salieron con retumbar de cascos por la puerta sur en dirección al ejército. Cabalgaron hasta la cumbre de una colina y allí se detuvieron. Falquián hizo girar un tanto a Faran para que la brisa azotara su improvisada bandera y la hiciera visible a todos. A pesar de hallarse a cierta distancia de la vanguardia de las fuerzas de Martel, Falquián oyó distantes gritos y órdenes. Las huestes ondularon gradualmente hasta pararse y, poco después, Martel salió destacado de entre sus tropas, acompañado por uno de sus soldados. Él empuñaba también una lanza en la que ondeaba una capa blanca que guardaba un sospechoso parecido con la de un caballero cirínico.

— Me pregunto — musitó Falquián, escudriñándolo con la mirada — si podría persuadir al Bhelliom, que rescató a Ehlana de las garras de la muerte, para que hiciera lo mismo con Martel.

— Y por qué habríais de hacerlo?

— Para poder volver a matarlo, mi señor. Podría pasarme toda la vida matándolo una y otra vez sólo con que alguien me animara a hacerlo.

Vanion le asestó una muy severa mirada, pero no dijo nada.

Martel llevaba una lujosa armadura de coraza y hombreras con incrustaciones de oro y plata y acero imponentemente bruñido. Parecía de forja deirana y era mucho más elegante que el funcional recubrimiento metálico de los caballeros de la Iglesia. Cuando se encontró a pocos metros de Falquián y Vanion, hincó la lanza en el suelo y, quitándose el ornado yelmo con penacho blanco, dejó ondear su blanco pelo al compás de la agitada brisa.

— Mi señor — dijo con exagerada cortesía, inclinando la cabeza ante Vanion.

Con expresión gélida, Vanion rehusó dirigir la palabra al caballero que había expulsado de la orden pandion e indicó a Falquián que lo hiciera por él.

— Ah — exclamó Martel en un tono que hubiera podido ser de genuino pesar —. Esperaba un mejor comportamiento de vos, Vanion. Oh, bueno, hablaré con Falquián entonces. Escuchad a vuestro antojo, si os apetece.

Falquián hundió a su vez la lanza en la tierra y quitándose, asimismo, el yelmo, espoleó a Faran para que se adelantara.

— Tenéis buen aspecto, viejo amigo — apreció Martel.

— Vos también... dejando de lado esa caprichosa armadura.

—Recientemente tuve ocasión de sumirme en reflexiones — replicó Martel — He reunido una gran suma de dinero estos últimos años, pero se me antojó que no disfrutaba mucho de ella y decidí comprar unos cuantos juguetes nuevos.

— El caballo también es nuevo, ¿verdad? — Falquián observó la voluminosa montura negra de Martel.

— ¿Os gusta? Podría conseguiros uno de las mismas caballerizas, si queréis

— Me quedo con Faran.

— ¿Habéis civilizado a esa espantosa bestia?

— Digamos que me gusta tal como es. ¿Qué intenciones os han traído aquí, Martel?

— ¿No es evidente, viejo amigo? Voy a tomar la Ciudad Sagrada. Si hablara con objeto de obtener la aprobación pública, podría presentarlo mejor y utilizar la palabra «liberar», supongo, pero, dado que somos tan viejos amigos, creo que puedo permitirme la franqueza. Para expresarlo

de forma sencilla, Falquián, voy a marchar hacia la Ciudad Sagrada y, tal como suele decirse, someterla a mi voluntad.

— Queréis decir que vais a «intentarlo», Martel.

— ¿Quién va a detenerme?

— Vuestro propio buen juicio, espero. Estáis un poco trastornado, pero nunca habéis sido estúpido.

Martel le dedicó una burlona y somera reverencia.

— ¿Dónde habéis conseguido todas las tropas en tan poco tiempo?

— ¿Poco tiempo? — se mofó Martel —. No prestáis demasiada atención a las cosas, ¿eh, Falquián? Me temo que pasasteis una temporada demasiado larga en Jiroch. Con todo ese sol... — Se estremeció —. Por cierto, ¿habéis tenido recientemente noticias de la encantadora Lillias? —Le arrojó aquello con rapidez, haciendo alarde de su conocimiento de las actividades de Falquián durante los últimos diez años con la evidente intención de desconcertarlo.

— Estaba bien... la última vez que supe algo de ella. — Falquián no mostró el menor asomo de sorpresa.

— Puede que me la lleve cuando acabe todo esto. He advertido que es toda una mujer. Tal vez me divierta flirtear con vuestra antigua amante.

— Guardad mucho reposo, Martel. No creo que tengáis suficiente aguante para Lillias. Pero todavía no habéis contestado a mi pregunta.

— Podríais hallar la respuesta por vos mismo, viejo amigo, ahora que habéis refrescado un poco la memoria. Reuní a los lamorquianos mientras estaba allá arriba fomentando la discordia entre el barón Almstrom y el conde Gerrich. Los mercenarios cammorianos están siempre disponibles. Todo cuanto hube de hacer fue propagar la convocatoria, y vinieron corriendo. Los rendoreños no fueron difíciles de convencer una vez que hube liquidado a Arasham. Ya que lo menciono, no paraba de graznar «Cuerno de carnero» mientras agonizaba. ¿Podría ser por casualidad ésa la contraseña secreta que inventasteis? Muy vulgar, Falquián. De lo más carente de imaginación. El nuevo líder espiritual de Rendor es un hombre mucho más maleable.

— Lo conozco — dijo secamente Falquián —. Os deseo que gocéis en su compañía.

— Oh, Ulesim no es tan desagradable... siempre que uno se mantenga contra el viento cuando está con él. Sea como fuere, desembarqué en Arcium, saqueé e incendié Coombe y avancé hasta Larium. Debo decir, sin embargo, que Wargun disfrutó de lo lindo al llegar allí. Entonces me marché y lo obligué a seguirme dando interminables rodeos hasta Arcium. Fue una manera de entretenerme mientras esperaba la noticia del deceso del venerable Clovunus. ¿Le dedicasteis un digno funeral, por cierto?

— Estuvo bastante a la altura.

— Siento habérmelo perdido.

— Hay algo más que deberíamos sentir, Martel. Annias no va a poder pagaros. Ehlana se ha recuperado y ha vuelto a cortarle el acceso al tesoro.

— Sí, ya lo había oído... Me lo contaron la princesa Arissa y su hijo. Los liberé de ese convento como favor al primado de Cimmura. Aunque se produjo un pequeño malentendido mientras lo hacía, y todas las monjas de esa comunidad murieron de manera harto repentina. Lamentable, tal vez, pero los religiosos no deberíais involucraros en asuntos políticos. Mis soldados también incendiaron el convento cuando ya nos íbamos. Le transmitiré vuestros mejores deseos a Arissa cuando me reúna con mis tropas. Viene hospedándose en mi pabellón desde que partimos de Demos. Los horrores de su cautiverio la han desanimado un tanto, y yo le he ofrecido todo el consuelo posible.

— Otra mala pasada que añadir a mi cuenta, Martel — dijo, haciendo rechinar los dientes, Falquián.

— ¿Otra qué?

— Esas monjas son otro motivo que tengo para mataros.

— Probad a hacerlo cuando queráis, viejo amigo. Pero ¿cómo demonios hicisteis para curar a Ehlana? En Rendor me aseguraron que no existía cura posible.

— Vuestros informantes estaban en un error. Averiguamos cuál era la cura en Dabour. Ésa es la razón por la que Sephrenia y yo nos encontrábamos allí. Podríamos decir que el hecho de desbaratar vuestros planes en la tienda de Arasham no fue más que una gratificación suplementaria.

— Me enfadé de veras con vos por eso, ¿sabéis?

— ¿Cómo vais a pagar a vuestras tropas?

— Falquián — señaló fatigadamente Martel —, estoy a punto de capturar la ciudad más rica del mundo. ¿Tenéis noción de los botines que pueden juntarse en el interior de los muros de Chyrellos? Mis soldados se sumaron gustosamente a mi campaña, sin promesa de paga alguna, sólo por la posibilidad de pasearse por allá adentro.

— En ese caso confío en que estarán preparados para sostener un asedio prolongado.

— No va a costarme tanto entrar, Falquián. Annias me abrirá las puertas.

— Annias no dispone de tantos votos en la jerarquía para hacer eso.

— Abrigo grandes esperanzas de que mi presencia aquí alterará de algún modo los votos. ,

— ¿Querríais dejar sentado el desenlace aquí y ahora? ¿Vos y yo solos? — ofreció Falquián.

— ¿Por qué debería hacerlo cuando cuento ya con la ventaja, viejo amigo? ' '

— De acuerdo. Tratad pues de entrar en Chyrellos y quizá nos encontremos en uno de esos callejones a los que sois tan aficionado.

— Ansío que llegue el día, querido hermano. —Martel sonrió — Y bien, Vanion, ¿me ha sacado suficientes respuestas vuestro mono amaestrado aquí presente, o debería continuar?

— Regresemos — indicó bruscamente Vanion a Falquián.

— Es siempre un placer conversar con vos, lord Vanion —gritó burlonamente Martel mientras se alejaban.

— ¿De veras creéis que el Bhelliom podría levantarlo de la tumba? — preguntó Vanion a Falquián de vuelta a la ciudad—. No me importaría matarlo una vez o dos.

— Podemos consultar a Sephrenia, supongo.

Volvieron a reunirse en el estudio tapizado de rojo de sir Nashan, el corpulento pandion que regentaba el castillo de Chyrellos. A diferencia de las fortalezas de las demás órdenes, aquélla se encontraba dentro del recinto que delimitaban las murallas de la antigua ciudad interior, la Chyrellos originaria. Cada uno de los preceptores presentó un informe sobre una de las puertas de la ciudad. Abriel, como comendador más viejo, se puso en pie.

— ¿Qué os parece, caballeros? — planteó —. ¿Existe alguna posibilidad de que podamos impedir la caída de toda la ciudad?

— Es absolutamente imposible, Abriel — se pronunció sin paliativos Komier —. Esas puertas no impedirían el paso ni a un rebaño de ovejas e, incluso contando a los soldados eclesiásticos, carecemos de suficientes hombres para mantener a raya la clase de fuerza congregada allá afuera.

— Estáis pintando un sombrío panorama, Komier — observó Darellon.

— Lo sé, pero no veo muchas opciones. ¿Y vos?

— Tampoco.

— Disculpad, mis señores — intervino deferencialmente sir Nashan —, pero no acabo de comprender lo que os proponéis.

— Habremos de retirarnos a las murallas de la ciudad interior, Nashan — le respondió Vanion.

— ¿Y abandonar el resto? — exclamó Nashan —. Mis señores, ¡estamos hablando de la mayor, de la más rica ciudad del mundo!

—No tenemos otra alternativa, sir Nashan — explicó Abriel —. Los muros de la ciudad interior fueron construidos en la antigüedad y son mucho más elevados y fuertes que los que rodean el resto de Chyrellos, los cuales tienen ante todo un cometido ornamental. Podemos defender la ciudad interior, como mínimo durante un tiempo, pero no hay esperanzas de salvar la totalidad de la población.

—Deberemos decidir algunas cuestiones sumamente desagradables — previó el preceptor Darellon —. Si nos parapetamos en los muros interiores, vamos a tener que cerrar las puertas al común de la población. No disponemos de suficientes provisiones en la vieja ciudad para mantener a tanta gente.

— De todas formas, no podremos hacer nada hasta que nos hallemos al mando de los soldados eclesiásticos —señaló Vanion—. Somos cuatrocientos, y no podríamos resistir el ataque del ejército de Martel.

— Es posible que yo pueda ayudaros en este punto — anunció el patriarca Emban, recostado en un espacioso sillón, con las regordetas manos apoyadas en la barriga —. Ello dependerá, no obstante, del grado de arrogancia que alcance Makova por la mañana. — Emban se había mostrado evasivo cuando Falquián le había exigido alguna explicación respecto a qué habían ido a hacer Kurik y Berit en su salida en carruaje.

— Vamos a disfrutar de cierta ventaja táctica — dijo pensativamente Komier—. Las tropas de Martel se componen de mercenarios y, en cuanto entren en la ciudad exterior, van a detenerse para conseguir un sustancioso botín. Eso nos proporcionará más tiempo.

— Eso también va a tener distraída a una parte considerable de la jerarquía — señaló, riendo entre dientes, Emban —. Muchos de mis colegas patriarcas tienen lujosas casas fuera de las murallas interiores y me imagino que contemplarán el saqueo con cierta angustia. Eso podría reducir su entusiasmo por la candidatura del primado de Cimmura. Mi casa, sin embargo, se encuentra en el interior de las viejas murallas. Yo me hallaré en condiciones de pensar con claridad... y también vos, ¿no es cierto, Dolmant?

— Sois un mal hombre, Emban — lo acusó Dolmant.

— Pero Dios aprecia mis esfuerzos, Dolmant, por más sinuosos o clandestinos que sean. Todos nosotros vivimos con el fin de servir... cada uno a su manera. — Hizo una pausa, frunciendo ligeramente el entrecejo—. Ortzel es nuestro candidato. Yo habría preferido elegir a otra persona, pero hoy por hoy hay una oleada de conservadurismo en la Iglesia, y Ortzel es tan conservador que ni siquiera cree en el fuego. Podríamos malearlo un poco, Dolmant. No es lo que se dice un individuo atractivo.

— Ese es un problema nuestro, Emban..., vuestro y mío — apuntó Dolmant—. Creo que por el momento debemos preocuparnos por las cuestiones militares.

— Sospecho que el próximo paso a tomar será trazar vías de retirada — opinó Abriel —. Si el patriarca de Usara aquí presente consigue transferir el mando de los soldados eclesiásticos a nuestras manos, deberemos hacer que se replieguen rápidamente dentro de las murallas interiores antes de que la población se dé cuenta de lo que estamos haciendo. Si no, tendríamos multitudes de refugiados aquí con nosotros.

— Esto es brutal — los riñó Sephrenia —. Estáis abandonando a gente inocente a merced de hordas de salvajes. Los hombres de Martel no se satisfarán meramente con mirar. Es seguro que se producirán atrocidades allá afuera.

— La guerra nunca es civilizada, pequeña madre — se lamentó, con un suspiro, Dolmant—. Y otra cosa: a partir de ahora, nos acompañaréis a la basílica todos los días. Quiero que os halléis en un lugar donde podamos protegeros.

— Como queráis, querido — aceptó la estiria.

— Supongo que no querréis concederme el favor de dejarme deslizarme afuera de las murallas interiores antes de cerrar las puertas, ¿verdad? —preguntó Talen a Falquián con expresión pesarosa.

— No — respondió éste —, pero ¿para qué ibas a querer estar afuera?

— Para participar yo también del botín, naturalmente. Esta es una oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida.

— ¿No irías a colaborar en el pillaje de casas, Talen? — inquirió, escandalizado, Bevier.

— Por supuesto que no, sir Bevier. Dejaría que lo hicieran los soldados de Martel. Será cuando estén de vuelta en las calles con los brazos cargados de cosas robadas cuando los ladrones de

Chyrellos entrarán en acción y se lo birlarán. Preveo que Martel va a perder muchos hombres en los próximos días. Casi puedo garantizar que va a declararse entre sus filas una epidemia de heridas de navaja antes de que todo acabe. Hay mendigos allá afuera que no tendrán que volver a pedir limosna. — El muchacho suspiró de nuevo —. Estáis privando a mi infancia de toda diversión, Falquián — acusó.

— No existe el más mínimo peligro, hermanos míos — se mofó Makova a la mañana siguiente cuando la jerarquía se volvió a reunir —. El comandante de mi propia guardia personal, el capitán Gorta...

— Calló un momento para asestar a los preceptores de las órdenes militantes una dura mirada, en la que era manifiesto el rencor que aún les guardaba por la repentina muerte del anterior capitán de sus tropas —. Es decir, el capitán Erden salió con gran riesgo para su persona a interrogar más detenidamente a esos peregrinos, y me asegura que no son más que eso, peregrinos, fieles hijos de la Iglesia, y que realizan esta peregrinación a la Ciudad Sagrada para unir sus voces a las nuestras en acción de gracias cuando el nuevo archiprelado sea elevado al trono.

— Realmente sorprendente, Makova — señaló, arrastrando las palabras, el patriarca Emban —. El caso es que yo envié observadores por mi cuenta a las afueras y elaboraron un informe diametralmente distinto. ¿Cómo creéis que podemos reconciliar esas diferencias?

— El patriarca de Usara es de sobra conocido por su jocosidad — dijo Makova, tras esbozar una breve y casi gélida sonrisa —. Es en efecto un divertido y alegre compañero cuyas graciosas bromas relajan con frecuencia nuestra tensión en difíciles momentos, pero ¿es realmente éste el momento indicado para la hilaridad, mi querido Emban?

— ¿Me veis sonreír, Makova? — El tono empleado por Emban era tan mordiente como una daga arrojada a los riñones. Se puso en pie gruñendo —. Lo que mi gente informa es, queridos hermanos, que esa horda de supuestos peregrinos que se halla frente a nuestras puertas lo es todo menos amistosa.

— Tonterías — espetó Makova.

— Tal vez — concedió Emban —, pero me he tomado la libertad de hacer que trajeran aquí a la basílica a uno de esos «peregrinos» para que podamos examinarlo con mayor detención. Es posible que no se avenga a hablar mucho, pero es mucha la información que puede extraerse de la observación de la conducta, el porte, el origen de un hombre... e incluso de sus ropas. — Emban dio una repentina palmada sin dar tiempo a que Makova objetara algo o ejerciera su autoridad.

Se abrió la puerta de la sala y Kurik y Berit entraron sujetando por los talones el cuerpo inerte de un individuo vestido con túnica negra, que, al ser arrastrado, iba dejando una alargada mancha de sangre en el suelo de mármol.

— ¿Qué estáis haciendo? — medio chilló Makova.

— Meramente presentar evidencia, Makova. No puede tomarse ninguna decisión racional sin efectuar un minucioso examen de las pruebas, ¿no es así? — Emban señaló un punto no alejado del atril —. Poned al testigo aquí — indicó a Kurik y Berit.

— ¡Os lo prohíbo! — vociferó Makova.

— Prohibición no acatada, viejo amigo. — Emban se encogió de hombros —. Es demasiado tarde ahora. Todos los presentes han visto ya a este hombre, y todos sabemos qué es, ¿no es cierto? —Emban se acercó con paso torpe al cadáver que yacía espatarrado en el mármol —. Todos podemos deducir por las facciones de este hombre cuál era su nación de origen, y su ropa negra la confirma. Hermanos míos, lo que tenemos aquí era evidentemente un rendoreño.

— Patriarca Emban de Usara — declaró Makova, desesperado —. Os arresto bajo la acusación de asesinato.

— No seáis estúpido, Makova — replicó Emban —. No podéis detenerme mientras la jerarquía está reunida. Además, nos encontramos en el interior de la basílica, y me acojo a su refugio. — Miró a Kurik —. ¿De veras tuvisteis que matarlo? — preguntó.

— Sí, Su Ilustrísima — respondió el fornido escudero —. La situación lo hizo necesario..., pero

ofrecimos una breve plegaria por él después.

— Un detalle muy ejemplar, hijo mío — aprobó Emban —. Por consiguiente os otorgaré a vos y a vuestro joven compañero la plena absolución por la parte que os corresponde en el acto de mandar a este miserable hereje a comparecer ante la infinita misericordia de Dios.

— El gordo patriarca paseó la mirada por la sala —. Ahora — dijo —, volvamos a nuestro interrogatorio de este «peregrino». Tenemos aquí a un rendoreño... armado con una espada, como habréis visto. Dado que los únicos rendoreños que se encuentran actualmente en esta zona del continente eosiano son eshandistas, debemos concluir que este «peregrino» lo era también. Habida cuenta de los puntos de vista que sostienen, ¿sería creíble que los herejes eshandistas vinieran a la Ciudad Sagrada para celebrar la elevación de un nuevo archiprelado? ¿Acaso nuestro hermano Makova ha convertido milagrosamente a los paganos del sur a la adoración del Dios verdadero y los ha incorporado al rebaño de nuestra Santa Madre Iglesia? Hago una pausa para escuchar la respuesta del estimado patriarca de Coombe. — Permaneció inmóvil mirando expectantemente a Makova.

— Me alegra francamente tenerlo de nuestro lado — murmuró Ulath al oído de Tynian.

— Ciertamente.

— Ah — exclamó Emban al ver que Makova se quedaba mirándolo sin saber qué hacer —. Era demasiado esperar, supongo. Debemos pedir perdón a Dios por nuestra incapacidad para aprovechar esta ocasión de sanar la herida abierta en el cuerpo de nuestra Santa Madre. Ahora bien, nuestro pesar y nuestras amargas lágrimas de decepción no deben empañarnos los ojos e impedirnos ver la cruda realidad. Los «peregrinos» apostados junto a nuestras puertas no son lo que aparentan. Nuestro querido hermano Makova ha sido cruelmente engañado, me temo. Lo que se alza frente a las puertas de Chyrellos no es una multitud de fieles, sino un voraz ejército de nuestros más odiados enemigos que acuden con el propósito de destruir y profanar el propio centro de la verdadera fe. Nuestro destino personal, hermanos míos, carece de importancia, pero debo aconsejaros a todos que os pongáis en paz con Dios. Los tormentos que los herejes eshandistas infligen a los miembros del alto estamento eclesiástico son de sobra conocidos como para obviar la necesidad de repetirlos. Yo, por mi parte, estoy totalmente resignado a ser arrojado a las llamas. — Hizo una pausa y luego sonrió. Después juntó las manos sobre su abultada panza—. Alimentaré una alegre hoguera, no obstante.

Un coro de disimuladas risas nerviosas recorrió la estancia.

— Nuestra propia suerte, hermanos míos, es una cuestión insignificante — continuó Emban —. Lo que importa ahora es el destino de nuestra Sagrada Ciudad y el de la Iglesia. Nos enfrentamos a una cruel, aunque simple, decisión. ¿Rendimos nuestra Madre a los herejes, o luchamos?

— ¡Lucharemos! — gritó un patriarca, poniéndose apresuradamente en pie —. ¡Lucharemos!

Su grito fue repetido por muchos otros hasta que pronto la totalidad de la jerarquía estaba levantada, pronunciando con estruendo la misma palabra: «¡Lucharemos!».

Emban entrelazó las manos en la espalda con un toque de teatralidad e inclinó la cabeza. Cuando alzó el rostro, por sus mejillas resbalaba un reguero de lágrimas. Se volvió lentamente, dando a todos los presentes sobrada oportunidad de percibir su llanto.

— ¡Ay, hermanos míos! — se lamentó con voz quebrada —. Nuestros votos nos prohíben dejar a un lado nuestras sotanas y vestiduras y empuñar la espada. Nos encontramos indefensos en esta espantosa crisis. Estamos condenados, hermanos míos, y nuestra Santa Madre Iglesia va camino de la perdición con nosotros. Ay de mí que he vivido tanto tiempo que haya de presenciar este terrible día. ¿Adonde podemos acudir, hermanos? ¿Quién vendrá en nuestra ayuda? ¿Quién tiene poder para defendernos en nuestra más aciaga hora? ¿Qué clase de hombres hay en el mundo capaces de protegernos en este espeluznante y fatal conflicto?

Siguió un silencio durante el cual nadie osó respirar.

— ¡Los caballeros de la Iglesia! — dijo resollando con frágil voz un anciano desde los bancos recubiertos de cojines —. ¡Debemos recurrir a los caballeros de la Iglesia! ¡Ni los poderes del

infierno pueden vencerlos!

— ¡Los caballeros de la Iglesia! — bramó la jerarquía como si hablara con una sola voz —. ¡Los caballeros de la Iglesia!

Capítulo once

El excitado tumulto se prolongó un rato en la vasta sala. El patriarca Emban de Usara permanecía entretanto erguido en el centro del largo pavimento de mármol, como si se hubiera situado por azar exactamente en medio del alargado círculo de luz que proyectaba la redonda vidriera desde detrás del vacante trono. Cuando el estrépito de voces comenzó a amortiguarse, Emban levantó una regordeta mano.

— En efecto, hermanos míos — prosiguió, imprimiendo a su voz la nota de gravedad precisa —, los invencibles caballeros de la Iglesia podrían fácilmente defender Chyrellos, pero en estos momentos están abocados a la defensa de Arcium. Los preceptores se encuentran, naturalmente, aquí, ocupando los puestos que les corresponden entre nosotros, pero cada uno de ellos sólo cuenta con una fuerza simbólica aquí, que sin duda no es suficiente para contener a los ejércitos de la oscuridad que nos cercan. No podemos desplazar el grueso de las órdenes militantes desde las rocosas llanuras de Arcium a la Ciudad Sagrada en un abrir y cerrar de ojos; e, incluso si ello fuera factible, ¿cómo podríamos convencer a los generales de las fuerzas estacionadas en ese reino gravemente hostigado de que nuestra necesidad es mayor que la suya y convencerlos así para que dejen libres a los caballeros de acudir en nuestra ayuda?

El patriarca Ortzel de Kadach se levantó, con el severo rostro enmarcado por sus pálidos y canosos cabellos.

— Con vuestra venia, Emban — solicitó. El patriarca de Kadach era el candidato propuesto de la facción contraria a Annias, y ello confería cierta autoridad a su voz.

— Desde luego — lo animó Emban —. Aguardo anhelante escuchar las sabias palabras de mi estimado hermano de Lamorkand.

— El cometido supremo de la Iglesia es sobrevivir para poder continuar su trabajo — declaró Ortzel con voz ronca —. Toda consideración que no contemple esto debe ser secundaria. ¿Coincidimos todos en este punto?

Sonó un murmullo de asentimiento.

— Hay ocasiones en que se imponen sacrificios — prosiguió Ortzel —. Si a un hombre le ha quedado atrapada la pierna entre las rocas del fondo de un estanque sujeto a las variaciones de la marea y las aguas, en su crecida, le lamen el mentón, ¿no debería sacrificar, aun con pesar, la pierna para poder salvar la vida? Nosotros nos encontramos en pareja situación. Con pesar debemos sacrificar la totalidad de Arcium si conviene para preservar nuestra vida..., que es nuestra Santa Madre Iglesia. Lo que se nos presenta ahora, hermanos míos, es una crisis. En el pasado, la jerarquía se ha mostrado extremadamente renuente a imponer las rígidas y estrictas aplicaciones de tan extremas medidas, pero la situación que nos concierne en estos momentos es sin duda la más

severa prueba a la que se ha enfrentado nuestra Santa Madre desde la invasión de los zemoquianos hace cinco siglos. Dios nos está mirando, hermanos míos, y nos juzgará seguramente a nosotros y a nuestras capacidades para la administración de su amada Iglesia. Por todo ello, tal como exigen las leyes que nos gobiernan, pido que se lleve a cabo sin tardanza una votación. La cuestión a decidir puede expresarse de forma muy simple: ¿la presente situación en Chyrellos constituye una crisis de fe?, ¿sí o no?

— ¡Sin duda — exclamó Makova con los ojos desorbitados por el desconcierto —, sin duda la situación no es tan crítica! Ni siquiera hemos intentado todavía entrar en negociaciones con los ejércitos apostados a nuestras puertas y...

— El patriarca no habla oportunamente — lo atajó Ortzel —. La cuestión de las crisis de fe no admite discusión alguna.

— ¡Punto de ley! — gritó Makova.

Ortzel miró de manera intimidatoria al flaco monje que cumplía la función de asesor jurídico.

— Citad la ley — ordenó.

Aquejado de violentos temblores, el monje comenzó a manotear desesperadamente entre sus libros.

— ¿Qué está pasando? — preguntó confundido Talen —. No lo entiendo.

— La crisis de fe no se invoca casi nunca —le explicó Bevier—, probablemente porque los reyes de Eosia Occidental se oponen vivamente a ello. En una crisis de fe, la Iglesia asume el control de todo: gobiernos, ejércitos, recursos, dinero..., todo.

— ¿Pero la declaración de una crisis no requeriría una votación fundamental? — inquirió Kalten —. ¿O unanimidad incluso?

— Me parece que no — contestó Bevier —. Veamos lo que dice el especialista en leyes..

— No es de todas formas algo innecesario? — observo Tynian —. Ya hemos llamado a Wargun, comunicándole que hay una crisis de fe.

— Al parecer alguien omitió decírselo a Ortzel — repuso Ulath —. Es un rigorista en asuntos legales, y no tenemos motivos para contrariar sus tendencias, ¿no creéis?

El enjuto monje se levantó con la cara mortalmente pálida y se aclaró la voz.

— El patriarca de Kadach ha citado correctamente la ley — declaro con voz chillona a causa del miedo —. La cuestión de la crisis de fe debe ser sometida a una inmediata votación secreta.

— ¿Secreta? — exclamó Makova.

— Así lo dicta la ley, Su Ilustrísima, y el resultado debe decidirse por mayoría simple.

— Pero...

— Debo recordar al patriarca de Coombe la inoportunidad de posteriores discusiones. — La voz de Ortzel restalló como un látigo —. Convoco la votación. — Miró en derredor —. Vos — espetó al clérigo sentado no lejos del alarmado Annias —, id a buscar los instrumentos necesarios. Se encuentran, según recuerdo, en el cofre que hay a la derecha del trono del archiprelado.

El aludido titubeó y miró lleno de temor a Annias.

— ¡Moveos, hombre! — tronó Ortzel.

El sacerdote se puso en pie de un salto y corrió hacia el tapado trono.

— Alguien deberá explicarme un poco mejor esto —dijo Talen con tono desconcertado.

— Más tarde, Talen —le advirtió quedamente Sephrenia, que, vestida con una pesada capa negra con ligero aspecto eclesiástico que ocultaba su raza y su sexo, permanecía sentada entre los caballeros de la iglesia, casi imperceptible entre el bulto de sus armaduras—. Ahora observemos la exquisita danza que se ejecuta ante nosotros.

— Sephrenia — la regañó Falquián.

— Lo siento — se disculpó la estiria —. No estoy considerando vuestra Iglesia como motivo de diversión; sólo todas estas enrevesadas maniobras.

Los instrumentos de voto consistían en una caja negra bastante grande, polvorienta y carente de todo adorno, y dos sencillas bolsas de cuero que mantenían fuertemente cerradas sendos sellos

lacrados de plomo.

— Patriarca de Coombe — indicó concisamente Ortzel —, vos ostentáis la presidencia. Es vuestro deber romper los sellos y hacer que se distribuyan las balotas.

Makova lanzó una rápida mirada al clérigo jurídico y éste asintió con la cabeza. Entonces Makova cogió las dos bolsas, abrió los sellos de plomo y tomó un objeto de cada una de ellas. Tenían aproximadamente el tamaño de una moneda. Uno era blanco y el otro, negro.

— Votaremos con esto — anunció, manteniendo en alto las fichas — ¿Convenimos en que el negro significa no y el blanco sí?

Siguió un murmullo de asentimientos.

— Distribuid las balotas pues — ordenó Makova a un par de jóvenes pajes —. Cada miembro de la jerarquía recibirá una blanca y otra negra. — Se aclaró la garganta —. Que Dios os infunda sabiduría, hermanos míos, y seguid los dictados de vuestra conciencia. — La cara de Makova había recobrado parte de sus colores.

— Ha estado contando los votos — señaló Kalten —. Él tiene cincuenta y nueve y piensa que nosotros sólo tenemos cuarenta y siete. No sabe nada de los cinco patriarcas que se ocultan en esa salita. Imagino la sorpresa que se va a llevar. De todas formas, va a ganar.

— Os estáis olvidando de los neutrales, Kalten — le recordó Bevier.

— Se abstendrán. Todavía siguen pendientes de los sobornos. No se atreverán a ofender a ninguno de los bandos.

— No pueden abstenerse, Kalten — lo disuadió Bevier —, no en esta votación. La ley de la Iglesia ordena que se pronuncien claramente en esta cuestión.

— ¿Dónde aprendisteis tanto sobre estas cosas, Bevier?

— Os dije que estudié historia militar.

— ¿Y qué tiene que ver la historia militar con esto?

— La Iglesia declaró una crisis de fe durante la invasión zemoquiana. Lo analicé como parte de mis estudios.

— Oh.

Mientras los dos pajes distribuían las fichas, Dolmant se levantó y se dirigió a las puertas. Allí habló un momento con los miembros de la guardia del archiprelado que se encontraban afuera y regresó a su asiento. Cuando los dos muchachos que repartían las balotas se encontraban casi al final de la cuarta fila de bancos de mullidos cojines carmesí, la puerta se abrió y por ella entraron los cinco nerviosos patriarcas que habían estado escondiéndose.

— ¿Qué significa esto? — Makova tenía los ojos desorbitados.

— La intervención del patriarca de Coombe es inoportuna — le reiteró Ortzel, que parecía disfrutar repitiéndole lo mismo a Makova —. Hermanos míos — se dispuso a dirigirse a los cinco recién llegados —, en estos momentos votamos...

—Es responsabilidad mía informar a nuestros hermanos — protestó con vehemencia Makova.

— El patriarca de Coombe se equivoca —señaló el patriarca con calma —. He sido yo quien ha planteado la cuestión a la jerarquía y, por tanto, la responsabilidad es mía.

Explicó sucintamente el procedimiento a seguir a los cinco patriarcas, insistiendo en la gravedad del caso, algo que Makova habría sin duda omitido.

Makova recobro la compostura.

— Está volviendo a contar los votos — murmuró Kalten —. Aún tiene más que nosotros. Ahora todo depende de los neutrales.

La caja negra quedó situada sobre una mesa delante del atril de Makova y los patriarcas desfilaron, depositando una de las balotas en la ranura del arca. Algunos dejaban ver a las claras el color de la pieza que introducían y otros no.

— Yo me encargaré del recuento — declaró Makova.

— No — se opuso de plano Ortzel —, al menos no solo. He sido yo el que ha planteado la cuestión a la jerarquía, y yo os ayudaré.

— Cada vez me gusta más Ortzel — confió Tynian a Ulath.

— Sí — acordó Ulath —. Tal vez lo juzgamos mal.

El semblante de Makova fue ensombreciéndose a medida que él y Ortzel contaban los votos. El recuento prosiguió dominado por un impresionante silencio.

— Ya está — declaró concisamente Ortzel —. Anunciad los totales, Makova.

— El resultado es de sesenta y cuatro sí y cincuenta y seis no — murmuró de forma casi inaudible, dirigiendo una rápida mirada de disculpa a Annias.

— Repetidlo, Makova — instó Ortzel —. Algunos de nuestros hermanos no os han oído.

Makova le asestó una mirada cargada de odio y reiteró los resultados en voz más alta.

— ¡Los neutrales están con nosotros! — se regocijó Talen —, y le hemos robado tres votos a Annias también.

— Bien — dijo apaciblemente Emban —, me alegra que este asunto quede zanjado. Tenemos muchas cuestiones que dirimir y nuestro tiempo es escaso. ¿Es correcta mi suposición de que es la voluntad de la jerarquía que mandemos llamar de inmediato a los caballeros de la iglesia, así como a los ejércitos de Eosia Occidental, para que acudan en nuestra defensa sin la menor dilación?

— ¿Vais a dejar el reino de Arcium a merced de su suerte, Emban? — preguntó Makova.

— ¿Qué es realmente lo que amenaza a Arcium en estos momentos, Makova? Todos los eshandistas están acampados fuera de nuestras murallas. ¿Queréis que iniciemos otra votación?

— Fundamento —reclamó Makova, insistiendo en una mayoría de un sesenta por ciento para decidir ese punto.

— Punto de ley — replicó Emban, con una expresión casi beatífica en su gordo rostro. Miró al encargado de las cuestiones jurídicas—. ¿ Que dice la ley respecto al fundamento en las presentes circunstancia ? — inquirió.

— Con excepción única de la elección de un archiprelado, no se requieren votaciones fundamentales en épocas de crisis de fe Su Ilustrísima — respondió el monje.

— Así me lo parecía. — Emban sonrió —. Y bien, Makova, ¿votamos o no?

— Retiro la cuestión de fundamento — concedió a regañadientes Makova —, pero ¿cómo os proponéis exactamente hacer salir un mensajero de una ciudad sitiada?

— Como sin duda sabrán mis hermanos — tomó la palabra Ortzel volviendo a levantarse —, soy lamorquiano. Allí estamos muy acostumbrados a los asedios. Esta noche he enviado a veinte de mis hombres disfrazados a las afueras de la ciudad e incluso más allá. Están esperando la señal que en estos precisos instantes se eleva en forma de una espiral de humo rojo de la cúpula de esta misma basílica. De ello deduzco que ya están cabalgando a rienda tendida hacia Arcium... Al menos así debería ser, si saben lo que les conviene.

— Va a acabar gustándome. — Kalten sonreía.

— ¿Osasteis hacer esto sin el consentimiento de la jerarquía en pleno, Ortzel? — se escandalizó Makova.

— ¿Existía alguna duda acerca del resultado de la votación, Makova?

— Empiezo a captar un fuerte olor a confabulación aquí —dijo animadamente Sephrenia.

— Hermanos míos — continuó Emban —, la crisis a la que nos enfrentamos es a todas luces de carácter militar y, salvo contadas excepciones, nosotros no somos militares. ¿Cómo podemos evitar los errores, la confusión, las demoras que eclesiásticos no formados e ignorantes del mundo han de provocar inevitablemente al tratar complejidades que desconocen? La dirección del patriarca de Coombe ha sido ejemplar y estoy seguro de que todos nos unimos unánimemente al expresarle nuestra sentida gratitud, pero, por desgracia, el patriarca de Coombe no está más versado en las artes militares que yo, y lo confesaré sin apuro, hermanos míos: yo soy incapaz de distinguir una espada de otra. — Esbozó una amplia sonrisa —. Como es harto evidente, mi entrenamiento se ha realizado más con utensilios de mesa que con herramientas de guerra. Aceptaría, no obstante, encantado cualquier desafío concerniente a esa área. Mi contrincante y yo podríamos participar alegremente en un duelo a muerte ocupados en degustar un buen buey asado.

La jerarquía rió la broma, lo cual contribuyó a relajar la tensión.

— Necesitamos un militar, hermanos míos — prosiguió Emban — Ahora necesitamos un general en lugar de un presidente. Contamos en nuestras filas con cuatro generales que son, claro está, los preceptores de las cuatro órdenes.

Se produjo una excitada agitación, pero Emban la contuvo alzando una mano.

— Ahora bien — reanudo su alocución —, ¿nos atrevemos a distraer a uno de estos insuperables genios militares de la vital tarea de defender Chyrellos? Creo que no. ¿Dónde buscaremos pues? — Hizo una pausa — Debo incumplir una solemne promesa que formulé a uno de mis hermanos — confesó —. Ruego que tanto él como Dios sean capaces de hallar en sus corazones la bondad para perdonarme. Disponemos, de hecho, de un hombre con formación militar entre nosotros, queridos hermanos. En su modestia, él nos había ocultado este hecho, pero una humildad que nos priva de su talento en tiempos de crisis no se corresponde con la virtud. — Su redonda cara adoptó una expresión de sincero pesar —. Perdonadme, Dolmant — dijo —, pero no me da elección. Mi deber para con la Iglesia antecede incluso al dedicado a un amigo.

Dolmant lo miró con gelidez.

— Supongo — confió, suspirando — que, cuando concluya esta reunión, mi querido hermano de Demos me lacerará rigurosamente, pero estoy bien acolchado y las magulladuras no serán tan visibles... espero. En su juventud, el patriarca de Demos fue acólito de la orden pandion y...

Se produjo un súbito parloteo inconexo en la estancia.

— El preceptor Vanion de dicha orden — continuó, elevando la voz, Emban —, que era a su vez novicio por la misma época, me asegura que nuestro santo hermano de Demos era un consumado guerrero y podría fácilmente haber ascendido al rango de preceptor de no haber hallado nuestra Santa Madre otras aplicaciones para sus vastos talentos. — Volvió a guardar silencio —. Loemos a Dios, hermanos míos, porque nunca hubimos de tomar tal decisión. Elegir entre Vanion y Dolmant habría sido posiblemente una tarea que se halla fuera del alcance de nuestra sabiduría conjunta. — Siguió hablando un rato, colmando de alabanzas a Dolmant, y después miró en derredor —. ¿Cuál es nuestra decisión, hermanos? ¿Imploraremos a nuestro hermano de Demos que nos guíe en estos momentos en que estamos amenazados por el más grave peligro?

Makova se quedó mirándolo y abrió la boca un par de veces como si estuviera a punto de hablar, pero en cada ocasión la cerró de golpe.

Falquián colocó las manos en el respaldo del banco de delante e, inclinándose, habló en voz queda al anciano monje allí sentado.

— ¿Acaso se ha quedado de repente mudo el patriarca Makova, compadre? Habría dicho que a estas alturas ya estaría subiéndose por las paredes.

— En cierto sentido sí se ha quedado mudo, caballero — respondió el monje —. Existe una antigua costumbre, una norma casi podría decirse en la jerarquía, que prohíbe que un patriarca proponga su propia candidatura para cualquier puesto, por más insignificante que éste sea. Se considera como una falta de modestia.

— Loable costumbre, ésa — apreció Falquián.

— Yo también lo veo así, caballero. — El monje sonrió —. No sé por qué, Makova suele producirme somnolencia.

— A mí también — confesó Falquián, sonriéndole a su vez—. Supongo que ambos deberíamos rezar para fortalecer nuestra paciencia... Un día de éstos.

Makova miró desesperado a su alrededor, pero ninguno de sus amigos se decidió a hablar, bien porque no tuvieran nada que decir en su favor o bien porque previeran el escaso éxito de su propuesta.

— Votemos — propuso de forma un tanto hosca.

— Buena idea, Makova — aceptó, complacido, Emban —. Pongámonos manos a la obra. El tiempo vuela.

En aquella ocasión fueron sesenta y cinco votos favorables a que Dolmant asumiera la

presidencia y cincuenta y cinco los contrarios. Otro de los partidarios del primado de Cimmura había cambiado de facción.

— Mi hermano de Demos — dijo Emban a Dolmant cuando se hubo finalizado y anunciado el resultado del recuento —, ¿seríais tan amable de adoptar el puesto de presidente?

Dolmant se adelantó en tanto que Makova recogía malhumoradamente sus papeles y se alejaba con paso majestuoso del atril.

— Me honráis hasta un punto que supera mi capacidad de expresar gratitud, hermanos míos — agradeció Dolmant —. Por ahora, me limitaré a decir gracias de manera que podamos pasar a tratar sin dilación la crisis que nos afecta. Nuestra necesidad más perentoria es una fuerza más numerosa bajo el mando de los caballeros de la Iglesia. ¿Cómo podemos conseguirla?

— La fuerza de que habla nuestro venerado presidente se halla a nuestro alcance, hermanos míos —anunció a la asamblea Emban, que ni se había molestado en sentarse—. Cada uno de nosotros tiene un destacamento de soldados eclesiásticos a su disposición. En vista de la vicisitud actual, propongo que de inmediato transfiramos el control de dichas tropas a las órdenes militantes.

— ¿Nos despojaréis de nuestra única protección, Emban? — protestó Makova.

— La salvaguarda de nuestra Sagrada Ciudad es mucho más importante, Makova — replicó Emban —. ¿Dirá la historia de nosotros que fuimos tan cobardes que negamos nuestra ayuda a nuestra Santa Madre en su hora de congoja movidos por la timidez y una timorata preocupación por nuestro propio pellejo? Quiera Dios que tan medroso tipo de persona no nos contamine con su presencia. ¿Qué responde la jerarquía? ¿Haremos este insignificante sacrificio en beneficio de la Iglesia?

El rumor de asentimientos tuvo una ligera nota de aflicción en ciertas alas.

— ¿Desea algún patriarca solicitar una votación al respecto? — inquirió Dolmant con fría corrección, paseando la mirada por las ahora silenciosas gradas —. En ese caso, que el secretario deje constancia de que la propuesta del patriarca de Usara ha sido aceptada por aclamación unánime. Los escribanos redactarán después documentos pertinentes que habrá de firmar cada uno de los miembros de la jerarquía, transfiriendo el mando de su destacamento individual de soldados eclesiásticos a las órdenes militantes para que éstas organicen la defensa de la ciudad. — Hizo una pausa —. ¿Quiere alguien hacerme el favor de solicitar al comandante de la guardia personal del archiprelado que se presente ante la jerarquía?

Un sacerdote se deslizó por la puerta y poco después entró un musculoso oficial pelirrojo, con un bruñido peto y armado con un escudo repujado y una anticuada espada corta. Su expresión mostraba a las claras que estaba al corriente de la llegada del ejército.

— Una pregunta, coronel — le dijo Dolmant —. Mis hermanos me han pedido que presida sus deliberaciones. En ausencia de un archiprelado, ¿hablo yo en su lugar?

— Así es, Su Ilustrísima — admitió el coronel tras reflexionar un momento, evidenciando cierta complacencia.

— Esto es inaudito — protestó Makova, sin duda reconcomido por no haber sacado ventaja de aquella escondida norma durante su propia presidencia.

— También lo es la situación, Makova — le hizo ver Dolmant —. En la historia de la Iglesia únicamente se ha declarado cinco veces una crisis de fe, y, en cada uno de dichos períodos, un vigoroso archiprelado ocupaba el trono que tan tristemente se alza vacío ante nosotros. Afrontados a circunstancias tan extraordinarias, debemos improvisar. Esto es lo que vamos a hacer, coronel. Todos los patriarcas van a firmar un documento cediendo el mando de sus destacamentos individuales a los caballeros de la Iglesia. Para ahorrar tiempo e innecesarias discusiones, en cuanto dichos documentos estén firmados, vos y vuestros hombres escoltaréis a cada uno de los patriarcas hasta los cuarteles de sus diversas fuerzas, donde cada cual confirmará en persona su orden escrita. — Se volvió entonces hacia los preceptores —. Lord Abriel — dijo —, ¿asignaréis vos y vuestros compañeros preceptores caballeros para que tomen a su cargo a los soldados y los reúnan en un lugar de vuestra elección? Nuestro despliegue debe ser rápido y decidido.

— Lo haremos de buen grado, Su Ilustrísima — aceptó, poniéndose en pie, Abriel.

— Gracias, mi señor Abriel — correspondió Dolmant antes de volver la mirada a las filas de la jerarquía, que se levantaban grada a grada, sobre el —. Hemos hecho lo que estaba en nuestras manos, hermanos míos — aseveró — Ahora parece lo más apropiado que procedamos de inmediato a traspasar nuestros soldados a los caballeros de la Iglesia y pues tal vez podamos dedicarnos a buscar consejo en Dios. Quizás él en su infinita sabiduría, nos sugiera otras medidas que podamos adoptar para defender su amada Iglesia. Por lo tanto, sin objeción, la jerarquía suspende sus reuniones hasta que el tiempo de crisis haya pasado.

— Brillante — se admiró Bevier —. En una serie de golpes magistrales han arrebatado el control de la jerarquía a Annias, le han despojado de sus soldados e impedido la celebración de ulteriores votaciones mientras nosotros no estemos aquí para detenerlos.

— Es una lástima que haya terminado tan deprisa — se lamentó Talen—. Tal como están las cosas, sólo necesitamos un voto más para elegir nuestro propio archiprelado.

Falquián sentía un inmenso regocijo cuando, en compañía de sus amigos, se sumó a la multitud que se aglomeraba en la puerta de la sala de audiencia. Aun cuando Martel siguiera representando una grave amenaza para la Ciudad Sagrada, habían logrado sustraer el control de la jerarquía a Annias y sus secuaces, y la debilidad de su dominio sobre sus votos había quedado patente con la defección de cuatro de sus patriarcas sobornados. Mientras se disponía a alejarse a paso lento de la estancia, volvió a notar aquella sensación de abrumadora aprensión que ya le era familiar. Se volvió a medias y, aquella vez, incluso la vio parcialmente. La sombra se encontraba detrás del trono del archiprelado, dando la impresión de ondular mansamente en la penumbra. Falquián se llevó la mano a la pechera de la sobreveste para asegurarse de que el Bhelliom seguía en su sitio. La joya estaba segura, y sabía que el cordel de la bolsa ceñía con fuerza su embocadura. Su razonamiento había resultado, al parecer, algo erróneo. La sombra podía aparecer independientemente del Bhelliom. Se hallaba incluso allá adentro, en el edificio más sagrado de la fe elenia. Había pensado que, de todos los lugares, en aquél se vería libre de ella, pero no era así. Turbado, continuó saliendo con sus amigos de la sala que ahora se le antojaba oscura y helada.

El atentado contra la vida de Falquián se produjo casi inmediatamente después de ver la sombra. Un monje con la cara tapada por la capucha, uno de tantos entre la muchedumbre agolpada en la puerta, se volvió de improviso e impulsó una pequeña daga directamente a la cara del alto pandion, que no protegía entonces la visera. Fue sólo gracias a sus reflejos bien entrenados que salió con vida de aquélla. Sin pensarlo, detuvo el ímpetu de la mano que empuñaba la daga con su antebrazo acorazado y luego aferró al monje, el cual, con un grito de desesperación, se clavó la reducida arma en su propio costado. Luego se puso rígido, y Falquián notó el violento estremecimiento que le recorrió el cuerpo. El clérigo perdió toda expresión en el semblante y se vino abajo desmadejado.

— ¡Kalten! — susurró Falquián a su amigo —. ¡Échame una mano. Manténlo en pie.

Kalten se apresuró a colocarse al otro lado del cadáver del monje y lo tomó del brazo.

— ¿No se encuentra bien nuestro hermano? — les preguntó otro eclesiástico cuando trasponían el umbral.

— Se ha desmayado — repuso Kalten con desenvoltura —. Hay personas que no soportan las multitudes. Mi amigo y yo vamos a llevarlo alguna habitación apartada para que recobre el aliento.

— muy hábil — lo halagó Falquián.

— Ves, Falquián? Puedo pensar yo sólito. — Kalten señaló con la cabeza la puerta de una antesala próxima —. Llevémoslo allí y examinémoslo.

Arrastraron al muerto hasta allí y cerraron la puerta tras ellos. Kalten le arrancó la daga del costado.

— No es un arma muy penetrante — observó con desdén.

— Era suficiente — gruñó Falquián —. Un simple rasguño con ella lo ha dejado tieso como una tabla.

— ¿Veneno? — apuntó Kalten.

— Probablemente..., a menos que el espectáculo de su propia sangre haya podido con él. Observémoslo. — Falquián se inclinó y abrió el hábito del monje.

El «monje» era un rendoreño.

— ¿No es interesante? — ironizó Kalten —. Parece que ese ballestero que ha estado intentando matarte ha comenzado a solicitar ayuda.

— Quizás éste es el ballestero.

— De ningún modo, Falquián. El ballestero ha estado ocultándose entre el populacho y cualquiera que tenga un mínimo de cerebro reconocería a un rendoreño. No habría podido confundirse tranquilamente entre la multitud.

— Sin duda tienes razón. Dame la daga. Se la enseñaré a Sephrenia.

— Martel no quiere realmente enfrentarse a ti, ¿no es cierto?

— ¿Qué te hace pensar que Martel está detrás de esto?

— ¿Qué te hace pensar lo contrario? ¿Qué hacemos con esto?

— Kalten señaló al cadáver tendido en el suelo.

— Dejarlo. Los vigilantes de la basílica acabarán por dar con él y se ocuparán de disponer de él en nuestro lugar.

Muchos de los soldados eclesiásticos presentaron su dimisión al enterarse de que eran transferidos bajo el mando de los caballeros de la Iglesia. Al menos así lo hicieron los oficiales, ya que los soldados rasos no tienen la posibilidad de renunciar a su condición. Dichas dimisiones fueron, no obstante, desestimadas, pero los caballeros tampoco pasaron por alto los sentimientos de los diversos coroneles, capitanes y tenientes que sentían intensa congoja moral por tener que seguir al frente de sus fuerzas en tales circunstancias, por lo que de buen grado despojaron a P oficiales de su rango y los enrolaron como soldados rasos. Después hicieron marchar a las tropas de rojas túnicas hacia la gran plaza de delante de la basílica para preparar su despliegue por las murallas y las puertas de la ciudad interior.

— ¿Habéis tenido algún problema? — preguntó Ulath a Tynian cuando, conduciendo cada uno un importante destacamento de soldados, se encontraron en un cruce de calles.

— Algunas dimisiones, nada más. — Tynian se encogió de hombros —. La oficialidad de esta partida se compone de nuevos miembros.

— La mía también — replicó Ulath —. Un montón de sargentos ostentan el mando ahora.

— Me he topado con Bevier hace poco — comentó Tynian mientras cabalgaban hacia la puerta principal de la ciudad interior —. Parece, no sé por qué, que él no tiene ese problema.

— El motivo debería ser bastante evidente, Tynian. — Ulath esbozó una mueca —. Se ha propagado la noticia de lo que le hizo al capitán que trató de impedirnos la entrada a la basílica. — Ulath se quitó el yelmo coronado de cuernos de ogro y se rascó la cabeza —. Creo que fue la plegaria que dirigió después lo que heló la sangre a la mayoría. Una cosa es descabezar a un nombre en el transcurso de una discusión, pero rogar luego por su alma produce misteriosamente un efecto inquietante en casi toda la gente.

— Debe de ser eso — convino Tynian. Volvió la mirada hacia los soldados que, llenos de desconsuelo, se rezagaban de camino a lo que sería probablemente escenario de combates reales. Los soldados de la Iglesia, que en su mayoría no se alistaban para luchar, consideraban la inminente prueba con una gran falta de entusiasmo —. Caballeros, caballeros — los regañó Tynian —, esto no puede ser. Debéis, como mínimo, «parecer» soldados. Hacedme el favor de enderezar esas filas e intentad marcar el paso. Después de todo, tenemos que mantener la reputación. — Calló un momento —. ¿Y qué os parece una canción, caballeros? — sugirió —. A la gente siempre le infunde coraje que los soldados marchen cantando a la guerra. Es una demostración de bravura, en fin de cuentas, que evidencia el desprecio de un hombre por la muerte y el desmembramiento.

El canto que se elevó de entre las filas era débil al principio, ante lo cual Tynian insistió en que volvieran a empezar — varias veces — hasta que los gritos vociferados a pleno pulmón por la columna satisficieron sus ganas de exhibición de entusiasmo militar.

— Sois un tipo cruel, Tynian — señaló Ulath.

—Lo sé — acordó Tynian.

Sephrenia reaccionó casi con indiferencia al enterarse del fallido ataque llevado a cabo por el rendoreño disfrazado.

— ¿Estáis seguro de que habéis visto la sombra detrás del trono del archiprelado antes del atentado? — preguntó a Falquián.

Éste asintió con la cabeza.

— Parece que nuestra hipótesis sigue siendo válida — observó casi con satisfacción. Miró la pequeña daga impregnada de veneno que se hallaba en la mesa frente a ellos —. No es el arma más adecuada para emplear contra un hombre que lleva armadura — indicó.

— Un rasguño habría bastado, pequeña madre.

— ¿Cómo habría podido arañaros con ella cuando estabais envuelto en acero?

— Trató de apuñalarme la cara, Sephrenia.

— Entonces mantened la visera bajada.

— ¿No voy a parecer ridículo?

— ¿Qué preferís? ¿Ridículo o muerto? ¿Ha presenciado el atentado alguno de nuestros amigos?

— Kalten... o cuando menos ha tenido constancia de lo ocurrido.

— Es una pena — comentó, frunciendo el entrecejo, la estiria —. Sé que confiabais en mantener esto entre nosotros, al menos hasta saber qué sucede.

— Kalten sabe que alguien ha estado intentando matarme. Todos lo saben, a decir verdad. Piensan que se trata de Martel, que está tendiéndome sus habituales trampas.

— En ese caso dejemos que sigan creyéndolo.

— Se han producido algunas deserciones, mi señor — informó Kalten a Vanion cuando el grupo se reunió en las escalinatas de la basílica —. No ha habido forma de impedir que la noticia de lo que estábamos haciendo llegara a los cuarteles más alejados.

— Era de esperar — se conformó Vanion —. ¿Ha ido alguien a observar por la muralla exterior lo que hace Martel?

— Berit ha estado vigilando, mi señor — respondió Kalten —. Ese muchacho será un pandion terriblemente bueno. Deberíamos intentar mantenerlo vivo en la medida de lo posible. Volviendo al tema, ha informado que Martel casi ha concluido su despliegue. Probablemente a estas alturas ya podría dar la orden de atacar la ciudad. Realmente me sorprende que no lo haya hecho aún. Estoy seguro de que algunos de los sectarios de Annias han llegado hasta donde se encuentra para ponerlo al corriente de lo ocurrido en la basílica esta mañana. Cada momento que deja transcurrir representa para nosotros un tiempo adicional para prepararle el recibimiento.

— La codicia, Kalten — le hizo ver Falquián a su amigo —. Martel es tan codicioso que no puede creer que su avaricia no sea universal. Prevé que trataremos de defender la totalidad de Chyrellos, y quiere darnos tiempo para que nos dispersemos de tal modo que a él le baste con pasar por encima de nosotros. Jamás sería capaz de llegar a pensar que vamos a abandonar la ciudad exterior para concentrarnos en el recinto interior.

— Sospecho que muchos de mis colegas patriarcas participan de la misma visión — confió Emban —. La votación habría sido mucho más difícil de ganar si muchos de los que poseen palacios en la ciudad de afuera hubieran sabido que nos proponíamos abandonar sus casas a Martel.

Komier y Ulath ascendieron por los escalones de mármol para reunirse con ellos.

— Vamos a tener que demoler algunas de las casas próximas a las murallas — indicó Komier —. Los que están apostados al norte de la ciudad son lamorquianos y por lo tanto utilizan ballestas. No nos conviene tener cerca ningún tejado desde el que puedan disparar. — El preceptor genidio hizo una pausa —. No tengo gran experiencia en sitios — admitió —. ¿Qué clase de artefactos deberá emplear ese Martel para asediarnos?

— Arietes — repuso Abriel —, catapultas, torres de asalto.

— ¿Qué es una torre de asalto?

— Es una especie de construcción elevada que hacen avanzar sobre ruedas hasta situarla contra la muralla. Después los soldados salen de ella e irrumpen en medio de nosotros. Es una forma de reducir las bajas que se producirían de usar escaleras de cuerda.

— Dejaremos los escombros de las casas que derribemos esparcidos sobre el pavimento, pues. Las ruedas no giran muy bien sobre pilas de materiales de construcción.

Berit llegó al galope y se abrió paso entre las filas de soldados eclesiásticos concentrados en la plaza de la basílica.

— Mis señores — dijo algo falto de aliento, después de saltar del caballo y subir corriendo las escaleras —, los hombres de Martel están comenzando a ensamblar los ingenios de asedio.

— ¿Me hará alguien el favor de explicarme esto? — solicitó Komier.

— Las máquinas se transportan en piezas, Komier — le informó Abriel —. Cuando se llega al lugar donde se va a combatir, se deben montar.

— ¿Cuánto se tarda? Los arcianos sois los expertos en castillos y sitios.

— Unas cuantas horas, Komier. Los maganeles llevarán más tiempo, ya que habrá de construirlos aquí.

— ¿Qué es un maganel?

— Una especie de catapulta de gran tamaño, demasiado grande para transportar... incluso desarmada. Se utilizan árboles enteros en su construcción.

— ¿Qué volumen de rocas puede arrojar?

— De media tonelada aproximadamente.

— Las murallas no resistirán demasiados proyectiles de ese calibre.

— Ésa es la intención, creo. No obstante, al principio pondrá en juego las catapultas normales porque le costará como mínimo una semana construir los maganeles.

— Supongo que hasta entonces las catapultas, arietes y torres nos mantendrán ocupados — constató agriamente Komier —. Detesto los asedios. — Entonces se encogió de hombros —. Será mejor que nos pongamos manos a la obra. — Miró desdeñosamente a los soldados eclesiásticos —. Veamos cómo se aplican al trabajo estos entusiastas voluntarios derribando casas y desperdigando piedras por las calles.

No mucho después de que hubiera oscurecido, algunos de los exploradores de Martel descubrieron que las murallas exteriores estaban desguarnecidas. Algunos de ellos, los más estúpidos, regresaron para informar de ello. La mayoría, no obstante, se convirtió en vanguardia

A los saqueadores. Poco menos una hora antes de medianoche, Berit despertó a Falquián y Kalten para anunciarles que había tropas en la ciudad exterior y después se volvió para irse.

— Adonde vais? — le preguntó Falquián.

— Vuelvo allá afuera, sir Falquián.

— De ningún modo. Ahora os quedáis dentro de las murallas interiores. No quiero que os maten.

— Alguien debe mantener la vigilancia, sir Falquián — objeto Berit.

— Hay una linterna encima de la cúpula de la basílica — le dijo Falquián —. Id a buscar a Kurik y subid los dos allí para observar el desarrollo de los acontecimientos.

— De acuerdo, sir Falquián — acató Berit con un asomo de malhumor en la voz.

— Berit — le llamó la atención Kalten mientras se ponía la cota de mallas.

— ¿Sí, sir Kalten?

— No tiene por qué gustaros. Simplemente debéis hacerlo.

Falquián y los demás recorrieron las angostas y antiguas callejas de la ciudad interior y subieron a las almenas. En las calles de la parte nueva de la población se veía el balanceo de las antorchas de los mercenarios que corrían de una casa a otra, robando cuanto podían. De vez en cuando se oía el grito de una mujer, claro indicio de que el saqueo no era lo único que atraía a las fuerzas atacantes. Una multitud de aterrorizados ciudadanos chillaba delante de las puertas, ya cerradas, de la ciudad vieja, implorando que les abrieran, pero las puertas permanecieron inmóviles frente a ellos.

Un patriarca algo delicado con voluminosas ojeras bajo los ojos llegó corriendo por las escaleras

de la muralla.

— ¿Qué estáis haciendo? — casi chilló a Dolmant —. ¿Por qué no están estos soldados afuera defendiendo la ciudad?

— Es una decisión militar, Cholda — le respondió con calma Dolmant—, No disponemos de suficientes hombres para defender todo Chyrellos. Hemos tenido que replegarnos al interior de las murallas de la antigua ciudad.

— ¿Estáis loco? ¡Mi casa está allí!

— Lo siento, Cholda — repuso Dolmant —, pero no hay nada que hacer.

— ¡Pero yo os voté a vos!

— Os estoy muy reconocido.

— ¡Mi casa! ¡Mis cosas! ¡Mis tesoros! — El patriarca Cholda de Mirishum se retorcía las manos —. ¡Mi hermosa casa! ¡Todo mi mobiliario, Dios mío!

— Id a refugiaros a la basílica, Cholda — le aconsejó fríamente Dolmant—. Rogad para que vuestro sacrificio sea bien aceptado por Dios.

El patriarca de Mirishum se volvió y bajó tambaleante las escaleras, llorando amargamente.

— Me parece que acabáis de perder un voto, Dolmant — señaló Emban.

— La votación ha concluido, Emban, y estoy seguro de que de toda formas podría seguir viviendo sin ese voto en concreto.

— Yo no lo estoy tanto — se mostró en desacuerdo Emban —. Todavía nos falta una balota. Es muy importante, y es posible que vayamos a necesitar a Cholda antes de que todo haya terminado.

— Ya han empezado — anunció con tristeza Tynian.

— ¿El qué? — le preguntó Kalten.

— Los incendios — repuso Tynian, señalando un pilar de anaranjadas llamas y negro humo que se elevaba por el tejado de una casa —. Por lo visto, los soldados siempre padecen algún descuido con las antorchas cuando saquean por la noche.

— ¿Hay algo que podamos hacer? — inquirió vivamente Bevier.

— Nada, me temo — contestó Tynian —, salvo tal vez rogar para que llueva.

— No es la estación apropiada — observó Ulath.

— Lo sé — suspiró Tynian.

Capítulo doce

E1 saqueo de la ciudad exterior siguió desarrollándose en la noche. El fuego se expandió rápidamente, dado que nadie se ocupó en sofocarlo, y pronto la población quedó envuelta en un velo de humo. Desde los adarves, Falquián y sus amigos observaban cómo los mercenarios corrían desaforados por las calles, cargando un improvisado saco a la espalda. La multitud de ciudadanos congregados ante las puertas de la ciudad vieja para solicitar ser admitidos se dispersó cuando los mercenarios de Martel comenzaron a aparecer.

Se produjeron asesinatos, cómo no, algunos de ellos a plena vista, y también hubo que lamentar otras atrocidades. Un cammoriano con incipiente barba salió arrastrando a una joven de una casa y desapareció con ella por un callejón. Los gritos de la mujer indicaron claramente a los espectadores cuál era la suerte que corría.

Un joven soldado eclesiástico que se hallaba junto a Falquián al lado del parapeto se puso a llorar sin recato. Después, cuando, con semblante algo contrito, el cammoriano salió del callejón, el soldado puso en alto su arco, apuntó y disparó. El cammoriano dobló el cuerpo, cerrando la mano en la flecha clavada hasta la emplumadura en su vientre.

— Bien hecho — aprobó concisamente Falquián.

— Habría podido ser mi hermana, caballero — arguyó el soldado, enjugándose las lágrimas.

Ninguno de ellos se hallaba realmente preparado para lo que sucedió después. La mujer salió desgreñada y sollozante del callejón y, al ver a su agresor retorciéndose en la calle cubierta de basuras, se precipitó a donde yacía y lo pateó varias veces en la cara. Luego, viendo que era incapaz de defenderse, le arrancó la daga del cinto. Sería tal vez preferible no describir el tormento que le infligió entonces. Los gritos del hombre, no obstante, siguieron resonando en las calles durante algún tiempo y, cuando el cammoriano calló por fin, la joven tiró el ensangrentado cuchillo, abrió el saco que llevaba y miró en su interior. A continuación se secó los ojos con la manga, cerró el saco y lo arrastró de nuevo hacia su casa.

El soldado que había disparado al hombre se sintió aquejado de violentas náuseas.

— Nadie se comporta muy civilizadamente en esas circunstancias, compadre — observó Falquián, apoyando para confortarlo la mano en su hombro —, y la dama contaba con cierta justificación para lo que ha hecho.

— Ha debido de ser muy doloroso — señaló el soldado con voz trémula.

— Creo que eso es lo que ella pretendía, compadre. Id a tomar un trago de agua y lavaos la cara. Intentad no pensar en ello.

— Gracias, caballero — dijo el joven, tragando saliva.

— Quizá no todos los soldados eclesiásticos sean tan malos — murmuró para sí Falquián, replanteándose una opinión que hacía mucho tiempo que sostenía.

A la puesta del sol, en el estudio tapizado de rojo de sir Nashan, en el castillo pandion, se reunió lo que sir Tynian y sir Ulath habían dado en llamar, no del todo en broma, «el alto mando»: los preceptores, los tres patriarcas y Falquián y sus amigos. Kurik, Berit y Talen se hallaban, sin embargo, ausentes.

Nashan, un hábil administrador a quien incomodaba un poco la presencia de tantas autoridades, se mantenía tímidamente al lado de la puerta.

— Si no necesitáis nada más, mis señores — anunció —, os dejare para que desarrolléis vuestras deliberaciones.

— Quedaos, Nashan — le indicó Vanion, sonriendo —. De ningún modo querríamos despojaros de vuestra casa, y puede que vuestro conocimiento de la ciudad nos resulte útil.

— Gracias, mi señor — aceptó el corpulento caballero, sentándose en una silla.

— Me parece que le hemos ganado un combate a vuestro amigo Martel, Vanion —señaló el preceptor Abriel.

Habéis mirado por la muralla últimamente, Abriel? —inquirió Vanion con brusquedad.

— De hecho, sí — respondió Abriel —, y a ello exactamente me refiero. Tal como nos dijo ayer sir Falquián, ese Martel no podía creer que fuéramos a abandonar la ciudad exterior sin luchar, de manera que no tomo en cuenta esa posibilidad al trazar sus planes. No hizo nada para mantener a los exploradores fuera de la ciudad y fueron precisamente éstos los que precedieron al grueso de los saqueadores. No bien hubieron comprobado que la población estaba desprotegida, los espías se apresuraron a registrar las casas en busca de objetos de valor y el resto del ejército los siguió. Martel ha perdido por completo el control de sus fuerzas y no lo recuperará hasta que en la ciudad de afuera no quede nada que robar. Y no sólo eso: en cuanto sus soldados tengan el botín que pueden cargar, comenzarán a desertar.

— No puedo aprobar el robo — se pronunció con severidad el patriarca Ortzel —, pero, dadas las circunstancias... — Una tenue, casi ladina sonrisa tensó sus finos labios.

— La riqueza debe redistribuirse de tanto en tanto, Ortzel — pontificó Emban —. La gente con demasiado dinero dispone de excesivo tiempo para idear selectos pecados que cometer. Tal vez ésta sea la manera que tiene Dios de rescatar al inmundo rico y devolverlo a la saludable pobreza.

— Me pregunto si pensaríais lo mismo si estuvieran saqueando vuestra propia casa.

— Admito que ello podría influir en mi opinión — concedió Emban.

— Las vías del Señor son misteriosas — declaró devotamente Bevier —. No teníamos más alternativa que abandonar la ciudad nueva, y puede que eso sea lo único que nos salve.

— No creo que podamos contar con las suficientes deserciones en las filas de Martel como para cantar victoria, caballeros — advirtió Vanion —. El comportamiento violento de sus tropas nos proporcionara algo de tiempo, en eso concuerdo. — Miró a los otros preceptores —. ¿Una semana, tal vez? — preguntó.

— Como mucho — calculó Komier —. Hay muchos hombres allá afuera, y se mantienen muy activos. No van a tardar tanto en limpiar de sus riquezas la ciudad.

— Y entonces van a comenzar los asesinatos —previo Kalten—. Como bien habéis dicho, lord Komier, hay muchos hombres allá afuera, y estoy convencido de que no todos han entrado en la ciudad. Los que todavía están en descampado son tan codiciosos como los que llegaron primero aquí. Creo que sobrevendrán unos días caóticos y que a Martel le llevará más tiempo recobrar el control.

— Es probable que tenga razón — convino Komier —. En todo caso, disponemos de cierto tiempo. Hay cuatro puertas de entrada a la ciudad interior y la mayoría de ellas no se encuentran en mejores condiciones que las de la muralla exterior. Es más fácil defender una puerta que cuatro, de manera que ¿por qué no lo disponemos así?

—¿Vais a hacer desaparecer las puertas con magia, Komier? —preguntó Emban—, Me consta que los caballeros de la Iglesia están entrenados para hacer muchas cosas fuera de lo común, pero esto es, a fin de cuentas, la Ciudad Sagrada. ¿Aprobaría realmente Dios este tipo de cosas en el

propio umbral de su morada?

— Ni siquiera he pensado en la magia — le aseguró Komier —, De hecho, no me he planteado valerme de métodos similares. Es muy difícil abatir una puerta si hay dos o tres casas derribadas apiladas tras ella, ¿no es cierto?

— Casi imposible — acordó Abriel.

— ¿No se encuentra la casa de Makova muy cerca de la puerta este de la ciudad interior? — preguntó Emban, con una amplia sonrisa.

— Ahora que lo mencionáis, Su Ilustrísima, me parece que sí — respondió sir Nashan.

— ¿Es una casa de buenas dimensiones? —inquirió Komier.

— Así debiera ser — dijo Emban —, teniendo en cuenta lo que pagó por ella.

— Lo que los contribuyentes elenios pagaron por ella, Su Ilustrísima — corrigió Falquián.

— Ah, sí. Casi lo había olvidado. ¿Se avendrían de buen grado los contribuyentes elenios a colaborar con esa cara mansión a la defensa de la Iglesia?

— Estarían encantados, Su Ilustrísima.

— No dudéis que consideraremos muy seriamente la casa del patriarca de Coombe cuando seleccionemos las que vamos a derribar — prometió Komier.

— La única cuestión pendiente ahora es el paradero del rey Wargun — recordó Dolmant —. El error de Martel nos ha facilitado tiempo, pero ello no le mantendrá indefinidamente inasequible la ciudad interior. ¿Cabe la posibilidad de que vuestros mensajeros se hayan extraviado, Ortzel?

— Son hombres fiables — respondió Ortzel —, y un ejército del tamaño del de Wargun no es, en principio, difícil de localizar. Además, los mensajeros que vos y Emban enviasteis anteriormente deberían haber llegado hasta él hace ya tiempo, ¿no es así?

— Por no mencionar los que expedió el conde de Lenda desde Cimmura —añadió Falquián.

—La ausencia del rey de Thalesia es un misterio — declaró Emban —, que está degenerando en un serio inconveniente.

— Excusadme, mis señores — se disculpó Berit, entrando en la habitación —, pero queríais que os informara si ocurría algo extraordinario afuera en la ciudad.

— ¿Qué has visto, Berit? — le preguntó Vanion.

— Estaba en esa casita de encima de la cúpula de la basílica, mi señor...

— Linterna — lo corrigió Vanion.

— Nunca puedo recordar esa palabra — confesó Berit —. Sea como fuere, desde allí se divisa la totalidad de la ciudad. El pueblo llano está huyendo de Chyrellos. Están saliendo en hilera por todas las puertas de la muralla exterior.

— Martel no quiere que le estorben — señalo Kalten.

— Y en especial las mujeres — agregó ferozmente Falquián.

— No he acabado de comprender eso, Falquián — indicó Bevier.

— Os lo explicaré más tarde — le prometió Falquián, lanzando una mirada a Sephrenia.

Llamaron a la puerta y luego entro un pandion, agarrando a Talen del brazo. El chiquillo callejero de Cimmura tenía una expresión de disgusto en la cara y un abultado saco en una mano.

— Queríais ver a este joven, sir Falquián? — inquirió el pandion.

— Sí — repuso Falquián —. Gracias, caballero. — Miró con cierta severidad a Talen —. ¿Dónde estabas? — le preguntó sin rodeos.

— Ah... por ahí, mi señor — respondió Talen con tono evasivo.

— Sabes muy bien que no te van a servir los disimulos — le advirtió cansinamente Falquián —. De todas formas acabarás respondiéndome, de modo que no vale la pena que intentes ocultármelo.

— Supongo que lo hago para no perder la costumbre. — Talen se encogió de hombros —. ¿Me vais a retorcer el brazo hasta que os lo diga?

— Esperemos no tener que llegar a esos extremos.

— De acuerdo. — Talen exhaló un suspiro —. En las calles de la ciudad vieja hay ladrones, y afuera se suceden toda clase de cosas de interés para ellos. He encontrado la manera de deslizarme

afuera y he estado vendiendo esa información.

— ¿Cómo va el negocio? — inquirió Emban, con los ojos brillantes.

— No va mal, de hecho — admitió Talen con aire profesional —. La mayoría de los soldados de las murallas no tienen gran cosa con la que comerciar. Uno no saca gran provecho quedándose sentado sobre lo que acaba de robar, pero yo no aprieto a la hora de hacer trato, solo les cargo un porcentaje por lo que consigan robar a los soldados de fuera de la muralla.

— Abre el saco, Talen — le ordenó Falquián.

— Me asombráis, Falquián — dijo Talen —. Hay santos hombres en esta habitación y no me parece adecuado exponerlos a... bueno, ya sabéis.

— Abre el saco, Talen.

Con un suspiro, el muchacho depositó el saco sobre el escritorio de sir Nashan y lo abrió. Dentro había un buen número de objetos de decoración: copas de metal, pequeñas estatuas, gruesas cadenas, diversos utensilios de cocina y una bandeja de intrincados grabados tamaño de un plato, todo con aspecto de ser de oro macizo.

— ¿Has obtenido todo esto solamente vendiendo información? — Preguntó Tynian, incrédulo.

— La información es lo más valioso del mundo, sir Tynian — repuso Talen con altivez —, y yo no estoy haciendo nada inmoral ni ilegal. Tengo la conciencia perfectamente tranquila. Y, lo que es más, estoy aportando mi propia contribución a la defensa de la ciudad.

— No acabo de entender ese razonamiento — apuntó sir Nashan.

— Los soldados de allá afuera no van a ceder de buena gana lo que han robado, caballero. — Talen sonrió con afectación —. Como los ladrones lo saben, no se molestan en pedírselo. Martel ha perdido una buena parte de sus tropas desde la puesta del sol.

— Totalmente reprobable, joven — lo regañó Ortzel.

— Tengo las manos completamente limpias, Su Ilustrísima — arguyo Talen con expresión inocente —. No he apuñalado por la espalda ni a un solo soldado. Lo que los villanos de la calle hacen allá afuera no es responsabilidad mía, ¿no os parece? — Los ojos del chiquillo lucían un cándido brillo.

— Dejadlo, Ortzel — aconsejó, riéndose entre dientes, Emban —. Ninguno de nosotros está versado en las cosas de este mundo como para sostener una discusión con este joven. — Guardó silencio un instante —. Dolmant — dijo —, la recaudación del diezmo es una práctica legalmente establecida, ¿no es así?

— Desde luego — corroboró el patriarca de Demos.

— Estaba seguro. Dadas las extraordinarias circunstancias presentes, diría que el chico debería contribuir con un cuarto de sus ganancias a los gastos de la Iglesia, ¿no os parece?

— A mí me parece bien — acordó Dolmant.

— ¿Un cuarto? — exclamó Talen —. ¡Esto es un asalto a mano armada!

— ¿No nos irás a confundir con salteadores? — Emban sonrió —, ¿Prefieres rendir cuentas después de cada una de tus excursiones? ¿O deberemos esperar a que hayas reunido todos tus beneficios y a hacernos cargo de ellos de una sola vez?

— Después de que hayas cumplido con tu contribución a la Iglesia, Talen — indicó Vanion —, satisfarás mi acuciante curiosidad por saber cuál es esa vía secreta que has encontrado para entrar y salir de la ciudad.

— La verdad es que no es un secreto — respondió Talen con modestia —. Todo consiste en saber cómo se llaman los componentes del pelotón de emprendedores soldados eclesiásticos que tienen asignada la guardia de noche en una de las torres de la ciudad. Tienen una cuerda larga con nudos para facilitar la escalada y la bajada por ella. A ellos les conviene alquilarla y yo les ofrezco encantado no revelar sus nombres ni el de la torre que custodian. Todo el mundo sale ganando.

— Incluso la Iglesia — le recordó el patriarca Emban.

— Abrigaba la esperanza de que os olvidarais de eso, Su Ilustrísima.

— La esperanza es una virtud cardinal, hijo mío — dijo piadosamente Emban —, incluso cuando está fuera de lugar.

Kurik entró llevando una ballesta lamorquiana.

—Creo que quizá la suerte esté de nuestra parte, mis señores — decía —. He mirado por azar en la armería de la guardia personal del archiprelado, en la basílica, y me he encontrado con montones de estantes llenos de esto y con muchas barricas repletas de saetas.

— Un arma eminentemente adecuada —aprobó Ortzel, haciendo gala de su condición de lamorquiano.

— Son más lentas que el arco normal, Su Ilustrísima — señalo Kurik — pero tienen un extraordinario radio de alcance. Creo que serán muy efectivas para desbaratar las cargas contra la ciudad interior antes de que puedan adquirir un impulso considerable.

— ¿Sabéis manejar esta arma, Kurik? —le preguntó Vanion.

— Sí, lord Vanion.

— En ese caso, comenzad a entrenar a unos cuantos soldados eclesiásticos.

— Sí, mi señor.

— Un buen número de aspectos se vuelven a nuestro favor, amigos míos — observó Vanion —. Tenemos una posición defensiva, una paridad de armas y un cierto retraso que juega en ventaja nuestra.

— Me sentiría más contento si Wargun estuviera aquí — objetó Komier.

— Yo también — convino Vanion —, pero me temo que, hasta que llegue, tendremos que componérnoslas con lo que contamos.

— Hay otra cuestión que debería preocuparnos, caballeros — apuntó gravemente Emban —. Suponiendo que todo sale bien, la jerarquía volverá a reanudar sus sesiones en cuanto hayamos expulsado a Martel. El hecho de haber abandonado la ciudad exterior hará que un buen número de patriarcas se distancien de nuestros postulados. Si uno deja la casa de un hombre a merced del saqueo y las llamas, éste no lo apreciará mucho a uno ni querrá votarlo. Hemos de encontrar la manera de probar que Annias y Martel están confabulados. De lo contrario, todo lo que estamos haciendo no dejará de ser un esfuerzo gratuito. Yo soy capaz de hablar tan velozmente como el mejor, pero no puedo hacer milagros. Necesito algo en que apoyarme.

Alrededor de medianoche, Falquián subió las escaleras que conducían a las almenas de la muralla de la vieja ciudad, no lejos de la puerta sur, la más defendible de las cuatro y, por consiguiente, la que se había decidido dejar sin obstruir. Chyrellos ardía en serio entonces. El saqueador que entra en una vivienda y descubre que ya está vacía experimenta cierta exasperada frustración, que suele descargar incendiándola. Tal comportamiento es totalmente previsible y, en cierto sentido, natural. Los individuos dedicados al pillaje, con ceños cada vez mas hoscos a medida que disminuía el número de casas intactas, corrían de edificio en edificio esgrimiendo antorchas y armas. Kurik, siempre tan práctico, había estacionado en los adarves a los soldados eclesiásticos que entrenaba en el uso de la ballesta, y éstos utilizaban a los saqueadores como blancos móviles con los que practicar. Eran pocos los que caían acertados, pero los soldados parecían ir mejorando la puntería.

Entonces, de una estrecha calle situada en el linde de la zona de casas derruidas, justo un poco más allá de donde acababa el radio de alcance de las saetas, salió un numeroso grupo de jinetes armados, capitaneados por un hombre que montaba un lustroso caballo negro y vestía una armadura deirana adornada con incrustaciones. Cuando se quitó el yelmo, vieron que era Martel, detrás del cual cabalgaban el brutal Adus y Krager, el individuo de cara de comadreja.

— Puedo hacer que les disparen los soldados, si queréis — ofreció Kurik, acercándose a Falquián y a su rubio amigo —. Tal vez alguno acierte por chiripa.

— No, me parece que no, Kurik — rehusó Falquián después de rascarse un instante la barbilla.
— Estás desperdiciando una magnífica oportunidad, Falquián — le advirtió Kalten —. Si a Martel se le clavara por azar una saeta en el ojo, todo ese ejército se desperdigaría.

—Todavía no — precisó Falquián —. Primero veamos si consigo irritarlo un poco. Martel a veces deja escapar información cuando está irritado. A ver si puedo sonsacarle algo.

— Está bastante lejos para hablar a gritos — observó Kalten.

— No tengo por qué gritar. — Falquián sonrió.

— Me gustaría que no hicieras eso — se quejó Kalten —. Siempre me hace sentir como un inútil.

— Deberías haber prestado atención a las clases cuando eras un novicio. — Falquián centró la atención en el hombre de pelo blanco y trazó el intrincado hechizo estirio —. Parece que no os han salido muy bien las cosas, ¿eh, Martel? — preguntó en tono familiar.

— ¿Sois vos, Falquián? — La voz de Martel sonó igual de familiar cuando él utilizó también el encantamiento que ambos habían aprendido en su época de novicios —. Es maravilloso volver a oíros, viejo amigo. Pero no he acabado de entender vuestro comentario. Las cosas parecen tener bastante buen cariz desde mi posición.

— ¿Por qué no averiguáis a cuántos de vuestros soldados lográis interesar en emprender ahora un asalto contra estos muros? Tomaos el tiempo que queráis, viejo amigo, que yo no me moveré de aquí.

— Fue muy astuto abandonar la ciudad, Falquián. No lo esperaba.

— A nosotros nos pareció buena idea. Sin embargo, debe de causaros gran angustia cada vez que pensáis en todo el botín que se os esta escapando de las manos.

— ¿Quién ha dicho que se me está escapando? He dirigido unos cuantos discursos a mis hombres. La mayor parte de mi ejército sigue bajo control... allá afuera en los campos de la otra ribera de los ríos. Les he hecho ver que era más fácil dejar que los tipos emprendedores hicieran todo el trabajo de saqueo. Después, cuando salgan, les arrebataremos el botín y lo pondremos en una pila común. Se repartirá a partes iguales entre todos.

—¿Incluso vos?

— ¡Oh, Dios mío! No, Falquián. — Martel soltó una carcajada —. Yo soy el general y elijo primero mi tributo.

— ¿El tributo del león?

—En fin de cuentas, yo soy el león. Todos seremos muy, muy ricos cuando hayamos forzado las cámaras del tesoro que hay debajo de la basílica.

— Eso es mucho pretender incluso para vos, Martel.

— Los negocios son los negocios, Falquián. Vos y Vanion me despojasteis de mi honor, de modo que ahora no me queda más que solazarme con dinero... y satisfacción, por supuesto. Creo que cuando todo esto termine haré exhibir vuestra cabeza desde un palo bien alto, amigo mio.

— Aquí mismo la tenéis, Martel. No os queda más que venir y reclamarla Vuestros soldados van a tardar bastante en concluir el pillaje de la ciudad, y a vos no os queda mucho tiempo que perder.

— No les va a llevar tanto tiempo, Falquián. Están moviéndose con mucha rapidez. El hombre que piensa que está trabajando para sí mismo es siempre mucho más industrioso.

— Ésta es tan sólo la primera oleada de saqueadores. Son los que se concentran en el oro. La próxima caterva irá en busca de la plata. Luego la tercera comenzará a abrir los muros de las casas en busca de los escondrijos donde la gente guarda los objetos de valor. Calculo que deberá pasar un mes más o menos antes de que lo hayan robado todo de Chyrellos... hasta el último candelero. Realmente no podéis contar con un mes..., estando Wargun merodeando allá afuera con la mitad de los soldados de Eosia tras él.

— Ah, sí, Wargun, el borracho rey de Thalesia. Casi me había olvidado de él. ¿Qué suponéis que le ha sucedido? Es tan impropio de él demorarse de esa manera...

Falquián interrumpió el encantamiento.

— Dejad que vuestros soldados le arrojen unas cuantas flechas, Kurik — indicó con tono desapacible.

—¿Qué ocurre, Falquián? — preguntó Kalten.

— Martel ha encontrado el modo de mantener apartado de Chyrellos a Wargun. Será mejor que vayamos a informar a los preceptores. Me temo que estamos completamente solos aquí.

Capítulo trece

— No lo ha dicho exactamente, Vanion — refirió Falquián —. Ya lo conocéis, pero en su voz había esa especie de regocijo afectado del que sabe algo que es exasperante para uno. Ambos conocemos lo bastante a Martel como para inferir a qué se refería.

— Repetid literalmente lo que os ha dicho — pidió Dolmant.

— Estábamos hablando de Wargun, Su Ilustrísima, y entonces ha dicho: «¿Qué suponéis que le ha sucedido? Es tan impropio de él demorarse de esa manera...». — Falquián hizo lo posible por imitar la entonaron de Martel.

— Tiene el toque del que sabe algo, ¿no es cierto? — convino Dolmant —. No conozco a Martel tan bien como vosotros dos, pero invoca la imagen de un hombre terriblemente pagado de sí.

— Falquián tiene razón — acordó Sephrenia —. Martel ha tramado alguna estratagema para mantener alejado a Wargun. Lo que ignoramos es el método que ha utilizado.

— Ahora no es eso lo que importa, pequeña madre — se pronunció Vanion. Los cuatro estaban sentados en una pequeña habitación contigua al estudio de sir Nashan—. Lo importante ahora es que los soldados eclesiásticos no se enteren de esto porque, a diferencia de los caballeros de la Iglesia, ellos no están entrenados para aceptar circunstancias desesperadas. En estos momentos a lo único que se aferran es a la esperanza de ver aparecer a los ejércitos de Wargun por los prados que se extienden al oeste del río Arruk. La ciudad interior no está realmente cercada todavía, y los saqueadores no prestan la más mínima intención al enemigo. Podríamos sufrir cientos de deserciones si se propagara la noticia. Informad discreta y confidencialmente a los caballeros de la Iglesia. Yo se lo diré a los otros preceptores.

—Y yo a Emban y Ortzel — prometió Dolmant.

Aquella semana parecía no acabarse nunca, a pesar de las múltiples tareas a realizar. Derribaron varias casas y utilizaron sus escombros para obstruir las tres puertas que Komier había decidido que eran sólo parcialmente defendibles. Kurik seguía entrenando caballeros eclesiásticos seleccionados en el uso de las ballestas. Berit reunió un grupo de jóvenes monjes con los que se turnaba para vigilar desde la linterna de la cúpula de la basílica. Emban merodeaba por el interior del templo, tratando de mantener los votos, objetivo que cada día se volvía más difícil. Ninguno de los defensores tuvo la temeridad de negar a los patriarcas de la Iglesia el derecho a subir a las murallas para observar la ciudad, y la vista que se apreciaba desde allá arriba no era muy halagüeña. Un buen número de patriarcas, entre los que se encontraban algunos de los más activos detractores del primado de Cimmura, se lamentaban amargamente viendo cómo el fuego se aproximaba a los barrios de la ciudad donde estaban ubicadas sus casas, y no eran pocos los que le advertían sin tapujos a Emban que en el futuro podía olvidarse de contar con su favor. Emban ofrecía un aspecto cada vez más demacrado y comenzó a quejarse de dolores de estómago al constatar cómo

su apoyo se desintegraba a ojos vista.

Annias no hacía nada. Se limitaba a esperar.

Y Chyrellos continuaba ardiendo.

Falquián se encontraba una tarde en lo alto de la muralla contemplando con humor sombrío las llamas que arrasaban la población, cuando oyó un quedo tintineo a su espalda y se volvió. Era sir Bevier.

— Un espectáculo poco risueño, ¿no es cierto? — observó el joven arciano, contemplando también él Chyrellos.

— En efecto — convino Falquián. Miró directamente a su joven amigo —. ¿Cuánto creéis que van a resistir estas murallas frente a un maganel, Bevier?

— No mucho, me temo. Fueron levantadas en la antigüedad, y no con el cometido de aguantar las embestidas de máquinas de asedio modernas. Tal vez Martel desdeñe construirlos, dado lo costoso de la operación. Si los obreros no arman bien un maganel, éste causará más daño en el propio bando que en el del enemigo. Es una tarea que exige una gran meticulosidad.

— Esperemos que así sea. Creo que estos muros resistirán a las catapultas normales, pero si empieza a lanzarnos piedras de media tonelada... — Falquián se encogió de hombros.

— Falquián. — Era Talen, que subía a toda velocidad por las escaleras —. Sephrenia quiere veros en el castillo. Dice que es urgente.

— Id, Falquián — indicó Bevier —. Yo haré guardia aquí.

Falquián asintió y descendió las escaleras para adentrarse por la calleja de abajo.

Sephrenia lo recibió en la entrada del piso inferior, con semblante más pálido de lo habitual.

— Qué sucede? — le preguntó Falquián.

— Se trata de Perraine, querido — respondió con voz queda —. Está agonizando.

— ¿Agonizando? Todavía no se han producido ataques. ¿Que le ha pasado?

— Se ha suicidado, Falquián.

— ¿Perraine?

— Ha ingerido un veneno y se niega a revelarme cuál.

— ¿Existe algún modo de...?

— Quiere hablar con vos, Falquián — repuso la estiria, sacudiendo la cabeza —. Será mejor que os apresuréis. No creo que le quede mucho tiempo.

Sir Perraine yacía en un angosto camastro en una habitación de austeridad monacal, con el rostro mortalmente pálido, sudando copiosamente.

— Ciertamente os habéis tomado vuestro tiempo, Falquián — señaló con voz débil.

— ¿Qué sentido tiene todo esto, Perraine?

— Es algo apropiado. No nos entretengamos con esto. Hay unas cuantas cosas que habéis de saber antes de que yo me vaya.

— Podemos hablar de ello después de que Sephrenia os administre el antídoto.

— No habrá ningún antídoto. Limitaos a callar y escuchar. — Perraine exhaló un profundo suspiro —. Os he traicionado, Falquián.

— Sois incapaz de ello, Perraine.

— Todo el mundo es capaz de traición, amigo mío. Lo único que necesita es un motivo. Yo tenía uno, creedme. No me queda mucho tiempo. — Cerró los ojos un momento —. Habéis notado que alguien ha intentado mataros últimamente, ¿no es así?

— Sí, pero ¿qué...?

— Era yo, Falquián..., o personas contratadas por mí.

— ¿vos?

— Gracias a Dios que fallé.

— ¿Por qué, Perraine? ¿Os he... insultado en algo?

— No seáis necio, Falquián. Obraba siguiendo órdenes de Martel

—¿Por qué ibais a acatar vos órdenes de Martel?

—Porque tenía suspendido algo sobre mi cabeza. Estaba amenazando a alguien más preciado para mí que mi propia vida.

Estupefacto, Falquián se disponía a hablar, pero Perraine lo acalló alzando una mano.

— No habléis, Falquián — dijo —. Escuchad. El tiempo apremia. Martel vino a verme en Dabour después de la muerte de Arasham. Yo me apresuré a empuñar la espada, claro está, pero él se rió de mi gesto. Me dijo que depusiera la espada si en algo me importaba Ydra.

—¿Ydra?

—Es de Kelosia del Norte. La baronía de su padre está al lado de la del mío. Ydra y yo nos amamos desde que éramos niños. Daría mi vida por ella sin pensarlo. Martel se enteró de ello de algún modo y razonó que, si estaba dispuesto a morir por ella, también lo estaría a matar. Me contó que había rendido el alma de ella a Azash. Yo no lo creí, convencido de que no podía hacer una cosa así.

— Es factible, Perraine — corroboró con tristeza Falquián, recordando el caso de Bellina, la hermana del conde de Ghasek.

— Eso es lo que averigüé. Me desplacé con Martel a Kelosia y allí me mostró a Ydra ejecutando un obsceno ritual ante una imagen de Azash. — Las lágrimas asomaron a los ojos de Perraine —. Fue horrible, Falquián, horrible. — Contuvo un sollozo —. Martel me dijo que, si no hacía exactamente lo que me ordenara, su corrupción iría en aumento hasta que se perdiera por completo su alma. Aunque no estaba seguro de que estuviera en su mano cumplir tal amenaza, no podía correr el riesgo.

— Podía hacerlo, en efecto — le aseguró Falquián —. Yo lo he visto.

— Intenté matarla — continuó Perraine con voz cada vez más frágil —, pero no pude hacerlo. Martel observaba mi lucha interior, burlándose de mí. Si se os presenta la oportunidad, espero que lo matéis.

— Tenéis mi palabra, Perraine.

Perraine volvió a suspirar y su rostro palideció aún más.

— Excelente veneno, éste — señaló —. Sea como fuere, Martel me tenia agarrado. Me indicó que fuera a Arcium, a reunirme con Vanion y los demás preceptores. A la primera ocasión, debía arreglármelas para regresar al castillo de Cimmura. No sé cómo, estaba al corriente de vuestro viaje a Thalesia y de que seguramente volveríais pasando por Emsat. Me dio dinero y me instó a tomar asesinos a sueldo. Tenia que hacer todo lo que exigía de mí... La mayoría de las veces fueron mis asesinos quienes realizaron los atentados, pero en una ocasión, cuando cruzábamos Demos de camino hacia aquí, yo os dispare una ballesta con mis propias manos. Podría fingir que erré el tiro a propósito, pero sería una mentira. Realmente trataba de mataros, Falquián

— ¿Y el veneno en la casa de Dolmant?

— Sí. Mi desesperación iba en aumento. Tenéis una suerte extraordinaria, amigo mío. Había probado todo lo que se me había ocurrido y no había conseguido mataros.

— ¿ Y el rendoreño que intentó clavarme un cuchillo emponzoñado en la basílica?

— Yo no tuve nada que ver con eso, Falquián —aseveró, algo desconcertado, Perraine —. Lo juro. Los dos hemos estado en Rendor y sabemos que no son de fiar. Debió de mandarlo otra persona... quizás el propio Martel.

— ¿Qué os hizo cambiar de idea, Perraine? — preguntó apesadumbrado Falquián.

— Martel ha perdido su ascendiente sobre mí. Ydra ha muerto.

— Lo siento.

— Yo no. De alguna forma se dio cuenta de lo que ocurría. Fue a la capilla de la casa de su padre y rezó toda la noche. Después, justo cuando salía el sol, se clavó una daga en el corazón. Había enviado a uno de sus criados aquí con una carta en la que me explicaba todo lo sucedido. Éste llegó precisamente antes de que Martel cercara la ciudad. Ella está libre ahora y su alma se halla a salvo.

— ¿Por qué habéis tomado el veneno pues?

— Voy a seguir sus pasos, Falquián. Martel me ha arrebatado el honor, pero nunca podrá

robarme mi amor. — Perraine se quedó rígido sobre el estrecho camastro y luego se retorció de dolor por espacio de un momento —. Sí — jadeó —, un excelente veneno. Os lo recomendaría por su nombre, pero no acabo de fiarme de nuestra pequeña madre aquí presente. Con sólo la más mínima ocasión, creo que podría devolver la vida a una piedra. — Sonrió a su profesora —. ¿Podéis hallar en vuestro corazón la clemencia para perdonarme, Falquián?

— No hay nada que perdonar, Perraine — declaró Falquián con voz atenazada, tomando la mano de su amigo.

— Estoy seguro de que retirarán mi nombre de los pergaminos de la orden pandion y que se me recordará con desdén.

— No si yo puedo evitarlo — lo tranquilizó Falquián —. Protegeré vuestro honor, amigo mío. — Apretó con fuerza la mano de Perraine, formulando sin palabras un solemne juramento.

Sephrenia tomó la otra mano del agonizante.

— Ya casi ha acabado — dijo Perraine en un tenue susurro —. Ojalá... — Y entonces calló.

El aullido de pena de Sephrenia fue casi como el de un niño herido. Acercó hacia sí el cuerpo yerto de Perraine.

— ¡No hay tiempo para eso! — le hizo ver Falquián con brusquedad —. ¿Os importa quedaros aquí un momento? Tengo que ir a buscar a Kurik.

La mujer se quedó mirándolo con asombro.

— Tenemos que vestir a Perraine con su armadura —explicó—. Después Kurik y yo lo llevaremos a una de esas calles contiguas a la muralla. Le dispararemos una saeta de ballesta y lo dejaremos tendido allí. Cuando lo encuentren más tarde, todos creerán que uno de los mercenarios de Martel lo abatió en las almenas.

— ¿Pero para qué, Falquián?

— Perraine era mi amigo y he prometido proteger su honor.

— Pero él intentó mataros, querido.

— No, pequeña madre, Martel intentó matarme. Obligó a Perraine a ayudarlo. La culpa es toda de Martel, y uno de estos días, a tardar, le haré responder por esto. — Hizo una pausa —. Podríais comenzar a reflexionar sobre una hipótesis que concebimos — agregó —, porque me parece que esto añade una pega a su credibilidad. — Entonces acordó del rendoreño del cuchillo envenenado —. Será eso o que existe más de un asesino suelto del que preocuparse — añadió.

Los primeros ataques de tanteo, cuyo objeto primordial era identificar los puntos fuertes y flacos, se iniciaron después de cinco días de saqueo. Los asediados llevaban cierta ventaja a ese respecto ya que habiendo Martel recibido su formación de Vanion, éste podía prever casi con exactitud lo que haría el antiguo pandion de pelo blanco y, además, podía disponer sus tropas de modo engañoso. Las acometidas, cada vez más violentas, se producían en ocasiones al alba, en otras a última hora del día y en algunas en mitad de la noche, cuando la oscuridad envolvía la humeante ciudad. Los caballeros de la Iglesia, que se hallaban en continuo estado de alerta, no se quitaban la armadura y dormían a ratos en cualquier lugar o situación.

Cuando la ciudad exterior se había convertido en una casi completa ruina, Martel puso en acción sus artefactos de asedio, sometiendo a un martilleo constante las fortificaciones de la ciudad vieja. Del cielo llovían grandes rocas que aplastaban tanto a soldados como a ciudadanos. En las catapultas de Martel se montaban unos enormes cestos que, propulsados a gran altura, arrojaban al azar saetas de ballesta. Después llegó el fuego, en forma de bolas de brea o nafta ardiente que volaban por encima de las murallas para incendiar tejados o llenar las calles de grandes franjas de fuego cegador. Con todo, las rocas de media tonelada no habían hecho todavía acto de presencia.

Los asediados resistían. No podían hacer otra cosa.

Lord Abriel empezó a construir máquinas para contraatacar, pero, aparte de los escombros de las casas derruidas, apenas contaban con proyectiles que arrojar a Martel.

Sobrellevaron la incidencia de cada piedra, cada bola de fuego, cada chaparrón de flechas caídas del cielo en mortífera andanada, y todo ello no hizo más que incrementar su odio por los sitiadores.

El primer asalto en regla comenzó poco después de medianoche diez días después del inicio del saqueo. Una desorganizada horda de fanáticos rendoreños surgió chillando de entre las oscuras y ¡humeantes calles de la zona suroeste con el propósito de atacar una torre algo inestable emplazada en la esquina de la antigua muralla. Los defensores corrieron hacia esa posición. Una cortina de flechas y saetas descendió sobre las filas de rendoreños de negros sayos y los abatió en hileras igual que el trigo recién segado. Los gritos expresaron esa nota de dolor que se ha elevado de cada campo de batalla desde el inicio de los tiempos. Una y otra vez, no obstante, reemprendían su arremetida los rendoreños, hombres tan salvajemente poseídos de fervor religioso que no prestaban atención a sus espantosas bajas y que en algunos casos hacían incluso caso omiso de heridas mortales recibidas y seguían arrastrándose hacia las murallas.

— ¡La brea! — gritó Falquián a los soldados que disparaban enfebrecidamente flechas y saetas al hervidero de asaltantes congregado abajo.

Acercaron arrastrando los calderos de brea hirviente al borde del parapeto cuando ya las escaleras de mano se precipitaban estrepitosamente contra las erosionadas almenas. Con profusión de gritos de guerra y lemas religiosos, los rendoreños subían a trompicones por las rudas escalas para caer aullando y retorciéndose al vacío, escaldados y abrasados por los chorros de brea.

—¡Antorchas! —ordenó Falquián.

Medio centenar de ardientes teas volaron sobre las murallas para incendiar los charcos de nafta y brea líquida formados abajo. Una eran pantalla de llamas se elevó, lamiendo los muros y quemando a los rendoreños todavía aferrados a las escaleras, los cuales, chisporroteando consumidos cual hormigas, se soltaron para caer en la hoguera. De la multitud se apartaban hombres ardiendo que, chillando y tambaleándose, avanzaban enceguecidos dejando un reguero de goteantes llamas, como un cometa en su carrera.

Los rendoreños seguían acudiendo y las pesadas escalas seguían despegándose del suelo, impulsadas desde atrás por cientos de manos, para elevarse metro a metro, vacilar, luego erguirse verticalmente y después caer lentamente contra la muralla. Los fanáticos, con ojos desorbitados y en algunos casos echando espumarajos por la boca, ya estaban trepando desesperadamente antes incluso de que las escaleras estuvieran apoyadas. Desde los adarves, los defensores empujaban las escalas con largas varas y, sometidas al impulso contrario, aquéllas se balanceaban hacía atrás, permanecían inmóviles un instante y luego se volcaban hacia el suelo, llevándose a una muerte segura a los hombres encaramados en lo alto. En la base de las murallas se arracimaban cientos de rendoreños para evitar las flechas lanzadas desde arriba, y se precipitaban para subir las escaleras en dirección a las almenas.

—¡Plomo! —ordenó entonces Falquián.

El plomo había sido idea de Bevier. Habían fundido la efigie de plomo de cada sarcófago de la cripta de la basílica, despojándolos de su ornamentación. Obedeciendo a la orden de Falquián, los soldados empujaron los burbujeantes calderos emplazados de trecho en trecho en la muralla y arrojaron grandes cascadas plateadas sobre los rendoreños apiñados en la base de los muros. Los chillidos fueron breves aquella vez y nadie salió corriendo de aquel ataque, pues el plomo líquido sellaba su tumba.

Algunos pocos, que fueron aumentando progresivamente, lograron llegar al parapeto. Los soldados eclesiásticos lucharon con ellos con un arrojo que la desesperación alentaba y contuvieron a los fanáticos el tiempo suficiente para permitir que los caballeros acudieran en auxilio. Falquián, descargando rítmica e incesantemente su espada de hoja ancha, se mantuvo a la cabeza de la falange de pandion acorazados de negra armadura. Dado que la espada de hoja ancha no es un arma de florituras, el fornido pandion no se franqueaba tanto el paso entre los aullantes rendoreños como se abría a tajos un amplio camino, igual que se abate, para pasar entre ella, la maleza. Haciendo honor a su condición de instrumento de desmembramiento, los mandobles de su espada hacían saltar por los aires manos y brazos enteros que caían rodando sobre los atacantes que aún subían por las escaleras. Las cabezas salían despedidas y se precipitaban ya en el interior de la muralla o en el

exterior, dependiendo de la dirección que Falquián imprimía a su ataque. Los caballeros que lo seguían y remataban a los heridos pronto chapotearon en sangre. Un rendoreño bastante flaco que empuñaba un herrumbroso sable se enderezó chillando ante el hombre de negra armadura que cargaba contra él. Falquián alteró ligeramente el curso de la mano y casi lo partió en dos por la cintura. El rendoreño salió despedido hacia las almenas por la fuerza del golpe y allí se desgajó el resto de carne que lo mantenía unido y el torso se volcó hacia abajo. La mitad inferior quedó medio prendida en una de las almenas, con las piernas sacudidas por una violenta convulsión. Sin llegar a tocar el suelo, el torso quedó colgando cabeza abajo sostenido por una larga cuerda de purpúreas entrañas que desprendían un vaho visible en el frío aire de la noche. El tórax osciló lentamente, agitado por ligeras sacudidas, y se inclinó hacia abajo a medida que los intestinos iban desenrollándose.

— ¡Falquián! — gritó Kalten al advertir signos de fatiga en su amigo —. ¡Tómate un respiro! ¡Yo te supliré aquí!

Y así continuaron hasta que los adarves volvieron a ser un lugar seguro y se hubieron retirado todas las escalas. Los rendoreños se arremolinaban abajo, exponiéndose todavía a las flechas y a las grandes rocas que les arrojaban desde lo alto.

Al cabo se dispersaron y huyeron.

— Buena pelea — comentó a su regreso Kalten, sonriente y jadeante.

— Tolerable — acordó lacónicamente Falquián —. Aunque los rendoreños no son muy buenos guerreros.

— Son los mejores para luchar. — Kalten emitió una carcajada y, con un puntapié, desprendió del parapeto la mitad del flaco rendoreño.

— Déjalo donde está — le indicó Falquián —. Ofreceremos a la próxima oleada de atacantes algo que mirar mientras atraviesan el prado para llegar aquí. Podrías, asimismo, decirle a la gente que limpia los adarves que guarden todas las cabezas sueltas. Las expondremos clavadas a estacas en las almenas.

— ¿Otra lección ejemplificadora?

— ¿ Por qué no? Un hombre que ataca una fortaleza defendida tiene derecho a saber lo que puede ocurrirle, ¿no te parece?

Bevier llegó, apresurado, hasta debajo del ensangrentado parapeto.

— ¡Ulath está herido! —les gritó desde varios metros de distancia.

Se volvió para conducirlos hasta su amigo lastimado y los soldados eclesiásticos se esfumaron para cederles el paso. Tal vez inconscientemente Bevier seguía blandiendo su hacha.

Ulath yacía de espaldas con los ojos en blanco, perdiendo sangre por las orejas.

— Qué ha sucedido? — pregunto Falquián a Tyman.

— Un rendoreño se le acercó por la espalda y lo golpeó en la cabeza con un hacha.

A Falquián le dio un vuelco el corazón.

Tynian le sacó con cuidado el yelmo con cúspide de cuernos y tanteó cautelosamente sobre el rubio pelo del caballero genidio.

— Me parece que no tiene la cabeza rota — informó.

— Quizás el rendoreño no le ha dado con bastante fuerza — apuntó Kalten.

— Yo he visto cómo lo golpeaba, tan duro como podía. Ese revés hubiera debido partirle la cabeza como un melón. — Frunció el entrecejo, tabaleando la prominente nudosidad de cuerno que unía las dos curvadas puntas que sobresalían de cada uno de los costados del yelmo cónico de su amigo. Después examinó el casco con atención —. Ni un rasguño — se maravilló. Tomó su daga y arañó el cuerno, pero no logró siquiera empañar su brillante superficie. Después, finalmente picado por la curiosidad, cogió el hacha de guerra caída de Ulath y la descargó sobre el cuerno sin siquiera robarle una astilla —. Es sorprendente — comentó —. Esta es la materia más dura que he visto nunca.

— Sin duda por eso Ulath todavía tiene el cerebro íntegro en el cráneo — observó Talen —. No

presenta buen aspecto, sin embargo.

Llevémoslo a que lo vea Sephrenia.

— Adelantaros vosotros tres — indicó con pesar Falquián —. Yo he de hablar con Vanion.

Los cuatro preceptores se encontraban juntos a cierta distancia, en el punto desde el que habían estado observando el ataque.

— Sir Ulath ha resultado herido — informó Falquián a Komier.

— ¿Es grave? — se apresuró a inquirir Vanion.

— No existen heridas que no sean preocupantes, Vanion — señaló Komier —. ¿Qué ha ocurrido, Falquián?

Un rendoreño le ha golpeado la cabeza con un hacha, mi señor.

— ¿En la cabeza, decís? En ese caso se pondrá bien. — Se llevó una mano a la cabeza y rozó con los nudillos su propio yelmo rematado con cuernos de ogro —. Por eso llevamos esto.

— Tenía mala cara — advirtió gravemente Falquián—. Tynian, Kalten y Bevier están trasladándolo para que lo examine Sephrenia.

— Se pondrá bien — insistió Komier

Creo haber adivinado parte de la estrategia de Martel, mis señores — manifestó Falquián, tras apartar de su mente la preocupación por Ulath—. Ha reclutado a esos rendoreños con un motivo específico. Los rendoreños no son muy buenos en las artes modernas de guerra. No llevan ningún tipo de armadura protectora, ni siquiera yelmos, y son incapaces de adquirir el menor dominio de un arma. Todo cuanto aportan es un desbordado fanatismo que los impulsa a atacar incluso contra insuperables cantidades de enemigos. Martel va a seguir arrojándonoslos para fatigarnos y causarnos bajas y después cuando estemos debilitados y exhaustos, pondrá en acción a sus mercenarios cammorianos y lamorquianos. Hemos de idear la manera de mantener a esos rendoreños apartados de las murallas. Voy a ir a hablar con Kurik. Tal vez él tenga algo que proponer.

Kurik, en efecto, propuso algo de interés. Sus años de experiencia y el contacto con los viejos veteranos que había conocido le habían aportado un gran bagaje de ideas. Había unos objetos a los que llamaba abrojos, unas piezas muy simples formadas por cuatro puntas de acero que, esparcidos a cualquier distancia, siempre presentaban una punta hacia arriba. Los rendoreños no llevaban botas, sino blandas sandalias de cuero, teniendo en cuenta lo cual, los abrojos, generosamente untados de veneno, pasarían de ser un mero inconveniente a convertirse en un arma letal. Unas vigas de tres metros de longitud erizadas de afiladas estacas también embadurnadas de veneno constituirían barreras casi inexpugnables si se las colocaba delante de las murallas apoyadas en travesaños que sobresalieran de éstas. Unos largos troncos que oscilaran pendularmente en paralelo a las murallas barrerían las escaleras de mano como si de telarañas se tratara.

Ninguno de estos procedimientos rechazará un ataque en regla — advirtió Kurik —, pero entorpecerán el ímpetu de los de abajo, convirtiéndolos en víctimas propiciatorias de arqueros y ballesteros. No serán muchos los asaltantes que lleguen a las almenas.

Eso es más o menos lo que pretendíamos — aprobó Falquián —. Vamos a reclutar a los ciudadanos y a ponerlos a trabajar en estas ideas. Todo cuanto hacen por el momento los habitantes de Chyrellos es permanecer sentados comiendo. Les daremos la oportunidad de costearse la manutención.

La construcción de los obstáculos de Kurik ocupó varios días, en el transcurso de los cuales los rendoreños atacaron de nuevo. Entonces las catapultas del preceptor Abriel esparcieron con profusión los abrojos delante de los parapetos y las vigas erizadas fueron dispuestas entrecruzadas y agrupadas a unos veinte metros de las murallas. Después de ello, fueron pocos los rendoreños que llegaron hasta los muros, y los que lo hicieron no cargaban con escalas. Normalmente se arracimaban allí abajo gritando consignas y aporreando las murallas con sus espadas hasta que los arqueros disponían de tiempo para matarlos. Tras unos cuantos asaltos frustrados, Martel se replegó para reconsiderar la estrategia. El verano aún no había acabado, no obstante, y las hordas de

rendoreños muertos que se amontonaban al pie de las murallas comenzaban a hincharse bajo el sol, desprendiendo un olor a carne putrefacta que flotaba desagradablemente sobre la ciudad interior.

Una tarde, Falquián y sus compañeros aprovecharon el respiro para ir al castillo para bañarse y tomar una comida caliente. Antes de ello empero, fueron a visitar a sir Ulath. El corpulento caballero genidio yacía en la cama con la mirada todavía extraviada y un aire de confusión en el semblante.

— Estoy cansado de estar tumbado, hermanos — dijo con voz apagada — hace calor aquí. ¿Por qué no salimos y vamos a cazar un troll? La caminata por la nieve nos refrescaría un poco la sangre.

— Cree que está en la casa principal genidia en Heid — indicó en voz baja Sephrenia a los caballeros —. Todo el rato quiere ir a cazar trolls. Piensa que yo soy una moza de servicio y me hace toda clase de proposiciones deshonestas.

Bevier ahogó una exclamación.

— Y a veces se pone a llorar — agregó la estiria.

— ¿Ulath? — se extrañó Tynian.

— Puede que sea un llanto ficticio, porque, la primera vez que lo hizo, intenté consolarlo y la cosa derivó en un reñido forcejeo. Está muy vigoroso, teniendo en cuenta su estado.

— ¿Se repondrá? — preguntó Kalten —. Quiero decir que si recobrará el sentido de la realidad.

— Es difícil de prever, Kalten. Me parece que ese golpe le produjo una contusión en el cerebro, y nunca se sabe cómo va a evolucionar algo así. Mejor será que os marchéis, queridos. No lo excitéis.

Ulath se puso a pronunciar con voz cavernosa un largo discurso en la lengua troll, y Falquián descubrió con sorpresa que aún comprendía ese idioma. Al parecer, todavía persistían algunos de los efectos del hechizo invocado por Sephrenia en la cueva de Ghwerig.

Después de bañarse y afeitarse, Falquián se vistió con un hábito de monje y se reunió con los demás en el casi desierto refectorio en cuya larga mesa les habían servido la comida.

— ¿Cuál será el próximo paso que dé Martel? — preguntaba el preceptor Komier a Abriel.

— Seguramente recurrirá a las tácticas de asedio ordinarias — respondió Abriel —. Lo más probable es que se limite a aguardar y deje que sus artefactos batan nuestras defensas. Esos fanáticos eran su única oportunidad de obtener una victoria rápida. Puede que esto se prolongue durante un tiempo.

Permanecieron sentados en silencio, escuchando el monótono impacto de las grandes rocas que caían en la ciudad. Entonces Talen irrumpió en la estancia con la cara manchada y la ropa sucia.

— ¡Acabo de ver a Martel, mis señores! — anunció muy excitado.

— Todos lo hemos visto, Talen — replicó Kalten, arrellanándose en la silla —. Se pasea de vez en cuando a caballo fuera de las murallas para echar un vistazo.

— No estaba fuera de las murallas, Kalten — precisó Talen —. Estaba en el sótano de debajo de la basílica.

— ¿Qué estáis diciendo, chico? — se interesó Dolmant.

— Yo... eh... bueno — comenzó a exponer, después de aspirar hondo Talen —, no fui del todo sincero con vosotros cuando os conté cómo conseguía colar a los ladrones de Chyrellos afuera — confesó. Puso una mano en alto —. Es verdad que preparé un encuentro entre los ladrones y esos soldados eclesiásticos de la muralla que tenían una cuerda. Esa parte es totalmente verídica. Lo único que no os expliqué es que había encontrado otro camino para salir de la ciudad vieja, simplemente porque no quería aburriros con detalles sin importancia. El caso es que, poco después de llegar aquí, me encontraba por azar en el sótano más profundo de la basílica y localicé un pasadizo. No sé para qué lo construyeron, pero sigue hacia el norte. Es perfectamente redondo y las piedras de las paredes y el suelo son muy lisas. Lo seguí y me llevó fuera de la ciudad.

— ¿Muestra señales de que alguien lo utilice como pasadizo? — inquirió el patriarca Emban.

— La primera vez que fui por él, no, Su Ilustrísima. Estaba plagado de telarañas.

— Oh, eso — identificó sir Nashan —. He oído hablar de él, pero nunca he ido a investigar in

situ. Las antiguas cámaras de tortura se hallan en ese sótano, lo cual lo convierte en un lugar que la mayoría de la gente tiende a evitar.

— El pasadizo, Nashan — inquirió Vanion —, ¿qué utilidad tiene?

— Es un antiguo acueducto, mi señor. Formaba parte de la construcción original de la basílica. Discurre en dirección norte hasta el río Kydu para abastecer de agua la ciudad interior. Todo el mundo me ha dicho que se había derrumbado hace siglos.

— No en su mayor parte, caballero — le aseguró Talen —. Continúa un buen trecho hasta la ciudad exterior y tiene una utilidad. Para abreviar, estaba mirando por allí y encontré ese... ¿cómo habéis llamado a ese pasillo?

— Un acueducto — apuntó Nashan.

— Una palabra curiosa. Bueno, lo encontré y lo seguí, e iba a parar al sótano de un almacén, varias calles más allá de las murallas. No se prolonga más, pero con eso basta. Hay una puerta que conecta ese sótano a un callejón. Ésa era la información que vendía a los ladrones de Chyrellos. Sea como fuere, esta tarde estaba en el sótano y he visto a Martel que salía sigilosamente del pasadizo. Me he escondido y, como estaba solo, lo he seguido. Ha ido a una especie de despensa, y allí estaba esperándolo Annias. No he podido oír lo que decían, pero tenían las cabezas muy juntas como los hombres que están tramando una intriga de consideración. Han hablado un rato y después han salido de la despensa. Martel le ha dicho a Annias que aguardara la señal habitual y que luego se reuniera allí con él. «Quiero que os instaléis en un lugar seguro cuando se inicie la batalla», eso es lo que ha dicho. Después Annias ha dicho que todavía le preocupaba la posibilidad de que llegara Wargun, pero Martel se ha echado a reír y le ha contestado: «No os inquietéis por Wargun, amigo mío. No sabe nada de lo que ocurre aquí». Y luego se ha ido. Yo he esperado un poco y después he venido corriendo aquí.

— ¿Como se enteró Martel de la existencia del acueducto? — le preguntó Kalten

— Supongo que alguno de sus hombres persiguió a uno de los ladrones y lo descubrió. — Talen se encogió de hombros —. A todo el mundo le dan arrebatos de civismo en lo que concierne al acoso de un ladrón. A mí a veces me ha perseguido gente a la que no conocía de nada.

— Eso explica la ausencia de Wargun —concluyó Komier con tristeza —. Lo más seguro es que hayan tendido emboscadas a todos nuestros mensajeros.

— Y Ehlana continúa sentada en Cimmura sin tener más que a Stragen y Platimo para protegerla — añadió Falquián con tono preocupado —. Me parece que iré a ese sótano y esperaré a Martel. Acabará por acudir allí y entonces lo abordaré.

— ¡De ningún modo! — le prohibió tajantemente Emban.

— Su Ilustrísima — arguyó Falquián —, creo que pasáis por alto el hecho de que, si Martel muere, este asedio concluiría con él.

— Y yo creo que vos olvidáis el hecho de que nuestra verdadera meta es derrotar a Annias en la elección. Necesito una transcripción de una conversación entre Annias y Martel con el fin de inclinar a mi favor los votos necesarios para derrotar al primado de Cimmura. En este sentido, nuestra situación es cada día más frágil, caballeros. Cada vez que ese incendio de allá afuera se propaga a un nuevo barrio, perdemos unos cuantos votos más.

— ¿No despertaría las suspicacias de la jerarquía el que Talen hiciera un relato del encuentro entre Annias y Martel? — sugirió Kalten.

— La mayoría de los miembros de la jerarquía nunca han oído hablar de Martel, sir Kalten — replicó Emban —, y este chiquillo no es el mas fiable de los testigos. Es seguro que saldría alguien que conociera sus actividades como ladrón. Debemos disponer de un testigo totalmente incorruptible y que sea de fiar, uno cuya neutralidad y objetividad estén fuera de dudas.

— ¿El comandante de la guardia personal del archiprelado, tal vez? — propuso Ortzel.

— Ese es el hombre indicado — acordó Emban, haciendo crujir los dedos — Si logramos convencerlo para que baje al sótano y escuche a Martel y Annias hablando, su testimonio sería algo digno de presentar ante la jerarquía.

¿No pasáis Por alto el hecho de que cuando Martel entre por ese acueducto irá acompañado de un pequeño ejército, Su Ilustrísima? — preguntó Vanion —. Dijo algo sobre querer llevar a Annias a un lugar seguro antes del inicio de la batalla. Ello me induce a pensar que quizá se proponga realizar un ataque por sorpresa en la propia basílica. Vuestro testigo no hallará un auditorio muy atento si todos los patriarcas están corriendo para preservar sus vidas.

— No me turbéis con esos detalles, Vanion — replicó a la ligera Emban —. Limitaos a apostar unos cuantos hombres allí.

— Con gusto, ¿pero de dónde saco esos hombres?

— Tomad algunos de los que están en las murallas. De todas formas no están haciendo nada útil.

Vanion enrojeció violentamente y una gruesa vena comenzó a latir visiblemente en su frente.

— Será mejor que me dejéis que se lo explique, Vanion — se ofreció Komier —. No querríamos que cayerais fulminado por un ataque de apoplejía. — Se volvió con desenvoltura hacia el obeso patriarca —. Su Ilustrísima — señaló amablemente —, cuando uno planea un ataque por sorpresa, le conviene distraer la atención del enemigo. ¿No os parece lógico?

— Bueno... — dijo Emban algo dubitativamente.

— Al menos, así es como actuaría yo, y Martel es una persona con una buena formación de base. Sospecho que lo que va a ocurrir es que Martel va a aguardar hasta tener construidos esos magones...

— Maganeles — lo corrigió el preceptor Abriel.

— Como se llamen. — Komier se encogió de hombros —. Después va a empezar a castigar nuestras murallas y luego va a emprender un asalto a las murallas con todos los hombres que pueda reunir. Creedme, Su Ilustrísima, los soldados de las murallas, o lo que queda de ellas, van a estar pero que muy ocupados. Entonces será cuando Martel baje al sótano, y nosotros no vamos a tener ningún hombre sobrante para salir a su encuentro.

— ¿Por qué tenéis que ser tan condenadamente listo, Komier? — contraatacó Emban con brusquedad.

— ¿Qué hacemos pues? — les preguntó Dolmant.

— No nos resta más alternativa — respondió Vanion —. Vamos a tener que derrumbar ese acueducto para que Martel no pueda pasar por él.

— ¡Pero, si hacéis eso, no vamos a tener ningún testimonio del encuentro entre Annias y Martel! — protestó con voz aguda Emban.

— Intentad considerar todos los aspectos, Emban — aconsejó pacientemente Dolmant —. Tampoco desearíamos ver votar a Martel cuando elijamos un nuevo archiprelado.

Capítulo catorce

— Son tropas de ceremonia, Su Ilustrísima — objetó Vanion —. Esto no es un desfile ni un cambio formal de guardia.

Vanion, Dolmant, Falquián y Sephrenia se hallaban reunidos en el estudio de sir Nashan.

— Los he visto entrenarse en el patio exterior de sus cuarteles, Vanion — señaló con calma Dolmant —. Todavía recuerdo bastante mi propia formación militar como para reconocer a los profesionales sólo con verlos.

— ¿Cuántos son, Su Ilustrísima? — preguntó Falquián.

— Trescientos — repuso el patriarca —. Como guardia personal del archiprelado, su cometido exclusivo es la defensa de la basílica. — Dolmant recostó la espalda en la silla, juntando las yemas de los dedos —. No veo que tengamos otras alternativas, Vanion —observó con el enjuto y ascético rostro casi reluciente a la luz de la vela—. Emban tenía razón. Nuestra lucha por sumar votos está perdida ahora. Mis hermanos de la jerarquía sienten gran apego por sus casas. — Torció el gesto —. Es una de las pocas formas de vanidad asequibles a los miembros del alto estamento eclesiástico. Todos llevamos sencillas sotanas, de manera que no podemos ostentar con nuestra vestimenta; no nos casamos, de modo que no podemos alardear con nuestras esposas; estamos comprometidos con la paz y por consiguiente no podemos demostrar nuestra proeza en el campo de batalla. Todo cuanto nos resta son nuestros palacios. Perdimos al menos veinte votos cuando nos replegamos a las murallas de la ciudad interior y abandonamos las mansiones de mis hermanos a los actos de pillaje de los hombres de Martel. Necesitamos desesperadamente alguna prueba que demuestre la connivencia entre Annias y Martel. La quema de los palacios será achacable entonces a Annias y no a nosotros. — Miró a Sephrenia —. Voy a tener que pediros que hagáis algo, pequeña madre — anunció.

— Por supuesto, Dolmant. — Le sonrió cariñosamente.

— Ni siquiera puedo solicitároslo de modo oficial — precisó con una pesarosa sonrisa —, porque guarda relación con cosas en las que se supone que no debo creer.

— Pedídmelo como antiguo pandion, querido — sugirió la estiria —. De ese modo podremos soslayar la cuestión de que hayáis caído bajo la influencia de malas compañías.

— Gracias — contestó secamente el patriarca —. ¿Podéis de alguna manera derrumbar el acueducto sin estar físicamente en el sótano?

— Yo puedo ocuparme de eso, Su Ilustrísima — se ofreció Falquián —. Puedo utilizar el Bhelliom.

— No, de hecho no podéis — le recordó Sephrenia —. No tenéis los dos anillos. — Volvió a centrar la atención en Dolmant —. Puedo hacer lo que pedís — le dijo —, pero Falquián habrá de estar en el sótano para canalizar el hechizo.

— Tanto mejor — se alegró Dolmant —. Vanion, veamos qué pensáis de esto. Vos y yo hablamos con el coronel Delada, el jefe de la guardia del archiprelado, y luego ponemos sus hombres en el sótano bajo el mando de alguien de confianza.

— ¿Kurik? — sugirió Falquián.

— Exacto — aprobó Dolmant —. Sospecho que todavía lo obedecería automáticamente si me diera una orden. — Dolmant hizo una pausa —. ¿Por qué no lo habéis armado caballero, Vanion?

— Debido a sus prejuicios de clase, Dolmant. — Vanion rió —. Kurik cree que los caballeros son hombres frívolos y casquivanos. A veces casi estoy por convenir con él.

— De acuerdo pues — continuó Dolmant —. Ponemos a Kurik y a los guardias en el sótano a esperar a Martel... a buen recaudo de miradas, por supuesto. ¿Cuál será el primer signo de que Martel ha emprendido el asalto contra nuestras murallas?

— Grandes piedras cayendo del cielo, diría yo, ¿no creéis, Falquián? Esa será la prueba de que han instalado los maganeles. No iniciará el ataque hasta estar seguro de que éstos funcionan correctamente.

— Y lo más probable es que entonces se introduzca en el acueducto, ¿no es así?

Vanion asintió.

— Habría demasiadas posibilidades de que los descubrieran en caso de deslizarse antes en el sótano.

— Esto cada vez encaja mejor. — Dolmant parecía complacido consigo mismo —. Ponemos a Falquián y al coronel Delada a esperar en las murallas las primeras piedras y, cuando éstas comiencen a estrellarse contra la ciudad, los dos bajan al sótano a escuchar furtivamente la conversación sostenida entre Martel y Annias. Si la guardia del archiprelado no puede contener la entrada al acueducto, Sephrenia derruirá el túnel. Desbaratamos el ataque secreto, obtenemos evidencia de la culpabilidad de Annias, y hasta puede que capturemos a Annias y Martel. ¿Qué os parece, Vanion?

— Es un plan excelente, Su Ilustrísima — aprobó Vanion con expresión imperturbable. Falquián también advertía unas cuantas lagunas en él. Los años habían embotado, al parecer, la intuición estratégica de Dolmant en ciertos aspectos —. Sólo le veo un inconveniente — añadió Vanion.

— ¿Oh?

— En cuanto esos artefactos batan las murallas, seguramente tendremos hordas de mercenarios aquí entre nosotros.

— Eso sería un tanto inoportuno — concedió Dolmant con un ligero fruncimiento de entrecejo —. Vayamos a hablar con el coronel Delada de todas formas. Estoy convencido de que algo ocurrirá.

Vanion suspiró y abandonó la habitación detrás del patriarca de Demos.

— ¿Siempre fue así? — preguntó Falquián a Sephrenia.

— ¿Quién?

— Dolmant. Me parece que está excediéndose en su optimismo.

— Es a causa de vuestra teología elenia, querido. — Sonrió —. Dolmant está profesionalmente comprometido a acatar la noción de providencia, algo que los estirios consideran como la peor forma de fatalismo. ¿Qué os preocupa, querido?

— Se me ha desmoronado una intachable construcción lógica, Sephrenia. Ahora que conocemos la implicación de Perraine, no hay manera posible de relacionar la sombra con Azash.

— ¿Por qué os obsesiona tanto la certitud indiscutible, Falquián?

— ¿Cómo decís?

— Sólo porque no podéis demostrar lógicamente una conexión, estáis dispuesto a desechar de plano la idea. Vuestro razonamiento era, de todas formas, bastante frágil. Lo único que estabais haciendo era tratar de forzar las cosas para que vuestra lógica se ajustara a vuestros sentimientos: una especie de justificación para un fogonazo de intuición. Vos sentisteis, creísteis, que la sombra provenía de Azash y yo con eso tengo suficiente. Me inclino más a dar crédito a vuestros

sentimientos que a vuestra lógica.

— No seáis mala — la regañó.

— Creo que es hora de descartar la lógica y comenzar a confiar esos fogonazos intuitivos, Falquián. La confesión de sir Perraine desmiente cualquier conexión entre esa sombra que veis y los atentados contra vuestra vida, ¿no es cierto?

— Me temo que sí — reconoció —, y, para arreglar las cosas, ni siquiera he visto últimamente la sombra.

— El que no la hayáis visto no significa que no esté todavía allí. Decidme exactamente qué sensaciones experimentasteis cada vez que la visteis.

— Frío — respondió — y la apabullante impresión de que, fuera lo que fuese, me odiaba. He sido objeto de odio otras veces, Sephrenia, pero no de ese modo. Era inhumano.

— De acuerdo, ése es un dato fiable. Se trata de algo sobrenatural. ¿Algo más?

— Me daba miedo — admitió sin tapujos.

— ¿A vos? Pensaba que ignorabais el significado de esa palabra.

— Ya veis que no.

La mujer arrugó su menuda y pequeña cara en actitud reflexiva.

— La teoría que elaborasteis contenía muchos puntos flojos, Falquián — señaló —. ¿Tendría realmente sentido que Azash mandara a algún bandido a mataros y que luego tuviera que perseguirlo para poder recuperar el Bhelliom?

— Es un poco molesto y tortuoso, supongo.

— En efecto. Consideremos pues la posibilidad de una pura coincidencia.

— Yo no debería prestarme a ello, pequeña madre. La providencia, ya sabéis.

— Dejaos de monsergas.

— Sí, señora.

— Supongamos que Martel corrompió a Perraine por su cuenta, sin consultar a Annias..., siempre que nos atengamos a la hipótesis de que sea Annias el que está en contacto con Otha y no Martel.

— No creo que Martel llegara al extremo de tener tratos personales con Otha.

— Yo no estaría tan segura, Falquián. Pero supongamos que la idea de mataros la concibió Martel y no Otha... y que no fue producto de algún enrevesado plan ideado por Azash. Eso taparía la brecha producida en vuestro razonamiento. La sombra podría continuar estando relacionada con Azash y no tener nada que ver con los atentados contra vuestra vida.

— ¿Y para qué aparece pues?

— Para observar, seguramente. Azash quiere saber dónde estáis y sobre todo no quiere perder de vista el Bhelliom. Eso explicaría por que la veis casi siempre cuando sacáis la joya de la bolsa.

— Esto está empezando a darme dolor de cabeza, pequeña madre. Pero, si todo sale tal como lo ha planeado Dolmant, pronto tendremos a Martel y Annias bajo nuestra custodia. Ésas serían condiciones óptimas para obtener unas cuantas respuestas de ellos. Las suficientes para disipar mi dolor de cabeza, en todo caso.

El coronel Delada, comandante de la guardia personal del archiprelado era un hombre de robusta complexión, pelo rojizo corto y rostro arrugado, que, a pesar de su posición eminentemente ceremonial tenía el porte de un guerrero. Llevaba el bruñido peto, el redondo escudo repujado y la tradicional espada corta de su unidad, una capa carmesí que le llegaba a las rodillas y un yelmo sin visera rematado por una cresta de pelo de caballo.

— De veras son tan grandes, sir Falquián? — preguntó mientras ambos contemplaban las humeantes ruinas desde el techo plano de una casa lindante con la muralla de la ciudad vieja.

— No lo sé de cierto, coronel Delada — respondió Falquián —. Nunca he visto ninguno, pero Bevier sí y él me ha contado que son tan grandes como una casa de buenas dimensiones.

— ¿Y es verdad que arrojan rocas del tamaño de un buey?

— Eso me han dicho.

— ¿Adonde va a ir a parar el mundo?

— Es lo que llaman el progreso, amigo mío — comentó irónicamente Falquián.

— El mundo sería mucho mejor si ahorcáramos a todos los científicos e ingenieros, sir Falquián.

—Y a los juristas también.

— Oh, sí, sin duda: también a los juristas. Todo el mundo querría colgar a los abogados. — Delada entornó los ojos —. ¿Por qué os andáis todos con tantos secretos conmigo, Falquián? — preguntó malhumorado, demostrando que los tópicos que circulaban respecto a los pelirrojos eran acertados en su caso.

— Debemos proteger vuestra estricta neutralidad, Delada. Vais a ver algo, y a oír algo, esperamos, de suma importancia. Posteriormente se os solicitará que deis testimonio de ello y va a haber gente que intentará por todos los medios insuflar dudas en vuestra declaración.

— Mas les vale no hacerlo — declaró acaloradamente el coronel.

— El caso es — continuó Falquián, sonriendo — que, si de antemano ignorais por completo la naturaleza de lo que vais a ver y oír, nadie podrá poner en entredicho vuestra imparcialidad.

— No soy estúpido, Falquián, y tengo ojos en la cara. Esto tiene que ver con la elección, ¿no es así?

— Prácticamente todo en Chyrellos está relacionado con la elección en estos momentos, Delada..., salvo tal vez ese sitio que se prolonga allá fuera.

— Y apostaría algo a que ese sitio también está implicado en esto.

— Ésta es una de las cuestiones de las que se supone que no debemos hablar, coronel.

— ¡Aja! — exclamó triunfalmente Delada —. ¡Tal como pensaba!

Falquián miró a lo lejos. Lo importante era demostrar sin margen de duda la connivencia entre Martel y Annias, lo cual no estaba tan seguro de poder lograr. Si la conversación entre el primado de Cimmura y el pandion renegado no revelaba la identidad de Martel, Delada sólo podría repetir ante la jerarquía el contenido de un sospechoso conciliabulo entre Annias y un extraño de nombre desconocido. Emban, Dolmant y Ortzel, no obstante, se habían mostrado tajantes: Delada no debía recibir bajo ningún concepto ninguna información que pudiera condicionar su testimonio. En ese sentido Falquián se sentía especialmente decepcionado con el patriarca Emban, siempre tan tortuoso y mentiroso en otras cuestiones. ¿Por qué había de volverse de repente honrado en ese punto crucial?

— Está empezando, Falquián — le anunció Kalten desde la muralla alumbrada con antorchas —. Los rendoreños están llegando para retirar nuestros obstáculos.

Dado que el tejado era un poco más alto que la muralla, Falquián divisaba perfectamente lo que ocurría al otro lado de la fortificación. Los rendoreños acudían corriendo, chillando como en anteriores ocasiones y, sin parar mientes en las estacas untadas de veneno de las alambradas, las hacían caer rodando. Muchos de ellos, arrebatados por un enfervorizado éxtasis religioso, llegaban incluso a arrojarse sin propósito alguno a las emponzoñadas estacas. Cuando, a poco, quedaron amplios trechos libres de obstrucción, las torres de asalto comenzaron a avanzar lentamente sobre ruedas por la ciudad aún humeante, en dirección a las murallas. Las torres, según apreció Falquián, estaban construidas con gruesas planchas cubiertas de verdes cueros, tantas veces remojados en agua que chorreaban copiosamente. No había saeta ni jabalina capaz de traspasar las planchas y ni con brea y nafta ardientes sería posible prender fuego a aquel cuero empapado. Martel iba neutralizando, una a una, sus defensas.

— ¿Prevéis que realmente haya que luchar en la basílica, sir Falquián? — preguntó Delada.

— Esperemos que no, coronel — repuso Falquián —. Sin embargo, es preferible estar preparados. Os agradezco que hayáis desplegado a vuestros guardias en el sótano, en especial teniendo en cuenta que no puedo confiaros la razón por la que los necesitamos. De lo contrario, hubiéramos debido utilizar algunos de los hombres que defienden las murallas.

— Debo dar por sentado que sabéis lo que hacéis, Falquián — señalo con pesar el coronel —. El hecho de poner todo el destacamento bajo el mando de vuestro escudero ha molestado un tanto a mi

alférez.

— Ha sido una decisión táctica, coronel. En ese sótano resuena mucho el eco y vuestros hombres serán incapaces de comprender las ordenes aun a gritos. Kurik y yo llevamos mucho tiempo juntos y hemos hallado la manera de capear situaciones como ésta.

Delada observó las torres de asalto que cruzaban pesadamente el descampado de enfrente de la muralla.

— Son grandes, ¿eh? — dijo —. ¿Cuántos hombres pueden apilarse en uno de esos ingenios?

— Depende de la estima en que uno tenga a sus nombres — contesto Falquián, colocándose el escudo ante el cuerpo para protegerse de las flechas que ya habían comenzado a caer sobre el tejado —. Varios centenares como mínimo.

— No estoy familiarizado con las tácticas de asedio — reconoció Delada —. ¿Qué harán ahora?

— Las adosarán a las torres y tratarán de iniciar una carga contra los defensores. Éstos intentarán empujar las torres para volcarlas. Es muy confuso y ruidoso y mucha gente resulta herida.

— Cuándo entran en acción esos maganeles?

— Probablemente cuando varias de las torres estén firmemente acopladas a las murallas.

— ¿Van a tirar rocas sobre sus propios hombres?

— Los que van en las torres no tienen gran importancia. Muchos de ellos son rendoreños, al igual que los que han perecido retirando los impedimentos. El hombre que capitanea ese ejército no se caracteriza por ser humanitario.

— ¿Lo conocéis?

— Oh, sí. Muy bien.

— Y queréis matarlo, ¿no es cierto? — inquirió sagazmente Delada.

— Muchas veces me he planteado hacerlo.

Tratando de esquivar la lluvia de flechas y saetas de ballesta, los soldados de los adarves lanzaron largas sogas con anzuelos de anclaje en los extremos sobre el techo de una de las torres, que ahora se hallaba ya cerca de la muralla. Después comenzaron a halar las cuerdas. La torre osciló, tambaleándose, y acabó por venirse abajo con gran estrépito. Los hombres que iban dentro comenzaron a gritar, algunos de dolor y otros de terror, pues sabían cuál sería su suerte. Con la caída
se habían quebrado las planchas y la torre estaba despanzurrada como un huevo roto. Los calderos de brea y nafta regaron los desechos y los forcejeantes hombres, y luego las antorchas prendieron fuego en el ardiente líquido.

Delada engulló saliva al oír los desesperados gritos de los hombres abrasados.

— ¿Sucede esto bastante a menudo? — preguntó con voz en la que se apreciaba un asomo de mareo.

— Eso esperamos — respondió con crudeza Falquián —. Cada uno de los que matamos afuera representa uno menos que no entrará aquí. — Falquián invocó un encantamiento y habló con Sephrenia, que estaba esperando en el castillo pandion —. Estamos casi a punto de entrar combate aquí, pequeña madre — informó —. ¿Algún indicio de la presencia de Martel?

— Nada, querido. — Su voz parecía casi susurrarle al oído —. Tened mucho cuidado, Falquián. Aphrael se enfadaría mucho con vos si permitierais que os mataran.

— Decidle que con gusto aceptaríamos que nos echara una mano si le apetece.

— ¡Falquián! — Su tono sonaba entre escandalizado y divertido.

— ¿Con quién estabais hablando, sir Falquián? — inquirió, desconcertado, Delada, mirando en derredor para ver si había alguien más cerca

— Vos sois relativamente devoto, ¿verdad, coronel? — indagó Falquián.

— Soy un hijo de la Iglesia, Falquián.

— Puede que os desasosegara explicándooslo. Las órdenes militantes tienen permitido sobrepasar los límites impuestos al común de los fieles elenios. ¿Por qué no lo dejamos así?

A pesar de los esfuerzos de los asediados, varias torres llegaron hasta la muralla y los puentes

levadizos que llevaban incorporados en lo alto abrieron pasos hasta las almenas. Una de las torres se instaló justo al lado de la puerta, donde se encontraban los amigos de Falquián. Capitaneados por Tynian pasaron a la carga y, precipitándose por el puente, se introdujeron en la propia torre. Falquián contuvo el aliento mientras sus amigos peleaban ocultos a la vista. Los ruidos que llegaban desde dentro proclamaban la ferocidad de la lucha. Se oía el choque de las armas, gritos y gemidos. Después Tynian y Kalten salieron y, tras cruzar corriendo el puente, tomaron entre sus brazos protegidos por acero un gran caldero de brea y nafta ardiente y volvieron a entrar en la torre. Los gritos se intensificaron cuando rociaron las caras de los hombres que se agarraban a las escaleras de abajo. Los caballeros surgieron al exterior y, al llegar al adarve, Kalten tomó una antorcha y la lanzó a la estructura con ademán aparentemente negligente. La estructura alargada actuó como si de una chimenea se tratara, escupiendo primero negro humo por el agujero que tapaba antes el puente levadizo y luego llamas de oscuras tonalidades anaranjadas que incendiaron el techo. El griterío, cada vez más frenético adentro, se interrumpió al poco rato.

Los contraataques de los caballeros en las murallas habían bastado para contener la primera oleada de asaltantes, pero la defensa de las almenas había costado muchas vidas. Las flechas y las saetas de ballesta habían castigado los adarves en una verdadera tormenta y habían causado un gran saldo de víctimas entre los soldados eclesiásticos y también, si bien no de forma tan alarmante, entre los caballeros.

— ¿Volverán? — preguntó Delada con expresión sombría.

— Desde luego — respondió concisamente Falquián —. Los ingenios de asedio aporrearán las murallas durante un tiempo y después vendrán más torres por esa área despejada.

— ¿Cuánto podemos resistir?

— Cuatro... quizá cinco ataques como éste. Después los maganeles comenzarán a abrir brechas en las murallas y entonces se iniciarán los combates en el interior de la ciudad.

— No tenemos posibilidades de ganar, ¿verdad, Falquián?

— Probablemente no.

— ¿Chyrellos está perdida pues?

— Chyrellos estaba condenada desde el momento en que aparecieron esos ejércitos, Delada. La estrategia que se trasluce detrás del ata°n la ciudad está muy bien calculada..., casi podría calificarse de brillante.

— Una actitud un tanto singular la vuestra en estas circunstancias, Falquián

— A eso se lo llama ser profesional. Uno debe admirar el genio de su adversario. Es una afectación, claro está, pero ayuda a mantener un cierto grado de abstracción. Las últimas fases son muy desalentadoras y uno necesita algo para mantener el ánimo.

Entonces Berit subió por la trampilla del tejado donde se hallaban Falquián y Delada. El novicio tenía los ojos desorbitados, la mirada algo perdida y la cabeza agitada por intermitentes sacudidas.

— ¡Sir Falquián! — lo llamó con voz innecesariamente alta.

— ¿Sí, Berit?

— ¿Cómo habéis dicho?

Falquián lo miró con más detenimiento.

—¿Qué ocurre, Berit? — preguntó.

— Lo siento, sir Falquián. No os oigo. Han hecho sonar las campanas de la basílica cuando se ha iniciado el ataque. Todas están encima de la linterna de arriba de la cúpula. En mi vida he escuchado un ruido tan tremendo. — Berit se puso las manos en la cabeza.

Falquián lo agarró por los hombros y lo miró a la cara.

— ¿Qué está ocurriendo? — bramó, articulando exageradamente las palabras.

— Oh, disculpad, sir Falquián. Las campanas me han dejado aturdido. Se aproximan miles de antorchas por los campos del otro lado del río Arruk. Pensaba que deberíais saberlo.

— ¿Refuerzos? — apuntó, esperanzado, Delada.

— Estoy convencido de que sí — replicó Falquián —, ¿pero de qué ejército?

Se oyó un pesado y estruendoso impacto tras ellos y una casa de considerables dimensiones se hundió sobre sí misma alrededor de una colosal roca que había penetrado por su tejado.

— ¡Dios mío! — exclamó Delada —. ¡Es enorme! Esas murallas no aguantarán embates de este calibre.

— No — convino Falquián —. Es hora de que nos dirijamos al sótano, coronel.

— Han comenzado a arrojar esas grandes piedras antes de lo que calculabais, Falquián — observó el coronel —. Es una buena señal, ¿no os parece?

— Me temo que no acabo de comprenderos.

— ¿No será esto un indicio de que el ejército que se acerca por el oeste es una columna de relevo de nuestro bando?

— Las tropas reunidas allá afuera se componen de mercenarios, coronel. Podrían tener prisa por trasponer nuestros muros para no tener que compartir el botín con sus amigos que se encuentran al otro lado del río.

Los sótanos inferiores de la basílica estaban formados por gigantescas piedras laboriosamente cinceladas y dispuestas con cuidado en largas y bajas bóvedas de cañón soportadas de trecho en trecho por recios contrafuertes arqueados sobre los que reposaba todo el peso de la estructura. Allá, más abajo incluso de la cripta donde se convertían en polvo en oscuro silencio los huesos de eclesiásticos fallecidos muchos siglos antes, reinaban la penumbra y la humedad.

— ¡Kurik! — musitó Falquián a su escudero cuando en compañía de Delada pasaba por delante de una zona aislada del resto por una reja donde aguardaban el escudero de Falquián y los guardias de Delada.

Kurik se acercó a la verja con paso sigiloso.

— Los maganeles se han puesto en acción — le comunicó Falquián —, y por el oeste se aproxima un gran ejército.

— No tenéis más que noticias placenteras, ¿eh, Falquián? — Kurik guardó silencio un instante —. No es que uno se encuentre muy a gusto aquí, Falquián. Hay cadenas y manillas colgadas en las paredes y al fondo hay un rincón que habría hecho las delicias de Bellina.

Falquián lanzó una ojeada a Delada.

— Ya no está en uso — explicó éste después de toser —. Hubo un tiempo en que la Iglesia no reparaba en medios para erradicar la herejía. Aquí abajo se efectuaban los interrogatorios y se arrancaban las confesiones. Éste es uno de los capítulos más tenebrosos de nuestra Santa Madre.

—Ciertos detalles de esos hechos han trascendido al conocimiento público. — Falquián asintió —. Espera aquí con los guardias, Kurik. El coronel y yo debemos instalarnos en nuestro sitio antes de que lleguen nuestros visitantes. Cuando silbe indicando que ataquéis, no os demoréis porque, llegado ese punto, te necesitaré de veras.

— ¿Os he fallado alguna vez, Falquián?

— No, no lo has hecho. Perdona que lo mencionara. — Condujo al coronel a las profundidades del laberíntico sótano —. Vamos a ir a una estancia bastante grande, coronel — explicó —, en cuyas paredes hay toda clase de escondrijos y huecos. El joven que la encontró me trajo aquí para enseñármela. Según sus previsiones, los dos hombres en los que estamos interesados se reunirán aquí. A uno de ellos lo identificaréis fácilmente y confío que del contenido de la conversación sea deducible la identidad del otro. Os ruego que prestéis mucha atención a lo que dicen y, en cuanto hayan acabado de hablar, quiero que volváis directamente a vuestros cuarteles y os cerréis con llave. No abráis a nadie que no sea yo, lord Vanion o el patriarca Emban. Si sirve para levantaros el ánimo, os diré que, durante un breve período de tiempo, seréis el hombre más importante de Chyrellos, y apostaremos ejércitos enteros para protegeros.

— Todo esto es muy misterioso, Falquián.

— Así debe ser por el momento, amigo mío. Espero que, cuando oigáis la conversación, entenderéis por qué. Ahí está la puerta. — Falquián empujó con cautela la podrida hoja y los dos entraron en una grande y oscura cámara festoneada de telarañas. Cerca de la puerta había dos sillas

y una mesa, en el centro de la cual se erguía una gruesa vela sobre un plato resquebrajado. Falquián siguió caminando hacia el fondo y penetró en un profundo nicho —. Quitaos el yelmo — susurró — y envolveos el peto con la capa. Conviene no propiciar ningún reflejo que pudiera alertar a alguien de nuestra presencia.

Delada asintió con la cabeza.

— Ahora voy a apagar nuestra vela — anunció Falquián — y guardaremos un riguroso silencio. Si es preciso hablar, lo haremos en quedos susurros al oído del otro. — Sopló la llama, se inclinó y dejó el cirio en el suelo.

Aguardaron, oyendo a lo lejos un goteo de agua. Por mas meticuloso que sea el drenaje de un lugar, siempre se producen filtraciones, y el agua, lo mismo que el humo, encuentra indefectiblemente un resquicio por donde colarse.

Habrían transcurrido unos quince minutos, una hora tal vez o un siglo incluso, cuando sonó un amortiguado ruido metálico en el otro extremo del vasto subterráneo.

— Soldados — musitó Falquián a Delada —. Esperemos que el hombre que los capitanea no los traiga aquí adentro a todos.

— Ciertamente — susurró Delada.

Entonces un hombre encapuchado y vestido con túnica oscura se deslizó por el umbral, escudando la llama de una vela con una mano. Después encendió el cirio de la mesa, apagó el suyo y se descubrió la cabeza.

— Debí imaginármelo —susurró Delada a Falquián—. Es el primado de Cimmura.

— En efecto, amigo mío, lo es.

Los soldados se acercaron, haciendo patentes esfuerzos por sofocar el tintineo de armas y armaduras, pero, en grupo, los soldados nunca han sido famosos por su sigilo.

— Ya hemos llegado lo bastante lejos — ordenó una voz conocida —. Retiraos un poco. Os llamaré si os necesito.

Al cabo de poco entró Martel. Llevaba el yelmo en la mano y su blanco pelo relucía con la luz de la vela que se derretía en la mesa frente al primado.

— Bien, Annias — dijo con voz cansina —, lo hemos intentado, pero la partida está decidida.

— ¿De qué estáis hablando, Martel? — espetó Annias —. Todo está saliendo a pedir de boca.

— Hace una hora nuestra buena suerte ha sufrido un revés.

— Dejad de hablar en clave, Martel. Decidme qué está ocurriendo,

— Un ejercito marcha hacia aquí por el oeste, Annias.

— ¿Esa nueva remesa de cammorianos de que me hablasteis?

— Sospecho que esos mercenarios se han convertido en picadillo estas alturas, Annias. — Martel se desabrochó el cinto de la espada — Detesto anunciároslo así a bocajarro, viejo amigo, pero ése es el ejercito de Wargun. Se extiende más allá de donde alcanza la vista.

A Falquián le saltó el corazón en el pecho de alborozo.

— ¿Wargun? — gritó Annias —. Dijisteis que lo habíais dejado todo bien atado para que no llegara a Chyrellos.

— Así lo creí, viejo amigo, pero de algún modo alguien ha conseguido avisarle.

— ¿Su ejército es más numeroso que el nuestro?

Martel se dejó caer en la silla con gesto fatigado.

— Dios, qué cansado estoy — confesó —. Llevo dos días sin dormir. ¿Decíais?

— ¿Tiene Wargun más hombres que nosotros?

— Oh, sí. Podría acabar conmigo en pocas horas. Me parece que no debemos esperarlo. Mi único motivo de preocupación es cuánto va a tardar Falquián en matarme. A pesar de su mala catadura, Falquián es una persona bondadosa y estoy seguro de que me liquidaría de una forma rápida. Estoy realmente decepcionado con Perraine. Pensé que lograría hacer desaparecer para siempre de mi camino a mi antiguo hermano. Qué se le va a hacer. Ydra pagará por su fracaso, supongo. Como decía, Falquián seguramente me enviaría a la tumba en menos de un minuto. Él es

mejor espadachín que yo. Vos, sin embargo, tenéis más candentes motivos de inquietud. Lycheas me ha contado que Ehlana quiere que le presenten vuestra cabeza en una bandeja. En cierta ocasión pude verle la cara en Cimmura justo después de la muerte de su padre y antes de que la envenenarais. Falquián es clemente, pero Ehlana tiene el corazón de piedra, y os odia. Hasta puede que decidiera arrancaros la cabeza con sus propias manos. Es una muchacha muy delgada y tal vez tardaría medio día en desgarraros el cuello.

— Pero estamos tan cerca... — se lamentó Annias con angustiada frustración —. El trono del archiprelado se encuentra casi al alcance de mi mano.

— Es mejor que lo soltéis entonces. Sería una carga muy pesada cuando corráis para salvar la vida. Arissa y Lycheas están en mi pabellón haciendo ya el equipaje, pero vos no tendréis tiempo para tales menesteres, me temo. Os iréis directamente desde aquí, conmigo. Quiero que os quede bien clara una cosa, Annias. No voy a esperaros, ni una sola vez. Si comenzáis a rezagaros, os dejaré atrás.

— Hay cosas que debo llevarme, Martel.

— No lo dudo. Yo mismo podría mencionar unas cuantas: vuestra cabeza, por ejemplo, pues Lycheas me cuenta que al gorila rubio que va con Falquián le han entrado unas ganas desmedidas de ahorcar a la gente. Conozco lo bastante bien a Kalten como para darme cuenta de su torpeza. Es casi seguro que cometería una pifia, y ser invitado de honor de un ahorcamiento chapucero no es la idea que yo tengo sobre como pasar una tarde agradable.

— ¿Cuantos hombres habéis traído aquí al sótano? —preguntó Annias con voz temerosa.

— Unos cien

— ¿Estáis loco? Estamos justo en medio de un campamento de caballeros de la Iglesia.

— Se os esta empezando a notar la cobardía, Annias — observó con palpable desdén Martel —. Este acueducto no es muy ancho. ¿Querrías tener que trepar por él en compañía de un millar de bien armados mercenarios cuando llegue el momento de correr?

— ¿Correr? ¿Adonde podemos correr? ¿Adonde podemos dirigirnos?

— ¿Adonde si no? Nos vamos a Zemoch. Otha nos protegerá.

El coronel Delada aspiró, emitiendo un quedo siseo.

— No hagáis ruido — murmuró Falquián.

Martel se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la cámara, reflejando en su cara la rojiza luz de la vela.

— Intentad seguir mi razonamiento, Annias — indicó —. Vos envenenasteis a Ehlana con darestim, y el darestim es siempre fatal. No existe ninguna cura y la magia ordinaria no habría podido neutralizar sus efectos. Lo sé porque fui introducido en las artes mágicas por la propia Sephrenia.

— ¡Esa bruja estiria! — exclamó Annias, comprimiendo las mandíbulas.

Martel lo agarró por la pechera y lo levantó un palmo de la silla.

— Tened cuidado con lo que decís, Annias — le advirtió Martel, apretando los dientes —. No insultéis a mi pequeña madre o desearéis que sea Falquián el que os dé alcance. Como os decía, él es básicamente una persona de buena disposición. Yo no. Puedo haceros cosas que a Falquián jamás se le ocurrirían.

— ¿No seguiréis conservando afecto hacia ella?

— Eso es asunto mío, Annias. Prosigamos pues. Puesto que sólo la magia habría sido capaz de curar a la reina y la magia ordinaria se habría revelado impotente ante el darestim, ¿qué nos queda?

— ¿El Bhelliom? — adivinó Annias, alisando con la mano las arrugas que el puño de Martel había dejado en la parte delantera de su hábito.

— Correcto. Falquián ha conseguido hacerse con él. Lo utilizó para sanar a Ehlana y es más que probable que todavía lo tenga en su poder porque el Bhelliom no es del tipo de cosas que se dejan por ahí a la ligera. Mandaré a los rendoreños a derribar los puentes del río Arruk, lo cual retrasará un poco a Wargun y nos dará cierto margen para escapar. Lo mejor será ir en dirección norte un

buen trecho y apartarnos de la zona principal de batalla antes de girar hacia el este rumbo a Zemoch. — Sonrió sin alegría —. De cualquier forma, Wargun siempre ha querido exterminar a los rendoreños. Si los envío a destruir los puentes, tendrá su oportunidad, y Dios sabe que no seré yo quien los eche de menos. Ordenaré al resto de las tropas que hagan frente a Wargun en la orilla oriental del río. Se enzarzarán en un espléndido combate... que podría incluso durar un par de horas antes de que los extermine a todos. Ése será aproximadamente el tiempo de que dispondremos vos, yo y nuestros amigos para largarnos de este lugar. Podemos dar por seguro que Falquián nos seguirá y que, a no dudarlo, llevará consigo el Bhelliom.

— ¿Cómo lo sabemos? Sólo son suposiciones, Martel.

— ¿Queréis decir que habéis tenido contacto tantos años con Falquián y no habéis llegado a conocerlo? No es mi intención insultaros, viejo amigo, pero sois un perfecto idiota, ¿lo sabíais? Otha tiene agrupadas sus fuerzas en Lamorkand Oriental y emprenderá el avance hacia Eosia Occidental en cuestión de días. Sacrificará cuanto se presenté a su paso: hombres, mujeres, niños, ganado, perros, animales salvajes, peces incluso. La prevención es la obligación principal de los caballeros de la Iglesia, y Falquián es el prototipo de caballero que se pretendía conseguir con la fundación de las cuatro órdenes. Es todo deber, honor y resolución implacable. Daría mi alma por ser un hombre como Falquián. Él tiene en sus manos la única cosa capaz de dejar a Otha fuera de combate. ¿Creéis que existe algo en el mundo que fuera a impedirle llevar el Bhelliom con él? Usad la cabeza, Annias.

— ¿De qué nos va a servir huir si sabemos que Falquián va a venir pisándonos los talones con el Bhelliom en las manos? Borrará a Otha del mapa y a nosotros con él.

— Es harto improbable. Falquián es moderadamente formidable, pero no es un dios. Azash sí lo es, en cambio, y viene codiciando el Bhelliom desde antes del inicio del tiempo. Falquián nos perseguirá, y Azash estará esperándolo. Azash lo destruirá para arrebatarle el Bhelliom. Entonces Otha invadirá Occidente y, puesto que le hemos prestado un servicio de tal magnitud, nos recompensará con creces. A vos os pondrá en el trono del archiprelado y a mí me concederá la corona del reino que yo elija..., tal vez incluso de todos. Otha ha ido perdiendo el gusto por el poder en el transcurso del último milenio. Incluso accederé a situar a Lycheas como regente o aun como rey de Elenia, si así lo deseáis, aunque por más que me estruje el cerebro no encontraría un motivo para alentar ese deseo. Vuestro hijo es un gimoteante cretino cuya sola visión me produce náuseas. ¿Por qué no hacéis que lo estrangulen y luego vos y Arissa volvéis a intentarlo? Si os concentráis en ello, podríais incluso engendrar un verdadero ser humano en vez de una anguila.

Falquián miró alrededor, estremecido por una súbita sensación de frío. Aun cuando no pudiera verlo, supo que el sombrío vigilante que lo había seguido desde la cueva de Ghwerig se hallaba en algún punto de la habitación. ¿'Sería acaso posible que la mera mención del nombre del Bhelliom bastara para invocarlo?

—¿Pero cómo sabemos que Falquián va a estar en condiciones de perseguirnos? — objetaba Annias —. Ignora nuestros tratos con Otha, de modo que no tendrá la más mínima noción de adonde nos dirigimos.

— Sois un ingenuo, Annias. — Martel exhaló una carcajada —. Sephrenia puede escuchar una conversación mantenida a una distancia de cerca de diez kilómetros y puede hacer que otra persona que este en la misma habitación que ella la oiga también. Y no solo eso: hay cientos de lugares en este sótano a los cuales llegan las voces desde esta cámara. Creedme, Annias, de una forma u otra, Falquián está escuchándonos en este preciso momento. — Hizo una pausa —. ¿No es cierto, Falquián? — añadió.

Capítulo quince

La pregunta de Martel quedó flotando en la húmeda penumbra.

— Quedaos aquí — susurró ferozmente Falquián a Delada, llevando la mano a la espada.

— Eso no será — replicó el coronel con igual fiereza, desenvainando su espada.

— De acuerdo — aceptó Falquián, considerando que aquél no era momento para discutir —, tened cuidado. Yo cogeré a Martel. Vos prended a Annias.

Abandonaron su escondrijo y se encaminaron a la solitaria vela que iba derritiéndose sobre la mesa.

— Vaya, pero si es mi querido hermano Falquián — dijo con voz cansina Martel —. Qué alegría volver a veros, viejo amigo.

— Mirad rápido, Martel, pues no será mucho el tiempo en que aún podáis ver algo.

— Me encantaría complaceros, Falquián, pero me temo que debemos posponerlo una vez más. Asuntos urgentes, ¿comprendéis? — Martel agarró a Annias por el hombro y lo empujó hacia la puerta —. ¡Moveos! —espetó.

Los dos salieron corriendo al tiempo que Falquián y Delada se precipitaban, espada en mano, hacia el umbral.

— ¡Deteneos! — indicó Falquián a su compañero.

— ¡Están escapando, Falquián! — arguyó Delada.

— Tienen la huida asegurada — constató Falquián, paladeando el amargo sabor de la decepción —. Martel tiene cien hombres apostados en esos pasadizos. Os necesitamos vivo, coronel. — Falquián emitió un agudo silbido que se mezcló con el ruido de pasos apresurados afuera en el corredor — Habremos de defender la puerta hasta que lleguen Kurik y los guardias.

Tomaron velozmente posiciones a ambos lados de la podrida puerta y, en el último momento, Falquián se instaló afuera, algo distanciado del arqueado dintel de piedra. Su posición le proporcionaba gran amplitud de movimientos en tanto que las rocas salientes y el techo de la arcada entorpecían, por el contrario, los intentos de ataque de los soldados que acudían en tropel.

Los mercenarios de Martel descubrieron muy pronto lo insensato de la idea de embestir contra Falquián cuando éste estaba enojado, y ciertamente Falquián estaba hecho una furia entonces. Los cadáveres iban apilándose en el umbral conforme él descargaba su rabia en los desaliñados soldados.

Entonces llegó Kurik con la guardia de Delada, y los hombres de Martel se replegaron, defendiendo el pasadizo que conducía a la abertura del acueducto por la que habían huido Annias y Martel.

— ¿Estáis bien? — preguntó el escudero, asomándose a la puerta.

— Sí — respondió Falquián, aferrando el brazo del coronel Delada, que se disponía a salir.

— Soltadme, Falquián — pidió Delada, apretando los dientes.

— No, coronel. ¿Recordáis lo que os he dicho hace un rato, lo de ser el hombre más importante de Chyrellos por un tiempo?

— Sí — admitió Delada en tono lúgubre.

— Esa condición de eminencia se ha iniciado hace unos minutos, y no voy a permitir que arriesguéis la vida sólo porque en estos instantes os sintáis belicoso. Ahora os llevaré a vuestros aposentos y apostaré un guardia delante de vuestra puerta.

— Tenéis razón, desde luego — reconoció Delada, enfundando la espada —. Es sólo que...

— Lo sé, Delada. Yo mismo debo reprimir mi impulso.

Tras dejar a buen recaudo al coronel, Falquián regresó al sótano donde, a las órdenes de Kurik, los guardias estaban localizando y acabando con los mercenarios que trataban de esconderse.

— Me temo que Martel y Annias se han escapado definitivamente, Falquián — informó Kurik, apareciendo en la oscuridad menguada por las antorchas.

— Estaba esperándonos, Kurik — comunicó sombríamente Falquián —. De algún modo sabía que estaríamos aquí abajo o que Sephrenia habría invocado un hechizo para que pudiéramos oírlo. Decía muchas cosas con el propósito de que yo las escuchara.

— ¿Oh?

— El ejército que viene por el oeste es el de Wargun.

— Ya era hora de que llegara. — Kurik sonrió de improviso.

— Martel también ha anunciado el rumbo que piensa tomar. Quiere que lo sigamos.

— Estaré encantado de complacerlo. ¿Hemos conseguido lo que pretendíamos?

— Cuando Delada haya testificado, Annias no obtendrá ni un solo voto.

— Algo es algo.

— Designa un capitán para que dirija a esos guardias y vamonos en busca de Vanion.

Los preceptores de las cuatro ordenes se encontraban en los adarves próximos a las puertas, observando con cierta perplejidad cómo se retiraban los mercenarios.

— Han interrumpido el ataque sin motivo alguno — comentó Vanion cuando Falquián y Kurik se sumaron a ellos.

— Tenían un buen motivo — replicó Falquián —. El que viene al otro lado del río es Wargun.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó Vanion —. Después de todo le habrán llegado noticias de la situación. ¿Cómo han ido las cosas en el sótano?

— El coronel Delada ha escuchado una conversación muy interesante, aunque Martel y Annias han escapado. Van a ir a Zemoch para acogerse a la protección de Otha. Martel va a ordenar a los rendoreños que destruyan los puentes para dar tiempo a que el resto de mercenarios se despliegue. No tiene grandes esperanzas de que su presencia no sea más que un leve inconveniente para Wargun. Lo que en realidad se propone es retrasarlo un poco para poder huir.

— Creo que será mejor que vayamos a hablar con Dolmant — propuso el preceptor Darellon —. La situación ha cambiado un tanto. ¿Por que no reunís a vuestros amigos, sir Falquián, y regresamos al castillo?

— Ve a avisarlos, Kurik — indicó Falquián a su escudero —. Que todos nuestros amigos sepan que el rey Wargun ha venido a rescatarnos.

Kurik asintió.

Los patriarcas habían experimentado un gran alivio al enterarse de la llegada del rey Wargun y no cupieron en sí de regocijo al saber que Annias se había autoinculpado.

— El coronel puede incluso testificar sobre el trato que Annias y Martel tienen con Otha — les comunicó Falquián —. El único incidente desafortunado ha sido la huida de Annias y Martel.

— ¿Cuánto tardará en tener noticia Otha de este vuelco en el curso de los acontecimientos? — preguntó el patriarca Emban.

— Creo que debemos dar por hecho que Otha se enterará instantáneamente de lo ocurrido aquí,

Su Ilustrísima — le respondió el prefector Abriel.

— Otro de esos trucos mágicos, supongo — exclamó Emban con expresión de disgusto.

— Wargun va a tardar cierto tiempo en reagrupar sus tropas y marchar hacia Lamorkand para hacer frente a los zemoquianos, ¿verdad? — previo Dolmant.

— Una semana o diez días, Su Ilustrísima — convino Vanion —, calculando por lo bajo. Las avanzadillas de ambos ejércitos podrán desplazarse con mayor rapidez, pero el grueso de la fuerza necesitará al menos una semana para ponerse en marcha.

— ¿Qué distancia puede recorrer en un día un ejército? —inquirió Emban.

— Quince kilómetros a lo sumo, Su Ilustrísima — repuso Vanion.

— Eso es absurdo, Vanion. Incluso yo puedo recorrer quince kilómetros a pie en cuatro horas y hay que tener en cuenta que yo no camino muy rápido.

— Eso cuando andáis solo, Su Ilustrísima. — Vanion sonrió —. Un hombre que sale de paseo no tiene que molestarse en evitar que se rezague la retaguardia de la columna, y, cuando llega la hora de dormir, se envuelve simplemente en su capa bajo un arbusto. Se tarda mucho más en disponer un campamento para un ejército.

Con un gruñido, Emban se puso trabajosamente en pie, se encaminó con paso torpe al mapa de Eosia que colgaba de una de las paredes del estudio de sir Nashan y midió algunas distancias.

— En ese caso se encontrarán aquí — infirió, señalando con el dedo un punto del mapa —, en esa llanura al norte del lago Cammoria. Ortzel, ¿cómo es el terreno allí?

— Relativamente llano — respondió el patriarca lamorquiano—. Se compone sobre todo de tierras de cultivo salpicadas de bosques aquí y allá.

— Emban — sugirió amablemente Dolmant —, ¿por qué no dejamos que el rey Wargun trace su estrategia? Nosotros tenemos nuestros propios asuntos que atender.

Emban rió algo avergonzado.

— Será que soy un entrometido nato — reconoció —. No puedo soportar que algo ocurra sin poner yo las narices. — Entrelazó las manos en la espalda —. No bien llegue Wargun, tendremos la situación bajo control aquí en Chyrellos. Creo que podemos dar por sentado que la declaración del coronel Delada eliminará la candidatura del primado de Cimmura de una vez por todas, de modo que lo más apropiado sería dejar zanjada sin tardanza la cuestión de la elección..., antes de que la jerarquía tenga tiempo de recobrar su aliento colectivo. Los patriarcas son animales políticos y, en cuanto se hayan serenado, van a comenzar a ver toda clase de oportunidades en la presente situación. Ahora mismo no nos conviene que aparezcan de improviso varias candidaturas para enturbiar el panorama. Mantengamos las cosas dentro del marco más sencillo posible. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, al decidir dejar que la ciudad exterior se convirtiera en pasto de las llamas, nos granjeamos las iras de un buen número de patriarcas. Sorprendamos a la jerarquía cuando todavía está apabullada por la gratitud y pongamos a alguien en esa silla vacía de la basílica antes de que comiencen a centrarse en los lamentos por sus mansiones perdidas y cuestiones de índole parecida. Ahora llevamos las de ganar. Aprovechemoslo, impidiendo que nuestro soporte comience a venirse abajo.

— Eso es lo que os ocupa constantemente el pensamiento, ¿no es así, Emban? —observó Dolmant.

— Alguien tiene que hacerlo, amigo mío.

— Será preferible, no obstante, esperar a que Wargun entre en la ciudad — advirtió Vanion —. ¿Está en nuestras manos ayudarlo?

— Podríamos salir de la ciudad vieja en cuanto los generales de Martel empiecen a volverse para encararse a su ejército — sugirió Komier —. Podríamos atacarlos por la espalda y hostigarlos para obligarlos a perseguirnos hasta las murallas. Entonces tendrán que destacar parte de las tropas para mantenernos en su interior, lo cual reducirá algo las fuerzas con las que se enfrentará Wargun.

— Lo que realmente me gustaría hallar es la manera de defender esos puentes del Arruk — declaró Abriel —. Su reconstrucción es lo que va a hacerle perder tiempo a Wargun... y vidas.

— No veo que podamos hacer gran cosa al respecto — opinó Darellon —. No disponemos de suficientes hombres para mantener alejados de la orilla del río a los rendoreños.

— Pero contamos con medios para desorganizar al enemigo en la ciudad — aseguró Komier —. ¿Por qué no volvemos a la muralla y evaluamos la estrategia? De todas formas, necesito un poco de acción para quitarme el regusto del asedio.

En el atardecer del tardío verano, de la oscura superficie de los dos ríos que confluían en Chyrellos se alzaban en el fresco de la noche finos retales grises de humedad que, al unirse, formaban primero una neblina que empañaba la anaranjada luz de las antorchas, después un vaho que desdibujaba los perfiles de las casas distantes y más tarde la persistente niebla propia de las ciudades construidas en las riberas de los ríos.

Entre las filas era patente el entusiasmo por entrar en acción. Había razones tácticas que la aconsejaban, cómo no, pero la táctica es cuestión que concierne a los generales, y lo que interesaba a la soldadesca era la venganza. Habían soportado el martilleo de los artefactos de asedio; habían reducido a fanáticos que trepaban por escalas y habían hecho frente a torres de asalto. Hasta entonces no habían tenido más remedio que aguantar lo que los asediantes les habían arrojado. Aquélla era la ocasión de tomar la iniciativa, de castigar a sus castigadores, y por ello salían con feliz expectación de la ciudad interior y avanzaban feroces hacia el enemigo.

Muchos de los mercenarios de Martel, que se habían enrolado entusiasmados a sus huestes cuando las perspectivas habían sido saqueos, rapiña y fáciles asaltos contra fortificaciones pobremente defendidas, perdían ahora todo su ardor ante la idea de tener que enfrentarse a una fuerza superior en campo abierto y, súbitamente pacíficos, se escabullían entre las brumosas calles en busca de sitios tranquilos. La salida en masa de los asediados supuso una gran sorpresa y una aún más profunda decepción para aquellos hombres que ahora sólo aspiraban a llevar vidas sencillas libres de querellas.

La niebla fue un elemento a su favor. Los defensores de la ciudad interior sólo tenían que precipitarse sobre los hombres que no llevaban la armadura de los caballeros de la Iglesia o las túnicas rojas de los soldados eclesiásticos. Las antorchas que sostenían aquellos inopinados pacifistas los convertían en blancos propicios para los ballesteros que tan bien habían aprovechado las lecciones de Kurik.

Para evitar el ruido que provocan los jinetes, los caballeros de la Iglesia se desplazaban a pie. Al cabo de un rato, Falquián se reunió con Vanion.

— Lo único que hacemos aquí es recoger desertores — informó a su superior.

— No sólo eso, Falquián — disintió Vanion —. Los soldados eclesiásticos han sufrido un prolongado asedio y ese tipo de cosas socava la moral de los hombres. Dejemos que nuestros cuestionables aliados se solacen un poco con la venganza antes de devolverlos a los patriarcas.

Falquián asintió con la cabeza y se alejó en compañía de Kalten y Kurik para marchar en vanguardia.

Una borrosa figura apareció asiendo un hacha en un recodo alumbrado por una antorcha. En sus contornos quedaba patente que, quien quiera que fuese, no llevaba armadura ni tampoco una túnica de soldado eclesiástico, de modo que Kurik le apuntó con su ballesta. En el último instante, alzó bruscamente el arma y la saeta salió silbando hacia el cielo crepuscular. Kurik prorrumpió en cáusticos juramentos.

— ¿Qué pasa? — musitó Kalten.

— Es Berit — contestó Kurik con las mandíbulas apretadas —. Siempre encoge así los hombros al caminar.

— ¿Sir Falquián? — llamó el novicio en la oscuridad —. ¿Estáis ahí?

— Sí.

— Gracias a Dios. Creo que he recorrido todos los callejones quemados de Chyrellos buscándoos.

Kurik descargó el puño contra una pared.

— Habla más tarde con él — aconsejó Falquián —. Bien, Berit — dijo —, ya me has encontrado. ¿Qué es eso tan importante que te hace vagar por ahí arriesgando el pellejo para venir a contarlo?

— Parece que los rendoreños están congregándose cerca de la puerta oeste, sir Falquián — anunció Berit al llegar a su lado —. Se cuentan por millares.

— ¿Qué están haciendo?

— Diría que rezar. Están celebrando una especie de ceremonia en todo caso Hay un individuo flaco, con barba, arengándolos desde lo alto de una pila de desperdicios

— ¿Has oído algo de lo que decía?

— Poca cosa, sir Falquián, pero pronunciaba con frecuencia una palabra y los demás la repetían a voz en grito cada vez.

— ¿Cuál era la palabra? — preguntó Kurik.

— «Cuerno de carnero», me parece.

— Eso me suena de algo, Falquián — recordó Kurik.

— Por lo visto, Martel se trajo a Ulesim para mantener a raya a los rendoreños.

— ¿Quién es Ulesim, sir Falquián? — inquino Berit, dirigiéndole una mirada de desconcierto.

— El actual líder espiritual de los rendoreños. Hay un retorcido pedazo de cuerno de carnero que es una especie de símbolo religioso. — Reflexionó un momento —. ¿Los rendoreños están tranquilamente sentados escuchando sermones? — preguntó al novicio.

— Si así queréis llamar a ese parloteo, sí.

— ¿Por qué no volvemos atrás y hablamos con Vanion? —propuso Falquián —. Esto podría sernos muy útil.

Los preceptores y los amigos de Falquián se encontraban a corta distancia.

— Creo que hemos tenido un golpe de suerte — informó Falquián —. Berit, que ha estado vagando por las calles, dice que los rendoreños están reunidos cerca de la puerta oeste y que su líder está dirigiéndoles una enfervorizada alocución.

— ¿Habéis dejado que un novicio se fuera solo, sir Falquián? — preguntó Abriel con tono de desaprobación.

— Kurik va a hablar después con él sobre ese tema, mi señor.

— ¿Cómo dijisteis que se llamaba ese cabecilla? — inquirió pensativamente Vanion.

— Ulesim, mi señor. Lo conozco. Es un perfecto idiota.

— ¿Qué harían los rendoreños si algo le ocurriera a él?

— Se dispersarían, mi señor. Martel ha dicho que iba a ordenarles el derribo de los puentes, tarea que al parecer aún no han iniciado. Los rendoreños necesitan insistentes estímulos y unas cuantas directrices cuidadosamente inculcadas antes de emprender cualquier cosa. Además, consideran a sus líderes religiosos como a una semidivinidad y no harían nada sin su mandato expreso.

— Esta podría ser la oportunidad para salvaguardar la integridad de nuestros puentes, Abriel — apuntó Vanion—. Si le sucede algo a ese Ulesim, tal vez los rendoreños se olviden de lo que debían hacer. ¿Por qué no reunimos nuestras fuerzas y vamos a hacerles una visita?

Mala idea — criticó lacónicamente Kurik—. Perdonad, lord Vanion, pero en verdad lo es. Si marchamos hacia los rendoreños con exhibición de fuerza, combatirán hasta morir para defender a su sagrado dirigente. Lo único que conseguiremos será provocar un montón de muertes inútiles.

— ¿Tienes una alternativa que proponer?

— Sí, mi señor — respondió, confiado, Kurik, dando una palmadita su ballesta —. Berit dice que Ulesim está dirigiendo un discurso a su gente. Un hombre que habla a una multitud suele situarse en un punto elevado. Si pudiera llegar á cien metros de él... —Kurik dejó la frase por acabar.

— Falquián — decidió Vanion —, llevaos a vuestros amigos y proteged a Kurik. Tratad de atravesar con disimulo la ciudad hasta situarlo a él y a su ballesta lo bastante cerca para liquidar al tal Ulesim. Si esos fanáticos rendoreños se desmoralizan y no destruyen los puentes, Wargun podrá cruzar el río antes de que esos mercenarios estén preparados para hacerle frente. Los

mercenarios son los más poderosos soldados del mundo. Casi nunca participan en batallas perdidas de antemano.

— ¿Creéis que capitularán? — inquirió Darellon.

— Merece la pena intentarlo — opinó Vanion —. Una solución pacífica podría salvar la vida de muchos hombres en ambos bandos, y creo que vamos a necesitarlos a todos ellos y a muchos más, incluso a los rendoreños, cuando vayamos a contener el avance de Otha.

— Me pregunto — dijo Abriel echándose a reír — cómo se va tomar Dios que los herejes eshandistas defiendan su Iglesia.

— Dios es tolerante — aseguró, sonriendo, Komier —. Puede que hasta los perdone... un poquito.

Los cuatro caballeros, Kurik y Berit avanzaron sigilosamente hacia la puerta oeste por las calles de Chyrellos, ahora barridas por una tenue brisa que hacía escampar la niebla. Llegaron a una amplia zona despejada en que el fuego había consumido por completo los edificios, donde se congregaban miles de rendoreños armados hasta los dientes y apiñados en torno a una elevada pila de desechos sobre la cual se erguía una figura familiar.

— Es él, sin margen de duda — susurró Falquián a sus compañeros mientras se refugiaban en los restos de una casa —. Ahí se alza en toda su gloria... Ulesim, el discípulo predilecto del santo Arasham.

— ¿Qué dices? — preguntó Kalten.

— Así es como se denominaba a sí mismo allá en Rendor. Era un titulo que se había autoconcedido, supongo que con la intención de evitarle a Arasham el esfuerzo de seleccionar a alguien.

Ulesim, en un estado rayano en la crisis nerviosa, pronunciaba un discurso que distaba mucho de contener alguna coherencia. Mantenía extendido al frente un huesudo brazo y en la mano atenazaba con fuerza algo. Aproximadamente cada quince palabras, agitaba vigorosamente el objeto que tenía en la mano y vociferaba:

— ¡Cuerno de Carnero!

— ¡Cuerno de Carnero! — gritaban a su vez sus seguidores.

— ¿Qué te parece, Kurik? — musitó Falquián mientras se asomaban por la pared medio derruida.

— Que está loco.

— Desde luego que lo esta, pero ¿se halla a tiro?

Kurik examinó con ojos entornados al fanático de rimbombante lenguaje.

— Es una distancia aceptable — declaró con cierta vacilación.

— Probad de todas formas — lo animó Kalten —. Si la saeta no llega lo bastante lejos, o si la lanzáis demasiado lejos, seguro que la recogerá algún rendoreño.

Kurik apoyó la ballesta sobre el muro caído para afianzarla y apuntó con cuidado.

— ¡Dios me lo ha revelado! —chillaba Ulesim a sus seguidores—. ¡Debemos destruir los puentes que son obra del maligno! ¡Las fuerzas de la oscuridad que están al otro lado del río os atacarán, pero el Cuerno de Carnero os protegerá! ¡El poder del bendito Eshand se ha unido con el del santo Arasham para llenar el talismán de un poder sobrenatural! ¡El Cuerno de Carnero os dará la victoria!

Kurik apretó lentamente la palanca de la ballesta y la saeta salió disparada hacia su objetivo.

— ¡Sois invencibles! — vociferaba Ulesim —. ¡Sois...!

Nadie supo jamás qué otra cosa eran. Las plumas de una saeta de ballesta quedaron encajadas de pronto en la frente de Ulesim, justo entre sus cejas. Después se puso rígido y, con los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta, cayó desplomado sobre los cascotes.

— Buen tiro — felicitó Tynian a Kurik.

— La verdad es que trataba de darle en el vientre — confesó Kurik.

— Da lo mismo, Kurik. — El deirano exhaló una carcajada —. Hasta ha quedado más

espectacular de este modo.

Un vasto murmullo de desconcierto y angustia recorrió la muchedumbre de rendoreños.

Luego la palabra «ballesta» fue circulando entre la multitud y un numero de infortunados a cuyas manos habían llegado, por un procedimiento u otro, tales armas de origen lamorquiano fueron despedazados en el acto por sus enloquecidos compañeros. Un número considerable de aquellos sureños de negro ropaje se alejaron por las calles, aullando y rasgándose las vestiduras. Otros se desmoronaron blandamente en el suelo, sollozando con desesperación. Otros más se quedaron mirando, fijamente con incredulidad hacia el lugar desde donde Ulesim había estado arengándolos hacía tan sólo unos instantes. Falquián también advirtió una súbita actividad política por parte de ciertos individuos que se sentían con derecho a reclamar el puesto que había quedado tan recientemente vacante, los cuales comenzaron a tomar medidas para asegurarse la elevación al estado de eminencia, razonando que el poder reposa de forma más segura en las manos de los supervivientes. Los partidarios de un candidato y otro se sumaron a las discusiones y pronto la ingente multitud se vio embrollada en un alboroto de considerable magnitud.

— Los debates políticos son bastante reñidos entre los rendoreños, ¿no es cierto? —observó alegremente Tynian.

— Ya me había fijado en ello — convino Falquián —. Vayamos a notificar a los preceptores el accidente de Ulesim.

Dado que a partir de entonces a los rendoreños tanto les daban lo puentes, los cuernos de carnero o la inminencia de la batalla los generales del ejército de Martel llegaron a la conclusión de que no tenían la más mínima posibilidad de salir con bien del enfrentamiento con el mar de hombres que se extendía en la otra orilla del río. Haciendo honor a su condición de mercenarios, realistas y prácticos enviaron un destacamento de oficiales con una bandera blanca los cuales regresaron justo antes del alba. Los comandantes mercenarios permanecieron reunidos unos momentos y después hicieron formar sus tropas y, empujando en vanguardia a los tumultuosos rendoreños salieron de Chyrellos y entregaron las armas.

Falquián y los demás se encontraban en lo alto de la muralla de la ciudad exterior junto a la puerta oeste cuando los reyes de Eosia Occidental cruzaron un tanto ceremoniosamente el puente para entrar en la Ciudad Sagrada. El rey Wargun, flanqueado por el patriarca Bergsten, vestido con su cota de mallas, el rey Dregos de Arcium, el rey Soros de Kelosia y el anciano rey Obler de Deira encabezaban a caballo la columna. Tras ellos venía una lujosa carroza descubierta en la que viajaban cuatro personas embozadas y encapuchadas. Pese a no poder identificarlos, Falquián sintió un escalofrío al reparar en la gran corpulencia de una de ellas. No se habrían atrevido a... Y entonces, obedeciendo al parecer la orden de la figura más menuda, los cuatro se bajaron la capucha. El gordo era Platimo. Stragen era el segundo. El tercero era una mujer que Falquián no reconoció, y el cuarto, esbelta y rubia, con un aspecto francamente encantador, era Ehlana, reina de Elenia.

Capítulo dieciséis

La entrada de Wargun en Chyrellos no fue precisamente triunfal. El común de los habitantes de la Ciudad Sagrada no se habían hallado en condiciones de juzgar el desarrollo de los acontecimientos y, puesto que los ejércitos se parecen mucho entre sí, en su mayor parte permanecieron escondidos al paso de los reyes de Eosia.

Falquián apenas tuvo ocasión de hablar con su reina cuando todos hubieron llegado a la basílica y, aunque ardía en deseos de hacerlo, lo que quería decirle no era del tipo de cosas que se manifiestan en público. El rey Wargun dio a sus a sus generales unas cuantas destempladas órdenes y después siguieron al patriarca de Demos hacia una sala para celebrar una de esas reuniones que suelen señalar tales ocasiones.

— He admitir que ese Martel vuestro es muy listo —concedió un poco más tarde el rey de Thalesia, recostado en su sillón con una jarra de cerveza en la mano.

En la amplia y suntuosa estancia de suelo de mármol y gruesos cortinajes morados se hallaban reunidos en torno a una gran mesa de madera pulida los reyes, los preceptores de las cuatro órdenes, los patriarcas Dolmant, Emban, Ortzel y Bergsten y Falquián y los demás, incluyendo a Ulath, que, aunque todavía exhibía ciertos momentos de alelamiento, había experimentado una sensible mejoría. Falquián miraba con expresión pétrea a su prometida, sentada al otro lado de la la mesa. Tenía muchas cosas que decirle a Ehlana, y unas cuantas que reservaba para Platimo y Stragen. Apenas si conseguía mantener a raya el mal genio.

— Después del incendio de Coombe — prosiguió Wargun —, Martel tomó un castillo escasamente defendido encaramado encima de un risco. Reforzó las defensas, dejó una numerosa guarnición adentro y luego se marchó a asediar Larium. Cuando llegamos tras él, huyó en dirección este. Después se desvió hacia el sur y finalmente volvió a girar hacia el oeste, poniendo rumbo a Coombe. Pasé varias semanas persiguiéndolo. Parecía que había conducido la totalidad de su ejército a ese castillo, de manera que me instalé allí con intención de matarlos de hambre, pero lo que yo ignoraba era que había ido separando regimientos enteros de sus tropas y escondiéndolos conforme avanzaba, de forma que cuando llegó a esa fortaleza sólo capitaneaba una pequeña fuerza. Hizo entrar a ese destacamento entre sus muros y cerró las puertas, dejándome que pusiera sitio a ese inexpugnable castillo mientras él reunía tranquilamente sus fuerzas y marchaba hacia Chyrellos.

— Os enviamos una gran cantidad de mensajes, Su Majestad — señaló el patriarca Dolmant.

— No dudo que así fuera, Su Ilustrísima — convino Wargun con acritud —, pero sólo uno llegó a mis manos. Martel atestó buena parte de Arcium de pequeñas bandas de emboscados, por lo que deduzco que la mayoría de vuestros mensajeros yacen en zanjas en esos pedregales de Dios. Excusad, Dregos — se disculpó ante el rey arciano.

— No importa, Wargun — lo perdonó el rey Dregos —. Dios tuvo sus motivos para poner tanta roca en Arcium. El pavimento de caminos y la construcción de muros y castillos entretiene a mi gente y los previene de incurrir en la furia guerrera de otros.

— Si había tantos emboscados, ¿cómo consiguió alguien llegar hasta vos, Majestad? — preguntó Dolmant.

— Eso fue lo más extraño, Dolmant — respondió Wargun, rascándose la despeinada cabeza —. La verdad es que no acabo de comprenderlo. El tipo que lo logró era un lamorquiano que, por lo visto, se limito a cruzar a caballo Arcium sin tomar ninguna precaución y nadie reparo para nada en él. O bien es el hombre más afortunado que existe o Dios lo tiene en una estima especial... y a mí no me parece una persona tan digna de estima.

— ¿Está por aquí cerca, Su Majestad? — preguntó Sephrenia al rey de Thalesia, con una extraña vivacidad en la mirada.

— Me parece que sí, pequeña dama — contestó, con un eructo, Wargun —Ha dicho que quería presentar un informe al patriarca de Kadach. Debe de estar en la antesala.

— ¿Creéis que podríamos formularle algunas preguntas?

— ¿Es realmente importante, Sephrenia? —le preguntó Dolmant.

— Sí, Su Ilustrísima — repuso la mujer —. Creo que podría serlo. Hay algo que querría verificar.

— Tú — ordenó sin miramientos Wargun a uno de los soldados apostados junto a la puerta —, mira a ver si encuentras a ese desastrado lamorquiano que venía detrás de nosotros. Dile que venga aquí.

— Enseguida, Majestad.

— Naturalmente que «enseguida». Os he dado una orden, ¿verdad? Todas mis órdenes se obedecen de inmediato. — El rey Wargun, que iba ya por la cuarta jarra de cerveza, empezaba a perder los buenos modales —. El caso es que — continuó — ese individuo llegó al castillo que estaba asediando hace menos de dos semanas y, cuando hube leído el mensaje, reuní mi ejército y vinimos hacia aquí.

El lamorquiano que trajeron escoltado a la sala ofrecía, tal como había señalado Wargun, un aspecto bastante desastrado. Tenía el pelo fino y lacio, de un color pardusco, y una prominente nariz, y saltaba a la vista que no era un guerrero ni tampoco un eclesiástico.

— Ah, Eck — lo saludó el patriarca Ortzel, reconociendo en él a uno de sus sirvientes —. Debí suponer que eras tú el que lo había conseguido. Amigos míos, éste es mi criado Eck, un hombre muy escurridizo, según he podido comprobar. Es muy útil en cuanto a cuestiones de sigilo se refiere.

— Me parece que el sigilo no tuvo mucho que ver con eso esta vez, Su Ilustrísima — admitió Eck, con una voz nasal que no desentonaba para nada con su cara —. Cuando vimos vuestra señal, todos salimos cabalgando hacia el oeste a toda la velocidad que nos permitían nuestras monturas, pero fuimos víctimas de celadas incluso antes de llegar a la frontera arciana. Entonces fue cuando decidimos separarnos, pensamos que quizás uno de nosotros podría llegar a su destino, personalmente, no tenía grandes esperanzas de lograrlo porque parecía que hubiera un hombre apuntándome con un arco detrás de cada árbol. Me escondí en un castillo en ruinas cerca de Darra para rumiar la situación. No veía la manera de poder entregar vuestro mensaje. No sabía dónde estaba el rey Wargun y no me atrevía a preguntar a viajeros por miedo a que fueran los hombres que habían matado a mis compañeros.

— Una peligrosa circunstancia — comentó Darellon.

— Yo también pensaba lo mismo, mi señor — convino Eck —. Me quedé escondido en esas ruinas durante dos días y entonces, una mañana, oí el más extraño de los sonidos, una especie de música. Creía que tal vez sería un pastor, pero resultó que era una niña con unas cuantas cabras. Ella era la que hacía sonar la música con esos caramillos que tienen los guardadores de ganado. La pequeña tendría unos seis años, más o menos, y, nada más verla, la tuve por una estiria. Todo el

mundo sabe que trae mala suerte tener cualquier tipo de contacto con los estirios, de manera que seguí oculto en el castillo, no fuera que me denunciara a quienes me perseguían. Ella, sin embargo, vino directamente a mí, como si supiera con exactitud dónde estaba, y me dijo que la siguiera. — Guardó silencio un instante, con expresión turbada —. Yo ya no soy precisamente un chiquillo, Su Ilustrísima, y no acato órdenes de niños, y aun menos si son estirios, pero esa pequeña tenía un no sé qué muy especial. Cuando me indicaba que hiciera algo, la obedecía sin siquiera pararme a pensar. ¿No es extraño? Abreviando, me hizo salir de esas ruinas y los hombres que andaban buscándome rondaban por allí, pero se comportaron como si no me hubieran visto. La niña me condujo por todo Arcium y, pese a que ése es un largo camino, tardamos sólo tres días, no sé por qué..., bueno, dos en realidad si contamos el día en que estuvimos parados porque una de sus cabras parió un par de cabritillas, unas crías muy monas por cierto. La niña incluso insistió en que las llevara en mi caballo cuando nos pusimos en marcha. Y luego, señor, llegamos al castillo donde el ejército del rey Wargun estaba asediando a los rendoreños de adentro, y entonces fue cuando la niña se separó de mí. Es rarísimo. A mí no me gustan los estirios, pero hasta me puse a llorar cuando ella se marchó. Me dio un beso antes de irse, y aún lo noto en la mejilla. He pensado mucho en ello desde entonces, y he llegado a la conclusión de que, en fin de cuentas, puede que los estirios no sean tan malos.

— Gracias — murmuró Sephrenia.

— Bien, señor — continuó Eck —, me acerqué a los soldados y les dije que traía un mensaje para el rey Wargun de parte de la jerarquía. Entonces me llevaron en presencia de Su Majestad y le entregué el documento. Después de leerlo, concentró su ejército y vinimos a marchas forzadas aquí. Eso fue todo, mis señores.

— Vaya, vaya — dijo Kurik a Sephrenia, sonriéndole con ternura —, diríase que Flauta todavía está por aquí, y no sólo en espíritu, ¿no es cierto?

— Eso parece — acordó la mujer, sonriendo también.

— ¿El documento? — preguntó el patriarca Emban al patriarca Ortzel.

— Me tomé la libertad de hablar en nombre de la jerarquía — confeso Ortzel —. Di a cada uno de mis mensajeros una copia para el rey Wargun. Dadas las circunstancias, me pareció lo correcto.

— A mí también — convino Emban —. Aunque puede que Makova no hubiera pensado lo mismo. ,

— Algún día le presentaré disculpas... si por casualidad me acuerdo. Como no tenía la certeza de que alguno de los otros mensajes hubiera llegado a manos del rey Wargun, le informé brevemente de todo ocurrido.

El rey Wargun había necesitado un largo momento para hacerse cargo del significado de aquello.

— ¿Estáis diciendo que desplacé mi ejército obedeciendo las órdenes de un solo patriarca... que ni siquiera es thalesiano? — vociferó.

— No, Wargun — intervino con firmeza el corpulento patriarca Bergsten —. Yo apruebo sin reserva los actos del patriarca de Kadach, de modo que vos pusisteis en marcha vuestro ejército obedeciendo ordenes mías. ¿Querríais discutir conmigo esta cuestión?

— Oh — exclamó, contrito, Wargun —, en ese caso es diferente. — El patriarca Bergsten no era el tipo de persona a quien uno se atreviera a chistar con lo cual Wargun se apresuró a cambiar de tema —. Leí el documento un par de veces y decidí que no estaría mal desviarme un poco para pasar por Cimmura. Envié a Dregos y Obler para que se adelantaran con el grueso de las fuerzas y llevé el ejército elenio a la capital a fin de que pudieran defenderla. Cuando llegamos allí, encontramos la ciudad protegida por el vulgo, imaginaos, y, cuando solicité entrada, no me quisieron abrir las puertas hasta que ese gordo de ahí dio su aprobación. Para seros sinceros, no vi que Cimmura estuviera corriendo el más mínimo peligro. Esos comerciantes y obreros se desenvolvían como profesionales en esas murallas, os doy mi palabra. Sea como fuere, me dirigí a palacio para reunirme con el conde de Lenda y esta preciosa joven que lleva la corona y entonces fue cuando vi a ese malandrín de allí. — Señaló a Stragen —. Había atravesado con ese estoque a

un primo cuarto mío y yo había puesto precio a su cabeza... más por un sentimiento colectivo de familia que porque sintiera un afecto especial por ese primo, ya que no podía soportarlo ni en pintura. Tenía la costumbre de hurgarse la nariz en público, algo que encuentro repugnante. Ahora ya no lo hará más porque Stragen lo ensartó con buen tino. El caso es que yo iba a hacer que colgaran a ese truhán, pero Ehlana me disuadió de hacerlo. —Tomó un largo trago—. La verdad es que... — se le escapó un eructo — ...me amenazó con declararme la guerra si no abandonaba la idea. Tiene muy mal genio esta joven dama. — Sonrió de pronto a Falquián —. Tengo entendido que se impone felicitaros, amigo mío, pero yo que vos no me quitaría la armadura hasta conocerla mejor.

— Nos conocemos muy bien, Wargun — dijo remilgadamente Ehlana —. Puede decirse que Falquián me crió desde que era un bebé, de forma que, si a veces muestro cierta aspereza de carácter, debería atribuirse a él.

— Debí sospechar algo por el estilo. — Wargun soltó una carcajada —. Cuando le conté a Ehlana lo que estaba ocurriendo aquí en Chyrellos, insistió en traer su ejército para apoyarnos. Yo se lo prohibí tajantemente y a ella no se le ocurrió más que pellizcarme la patillas y decir: «De acuerdo, Wargun. En ese caso yo misma os llevaré a Chyrellos». El caso es que yo no dejo que nadie me tire de las patillas, así que iba a darle unos azotes, por más reina que fuera, pero entonces se interpuso esa enorme mujer de allá. — Miró a la mujer que Falquián suponía que era Mirtai, la giganta tamul, y se estremeció — No podía creer que fuera capaz de moverse tan velozmente. Me había puesto un cuchillo en la garganta en un abrir y cerrar de ojos. Intenté explicarle a Ehlana que tenía hombres de sobra para tomar Chyrellos, pero ella me salió con que tenía una inversión que proteger. Nunca he llegado a saber a qué demonios se refería. De todas formas, Partimos de Cimmura y nos reunimos con Dregos y Obler y proseguimos hasta la Ciudad Sagrada. Ahora, ¿podría explicarme alguien qué es lo que ha sucedido realmente aquí?

— Las normales actividades políticas eclesiásticas — le respondió secamente el patriarca Emban —. Ya sabéis hasta qué punto adora nuestra Madre las intrigas. Estábamos forcejeando para conseguir que se pospusieran las reuniones de la jerarquía, manipulando votos, raptando patriarcas: este tipo de cosas. Apenas logramos evitar que el primado de Cimmura accediera por el momento al trono, y entonces apareció Martel y puso sitio a la Ciudad Sagrada. Nos replegamos al interior de las murallas de la ciudad vieja dispuestos a resistir un tedioso asedio. La situación empezaba a ser desesperada cuando llegasteis anoche.

— ¿Han arrestado a Annias? — preguntó el rey Obler.

— Siento tener que deciros que no, Majestad — repuso Dolmant —. Martel se las arregló para sacarlo de la ciudad al atardecer.

— Una verdadera lástima — suspiró Obler —. Entonces podría regresar y realizar una nueva tentativa de acceder al trono, ¿no es así?

— Estaríamos encantados de verlo, Su Majestad — le aseguró Dolmant con forzada sonrisa —. Estoy seguro de que habréis oído hablar de la conexión entre Annias y Martel y de las sospechas que albergamos acerca de algún tipo de alianza entre ellos y Otha. Por fortuna, tuvimos ocasión de llevar al comandante de la guardia personal del archiprelado a un lugar donde pudo escuchar sin ser visto una conversación entre Annias y Martel. El coronel es completamente neutral y todo el mundo lo sabe. En cuanto declare ante la jerarquía lo que ha oído, Annias será expulsado de la Iglesia... en el mejor de los casos.

— Hizo una pausa —. Ahora bien — continuó —, los zemoquianos están reunidos en masa en Lamorkand Oriental, cumpliendo parte de lo convenido entre Otha y Annias. Tan pronto como Otha se entere de que sus planes se han torcido aquí en Chyrellos, comenzará a marchar hacia el oeste. Propongo que tomemos medidas para prevenir tal eventualidad.

— ¿Tenemos alguna idea respecto al camino de huida que tomo Annias? — preguntó Ehlana con ojos relucientes.

— Él y Martel se llevaron a la princesa Arissa y a vuestro primo Lycheas con intención de

acogerse a la protección de Otha, mi reina — la informó Falquián.

— ¿Existe alguna posibilidad de que podamos interceptarlos. — inquirió con fiereza.

— Podemos intentarlo, Su Majestad. — El caballero se encogió de hombros —. No obstante, no abrigaría grandes esperanzas al respecto.

— Quiero que me lo traigan prendido —declaró fieramente la reina.

— Lo siento mucho, Majestad — se interpuso el patriarca Dolmant —, Annias ha cometido crímenes contra la Iglesia y nosotros lo someteremos a castigo primero.

— ¿Para poder encerrarlo en algún monasterio para que rece y entone himnos durante el resto de su vida? — replicó con desdén la joven —. Yo tengo planes mucho más interesantes para él, Su Ilustrísima. Creedme si le pongo la mano encima antes que vosotros, no voy a entregarlo a la Iglesia... al menos hasta después de haber acabado con él. Después podréis disponer de lo que haya quedado de su persona.

— Ya basta, Ehlana — le advirtió con dureza Dolmant —. Estáis a punto de manifestar un abierto desacato a la Iglesia. No cometáis el error de llevar demasiado lejos tal actitud. Ya que lo mencionáis, os diré que no es un monasterio lo que le espera a Annias puesto que la naturaleza de los delitos por él cometidos contra la Iglesia merece la muerte en la hoguera.

La reina y el patriarca se miraron fijamente, y Falquián gimió para sus adentros.

Entonces Ehlana rió, con expresión algo compungida.

— Perdonadme, Su Ilustrísima — se disculpó ante Dolmant —. Me he precipitado al hablar. ¿En la hoguera, decís?

— Eso como mínimo, Ehlana — le aseguró el patriarca.

— Yo, por supuesto, delegaré el castigo en nuestra Santa Madre. Antes moriría que parecer una díscola hija suya.

— La Iglesia aprecia vuestra obediencia, hija mía — aseveró mansamente Dolmant.

Ehlana juntó piadosamente las manos y le dedicó una falsa sonrisa de contrición.

— Sois una muchacha muy traviesa, Ehlana — la regañó Dolmant, riendo en contra de su voluntad.

— Sí, Su Ilustrísima — reconoció ella —. Supongo que sí.

— Una mujer muy peligrosa, ésta, amigos míos — dijo Wargun a los otros monarcas —. Me parece que todos deberíamos poner especial cuidado en no interponernos en su camino. De acuerdo, ¿qué más?

Emban se hundió más en la silla, juntando las yemas de los dedos de ambas manos.

— Habíamos más o menos decidido que debíamos dejar resuelta la cuestión de la designación al archiprelado, Su Majestad. Eso fue antes de que entrarais en la ciudad. Os va a llevar cierto tiempo preparar vuestras fuerzas para que emprendan marcha hacia Lamorkand, ¿me equivoco? — inquirió.

— Como mínimo una semana — respondió sombríamente Wargun —, tal vez dos. Tengo unidades esparcidas a mitad de camino a Arcium, en su mayoría soldados extraviados y carromatos de víveres. Va a hacer falta un tiempo para organizarlos y luego hay que tener en cuenta los grandes atascos que siempre se producen cuando las tropas tienen que cruzar un puente.

— Podemos concedernos diez días a lo sumo — advirtió Dolmant —. Realizad el estacionamiento y organización sobre la marcha.

— Ésa no es la manera como se hace, Su Ilustrísima — objeto Wargun.

— Así se hará en esta ocasión, Su Majestad. En las marchas, los soldados pasan más tiempo sentados esperando que caminando. Saquemos provecho de esas horas muertas.

— También convendrá que mantengáis a vuestros soldados fuera de Chyrellos — añadió el patriarca Ortzel — dado que, habiendo huido sus habitantes, se encuentra vacía. Si vuestros hombres se distraen registrando casas deshabitadas, será algo difícil concentrarlos después cuando llegue el momento de partir.

— Dolmant — dijo Emban —, vos ostentáis la presencia de la jerarquía. Creo que deberíamos

convocar una sesión para mañana a primera hora. Hoy será recomendable que nuestros hermanos no visiten la ciudad exterior... por una cuestión de seguridad, claro está, dado que aún podría haber algunos mercenarios de Martel ocultos entre las ruinas. Nuestro objetivo principal, no obstante, es no darles ocasión de examinar demasiado de cerca los desperfectos producidos en su casa antes de reunirse en sesión formal. Hemos perdido un preocupante número de adeptos e, incluso después de desacreditar definitivamente a Annias, más nos vale no dar margen a que se produzca una coalición de última hora. Me parece que deberíamos celebrar alguna clase de servicio en la nave antes de iniciar la sesión, algo solemne que guarde relación con una acción de gracias. Ortzel, ¿querréis actuar como oficiante? Como vais a ser nuestro candidato, no estará mal dar oportunidad a que todo el mundo se vaya acostumbrando a vuestra presencia. Y, Ortzel, tratad de sonreír de tanto en tanto. Francamente, no se os va a desmontar la cara.

— ¿Tan rígido soy, Emban? — replicó Ortzel con una tenue sonrisa.

— Perfecto — aprobó Emban —. Practicad esa misma sonrisa delante de un espejo. Recordad que vais a ser un bondadoso y cariñoso padre... Al menos, ésa es la imagen que nos conviene dar. Lo que hagáis después de acceder al trono será algo que sólo os concernirá a vos y a Dios. De acuerdo, pues. Los servicios recordarán a nuestros hermanos que ante todo son eclesiásticos y que lo de ser propietarios es algo secundario. Después nos dirigiremos directamente a la sala de audiencia desde la nave. Hablaré con el maestro de capilla y le recomendaré encarecidamente el desarrollo de cantos corales que resuenen por la basílica... Algo exaltante que provoque en nuestros hermanos el estado de ánimo idóneo. Cuando Dolmant nos llame a orden, comenzaremos con una exposición de los últimos sucesos para que todo el mundo conozca los detalles de actualidad, ello con el fin de poner al corriente de la situación a los patriarcas que han estado escondidos en sótanos desde el inicio del asedio. En tales circunstancias, es perfectamente adecuado recurrir a testigos. Yo mismo los seleccionaré para asegurarme de su elocuencia. Nos interesa una espeluznante descripción de violaciones, incendios premeditados y pillaje para provocar cierta desaprobación sobre el comportamiento de los recientes visitantes de nuestra ciudad. El desfile de testigos culminará con el informe del coronel Delada acerca de la conversación que mantuvieron Annias y Martel. Dejémoslos que rumien eso durante un rato. Hablaré con algunos de nuestros hermanos y les encargaré que preparen discursos henchidos de ultrajada indignación y denuncias contra el primado de Cimmura. Después Dolmant designará un comité que investigue el asunto, cuestión de no ofender el protagonismo de la jerarquía. — El obeso patriarca reflexionó un instante —. Entonces habrá llegado el momento de convocarlos para después de la comida, dejándoles un intermedio de unas dos horas para que se formen una idea del alcance de la perfidia de Annias. Luego, cuando volvamos a reunirnos, Bergsten pronunciará una alocución en la que hará hincapié en la necesidad de obrar sin tardanza. No deis la impresión, Bergsten, de que haya que precipitarse, pero recordadles que nos hallamos en un período de crisis de fe. A continuación urgid para que procedamos sin dilación a la elección del archiprelado. Llevad la armadura y esa hacha para estimular la conciencia de hallarnos en tiempos de guerra. Después vendrán los tradicionales discursos de los monarcas de Eosia. Formuladlos con tono agitador, Majestades, con muchas referencias a la crueldad de la guerra, a Otha y a los temibles designios de Azash. Se trata de asustar a nuestros hermanos para que voten de acuerdo con su conciencia y dejen a un lado los afanes y confabulaciones políticos. No me perdáis de vista a mí, Dolmant. Os señalaré todos los patriarcas con una incontrolable tendencia a la trapacería política e identificaré quiénes son. Como presidente, podéis dar voz a quien os plazca. Y bajo ningún concepto aceptéis ningún aplazamiento para el día siguiente. No permitáis que nadie enturbie el clima conseguido. Llegado ese momento proceded a la presentación de candidaturas. Pasemos a la votación sin dar tiempo a que nuestros hermanos caigan en la tentación de sembrar la discordia. Queremos que Ortzel ocupe ese trono antes de la puesta de sol. Y, Ortzel, manteneos callado durante las deliberaciones, porque algunas de vuestras opiniones son controvertidas. No las aireéis en público... al menos hasta mañana.

— Me siento como un niño — comentó irónicamente el rey Dregos al rey Obler —. Pensaba que

sabía un poco de política, pero nunca hasta ahora había visto practicar ese arte de manera tan implacable.

— Ahora estáis en una gran ciudad Majestad — le hizo ver, sonriendo, Emban — Y así se desarrollan las cosas aquí.

El rey Soros de Kelosia, un hombre extremadamente piadoso y devoto hasta lo indecible que había estado a punto de desmayarse varias veces escuchando el frío programa elaborado por el patriarca Emban para manipular a la jerarquía, optó al fin por marcharse, murmurando que quería recogerse en oración.

— No perdáis de vista a Soros mañana, Su Ilustrísima — aconsejó Wargun a Emban —. Es un fanático religioso. Cuando pronuncie el discurso, podría darle por denunciarnos. Soros se pasa todo el tiempo hablando con Dios y eso a veces puede trastornar un poco el entendimiento. ¿Existe la posibilidad de que podamos saltárnoslo en el curso de las alocuciones reales?

— No de forma legítima — respondió Emban.

— Hablaremos con él, Wargun — prometió el rey Obler —. Tal vez logremos convencerlo para que esté demasiado enfermo para asistir a la sesión de mañana.

— Yo lo pondré enfermo, descuidad — murmuró Wargun.

— Todos tenemos asuntos que atender, damas y caballeros — declaró Emban, poniéndose en pie —, de manera que, como dicen, vayámonos a todo correr.

— La embajada elenia resultó dañada durante el asedio, mi reina — informó Falquián a Ehlana con tono impasible —. ¿Puedo ofreceros las comodidades un tanto espartanas del castillo pandion?

— Estáis enfadado conmigo, ¿no es cierto, Falquián? — le preguntó ella a su vez.

— Sería más apropiado que discutiéramos esto en privado, mi reina.

— Ah — suspiró la joven —. Pues pongámonos en caminó hacia castillo para que podáis reñirme durante un rato. Luego podemos pasar directamente a los besos y la reconciliación. Esa es la parte que realmente me interesa. Al menos no podréis zurrarme, teniendo como tengo por guardiana a Mirtai. Por cierto, ¿conocéis a Mirtai?

— No, mi reina.

Falquián miró a la silenciosa tamul que se mantenía de pie detrás de la silla de Ehlana. Su piel tenía una peculiar y exótica tonalidad bronceada y sus cabellos trenzados eran de un color negro brillante. En una mujer de estatura normal, sus facciones habrían sido consideradas hermosas y sus ojos, un tanto achinados, arrebatadores. Mirtai, no obstante, no tenía una estatura normal: era un palmo más alta que Falquián. Llevaba una blusa de satén blanco de manga larga, una prenda similar a una falda escocesa ceñida a la cintura, que le llegaba a las rodillas, botas de cuero negras y una espada al costado. Era ancha de hombros y tenia flexibles y finas caderas. A pesar de su tamaño, parecía perfectamente proporcionada, pero su mirada carente de expresión tenía algo ominoso. No miraba a Falquián de la forma como normalmente miraría una mujer a un hombre. Era una persona un tanto inquietante.

Con rígida cortesía, Falquián ofreció su brazo envuelto en acero a su reina y la acompañó a la salida pasando por la nave y descendiendo las escalinatas de la basílica. Cuando llegaban al gran patio frente al templo oyó un sonoro golpecito en la parte trasera de la armadura y, al volverse, vio que Mirtai había percutido en ella con un nudillo. La mujer tomó entonces una capa plegada que llevaba colgada de brazo, la extendió y la tendió a Ehlana.

— Oh, no hace tanto frío, Mirtai — objetó Ehlana.

Mirtai adoptó un semblante pétreo y volvió a sacudir la capa con ademán autoritario.

Ehlana suspiró y permitió que la giganta le colocara la prenda sobre los hombros. Falquián estaba mirando directamente la broncínea cara de la tamul, de modo que no podía haber dudas sobre lo que ocurrió después. Mirtai le guiñó un ojo. Sin saber muy bien por qué, aquello lo hizo sentir mucho mejor. Él y Mirtai iban a ser buenos amigos, decidió.

Dado que Vanion estaba ocupado, Falquián escoltó a Ehlana, Sephrenia, Stragen, Platimo y Mirtai hasta el estudio de sir Nashan, deseoso de sostener una conversación con ellos. Se había

pasado la mañana preparando y afilando un buen número de cáusticas observaciones que casi habrían podido tacharse de traicioneras.

Pero Ehlana había estudiado ciencias políticas desde la niñez y sabía que uno debe actuar con rapidez, con brusquedad incluso, cuando la propia posición es inestable.

— Estáis enojado con nosotros — comenzó a hablar antes de que Falquián hubiera cerrado la puerta —. Consideráis que yo no tengo nada que hacer aquí y que mis amigos han incurrido en falta dejando que me expusiera a una situación de peligro. ¿Se trata más o menos de eso, Falquián?

— Aproximadamente, sí — respondió con tono glacial.

— Simplifiquemos pues las cosas — se apresuró a proseguir la joven —. Platimo, Stragen y Mirtai protestaron, de hecho, violentamente, pero yo soy la reina y no les hice caso. ¿Estamos de acuerdo en que yo tengo autoridad para hacer eso? — Su tono contenía una nota de desafío.

— Es verdad, Falquián — intervino con ademán conciliador Platimo —. Stragen y yo estuvimos gritándole durante una hora para quitarle la idea y entonces ella nos amenazó con arrojarnos a las mazmorras. Hasta me dio a entender que podría revocarme el perdón.

— Su Majestad sabe intimidar muy bien, Falquián — lo apoyó Stragen —. No os fiéis de ella ni cuando os sonría. Es entonces cuando es más peligrosa y, llegado el momento, utiliza su autoridad con la contundencia de una maza. Nosotros llegamos incluso al extremo de encerrarla con llave en sus aposentos, pero ella hizo que Mirtai derribara la puerta a patadas.

— Es una puerta muy recia — observó, estupefacto, Falquián.

— Lo era. Mirtai le dio dos puntapiés y se partió justo por la mitad.

Falquián miró, asombrado, a la bronceada mujer.

— No fue difícil — aseguró ésta con voz dulce y musical y un tenue deje de acento exótico —. Las puertas del interior de las casas se secan mucho y se quiebran sin gran esfuerzo si se les propina un puntapié en el lugar adecuado. Ehlana podrá utilizar los restos como leña para cuando llegue el invierno — añadió con calmada dignidad.

— Mirtai se muestra muy protectora conmigo, Falquián — dijo Ehlana —. Me siento completamente segura cuando ella está cerca, y esta enseñándome a hablar el idioma tamul.

— El elenio es una lengua áspera y desagradable —observó Mirtai.

— A mi también me lo parece — convino Sephrenia.

— Estoy enseñándole a Ehlana el tamul para no tener que pasar la vergüenza de que mi propietaria me hable cloqueando como una gallina.

— Yo ya no soy tu propietaria, Mirtai — insistió Ehlana —. Te di la libertad justo después de comprarte.

— ¡Propietaria! — se escandalizó, con expresión de horror, Sephrenia

— Es una costumbre del pueblo de Mirtai, pequeña hermana replicó Stragen —. Ella es una atan. Son una raza guerrera acerca de la cual se sostiene la generalizada creencia de que necesitan alguien que los guíe. Los tamules consideran que no están preparados emocionalmente para obrar en libertad. Por lo visto, ello ocasiona demasiada bajas.

— Ehlana era demasiado ignorante como para advertirlo — declaró con calma Mirtai.

— ¡Mirtai! — exclamó Ehlana.

— Se cuentan por docenas la gente de vuestra raza que me ha insultado desde que sois mi propietaria, Ehlana — señaló severamente la mujer tamul —. Ahora todos estarían muertos si yo fuera libre. Ese viejo, Lenda, incluso dejé que su sombra me tocara en una ocasión. Como sé que vos le tenéis cariño, habría lamentado haberlo matado. — Suspiró con filosofía —. La libertad es muy peligrosa para la gente de mi raza. Prefiero no tener que cargar con ella.

— Podemos hablar de eso en otro momento, Mirtai — propuso Ehlana —. Ahora debemos apaciguar a mi paladín. — Clavó los ojos en Falquián —. No tenéis motivos para estar enfadado con Platimo, Stragen ni Mirtai, querido — aseguró —. Ellos hicieron cuanto pudieron para mantenerme en Cimmura. Si con alguien tenéis que pelearos es conmigo y con nadie más. ¿Por qué no los excusamos para que se vayan y así podremos gritarnos en privado?

— Saldré con ellos — anunció Sephrenia —. Estoy segura de que os sentiréis más a gusto hablando los dos solos. — Se dispuso a abandonar la habitación en pos de los dos ladrones y la broncínea giganta y se detuvo en la puerta —. Una última recomendación, hijos — añadió —: gritad cuanto queráis, pero no os peguéis... y no quiero que salgáis de aquí hasta no haber resuelto vuestras diferencias. — Salió y cerró la puerta tras ella.

— ¿Y bien? — dijo Ehlana.

— Sois obstinada — la acusó sin miramiento Falquián.

— A eso se le llama ser decidido, Falquián, lo cual se considera como una virtud en reyes y reinas.

— ¿Qué demonios os impulsó a venir a una ciudad sometida a asedio?

— Olvidáis un detalle, Falquián — dijo —. Yo no soy realmente una mujer.

El paseó despacio la mirada por su cuerpo hasta que ella se sonrojo violentamente; algo que, en su opinión, se tenía bien merecido.

— ¿Oh? — Sabía que de todos modos iba a salir perdiendo.

— Basta — protestó ella —. Yo soy la reina..., un monarca que ocupa un trono. Eso significa que a veces debo hacer cosas que no le están permitidas a una mujer ordinaria. Si me quedo escondida detrás de las cortinas de mi casa, ninguno de los otros reyes me tomará en serio, y, si ellos no me toman en serio, tampoco tendrán en alta consideración Elenia. Debía venir, Falquián. Lo comprendéis, ¿verdad?

— No me gusta, Ehlana — respondió suspirando —, pero no puedo aportar nada en contra de vuestro razonamiento.

— Además — agregó quedamente —, os añoraba a vos.

— Vos ganáis— capituló, riendo.

— ¡Oh estupendo! — exclamo la reina, uniendo las palmas de las manos en ademán de regocijo —. Me encanta ganar. Y ahora, ¿por qué no pasamos a la fase de los besos y hacemos las paces?

Se ocuparon un rato en tal menester.

— Os he echado de menos, mi paladín de altivo rostro. — Suspiró y luego le golpeó la coraza con los nudillos —. Aunque esto sí que no lo he echado en falta — añadió. Le dirigió una curiosa mirada —. ¿Por qué habéis puesto esa cara tan extraña cuando ese Ick...?

— Eck — la corrigió el caballero.

— Perdón..., ¿cuando hablaba de la niña que lo condujo por todo Arcium hasta donde se hallaba el rey Wargun?

— Porque la niña era Aphrael.

— ¿Una diosa? ¿De veras se parece a la gente? ¿Estáis seguro?

— Por completo — aseveró —. Ella lo hizo invisible y redujo un viaje de diez días a tres jornadas. A nosotros nos prestó el mismo servicio en varias ocasiones.

— Prodigioso. — Permanecía de pie, martilleando ociosamente con los dedos su armadura.

— No hagáis eso, por favor, Ehlana — indicó —. Me hace sentir como una campana con piernas.

— Lo siento. ¿Falquián, estamos en verdad convencidos de la conveniencia de que sea el patriarca Ortzel quien ocupe el trono del archiprelado? ¿No es odiosamente frío y rígido?

— Ortzel es rígido, qué duda cabe, y su ascensión al trono va a causar algunas dificultades a las órdenes militantes. De entrada, se opone de plano a que hagamos uso de la magia.

— ¿Y para qué diablos sirve un caballero de la Iglesia si no puede valerse de la magia?

— También disponemos de otros recursos, Ehlana. Reconozco que de entrada yo no habría escogido a Ortzel, pero él se atiene estrictamente a las enseñanzas de la Iglesia. Ningún sujeto de la calaña de Annias accederá a ninguna posición preeminente si Ortzel ostenta el poder. Es rígido, pero sigue la doctrina de la Iglesia al pie de la letra.

— ¿No podríamos encontrar a otro..., alguien que nos gustara más?

— No elegimos un archiprelado porque nos caiga simpático, Ehlana — la reprendió —. La

jerarquía trata de seleccionar al hombre que redunde en mayor beneficio de la Iglesia.

— Bueno, desde luego que sí, Falquián. Todo el mundo lo sabe. — Se volvió con brusquedad —. Ahí está otra vez — dijo con exasperación.

— ¿El qué? — le preguntó.

— Vos no podríais verlo, amor mío — repuso —. Nadie lo percibe más que yo. Al principio pensé que todos los que me rodeaban estaban volviéndose ciegos. Es una especie de sombra o algo parecido. No llego a verla, al menos no con claridad, pero es como si me acechara por la espalda, dejándome captarla sólo por espacio de breves segundos. Siempre me deja helada, no sé por qué.

Con un escalofrío, Falquián se volvió ligeramente con la pretensión de no evidenciar su alarma. La sombra se cernía en los límites de su visión, más amplia y más oscura que la última vez, despidiendo una sensación de malevolencia aún más pronunciada. ¿Por qué habría estado persiguiendo también a Ehlana si ella no había ni siquiera tocado el Bhelliom?

— Desaparecerá a su debido tiempo — dijo, no queriendo preocuparla —. No olvidéis que Annias os administró un veneno muy raro y poderoso, del cual quedan seguramente algunos efectos secundarios.

— Será eso, supongo.

Entonces comprendió. Era el anillo. Falquián se reprendió en silencio por no haber previsto antes tal posibilidad. Lo que quiera que fuese que había tras la sombra no quería bajo ningún concepto perder de vista los dos anillos.

— Pensaba que estábamos haciendo las paces — dijo Ehlana.

— Así es.

— ¿Por qué no estamos besándonos, pues?

En ello se ocupaban cuando Kalten entró en la habitación.

— ¿No te han enseñado a llamar a las puertas? — le preguntó agriamente Falquián.

— Perdona — se disculpó Kalten —. Creía que Vanion estaba aquí. Voy a ver si lo encuentro. Oh, por cierto, tengo una noticia que te alegrará aún más el día... suponiendo que ello sea posible. Tynian y yo habíamos salido con los soldados de Wargun para hacer salir a los desertores de las calles y hemos encontrado a un viejo amigo oculto en la bodega de una taberna.

— ¿Sí?

— Martel dejó a Krager aquí. Sus motivos tendría. Nos reuniremos todos con él para tener una placentera plática... en cuanto recobre la sobriedad y después de que vosotros dos hayáis acabado con lo que estáis haciendo aquí. — Guardó un instante de silencio —. ¿Quieres que os cierre con llave? — preguntó —. ¿O que monte guardia afuera.

— Salid de aquí, Kalten.

No fue Falquián quien dio la orden.

Capítulo diecisiete

Krager se encontraba en un estado bastante lamentable cuando Kalten y Tynian lo llevaron medio a rastras al estudio de sir Nashan esa tarde. A los finos cabellos desgreñados, los ojos inyectados en sangre, la barba sin afeitar y las manos agitadas por un violento temblor, se sumaba un sufrimiento manifiesto en su expresión que nada tenía que ver con su captura. Los dos caballeros llevaron al secuaz de Martel a una silla situada en el centro de la habitación y lo sentaron en ella. Krager ocultó la cara entre sus temblorosas manos.

—Me parece que no vamos a sacar nada en claro de el mientras esté en estas condiciones — gruñó el rey Wargun —. Yo mismo he pasado por trances semejantes y lo sé. Dadle un poco de buen vino. Se mostrará aceptablemente coherente cuando dejen de temblarle las manos.

Kalten miró a sir Nashan y el regordete pandion apuntó al lujoso armario del rincón.

— Sólo lo tengo como medicina, lord Vanion — se apresuró a explicar Nashan.

— Desde luego — aceptó Vanion.

Kalten abrió el armario y tomó una garrafa de cristal llena de tinto arciano. Después llenó una gran copa y la tendió a Krager, el cual consiguió apurar la mitad de su contenido, tras haber derramado el resto. Kalten le sirvió otra copa y luego otra más. Con el pulso más apaciguado, Krager miró en derredor, pestañeando.

— Veo que he caído en manos de mis enemigos — constató con voz que habían tornado rasposa los años de consumo de alcohol —. Ah. Bueno. — Se encogió de hombros —. Son los azares de la guerra.

— Vuestra situación no es de envidiar — le señaló con tono de amenaza lord Abriel.

Ulath tomó una piedra de amolar y se puso a afilar el hacha, produciendo un desagradable ruido.

— Por favor — dijo Krager con expresión de fatiga —. No me encuentro muy bien. Ahorradme las melodramáticas amenazas. Soy un superviviente, caballeros, y me doy perfecta cuenta de cuál es mi situación. Colaboraré con vosotros a cambio de mi vida.

— ¿No es ésta una actitud un tanto desdeñable? — observó, con sarcasmo, Bevier.

— Por supuesto que lo es, caballero — convino cansinamente Krager —, pero yo soy un tipo despreciable... ¿o no os habías dado cuenta? De hecho, me situé deliberadamente en un lugar donde pudierais capturarme. El plan de Martel era muy bueno, al menos en principio, pero, cuando comenzó a desbaratarse, decidí que no me interesaba compartir su fortuna cuando ésta se hallaba en su fase de declive. No perdamos más tiempo, caballeros. Todos sabemos que yo soy demasiado valioso para que podáis permitiros matarme. Sé demasiado. Os diré todo lo que sé a cambio de mi vida, mi libertad y diez mil coronas de oro.

— ¿Y qué hay de vuestras lealtades? — preguntó el patriarca Ortzel con aire severo.

— ¿Lealtad, Su Ilustrísima? — Krager se echó a reír —. ¿Hacia Martel? No seáis ridículo.

Trabajaba para Martel porque me pagaba bien. Los dos lo sabíamos. Pero ahora vosotros estáis en condiciones de ofrecerme algo de un valor muy superior. ¿Hacemos trato?

— Un rato en el potro os haría bajar un poco el precio que exigís — le dijo Wargun.

— No soy un hombre robusto, rey Wargun — señaló Krager —, y mi salud no ha sido nunca lo que se dice muy buena. ¿De veras queréis exponeros a la posibilidad de que expire en manos de vuestros torturadores?

— Dejadlo — aconsejó Dolmant —. Le daremos lo que pide.

— Su Ilustrísima es un hombre sabio y clemente.

— Una condición, sin embargo — agregó Dolmant —. Dadas las circunstancias, no podríamos dejaros libre hasta no haber arrestado a vuestro antiguo amo. Vos mismo habéis admitido que no sois muy de fiar. Además, necesitaremos una pequeña confirmación de lo que nos contéis.

— Perfectamente comprensible, Su Ilustrísima — acordó Krager —. nada de mazmorras. Tengo los pulmones delicados y no me convienen los sitios húmedos.

— ¿Un monasterio, pues? — propuso Dolmant.

— Del todo aceptable, Su Ilustrísima..., a condición de que no se permita a Falquián acercarse en un radio de quince kilómetros de allí. Falquián es a veces impulsivo y hace años que me quiere matar..., ¿no es cierto, Falquián?

— Oh, sí — admitió sin tapujos Falquián —. Vamos a hacer una cosa, Krager. Prometo no poneros las manos encima hasta que Martel esté muerto.

— Me parece justo, Falquián — acepto Krager —, si también me juráis que me daréis una ventaja de una semana antes de salir en mi busca. ¿Cerramos el trato, caballeros?

— Tynian — indicó el preceptor Darellon —, llevadlo al pasillo mientras lo discutimos.

Krager se levantó temblorosamente.

— Vamos pues, caballero — dijo a Tynian —. Vos también, Kalten, y no olvidéis traer el vino.

— ¿Y bien? — inquirió el rey Wargun cuando el prisionero hubo abandonado la estancia.

— Krager en sí carece de importancia — opinó Vanion —, pero tiene toda la razón al valorar la información de que dispone. Yo recomiendo aceptar sus requisitos.

— Detesto, sin embargo, tener que entregarle todo ese oro — gruñó Wargun malhumorado.

— En el caso de Krager, no se trata precisamente de un favor — apunto Sephrenia —. Si le dais a Krager todo ese dinero, dentro de seis meses habrá muerto de tanto alcohol como habrá ingerido.

— Eso no me suena como un castigo a mí.

— ¿Habéis visto fallecer a un hombre a consecuencia de los efectos de la bebida, Wargun? — le preguntó la estiria.

— No.

— Podríais visitar un asilo en alguna ocasión y observar el proceso, sin duda lo encontraríais muy educativo.

— ¿Estamos de acuerdo, pues? — preguntó Dolmant, mirando a su alrededor —. ¿Le damos a esa rata de cloaca lo que pide y lo recluimos en monasterio hasta que llegue el tiempo en que sepamos que no puede informar de nada significativo a Martel?

— De acuerdo — concedió a regañadientes Wargun —. Traedlo y acabemos de una vez.

Falquián se encamino a la puerta y la abrió. Un hombre con una cicatriz hablaba precipitadamente con Tynian.

— ¿Kring? — preguntó Falquián con cierta sorpresa, reconociendo al domi de la banda de jinetes nómadas de las marcas orientales de Kelosia—. ¿Sois vos?

— Hola, Falquián — saludó Kring —. Me alegra veros. Estaba dándole algunas noticias al amigo Tynian. ¿Sabíais que los zemoquianos están acantonados en Lamorkand Oriental?

— Eso hemos oído decir, sí. Estábamos planteándonos tomar medidas al respecto.

— Bien. He estado viajando con el ejército del rey de los thalesianos y uno de mis hombres vino a verme desde casa. Cuando partáis para tomar esas medidas de que hablabais, no os centréis demasiado en Lamorkand. Los zemoquianos están merodeando también en Kelosia Oriental. Los

hombres de mi tribu han estado juntando orejas por montones. Pensé que los caballeros de la Iglesia deberían saberlo.

— Estamos en deuda con vos, domi — le agradeció Falquián —. ¿Por qué no le enseñáis al amigo Tynian el lugar donde estáis acampados? En estos momentos estamos ocupados con los reyes de Eosia, pero, en cuanto quedemos libres, iremos a haceros una visita.

— En ese caso, haré los preparativos, caballero — prometió Kring —. Tomaremos sal juntos y hablaremos de negocios.

— Así lo haremos, amigo mío — corroboró Falquián.

Tynian se fue en pos de Kring por el corredor y Falquián y Kalten volvieron a hacer entrar a Krager en el estudio de Nashan.

— Muy bien, Krager — acordó el patriarca Dolmant con tono de firmeza —. Aceptaremos vuestras condiciones... con tal que convengáis en permanecer recluido en un monasterio hasta que no sea arriesgado soltaros.

— Desde luego, Su Ilustrísima — se apresuró a conceder Krager —. De todas formas, necesito descansar. Martel me tuvo corriendo de un lado a otro del continente durante años. ¿Qué querríais escuchar primero?

— ¿Cómo se inició esa conexión entre Otha y el primado de Cimmura?

Krager se apoyó en el respaldo, cruzó las piernas y agitó pensativamente su copa de vino.

— Según tengo entendido, todo comenzó poco después de que el viejo patriarca de Cimmura cayera enfermo y Annias lo relevara en las responsabilidades de la dirección de la catedral. Hasta entonces, el objetivo principal del primado había parecido ser mayormente político. Quería casar a su querida con su hermano para poder hallarse en situación de gobernar el reino de Elenia. Cuando paladeó la clase de poder que la Iglesia puede delegar en manos de un hombre, no obstante, empezó a ensanchar el horizonte de sus expectativas. Annias es un realista, y es perfectamente consciente del hecho de que no inspira un amor universal.

— Esa podría ser la gran afirmación del siglo — murmuró Komier.

— Veo que ya habías reparado en ello — comentó secamente Krager — Martel lo desprecia, y por más que lo pienso no puedo comprender cómo Arissa puede vencer la repugnancia y meterse en la misma cama con el. El caso es que Annias sabía que iba a necesitar ayuda para acceder al trono del archiprelado. Martel se enteró de lo que se proponía y entro disfrazado en Cimmura para hablar con él. No sé exactamente cómo, pero, en el pasado, Martel había entrado en contacto con Otha. No hablaba nunca de ello, pero yo deduje que tenía algo que ver con su expulsión de la orden pandion.

Falquián y Vanion intercambiaron una mirada.

— Así fue — confirmó Vanion —. Proseguid.

— Annias rechazó la idea en un principio, pero, dado que Martel puede ser muy persuasivo cuando le interesa, el primado acabó por acceder a abrir negociaciones. Encontraron a un estirio de mala fama que vivía al margen de su banda y, tras hablar largamente con él, éste se avino a actuar como emisario para Otha, con el cual llegaron a su debido tiempo a un trato.

— ¿Y en qué consistía éste? — le preguntó el rey Dregos de Arcium.

— Lo expondré dentro de poco, Su Majestad — prometió Krager —. Si voy saltando de una cosa a otra, podría olvidar algunos detalles. —Hizo una pausa y miró en derredor—. Espero que toméis todos nota de mi actitud cooperativa. Otha envió a algunos de los suyos a Elenia para proporcionar asistencia a Annias, buena parte de la cual era en forma de oro. Otha lo tiene por toneladas.

— ¡Cómo! — exclamó Ehlana —. Creía que Annias nos había envenenado a mi padre y a mí con la intención de conseguir el control del tesoro elenio para poder financiar su candidatura a la archiprelatura.

— No lo digo con afán de ofenderos, Su Majestad — replicó Krager —, pero el tesoro elenio no habría bastado ni para empezar a cubrir las deudas que estaba contrayendo Annias. El control de éste sirvió para encubrir el verdadero origen de sus fondos. La malversación es una cosa, y otra muy distinta es asociarse con Otha. Vos y vuestro padre fuisteis envenenados sólo para ocultar el hecho

de que Annias disponía de un suministro ilimitado de oro. Los sucesos se encadenaron mas o menos de acuerdo con sus planes. Otha aportaba dinero y de vez en cuando la magia estiria para ayudar a Annias a cumplir sus metas provisionales. Todo iba bastante bien hasta que Falquián volvió de Rendor. Sois un tipo que desbarata mucho las cosas, Falquián.

— Gracias — contestó éste.

— Estoy convencido de que ya conocéis el resto de los detalles, mis señores — continuó Krager —. Al final, todos pasamos un gran susto aquí en Chyrellos, y lo demás, como dicen, es historia. Ahora, volvemos a vuestra pregunta, rey Dregos. El pacto con Otha supone unas condiciones muy duras y Annias ha de pagar un alto precio por su ayuda.

— ¿Qué tenía que darle Annias? —inquirió el patriarca Bergsten, el fornido clérigo thalesiano.

— Su alma, Su Ilustrísima — respondió Krager, estremecido —. Otha insistió en que Annias debía convertirse al culto a Azash como requisito para que él lo apoyara con magia o dinero. Martel presenció la ceremonia y me refirió lo ocurrido. Ésa era, por cierto, una de mis obligaciones. Martel se siente solo de vez en cuando y necesita alguien con quien hablar. Martel no es una persona remilgada, pero incluso él experimentó repugnancia por los ritos que celebraron la conversión de Annias.

— ¿Se convirtió Martel también? — preguntó con evidente interés Falquián.

— Lo dudo mucho, Falquián. Martel carece realmente de toda convicción religiosa. El cree en la política, el poder y el dinero, no en dioses.

— ¿Cuál de los dos ostenta el mando? — inquirió Sephrenia —. ¿Cuál es el dirigente y cuál es seguidor?

— Annias cree que es él quien da las órdenes, pero, con franqueza a mí me parece lo contrario. Todos sus contactos con Otha se efectúan por intermedio de Martel, pero Martel mantiene contactos con Otha de los que nada sabe Annias. No podría jurarlo, pero presiento que Martel y Otha han llegado a un pacto por separado. Es la clase de acción propia de Martel.

— Hay algo más detrás de todo esto, ¿no es así? — preguntó sagazmente el patriarca Emban —. Otha y Azash no iban a gastar todo ese dinero y energías sólo en beneficio de la empañada alma del primado de Cimmura.

— Por supuesto que no, Su Ilustrísima — acordó Krager —. La idea era, desde luego, tratar de obtener lo que querían siguiendo el plan que Annias y Martel ya habían trazado. Si el primado de Cimmura hubiera conseguido ascender con sobornos a la archiprelatura, se habría hallado en condiciones de conseguir todo cuanto querían ellos sin tener que recurrir a la guerra, que siempre es una cuestión azarosa.

— ¿Y qué es lo que querían? — inquirió el rey Obler.

— Annias está obsesionado por convertirse en archiprelado. Martel está dispuesto a cederle el cargo de buen grado, lo cual no va a significar nada si todo sale según lo previsto. Lo que Martel ansia es poder, riqueza y legitimación. Otha desea dominar la totalidad del continente eosiano y, claro está, Azash quiere el Bhelliom... y las almas de todos los habitantes del mundo. Annias vivirá eternamente, o poco le faltará, e iba a dedicar las centurias venideras para, aprovechando su poder como archiprelado, dirigir gradualmente a los elenios a la conversión al culto de Azash.

— ¡Eso es monstruoso! — se indignó Ortzel.

— Supongo que sí, Su Ilustrísima — convino Krager —. Martel conseguiría una corona imperial que le otorgaría una preeminencia escasamente inferior a la de Otha y gobernaría toda Eosia Occidental. Entonces tendríamos a los cuatro: Otha y Martel como emperadores, Annias como sumo sacerdote de la Iglesia y Azash como Dios. Después podrían volver la atención hacia los rendoreños y el Imperio Tamul de Daresia.

— ¿Como se proponían hacerse con el Bhelliom? —preguntó Falquián con brusquedad.

— Mediante engaños, ofertas de grandes sumas, o por la fuerza, en caso necesario. Escuchadme bien, Falquián. —El rostro de Krager adoptó de improviso una mortal gravedad—. Martel os ha dado a entender que se dirigirá al norte parte del camino y que luego se desviará hacia Lamorkand

Oriental para reunirse con Otha. Va al encuentro de Otha es cierto, pero Otha no está en Lamorkand. Sus generales son mucho más diestros en la guerra que él, que todavía se halla en su capital, en la ciudad de Zemoch propiamente dicha. — Guardó silencio un instante—. Me recomendaron que os lo dijera, desde luego — reconoció —. Martel quiere que lo sigáis hasta Zemoch y que llevéis al Bhelliom con vos. Por alguna razón, todos os tienen miedo, y no creo que ello se deba sólo a que lograrais encontrar el Bhelliom. Martel no quiere enfrentarse directamente a vos, y eso es impropio de él. Quieren que vayáis a Zemoch a fin de que Azash luche contra vos. — Krager hizo una mueca que reflejaba una súbita angustia y horror —. No vayáis, Falquián — rogó —. ¡Por Dios, no vayáis! Si Azash os arrebata el Bhelliom, el mundo está condenado.

La vasta nave de la basílica estaba llena a rebosar ya desde primera hora de la mañana del día siguiente. Los ciudadanos de Chyrellos habían comenzado a regresar tímidamente a lo que quedaba de sus casas casi enseguida que el ejército del rey Wargun hubo rodeado a los mercenarios de Martel. Pese a que los habitantes de la Ciudad Sagrada no debían de ser más piadosos que los otros elenios, el patriarca Emban tuvo para ellos un gesto de puro humanitarismo al hacer propagar por la ciudad la noticia de que los almacenes de la Iglesia se abrirían al pueblo llano inmediatamente después de la conclusión de los servicios de acción de gracias. Dado que ése era el único lugar donde quedaban provisiones en Chyrellos, los ciudadanos acudieron en masa. Emban había calculado que una congregación de miles de personas impresionaría a los patriarcas, haciéndoles ver la gravedad de la situación, y los animaría a tomarse en serio sus responsabilidades. Además, Emban sentía en verdad cierta compasión por los hambrientos, dado que su propia gordura lo hacía particularmente sensible a las punzadas del hambre.

El patriarca Ortzel celebró el ritual de acción de gracias, durante el cual advirtió Falquián que el enjuto y severo eclesiástico hablaba en un tono completamente diferente al dirigirse a una congregación. Su voz era casi suave y a veces reflejaba un auténtico sentido de la caridad.

— Seis veces — susurró Talen a Falquián cuando el patriarca de Kadach acompañaba a la multitud en la plegaria final.

— ¿Cómo?

— Ha sonreído seis veces durante el sermón. Lo he contado. Aunque las sonrisas no parecen muy naturales en su cara. ¿Qué decidimos hacer al respecto de lo que nos contó ayer Krager? Me quedé dormido.

— Ya lo habíamos advertido. Vamos a hacer que Krager repita lo que nos expuso a nosotros delante de la jerarquía en pleno después de que el coronel Delada haya presentado su informe sobre la conversación de Martel y Annias.

— ¿Van a creerlo?

— Creo que sí. Delada es un testigo irrecusable, y Krager va a limitarse a confirmar su testimonio y a agregar detalles. Una vez que se hayan visto obligados a dar crédito al testimonio de Delada, no tendrán gran dificultad en engullir lo que les diga Krager.

— Muy ingenioso — aprobó Talen con admiración —. ¿Sabéis algo, Falquián? Ya casi estoy por abandonar la idea de convertirme en emperador de los ladrones. Me parece que entraré en la carrera eclesiástica.

— Dios ampare la fe — rogó Falquián.

— Estoy seguro de que lo hará, hijo mío. — Talen sonrió con benevolencia.

Cuando la celebración tocó a su fin y el coro entonó un exaltado cántico, se distribuyeron unas hojas entre los patriarcas en las que se les anunciaba que la jerarquía reanudaría enseguida sus deliberaciones. En diversos puntos de la ciudad interior se habían descubierto seis eclesiásticos de los que faltaban, y habían aparecido dos más que habían estado escondidos en la propia basílica. De los demás aún no se sabía nada. Mientras los patriarcas de la Iglesia desfilaban solemnemente hacia el corredor que conducía a la sala de audiencia, Emban, que se había rezagado para hablar con varias personas, pasó corriendo, sudoroso y jadeante, al lado de Falquián y Talen.

— Casi me olvidaba de algo — dijo —. Dolmant debe ordenar que se abran los almacenes de la

Iglesia. De lo contrario, es seguro que se producirán motines.

— ¿Tendría que ponerme tan gordo como él si quiero dirigir los asuntos de la Iglesia? — susurró Talen —. Las personas obesas no corren muy bien cuando se tuercen las cosas, y es posible que a Emban acaben yéndole mal.

El coronel Delada se hallaba de pie junto a la puerta de la sala de audiencia, con el peto y el yelmo resplandecientes y la capa carmesí inmaculada. Falquián se separó de la hilera de caballeros de Iglesia y clérigos que entraban en la estancia y habló un momento con él.

— ¿Nervioso? — preguntó.

— No realmente, sir Falquián, aunque debo admitir que tampoco estoy ansioso por prestar declaración. ¿Creéis que me harán preguntas?

— Es posible. No dejéis que os azoren. Tomaos vuestro tiempo y repetid con exactitud lo que oísteis en ese sótano. Vuestra reputación hablará por vos, de modo que nadie se atreverá a poner en duda vuestra palabra.

— Espero que no ocasione un tumulto ahí adentro —señaló irónicamente Delada.

— No os preocupéis por eso. El tumulto se iniciará cuando hayan escuchado al testigo que entrará después de vos.

— ¿Qué va a decir, Falquián?

— No soy libre de confiároslo..., al menos no hasta que hayáis presentado vuestro informe. Tengo prohibido hacer cualquier cosa susceptible de influir vuestra postura neutral. Buena suerte cuando estéis dentro.

Los patriarcas de la Iglesia estaban reunidos en pequeños grupos en la sala, hablando en voz baja. El servicio de acción de gracias cuyas fases había preparado con tanto cuidado Emban había conferido a la mañana un tono solemne que nadie quería turbar. Falquián y Talen subieron a la galería donde solían sentarse con sus amigos. Allí Bevier se inclinaba con expresión preocupada y ademán protector hacia Sephrenia, la cual permanecía serenamente sentada vestida con su resplandeciente túnica blanca.

— No hay manera de hacerla entrar en razón —se lamentó Bevier cuando Falquián se reunió con ellos—. Hemos conseguido hacer entrar a Platimo, Stragen e incluso a la mujer tamul disfrazados de clérigos, pero Sephrenia se ha empecinado en llevar su vestido estirio. He intentado explicarle una y otra vez que no se permite asistir a las deliberaciones de la jerarquía más que a los monarcas y a los miembros del clero, pero no me hace caso.

— Yo soy un miembro del clero, querido Bevier — se limitó a afirmar la estiria —. Soy una sacerdotisa de Aphrael... La sacerdotisa suprema, de hecho. Digamos que estoy aquí en calidad de observadora, como una demostración de la posibilidad de un encuentro ecuménico.

— Yo no mencionaría eso hasta que haya acabado la elección, pequeña madre — aconsejó Stragen —. Provocaríais un debate teológico que podría prolongarse durante varios siglos, y en estos momentos el tiempo apremia.

— Echo un poco de menos a nuestro amigo de enfrente — comentó Kalten, apuntando al lugar vacío en la galería donde solía sentarse Annias —. Daría algo por ver la cara que pondría durante el desarrollo de la agenda de esta mañana.

Tras conferenciar brevemente con Emban, Ortzel y Bergsten, Dolmant asumió su puesto frente al atril, imponiendo así orden en la sala.

— Hermanos y amigos míos —comenzó—, hemos presenciado trascendentales sucesos desde la última vez que nos reunimos aquí. Me he tomado la libertad de solicitar la asistencia de varios testigos para que sus declaraciones contribuyan a clarificar la situación antes de que iniciemos nuestras deliberaciones. Primero, no obstante, debo hablar de la presente condición de los ciudadanos de Chyrellos. El ejército asediante ha dado cuenta de toda la comida que había en la ciudad y ahora la gente se halla en una situación de desesperada necesidad. Pido el permiso de la jerarquía para abrir los almacenes de la Iglesia y aliviar así su sufrimiento. Como representantes de la Iglesia, la caridad es uno de nuestros principales deberes. —Miró en derredor —. ¿Alguna

objeción? —inquirió.

Se produjo un total silencio.

— En ese caso queda ordenado así. Procedamos sin más dilación a dar la bienvenida a los monarcas reinantes de Eosia Occidental como nuestros más honrados observadores.

Los presentes se pusieron respetuosamente en pie.

En la parte anterior de la sala sonó una fanfarria de trompetas una gran puerta de bronce se abrió pesadamente dando paso a la realeza del continente. Todos vestían sus atuendos reales y llevaba puestas las coronas. Falquián apenas dedicó una mirada a Wargun ni a los otros reyes, concentrado como estaba en la contemplación del perfecto rostro de su prometida. Ehlana estaba radiante. Falquián intuyó que, durante los diez años de su exilio en Rendor, muy pocas personas habían prestado atención a su reina, y ello únicamente en funciones o ceremonias de corte en la que se le había otorgado alguna clase de relieve. Por ese motivo, ella disfrutaba de las ocasiones de gala con más intensidad de lo que es común entre los diversos miembros de las otras familias reales. Caminaba junto a los otros monarcas con paso majestuoso, las manos livianamente apoyadas en el brazo de su pariente distante, el anciano rey Obler de Deira, en dirección a los tronos situados en semicírculo desde el extremo del estrado hasta el dorado trono del archiprelado. Según las disposiciones del azar —o tal vez no enteramente debidas al azar— el círculo que formaba el prisma de luz que entraba por la gran ventana redonda emplazada detrás de los tronos caía sobre el trono de Elenia, en el cual tomó asiento Ehlana rodeada de un reluciente halo de dorado resplandor que encantó a Falquián.

Una vez sentados los monarcas, el resto de los asistentes volvió a ocupar sus asientos. Dolmant saludó a cada uno de los patriarcas e incluso hizo referencia de paso al ausente rey de Lamorkand, quien, estando acampado Otha dentro de su frontera, tenía otras preocupaciones más acuciantes. Después el patriarca de Demos centró su disertación en la necesidad de trazar un breve resumen de los últimos acontecimientos, resumen que parecía estar dirigido a la gente que había pasado las recientes semanas en la luna. Los testigos de Emban refirieron la destrucción de la ciudad exterior y las atrocidades cometidas por los mercenarios de Martel. Todo el mundo conocía, por supuesto, tales horrores, pero su descripción en vivido detalle contribuyó a crear un ánimo de indignación y una sed de venganza que Emban había considerado pertinentes para impulsar a la jerarquía en la dirección de la militancia y excitar en ellos la urgencia de tomar acciones expeditivas. Probablemente el dato más importante que revelaron aquella media docena de testimonios fue el nombre del hombre que había capitaneado el ejército atacante. El nombre de Martel figuraba prominentemente en el relato de tres de los declarantes, y, antes de llamar al coronel Delada, Dolmant expuso una breve historia del renegado pandion, presentándolo como un mercenario pero omitiendo cualquier referencia a su conexión con el primado de Cimmura. Luego solicitó el testimonio del comandante de la guardia personal del archiprelado, aprovechando para señalar la legendaria neutralidad de aquel hombre totalmente dedicado a su trabajo.

Delada demostró poseer una prodigiosa memoria. Encubrió el origen de su conocimiento del lugar donde iba a celebrarse el encuentro, atribuyéndolo a las «excelentes actividades de inteligencia militar de los caballeros de la Iglesia», describió el sótano y el olvidado acueducto que había supuesto una peligrosa vía de acceso a la propia basílica y a continuación repitió de un modo casi literal la conversación sostenida por Martel y Annias. El hecho de que la refiriera en un tono completamente impasible confirió un gran peso a su testimonio. A pesar de sus sentimientos personales al respecto, Delada se ciñó estrictamente a su código de neutralidad. Mientras hablaba, se oían frecuentes gritos de estupor emitidos por los miembros de la jerarquía y los espectadores.

El patriarca Makova, cubierto de palidez el rostro marcado por la viruela v con la voz entrecortada, se levantó para interrogar al coronel.

— ¿Cabe la posibilidad de que las voces que oísteis en la oscuridad del sótano no fueran, de hecho, las de los dos hombres que supuestamente conversaban..., que aquello fuera alguna laboriosa artimaña destinada a desacreditar al primado de Cimmura?

— No, Su Ilustrísima — respondió con firmeza Delada —. Es del todo imposible. Uno de ellos era sin lugar a dudas el primado Annias, el cual se dirigía al otro llamándolo Martel.

— ¿Quién os acompañó a ese sótano, coronel? —preguntó sudoroso, cambiando de táctica, Makova.

— Sir Falquián de la orden pandion, Su Ilustrísima.

— ¡Acabáramos! —exclamó con tono triunfal Makova, sonriendo afectadamente a los otros miembros de la jerarquía—. Así se comprende. Sir Falquián profesa desde hace mucho una enemistad personal por el primado Annias. Es evidente que ha manipulado a este testigo.

Delada se puso en pie, rojo de ira.

— ¿Estáis llamándome embustero? — inquirió, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

Makova se encogió, con ojos súbitamente desorbitados.

— Sir Falquián no me reveló absolutamente nada de antemano, patriarca Makova — aseveró Delada con las mandíbulas comprimidas —. Ni siquiera me dijo quienes eran los hombres que estaban en ese sótano. Yo identifiqué a Annias por mí mismo y a Martel a partir de las palabras de Annias. Y añadiré algo más: Falquián es el paladín de la reina de Elenia. Si yo ocupara ese cargo, la cabeza del primado de Cimmura estaría a estas alturas decorando un poste delante de la basílica.

— ¿Como os atrevéis? —se indignó Makova.

— El hombre que tan fervientemente anheláis ver ocupando el trono del archiprelado envenenó a la reina de Falquián y ahora huye hacia Zemoch para implorar a Otha que lo proteja de las iras de Falquián. Será mejor que encontréis otro por quien votar, Su Ilustrísima, porque, incluso si la jerarquía cometiera el error de elegir a Annias de Cimmura, éste no viviría lo suficiente para asumir la dignidad de archiprelado, ya que si Falquián no lo mata... ¡lo haré yo! — Delada tenía los ojos encendidos y la espada a medio desenfundar.

Makova se arredró, apabullado.

— Coronel, ¿querríais descansar un momento para sosegaros? —sugirió Dolmant.

— Estoy sosegado, Su Ilustrísima — replicó Delada, envainando la espada —. No estoy ni la mitad de furioso ahora de lo que lo estaba hace unas cuantas horas. Yo no he puesto jamás en entredicho el honor del patriarca de Coombe.

— Tiene mal carácter, ¿eh? — susurró Tynian a Ulath.

— Los pelirrojos son así a veces — respondió sabiamente Ulath.

— ¿Queríais formularle más preguntas al coronel, Makova? — preguntó Emban con expresión de inocencia.

Makova regresó con paso airado a su asiento, negándose a contestar.

— Sensata decisión — murmuró Emban con el justo volumen de voz para que lo oyeran todos.

Una nerviosa carcajada recorrió la jerarquía.

No era tanto el descubrimiento de que Annias había promovido el ataque a la ciudad lo que escandalizaba y producía un sentimiento de agravio en la jerarquía, pues todos pertenecían al alto clero y comprendían muy bien los excesos a que podía conducir la ambición. A pesar de que los métodos de Annias eran extremos y totalmente reprobables, la jerarquía podía entender sus motivos y tal vez incluso admirar en secreto a un hombre que estaba dispuesto a llegar tan lejos para cumplir sus propósitos. La alianza con Otha era, no obstante, lo que sobrepasaba todos los límites. Muchos de los patriarcas que habían vendido de buen grado sus votos a Annias sonreían incómodos al tiempo que comenzaban a darse cuenta del verdadero alcance de la depravación del hombre con el que se habían aliado.

Por último, Dolmant llamó a Krager y no se molestó en ocultar para nada su carácter y escasa fiabilidad.

Krager, algo más aseado, con cadenas en las muñecas y los tobillos como convenía a su condición de prisionero, demostró ser un brillante testigo. No se esforzó para nada en excusar su actitud, sino que, por el contrario, demostró una franqueza casi brutal al hablar de sus múltiples

defectos, llegando incluso a poner en evidencia los detalles del pacto que protegía su cabeza. La jerarquía no pasó por alto el hecho de que tenía motivos sobrados para atenerse estrictamente a la verdad. Los rostros palidecieron. Muchos patriarcas se pusieron a rezar de manera audible. Sonaron gritos de indignación y horror mientras Krager descubría, sin inmutarse y con toda minuciosidad, la monstruosa conspiración que tan cerca había estado de culminar con éxito. El testigo omitió, sin embargo, hacer la más mínima referencia al Bhelliom, ateniéndose a la decisión que habían tomado al trazar las líneas de su declaración.

— Podría haber salido bien — concluyó Krager con tono pesaroso —. Sólo con que hubiéramos dispuesto de un día más antes de la llegada ¡e los ejércitos de los reinos occidentales a Chyrellos, el primado de Cimmura ahora estaría sentado en ese mismo trono. Su primer acto habría sido ordenar la disgregación de las órdenes militares, y el segundo, ordenar a los monarcas elenios el regreso a sus propios reinos y la desmovilización de sus fuerzas militares. Después Otha habría avanzado sin hallar resistencia y, durante generaciones, todos nos habríamos postrado ante Azash. Era un plan muy bueno. — Krager suspiró —. Y me habría convertido en uno de los hombres más ricos del mundo. — Volvió a suspirar —. Ah, qué se le va hacer — finalizó.

El patriarca Emban, que había permanecido arrellanado en su asiento, juzgando atentamente el estado de ánimo de la jerarquía, se puso en pie.

— ¿Tenemos alguna pregunta que plantear a este testigo? — preguntó, mirando intencionadamente a Makova.

Makova no le respondió, ni lo miró siquiera.

— Tal vez, hermanos míos — continuó Emban —, éste sea el momento oportuno para levantar la sesión e ir a comer. — Esbozó una amplia sonrisa y posó las manos sobre su voluminosa panza —. Viniendo de mí tal propuesta, no creo que ésta haya sorprendido a nadie, ¿no es cierto? — les preguntó.

Las risas que suscitó su comentario sirvieron, al parecer, para relajar la tensión.

— Esta mañana nos ha deparado muchas cosas sobre las que reflexionar, hermanos míos — prosiguió con seriedad el obeso eclesiástico —, y, por desgracia, contamos con poco tiempo para ello. Estando Otha acampado en Lamorkand Oriental, tenemos poco tiempo para dedicarlo a la reflexión prolongada.

Dolmant aplazó la sesión para una hora más tarde.

A petición de Ehlana, Falquián y Mirtai se reunieron con ella en una pequeña habitación de la basílica para tomar una comida fría. La joven reina parecía un poco distraída y, en lugar de comer, garabateaba a toda prisa en un papel.

— Ehlana — la conminó Mirtai —, comed. Os vais a quedar en los huesos si no coméis.

— Por favor, Mirtai — alegó la reina —, estoy intentando redactar un discurso. Debo hablar ante la jerarquía esta tarde.

— No tenéis que decir gran cosa — la tranquilizó Falquián —. Limitaos a hacerles saber lo honrada que os sentís por poder presenciar sus deliberaciones, exponed algunos detalles poco halagadores sobre Annias e invocad la bendición de Dios en los debates.

— Ésta es la primera vez que una reina se dirige a ellos, Falquián — señaló cáusticamente la joven.

— Han existido reinas antes que vos.

— Sí, pero ninguna de ellas ocupó un trono durante una elección. Lo he consultado. Ésta será una primicia histórica, y no quiero quedar en ridículo.

— Tampoco querréis desmayaros — terció Mirtai, volviendo a acercarle perentoriamente el plato a la reina.

Mirtai, concluyó Falquián, era una auténtica tirana.

Sonó un golpecito en la puerta y Talen entró, con una sonrisa maliciosa.

— Sólo he venido a anunciaros que el rey Soros no pronunciará su discurso a la jerarquía esta tarde — comunicó a Falquián después de dedicar una reverencia a Ehlana —, de modo que no

tenéis que preocuparos por la posibilidad de ser denunciado como un canalla.

— ¿Oh?

— Su Majestad debe de haber cogido frío y ello le ha afectado a la garganta, porque no puede hablar más que en susurros.

— Qué extraño. — Ehlana frunció el entrecejo —. No ha hecho realmente frío estos días. No quiero desearle mal al rey de Kelosia, pero ¿no es éste un afortunado incidente?

— La suerte no ha tenido nada que ver con esto, Su Majestad. — Talen esbozó una mueca —. Sephrenia casi se ha dislocado la mandíbula y a punto ha estado de quedar con los dedos entrelazados de lo que le ha costado invocar el hechizo. Excusadme. Debo ir a decírselo a Dolmant y Emban y después tendré que prevenir a Wargun para que no le dé un porrazo en la cabeza a Soros para mantenerlo callado.

Cuando hubieron acabado de comer, Falquián acompañó a las dos damas a la sala de audiencia.

— Falquián — dijo Ehlana justo antes de entrar —, ¿apreciáis a Dolmant, el patriarca de Demos?

— Mucho — respondió el caballero —. Es uno de mis más viejos amigos... y eso no se debe únicamente a que haya sido un pandion.

— A mí también me gusta — reconoció ella, sonriendo, como si acabara de dejar algo bien asentado.

Dolmant reanudó la sesión y después fue pidiendo a cada uno de los monarcas que dirigieran su alocución a la asamblea de patriarcas. Como Falquián había previsto, los reyes fueron levantándose por turno, dieron las gracias a la jerarquía por el permiso de estar presentes, hicieron algunas referencias a Annias, Otha y Azash, y luego invocaron la bendición de Dios sobre las deliberaciones.

— Y ahora, hermanos y amigos — anunció Dolmant —, hoy tenemos el placer de asistir a una rara ocasión. Por primera vez en la historia, una reina nos dirigirá la palabra. — Esbozó una sonrisa —. Por nada del mundo querría ofender a los poderosos reyes de Eosia Occidental, pero debo admitir con todo el candor que Ehlana, soberana de Elenia, es mucho más hermosa que ellos, y creo que quizá sea para nosotros una sorpresa descubrir que es tan sabia como bella.

La reina de Elenia se ruborizó encantadoramente. Durante el resto de su vida, Falquián nunca logró descubrir cómo podía enrojecer a voluntad. Ella trató incluso de explicárselo unas cuantas veces, pero aquello era algo que se hallaba fuera de los límites de su comprensión.

Ehlana se levantó y permaneció de pie con la cabeza gacha un momento, como si estuviera confundida por el halagador cumplido.

— Os doy las gracias, Su Ilustrísima —dijo con voz clara y sonora al alzar la cabeza y mostrar una resuelta expresión en el rostro del cual había desaparecido, por cierto, toda traza de sonrojo.

A Falquián le dio de repente un sospechoso vuelco el corazón.

— Agarraos bien, caballeros — advirtió a sus amigos —. Conozco esa mirada. Me parece que nos depara unas cuantas sorpresas.

— También debo expresar mi gratitud a la jerarquía por permitirme estar presente — inició su disertación Ehlana —, y sumaré mis oraciones a las de los otros soberanos, pidiendo a Dios que tenga a bien conceder a estos nobles eclesiásticos la sabiduría necesaria en sus deliberaciones. Puesto que soy la primera mujer que ha dirigido nunca un discurso a la jerarquía en tales circunstancias, ¿puedo solicitar la indulgencia de los patriarcas reunidos y poder añadir unas cuantas observaciones? Si mis palabras parecen frívolas, estoy convencida de que los cultos patriarcas sabrán perdonarme. Yo sólo soy una mujer, joven aún, y todos sabemos que las jóvenes a veces se dejan ganar por el entusiasmo y hacen un triste papel. — Hizo una pausa —. ¿Entusiasmada, he dicho? — continuó, con la voz tan prístina como una trompeta de plata —. ¡No, caballeros, digamos más bien que estoy furiosa! Ese monstruo, esa calculadora y despiadada bestia, ese..., ese Annias asesinó a mi amado padre. ¡Abatió al más sabio y piadoso monarca de toda Eosia!

— ¿Aldreas? — susurró Kalten con incredulidad.

— ¡Y después — prosiguió con la misma resonante voz —, no contento con desgarrarme el corazón, ese voraz salvaje pretendió acabar con mi vida también! Nuestra Iglesia está mancillada ahora, caballeros, manchada porque ese villano profesó las sagradas órdenes. Vendría aquí, suplicante, a rogar, a exigir justicia, pero pienso hacer cumplir mi propia justicia en el cuerpo del hombre que asesinó a mi padre. Yo solo soy una frágil mujer, pero tengo un paladín, caballeros, un hombre que a mis órdenes buscará y encontrará a ese monstruoso Annias aunque fuera a esconderse en los mismos abismos del infierno. Annias comparecerá ante mí. Lo juro delante de todos vosotros, y las generaciones aún por nacer temblarán ante el recuerdo del destino que ahora le aguarda. Nuestra Santa Madre Iglesia no debe preocuparse por dispensar justicia a ese malnacido. La Iglesia es amable, compasiva, pero yo, caballeros, no lo soy.

Y todo aquello lo decía aparentando sumisión a los dictados de la Iglesia, se admiró Falquián.

Ehlana había guardado de nuevo silencio, irguiendo el juvenil rostro en actitud de vengativa determinación.

— ¿Pero qué hay de este galardón? — preguntó, volviéndose a mirar intencionadamente el trono oculto en tela —. ¿A quién le otorgaréis esta sede para cuya consecución Annias estaba dispuesto a anegar el mundo en sangre? ¿Sobre quién descenderá este ornado mueble? Pues no os equivoquéis, amigos míos, ya que esto es lo que es, un mueble pesado, engorroso y, estoy segura, no muy confortable. ¿A quién sentenciaréis a soportar las terribles cargas de inquietud y responsabilidad que acompañan a esta silla y que el elegido estará obligado a sobrellevar en esta tenebrosa hora de la vida de nuestra Santa Madre? Debe ser sabio, huelga decirlo, pero todos los patriarcas de la Iglesia lo son. También debe ser valiente, ¿pero no son todos valerosos como leones? Debe ser astuto, y no cometer errores, pues media una gran diferencia entre sabiduría y astucia. Ha de ser inteligente, pues se enfrenta al señor del engaño. No a Annias, aun cuando éste sea un redomado embustero; no a Otha, hundido en su propia e imprudente disipación; sino al propio Azash. ¿Cuál de vosotros tendrá fuerza, sagacidad y voluntad comparables a las de ese engendro del infierno?

— ¿Qué está haciendo?, — susurró Bevier con tono de estupefacción.

— ¿No es evidente, caballero? — murmuró cortésmente Stragen —. Está eligiendo un nuevo archiprelado.

— ¡Eso es absurdo! — exclamó Bevier —. ¡Es la jerarquía la que elige al archiprelado!

— En la presente situación, sir Bevier, os elegirían a vos si ella os apuntara con ese pequeño dedo rosado. Miradlos. Tiene a toda la jerarquía en un puño.

— Tenéis guerreros entre vosotros, reverendos patriarcas — decía Ehlana —, hombres fuertes y arrojados, ¿pero podría un archiprelado acorazado con armadura hacer algo contra el engañoso Azash? Contáis con teólogos en vuestras filas, mis señores de la Iglesia, hombres de intelecto tan prominente que son capaces de percibir la mente y los designios del propio Dios, ¿pero preparados para contener al maestro de las mentiras? Están aquéllos versados en leyes eclesiásticas y los que son ases en la política. También disponéis de hombres fuertes y de otros valerosos. Existen los mansos, y los compasivos. ¡Si pudiéramos elegir a la totalidad de la jerarquía en pleno, seríamos invencibles, y las puertas del infierno no podrían causarnos ningún mal! — Ehlana se tambaleó, llevándose una temblorosa mano a la frente —. Perdonadme, caballeros — se disculpó con débil voz —. Los efectos del veneno con que la serpiente Annias pretendió arrebatarme la vida todavía se dejan sentir.

Falquián se dispuso a ponerse en pie.

— Oh, sentaos, Falquián — le indicó Stragen —. Vais a malograr su representación si bajáis tintineando hasta ella ahora. Creedme, se encuentra perfectamente bien.

— Nuestra Santa Madre necesita un paladín, mis señores de la Iglesia — continuó Ehlana con voz cansina—, un hombre que sea el compendio y la esencia de la misma jerarquía, y creo que en el fondo de vuestros corazones todos sabéis quién es ese hombre. Que Dios os dé la sabiduría, la clarividencia, para dirigiros a aquel que ya ahora se halla en medio de vosotros, envuelto en genuina humildad, pero extiende su dócil mano para guiaros, tal vez sin saber siquiera que lo hace, puesto

que este modesto patriarca quizás hasta ignora que por él habla la Voz de Dios. ¡Buscadlo en vuestros corazones, mis señores de la Iglesia, y descargad este peso sobre él, pues sólo él puede ser nuestro adalid!

Volvió a tambalearse y las piernas comenzaron a doblársele.

Después se marchitó como una flor. El rey Wargun, con devoción pintada en el semblante y los ojos anegados en lágrimas, se levantó de un salto y la sostuvo cuando caía.

— El toque perfecto — dijo admirativamente Stragen, sonriendo —. Pobre, pobre, Falquián — añadió —. No tenéis la más mínima esperanza, ¿sabéis?

— Stragen, ¿queréis callaros?

— ¿Qué sentido tenía todo esto? — preguntó Kalten con tono de desconcierto.

— Acaba de designar un archiprelado, sir Kalten — le comunicó Stragen.

— ¿A quién? Si no ha mencionado ni un nombre.

— ¿Aún no lo veis claro? Ha ido eliminando cuidadosamente al resto de los contendientes. Sólo queda una posibilidad. Los otros patriarcas saben quién es y lo elegirán... en cuanto uno de ellos se atreva a mencionar su nombre. Yo mismo os lo diría, pero no quiero privaros del placer del espectáculo.

El rey Wargun había tomado en brazos a la en apariencia desvanecida Ehlana y estaba llevándola hacia la puerta de bronce situada a un lado de la sala.

— Id con ella — indicó Sephrenia a Mirtai —. Tratad de sosegarla. Está muy excitada en estos momentos... y no permitáis que el rey Wargun vuelva aquí. Podría dejar escapar algo que lo echara a perder todo.

Mirtai asintió con la cabeza y se apresuró a bajar por las gradas.

La sala rebullía con excitadas conversaciones. El ímpetu y la pasión de Ehlana los había contagiado a todos. El patriarca Emban, que permanecía sentado con los ojos desorbitados a causa del estupor, esbozó una amplia sonrisa y después, tapándose la boca con la mano, se puso a reír.

— ... obviamente poseída por la divina mano del propio Dios —aseveraba animadamente no lejos de él un monje a otro—. ¿Pero una mujer? ¿Por qué iba a hablar Dios por boca de una mujer? — Sus vías son misteriosas — señaló el otro monje con reverencia en a voz —, e insondables para el hombre.

— Hermanos y amigos míos — se dirigió el patriarca Dolmant al público tras restablecer, no sin cierta dificultad, el orden —. Debemos, desde luego, disculpar a la reina de Elenia por su arrebato emocional. La conozco desde la niñez y os aseguro que de costumbre es una joven que posee un gran autocontrol. Debe de ser sin duda como ella ha sugerido: los últimos restos del veneno todavía persisten y la inducen a veces a tener un comportamiento irracional.

— Oh, es increíble — comentó, riendo, Stragen a Sephrenia —. El ni siquiera se ha dado cuenta.

— Stragen — le ordenó vivamente la mujer —, silencio.

— Sí, pequeña madre.

Ofreciendo un imponente aspecto con la cota de mallas y el yelmo adornado con cuernos de ogro, el patriarca Bergsten se puso en pie y arañó el suelo de mármol con el extremo de su hacha de guerra.

— ¿Permiso para hablar? — preguntó, aunque aquello no sonó como una demanda.

— Desde luego, Bergsten — lo animó Dolmant.

— No estamos aquí para discutir el hipocondríaco desvanecimiento de la reina de Elenia — manifestó el corpulento patriarca de Emsat —. Estamos aquí para seleccionar un archiprelado. Propongo que procedamos a ese quehacer. Con ese fin, nombro candidato a Dolmant, patriarca de Demos. ¿Quién unirá su voz a la mía en esta designación?

— ¡No! — exclamó Dolmant, consternado.

— La protesta del patriarca de Demos queda desestimada — declaró Ortzel, poniéndose en pie —. Según la costumbre y la ley, en calidad de persona propuesta como candidato no puede hablar hasta que esta cuestión haya sido decidida. Con el consentimiento de mis hermanos, pediría al

apreciado patriarca de Usara que asuma la presidencia. — Paseó la mirada en derredor y no captó ninguna señal de desacuerdo.

Emban, todavía con una enorme sonrisa en el rostro, se dirigió con paso pesado al atril y despidió caballerosamente a Dolmant realizando un gesto con su regordeta mano.

— ¿Ha terminado el patriarca de Kadach de exponer sus observaciones? — inquirió.

— No — respondió Ortzel —. Aún no. — Con el semblante tan severo y triste como era habitual en él y sin dar muestra alguna del dolor que debía de causarle, agregó con firmeza —: Uno mi voz a la de mi hermano de Emsat. El patriarca Dolmant es el único candidato posible a la archiprelatura.

Entonces Makova se puso de pie con una mortal palidez en la cara y las mandíbulas comprimidas.

— ¡Dios os castigará por este ultraje! — casi escupió a los demás patriarcas —. ¡Yo no pienso tomar parte en este despropósito! — Giró sobre sus talones y salió hecho una furia de la sala.

— Al menos es honrado — observó Talen.

— ¿Honrado? — exclamó Berit —. ¿Makova?

— Por supuesto, venerado maestro. — El chico sonrió —. Una vez que alguien ha comprado a Makova, éste permanece vendido... sea cual sea la evolución de los acontecimientos.

Los patriarcas fueron alzándose uno tras otro para aprobar el nombramiento de Dolmant. Emban adoptó una expresión maliciosa cuando se hubo pronunciado el último de ellos, un frágil anciano de Cammoria a quien hubieron de ayudar para ponerse en pie y murmurar el nombre de Dolmant con quebradiza voz.

— Bien, Dolmant — constató Emban con burlona sorpresa —, parece que ya sólo faltamos vos y yo. ¿Hay alguien a quien queráis proponer como candidato, amigo mío?

— Os lo ruego, hermanos míos — suplicó Dolmant —, no hagáis esto.

— El patriarca de Demos no habla oportunamente — señaló con suavidad Ortzel —. Debe proponer un nombre o callar.

— Lo siento, Dolmant. — Emban sonrió —. Pero ya habéis oído lo que ha dicho. Oh, por cierto, yo uniré mi voz a la de los demás para nombraros a vos. ¿Estáis seguro de que no queréis proponer a nadie? — Aguardó —. Muy bien, pues. Son ciento veintiséis designaciones a favor del patriarca de Demos, un abandono y una abstención. ¿No es asombroso? ¿Vamos a votar, hermanos míos, o ahorraremos tiempo limitándonos a declarar archiprelado a Dolmant por aclamación? Guardaré silencio para escuchar vuestra respuesta.

— ¡Dolmant! — se alzó primero una sola voz, profunda, desde la parte inferior de las gradas.

— ¡Dolmant! — vociferaron pronto al unísono todos —. ¡Dolmant!

El clamor duró un rato, hasta que Emban levantó la mano pidiendo silencio.

— Siento tremendamente tener que ser yo el que os lo diga, viejo amigo — señaló, arrastrando las palabras, a Dolmant —, pero me parece que ya no sois un patriarca. ¿Por qué no os retiráis unos momentos al vestuario con un par de nuestros hermanos para que os ayuden a probaros vuestro nuevo hábito?

Capítulo dieciocho

En la Sala de audiencia todavía sonaba un griterío excitado. Los patriarcas iban y venían con semblantes exaltados por el suelo de mármol y Falquián oyó repetida una y otra vez, en tono admirado, la frase «inspirada por Dios» mientras se abría paso entre la multitud. Los tradicionalmente conservadores eclesiásticos, para quienes la mera sospecha de que una simple mujer hubiera guiado a la jerarquía en su toma de decisión era sencillamente impensable, recurrían a la oportuna noción de la inspiración divina para interpretar lo ocurrido. Era evidente que no era Ehlana quien había hablado, sino el propio Dios. Por el momento, a Falquián le tenía sin cuidado la teología. Lo que le preocupaba era la condición de su reina y, aunque la explicación de Stragen era verosímil, se trataba de su reina... y de su prometida. Falquián quería comprobar por sí mismo que se encontraba bien.

La reina parecía no sólo hallarse bien sino rebosante de salud cuando él abrió la puerta por la que la había sacado en brazos el rey Wargun. Parecía incluso un poco ridícula, con la espalda medio inclinada y la oreja pegada al lugar que un segundo antes había ocupado la puerta.

— Podríais haber escuchado mucho mejor desde vuestro asiento allá fuera en la sala, mi reina — observo Falquián.

— Oh, callad, Falquián — contestó cáusticamente ella —, y entrad y cerrad la puerta.

Falquián traspuso el umbral.

El rey Wargun estaba apoyado en la pared con la mirada algo extraviada y Mirtai permanecía cernida frente a él.

— Sacadme a esta dragona de delante, Falquián.

— ¿Habéis decidido no poner en evidencia las cualidades teatrales de mi reina, Su Majestad? — le pregunto Falquián con cortesía.

— ¿Y admitir que me ha tomado el pelo? No digáis absurdidades, Falquián. No iba a entrar corriendo allí y declarar que me había comportado como un burro en público. Sólo deseaba anunciarles a todos que vuestra reina estaba bien, pero no había llegado a la puerta cuando esta enorme mujer me ha acorralado. ¡Me ha amenazado, Falquián! A mí precisamente. ¿Veis esa silla de ahí?

Falquián miró hacia allí y vio una silla tapizada, de cuyo respaldo sobresalían por una brecha largas crines.

— Era una mera sugerencia, Falquián — arguyó suavemente Mirtai —. Quería que Wargun entendiera lo que podía pasar si tomaba una decisión equivocada. Ahora todo está en orden. Wargun y yo casi somos amigos. — Mirtai, según la costumbre que había notado en ella Falquián, omitía toda clase de tratamiento honorífico.

— Ha sido un gesto inadecuado amenazar con un cuchillo a un rey, Mirtai — la reprendió Falquián.

— No ha sacado ninguno — le aseguró Wargun —. Lo ha hecho con la rodilla —aclaró, estremeciéndose.

Falquián miró, desconcertado, a la mujer tamul.

Mirtai apartó el hábito con que iba disfrazada y se levantó la falda unos centímetros. Tal como le había dicho Talen, llevaba unos curvados cuchillos atados a las medias de tal modo que las hojas se prolongaban varios centímetros por la cara interior de las pantorrillas. Las dagas parecían muy afiladas, y también notó, de paso, que tenía hoyuelos en las rodillas.

— Es muy práctico para una mujer — explicó la tamul —. Los hombres a veces se ponen juguetones cuando no deben, y los cuchillos los convencen para que se vayan a jugar a otro sitio.

— ¿No es esto ilegal? — preguntó Wargun.

— ¿Querríais tratar de arrestarla, Majestad?

— ¿Vais a parar todos de charlar? — les exigió Ehlana —. Parecéis una bandada de cotorras. Esto es lo que vamos a hacer. Dentro de unos minutos se van a apaciguar las cosas allá afuera. Entonces Wargun me escoltará de vuelta a la sala y Mirtai y Falquián vendrán detrás. Yo me apoyaré en el brazo de Wargun y presentaré la apropiada apariencia débil y temblorosa. Después de todo, me he desmayado o he recibido una visita divina..., según a cuál de los rumores que he oído sonar se conceda crédito. Nos conviene estar ocupando nuestros asientos antes de que el archiprelado salga para ocupar su trono.

— ¿Cómo vais a explicarles ese discurso, Ehlana? — inquirió Wargun.

— No pienso hacerlo — repuso —. No guardaré el menor recuerdo de lo sucedido. Ellos creerán lo que quieran, y nadie se atreverá a acusarme de mentirosa, porque Falquián o Mirtai los desafiarían en caso de hacerlo. — Entonces sonrió —. ¿Era el hombre que he elegido el que vos habíais pensado, querido? — preguntó a Falquián.

— Sí, creo que sí.

— En ese caso podréis agradecérmelo como me merezco... cuando estemos solos. Muy bien pues, regresemos a la sala.

Todos presentaban el conveniente porte grave al volver a entrar en la estancia. Ehlana se apoyaba pesadamente en Wargun, con semblante macilento y exhausto. Se produjo un súbito y respetuoso silencio cuando los dos monarcas volvieron a ocupar sus puestos.

El patriarca Emban se adelantó, con preocupación patente en el rostro.

— ¿Se encuentra bien? — se inquietó.

— Parece que está un poco mejor — le respondió Falquián, sin recurrir exactamente a una mentira —. Dice que no recuerda nada de lo que ha dicho cuando se dirigía a la jerarquía. En su estado actual, sería preferible que no la acuciáramos con preguntas sobre esa cuestión, Su Ilustrísima.

— Comprendo perfectamente, Falquián — repuso Emban, dirigiendo una astuta mirada a Ehlana —. Expondré unas cuantas observaciones pertinentes a la jerarquía. — Sonrió a Ehlana —. Me alegra mucho ver que os sentís mejor, Su Majestad — dijo.

— Gracias, Su Ilustrísima — repuso ésta con temblorosa vocecilla.

Emban regresó al atril mientras Falquián y Mirtai volvían a la galería para reunirse con sus amigos.

— Hermanos míos — anunció —, estoy seguro de que a todos os complacerá saber que la reina Ehlana está recuperándose. Me ha pedido que os presente disculpas por cualquier cosa que haya podido decir durante su alocución. La salud de la reina todavía no es muy firme, me temo, y no debemos olvidar que viajó hasta Chyrellos incurriendo en un gran riesgo para su persona, impelida por el inquebrantable propósito de hallarse presente en nuestras deliberaciones.

Sonó un murmullo admirativo por tal devoción.

— Sería preferible, creo — continuó Emban —, que no interrogáramos demasiado

exhaustivamente a Su Majestad en lo concerniente al contenido de su discurso, del cual, al parecer, no conserva memoria. Ello no resulta en todo caso insólito dado lo débil de su condición. Existe tal vez otra explicación, pero me parece que la sensatez y la consideración por Su Majestad nos dictan que no prosigamos en tal dirección. — Sobre esa cuestión se forjaron más tarde leyendas.

Y entonces sonó una estridente fanfarria de trompetas, y la puerta que daba al lado izquierdo del trono se abrió, dando paso a Dolmant, flanqueado por Ortzel y Bergsten. El nuevo archiprelado vestía una sencilla sotana blanca y había recobrado la compostura en el rostro. A Falquián se le ocurrió de pronto una estrambótica idea. Había una marcada semejanza entre la blanca sotana de Dolmant y la túnica, también blanca, de Sephrenia. Tal coincidencia lo colocó al borde de la elaboración de una conjetura que habría tenido visos de herejía.

Los dos patriarcas, uno de Lamorkand y el otro de Thalesia, escoltaron a Dolmant hasta el trono, que alguien había descubierto durante su ausencia, y el archiprelado tomó asiento.

— ¿Y va Sarathi a dirigirnos unas palabras? — inquirió Emban, alejándose del atril y haciendo una genuflexión.

— ¿Sarathi? — susurró Talen a Berit.

— Es un nombre muy antiguo — explicó Berit en voz baja —. Cuando la Iglesia quedó finalmente unificada hará casi tres mil años, el primer archiprelado se llamaba Sarathi. Su nombre es recordado y honrado al utilizarlo para dar tratamiento a un archiprelado.

— Yo no he buscado esta distinción — les dijo Dolmant, sentado con aire grave en su trono de oro —, y me sentiría mucho más feliz si no hubierais considerado adecuado otorgármela a mí. Nuestra única esperanza, la de todos nosotros, es que ésta sea en verdad la voluntad de Dios. — Alzó ligeramente el rostro —. Ahora tenemos mucho que hacer. Solicitaré asistencia de muchos de vosotros y, como siempre sucede, se producirán cambios aquí en la basílica. Os ruego, hermanos míos, que no experimentéis sentimientos de pesar o de abatimiento porque se reasignen funciones en la Iglesia, pues ello siempre ha sido así cada vez que un archiprelado accede a este trono. Nuestra Santa Madre se enfrenta al más grave desafío padecido en medio milenio. Mi primera actuación ha de ser, por tanto, confirmar el estado de crisis de fe y decretar que éste continúe hasta que hayamos enfrentado el reto y vencido. Y ahora, queridos hermanos y amigos míos, roguemos y después nos separaremos e iremos a atender nuestras diversas obligaciones.

— Agradable y conciso — aprobó Ulath —. Sarathi está teniendo un buen comienzo.

— ¿Se encontraba en verdad la reina en un estado de crisis cuando ha pronunciado el discurso? — preguntó Kalten a Falquián, lleno de curiosidad.

—Por supuesto que no — bufó Falquián —. Sabía exactamente lo que hacía en cada momento.

— Ya imaginaba algo así. Me parece que tu matrimonio va a estar lleno de sorpresas, Falquián, pero eso tampoco está mal. Los imprevistos siempre mantienen alerta a un hombre.

Al salir, Falquián se rezagó para hablar un momento con Sephrenia y la encontró en un pasillo lateral enfrascada en conversación con un hombre que llevaba un hábito de monje. Cuando éste se volvió, sin embargo, Falquián vio que no era elenio, sino un estirio de barba plateada. El desconocido dedicó una reverencia al caballero que se aproximaba a ellos.

— Ahora me iré, querida hermana — comunicó a Sephrenia en estirio con voz profunda y rica que desmentía la edad que era evidente en su físico.

— No, Zalasta, quedaos — lo retuvo la mujer, posándole una mano en el brazo.

— No querría ofender a los caballeros de la Iglesia con mi presencia en su lugar sagrado, hermana.

— A Falquián le cuesta más ofenderse que al común de los caballeros de la Iglesia, mi querido amigo. — La mujer sonrió.

— ¿Éste es el legendario sir Falquián? — preguntó el hombre con cierta sorpresa —. Es un honor, caballero. — Lo saludó en un elenio con marcado acento estirio.

— Falquián — presentó Sephrenia —, éste es mi más viejo y querido amigo, Zalasta. Nos criamos juntos en el mismo pueblo.

— Me siento honrado, sioanda — dijo Falquián en estirio, realizando una reverencia. Sioanda era una palabra estiria que significaba «amigo de mi amigo».

— Los años han mermado la agudeza de mis ojos, parece — observó Zalasta —. Ahora que lo miro con más detenimiento a la cara, veo que en efecto éste es sir Falquián. La luz de su propósito resplandece a su alrededor.

— Zalasta nos ha ofrecido su ayuda, Falquián — le comunicó Sephrenia —. Es muy sabio y un gran conocedor de los secretos.

— Sería un honor para nosotros, docto señor — manifestó Falquián.

— Yo sólo podría prestaros un magro servicio en vuestra gesta, sir Falquián — restó importancia, sonriendo, el estirio —. Si me recubrieran de acero, estoy seguro de que me marchitaría como una flor.

— Es una afición elenia, docto señor — comentó Falquián, dándose un golpecito en el peto —, igual que los sombreros puntiagudos y los jubones de brocado. Es de esperar que llegue el día en que los armarios de vestimenta de acero pasen de moda.

— Siempre había considerado a los elenios como una raza carente de sentido del humor — señaló el estirio —, pero vos sois divertido, sir Falquián. Yo apenas os sería útil en vuestro viaje, pero puede que más adelante me halle en condiciones de asistiros en otra cuestión de cierta importancia.

— ¿Un viaje? — inquirió Falquián.

— Ignoro adonde iréis vos y mi hermana, caballero, pero percibo muchas leguas aguardándoos a ambos. He venido a advertiros para que fortalezcáis vuestros corazones y obréis con suma prudencia. Un peligro eludido es a veces preferible a uno superado. — Zalasta miró a su alrededor —, Y mi presencia aquí es uno de esos peligros eludibles, creo. Vos tenéis un espíritu cosmopolita, Falquián, pero me parece que tal vez algunos de vuestros camaradas no sean tan liberales. — Se inclinó ante Falquián, besó las palmas de las manos de Sephrenia y luego se escabulló silenciosamente por la penumbra del corredor.

— No lo había visto desde hace más de un siglo — comentó Sephrenia —. Ha cambiado... apenas un poco.

— La mayoría de nosotros cambiaría en ese largo período, pequeña madre. — Falquián sonrió —. Excepto vos, claro está.

— Sois muy buen chico, Falquián. — Suspiró —. Todo parece tan lejano... Zalasta siempre era muy serio de pequeño. Incluso entonces daba muestras de una sabiduría increíble. Su percepción de los secretos es profunda.

— ¿Qué es ese viaje del que hablaba?

— ¿Queréis decir que no lo notáis? ¿No sentís la distancia que se extiende ante nosotros?

— No particularmente, no.

— Elenios — suspiró —. A veces me sorprende que seáis incluso capaces de advertir la sucesión de las estaciones.

— ¿Adonde iremos? — preguntó Falquián, haciendo caso omiso del sarcasmo.

— No lo sé. Ni siquiera Zalasta puede pronosticarlo. El futuro que nos espera es tenebroso, Falquián. Debería haberlo previsto, pero supongo que no me paré a reflexionar sobre ello. Ahora bien, lo que es seguro es que iremos a algún sitio. ¿Por qué no estáis con Ehlana?

— Los reyes se muestran muy solícitos con ella y no he podido acercarme. — Guardó silencio un instante —. Sephrenia, ella también la ve... Me refiero a la sombra. Creo que es probable que se deba a que lleva uno de los anillos.

— Sería una respuesta lógica ya que el Bhelliom es inservible sin las sortijas.

— ¿Representa eso un peligro para ella?

— Por supuesto que sí, Falquián, pero Ehlana ha estado expuesta al peligro desde el día en que nació.

— ¿No es ése un razonamiento un tanto fatalista?

— Tal vez. Ojalá yo pudiera ver esa sombra. Así podría identificarla con algo más de precisión.

— Puedo pedirle el anillo a Ehlana y entregaros los dos — se ofreció el caballero —. Después podéis sacar el Bhelliom de la bolsa. Casi os garantizo que en esas condiciones veréis la sombra.

— Ni lo mencionéis, Falquián. — La mujer se estremeció —. De bien poco os serviría si de repente me desvaneciera... de forma permanente.

— Sephrenia — preguntó con un deje de resquemor —, ¿fui yo el objeto de alguna clase de experimento? No paráis de advertir a todo el mundo que no toque el Bhelliom, pero ni os inmutasteis cuando me dijisteis que lo persiguiera y se lo quitara a Ghwerig. ¿No constituía ello un peligro también para mi?¿Os limitasteis a esperar a ver si yo saltaba en pedazos al tocarlo con la mano?

— No seáis tan tonto, Falquián. Todo el mundo sabe que vos estabais destinado a controlar el Bhelliom.

— Yo no lo sabía.

— Mejor será no seguir en esta dirección, querido. Ya tenemos suficientes problemas. Limitaos a aceptar el hecho de que vos estáis vinculado al Bhelliom. Creo que esa sombra es lo que debe preocuparnos ahora. ¿Qué es y qué está haciendo?

— Parece que sigue al Bhelliom... y los anillos. ¿Podemos descartar los atentados de que fue responsable Perraine? ¿No era ello producto de una idea de Martel..., algo que tramó por su propia cuenta?

— No sé si sería prudente darlo por sentado. Martel controlaba a Perraine y cabe la posibilidad de que algo haya estado controlando a Martel... sin que ni siquiera él fuera consciente de ello.

— Preveo otra discusión de esas que me dan dolor de cabeza.

— Tomad simplemente precauciones, querido — le aconsejó —. No bajéis la guardia. Veamos si damos alcance a Ehlana. Se enfadará si no le dedicáis atención.

Todos se sentían algo cohibidos cuando se reunieron esa noche. En aquella ocasión, no obstante, el encuentro no tuvo lugar en el castillo pandion sino en una estancia de recargada decoración contigua a los aposentos personales del archiprelado, donde solían desarrollarse las asambleas de los más altos consejos de la Iglesia. Había sido Sarathi quien les había solicitado personalmente que acudieran allí. Todos habían atendido a la petición menos Tynian. Las paredes de la habitación estaban recubiertas con paneles y los cortinajes y alfombras de tonos azules completaban la ornamentación junto con un fresco de tema religioso que guarnecía el techo. Talen alzó la mirada y resopló con desdén.

— Yo podría hacer una obra mejor que ésa con la mano izquierda — declaró.

— Es una posibilidad — admitió Kurik —. Creo que voy a preguntarle a Dolmant si quiere decorar el techo de la nave de la basílica.

— Kurik — señaló Talen, algo desconcertado —, ese techo es más extenso que un pastizal de vacas. Tardaría cincuenta años en cubrirlo de pinturas.

— Eres joven — observó Kurik, encogiéndose de hombros —. El trabajo continuado podría mantenerte por el buen camino.

Se abrió la puerta y, al entrar Dolmant, todos se levantaron e hicieron una genuflexión.

— Por favor — les dijo cansinamente Dolmant —, os lo ruego, ahorradme ese gesto. Todo el mundo lo hace desde que la rematadamente lista reina de Elenia me ha metido a la fuerza en un sillón que yo no quería ocupar.

— Vaya, Sarathi — protestó la joven —, qué cosas decís.

— Tenemos varios asuntos que tomar en consideración, amigos míos — anunció Dolmant —, y decisiones que tomar. — Tomó asiento en el sitio preferente de la gran mesa de conferencia situada en el centro de la habitación —. Sentaos, os lo ruego, y centrémonos en el trabajo.

— ¿Para cuándo queréis que programemos vuestra coronación, Sarathi? — preguntó el patriarca Emban.

— Eso puede esperar. Primero hemos de echar a Otha del portal de nuestra casa. No creo que sea

bueno hacerlo aguardar. ¿Por dónde empezamos?

— Propondré algunas ideas y veremos cómo responde el resto — dijo el rey Wargun, mirando en derredor —. En mi opinión, tenemos dos opciones. Podemos marchar hacia el este hasta topar con los zemoquianos y luego combatir con ellos en campo abierto, o bien desplazarnos hasta encontrar un terreno adecuado en donde nos detendríamos para aguardarlos. La primera posibilidad mantendría a Otha más alejado de Chyrellos y la segunda nos proporcionaría tiempo para erigir fortificaciones. Ambos enfoques tienen sus ventajas e inconvenientes. — Volvió a mirar a su alrededor —. ¿Qué os parece? — inquirió.

— Creo que es necesario saber con qué tipo de fuerza habremos de enfrentarnos — señaló el rey Dregos.

— Zemoch cuenta con una gran cantidad de habitantes — observó el rey Obler.

— Eso es verdad. — Wargun frunció el entrecejo —. Crían como conejos.

— En ese caso hemos de prever que nos superarán en número — continuó Obler —. Si no he olvidado lo que sabía de estrategia militar, eso casi nos obligaría a adoptar posiciones defensivas. Habremos de someter a desgaste a las fuerzas de Otha antes de iniciar una ofensiva.

— Otro sitio — gruñó Komier —. Detesto los asedios.

— No siempre se obtiene lo que se desea, Komier — le hizo ver Abriel —. Pero existe una tercera opción, rey Wargun. Hay muchas plazas fuertes y castillos en Lamorkand que podríamos ocupar por la fuerza y retener. Otha no podría evitar atacarlos, porque, si no lo hiciera, las tropas acantonadas adentro saldrían y diezmarían sus reservas y destruirían sus carros de intendencia.

— Lord Abriel — apuntó Wargun —, esa estrategia nos diseminaría por todo Lamorkand Central.

— Reconozco que tiene sus desventajas — concedió Abriel —, pero la última vez que Otha invadió Occidente, salimos a su encuentro de frente en el lago Randera y con ello prácticamente despoblamos el continente, y Eosia tardó varios siglos en recuperarse. No estoy seguro de que queramos repetir ese desastre.

— Pero ganamos, ¿no? — arguyó sin matices Wargun.

— ¿De veras nos conviene volver a ganar a ese coste?

— Podría haber otra alternativa — declaró con calma Falquián.

— Ciertamente la escucharía con gusto — aceptó el preceptor Darellon —, porque ninguna de las que he oído hasta ahora acaba de convencerme.

— Sephrenia — preguntó Falquián —, ¿cuan poderoso es realmente el Bhelliom?

— Ya os he dicho que es el objeto más poderoso del mundo, querido.

— No es mala idea — aprobó Wargun —. Falquián podría utilizar el Bhelliom para eliminar escuadrones enteros del ejército de Otha. Por cierto, Falquián, ¿vais a devolver el Bhelliom a la casa real de Thalesia cuando hayáis acabado con él?

— Podríamos hablar de ello, Su Majestad — respondió Falquián —. Aunque no os serviría de gran cosa porque sin los anillos no tiene ningún valor, y por ahora yo no estoy muy predispuesto a entregaros el mío. Podéis preguntar a mi reina qué actitud tomaría respecto al suyo, si lo deseáis.

— Mi sortija se queda donde está — afirmó categóricamente Ehlana.

Falquián había estado meditando sobre el contenido de la conversación mantenida con Sephrenia. Cada vez sentía con mayor certeza que el resultado de la inminente batalla no iba a decidirlo el enfrentamiento de vastos ejércitos en Lamorkand Central tal como había sucedido quinientos años antes. No tenía ningún argumento con que justificar dicha certidumbre, ya que no lo había conducido a ella un razonamiento lógico sino un rapto intuitivo cuya naturaleza era más estiria que elenia. De algún modo sabía que cometería un error sumergiéndose en un ejército, lo cual no sólo supondría una demora en algo que debía hacer, sino que representaría también un peligro. Si la subversión de Perraine no había sido un acto independiente por parte de Martel, estaría exponiéndose a sí mismo y a sus amigos a miles de potenciales enemigos, todos absolutamente inidentificables y armados hasta los dientes. Tenía que evitar por todos los medios la proximidad de

un ejército, aunque éste fuera elenio. Esa idea era más producto de la necesidad que de cualquier convicción de que fuera a surtir un efecto positivo.

— ¿Posee suficiente poder el Bhelliom para destruir a Azash? — preguntó a Sephrenia, con intención de confirmar ante los demás una respuesta que ya conocía.

— ¿Qué decís, Falquián? — replicó la mujer con tono de profundo estupor —. Estáis hablando de destruir a un dios. El mundo entero tiembla sólo al sugerirlo.

— No he introducido la cuestión para iniciar un debate teológico — precisó —. ¿Sería capaz de hacerlo el Bhelliom?

— No lo sé. Nadie ha tenido jamás la temeridad ni tan sólo de planteárselo.

— ¿Cuál es el aspecto más vulnerable de Azash?

— Sólo lo es en su confinamiento. Los dioses menores de Estiria lo encadenaron al interior del ídolo de barro que encontró Otha hace siglos. Ése es uno de los motivos por los que está buscando el Bhelliom con tanta desesperación, pues sólo la Rosa de Zafiro puede liberarlo.

— ¿Y si se destruyera el ídolo?

— Azash sería destruido con él.

— Y qué ocurriría si yo fuera a la ciudad de Zemoch, descubriera que no puedo eliminar a Azash con el Bhelliom e hiciera entonces pedazos la joya?

— La ciudad quedaría reducida a polvo — repuso con voz turbada —, y lo mismo sucedería con las cadenas montañosas colindantes.

— En ese caso no puedo perder, ¿no es cierto? De todas formas, Azash dejaría de existir. Y, si es verdad lo que nos dijo Krager, Otha también se encuentra en Zemoch, junto con Martel, Annias y otros secuaces suyos. Podría liquidarlos a todos. Una vez desaparecidos Azash y Otha, la invasión zemoquiana cesaría, ¿no creéis?

— Estáis hablando de desperdiciar vuestra propia vida, Falquián — advirtió Vanion.

— Mejor una vida que millones.

— ¡Os lo prohíbo terminantemente! — gritó Ehlana.

— Perdonadme, mi reina — adujo Falquián —, pero vos me ordenasteis que les cortara las alas a Annias y a los otros y ahora no podéis rescindir dicha orden..., al menos no a mí.

Alguien llamó educadamente a la puerta y entonces entró Tynian con el domi, Kring.

— Siento llegar tarde — se disculpó el caballero deirano —. El domi y yo estábamos ocupados revisando mapas. Por alguna razón desconocida, los zemoquianos han enviado fuerzas más al norte de sus campamentos principales instalados en la frontera lamorquiana. Toda Kelosia Oriental está infestada de ellos.

— Ah, aquí estáis, mi rey — saludó Kring con relucientes ojos al ver al rey Soros —. Os he estado buscando por todas partes. Tengo toda clase de orejas zemoquianas que querría venderos. El rey Soros, que al parecer aún tenía la garganta afectada, susurró algo.

— Todo empieza a encajar — aseguró Falquián al consejo —. Krager nos dijo que Martel se llevaba a Annias a la ciudad de Zemoch para buscar refugio en Otha. — Reclinó la espalda contra la silla —. Creo que la solución final al problema que viene planteándosenos durante los últimos cinco siglos reside en la ciudad de Zemoch y no en las llanuras de Lamorkand. Azash es nuestro enemigo, no Martel, Annias, Otha o sus zemoquianos, y ahora contamos con los medios para destruir a Azash de una vez por todas. ¿No sería de necios no aprovecharlos? Podría desgastar los pétalos del Bhelliom liquidando unidades de infantería zemoquianas con él, y todos envejeceríamos y nos volveríamos canosos en algún cambiadizo campo de batalla al norte del lago Cammoria. ¿No sería mejor encararnos a la raíz del problema..., al propio Azash? Acabemos definitivamente con esta plaga para que no siga aflorando cada medio milenio.

— Es estratégicamente descabellado — se pronunció sin ambages Vanion.

— Excusadme, amigo mío, pero ¿qué tiene de sensatez estratégica someterse a una situación de punto muerto en un campo de batalla? Fue necesario más de un siglo para recuperar las pérdidas habidas en la última batalla entre los zemoquianos y Occidente. De esta manera tenemos al menos

la posibilidad de terminar para siempre. Si parece que el plan no es viable, destruiré el Bhelliom y entonces Azash no tendrá ningún motivo para volver hacia poniente y seguramente irá a importunar a los tamules o a otros pueblos.

— Nunca conseguiríais llegar, Falquián — señaló el preceptor Abriel —. Ya habéis oído lo que ha dicho este keloi. Hay zemoquianos en Kelosia Oriental, sin contar los estacionados en Lamorkand Oriental. ¿Os proponéis abriros vos solo paso entre ellos a golpe de espada?

— Creo que ellos mismos me cederán el paso, mi señor. Martel se dirige al norte..., al menos así lo afirmó. Es posible que siga en el mismo sentido hasta Paler, o puede que no, lo cual carece de importancia porque yo pienso seguirlo vaya a donde vaya. Él quiere que lo siga. Lo dejó muy claro en ese sótano y se cuidó bien de asegurarse de que yo lo había oído porque su intención es entregarme a Azash. Me parece que puedo confiar en que no me pondrá impedimentos en el camino. Sé que suena algo extraño, pero creo que esta vez podemos fiarnos de Martel. Si tuviera que hacerlo, desenvainaría la espada para despejarme los obstáculos. — Sonrió desapaciblemente —. Me llega al corazón la tierna inquietud de mi hermano por mi bienestar. — Miró a Sephrenia —. Habéis dicho que incluso el sugerimiento de la destrucción de un dios era algo impensable, ¿no es así? ¿Cuál sería la reacción general ante la idea de destruir el Bhelliom?

— Eso aún es más impensable, Falquián.

— Entonces nunca se les ocurrirá pensar que yo podría proponérmelo.

La estiria sacudió en silencio la cabeza y lo miró con inusitado temor en los ojos.

— Ésa es la ventaja que tenemos de nuestra parte, mis señores — declaró Falquián —. Yo puedo destruir la única cosa que nadie se avendría a creer que osara desperdiciar. Puedo destruir el Bhelliom... o amenazar con hacerlo. Tengo el presentimiento de que la gente... y los dioses... van a empezar a apartarse de mi camino si hago eso.

El preceptor Abriel seguía manifestando su disconformidad meneando la cabeza.

— Vais a tratar de abriros paso entre primitivos zemoquianos diseminados por Kelosia Oriental y a lo largo de la frontera, Falquián, personas tan salvajes sobre las que ni siquiera Otha ejerce control.

— ¿Me otorgáis permiso para hablar, Sarathi? — pidió Kring con tono de marcado respeto.

— Desde luego, hijo mío — se lo concedió Dolmant un tanto desconcertado, pues no tenía idea de quién era aquel fiero personaje.

— Yo puedo haceros cruzar Kelosia Oriental y parte de Zemoch, amigo Falquián — aseguró Kring —. Si los zemoquianos están dispersados, mis jinetes cabalgarán entre ellos dejando una ringlera de cadáveres de ocho kilómetros de ancho desde Paler hasta la frontera zemoquiana..., todo menos sus orejas derechas, por supuesto.

Kring esbozó una amplia sonrisa lobuna y miró en derredor con ademán de complacencia. Entonces vio a Mirtai, que estaba recatadamente sentada al lado de Ehlana, y se le desorbitaron los ojos y se puso primero pálido y luego rojo como la grana. Después suspiró con anhelo.

— Yo no lo haría en vuestro lugar — le avisó Falquián.

— ¿Cómo?

— Os lo explicaré después.

— Lamento admitirlo — declaró Bevier —, pero este plan cada vez me parece mejor. No deberíamos topar con muchas trabas para llegar a la capital de Otha.

— ¿Deberíamos? — inquirió Kalten.

— Nosotros lo acompañaríamos, ¿verdad, Kalten?

— ¿Existe alguna posibilidad de llevar esto a buen término, pequeña madre? — preguntó Vanion.

— ¡No, lord Vanion, ninguna! — se interfirió Ehlana —. Falquián no puede ir a Zemoch y utilizar el Bhelliom para liquidar a Azash porque no dispone de los dos anillos. Yo tengo uno de ellos y tendrá que matarme para quitármelo.

Aquello era algo que Falquián no había tomado en cuenta.

— Mi reina... — se dispuso a argüir.

— ¡No os he dado venia para hablar, sir Falquián! — le espetó —. ¡No vais a seguir adelante con ese vano y temerario propósito! ¡No vais a inmolar vuestra vida! ¡Vuestra vida es mía, Falquián! ¡No tenéis nuestro permiso para privarnos de ella!

— Ha quedado bien claro — observó Wargun —, lo cual nos devuelve de nuevo al punto de partida.

— Tal vez no — disintió Dolmant en voz baja, poniéndose en pie —. Reina Ehlana — dijo con severidad —, ¿vais a someteros a la voluntad de nuestra Santa Madre, la Iglesia?

La soberana le dirigió una mirada desafiante.

— ¿Lo haréis?

— Soy una hija fiel de la Iglesia — reconoció lentamente.

— Me alegra oírlo, hija mía. La Iglesia os ordena que dejéis en sus manos esa baratija durante un breve período de tiempo de manera que ella puede utilizarla en el fomento de su labor.

— Esto no es justo, Dolmant — lo acusó.

— ¿Vais a retar a la Iglesia, Ehlana?

— ¡No..., no puedo! — chilló.

— Entonces dadme el anillo. — El archiprelado tendió la mano.

Anegada en lágrimas, Ehlana le agarró los brazos y hundió la cara en su sotana.

— Dadme el anillo, Ehlana — repitió Dolmant.

La reina alzó la mirada y se secó decididamente las lágrimas con la mano.

— Sólo con una condición, Sarathi — contraatacó.

— ¿Vais a regatear con nuestra Santa Madre?

— No, Sarathi, me limito a obedecer sus anteriores mandatos. Ella nos exhorta a casarnos con el fin de incrementar la congregación de sus fieles. Os entregaré el anillo a vos el día en que nos unáis a mí y a Falquián en matrimonio. He trabajado muy duro para comprometerlo como para dejarlo escapar ahora. ¿Consentirá cumplir mi deseo nuestra Santa Madre?

— A mí me parece correcto — acordó Dolmant, sonriendo bondadosamente a Falquián, que miraba boquiabierto cómo los dos comerciaban con él como si se tratara de una simple mercadería. Ehlana dio muestras de poseer buena memoria y, tal como le había enseñado Platimo, se escupió en la mano.

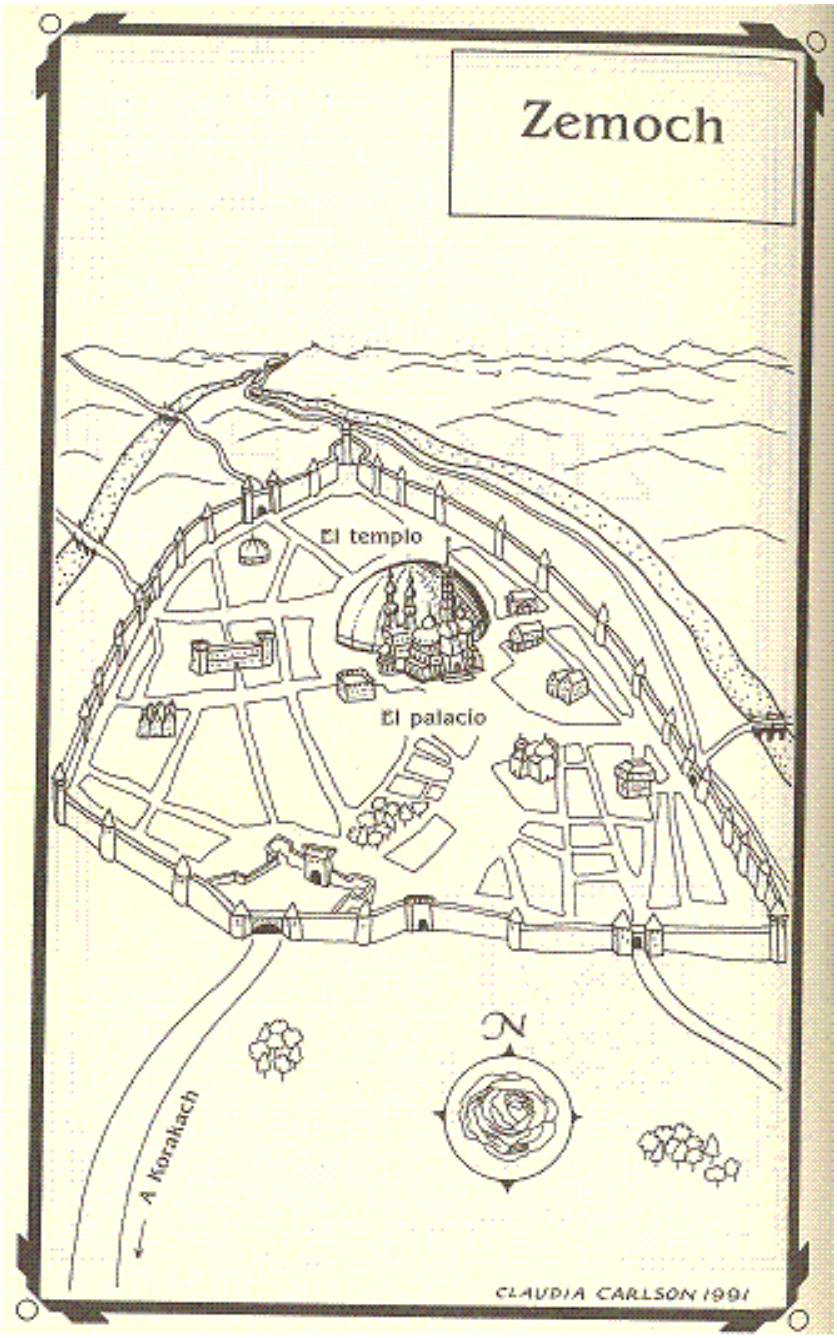
— ¡Hecho, pues! — dijo.

Dolmant, que llevaba mucho tiempo en el mundo, reconoció su gesto y lo imitó.

— ¡Hecho! — aceptó, y los dos juntaron las palmas de las manos, sellando el destino de Falquián.

Tercera parte

ZEMOCH



Capitulo diecinueve

Hacia frío en la habitación. El calor del desierto se evaporaba cuando se ponía el sol, y la madrugada estaba siempre presidida por una árida gelidez. Falquián miraba por la ventana al tiempo que la aterciopelada noche se desteñía y las sombras de la calle se replegaban en los rincones y en los zaguanes, sustituidas por una pálida tonalidad plomiza que no era tanto luz como ausencia de oscuridad.

Entonces la primera de ellas surgió de un callejón en penumbra con una vasija de arcilla apuntalada al hombro, vestida de pies a cabeza de negro y con un velo también negro tapándole la mitad de la cara. Se movía entre la incolora luz con una gracia tan exquisita que casi acongojaba a Falquián. Después llegaron las otras. Una a una fueron aflorando de portales y callejas para sumarse a la silenciosa procesión, todas con su vasija de barro al hombro, siguiendo un ritual tan antiguo que se había convertido en algo instintivo. Fuera cual fuese la actividad con que iniciaban el día los hombres, las mujeres comenzaban inevitablemente el suyo yendo al pozo.

— Mahkra — dijo Lillias, agitándose, con voz cargada de sueño — vuelve a la cama.

Oía las campanas en la lejanía, destacándose sobre los incesantes mugidos de las vacas medio salvajes encerradas en los patios que lo rodeaban. Sabedor de que la religión de aquel reino no recomendaba el uso de las campanas, Falquián tenía la certeza de que su tañido procedía de un lugar donde se reunían miembros de su propia fe. Como no tenía otro sitio adonde ir, avanzaba tambaleante en dirección a aquel sonido. La empuñadura de su espada tenía un tacto resbaladizo a causa de la sangre, y el arma se le antojaba terriblemente pesada ahora. Quería librarse de su peso, y habría sido sencillo permitir que se le deslizara entre los dedos y dejar que se perdiera en esa oscuridad fétida de excrementos. Pero un verdadero caballero sólo soltaba su espada impelido por la muerte, y por ello Falquián cerraba tenazmente la mano en torno a su puño y continuaba andando con paso pesado, en pos de las campanas. Tenía frío, y la sangre que manaba de sus heridas parecía muy cálida, casi reconfortante. Siguió, dando traspiés, cercado por la fría noche, calentado por la sangre que fluía de su costado.

— Falquián. — Era la voz de Kurik, que lo zarandeaba con firmeza por el hombro —. Falquián, despertad. Volvéis a sufrir una pesadilla.

Falquián abrió los ojos. Sudaba copiosamente.

— ¿La misma? — inquirió Kurik.

Falquián asintió con la cabeza.

— Tal vez podáis libraros de ella cuando hayáis matado por fin a Martel.

Falquián se incorporó en la cama.

— Pensaba que quizás esta noche habría sido distinta — comentó Kurik, sonriendo —. Después de todo, hoy es el día de vuestra boda.

Los novios siempre tienen sueños inquietantes la noche anterior a la boda. Es una especie de vieja costumbre.

— ¿Tuviste el sueño turbado la noche antes de desposar a Aslade?

— Oh, sí. — Kurik se echó a reír —. Algo me perseguía y yo tenía que llegar a la costa para poder embarcar y escapar. El único problema era que no paraban de cambiar el océano de sitio. ¿Queréis desayunar ahora o preferís esperar a haberos bañado y que os haya afeitado?

— Puedo afeitarme yo mismo.

— Sería mala idea hacerlo hoy. Mostradme la mano.

Falquián extendió la mano derecha y comprobó que temblaba de forma manifiesta.

— Definitivamente no deberíais intentar afeitaros hoy, mi señor. Digamos que éste es el presente de bodas que dedico a la reina. No voy a dejar que vayáis al lecho nupcial con la cara llena de marcas.

— ¿Qué hora es?

— Falta una media hora para el amanecer. Levantaos, Falquián. Os era un largo día. Ah, por cierto, Ehlana os ha mandado un regalo. Llegó anoche cuando ya estabais dormido.

— Debiste despertarme.

— ¿Para qué? No podéis llevarlo puesto en la cama.

— ¿Qué es?

— Vuestra corona, mi señor.

— ¿Mi que?

— Corona. Es una especie de sombrero. Aunque no os protegerá mucho en lo que al mal tiempo se refiere.

— ¿En qué estará pensando?

— En la propiedad, mi señor. Sois el príncipe consorte... o lo seréis esta noche. No es una mala corona... Más o menos como todas: oro, joyas, ese tipo de cosas.

— ¿De dónde la sacó?

— La encargó justo después de que abandonarais Cimmura para venir aquí. La trajo consigo... digamos que por el mismo motivo que un pescador siempre lleva un sedal y un anzuelo en el bolsillo. Deduzco que vuestra novia no quería estar desprevenida en caso de que se presentara la ocasión. Quiere que yo la lleve sobre un cojín de terciopelo durante la ceremonia de esta noche y, en cuanto estéis casados, os la pondrá en la cabeza.

— Tonterías — bufó Falquián, sacando las piernas de la cama.

— Puede que sí, pero con el tiempo aprenderéis que las mujeres ven el mundo de manera diferente de como lo perciben los hombres. Es una de las cosas que aportan interés a la vida. Y ahora, ¿qué va a ser primero? ¿El desayuno o el baño?

Aquella mañana se reunieron en el castillo, dada la agitación que reinaba en la basílica. Los cambios que Dolmant había decidido adoptar se habían difundido entre el clero y éste rebullía confusamente igual que se agitan las hormigas desahuciadas por el destrozo de su hormiguero. El monumental patriarca Bergsten, todavía vestido con la cota de mallas y tocado con el yelmo con cornamenta de ogro, sonrió al entrar en el estudio de sir Nashan y dejó apoyada su hacha de guerra en un rincón.

— ¿Dónde está Emban? — le preguntó el rey Wargun —. ¿Y Ortzel?

— Están ocupados despidiendo a la gente. Sarathi está haciendo una limpieza minuciosa de la basílica. Emban ha trazado una lista de individuos indeseables, y las comunidades de un buen número de monasterios están experimentando un inusitado incremento de miembros.

— ¿Makova? — inquirió Tynian.

— Estaba entre los primeros que han de marcharse.

— ¿Quién es el primer secretario? — preguntó el rey Dregos.

— ¿Quién pensáis que puede ser? Emban, por supuesto, y Ortzel es el nuevo director del colegio de teólogos, un cargo más que indicado para él.

— ¿Y vos? — se interesó Wargun.

— Sarathi me ha concedido una posición un tanto especializada — repuso Bergsten —. Todavía no hemos encontrado un nombre para definirla. — Miró con cierta dosis de severidad a los caballeros de la Iglesia —. Hace tiempo que las órdenes militantes mantienen diferencias entre sí — les dijo —. Sarathi me ha pedido que ponga fin a ello — Bajó con ademán ominoso las enmarañadas cejas —. Confío en que nos entendamos, caballeros.

Los preceptores intercambiaron nerviosas miradas.

— Ahora — continuó Bergsten —, ¿hemos tomado alguna decisión?

— Todavía estamos debatiéndolo, Su Ilustrísima — respondió Vanion que tenía el rostro extrañamente ceniciento esa mañana y aspecto de no encontrarse muy bien. Falquián a veces olvidaba que Vanion era algo más viejo que él —. Falquián sigue inclinándose por el suicidio, y nosotros no hemos conseguido ofrecer alternativas convincentes. El resto de los caballeros de la Iglesia partirán mañana para ocupar varias fortalezas y castillos de Lamorkand, y el ejército saldrá tras ellos en cuanto se haya organizado.

Bergsten asintió.

— ¿Qué vais a hacer exactamente, Falquián?

— Pensaba ir a destruir a Azash, matar a Martel, Otha y Annias y luego volver a casa, Su Ilustrísima.

— Muy gracioso — comentó Bergsten con sequedad —. Detalles, hombre. Dadme detalles. Tengo que presentarle un informe a Sarathi y a él le encantan los detalles.

— Sí, Su Ilustrísima. Todos hemos convenido en que no tenemos grandes posibilidades de dar alcance a Martel y su comitiva antes de que lleguen a Zemoch. Nos lleva tres días de ventaja, contando hoy. Martel trata con muy poco miramiento a los caballos y cuenta con poderosos incentivos para mantenernos la delantera.

— ¿Vais a seguirlo, o cabalgaréis simplemente directo hacia la frontera zemoquiana?

— Esta cuestión no está sujeta a una determinación rígida, Su Ilustrísima — repuso pensativamente Falquián, apoyándose en la silla —. Me gustaría alcanzar a Martel, por supuesto, pero no voy a dejar que ello me haga desviarme del camino. Mi objetivo primordial es llegar a la ciudad de Zemoch antes de que estalle una guerra generalizada en Lamorkand Central. Tuve una conversación con Krager, y él dice que Martel se propone seguir rumbo norte hasta algún lugar de Kelosia desde el que entraría en Zemoch. Mi intención coincide aproximadamente con la suya, de modo que lo seguiré... pero sólo hasta un determinado punto. No voy a desperdiciar el tiempo persiguiendo a Martel por todo el norte de Kelosia. Si empieza a dar rodeos, prescindiré de él e iré directamente a Zemoch. Le sigo la corriente a Martel desde que regresé de Rendor y no creo que continúe haciéndolo.

— ¿Cómo pensáis eludir a todos los zemoquianos dispersados por Kelosia Oriental?

— Ahí es donde intervengo yo, Su Ilustrísima — le anunció Kring —. Hay un paso que conduce hasta el interior y cuya existencia ignoran los zemoquianos. Mis jinetes y yo lo utilizamos desde hace años... Cada vez que escasean las orejas en la frontera. — Calló de repente y miró con consternación al rey Soros, pero el rey de Kelosia estaba distraído rezando y no parecía haber escuchado la involuntaria confesión del domi.

— Eso es más o menos todo, Su Ilustrísima — concluyó Falquián —. Nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurre en Zemoch, de manera que habremos de improvisar cuando lleguemos allí.

— ¿Cuántos iréis? — inquirió Bergsten.

— El grupo habitual. Cinco caballeros, Kurik, Berit y Sephrenia.

— ¿Y yo qué? — objetó Talen.

— Tú vas a regresar a Cimmura, jovencito — le dijo Sephrenia —. Ehlana se ocupará de vigilarte. Te quedarás en el palacio hasta que volvamos nosotros.

— ¡Eso no es justo!

— La vida está llena de injusticias, Talen. Falquián y tu padre tienen planes para ti, y no están

dispuestos a permitir que expongas tu vida y no les des ocasión de ponerlos en práctica.

— ¿Puedo solicitar refugio en la Iglesia, Su Ilustrísima? — se apresuró a preguntar Talen a Bergsten.

— No, me parece que no — replicó el patriarca vestido con armadura.

— No imagináis lo decepcionado que estoy con nuestra Santa Madre, Su Ilustrísima — se enfurruñó Talen —. Sólo por eso, creo que después de todo no seguiré la carrera eclesiástica.

— Loado sea Dios — murmuró Bergsten.

— Amén — suspiró Abriel.

— ¿Puedo irme? — inquirió Talen, picado.

— No. — Era Berit, que estaba sentado de brazos cruzados junto a la puerta con una pierna extendida para cerrarle el paso.

Talen volvió a sentarse con expresión dolida.

El resto de la discusión se centró en el despliegue de tropas en las diversas fortalezas y castillos de Lamorkand Central y, como Falquián y sus amigos no iban a participar en dicha operación, el novio dejó vagar la atención y, sin pensar en nada coherente, se quedó mirando el suelo con ojos muy abiertos.

La reunión se disolvió alrededor de mediodía y todos fueron desfilando hacia afuera con objeto de atender a los preparativos y quehaceres que los aguardaban.

— Amigo Falquián — lo llamó Kring cuando abandonaban el estudio de sir Nashan —, ¿puedo hablar un momento con vos?

— Desde luego, domi.

— Es algo personal.

Falquián asintió y condujo al jefe de los keloi a una pequeña capilla cercana. Ambos realizaron una somera genuflexión ante el altar y luego se sentaron en un banco de madera.

— ¿De qué se trata, Kring? — inquirió Falquián.

— Yo soy un hombre sencillo, amigo Falquián — comenzó Kring —, así que iré al grano. Me gusta mucho esa alta y hermosa mujer que cuida de la reina de Elenia.

— Me ha parecido percibir algo por el estilo.

— ¿Creéis que tengo alguna posibilidad con ella? — Kring tenía una expresión anhelante.

— No estoy muy seguro, amigo mío — le respondió Falquián —. Apenas conozco a Mirtai.

— ¿Se llama así? No he tenido ocasión de averiguarlo. Mirtai... Suena bien, ¿verdad? Todo en ella es perfecto. Tengo que preguntaros esto: ¿está casada?

— Me parece que no.

— Estupendo. Siempre es engorroso cortejar a una mujer si antes hay que matar al marido, lo cual constituye un mal comienzo.

— Creo que deberíais saber que Mirtai no es elenia, Kring. Es una tamul, y su cultura y su religión son distintas de las nuestras. ¿Son honorables vuestras intenciones?

— Por supuesto. La tengo en demasiada consideración para insultarla.

— Ese es el primer paso. Si le hicierais cualquier otro tipo de propuesta, probablemente os mataría.

— ¿Que me mataría?. — Kring pestañeó, estupefacto.

— Es una guerrera, Kring. No se parece a ninguna otra mujer que hayáis conocido.

— Las mujeres no pueden ser guerreras.

— Las elenias, no, pero, como os he dicho, Mirtai es una atan tamul, y ellos no ven las cosas del mismo modo que nosotros. Según tengo entendido, ya ha matado a diez hombres.

— ¿Diez? — exclamó Kring, incrédulo, tragando saliva —. Esto va a ser un problema, Falquián. — Kring irguió los hombros —. Pero da igual. Tal vez después de casarme con ella consiga enseñarle a comportarse como Dios manda.

— Yo no apostaría nada por ello, amigo mío. Si va a haber alguien que enseñe, no creo que esa persona seáis vos. Os aconsejo que abandonéis la idea, Kring. Os aprecio y no querría ver cómo

acabáis muerto.

— Tendré que pensar en esto, Falquián — admitió Kring con voz turbada —. Esta es una situación muy irregular.

— Sí.

— De todas formas, ¿puedo pediros que me sirváis de oma?.

— No comprendo esa palabra.

— Significa amigo. El que se dirige a la mujer... y a su padre y hermanos. Empezáis diciéndole a ella lo mucho que me atrae y luego lo buen hombre que soy... Lo normal, ya me entendéis: qué gran líder que soy, los muchos caballos que poseo, la gran cantidad de orejas que he cortado y lo buen guerrero que soy.

— Eso último debería impresionarla.

— Es simplemente la pura verdad, Falquián. En fin de cuentas, soy el mejor. Tendré tiempo para reflexionar sobre ello durante todo el camino hasta Zemoch. No obstante, podríais mencionárselo a ella antes de que nos vayamos..., sólo para que ella tenga algo en que pensar. Oh, casi lo olvidaba. Podéis decirle que también soy poeta. Eso siempre causa buena impresión en las mujeres.

— Haré lo que pueda, domi — prometió Falquián.

La reacción de Mirtai no fue muy prometedora cuando Falquián sacó a colación el tema esa tarde.

— ¿Ese calvo bajito y patizambo? — inquirió azorada —. ¿Ese que tiene la cara llena de cicatrices? — Después se derrumbó en una silla, riendo de manera incontrolable.

— Bueno — murmuró filosóficamente Falquián al irse —. Al menos lo he intentado.

Aquélla iba a ser una boda poco convencional, en primer lugar porque no había en Chyrellos mujeres de la nobleza elenia para acompañar a Ehlana. Las únicas dos damas por quienes sentía apego eran Sephrenia y Mirtai. El hecho de que la reina insistiera en la presencia de ambas hizo enarcar más de una ceja, e incluso el mundano Dolmant lo vio con malos ojos.

— No podéis hacer asistir a dos paganas a una ceremonia religiosa en la nave de la basílica, Ehlana.

— Es mi boda, Dolmant, y puedo hacer lo que quiera. Sephrenia y Mirtai van a componer mi séquito.

— Os lo prohíbo.

— Bien. — Sus ojos expresaban la dureza de un pedernal —. Sin séquito, no hay boda... y, si no hay boda, mi anillo se queda donde está.

— Es una joven intratable, Falquián — bufó de cólera el archiprelado al abandonar la habitación donde Ehlana realizaba sus preparativos.

— Nosotros preferimos la palabra «enérgica», Sarathi — replicó con calma Falquián.

El caballero pandion vestía un traje de terciopelo negro con ribetes plateados, ya que Ehlana había rechazado de plano la idea de que fuera al altar enfundado en su armadura.

— No quiero que tenga que venir un herrero a nuestro dormitorio para desnudaros, cariño — le había dicho —. Si necesitáis ayuda, yo os la proporcionaré... pero no quiero romperme todas las uñas al hacerlo.

Había cientos de nobles en los ejércitos de Eosia Occidental y legiones de clérigos en la basílica, de manera que aquella tarde los cirios que la vasta nave iluminaron una multitud casi tan nutrida como la que se había congregado el día del funeral del venerable Clovunus. El coro entonaba alegres himnos mientras iban entrando los invitados, y el incienso perfumaba el aire.

Falquián aguardaba nerviosamente en el vestidor con las personas le iban a componer su séquito. Sus amigos estaban todos allí, por supuesto: Kalten, Tynian, Bevier, Ulath y el domi, y también Kurik, Berit y los preceptores de las cuatro órdenes. A Ehlana iban a acompañarla, además de Sephrenia y Mirtai, los reyes de Eosia Occidental y, curiosamente, Platimo, Stragen y Talen. La reina no había explicado los motivos de tales elecciones, aunque era posible que tal vez no existiera ninguno.

— No hagáis eso, Falquián — advirtió Kurik a su señor.

— ¿Que no haga qué?

— Tiraros de ese modo del cuello del jubón. Vais a desgarrarlo.

— El sastre lo cortó demasiado ajustado. Parece un dogal.

Kurik miró, divertido, a Falquián sin añadir nada. Se abrió la puerta y Emban asomó su sudorosa cara, iluminada por una gran sonrisa.

— ¿Estamos ya casi a punto? — preguntó.

— Comencemos de una vez — dijo Falquián con brusquedad.

— Veo que nuestro novio está impacientándose — observó Emban —. ¡Ah, quién volviera a ser joven! El coro va a cantar la tradicional marcha nupcial — anunció —. Estoy seguro de que algunos de vosotros la conocéis. Cuando entonen la nota final, yo abriré la puerta y entonces, caballeros, escoltaréis al altar a nuestro cordero del sacrificio. Por favor, no dejéis que escape. Eso siempre desluce la ceremonia. — Rió maliciosamente entre dientes y volvió a cerrar la puerta.

— Un hombrecillo extremadamente desagradable — gruñó Falquián.

— Oh, no sé — disintió Kalten —. A mí me cae bien.

La marcha nupcial era una de las piezas más antiguas de música sacra del repertorio de la fe elenia, un canto a la alegría al que las novias solían prestar gran atención y que los novios, por otro lado, raras veces oían.

Cuando cesaron los últimos acordes, el patriarca Emban abrió la puerta con una floritura, y los amigos de Falquián formaron filas a su alrededor para escoltarlo por el pasillo central de la nave. Sería tal vez inapropiado aquí detenernos en las semejanzas que tal procesión presentaba con la pina de alguaciles que acompañaban a un prisionero hasta el patíbulo.

Se dirigieron directamente al altar, donde ataviado de blanco con ribetes dorados, los aguardaba el patriarca Dolmant.

— Ah, hijo mío — lo saludó Dolmant con una tenue sonrisa —, habéis sido muy considerado al reuniros con nosotros.

Falquián no se molestó en contestar. Lo que sí hizo, no obstante, fue reparar con harta amargura en el hecho de que todos sus amigos consideraban que aquella ocasión ofrecía toda clase de oportunidades para ejercitar su sentido del humor.

Después, tras una pausa de conveniente duración, durante la cual todos los asistentes se pusieron en pie, guardaron silencio y alargaron el cuello hacia la parte posterior de la nave, el coro entonó el himno procesional, y la comitiva de la novia surgió de ambos lados del vestíbulo. En primer lugar, una a cada lado, iban Sephrenia y Mirtai, en cuya disparidad de tamaño no repararon al punto los observadores. Lo que sí llamó la atención y levantó un murmullo de estupefacción entre la multitud fue el detalle evidente de que ambas eran paganas. El vestido blanco de Sephrenia era casi retadoramente estirio. Una guirnalda de flores le rodeaba la frente, y tenía el semblante sereno. Mirtai vestía una túnica de estilo desconocido en Elenia. La prenda, de un azul intenso y que no parecía tener costuras, iba prendida a cada hombro con un broche y una larga cadena de oro lo ceñía bajo el busto, cruzaba la espalda de la mujer tamul, le rodeaba la cintura y seguía pegada a sus caderas hasta el intrincado nudo de la parte delantera del que pendían los cabos, adornados con borlas, casi hasta rozar el suelo. Los dorados brazos quedaban descubiertos hasta los hombros, revelando una lisura sin tacha y al tiempo una recia musculatura. Llevaba sandalias doradas y el reluciente pelo negro, ahora destrenzado, le caía suavemente por la espalda, casi hasta media pierna, sujeto a la altura de la frente por una simple cinta plateada. En las muñecas llevaba, en lugar de brazaletes, esposas de acero bruñido damasquinadas en oro y, como concesión a la sensibilidad elenia, no llevaba arma visible alguna.

El domi Kring suspiró ansiosamente cuando entró y avanzó lentamente junto a Sephrenia por la nave lateral en dirección al altar.

Volvió a producirse la pausa consuetudinaria y entonces, apoyando livianamente la mano en el brazo del anciano rey Obler, la novia salió del vestíbulo y se detuvo para que todos los presentes

pudieran admirarla... no tanto como mujer, sino como una obra de arte. Lucía una túnica de blanco satén, habitual en las novias, pero que en su caso estaba forrada de lame dorado, el cual revelaba su contraste en la vuelta de las mangas, de largo corte en la embocadura que casi se prolongaba hasta el suelo. Ehlana llevaba un ancho cinturón de malla de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una fabulosa capa dorada descendía tras ella hasta el suelo para sumar su peso a la resplandeciente cola de satén. Sus pálidos cabellos rubios estaban tocados con una corona, no la tradicional corona real de Elenia, sino una especie de trabajo de pasamanería en malla de oro adornada con pequeñas gemas de brillantes colores salpicadas con perlas. La corona le sujetaba el velo, un velo que caía hasta el cuerpo del vestido por delante y le cubría los hombros por detrás y era tan delicado y fino que daba la sensación de ser una imperceptible neblina. Llevaba una sola flor blanca en la mano y tenía el pálido y joven rostro radiante.

— ¿Dónde han conseguido con tan poco tiempo los vestidos? —susurró Berit a Kurik.

— Imagino que Sephrenia hizo un juego de manos.

Dolmant les dirigió una severa mirada, conminándolos a callar. Detrás de la reina iban los monarcas del continente, Wargun, Dregos y Soros, y el príncipe heredero de Lamorkand, que había acudido en nombre de su padre ausente, seguido del embajador de Cammoria, que representaba a su reino. El reino de Rendor no tenía ningún representante, y a nadie se le había ocurrido invitar a Otha de Zemoch.

La procesión comenzó a desplazarse despacio por la nave lateral hacia el altar y el novio. Platimo y Stragen iban al final, flanqueando a Talen, que llevaba el cojín de terciopelo blanco donde reposaba el par de anillos de rubí. Deberíamos mencionar, de paso, que tanto Stragen como Platimo no perdían ni un momento de vista al joven ladronzuelo.

Falquián observaba a su reina mientras ésta se acercaba con semblante resplandeciente. En aquellos últimos instantes, cuando aún se hallaba en condiciones de pensar con cierta coherencia, cayó al fin en la cuenta de algo que no había reconocido plenamente antes. Ehlana había representado para él una tarea penosa cuando la habían colocado a su cargo años antes, y no sólo una tarea impuesta sino también una humillación. En su favor constaba el hecho de que no hubiera sentido un rencor personal contra ella, pues había advertido que ella había sido, igual que él, víctima del capricho de su padre. La muchacha niña que ahora se aproximaba con rostro tan radiante a él había sido asustadiza, y al principio sólo hablaba con Rolo, un animalillo de felpa bastante gastado que en aquellos tiempos había sido su constante y probablemente única compañía. Con el tiempo, sin embargo, se había ido acostumbrando a la estropeada cara y a la rígida conducta de Falquián y entre ellos se cimentó una tenue amistad el día en que un arrogante cortesano había dedicado una impertinencia a la princesa Ehlana y su caballero protector lo reprendió con firmeza. Aquélla fue la primera vez sin duda que alguien había derramado sangre por ella — al cortesano le sangraba profusamente la nariz — y ello abrió todo un mundo nuevo ante la pequeña y pálida princesa. A partir de aquel momento, se lo había confiado absolutamente todo a su caballero..., incluso detalles que él habría preferido no escuchar. Ella no tenía secretos para él y por ello había llegado a conocerla como no había conocido a nadie en el mundo. Y aquello, como era de prever, lo había condicionado a no hallar el amor en ninguna otra mujer. La delgada princesa, todavía impúber, había entrelazado tan intrincadamente su ser con el suyo que no había manera posible de que pudieran separarlo y aquél era, en definitiva, el motivo por el que se encontraban en ese lugar en ese momento preciso. Si sólo hubiera debido tomar en consideración su propio dolor, Falquián se habría mantenido firme en descartar la idea. Pero no podía soportar el dolor de ella, de modo que...

El himno tocó a su fin. El anciano rey Obler entregó su parienta al caballero, y el novio y la novia se volvieron de cara al archiprelado Dolmant.

— Voy a daros un sermón — les advirtió Dolmant en voz baja —. Es una especie de convención y la gente espera que lo haga. No tenéis por qué escuchar, pero intentad no bostezar delante de mí si podéis evitarlo.

— No haríamos tal cosa ni en sueños, Sarathi —le aseguró Ehlana.

Dolmant habló del matrimonio... un buen rato. Después aseguró a la pareja nupcial que, una vez concluida la ceremonia, sería del todo correcto que siguieran sus inclinaciones naturales, lo cual no era sólo correcto sino, de hecho, recomendable. Les sugirió en los más vivos términos que se guardaran fidelidad y les recordó que cualquier fruto de su unión debía ser educado en la fe elenia. Luego pasó al capítulo del «queréis», preguntándoles por turnos si consentían en unirse en matrimonio, se entregaban recíprocamente todos sus bienes naturales y prometían amarse, honrarse, obedecerse, cuidarse y así sucesivamente. A continuación, ya que las cosas iban tan bien, dispuso el intercambio de los anillos, ninguno de los cuales había conseguido robar Talen.

Fue en ese momento cuando Falquián oyó un quedo sonido familiar que parecía expandirse desde la cúpula. Era el tenue trino de una flauta, una gozosa música nutrida de perdurable amor. Falquián lanzó una mirada a Sephrenia y la resplandeciente sonrisa de ésta se lo dijo todo. Por unos instantes se cuestionó irracionalmente qué protocolo habría seguido Aphrael para solicitar al Dios elenio permiso para estar presente y, según parecía, añadir su bendición a la suya.

— ¿Qué es esta música? — susurró Ehlana, sin mover los labios.

— Os lo explicaré más tarde — murmuró Falquián.

La concurrencia no pareció advertir la canción de Aphrael. A Dolmant, no obstante, se le abrieron ligeramente los ojos y su cara palideció un poco. Recobró la compostura y al cabo declaró que Falquián y Ehlana eran de forma permanente, irrevocable, inalterable y definitiva marido y mujer. Después invocó la bendición de Dios con una pequeña oración final y por fin dio permiso a Falquián para besar a la novia.

Falquián levantó con ternura el velo de Ehlana y le rozó los labios con los suyos. Nadie besa realmente muy bien a alguien en público, pero la pareja superó el trance sin dar muestras manifiestas de especial torpeza.

A la ceremonia nupcial sucedió sin margen de interrupción la coronación de Falquián como príncipe consorte. Se arrodilló para recibir la corona que Kurik había llevado a la nave en un cojín de terciopelo púrpura de manos de la joven que acababa de prometerle, entre otras cosas, obediencia, pero que ahora asumía su autoridad de reina. Ehlana pronunció un bonito discurso con la misma voz sonora con que probablemente hubiera ordenado a las piedras que se movieran con esperanzas no descabelladas de ser obedecida. En su disertación dijo unas cuantas cosas sobre él, en su mayoría halagadoras, y concluyó encajándole firmemente la corona en la cabeza. Después, dado que el estaba de rodillas y tenía la cara alzada en posición conveniente, volvió a besarlo. El recién desposado notó que la reina iba mejorando mucho con la práctica.

— Ahora sois mío, Falquián —murmuró con los labios aún en contacto con los suyos.

Luego, a pesar que él se hallaba en una condición física muy alejada de la decrepitud, lo ayudó a ponerse en pie. Mirtai y Kalten se adelantaron con capas de armiño con que arroparon los hombros de la pareja real, y a continuación los dos se volvieron para recibir los vítores de la muchedumbre congregada en la nave.

Tras la ceremonia se celebró un banquete nupcial, del cual no conservó recuerdo Falquián ni de lo que sirvieron ni de lo que él comió Todo cuanto recordaba era que se le antojó que había durado siglos. Después él y su esposa fueron acompañados hasta la puerta de una lujosa habitación situada en lo alto del ala este de uno de los edificios comprendidos dentro del complejo eclesiástico. Entraron y cerró con llave la puerta tras ellos.

La estancia estaba profusamente amueblada con sillas, mesas, divanes y piezas por el estilo, pero Falquián sólo alcanzó a percibir la cruda realidad de la cama. Era un lecho alto, erguido sobre una tarima, con recias columnas en las esquinas.

— Por fin — dijo con alivio Ehlana —. Pensé que no iba a acabar nunca.

— Sí — convino Falquián.

— Falquián — inquirió entonces con un tono que en nada recordaba al de una reina —, ¿me amáis de veras? Sé que os obligué a hacer esto, primero en Cimmura y después aquí. ¿Os habéis casado conmigo porque realmente me amáis, o ha sido sólo por deferencia hacia mí porque soy la

reina? — Tenía la voz temblorosa y los ojos expresaban una gran vulnerabilidad.

— Estáis haciendo preguntas tontas, Ehlana — le respondió con suavidad —. Reconozco que me desconcertasteis al principio..., seguramente porque no tenía ni idea de que abrigarais ese sentimiento hacia mí. No soy un gran partido, Ehlana, pero os amo. Nunca he querido a nadie más que a vos. Mi corazón está algo abollado, pero es enteramente vuestro. — Después la besó y ella pareció fundirse entre sus brazos.

El beso se prolongó cierto tiempo, y al cabo de unos momentos él notó una pequeña mano que se deslizaba acariciante por su cuello para quitarle la corona. Echó la cabeza hacia atrás y se miro en sus brillantes ojos grises. Luego le quitó despacio la corona y dejó que el velo se deslizara hasta el suelo. Gravemente, se desanudaron las ataduras de las capas de armiño y las dejaron caer.

La ventana estaba abierta y la brisa de la noche agitaba las diáfanas cortinas, transportando los sonidos nocturnos de Chyrellos, que quedaba abajo, lejos de ellos. Falquián y Ehlana no sintieron la brisa y solamente oyeron el latido de sus corazones.

Las velas ya no ardían, pero la oscuridad no reinaba en la habitación. La luna había salido, una luna llena que bañaba la noche con una pálida luminiscencia plateada que parecía quedar prendida en la delicada trama de las cortinas, de las cuales emanaba un sutil resplandor más perfecto que la luz de cualquier vela.

Era muy tarde... o, para ser precisos, muy temprano. Falquián se había quedado adormilado unos momentos, pero su pálida esposa, envuelta en luz de luna, lo despertó.

— Nada de dormir — le prohibió —. Sólo tenemos esta noche y no vais a desperdiciarla durmiendo.

— Lo siento — se disculpó —. He tenido un día agitado.

— Y también la noche — agregó ella con una sonrisita —. ¿Sabíais que roncáis como un condenado?

— Será la nariz rota.

— Esto puede convertirse en un problema con el tiempo, cariño. Yo tengo el sueño muy ligero. — Ehlana se acurrucó en sus brazos y suspiró de satisfacción —. Oh, esto es muy hermoso — dijo —. Debimos casarnos hace años.

— Creo que vuestro padre se habría opuesto... y, si él no hubiera planteado ninguna objeción, seguro que Rolo sí lo habría hecho. ¿Qué fue de Rolo, por cierto?

— Se le salió todo el relleno después de que mi padre os enviara al exilio. Lo lavé y luego lo doblé y lo puse en el estante de arriba de mi armario. Haré que lo rellenen de nuevo cuando nazca nuestro primer hijo. Pobre Rolo. Padeció muy malas condiciones tras vuestra partida. Lloré a mares sobre él y durante varios meses fue un animalito constantemente empapado.

— ¿De veras me echasteis tanto de menos?

— ¿Echaros de menos? Creí morirme. Quería morirme.

La estrechó con más fuerza en sus brazos.

— Y ahora — propuso ella —, ¿por qué no hablamos de ello?

— ¿Tenéis que decir absolutamente todo lo que se os pasa por la cabeza? — le preguntó él, riendo.

— Cuando estamos solos, sí. No tengo secretos para vos, esposo mío. —Recordó algo—. Me habéis prometido que ibais a explicarme lo de esa música que hemos oído durante la ceremonia.

— Era Aphrael. Tendré que consultarle a Sephrenia, pero sospecho que nos hemos casado por más de una religión.

— Estupendo. Así tendré doble ascendiente sobre vos.

— Sabéis que no lo necesitáis. Me tenéis esclavizado desde que teníais seis años.

— Qué encantador — exclamó con arrobo, pegándose aún más a él —. Dios sabe que lo intentaba. — Abrió una pausa —. Debo decir, no obstante, que estoy un poco molesta con vuestra impertinente diosa estigia. Siempre parece estar en todas partes. Hasta no me extrañaría que ahora mismo estuviera escondida en un rincón. — Calló de repente y se incorporó en la cama —. ¿Creéis

que podría estar aquí? —preguntó un tanto consternada.

— No me extrañaría. — Estaba tomándole el pelo de forma evidente y deliberada.

— ¡Falquián! — La pálida luz de la luna le impedía confirmarlo, pero Falquián tenía la firme sospecha de que su esposa se había ruborizado violentamente.

— No os preocupéis, amor mío. — Soltó una carcajada —. Aphrael es exquisitamente educada y no se le ocurriría hacer el papel de intrusa.

— Pero no podemos estar seguros. No sé si acaba de gustarme. Tengo la sensación de que siente una especial atracción por vos y no me hace gracia la idea de tener competidoras inmortales.

— No seáis ridícula. Es una niña.

— Yo sólo tenía cinco años cuando os vi por primera vez, Falquián y decidí casarme con vos en el minuto exacto en que entrasteis en la habitación.

Bajó de la cama, se encaminó a la resplandeciente ventana y apartó las cortinas. La pálida luz de la luna le confirió el aspecto de una estatua de alabastro.

— ¿No deberíais poneros algo encima? — sugirió —. Estáis exponiéndoos al escrutinio público.

— Hace horas que todo el mundo duerme en Chyrellos. Además, estamos seis pisos más arriba de la calle. Quiero mirar la luna. Me siento muy unida a ella y quiero que sepa lo feliz que soy.

— Pagana. — Sonrió.

— Ya que lo decís, supongo que sí lo soy — reconoció —, pero todas las mujeres sienten un cariño especial por la luna. Nos afecta de un modo que los hombres sois incapaces de comprender.

Falquián saltó de la cama y se reunió con ella en la ventana. La luna estaba muy pálida y brillante, pero el hecho de que su blanquecina luz apagara todos los colores disimulaba hasta cierto punto la ruina en que el asedio de Martel había convertido la Ciudad Sagrada. Las estrellas resplandecían en el cielo y, aunque no había en ello nada especial, a ellos les parecían especialmente rutilantes en esa noche señalada.

Ehlana cruzó los brazos y suspiró.

— Me pregunto si Mirtai estará durmiendo junto a la puerta — dijo —. Siempre lo hace, ¿sabéis? ¿No estaba encantadora esta noche?

—Oh, sí. No había tenido ocasión de decíroslo, pero Kring está loco por ella. No había visto a un hombre tan arrebatado de amor.

— Al menos él es franco y honrado admitiéndolo. Yo tengo que sacaros con pinzas las palabras afectuosas.

— Sabéis que os amo, Ehlana. Siempre os he amado.

— Eso no es del todo cierto. Cuando todavía llevaba a Rolo arrastrando, no experimentabais más que un tibio afecto por mí.

— Era algo más que eso.

— ¿Oh, de veras? Recuerdo las apesadumbradas miradas que me dedicabais cuando me comportaba de manera pueril o alocada, mi noble príncipe consorte. — Frunció el entrecejo —. Este título es muy altisonante. Cuando vuelva a Cimmura, creo que mantendré una conversación con Lenda. Me parece que hay un ducado libre en algún sitio... o, si no lo hay, haré que dejen vacante alguno. De cualquier forma voy a desposeer de sus honores a unos cuantos partidarios de Annias. ¿Os gustaría ser un duque, Su Excelencia?

— Gracias de todos modos, Su Majestad, pero creo que puedo prescindir de la altisonancia de títulos adicionales.

— Pero yo quiero otorgaros títulos.

— Personalmente me parece bien el de «marido».

— Cualquier hombre puede ser un marido.

— Pero yo soy el único que tenéis vos.

— Oh, qué bien suena. Practicad un poco, Falquián, y puede que incluso os convirtáis en un perfecto gentilhombre.

— La mayoría de los perfectos gentilhombres que conozco son cortesanos y no suelen inspirar

un gran aprecio al común de la gente.

La reina se estremeció.

— Tenéis frío — la acusó —. Os he dicho que os pusierais algo.

— ¿Para qué necesito ropa cuando tengo a este apuesto y cálido marido a mano?

Se inclinó, la tomó en brazos y la trasladó de vuelta al lecho.

— Había soñado con esto — confesó mientras él la depositaba blandamente en la cama, se tumbaba a su lado y estiraba la sábana sobre ellos —. ¿Sabéis una cosa, Falquián? — Volvió a apretarse contra él —. Me preocupaba lo que ocurriría esta noche. Pensaba que estaría paralizada por los nervios y la timidez, pero no lo estoy... ¿y sabéis por qué?

— No, me parece que no.

— Creo que es porque en el fondo ya estábamos casados desde el primer momento en que os puse los ojos encima. Lo único que hacíamos era esperar a que yo creciera para poder formalizar la situación. — Lo besó largamente —. ¿Qué hora debe de ser?

— Faltan un par de horas para el amanecer.

— Perfecto. Aún nos queda mucho tiempo. Vais a tener cuidado en Zemoch, ¿verdad?

— Haré todo lo posible.

— Por favor, no hagáis proezas sólo para impresionarme, Falquián. Ya estoy impresionada.

— Tendré cuidado — prometió.

— Hablando de lo cual... ¿Queréis mi anillo ahora?

— ¿Por qué no me lo dais en público? Así Sarathi verá cómo cumplimos la parte convenida en el trato.

— ¿Me comporté tan terriblemente con él?

— Lo desconcertasteis un poco. Sarathi no está acostumbrado a tratar con mujeres como vos. Me parece que lo turbáis un poco, amor mío.

— ¿También os desconcierto a vos, Falquián?

— No realmente. En fin de cuentas, yo os eduqué, y estoy acostumbrado a vuestros pequeños caprichos.

— Sois un tipo en verdad afortunado. Son muy pocos los hombres que tienen la oportunidad de criar a sus propias esposas. Esto podría daros que pensar de camino a Zemoch. —Le tembló la voz y dejó escapar un súbito sollozo —. Juré que no lo haría — gimió —. No quiero que me recordéis toda llorosa.

— Es normal, Ehlana. Yo también siento más o menos lo mismo.

—¿ Por qué tiene que discurrir tan deprisa la noche? ¿Podría esa Aphrael evitar que el sol saliera si se lo pidiéramos? ¿O podríamos quizá lograrlo con el Bhelliom?

— No creo que nada en el mundo tenga poder para ello, Ehlana.

— ¿Para qué sirven entonces?

Se puso a llorar y él la tomó en sus brazos y la mantuvo rodeada con ellos hasta que hubo cesado la crisis de llanto. Después la besó tiernamente. A ese beso siguieron otros, y el resto de la noche transcurrió sin más lágrimas.

Capítulo veinte

Pero por qué tiene que ser en público? —preguntó Falquián, paseando de un lado a otro para asentar las piezas de la armadura.

— Eso es lo que espera todo el mundo, querido — respondió con calma Ehlana —. Ahora sois un miembro de la familia real y estáis obligado a aparecer en público en ciertas ocasiones. Con el tiempo uno va acostumbrándose. — Ehlana estaba sentada frente al tocador, vestida con una túnica de terciopelo azul ribeteada con piel.

— No es peor que un torneo, mi señor — observó Kurik —. Éstos también son públicos. ¿Y ahora vais a parar de caminar arriba y abajo para que os pueda poner bien el cinto?

Kurik, Sephrenia y Mirtai habían llegado a la estancia nupcial con la salida del sol, Kurik trayendo la armadura de Falquián, Sephrenia, flores para la reina, y Mirtai, el desayuno. Emban también había ido con ellos y lo que él había traído era la noticia de que la ceremonia de despedida tendría lugar en las escalinatas de la basílica.

— No hemos dado explicaciones detalladas a las tropas de Wargun, Falquián — advirtió el obeso eclesiástico —, de modo que convendría que no concretarais mucho si os ponéis a pronunciar discursos. Os ofreceremos una calurosa despedida e insinuaremos el hecho de que vos solo vais a salvar el mundo. Como estamos acostumbrados a mentir, sonará incluso convincente. Es una tontería, claro está, pero apreciaríamos vuestra colaboración. La moral de los ciudadanos y en especial la de los ejércitos de Wargun es muy importante en estos momentos. — En su redonda cara se proyectó la sombra de una decepción —. He propuesto que os hiciéramos realizar algo espectacular que involucrara la magia, pero Sarathi se ha negado en redondo.

— Vuestra tendencia a la teatralidad es a veces exagerada, Emban — le dijo Sephrenia que, con las manos ocupadas con un peine y un cepillo, hacía experimentos con el peinado de Ehlana.

— Yo me crié en el seno del pueblo, Sephrenia — replicó Emban —. Mi padre era un tabernero, y sé cómo complacer a una multitud. A la plebe le agrada el espectáculo, y eso es lo que yo quería proporcionarles.

Sephrenia había levantado el pelo de Ehlana, recogiéndolo en masa encima de la cabeza de la reina.

— ¿Qué os parece, Mirtai? —inquirió.

— Me gustaba más como estaba antes — respondió la giganta.

— Ahora está casada. Antes llevaba el cabello como lo llevaría una chica joven. Tenemos que modificarlo para indicar que es una mujer casada.

— Marcadla. — Mirtai se encogió de hombros —. Eso es lo que hace mi gente.

— ¿Que hacen qué? —exclamó Sephrenia.

— En mi pueblo, cuando una mujer se casa se le imprime con hierro candente la marca de su esposo... normalmente en el hombro.

— ¿Para indicar que es de su propiedad? — preguntó con desdén la reina —. ¿Y qué clase de marca lleva el marido?.

— La marca de su mujer. En nuestra cultura, el matrimonio no es algo que se tome a la ligera.

— Comprendo — dijo Kurik con cierta admiración.

— Comed el desayuno antes de que se enfríe, Ehlana — ordeno Mirtai.

— La verdad es que no me apetecen mucho todas esas frituras, Mirtai.

— No es para vos. Mi gente otorga mucha importancia a la noche de bodas porque muchas novias quedan embarazadas entonces... O eso dicen. Aunque eso podría ser consecuencia de prácticas llevadas a cabo antes de la ceremonia.

— ¡Mirtai! — la reprendió Ehlana, ruborizándose.

— ¿Queréis decir que vos no lo hicisteis? Me decepcionáis.

— No se me ocurrió — confesó Ehlana —. ¿Por qué no dijisteis algo, Falquián?

— ¿Por qué no me largo? — se preguntó sin esperar respuesta Emban, violentamente sonrojado —. Tengo un millón de asuntos que atender. — Y sin más, salió de la habitación.

— ¿Ha sido algo que he dicho yo? — preguntó Mirtai con inocencia.

— Emban es un clérigo, querida — le hizo ver Sephrenia, tratando de reprimir una carcajada —. Los clérigos prefieren no saber mucho de estas cuestiones.

— Qué necios. Comed, Ehlana.

La reunión al pie de las escalinatas de la basílica no fue tanto una ceremonia como una de esas solemnes representaciones algo triviales que se ofrecen para diversión del público. Dolmant estaba allí para aportar solemnidad al acto. Los reyes, tocados con corona y vestidos con empaque, estaban presentes para dar un tono oficial, y los preceptores de las órdenes militantes para agregar un aire marcial. Dolmant dio inicio al acto con una plegaria, a la cual siguieron breves alocuciones de los monarcas y luego las disertaciones algo más largas de los preceptores. Después Falquián y sus compañeros se arrodillaron para recibir la bendición del archiprelado, y la despedida entre Ehlana y su príncipe consorte puso el broche final al espectáculo. Volviendo a adoptar el tono oratorio, la reina de Elenia ordenó a su paladín que atacara y venciera. Concluyó quitándose el anillo y entregándoselo a él en señal de su especial favor. Él correspondió a su gesto sustituyéndolo en su dedo con una sortija coronada con un diamante en forma de corazón. Talen se había mostrado un poco evasivo sobre cómo había llegado a sus manos la joya cuando la había regalado a Falquián justo antes de la ceremonia.

— Y ahora, mi paladín — finalizó Ehlana, tal vez con un exceso de dramatismo —, partid con vuestros bravos compañeros, y no olvidéis que nuestras esperanzas, nuestras oraciones y toda nuestra fe cabalgan con vos. ¡Esgrimid la espada, esposo y adalid mío, y defendedme a mi, a nuestra fe y a nuestros amados hogares de las viles hordas de los paganos zemoquianos! — Y entonces lo abrazó y le dio un somero beso en los labios.

— Bonito discurso, amor mío — la felicitó él.

— Lo escribió Emban — confesó la reina —. Es un entrometido por naturaleza. Tratad de hacerme llegar noticias vuestras de tanto en tanto, esposo mío, y, por el amor de Dios, tened cuidado.

La besó suavemente en la frente y después él y sus amigos se encaminaron resueltamente a los caballos que los aguardaban al pie de las escalinatas en señal de despedida. Los preceptores de las órdenes militantes, que los acompañarían un trecho, salieron tras ellos. Kring y sus jinetes keloi ya estaban esperando en la calle. Antes de emprender la marcha, Kring se acercó a donde estaba Mirtai, y su caballo ejecutó una genuflexión ritual ante ella. Aun que ninguno de los dos habló, Mirtai dio muestras de haber quedado ligeramente impresionada.

— Bueno, Faran — dijo Falquián al montar —, puedes darte el gusto de exhibirte un poco.

El grande y feo ruano irguió ansiosamente las orejas e inició la marcha pavoneándose con

descaro entre la comitiva de guerreros que se dirigía a la Puerta del Este.

Cuando hubieron traspuesto ésta, Vanion se apartó de Sephrenia y condujo a su caballo al lado de Faran.

— Manteneos alerta, amigo mío — aconsejó —. ¿Lleváis el Bhelliom en un lugar de donde podáis sacarlo rápidamente en caso de apremiante necesidad?

— Está debajo de la sobreveste — le respondió Falquián. Observó con mayor detenimiento a su amigo —. No os lo toméis a mal — dijo —, pero parecéis decididamente pachucho esta mañana.

— Estoy más que nada cansado, Falquián. Wargun nos tuvo corriendo sin parar allá en Arcium. Cuidaos mucho, amigo mío. Quiero ir a hablar con Sephrenia antes de separarnos.

Falquián suspiró mientras Vanion retrocedía a lo largo de la columna para reunirse con la menuda y hermosa mujer que había introducido a varias generaciones de pandion en los secretos de Estiria. Aun cuando Sephrenia y Vanion jamás habían confesado nada abiertamente, ni siquiera entre sí, Falquián sabía los sentimientos que se profesaban, y también sabía cuan imposible era aportar un desenlace a su situación.

— ¿Y bien, cómo ha ido la noche de bodas? — preguntó con ojos brillantes Kalten, situándose junto a él.

Falquián le asestó una larga e impasible mirada.

— Intuyo que no quieres hablar de ello.

— Es algo más bien privado.

— Somos amigos desde niños, Falquián, y nunca hemos tenido secretos uno para el otro.

— Ahora sí. Falcan unas setenta leguas para Kadach, ¿no es cierto?

— Aproximadamente. Apurando el paso, podríamos llegar allí en cinco días. ¿Parecía preocupado Martel cuando hablaba con Annias allá en ese sótano? Lo que quiero decir es, ¿piensas que le inquietará tanto que lo persigamos como para llevar de manera constante una marcha apresurada?

— De lo que no cabe duda es de que quería marcharse de Chyrellos.

— Entonces es probable que esté forzando los caballos, ¿no te parece?

— Es una suposición acertada.

— Sus monturas se fatigarán si las apremia demasiado, con lo cual todavía tendríamos la posibilidad de alcanzarlo dentro de unos días. No sé cómo te sentirás tú respecto a él, pero a mí me encantaría atrapar a Adus.

— Es algo a tener en cuenta, de acuerdo. ¿Cómo es el terreno que media entre Kadach y Moterra?

— Llano. Tierras de cultivo principalmente, con algunos castillos y aldeas diseminados. Se asemeja mucho a Elenia Oriental. — Kalten emitió una carcajada —. ¿Te has fijado en Berit esta mañana? Le cuesta un poco acostumbrarse a la armadura. Parece que no le encaja del todo bien.

Berit, el huesudo y joven novicio, había sido promovido a un rango raras veces utilizado por las órdenes militantes. Ahora era un aprendiz de caballero, lo cual le permitía llevar su propia armadura, pero no le daba derecho a recibir el tratamiento de «sir».

— Se acostumbrará — aseguró Falquián —. Cuando nos detengamos para pasar la noche, llévatelo aparte y enséñale a almohadillar los puntos expuestos, no sea que comience a sangrar por las junturas. Pero hazlo de un modo discreto. Si no recuerdo mal, un joven se siente muy orgulloso y algo susceptible cuando se pone por primera vez una armadura. Luego se le pasa, al reventarse las primeras ampollas.

Cuando llegaron a la cima de un cerro situado a varios kilómetros de Chyrellos, los preceptores volvieron grupas. Los consejos y las advertencias ya estaban dados, de modo que sólo quedaba intercambiar apretones de manos y expresiones de buenos deseos. Falquián y sus amigos observaron con cierto ánimo sombrío cómo sus dirigentes regresaban a la Ciudad Sagrada.

— Bien — dijo Tynian —, ahora que estamos solos...

— Antes hablemos un poco — propuso Falquián. Alzó la voz —: Domi — llamó —, ¿querríais

reuniros con nosotros, por favor?

Kring ascendió la colina con semblante interrogador.

— Veamos — comenzó a exponer Falquián —, Martel piensa, al parecer, que Azash desea que realicemos el viaje sin topar con impedimentos, pero puede que Martel esté equivocado. Azash tiene muchos servidores, y cabe la posibilidad de que les ordene atacarnos. Lo que quiere es el Bhelliom, no la satisfacción que pudiera reportarle un enfrentamiento personal. Kring, creo que será mejor que dispongáis una avanzadilla de exploradores para que no nos encontremos con sorpresas.

— Lo haré, amigo Falquián — prometió el domi.

— Si por azar encontráramos a alguno de los siervos de Azash, quiero que todos os retiréis y dejéis que yo me enfrente con ellos. Yo tengo el Bhelliom y en principio la ventaja está de mi parte. Kalten ha planteado la cuestión de que tal vez alcancemos a Martel. Si así fuera el caso, intentad apresar a Martel y Annias con vida. La Iglesia quiere someterlos a juicio. Dudo que Arissa o Lycheas ofrezcan gran resistencia, de modo que prendedlos también.

— ¿Y Adus? — inquirió Kalten lleno de ansiedad.

— Adus apenas sabe hablar y por consiguiente tendría poco valor delante de un tribunal. Puedes quedarte con él... como regalo personal mío.

Habrían recorrido poco más de otro kilómetro cuando encontraron a Stragen sentado debajo de un árbol.

— Pensé que tal vez os hubierais perdido — comentó el esbelto ladrón arrastrando las palabras.

— ¿Intuyo bien tomándoos como voluntario? — sugirió Tynian.

— En absoluto, mi viejo amigo — contestó Stragen —, Nunca he tenido ocasión de visitar Zemoch, y me parece que prefiero dejarlo así. En realidad, me hallo aquí como mensajero y enviado personal de la reina. Cabalgaré con vosotros hasta la frontera con Zemoch, si así me lo permitís, y después regresaré a Cimmura para presentarle mi informe.

— ¿No estáis pasando demasiado tiempo apartado de vuestros propios negocios? — le preguntó Kurik.

— Mis negocios en Emsat funcionan por sí solos. Tel atiende mis intereses allí. De todas formas, necesito unas vacaciones. — Se tentó el jubón en diversos puntos —. Oh, sí, aquí está. — Sacó una hoja plegada de pergamino —. Una carta para vos de vuestra esposa, Falquián — anunció, tendiéndosela —. Es la primera de las diversas que se supone que debo entregaros cuando lo dicte la ocasión.

Falquián se alejó de los demás y rompió el sello de la misiva de Ehlana.

«Amado:

»Hace solamente unas horas que os habéis ido y ya os añoro desesperadamente. Stragen lleva consigo otras misivas para vos, misivas que espero que os inspiren cuando las cosas no vayan bien. En ellas también os haré partícipe de la firmeza de mi amor y mi fe en vos. Os quiero, mi Falquián.

Ehlana»

— ¿Cómo nos habéis tomado la delantera? — estaba preguntando Kalten cuando Falquián volvió con ellos.

— Vos lleváis armadura, sir Kalten —repuso Stragen—, y yo no. Os sorprendería ver lo rápido que puede llegar a correr un caballo cuando no va cargado con ese exceso de hierro.

— ¿Bien? — inquirió Ulath a Falquián —. ¿Lo enviamos de vuelta a Chyrellos?

— Está cumpliendo órdenes de la reina y en su actuación hay un mandato implícito que me atañe también a mí. Vendrá con nosotros.

— Recordadme que nunca acepte el cargo de paladín real — pidió el caballero genidio —. Por lo

visto, implica toda suerte de compromisos y complicaciones políticas.

El cielo fue nublándose conforme avanzaban hacia el noreste siguiendo el camino de Kadach, pese a lo cual no llovió como lo había hecho la última vez que habían pasado por allí. El terreno cercano a la frontera suroriental de Lamorkand tenía un carácter que lo identificaba más con Kelosia que con Lamorkand, con sus castillos que coronaban las colinas circundantes. Debido a su proximidad con Chyrellos, no obstante, el paisaje estaba salpicado de monasterios y conventos, el sonido de cuyas campanas resonaba melancólicamente en los campos.

— Las nubes están desplazándose en la mala dilección —observó Kurik mientras ensillaba los caballos la segunda mañana desde que habían dejado Chyrellos —. El viento del este en otoño trae malas noticias. Me temo que nos espera un duro invierno, y eso no va a ser del agrado de las tropas que van a acampar en los llanos de Lamorkand Central.

Montaron y siguieron cabalgando hacia el noreste, y, hacia media mañana, Kring y Stragen se adelantaron para reunirse con Falquián a la cabeza de la columna.

— El amigo Stragen estaba contándome algunas cosas sobre la mujer tamul, Mirtai — comentó Kring —. ¿Tuviste oportunidad de hablarle de mí?

— Más o menos rompí el hielo sobre ese asunto — respondió Falquián.

— Me lo temía. Algunas de las cosas que me ha explicado Stragen me están haciendo replantear mis intenciones.

— ¡Oh!

— ¿Sabíais que lleva cuchillos atados a las rodillas y a los codos?

— Sí.

— Tengo entendido que sobresalen cuando dobla uno de los brazos o piernas.

— Creo que ésa es la idea, sí.

— Stragen me ha contado que en una ocasión, cuando era joven, tres rufianes la atacaron y que ella dobló el codo y acuchilló a uno en la garganta, hincó la rodilla en la entrepierna del segundo y derribó al tercero de un puñetazo y luego lo apuñaló en el corazón. No estoy muy seguro de que me convenga una mujer así por esposa. ¿Qué os dijo? Cuando le hablasteis de mí, me refiero.

— Se echó a reír.

— ¿Se echó a reír? — Kring parecía indignado.

— Deduzco más o menos que no sois exactamente de su gusto.

— ¿Que se rió? ¿De mí?

— De todas formas, creo que vuestra decisión es acertada, amigo Kring — aprobó Falquián —. Me parece que no os llevaríais bien.

— ¿Se rió de mí, eh? — Kring seguía enfurecido, con mirada desorbitada —. ¡Bueno, pues ya veremos cómo acaba esto!

Dicho lo cual volvió grupas y fue a reunirse con sus hombres.

—Todo habría salido a pedir de boca si no le hubierais contado que se rió — observó Stragen —. Ahora hará todo lo posible para perseguirla. Me cae bien y no me gusta pensar en lo que puede hacerle Mirtai si insiste demasiado.

— Tal vez podamos disuadirlo — apuntó Falquián.

— Yo no pondría grandes esperanzas en ello.

— ¿Qué estáis haciendo realmente aquí, Stragen? — preguntó Falquián al rubio thalesiano —. En los reinos sureños, quiero decir.

Stragen posó la mirada en un monasterio cercano, con expresión ausente.

— ¿Queréis saber la auténtica verdad, Falquián? ¿O preferiríais concederme un momento para que invente una historia?

— ¿Por qué no comenzamos por la verdad? Si no me gusta, siempre podéis idear otra explicación.

— De acuerdo — convino Stragen, dedicándole una radiante sonrisa —. Allá, en Thalesia, soy un falso aristócrata mientras que aquí soy uno genuino... o algo muy semejante. Tengo relación con

reyes y reinas, la nobleza y el alto clero casi en calidad de igual. — Alzó una mano —. No estoy engañándome a mí mismo, amigo mío, de modo que no os inquietéis por mi salud mental. Sé lo que soy, un ladrón bastardo, y soy consciente de que mi proximidad a la aristocracia en estas tierras es algo temporal, enteramente basado en los servicios en que me hallo en condición de prestar. Soy un personaje tolerado, aunque no realmente integrado. Mi ego, sin embargo, es grande.

— Ya me había fijado en ello — señaló Falquián con amable sonrisa.

— No os propaséis, Falquián. El caso es que estoy dispuesto a aceptar esta pasajera y superficial igualdad aun cuando sólo sea por la oportunidad de mantener una conversación refinada. Las prostitutas y los ladrones no son una compañía muy estimulante, ¿comprendéis?, y su único tema de conversación son los negocios. ¿Habéis escuchado alguna vez a un grupo de prostitutas hablando de negocios?

— No, nunca.

— Es absolutamente terrible. — Stragen se estremeció —. Uno aprende cosas sobre los hombres... y sobre las mujeres... que más le convendría ignorar.

— Esto no va a durar. Lo sabéis, ¿verdad, Stragen? Llegará el día en que la situación vuelva a su cauce normal, y la gente empezará a cerraros las puertas de nuevo.

— Supongo que estáis en lo cierto, pero es divertido vivir un tiempo en la irrealidad. Y, cuando todo haya concluido, tendré aun más motivos para despreciaros a los hediondos aristócratas. — Stragen hizo una pausa —. No obstante, vos me caéis bastante bien Falquián..., al menos por el momento.

A medida que avanzaban en dirección noreste, comenzaron a encontrar grupos de hombres armados. Los lamorquianos, que siempre estaban en un estado de alerta cercano a la movilización, se hallaban en condiciones de responder con presteza a la llamada de su rey y acudir a la guerra. En una melancólica reiteración de los sucesos acaecidos cinco siglos antes, los hombres de todos los reinos de Eosia Occidental se trasladaban para confluir en un campo de batalla de Lamorkand. Falquián y Ulath se entretenían conversando en troll. Falquián no tenía claras perspectivas de hablar en troll en un futuro, pero, ya que había aprendido el idioma — aun cuando fuera mediante magia —, le parecía una pena dejar que la falta de práctica lo sumiera en el olvido.

Llegaron a Kadach al final de un deprimente día, cuando el crepúsculo teñía las nubes de poniente con un relumbre anaranjado que recordaba el incendio de un distante bosque. El viento del este soplaba con fuerza, transportando consigo los primeros fríos que anunciaban la vecindad del invierno. Kadach era una ciudad amurallada, gris y rígida y carente de toda belleza. Sentando precedente a lo que se convertiría en una costumbre, Kring les deseó las buenas noches y, atravesando la ciudad, salió con sus hombres por la puerta este para instalar su campamento en los campos de las afueras. Los keloi se sentían incómodos enclaustrados en ciudades con frivolidades tan urbanas como paredes, habitaciones y techos. Falquián y el resto de sus amigos encontraron una acogedora posada cerca del centro de la ciudad, se bañaron, se mudaron de ropa y se reunieron en el comedor para ingerir una cena consistente en jamón hervido y verduras variadas. Sephrenia, como era ya habitual, declinó el jamón.

— Nunca he entendido por qué a la gente le da por hervir un jamón que está muy bueno tal cual es — señaló sir Bevier con cierto disgusto.

— Los lamorquianos salan en exceso los jamones al curarlos — explicó Kalten —, y hay que hervir durante un buen rato un jamón lamorquiano para que quede comestible. Son un pueblo extraño. Tratan de convertirlo todo en un acto de valentía..., hasta el hecho de comer.

— ¿Vamos a dar un paseo, Falquián? — propuso Kurik a su señor después de acabar de comer.

— Pensaba que ya había hecho bastante ejercicio por hoy.

— Os interesaba saber qué ruta había tomado Martel, ¿no es cierto?

— En efecto. De acuerdo, Kurik. Vayamos a fisgonear un poco.

Al llegar a la calle, Falquián miró en derredor.

— Esto puede llevarnos media noche — previo.

— En absoluto — disintió Kurik —, Primero iremos a la puerta este, y, si no averiguamos nada allí, probaremos en la del norte.

— ¿Y nos ponemos a preguntarle a la gente en la calle, sin más?

— Usad la cabeza, Falquián — recomendó Kurik con un suspiro —. Cuando alguien viaja, suele partir a primera hora de la mañana..., aproximadamente a la misma en que la otra gente va a trabajar. Son muchos los obreros que se desayunan bebiendo, de modo que las tabernas suelen estar abiertas. Cuando un tabernero está espetando al primer cliente del día, observa atentamente la calle. Creedme, Falquián, si Martel se ha ido de Kadach en los últimos tres días, habrá como mínimo media docena de taberneros que lo vieron.

— Eres un tipo extraordinariamente listo, Kurik.

— En nuestro grupo tiene que haber alguien que lo sea, mi señor. Por lo general, los caballeros no dedican mucho tiempo a pensar.

— Estás poniendo en evidencia tus prejuicios de clase, Kurik.

— Todos tenemos nuestros pequeños defectos.

Las calles de Kadach estaban casi solitarias, y los pocos ciudadanos que las transitaban apretaban el paso con los tobillos azotados por las capas que zarandeaba el viento. Las antorchas que alumbraban las esquinas, también castigadas por el viento, se avivaban y alargaban, proyectando vacilantes sombras que danzaban sobre los adoquines del pavimento.

El dueño de la primera taberna donde probaron suerte parecía ser su mejor cliente y no tenía ni la más mínima idea de a qué hora del día solía abrir el negocio... ni siquiera de qué hora del día era entonces. El segundo tabernero era una hombre insociable que sólo hablaba mediante gruñidos. El tercero, en cambio, resultó ser un anciano locuaz aficionado a conversar.

— A ver — dijo, rascándose la cabeza —. Veamos si me acuerdo. ¿Estos tres días pasados, decís?

— Aproximadamente, sí — confirmó Kurik —. Nuestro amigo dijo que nos reuniríamos aquí, pero nosotros nos retrasamos y parece que se ha ido sin nosotros.

— ¿Podéis describir otra vez a esa *presona*?

— Un hombre bastante corpulento. Quizá llevara armadura, pero no podría jurarlo. Si llevaba la cabeza descubierta, os habríais fijado en él, porque tiene el pelo blanco.

— Me parece que no me viene al magín alguien así. Podría ser que a lo *mejó* se hubiera ido por una de las otras puertas.

— Es posible, supongo, pero estamos casi seguros de que se dirigía al este. Quizás abandonó la ciudad antes de que abrierais el local.

— Eso sí que sería una cosa rara, porque yo abro esa puerta a la *mesma* hora que la guardia abre la de la muralla. Algunos de los compadres que trabajan aquí en la *ciudá* viven en granjas de allá fuera, y *las más* veces tengo por la mañana clientes que da contento. ¿Viajaba *por suerte* solo el vuestro amigo?

— No — respondió Kurik —. Iba con un eclesiástico y una dama de alta alcurnia. Seguramente lo acompañaba también un tipo joven de mandíbula colgante que parece más tonto que una pared, y un hombre alto y fuerte con cara de gorila.

— Oh, esa pandilla. Teníais que decirme de entrada lo de ese jeta de mono. Salieron a caballo por ahí a eso del alba ayer. Y ese gorila que decíais se bajó del caballo y se vino acá bramando porque quería cerveza. Habla *ansí* un poco mal, ¿eh?

—Normalmente tarda medio día en pensar la respuesta cuando alguien lo saluda.

El tabernero rió agudamente.

— Es la misma *presona*, de fijo. Tampoco huele a rosas que se diga, ¿verdad?

Kurik le sonrió e hizo girar una moneda sobre la barra en dirección a él.

— Oh, no sé —dijo—. No es mucho peor que un pozo negro abierto.

Gracias por la información, amigo.

— ¿*Agora* podréis alcanzarlos?

—Oh, seguro que sí — afirmó Kurik con fervor —, tarde o temprano los alcanzaremos. ¿Había otras personas con ellos?

— No. Solamente eran los cinco. Menos el gorila, todos tenían las capas *enrededor* de la cabeza. Seguro que *ansí* se explica que no pudiera ver al del pelo blanco. Aunque iban muy ligeros, *ansí* que, si queréis cogerlos, vais a tener que ir muy aprisa.

— Lo haremos, amigo. Gracias de nuevo. — Kurik y Falquián volvieron a salir a la calle —. ¿Era más o menos eso lo que deseabais saber, mi señor? — preguntó Kurik.

— Ese anciano era una mina de oro, Kurik. Le hemos ganado algo de tiempo a Martel, sabemos que no lleva ninguna clase de tropas consigo y que se dirige a Moterra.

— Sabemos algo más, Falquián.

— ¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

— Que Adus sigue necesitando un baño.

— Adus siempre necesita tomarse un baño — aseveró Falquián, riendo —. Probablemente tendremos que echarle litros y litros de agua encima antes de enterrarlo, no sea que la tierra lo escupa. Regresemos a la posada.

Cuando Falquián y Kurik volvieron a entrar en el comedor de bajas vigas de la posada, se encontraron con que se había incrementado ligeramente el número de los componentes de su grupo. Talen estaba sentado con inocente semblante con un buen número de miradas fijas en él.

Capítulo veintiuno

Soy un mensajero real — se apresuró a afirmar el chico cuando Falquián y Kurik se acercaron a la mesa—, de manera que no empecéis a sacaros la correa ninguno de los dos.

— ¿Que eres qué? — le preguntó Falquián.

— Os traigo un mensaje de la reina, Falquián.

— Veámoslo.

— Me lo aprendí de memoria. No es conveniente que mensajes como ése caigan en manos de enemigos.

— Bien. Oigámoslo pues.

— Es algo más bien privado, Falquián.

— Da igual. Estamos entre amigos.

— No entiendo por qué os comportáis así. Yo me limito a cumplir órdenes de la reina.

— El mensaje, Talen.

— Bueno, está casi lista para partir hacia Cimmura.

— Me alegra saberlo. — Falquián hablaba con tono impasible.

— Y está muy preocupada por vos.

— Conmovedor.

— Se encuentra bien, sin embargo. — Las noticias que Talen iba añadiendo eran cada vez menos convincentes.

— Es bueno saberlo.

— Dice... eh..., dice que os ama.

— ¿Y?

— Bueno..., eso es todo, de verdad.

— Es un mensaje extrañamente amañado, Talen. Creo que tal vez hayas olvidado algo. ¿Por qué no lo repites de nuevo?

— Bueno... eh... ella estaba hablando con Mirtai y Platimo... y conmigo, claro está... y dijo que le gustaría que hubiera la manera de poder comunicarse con vos para haceros saber qué estaba haciendo y lo que sentía exactamente.

— ¿Te lo dijo a ti?

— Bueno, yo estaba en la habitación cuando lo dijo.

— En ese caso no podemos afirmar que ella te ordenara que vinieras, ¿no es así?

— No con esas palabras, supongo, pero ¿no se espera en cierta forma de nosotros que adivinemos y nos anticipemos a sus deseos? En fin de cuentas, ella es la reina.

— ¿Puedo? — inquirió Sephrenia.

— Desde luego — respondió Falquián —. Yo ya he averiguado lo que quería saber.

— Tal vez sí — señaló la estiria —, o tal vez no. — Se volvió hacia el chiquillo —. Talen...

— ¿Sí, Sephrenia?

— Ésa es la patraña más torpe y más obviamente falsa que te he oído contar. Carece del más mínimo sentido, en especial en vista de que ella ya ha enviado a Stragen aproximadamente con el mismo fin. ¿De verdad no se te ha ocurrido algo mejor?

— No es una mentira —arguyó Talen, logrando adoptar incluso una expresión de embarazo —. La reina dijo exactamente lo que he dicho.

— Estoy segura de que así fue, pero ¿qué fue lo que te impulsó a venir galopando tras nosotros para repetir un comentario ocioso?

El chiquillo la miró confuso.

— Oh, querido — suspiró Sephrenia antes de ponerse a regañar a Aphrael en estirio durante varios minutos.

— Me parece que hay algo que no he comprendido bien — observó, un tanto desconcertado, Kalten.

— Os lo explicaré dentro de un momento, Kalten — prometió Sephrenia —. Talen, tú tienes una capacidad extraordinaria para inventar evasivas de forma espontánea. ¿Qué ha sido de ella? ¿Por qué no improvisaste una mentira que fuera cuando menos creíble?

— Es que no me parecía apropiado — confesó, ceñudo y algo violento.

— Sentiste que no debías mentir a tus amigos, ¿no es eso?

— Algo así, supongo.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó Bevier con asombrado fervor.

— No os precipitéis en ofrecer oraciones de agradecimiento, Bevier — le advirtió la mujer —. La aparente conversión de Talen no acaba de ser lo que parece. Aphrael tiene que ver con esto, y ella es una redomada embustera. Sus convicciones continúan interfiriéndose.

— ¿Flauta? — dijo Kurik —. ¿Otra vez? ¿Para qué iba a enviar ella a Talen aquí con nosotros?

— ¿Quién sabe? — Sephrenia exhaló una carcajada —. Puede que a ella le guste Talen. Quizá tenga que ver con su obsesión por la simetría. Tal vez sea por otra cosa..., algo que quiera que él haga.

— Entonces, en realidad no ha sido culpa mía, ¿verdad? — dedujo rápidamente Talen.

— Creo que no. — La estiria le sonrió.

— Ahora me siento mejor — reconoció el muchacho —. Sabía que no os gustaría que viniera detrás de vosotros y casi me atraganto al contaros la verdad. Debisteis darle unos azotes cuando aún teníais ocasión, Falquián.

— ¿Tenéis idea de qué están hablando? — preguntó Stragen a Tynian.

— Oh, sí — repuso Tynian —. Os lo explicaré algún día. No me creeréis, pero os lo explicaré de todas formas.

— ¿Has averiguado algo sobre Martel? — preguntó Kalten a Falquián.

— Salió a caballo por la puerta del este ayer al despuntar el día.

— En ese caso ha perdido un día de ventaja. ¿Llevaba tropas consigo?

— Sólo a Adus — respondió Kurik.

— Creo que es hora de que se lo contéis todo, Falquián — dijo gravemente Sephrenia.

—Supongo que tenéis razón —acordó. Hizo acopio de aire—. Me temo que no he sido del todo sincero con vosotros, amigos míos — admitió.

— ¿Y qué tiene eso de nuevo? — inquirió Kalten.

— Desde que salí de la cueva de Ghwerig allá en Thalesia he sido objeto de una persecución constante — declaró Falquián, sin hacer caso de la irónica observación de su amigo.

— ¿Ese ballestero? — apuntó Ulath.

— Puede que él estuviera relacionado, pero no tenemos garantías de ello. El ballestero... y la gente que trabaja para él... eran seguramente algo que había ideado Martel. No sabría asegurar si representan todavía una amenaza o no, aunque la persona que era responsable de los atentados está

muerta.

— ¿Quién era? — inquirió Tynian con vivo interés.

— Eso carece de importancia. — Falquián había decidido hacía tiempo mantener en absoluto secreto la complicidad de Perraine —. Martel posee medios para obligar a la gente a hacer lo que él quiere. Ésa es una de las razones por las que debimos separarnos del grueso del ejército. No habríamos sido muy eficaces si hubiéramos tenido que dedicar la mayor parte del tiempo a tratar de guardarnos las espaldas de ataques de personas que en principio eran dignas de confianza

— ¿Quién os seguía si no era ese ballestero? — insistió Tynian

Falquián les habló de la forma en sombras que venía atormentandolo desde hacía meses.

— ¿Y creéis que se trata de Azash? — inquirió Tynian.

— La idea encaja bastante bien, ¿no os parece?

— ¿Cómo iba a saber Azash dónde estaba la cueva de Ghwerig? — preguntó sir Bevier —. Si esa sombra os persigue desde que abandonasteis esa caverna, sería condición casi forzosa que Azash lo supiera.

— Ghwerig profirió unos insultos bastante groseros contra Azash antes de que Falquián lo matara — refirió Sephrenia —, y quedó patente que Azash podía oírlo.

— ¿Qué clase de insultos? — inquirió Ulath con curiosidad.

— Ghwerig amenazó a Azash con asarlo y comerlo — explicó concisamente Kurik.

— Eso es un tanto osado... incluso para un troll — observó Stragen.

— No estoy seguro — se mostró en desacuerdo Ulath —. Creo que Ghwerig se hallaba totalmente a resguardo en su cueva... al menos en lo concerniente a Azash. Los hechos demostraron, en cambio, que no contaba con medios para protegerse de Falquián.

— ¿Podría uno de vosotros dos clarificar un poco esta cuestión? — pidió Tynian —. Los thalesianos sois los expertos en trolls.

— No estoy seguro de poder esclarecer gran cosa — contestó Stragen —. Sabemos un poco más acerca de los trolls que los otros elenios, pero no mucho. — Se puso a reír —. Cuando nuestros antepasados llegaron a Thalesia, eran incapaces de distinguir los trolls de los ogros o los osos. Los estirios nos enseñaron casi todo lo que sabemos. Parece que, cuando los estirios arribaron a Thalesia, se produjeron unos cuantos enfrentamientos entre los dioses menores de Estiria y las deidades troll. Los dioses troll pronto se dieron cuenta de que la fuerza de sus oponentes era superior a la suya y por ello se escondieron. La leyenda afirma que Ghwerig y el Bhelliom tuvieron alguna participación en su ocultamiento, y existe la creencia generalizada de que se encuentran en algún lugar de la cueva de Ghwerig y que el Bhelliom los protege de algún modo contra los dioses estirios. — Miro a Ulath —. ¿Son aproximadamente éstos vuestros conocimientos sobre la cuestión?

Ulath asintió con la cabeza.

— Cuando se combina el Bhelliom y los dioses troll, se está hablando de un poder que basta para hacer que incluso Azash dé un rodeo para no enfrentarlo. Ése es seguramente el motivo por el que Ghwerig podía permitirse formular ese tipo de amenazas.

— ¿Cuántos dioses troll existen? — preguntó Kalten.

— Cinco, ¿no es cierto, Ulath? — dijo Stragen.

— En efecto — corroboró Ulath —. El dios del comer, el dios del matar, el dios de... —Se interrumpió y dirigió una mirada embarazada a Sephrenia —. Eh... llamémoslo el dios de la fertilidad — prosiguió sin convicción —. Después está el dios del hielo..., de todas las variaciones del clima, supongo, y el dios del fuego. Los trolls tienen una visión muy simple del mundo.

— Entonces Azash debe de haberse enterado cuando Falquián salió de la caverna con el Bhelliom y los anillos — infirió Tynian —, y debe de haberlo seguido.

— Con intenciones hostiles — agrego Talen.

— Ya lo ha hecho antes. — Kurik se encogió de hombros —. Mandó al damork para que siguiera los pasos de Falquián por todo Rendor y luego al Buscador para intentar agotarnos en

Lamorkand. Al menos tiene hábitos previsibles.

— Me parece que estamos pasando por alto algo — señalo Bevier, frunciendo el entrecejo.

— ¿Como por ejemplo? — inquirió Kalten.

— No acabo de dilucidar qué es — admitió Bevier —, pero tengo el presentimiento de que se trata de algo bastante importante.

Salieron de Kadach al amanecer y cabalgaron en dirección este hacia la ciudad de Moterra bajo un cielo todavía gris y encapotado. El lóbrego día, sumado a la conversación de la noche anterior, los había sumido en el abatimiento y la depresión, y entre ellos reinaba un casi absoluto silencio. Hacia mediodía, Sephrenia propuso que pararan.

— Caballeros — señaló con firmeza —, esto no es una procesión funeraria.

— Podríais equivocaros en eso, pequeña madre — disintió Kalten —. No encontré nada digno de levantarme el ánimo en la discusión que sostuvimos anoche.

— Creo que será mejor que todos comencemos a centrar el pensamiento en cosas agradables — aconsejó —. Vamos al encuentro de un peligro considerable. No lo magnifiquemos agregándole la melancolía y el abatimiento. La gente que piensa que va a perder suele acabar derrotada.

— Hay mucho de cierto en ello — convino Ulath —. Uno de mis hermanos caballeros de Heid está totalmente convencido de que todos los dados del mundo están en contra de él. Nunca lo he visto ganar una partida... ni siquiera una vez.

— Si jugaba con vuestros dados, comprendo el porqué — acusó Kalten.

— Me ofendéis — replicó Ulath con tono quejumbroso.

— ¿Lo suficiente como para deshaceros de vuestros dados?

— Bueno, no, no tanto. Sin embargo, deberíamos hallar un tema de conversación alentador,

— Podríamos buscar una taberna al borde del camino y emborracharnos — apunto Kalten, esperanzado.

— No. — Ulath sacudió la cabeza —. Sé por experiencia que la cerveza agrava el abatimiento. Después de cuatro o cinco horas de estar bebiendo, acabaríamos llorando a lágrima viva.

— Podríamos cantar himnos — propuso animadamente Bevier

Kalten y Tynian intercambiaron una mirada y suspiraron al unísono.

— ¿Os he contado lo de aquella vez cuando estaba en Cammoria y esa dama de alta alcurnia se enamoró de mí? — preguntó Tynian

— No que yo recuerde — se apresuró a responder Kalten.

— Bien, según recuerdo...

Ése fue el comienzo de la larga, divertida y algo subida de tono exposición de lo que casi con seguridad era una aventura amorosa completamente ficticia. Ulath relató luego la anécdota del infortunado caballero genidio que despertó una pasión en el corazón de una ogresa. Su descripción del canto de la hembra abrasada de amor provocó en ellos irreprimibles carcajadas. Las historias, profundamente aderezadas con detalles humorísticos, les levantaron el ánimo y a la puesta del sol, cuando se detuvieron para pasar la noche, todos se sentían mejor.

Aun reponiendo con frecuencia la monturas, tardaron doce días en llegar a Moterra, una ciudad de escaso atractivo asentada en un llano pantanoso que se extendía a partir de la bifurcación occidental del río Geras. Entraron en la población alrededor de mediodía y, una vez más, Falquián y Kurik salieron a realizar indagaciones mientras el resto del grupo dejaba descansando los caballos en previsión del camino que habían de recorrer hasta Paler. Puesto que aún restaban varias horas de luz, no había motivo para pasar la noche en Moterra.

— ¿Y bien? — preguntó Kalten a Falquián cuando el fornido pandion y su escudero se reunieron con ellos.

— Martel partió hacia el norte — respondió Falquián.

— Seguimos pues la buena senda — dedujo Tynian —. ¿Hemos reducido el tiempo en que nos aventaja?

— No — repuso Kurik —. Todavía lleva dos jornadas por delante.

— ¿A qué distancia queda Paler? — preguntó Stragen.

— A ciento cincuenta leguas — le informó Kalten —, que suponen quince días por lo menos.

— Está llegando el invierno — señaló Kurik —. Seguramente encontraremos nieve en las montañas de Zemoch.

— Una observación halagüeña ésa — dijo Kalten.

— Siempre es conveniente saber lo que le espera a uno.

El cielo continuó encapotado, aunque el aire era fresco y seco. Aproximadamente a mitad de camino hacia el norte, comenzaron a encontrar las excavaciones que habían convertido el antiguo campo a batalla del lago Randera en un erial. Vieron a algunos buscadores de tesoros, pero pasaron junto a ellos sin incidentes.

Tal vez hubiera sufrido alguna transformación, o quizá se debiera que entonces se hallaba en la intemperie y no en una habitación alumbrada con velas, pero aquella vez, cuando Falquián percibió aquel tenue temblor de tinieblas y amenazante sombra justo en el margen de su visión, había algo real allí. Era a última hora de la tarde de un deprimente día en el que habían cabalgado a través de un paisaje desprovisto de toda vegetación, salpicado de grandes montículos de descarnada tierra excavada. Cuando Falquián advirtió aquel conocido parpadeo y la gelidez que lo acompañaba, se giró a medias sobre la silla y miró de frente a la sombra que llevaba tanto tiempo tras él.

— Sephrenia —llamó sin alterarse, refrenando a Faran.

— ¿Si?

— Queríais verla. Creo que, si os volvéis despacio, podréis mirarla cuanto os plazca. Está justo detrás de esa gran charca de aguas cenagosa.

La mujer se giro.

— ¿La veis? —le pregunto.

— Con harta claridad, querido.

— Caballeros — anunció Falquián a los demás —, nuestro sombrío amigo parece haber salido de su escondite. Se encuentra a unos ciento cincuenta metros a nuestras espaldas.

Se volvieron para mirar.

— Es casi como una especie de nube — observó Kalten.

— Nunca he visto una nube como ésa. — Talen se estremeció —. Es oscura, ¿eh?

— ¿Por qué creéis que ha decidido dejar de ocultarse? — murmuro Ulath.

Todos se encararon a Sephrenia como si esperaran algún tipo de explicación.

— A mí no me preguntéis, caballeros — dijo con desaliento —. Lo único que puedo constatar es que algo ha cambiado.

— Bueno, al menos sabemos que Falquián no ha estado viendo visiones durante todo este tiempo — se consoló Kalten —. ¿Qué hacemos ahora con ella?

— ¿Qué podemos hacer contra ella? — le preguntó Ulath —. No se consiguen grandes resultados peleando contra nubes y sombras con hachas y espadas.

— ¿Qué sugerís, pues?

— Hacer como si no existiera. — Ulath se encogió de hombros —. Éste es el camino real y no está incumpliendo ninguna ley si quiere seguirnos por él, diría yo.

A la mañana siguiente, no obstante, la nube ya no se hallaba visible.

Ya se encontraban a finales de otoño cuando entraron una vez más en la ciudad de Paler. Siguiendo un hábito ya establecido, el domi y sus hombres acamparon fuera de las murallas y Falquián y el resto se dirigieron a la misma posada donde se habían alojado durante su estancia anterior.

— Es un placer volver a veros, caballero —saludó el posadero a Falquián cuando éste bajaba por las escaleras.

— Es un placer volver a estar aquí — replicó Falquián, más por cortesía que haciendo honor a la verdad—. ¿A qué distancia queda la puerta este de aquí? —preguntó, dispuesto a salir a realizar indagaciones sobre Martel.

— Unas tres calles más allá, mi señor — respondió el posadero

— Está más cerca de lo que pensaba. — Entonces Falquián tuvo idea —. Iba a salir a preguntar por un amigo mío que pasó por Paler hace un par de días — dijo —. Quizá vos podríais ahorrarme tiempo compadre.

— Haré lo que pueda, caballero.

— El tiene el pelo blanco y va acompañado de una dama bastante atractiva y de varios hombres. ¿Es posible que se haya hospedado en vuestra posada?

— Vaya que sí, mi señor. Estaban haciendo preguntas sobre el camino que va a Vileta..., aunque por más que lo piense no puedo entender cómo alguien en su sano juicio iba a querer ir a Zemoch en estos tiempos que corren.

— Tiene un asunto pendiente allí del que quiere ocuparse, y siempre ha sido un hombre arrojado y temerario. ¿Estoy en lo cierto? ¿Fue hace dos días cuando pasó por aquí?

— Exactamente dos días, mi señor. Está cabalgando a gran velocidad, a juzgar por el estado de sus caballos.

— ¿Recordáis por azar en qué habitación durmió?

— En la que ocupa la dama que va en vuestro grupo, mi señor.

— Gracias, compadre — le agradeció Falquián —. Por nada del mundo querríamos perderle el rastro a nuestro amigo.

— Vuestro amigo era bastante agradable, pero no me hacía ninguna gracia ese grandote que iba con él. ¿Mejora algo cuando uno llega a conocerlo?

— No demasiado, no. Gracias de nuevo, amigo. — Falquián volvió a subir las escaleras y llamó a la puerta de Sephrenia.

— Entrad, Falquián — contestó ésta.

— Me gustaría que no hicierais eso — indicó al entrar.

— ¿Hacer qué?

— Llamarme por el nombre antes incluso de haberme visto. ¿No podríais al menos fingir que no sabéis quién hay al otro lado de la puerta?

La mujer se echó a reír.

— Martel estuvo aquí hace dos días, Sephrenia. Se hospedó en esta misma posada. ¿Podría servirnos de algo la coincidencia?

— Es posible, Falquián — repuso la mujer tras reflexionar un momento —. ¿Qué os proponéis?

— Desearía averiguar cuáles son sus planes. Él sabe que estamos pisándole los talones y es probable que intente entorpecer nuestra marcha. Querría conocer los detalles de cualquier celada que pueda es tendiéndonos. ¿Podéis disponer algo que me permita verlo? ¿O al nos escucharlo?

— Esta demasiado lejos — respondió la mujer, sacudiendo la cabeza.

— Bueno, era sólo una idea.

— Tal vez pueda hacerse algo. — Cavilo un momento —. Creo que quizás es hora de que vayáis conociendo mejor el Bhelliom, Falquián.

— ¿Querríais explicaros mejor?

— Existe algún tipo de conexión entre el Bhelliom y los dioses troll y los anillos. Investiguémoslo.

— ¿Para qué involucrar a los dioses troll en esto, Sephrenia? Si hay manera de servirse del Bhelliom, ¿por qué no hacerlo simplemente, sin tener que recurrir a los dioses troll?

— Tengo dudas respecto a si el Bhelliom nos comprendería, Falquián; y, en caso de que así fuera, no estoy segura de que nosotros entendiéramos lo que hiciera para obedecernos.

— Derrumbó la cueva, ¿no es cierto?

— Eso era muy simple. Esto es algo más complicado. Me parece que sería mucho más sencillo hablar con los dioses troll, y quiero saber, a ser posible, qué grado de vinculación tienen con el Bhelliom... y hasta qué punto podéis controlarlos utilizando el Bhelliom.

— En otras palabras, queréis experimentar.

— Podría expresarse así, supongo, pero sería menos arriesgado para nosotros experimentar ahora, cuando no hay nada crucial en juego, que más tarde, cuando nuestras vidas dependan tal vez del resultado. Cerrad bien la puerta, Falquián. No conviene que los otros se enteren por ahora de esto.

Cruzó la estancia y corrió el cerrojo de hierro.

— Como no vais a tener tiempo para pensar cuando habléis con los dioses troll, querido, habéis de tener claros los objetivos antes de comenzar. Vais a emitir órdenes y nada más. No les formuléis preguntas y no exijáis explicaciones. Limitaos a decirles que hagan algo y no os preocupéis de los medios de que se valen para obedecer. Queremos ver y oír al hombre que estuvo en esta habitación hace dos noches. Limitaos a mandarles que reproduzcan su imagen... — Miró en derredor y luego señaló el hogar — ...en ese fuego de allí. Decidle al Bhelliom que vais a hablar con uno de los dioses troll..., probablemente Khwaj, el dios del fuego, ya que es a quien corresponde por lógica el trato con el fuego y el humo.

Era evidente que Sephrenia sabía mucho más acerca de los dioses troll de lo que les había dado a entender.

— Khwaj — repitió Falquián. Entonces se le ocurrió una idea —. ¿Cómo se llama el dios troll de la comida? — le preguntó.

— Ghnomb — respondió la mujer —. ¿Por qué?

— Se trata de algo que aún estoy elaborando. Si consigo atar cabos, podría intentarlo y ver si surte efecto.

— No improviséis, Falquián. Ya sabéis cómo sientan las sorpresas. Quitaos los guanteletes y sacad el Bhelliom de la bolsa. No lo soltéis para nada y cercioraos de que los anillos estén constantemente en contacto con él. ¿Aún recordáis la lengua troll?

— Sí, he estado practicando con Ulath.

— Estupendo, Podéis hablar al Bhelliom en elenio, pero habréis de dirigiros a Khwaj en su propio idioma. Contadme que habéis hecho hoy en troll.

Las palabras surgieron vacilantes al principio, pero al cabo de unos momentos se hicieron más fluidas. El paso del elenio al troll precisaba de un profundo ajuste mental, ya que parte del carácter de los troll residía en su propia lengua. No era éste un carácter agradable e implicaba conceptos enteramente ajenos a la mentalidad elenia..., exceptuando los niveles más insondables de primitivismo.

— Bien — le indicó la mujer —, acercaos al fuego y comencemos. Sed duro como el hierro, Falquián. No vaciléis ni deis ninguna explicación. Sólo dad órdenes.

Asintió y se quitó los guanteletes. Los dos anillos rojos como la sangre relucían con la luz del fuego en sus manos. Introdujo una mano bajo la sobreveste y sacó la bolsa. Después él y su tutora se situaron de pie frente a la chimenea y miraron las crepitantes llamas.

— Abrid la bolsa — le mandó Sephrenia.

Deshizo los nudos.

— Ahora extraed el Bhelliom. Ordenadle que haga venir a Khwaj hasta vos. Después decidle a Khwaj lo que queréis. No tenéis que ser muy explícito porque él os leerá el pensamiento. Rogad por que vos no lleguéis a captar jamás el suyo.

Aspiró a fondo y dejó la bolsa en el suelo.

— Ahí vamos — dijo. Abrió la bolsa y sacó el Bhelliom. La Rosa de Zafiro tenía un tacto tan frío como el hielo. La puso en alto, tratando de atajar la admiración que le producía al mirarla —. ¡Rosa Azul! — espetó, sosteniéndola —. ¡Traed la voz de Khwaj hasta mí!

Notó una extraña modificación en la joya. Vio que en las profundidades donde convergían sus pétalos de azur aparecía una mancha de vibrante color rojo y de pronto el Bhelliom se calentó en sus manos.

— ¡Khwaj! — vociferó Falquián en la lengua troll —, soy Falquián de Elenia. Tengo los anillos. Khwaj debe hacer lo que yo le ordene.

El Bhelliom se estremeció en su mano.

— Busco a Martel de Elenia — continuó Falquián —. Martel de Elenia estuvo en este lugar hace dos noches. Khwaj va a mostrar a Falquián de Elenia lo que quiere ver en el fuego. Khwaj hará lo que debe para que Falquián de Elenia pueda oír lo que desea oír. ¡Khwaj va a obedecer! ¡Ahora mismo!

Quedamente, como procedentes de alguna distante oquedad resonante de ecos, llegó hasta ellos un aullido de rabia, un aullido al que se superponía un crepitar como de una gigantesca hoguera. Las llamas que oscilaban sobre los troncos de roble en la chimenea se redujeron hasta no ser más que un mortecino resplandor y después se elevaron, violentamente amarillas, y llenaron toda la boca de chimenea con una pantalla de fuego casi incandescente. Entonces quedaron paralizadas, sin variar de forma ni bailar, convertidas en una lisa superficie inmóvil de color amarillo. El calor que despedía el hogar ceso al instante como si lo hubiera aislado un grueso cristal.

Falquián se encontró mirando el interior de una tienda en la que Martel, demacrado y cansado, permanecía sentado a una tosca mesa frente a Annias, que aún presentaba un aspecto peor.

— ¿Por qué no podéis averiguar dónde están? — preguntaba al primado de Cimmura.

— Lo ignoro, Annias — respondió, crispado, Martel —. He invocado todas las criaturas que Otha puso a mi disposición y ninguna de ellas ha esclarecido nada.

— Oh, poderoso pandion — se mofó Annias —. Tal vez debisteis quedaros mas tiempo en la orden y dar ocasión a que Sephrenia os enseñara algo más que trucos de salón destinados a la diversión de los niños.

— Estáis muy próximo al punto en que vuestra persona dure mas que la utilidad que me presta, Annias — señaló ominosamente Martel —. Otha y yo podemos situar a cualquier clérigo en el trono del archiprelado y lograr lo que queremos. No sois indispensable, ¿sabéis?

— Y aquello dejó zanjada de una vez por todas la cuestión de quién recibía órdenes de quién.

Se abrió el faldón de la tienda y Adus entró con sus andares desgarbados de simio. Llevaba una armadura que era una abigarrada acumulación de pedazos y piezas de herrumbroso acero proveniente de las forjas de media docena de culturas diferentes. Falquián volvió a reparar en la inexistencia de frente en Adus, cuyo nacimiento del pelo se juntaba con unas enmarañadas cejas.

— Ha muerto — informó con una voz semejante a un gruñido.

— Debería hacerte ir a pie, idiota — le dijo Martel.

— Era un caballo flojo — adujo, encogiéndose de hombros, Adus.

— Estaba en perfectas condiciones hasta que tú lo espoleaste con tu brutalidad habitual. Ve a robar otro.

— ¿Un caballo de granja? — inquirió, sonriente, Adus.

— Cualquier montura que encuentres. Pero que no te lleve toda la noche matar al granjero... o divertirte con su mujer. Y no quemes la casa, que sería como encender una luz en el cielo y anunciar nuestro paradero.

Adus rió... o al menos el sonido emitido sonó igual que una carcajada. Después salió de la tienda.

— ¿Como podéis soportar a ese bestia? — Annias se estremeció.

— ¿Adus? No es tan terrible. Consideradlo como un hacha de guerra con piernas. Lo utilizo para matar a la gente; no me acuesto con él. Hablando de lo cual, ¿habéis resuelto vuestras diferencias vos y Arissa?

— ¡Esa ramera! —exclamó Annias con cierto desdén.

— Sabíais lo que era cuando trabasteis relación con ella, Annias — advirtió Martel —. Pensaba que su depravación formaba parte del atractivo que ejercía en vos. — Martel apoyó la espalda en la silla —. Debe de ser el Bhelliom — musitó.

— ¿Qué?

— Seguramente es el Bhelliom lo que impide que mis criaturas localicen a Falquián.

— ¿No sería el propio Azash capaz de encontrarlo?

— Yo no doy órdenes de Azash, Annias. Si él quiere que yo sepa algo me lo comunica. Podría

ser que el Bhelliom sea más poderoso que él. Cuando lleguemos a su templo, podéis preguntárselo, si os acucia la curiosidad. Es posible que se ofenda, pero sois libre de hacerlo.

— ¿Cuánto terreno hemos cubierto hoy?

— No más de siete leguas. Hemos aminorado considerablemente el paso después de que Adus le arrancara las entrañas a su caballo con las espuelas.

— ¿Cuánto falta para la frontera zemoquiana?

Martel desenrolló un mapa y lo consultó.

— Calculo que otras cincuenta leguas..., aproximadamente cinco días. Falquián no puede estar a más de tres días de distancia, de modo que deberemos apresurarnos.

— Estoy extenuado, Martel. No puedo seguir así.

— Cada vez que os pongáis a darle vueltas a la cuestión de vuestro cansancio, imaginaos las sensación que os produciría la espada de Falquián abriéndoos el pecho... o lo exquisitamente doloroso que va ser cuando Ehlana os decapite con unas tijeras de costura... o con un cuchillo del pan.

— A veces desearía no haberos conocido, Martel.

— El sentimiento es mutuo, viejo amigo. Una vez que hayamos cruzado la frontera con Zemoch, podremos entorpecer en algo la marcha de Falquián. Unas cuantas emboscadas a lo largo del camino deberían inducir cierta precaución en él.

— Nos ordenaron que no lo matáramos — arguyó Annias.

— No seáis estúpido. Mientras tenga el Bhelliom, ningún humano lograría matarlo. Nos ordenaron que no lo matáramos a él... aun cuando pudiéramos hacerlo..., pero Azash no dijo nada acerca de los otros. La pérdida de algunos de sus compañeros podría molestar a nuestro invencible enemigo. Aunque no lo parezca, Falquián es en el fondo un sentimental. Será mejor que vayáis a dormir un poco. Volveremos a ponernos en camino en cuanto vuelva Adus.

— ¿A oscuras? — La voz de Annias tenía un matiz de incredulidad.

— ¿Qué ocurre, Annias? ¿Os da miedo la oscuridad? Pensad en espadas en el vientre o en el sonido de un cuchillo del pan aserrándoos una vértebra del cuello. Eso debería devolveros el coraje.

— ¡Khwaj! — llamó con tono conminatorio Falquián —. ¡Basta! ¡Retiraos!

El fuego recobró la normalidad.

— ¡Rosa Azul! — ordenó entonces Falquián —. ¡Traedme la voz de Ghnomb!

— ¿Que estáis haciendo? — exclamó Sephrenia.

Pero el punto de luz entre los relucientes pétalos azules del Bhelliom era ya una repugnante mezcolanza de verde y amarillo, y Falquián sintió de improviso un repelente sabor en la boca que relacionó con el olor de la carne medio putrefacta.

— ¡Ghnomb! — se presento Falquián con la voz discordante que le exigía el idioma troll —. Soy Falquián de Elenia y tengo los anillos. Estoy a dos jornadas de distancia del hombre que es mi presa. Ghnomb me ayudará en la caza. Ghnomb arreglará las cosas para que mis cazadores y yo podamos atrapar al hombre que buscamos. Falquián de Elenia le dirá a Ghnomb cuándo y entonces Ghnomb colaborará en la cacería. ¡Ghnomb obedecerá!

Capítulo veintidós

— Falquián. —Era Kurik, que lo movía para despertarlo —. Falta una hora para el alba. Queríais que os despertara.

—¿Y tú no duermes nunca?

Falquián se incorporó en la cama, bostezando, y luego sacó las piernas y posó los pies en el suelo.

— Yo he dormido bien. — Kurik miró a su amigo con aire reprobador — No coméis suficiente — lo acusó —. Os estáis quedando en los huesos. Vestíos. Iré a despertar a los otros y luego volveré para ayudaros a poneros la armadura.

Falquián se levantó y recogió su acolchada ropa interior manchada de herrumbre.

— Muy distinguido — observó sarcásticamente Stragen desde el umbral —. ¿Existe alguna parte del código caballeresco que prohíba lavar esas prendas?

— Tardan una semana en secarse.

— ¿Son en verdad necesarias?

— ¿Habéis llevado armadura alguna vez, Stragen?

— Dios no lo quiera.

— Probadlo un día. El relleno impide que la armadura le magulle a uno la piel en ciertos puntos.

— Ah, la de cosas que soportamos en aras de la elegancia.

— ¿De veras os proponéis volveros atrás en la frontera zemoquiana?

— Órdenes de la reina, amigo mío. Además, no sería más que un estorbo. Soy un inepto total para pelear contra un dios. Francamente, creo que estáis trastornado..., sin ánimo de ofenderos, claro está.

— ¿Regresaréis a Emsat una vez que lleguéis a Cimmura?

— Si vuestra esposa me da permiso para irme. Debería volver, aunque sólo sea para comprobar los libros. Tel es una persona de fiar, pero, en fin de cuentas, es un ladrón.

— ¿Y después?

— ¿Quién sabe? — Stragen se encogió de hombros —. Nada me ata en este mundo, Falquián. Tengo el privilegio de disponer de una libertad absoluta. No estoy obligado a nacer nada que no quiera hacer. Oh, casi lo olvidaba. No he venido a veros esta mañana para discutir los pros y los contras de la libertad con vos. — Introdujo la mano bajo el jubón —. Una carta para vos, mi señor — anunció con una burlona reverencia —. De vuestra esposa, tengo entendido.

— ¿Cuántas lleváis? — preguntó Falquián, tomando la hoja doblada.

Stragen le había entregado una de las breves y apasionadas misivas de Ehlana en Kadach y otra en Moterra.

— Eso es un secreto de estado, amigo mío.

— ¿Tenéis algún tipo de agenda o las distribuis según lo creéis conveniente?

— Un poco de cada. Hay una agenda, por supuesto, pero debo aplicar mi propio juicio al interpretarla. Si veo que os está ganando el abatimiento o la melancolía, se supone que he de alegraros el día. Os dejaré para que la leáis. — Volvió al pasillo y se encaminó a las escaleras que conducían a la planta baja de la posada.

Falquián rompió el sello y abrió la carta de Ehlana.

«Amado:

»Si todo ha ido bien, os encontráis en Paler ahora. Esto es terriblemente complicado. Intento prever el futuro, y mis ojos no son tan poderosos para lograrlo. Os hablo en un pasado alejado varias semanas de vos y no tengo la más mínima noción de lo que os ha ocurrido. No me atrevo a haceros partícipe de mi angustia y mi desolación por esta cruel separación, pues no debería abriros mi corazón y debilitar así vuestra determinación y exponeros al peligro. Os amo, Falquián, y me debato entre el deseo de ser un hombre para poder compartir las asechanzas con vos y, en caso necesario, entregar mi vida por vos, y el orgullo por el hecho de ser mujer y poder perderme en la calidez de vuestros brazos.»

A partir de ahí la joven reina de Falquián pasaba a detallar episodios de su noche de bodas que son demasiado personales y privados para ser repetidos aquí.

— ¿Cómo era la carta de la reina? — preguntó Stragen mientras ensillaban los caballos en el patio y el inminente amanecer dibujaba una sucia raya en el nublado horizonte de levante.

— Literaria — repuso lacónicamente Falquián.

— Ésa es una caracterización poco habitual

— En ocasiones perdemos de vista la persona real que cubren los ropajes reales, Stragen. Ehlana es una reina, en efecto, pero también es una muchacha de dieciocho años que ha leído, al parecer, demasiados libros poco recomendables.

— No habría esperado una descripción tan aséptica de un recién casado.

— En estos momentos tengo muchas cosas en que pensar. — Falquián tensó la cincha de la silla. Faran gruñó, llenó el vientre de aire y pisó deliberadamente el pie de su amo. Casi con aire ausente, el pandion hincó la rodilla en el estómago de su montura —. Mantened los ojos bien abiertos hoy, Stragen — advirtió —. Es probable que se produzcan hechos inusuales.

— ¿Como cuáles?

— No estoy totalmente seguro. Si todo va bien, recorreremos una distancia mucho mayor que la acostumbrada. Quedaos con el domi y los keloi. Son gente emotiva y a veces los altera el hecho de que se produzcan sucesos extraordinarios. Aseguradles encarecidamente que todo se halla bajo control.

— ¿Y es ello cierto?

— No tengo la más remota idea, amigo. No obstante, intento por todos los medios enfocarlo de una manera optimista. — Notó que Stragen esperaba más o menos escuchar aquella respuesta.

El día clareó lentamente esa mañana, pues las nubes que cubrían el cielo por levante se habían convertido en espesos nubarrones en el transcurso de la noche. En lo alto de la larga ladera que ascendía en el extremo norte de la plomiza superficie del lago Randera, Kring y sus keloi se reunieron con ellos.

— Es agradable estar de vuelta en Kelosia, amigo Falquián — le confió Kring, con una amplia

sonrisa en la cara surcada de cicatrices —, aunque sea en esta desordenada y arañada parte del reino.

— ¿Cuántas jornadas quedan hasta la frontera con Zemoch, domi? — preguntó Tynian.

— Cinco o seis, amigo Tynian — respondió el domi.

— Nos pondremos en marcha dentro de unos momentos — informó Falquián a sus amigos —, Sephrenia y yo hemos de hacer algo. — Hizo una señal a su tutora y los dos se alejaron a cierta distancia del grupo cuyos caballos reposaban en la herbosa cima de la colina — ¿Y bien? — dijo a la mujer.

— ¿De veras debéis hacer esto, querido? — preguntó ésta con voz implorante.

— Me parece que sí. Es lo único que se me ocurre para protegeros a vos y a los demás de las emboscadas cuando lleguemos a la frontera zemoquiana. — Sacó la bolsa de debajo de la sobreveste y se quitó los guanteletes. De nuevo notó en las manos la extrema gelidez del contacto del Bhelliom —. ¡Rosa Azul — ordenó —, traed hasta mí la voz de Ghnomb!

La gema se calentó súbitamente en sus manos y luego apareció en sus profundidades la mancha verde amarillenta, acompañada del sabor a carne podrida en el paladar de Falquián.

—¡Ghnomb! — dijo —. Soy Falquián de Elenia y tengo los anillos. Ahora salgo de cacería. Ghnomb va a ayudarme a cazar tal como le mandé. ¡Ghnomb va a hacerlo! ¡Ahora!

Aguardó con nerviosismo, pero no ocurrió nada. Suspiró.

— ¡Ghnomb! — volvió a llamar —. ¡Retiraos! — Introdujo la Rosa de Zafiro en la bolsa, anudó el cordel que la cerraba y la guardó de nuevo bajo la sobreveste —. Bueno — comentó con pesar —, lo he intentado. Dijisteis que si no podía ayudarme me lo haría saber. Me lo ha hecho saber, vaya que sí. Pero es un poco incómodo enterarse a estas alturas.

— No desistáis todavía, Falquián — le aconsejó Sephrenia.

— No ha sucedido nada, pequeña madre.

— No estéis tan seguro.

— Regresemos. Parece que tendremos que conseguir nuestro propósito a la brava.

La comitiva partió a un vigoroso trote y descendió la otra ladera del cerro que alumbraba la pálida esfera del sol vislumbrada tras las nubes del horizonte. Las tierras de cultivo situadas al este de Paler se hallaban en las últimas fases de la cosecha y en los campos se afanaban ya los siervos, pequeñas figuras de color pardo o azul que se percibían como inmóviles juguetes desde el camino.

— El estado de servidumbre no parece despertar mucho entusiasmo por el trabajo — observó con desaprobación Kurik —. Se diría que esa gente no se mueve en absoluto.

— Si yo fuera un siervo, no creo que tuviera gran interés en esforzarme — declaró Kalten.

Cabalgando a medio galope, cruzaron un ancho valle y remontaron una cadena de cerros poco elevada. Las nubes eran menos espesas allí al este y el sol, rayando justo el horizonte, era más perceptible. Kring envió una patrulla de avanzadilla y siguieron avanzando.

Algo iba mal, pero Falquián no acababa de dilucidar qué era. El aire estaba muy quieto y el sonido de los cascos de los caballos sonaba excesivamente alto y extrañamente vigoroso sobre la blanda tierra del camino. Falquián miró en derredor y vio la expresión inquieta de sus amigos.

Se hallaban en el centro del siguiente valle cuando Kurik tiró de las riendas y profirió de improviso una maldición.

— Eso lo explica.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Falquián.

— ¿Cuánto rato diríais que llevamos de camino?

— Alrededor de una hora. ¿Por qué?

— Mirad el sol, Falquián.

Falquián miró hacia oriente, donde el apagado sol flotaba sobre una hilera de suaves colinas.

— Yo diría que está donde siempre, Kurik — señaló —. Nadie lo ha movido de sitio.

— A eso me refería precisamente. No está moviéndose. No se ha desplazado ni un centímetro desde que hemos partido. Ha salido y se ha quedado fijo en el mismo lugar.

Todos volvieron la mirada hacia el este.

— Eso es natural, Kurik — comentó Tynian —. Cuando se viaja subiendo y bajando colinas, siempre da la impresión de que el sol se encuentra en una posición diferente. Todo depende de la altura a la que uno se halle.

— Yo también he pensado eso, sir Tynian... al principio. Pero ahora estoy dispuesto a juraros que el sol no se ha movido desde que hemos dejado atrás esa colina situada al este de Paler.

— No bromeéis, Kurik — lo reprendió Kalten —. El sol debe moverse necesariamente.

— Por lo visto, no esta mañana. ¿Qué está ocurriendo aquí?

— ¡Sir Falquián! — llamó Berit con voz aguda, casi rayana en la crisis nerviosa —. ¡Mirad!

Falquián volvió la cabeza en la dirección a la que apuntaba con mano temblorosa el aprendiz de caballero.

Era un pájaro, un ave de aspecto completamente normal, al parecer una alondra, identificó Falquián. No tenía nada de raro... salvo que estaba suspendido en absoluta inmovilidad en el aire, dando la impresión de que alguien lo hubiera clavado allí con una aguja.

Todos miraron en torno a sí con ojos desorbitados y entonces Sephrenia rompió a reír.

— No veo que esto tenga ninguna gracia, Sephrenia — observó Kurik.

— Todo está en orden, caballeros — Les aseguró.

— ¿En orden?— repitió Tynian —. ¿Y qué le ha pasado al sol y a ese pájaro idiotizado?

— Falquián ha detenido el sol... y el ave.

— ¡Que ha detenido el sol!— exclamó Bevier —. ¡Eso es imposible!

— Por lo visto, no. Falquián habló anoche con uno de los dioses troll — les explicó — y le dijo que íbamos de cacería y que nuestra presa estaba lejos de nosotros. Pidió al dios troll Ghnomb que nos ayudara a atraparla y según parece Ghnomb está haciéndolo.

— No lo entiendo — confesó Kalten —. ¿Qué tiene que ver el sol con salir de caza?

— No es tan complicado, Kalten — aseveró con calma la estiria —. Ghnomb ha detenido el tiempo, eso es todo.

— ¿Eso es todo?¿Y cómo se para el tiempo?

— No tengo ni idea. — Frunció el entrecejo —. Tal vez la expresión «detener el tiempo» no sea la más adecuada. Lo que en realidad está ocurriendo es que estamos desplazándonos al margen del tiempo. Nos encontramos en esa fracción que media entre un segundo y el siguiente.

— ¿Qué mantiene a ese pájaro en el aire, lady Sephrenia? — preguntó Berit.

— Supongo que el batir de sus alas. El resto del mundo está funcionando con plena normalidad. La gente que hay por los alrededores ni siquiera advierte que nosotros pasamos cerca. Cuando los dioses cumplen nuestros deseos, no siempre lo hacen de la manera que esperamos. Cuando Falquián le dijo a Ghnomb que queríamos alcanzar a Martel, pensaba más en el tiempo que en los kilómetros que nos separan de él y por ello Ghnomb está haciendo que nos movamos a través del tiempo y no en la distancia. Controlará el tiempo mientras queramos. A nosotros corresponde cubrir terreno. Entonces Stragen llegó al galope.

— ¡Falquián! — gritó —. ¿Qué diablos habéis hecho?

Falquián se lo explicó brevemente.

— Ahora volved atrás y calmad a los keloi. Decidles que es un encantamiento y que el mundo está paralizado. Nada se moverá hasta que lleguemos a nuestro destino.

— ¿Es eso cierto?

— Más o menos, sí.

— ¿De veras pensáis que van a creerme?

— Invitadlos a que encuentren otra explicación si no les gusta la mía.

— Después podréis volver las cosas a su orden, ¿no?

— Desde luego... Al menos eso espero.

— Ah..., Sephrenia... — inquirió tímidamente Talen —. El resto del mundo está inmóvil, como muerto, ¿verdad?

— Bueno, ésa es la sensación que tenemos nosotros, pero nadie lo percibe de este modo.

— La otra gente no nos ve, ¿no es así?

— Ni siquiera saben que estamos aquí.

Una sonrisa casi reverente se instaló en los labios del chiquillo.

— Caramba — dijo —. Vaya, vaya, vaya.

— Sí, caramba, Su Excelencia — convino Stragen con ojos igual de brillantes que los del chico.

— Dejaos de tonterías los dos — los regañó Sephrenia.

— Stragen — añadió Falquián, que había tenido una ocurrencia tardía —, informad a Kring que no tenemos necesidad de apresurarnos.

Aprovechemos para dar tregua a los caballos. Nadie de allá afuera va ir a ninguna parte ni va a hacer nada hasta que nosotros lleguemos a donde nos proponemos.

Era extraño cabalgar entre aquella perpetua aurora, en la que no se apreciaba frío ni calor, humedad ni sequedad. El mundo que los circundaba guardaba silencio y en el aire flotaban inmóviles pájaros. Los siervos permanecían rígidos como estatuas en los campos, y en una ocasión, al pasar junto a un alto abedul que había azotado la brisa justo antes de que el dios troll Ghnomb hubiera detenido el tiempo, vieron la nube de estáticas hojas doradas de su copa suspendidas a sotavento.

— ¿Qué hora debe de ser? — preguntó Kalten cuando ya llevaban varias leguas de camino.

— Calculo que a eso del alba — respondió Ulath, tras lanzar una ojeada al cielo.

— Oh, muy gracioso, Ulath — comentó irónicamente Kalten —. No sé vosotros, pero yo empiezo a tener hambre.

— Es que tú ya naciste hambriento — lo acusó Falquián.

Consumieron las raciones de comida que les correspondían y volvieron a ponerse en marcha. Aun cuando no hubiera necesidad de apresurarse, la sensación de apremio que habían sentido desde que habían salido de Chyrellos continuaba acuciándolos, y pronto habían vuelto a adoptar un galope medio, ya que se les hubiera antojado como un capricho proseguir cómodamente al paso.

Al cabo de cerca de una hora — aunque habría sido imposible precisarlo — Kring dejó la retaguardia para acercarse a ellos.

— Me parece que algo viene siguiéndonos, amigo Falquián — anunció con una nota de admirado respeto en la voz. Uno no tiene cada día la oportunidad de hablar con un hombre que detiene el curso del sol.

— ¿Estáis seguro? — preguntó Falquián, mirándolo fijamente.

— No del todo — admitió Kring —. Es más que nada un presentimiento. Hay una nube muy oscura casi a ras del suelo por el lado sur. Está bastante alejada y es difícil confirmarlo, pero da la impresión de avanzar detrás de nosotros.

Falquián dirigió la vista al sur y comprobó que era la misma nube, aunque mayor, más oscura y más ominosa. Al parecer, la sombra podía seguirlo a todas partes, incluso allí.

— ¿La habéis visto moverse? — preguntó a Kring.

— No, pero hemos recorrido una buena distancia desde que nos hemos parado a comer, y continúa estando justo detrás de mi hombro izquierdo igual que cuando hemos reemprendido camino.

— No la perdáis de vista — indicó Falquián —. Veamos si podéis sorprenderla moviéndose realmente.

— De acuerdo — aceptó el domi, volviendo grupas.

Instalaron el campamento para pasar la «noche» tras haber recorrido aproximadamente la misma distancia que en una jornada normal.

Las monturas estaban nerviosas y Faran no paraba de mirar a Falquián con dureza y suspicacia.

— No es por culpa mía, Faran — aseguró Falquián al voluminoso ruano mientras lo desensillaba.

— ¿Cómo puedes mentirle con tanto descaro a esa pobre bestia, Falquián? — dijo Kalten —. ¿Es

que no tienes vergüenza? Es por culpa tuya.

Falquián durmió mal bajo aquella inmutable luz y, tras apurar lo más posible el sueño, se levantó y vio que los demás también estaban desperezándose.

— Buenos días, Falquián — lo saludó Sephrenia, con un asomo de expresión de enfado.

— ¿Qué sucede?

— Me falta mi té de las mañanas. He intentado calentar unas rocas para hervir el agua, pero no ha funcionado. Nada surte efecto, Falquián; ni los hechizos, ni la magia, ni nada. Estamos totalmente indefensos en esta tierra del nunca jamás que vos y Ghnomb habéis creado.

— ¿Qué puede atacarnos, pequeña madre? — inquirió gravemente —. Nos hallamos al margen del tiempo, en un lugar donde nadie puede alcanzarnos.

Alrededor de «mediodía» descubrieron cuan errónea era aquella afirmación.

— ¡Está moviéndose, Falquián! — gritó Talen cuando se acercaba a una inmóvil aldea —. ¡Esa nube! ¡Está moviéndose!

La nube que había advertido Kring, negra como el azabache, se movía perceptiblemente ahora. Avanzaba por el suelo hacia el pequeño grupo de chozas de techo de paja de los siervos arracimadas en un hondo valle, y un grave fragor de tétricos truenos acompañaba su inexorable marcha. Tras ella, los árboles y la hierba estaban resecos y agostados, como si aquel momentáneo contacto con las tinieblas los hubiera marchitado en un instante. El nubarrón engulló el pueblo y, cuando lo hubo adelantado, no quedaba rastro de él, como si no hubiera existido.

Conforme se aproximaba el cúmulo de oscuridad, Falquián oyó un sonido rítmico, una especie de ruido sordo como el que producirían decenas de pies descalzos percutiendo en la tierra y, acompasado a éste, unos brutales gruñidos que podían tener su origen en una manada de bestias que emitiera al unísono guturales ladridos espaciados entre sí.

— ¡Falquián! — gritó con apremio Sephrenia —. ¡Usad el Bhelliom! ¡Dispersad esa nube! ¡Llamad a Khwaj!

Falquián forcejeó con la bolsa, arrojó al suelo los guanteletes que le entorpecían el movimiento de los dedos y, abriéndola por fin, puso en alto la Rosa de Zafiro con ambas manos.

— ¡Rosa Azul! — la invocó, alzando la voz —. ¡Soy Falquián de Elenia! ¡Khwaj despejará con su fuego la oscuridad que se acerca! ¡Khwaj lo hará para que Falquián de Elenia pueda ver lo que hay dentro de la nube! ¡Hacedlo, Khwaj! ¡Ahora mismo!

Una vez más oyó el aullido de impotencia y rabia que exhalaba el dios troll, manifestando su renuencia a obedecer. Después, justo delante de la negra nube que se aproximaba girando, se irguió una larga y elevada pantalla de formidables llamas de creciente ardor cuyas oleadas notaba en su cuerpo Falquián. La nube siguió desplazándose inexorablemente, al parecer inmune al muro de fuego.

— ¡Rosa Azul! — dijo Falquián en la lengua troll —. ¡Ayudad a Khwaj! ¡La Rosa Azul va a agregar su poder y el poder de todos los dioses troll para ayudar a Khwaj! ¡Hacedlo! ¡Ahora mismo!

El estallido de poder que recibió en respuesta casi derribó a Falquián del caballo y Faran se arredró, agachando las orejas y enseñando los dientes.

Entonces la nube se detuvo y en su masa aparecieron resquicios y rasgaduras que volvieron a soldarse casi al instante. Las llamas oscilaban en la contienda, remontándose y luego reduciéndose a débiles destellos para cobrar vigor una vez más. Al fin la nube fue esclareciéndose, al igual que la oscuridad de la noche se disipa con la proximidad del alba. Las llamas ascendían a mayor altura, intensamente brillantes, y la nube, desgarrada y deshilachada, perdía consistencia.

— ¡Estamos ganando! — exclamó Talen.

— ¿Nosotros? — replicó, escéptico, Kurik, recogiendo los guanteletes de Falquián.

De pronto, como dispersada por un potente vendaval, la nube se desintegró y entonces Falquián y sus amigos vieron qué era lo que producía aquellos sonidos semejantes a gruñidos. Eran unos enormes humanoides, lo cual había de interpretarse como que tenían brazos, piernas y cabeza. A dichas características humanas habría que agregar el hecho de que iban vestidos con pieles y asían

armas de piedra, hachas y lanzas en su mayor parte. Por lo demás, tenían frentes achatadas y bocas prominentes como hocicos, y el abundante vello que los cubría parecía más bien el pelambre de un animal. A pesar de que la nube se había disipado, proseguían su avance a una especie de trote arrastrado, apoyando al unísono los pies en el suelo al tiempo que emitían aquel gruñido gutural. A intervalos regulares se detenían y de un punto impreciso en medio de ellos se elevaba un penetrante alarido, como una aguda ululación. Después volvía a iniciarse el rítmico rugir y el golpear de pies en el suelo. Llevaban una especie de yelmos, calaveras de inimaginables bestias decoradas con cuernos, y las caras pintadas con intrincados dibujos en barro de colores.

— ¿Son trolls? — preguntó Kalten con voz chillona.

— No se parecen a ninguno de los trolls que yo he visto — respondió Ulath, alargando la mano hacia el hacha.

— ¡A la carga, hijos míos! — gritó el domi a sus hombres —. ¡Apartemos a estas bestias de nuestro camino! — Desenvainó el sable, lo puso en alto, y profirió un violento grito de guerra.

Los keloi se lanzaron al ataque.

— ¡Kring! — chilló Falquián —. ¡Esperad!

Era demasiado tarde, sin embargo. Una vez que les habían soltado las riendas, era imposible refrenar a los salvajes hombres de las tribus de las marcas orientales de Kelosia.

Falquián pronunció un juramento y guardó el Bhelliom bajo la sobreveste.

— ¡Berit! — ordenó — ¡Llevad a Sephrenia y Talen a la retaguardia! ¡Los demás, a echarles una mano!

No fue aquélla una lucha organizada en cualquiera de las acepciones de la palabra que todo hombre civilizado comprendería. Tras la primera arremetida de los miembros de la tribu de Kring, todo se desintegró en una confusa refriega donde las embestidas se sucedían ferozmente sin orden ni concierto. Los caballeros de la Iglesia descubrieron casi de inmediato que las grotescas criaturas contra las que peleaban no parecían sentir dolor. Era imposible determinar si ello era una característica natural de su especie o si el fenómeno que los había llevado allí los había dotado de defensas adicionales. Lo cierto era que bajo su enmarañado pelambre tenían un cuero de extraordinaria resistencia en el que no rebotaban, desde luego, las espadas, pero que costaba cortar. Las más brillantes estocadas producían tan sólo heridas mínimas.

Los keloi, no obstante, parecían obtener mejores resultados con sus sables. Era más efectivo hincar un arma de punta afilada que descargar por alto las pesadas espadas de hoja ancha porque, una vez horadado su duro pellejo, los feroces bárbaros aullaban de dolor. Stragen cabalgaba con ojos brillantes entre la embrollada masa, haciendo bailar la punta de su fino estoque, esquivando los torpes hachazos y las brutales arremetidas de las lanzas rematadas con pedernal e, inopinadamente, penetrando a fondo, sin esfuerzo, casi con delicadeza, en aquellos peludos cuerpos.

— ¡Falquián! — gritó —. ¡Tienen situado el corazón más abajo! ¡Hay que clavarles el arma en el vientre y no en el pecho!

Aquello facilitó mucho las cosas. Los caballeros de la Iglesia alteraron la táctica, atacando con la punta de las espadas en lugar de rebanar con la ancha hoja. Bevier colgó pesarosamente su hacha a la silla del caballo y tomó la espada. Kurik descartó la maza y desenfundó una espada corta. Ulath, en cambio, se obstinó en seguir usando el hacha y la única concesión que hizo a las exigencias de la situación fue valerse de ambas manos para descargarla. Su prodigiosa fuerza bastaba para superar defensas naturales como el cuero de la dureza del cuerno o cráneos de dos centímetros de grosor. La supremacía se inclinó entonces de su parte. Incapaces de adaptarse al cambio de estrategia, las colosales e irracionales bestias iban cayendo víctimas de las estocadas. Cuando la mayoría de los componentes de la manada yacían muertos, un reducido grupo seguía luchando, pero las vertiginosas arremetidas de los guerreros de Kring los redujeron pronto. El último que quedaba en pie, sangrando por una docena de heridas de sable, alzó su embrutecida cara y emitió aquel agudo alarido. El aullido se interrumpió de forma brusca cuando Ulath adelantó el caballo y, erguido sobre los estribos, alzó el hacha y le partió limpiamente la cabeza.

Falquián volvió grupas, esgrimiendo la ensangrentada espada, pero todas las criaturas habían perecido. Miró con más detenimiento en torno a sí y vio que su victoria se había cobrado un alto precio. Una docena de los hombres de Kring habían sido abatidos — y no meramente abatidos, sino también despedazados — y otros tantos yacían gimiendo en la tierra ensangrentada.

Kring estaba sentado con las piernas cruzadas, sosteniendo en el regazo la cabeza de uno de sus hombres moribundos con semblante apenado.

— Lo siento, domi — dijo Falquián —. Averiguad cuántos de vuestros hombres están heridos. Hallaremos la manera de cuidarlos. ¿Cuánto calculáis que queda hasta las tierras de vuestro pueblo?

— Un día y medio de esforzada marcha, amigo Falquián — repuso Kring, cerrando tristemente los inexpresivos ojos del guerrero que acababa de expirar —, algo menos de veinte leguas.

Falquián cabalgó hacia retaguardia, donde Berit permanecía a caballo empuñando el hacha para proteger a Talen y Sephrenia.

— ¿Ha terminado? — preguntó Sephrenia, desviando la mirada.

— Sí — respondió Falquián, desmontando —. ¿Qué eran, pequeña madre? Parecían trolls, pero Ulath no creía que lo fueran realmente.

— Eran hombres del alba, Falquián. Es un hechizo muy antiguo y muy difícil. Los dioses, y unos pocos privilegiados entre los más poderosos magos estirios, pueden retroceder en el tiempo y traer al presente objetos, criaturas y hombres. Los hombres del alba no han hollado esta tierra desde hace incontables milenios. Eso es lo que todos fuimos antaño: los elenios, los estirios, incluso los trolls.

— ¿Estáis diciendo que los humanos y los trolls están relacionados? — inquirió con incredulidad.

— De lejos. Todos hemos cambiado con el curso de las eras. Los trolls siguieron una dirección y nosotros otra.

— El instante suspendido de Ghnomb no es, por lo visto, tan seguro como pensábamos.

— No. Definitivamente no.

— Creo que es hora de volver a poner el sol en movimiento. No tenemos la capacidad de eludir lo que nos persigue deslizándonos por la rendija del tiempo, y la magia estiria no surte efecto aquí. Estaremos a mejor recaudo en el tiempo normal.

— Me parece que tenéis razón, Falquián.

Falquián sacó el Bhelliom de la bolsa una vez más y ordenó a Ghnomb que neutralizara el hechizo.

Los keloi hicieron literas para transportar a sus muertos y heridos, y la comitiva se puso en marcha, hasta cierto punto aliviada por el hecho de que los pájaros volaran de verdad ahora y el sol se moviera de nuevo.

A la mañana siguiente los descubrió una patrulla itinerante de keloi con cuyos miembros fue a hablar Kring.

— Los zemoquianos están prendiendo fuego a la hierba — anunció, furioso e indignado, al regresar —. No podré seguir prestándoos ayuda amigo Falquián. Hemos de proteger nuestros pastos y, por consiguíente, habremos de dispersarnos por todas nuestras tierras.

Bevier lo miró con aire meditativo.

— ¿No sería más sencillo si los zemoquianos se concentraran todos en un mismo lugar, domi? — preguntó.

— En efecto, amigo Bevier, pero ¿por qué iban a hacerlo?

— Para capturar algo que fuera valioso, amigo Kring.

— ¿Como qué? — inquirió Kring, vivamente interesado.

— Oro. — Bevier se encogió de hombros —. Y mujeres y vuestros rebaños.

Kring puso cara de desconcierto.

— Sería una trampa, por supuesto — prosiguió Bevier —. Reunís todos vuestros rebaños, tesoros y mujeres en un sitio y los dejáis al cuidado de unos cuantos keloi. Después partís con el resto de vuestros guerreros, cerciorándoos de que os vean los exploradores zemoquianos. Luego, en

cuanto anochezca, regresáis furtivamente y tomáis posiciones en los alrededores y os mantenéis ocultos. Los zemoquianos vendrán corriendo a robaros los rebaños, los tesoros y las mujeres. Entonces podéis abalanzaros de improviso sobre ellos, lo cual os brinda, además, la gloriosa ocasión de que vuestras mujeres sean testigos de vuestro arrojo. Tengo entendido que las mujeres se derriten de amor cuando presencian cómo sus varones destruyen a un enemigo odiado. — Bevier sonreía con astucia.

Kring entornó los ojos mientras tomaba en cuenta la propuesta.

— ¡Me gusta! — se pronunció con entusiasmo al cabo de un momento —. ¡Que me aspen si no me gusta! ¡Así lo haremos! — Se alejó para contárselo a su gente.

— Bevier — señaló Tynian —, me sorprendéis en ocasiones.

— Es una estrategia bastante común para caballería ligera — arguyo con modestia el joven cirínico —. La aprendí estudiando historia militar. Los barones lamorquianos utilizaron varias veces esa estratagema antes de emprender la construcción de los castillos.

— Lo sé, pero vos habéis sugerido el uso de mujeres como señuelo. Me parece que sois un poco más mundano de lo que aparentáis, amigo mío.

Bevier se ruborizó.

Siguieron cabalgando detrás de Kring a un paso más lento, entorpecidos por los heridos y la penosa hilera de caballos que transportaban a los muertos. Kalten contaba con aire ausente algo con los dedos.

— ¿Qué te preocupa? — le preguntó Falquián.

— Estoy tratando de calcular cuánto tiempo de ventaja le hemos arrebatado a Martel.

— No llega a un día y medio — dictaminó prontamente Talen —. día y un tercio, para ser exactos. Estamos a seis o siete horas de camino de él, teniendo en cuenta que nuestro promedio es de una legua por hora.

— Treinta kilómetros entonces — dedujo Kalten —. ¿Sabéis, Falquián? Si cabalgáramos toda la noche, podríamos irrumpir en su campamento antes de que salga el sol mañana.

— No vamos a viajar de noche, Kalten. Nos ronda algo muy hostil y preferiría que no nos sorprendiera a oscuras.

Dispusieron el campamento al caer la tarde y, después de cenar, Falquián y los demás se reunieron en un amplio pabellón para considerar las alternativas que se les presentaban.

— A grandes rasgos, ya tenemos trazado un plan de acción — expuso Falquián —. Hasta llegar a la frontera no surgirán problemas, en principio. Dado que Kring va a alejar a sus guerreros de las mujeres, éstos nos acompañarán como mínimo durante un buen trecho. Su presencia mantendrá alejadas a las fuerzas convencionales zemoquianas, de manera que estaremos a salvo hasta que no entremos en territorio zemoquiano. Es entonces cuando tendremos motivos de preocupación, y la clave de todo ello está en Martel. Tendremos que seguir hostigándolo de forma que no tenga tiempo para captar zemoquianos e interponerlos en nuestro camino.

— A ver si te aclaras, Falquián — lo criticó Kalten —. Primero aseguras que no vamos a cabalgar de noche y luego dices que vas a seguir hostigando a Martel.

— No tenemos por qué estar realmente pisándole los talones para hostigarlo, Kalten. Mientras piense que estamos cerca, no parará de correr. Me parece que voy a sostener una charla con él ahora que todavía queda luz de día. — Miró en derredor —. Necesitaré unas doce velas — pidió —. Berit, ¿os importaría ir a buscarlas?

— Por supuesto que no, sir Falquián.

— Disponedlas sobre esta mesa en apretada hilera. — Falquián volvió a sacar el Bhelliom de debajo de la sobreveste, lo dejó en la mesa y lo cubrió con una tela para mitigar su seducción. Cuando los cirios estuvieron encendidos en su lugar, destapó la joya y apoyó en ella las manos ensortijadas —. ¡Rosa Azul — ordenó —, traedme a Khwaj!

La piedra se calentó de nuevo bajo su mano al tiempo que en la concavidad que formaban sus pétalos se asentaba el mismo fulgor.

— ¡ Khwaj! — invocó con energía Falquián —. Ya me conocéis. Quiero ver el sitio donde dormirá mi enemigo esta noche. ¡Haced que aparezca en el fuego, Khwaj! ¡Ahora!

El aullido de rabia no fue tal esa vez, convertida su gradación en un lúgubre quejido. Las llamas de las velas se alargaron y juntaron sus bordes para formar una pantalla compacta de fuego amarillento en la que se formó una imagen.

Era un reducido campamento de sólo tres tiendas, emplazado en una herbosa cuenca en cuyo centro había un pequeño lago. Al otro lado del agua se alzaba un bosquecillo de cedros y en el crepúsculo creciente vacilaban las llamas de una fogata en el interior del semicírculo que componían las tiendas. Falquián se fijó atentamente en los detalles.

— ¡Llévanos más cerca del fuego, Khwaj! — vociferó —. Hazlo de modo que podamos oír lo que dicen.

La escena se modificó al ajustarse el enfoque. Martel y sus compañeros estaban sentados alrededor del fuego con caras demacradas por la extenuación. Falquián hizo una señal a sus amigos y éstos se inclinaron para escuchar.

— ¿Dónde están, Martel? — preguntaba Arissa con acritud —. ¿Dónde están esos valientes zemoquianos con quienes contabais para protegeros? ¿Recogiendo flores en el campo?

— Están distrayendo a los keloi, princesa — repuso Martel —. ¿De veras queréis que nos den alcance esos salvajes? No os preocupéis, Arissa. Si vuestros apetitos están creciendo de forma incontrolable, os prestaré a Adus. No huele muy bien, pero eso no será un grave impedimento para vos, ¿no es cierto?

La mujer le asestó una mirada cargada de odio, pero Martel no le concedió mayor importancia.

— Los zemoquianos mantendrán a raya a los keloi — informó a Annias—, y, a menos que Falquián esté maltratando cruelmente a sus caballos, lo cual no haría jamás, todavía está a tres días de camino. No necesitaremos a ningún zemoquiano hasta que crucemos la frontera. Entonces localizaré a algunos para comenzar a tenderle trampas a mi querido hermano y a sus amigos.

— ¡Khwaj — indicó Falquián —, haced que ellos puedan oírme! ¡Ahora!

Las llamas de las velas oscilaron y luego volvieron a quedar inmóviles.

— Un campamento precioso, Martel — observó Falquián con desenvoltura —. ¿Hay peces en el lago?

— ¡Falquián! — exclamó, boquiabierto, Martel —. ¿Cómo podéis llegar hasta tan lejos?

— ¿Lejos, viejo amigo? En realidad no estamos tan lejos. Estoy casi a dos palmos de vos. En vuestro lugar, no obstante, habría acampado en ese bosque de cedros de allí. Hay gente de toda clase de razas deseosa de mataros, hermano mío, y es un tanto imprudente instalarse a pasar la noche en descampado como lo habéis hecho.

— ¡Trae los caballos! — gritó Martel a Adus, poniéndose súbitamente en pie.

— ¿Ya os vais tan pronto, Martel? — preguntó con calma Falquián —. ¡Qué lástima! Tenía tantas ganas de volver a encontrarme cara a cara con vos... Ah, bueno, da igual. Os veré a primera hora de la mañana. Creo que ambos podremos resistir la espera.

Falquián observó con maliciosa sonrisa cómo los cinco ensillaban las cabalgaduras con pánico patente en sus movimientos y mirando frenéticamente en todas direcciones. Saltaron a los caballos y partieron a la carrera hacia el este, azotando sin piedad a las monturas.

— Volved, Martel — lo llamó Falquián —. Os habéis dejado olvidadas las tiendas.

Capitulo veintitrés

La tierra de los keloi era un vasto prado indiviso que jamás había arañado un arado. Los vientos otoñales barrían aquel inacabable pastizal bajo un cielo encapotado, susurrando un canto mortuorio por el extinto verano. Cabalgaban en dirección este hacia un elevado pináculo rocoso que sobresalía en el centro de la llanura, arrebujados en las capas para resguardarse del árido frío y con el ánimo ensombrecido por la interminable penumbra.

Al llegar al rocoso promontorio al atardecer, descubrieron que en sus alrededores reinaba una frenética actividad. Kring, que se había adelantado para reunir a los keloi, salió a recibirlos a caballo, con la cabeza cubierta con un tosco vendaje.

— ¿Qué os ha ocurrido, amigo Kring? — le preguntó Tynian.

— Ha habido una ligera insatisfacción en lo referente al plan de sir Bevier — respondió tristemente Kring —. Uno de los disidentes me ha atacado por la espalda.

— Nunca hubiera imaginado que un guerrero keloi hiciera tal cosa.

— Desde luego que no lo hacen, pero mi agresor ha sido una mujer. Una dama keloi de alta posición social se me ha acercado disimuladamente por detrás y me ha golpeado la cabeza con una olla.

— Espero que la hayáis castigado como se merece.

— De ningún modo podía hacerlo, amigo Tynian, porque se trata de mi propia hermana. Nuestra madre jamás me habría perdonado que le diera una azotaina a esa mocosa. A ninguna de las mujeres les ha complacido la idea de sir Bevier, pero mi hermana ha sido la única que se ha atrevido a reconvenirme.

— ¿Temen por su propia seguridad? — inquirió Bevier.

— Por supuesto que no. Son valientes como leonas. Lo que las preocupa es que una de ellas vaya a quedarse a cargo del campamento femenino. Las mujeres keloi son muy susceptibles en lo que respecta a la categoría de cada cual. Todos los varones han calificado de espléndida la idea, pero las mujeres... — Abrió los brazos en ademán de impotencia —. ¿Dónde está el hombre capaz de llegar a entender a una mujer? — Entonces irguió los hombros y se centró en cuestiones de interés concreto —. He ordenado a mis lugartenientes la organización del campamento. Dejaremos una fuerza mínima aquí y los demás cabalgaremos ostentosamente hacia Zemoch como si tuviéramos la intención de invadirlo. Por la noche iremos regresando de poco en poco en destacamentos y nos apostaremos en las colinas de los alrededores para esperar a los zemoquianos. Vosotros vendréis con nosotros y os separaréis discretamente al llegar a la frontera.

— Un plan muy sensato, amigo Kring — aprobó Tynian.

— Yo había pensado más o menos lo mismo. — Kring sonrió —. Venid, amigos míos. Os llevaré a las tiendas de mi clan. Estamos asando un par de bueyes para la cena. Tomaremos la sal

juntos y hablaremos de negocios. — Pareció recordar algo —. Amigo Stragen — dijo —, vos conocéis a esa Mirtai mejor que el resto de nuestros amigos. ¿Es habilidosa en el arte de la cocina?

— Nunca he comido nada que hubiera preparado ella, domi — admitió Stragen —. Pero, en una ocasión, nos relató un viaje que había hecho a pie cuando era una muchacha. Según tengo entendido, se alimentó básicamente de carne de lobo.

— ¿De lobo? ¿Y cómo se cocina un lobo?

— No creo que lo hiciera. Supongo que tendría prisa y que lo comería tal como venía.

— ¿Se lo comió crudo? — inquirió, asombrado, Kring, después de tragar saliva —. ¿Cómo se las arregló para atraparlo?

— Lo más probable es que lo persiguiera y lo abatiera — repuso el thalesiano, con un encogimiento de hombros —. Después le arrancó los bocados más apetecibles y se los comió sin parar de correr.

— ¡Pobre lobo! — exclamó Kring. Entonces miró con suspicacia al ladrón thalesiano —. ¿Es una invención vuestra, Stragen? — preguntó.

— ¿Una invención? — Los azules ojos de Stragen traslucían la misma inocencia que los de un niño.

Al día siguiente se pusieron en camino al alba y Kring situó su caballo junto al de Falquián.

— Stragen sólo trataba de tomarme el pelo anoche, ¿verdad, Falquián? — inquirió con semblante preocupado.

— Sin duda — repuso Falquián —. Los thalesianos son un poco raros y tienen un sentido del humor bastante peculiar.

— Sin embargo, ella sería capaz de hacerlo — declaró Kring con tono de admiración —. Abatir un lobo y comérselo crudo, quiero decir.

— Supongo que podría hacerlo si se lo propusiera — reconoció Falquián —. Veo que todavía pensáis en ella.

— Casi no pienso en otra cosa, Falquián. He intentado olvidarla, pero todo es en vano. — Suspiró —. Mi gente no la aceptaría nunca, me temo. Sería más fácil si mi posición no fuera tan prominente, pero, si me caso con ella, será la doma de los keloi, la pareja del domi, y la jefa de las mujeres. Las otras mujeres se concomerían de celos y hablarían mal de ella a sus maridos. Luego los hombres la criticarían en nuestros consejos, y yo tendría que matar a muchos de los amigos que conservo desde la infancia. Su presencia entre nosotros destruiría la unidad de mi pueblo. — Volvió a suspirar —. Tal vez pueda componérmelas para que alguien me mate en la guerra que se avecina. De esa forma evitaría tener que elegir entre la obligación y el amor. — Enderezó la espalda —. Basta de pláticas femeninas — se atajó —. Después de haber aniquilado la fuerza principal de los zemoquianos, asolaremos las tierras lindantes de un lado y otro de la frontera y así los zemoquianos andarán escasos de tiempo para ocuparse de vos y vuestros amigos. Es muy fácil despistar a los zemoquianos. Les destruiremos los templos e ídolos, que es algo que, por alguna misteriosa razón, los pone fuera de sí.

— Habéis estudiado detenidamente la estrategia a seguir, ¿no es cierto, Kring?

— Siempre es aconsejable saber adonde se encamina uno, Falquián. Cuando nos dirijamos al este, tomaremos el camino que lleva a la ciudad zemoquiana de Vileta. Escuchadme con atención, amigo mío. Éstas son las instrucciones que necesitaréis para encontrar ese paso que os mencioné. — Entonces dio una explicación del camino que habían de seguir, especificando señales y distancias —. Eso es todo, más o menos, amigo Falquián — concluyó —. Ojalá pudiera hacer más por vos. ¿Estáis seguro de que no querríais que fuera con vosotros junto con unos cuantos miles de jinetes?

—No me importaría seguir en vuestra compañía — reconoció Falquián —, pero una fuerza de tales dimensiones atraería demasiado la atención y ello nos retrasaría. Tenemos amigos en las llanuras de Lamorkand que cuentan con que nosotros lleguemos al templo de Azash antes de que los zemoquianos los arrollen.

— Lo entiendo perfectamente, amigo Falquián.

Cabalgaron hacia oriente durante dos días, al cabo de los cuales Kring informó a Falquián que a la mañana debían desviarse hacia el sur.

— Os aconsejaría que partierais dos horas antes del amanecer, amigo Falquián — dijo —. Si algún explorador zemoquiano os viera a vos y a vuestros amigos abandonando el campamento con luz del día, podría sentir curiosidad y seguiros. Dado que el terreno es bastante llano en dirección sur, no incurriréis en gran peligro cabalgando a oscuras por él. Os aguarda un largo viaje. Rezaremos por vosotros... cuando no estemos ocupados matando zemoquianos.

La luna se elevaba entre las nubes dispersas cuando Falquián salió de su pabellón para respirar aire fresco. Stragen lo siguió.

— Hermosa noche — comentó el esbelto y rubio thalesiano con su resonante voz.

— Un poco fría, no obstante — replicó Falquián.

— ¿Quién querría vivir en una tierra donde siempre fuera verano? No creo que os vea cuando partáis, Falquián, pues no soy muy madrugador que se diga. — Stragen introdujo la mano bajo el jubón y sacó un pliego de papel algo más grueso que los que le había entregado previamente —. Éste es el último — dijo, tendiéndoselo —. He concluido la tarea que me encomendó la reina.

— La habéis cumplido bien, Stragen... supongo.

— Reconocedme un poco más de mérito, Falquián. He hecho exactamente lo que Ehlana me ordenó.

— Os habríais ahorrado muchas leguas de ir a caballo si me hubierais dado todas las cartas de una vez.

— No me ha importado en absoluto hacer el viaje. Os tengo bastante aprecio a vos y a vuestros amigos... No tanto como para emular vuestra apabullante nobleza, por supuesto, pero me caéis bien.

— Yo también os aprecio, Stragen... No tanto como para fiarme de vos, claro está, pero una cosa no quita la otra.

— Gracias, caballero — dijo Stragen, con una burlona reverencia.

— No hay de qué, milord. — Falquián sonrió.

— Tened cuidado en Zemoch, amigo mío — le recomendó en serio Stragen —. Profeso una gran estima por vuestra voluntariosa reina y preferiría que no le partierais el corazón cometiendo alguna insensatez. Otro consejo: si Talen os dice algo, prestadle atención. Sé que sólo es un chiquillo... y un ladrón de mucho cuidado... pero posee una aguda intuición y una extraordinaria capacidad mental. No sería descabellado afirmar que es la persona más inteligente que ambos hemos conocido. No perdáis, Falquián. No me atrae mucho la idea de postrarme ante Azash. — Esbozó una mueca —. Pero ya basta de dejarme llevar por mi vena sensiblera. Volvamos adentro y descorchemos un par de botellas para brindar por los viejos tiempos... a menos que queráis leer el correo.

— Me parece que lo reservaré para más adelante. Puede que en Zemoch me asalte el abatimiento y necesite algo para levantarme el ánimo.

Las nubes habían vuelto a empañar la luna cuando se reunieron antes de que clarease el día. Falquián expuso el bosquejo de la ruta a seguir, insistiendo en las marcas en el terreno que Kring había especificado, y después montaron y se alejaron del campamento. La oscuridad era tan densa que resultaba prácticamente impenetrable a la mirada.

— Podríamos estar dando vueltas en círculos — se quejó Kalten con algo de mal humor en la voz.

Kalten, que se había quedado despierto hasta altas horas de la noche con los keloi, tenía los ojos enrojecidos y las manos paralizadas cuando Falquián lo había despertado.

— Limitaos a seguir cabalgando, Kalten — le indicó Sephrenia.

— Claro — contestó sarcásticamente —, ¿pero hacia qué lado?

— En sentido suroeste.

— Fantástico, pero ¿dónde queda el suroeste?

— En esa dirección. — Apuntó a lo lejos en las tinieblas.

— ¿Cómo lo sabéis?

La mujer habló rápidamente en estirio durante un momento.

— Ya está — concluyó —. Con eso deberíais comprenderlo todo.

— Pequeña madre, no he entendido ni una palabra de lo que habéis dicho.

— No es culpa mía, querido.

El alba tardó en llegar esa mañana, entorpecida por las acumulaciones de nubes, particularmente densas por levante. Al cabo de un rato, comenzaron a distinguir los contornos de unos recortados picos que se alzaban a varias leguas de distancia por el este..., picos que sólo podrían hallarse en Zemoch.

A última hora de la mañana, Kurik refrenó el caballo.

— Ahí está esa cumbre roja que habéis mencionado, Falquián — anunció, señalándola.

— Parece como si estuviera sangrando, ¿no es cierto? — observó Kalten —. ¿O serán mis ojos que lo ven así?

— Un poco de cada cosa tal vez, Kalten — apuntó Sephrenia —. No debisteis beber tanta cerveza anoche.

— Debisteis darme ese consejo anoche, pequeña madre — replicó lúgubremente el caballero.

— Muy bien, caballeros — llamó la atención de todos la mujer —, es hora de que mudéis la vestimenta. Vuestra armadura sería demasiado ostentosa en Zemoch. Poneos las cotas de mallas si lo consideráis imprescindible, pero tengo reservado un sayo estirio para cada uno de vosotros. Cuando os hayáis cambiado, os modificaré la cara.

— Yo estoy ya más o menos acostumbrado a la mía — objetó Ulath.

— Puede que vos sí, Ulath, pero a los zemoquianos quizá los asuste un poco.

Los cinco caballeros y Berit se desprendieron de sus ceremoniosas armaduras — los caballeros con evidente alivio y Berit con manifiesto pesar — y las sustituyeron por las cotas de mallas, escasamente menos incómodas, y los sayos estirios.

— Conservad los cintos de las espadas sobre los sayos por el momento — indicó Sephrenia, tras observarlos con mirada enjuiciadora —. Dudo que los zemoquianos tengan realmente una costumbre establecida respecto a la forma de llevar puestas las armas. Si más tarde descubrimos que mi previsión es errónea, realizaremos un ajuste. Ahora, quedaos quietos todos. — Fue deteniéndose frente a cada uno de ellos, tocándoles la cara y repitiendo el mismo encantamiento estirio en cada caso.

— Me parece que no ha funcionado, lady Sephrenia — señaló Bevier, mirando a sus compañeros —. Yo los veo igual que antes.

— No estoy tratando de disfrazar su aspecto de cara a vos, Bevier. — Sonrió y luego se dirigió a su alforja y sacó un pequeño espejo —. Así es como os verán los zemoquianos — dijo, entregándoselo.

Bevier lanzó una ojeada y luego cruzó los dedos, como si ahuyentara a los demonios.

— ¡Dios mío! — exclamó —. ¡Estoy horrible!

Se apresuró a tender el espejo a Falquián y éste examinó con cuidado su rostro extrañamente alterado. Su pelo seguía igual de negro, pero su atezada piel había adquirido la palidez característica de la raza estiria. Tenía, además, las cejas y los pómulos mucho más prominentes, no exentos de cierta tosquedad. Advirtió con cierto desencanto que Sephrenia le había dejado la nariz tal como estaba. Por más que se dijera a sí mismo que en realidad no le importaba la nariz rota, hubo de reconocer que había sentido curiosidad por ver cuál sería su aspecto teniéndola derecha.

— Os he hecho adoptar la apariencia de estirios de pura cepa — señaló la mujer —. Estos son bastante comunes en Zemoch y yo me siento más a gusto con ellos. Por algún motivo, me repugna la imagen de un mestizo de elenio y estirio.

Entonces alargó el brazo derecho, habló unos minutos en estirio y luego gesticuló. Una oscura tira en espiral muy semejante a un tatuaje le envolvió el antebrazo y la muñeca para culminar en la palma de la mano en una representación asombrosamente natural de la cabeza de una serpiente.

— Supongo que esto tendrá algún sentido — comentó Tynian, observando aquella marca lleno de curiosidad.

— Desde luego. ¿Nos vamos?

La frontera entre Kelosia y Zemoch estaba mal definida y el único punto de referencia que ofrecía era una serpenteante línea en la que finalizaba la crecida hierba, dando paso por el este a un suelo rocoso y árido de vegetación raquítica. El oscuro lindero de un bosque de coníferas se recortaba a poco más de un kilómetro, en lo alto de la escarpada ladera ante la que se hallaban. Cuando habían recorrido tal vez la mitad de esa distancia, una docena de jinetes vestidos con sucios sayos blancos surgió de entre los árboles y se aproximó a ellos.

— Yo me ocuparé de esto — anunció Sephrenia —. No digáis nada y tratad de ofrecer un aspecto amenazador.

Los zemoquianos tiraron de las riendas. Algunos tenían aquellas facciones estirias que recordaban a una estatua no del todo acabada; otros podían pasar fácilmente por elenios, y el resto parecía ser un malsano cruce de ambas razas.

— Gloria al temible dios de los zemoquianos — entonó su cabecilla en una corrompida lengua híbrida de estirio y elenio en la que se conjugaban los peores rasgos de ambos idiomas.

— No habéis pronunciado su nombre, kedjek — le hizo notar fríamente Sephrenia.

— ¿Cómo sabía el nombre de ese tipo? — susurró Kalten a Falquián, demostrando que comprendía mejor el estirio de lo que lo hablaba.

— «kedjek» no es un nombre — repuso Falquián —, sino un insulto.

— ¡Las mujeres y los esclavos no hablan en ese tono a los miembros de la guardia imperial! — espetó el zemoquiano con tez aún más pálida de lo habitual y ojos entornados en expresión de odio.

— Guardia imperial — se mofó con desprecio Sephrenia —. Ni vos ni ninguno de vuestros hombres serviríais ni para componer una verruga en el cuerpo de un guardia imperial. Pronunciad el nombre de nuestro dios para que yo sepa que profesáis la auténtica fe. Decidlo, kedjek, o moriréis.

— Azash — murmuró el hombre con actitud insegura.

— Su nombre es mancillado por la lengua que lo pronuncia — dijo ella —, pero a Azash le divierte a veces la profanación.

— Tengo órdenes de reclutar al pueblo — declaró, enderezando la espalda, el zemoquiano —. Está próximo el día en que el bendito Otha descargará su puño para aplastar y esclavizar a los infieles de Occidente.

— Obedeced pues. Proseguid con vuestro trabajo. Sed diligente, pues Azash castiga la falta de celo con atroces sufrimientos.

— No necesito que me dé lecciones una mujer — replicó secamente —. Preparaos para llevar a vuestros criados al lugar donde va a librarse la guerra.

— Vuestra autoridad no es aplicable a mí. — La estiria alzó la mano derecha, con la palma encarada hacia él, y las marcas de su antebrazo y muñeca parecieron retorcerse y encresparse al tiempo que la imagen de la cabeza de serpiente emitía un silbido, moviendo velozmente la viperina lengua —. Tenéis permiso para saludarme — señaló.

El zemoquiano se echó atrás, con el rostro desencajado a causa del terror. Dado que el ritual de salutación estirio exigía besar las palmas de las manos, el «permiso» de Sephrenia era una clara invitación al suicidio.

— Perdonadme, suprema sacerdotisa — imploró con voz temblorosa el hombre.

— Me parece que no — contestó sin miramientos la mujer. Miró a los otros zemoquianos, que tenían los ojos desorbitados por el horror —. Este manojo de basura me ha ofendido — les dijo —. Obrad según es costumbre.

Los zemoquianos desmontaron a toda prisa, bajaron del caballo a su cabecilla y, venciendo su resistencia, lo decapitaron en el acto. Sephrenia, que normalmente habría presenciado con repulsión tal muestra de salvajismo, observó la escena con expresión imperturbable.

— Adecuado — aprobó sin entusiasmo —. Exponed lo que resta de él según la manera habitual

y continuad con vuestro trabajo.

— Ah.. eh... temible sacerdotisa — tartamudeó uno de ellos —, ahora no tenemos jefe.

— Vos habéis hablado y por lo tanto vos tomaréis el mando. Si actuáis como es debido, seréis recompensado. Si obráis mal, en vuestra mente llevaréis el castigo. Ahora quitad a esta carroña de mi paso.

— Apretó los talones contra los flancos de Ch'iel y la esbelta yegua blanca echó a andar, evitando delicadamente pisar los charcos de sangre que había en el suelo.

— El que ostenta el mando entre los zemoquianos parece estar sujeto a ciertos riesgos — comentó Ulath a Tynian.

— Así es — convino Tynian.

— ¿Realmente teníais que hacerle eso, lady Sephrenia? — preguntó Bevier con tono consternado.

— Sí. El zemoquiano que ofende a los sacerdotes es castigado siempre, y en Zemoch sólo existe un castigo.

— ¿Cómo habéis conseguido que se moviera el dibujo de la serpiente? — inquirió Talen, trasluciendo cierto temor en la mirada.

— No se ha movido — respondió la mujer —. Sólo ha parecido que se movía.

— Entonces no lo habría mordido de veras, ¿no es cierto?

— Él habría creído que sí, y el resultado habría sido el mismo.¿Hasta dónde os ha indicado Kring que nos adentráramos en este bosque, Falquián?

— Aproximadamente el trecho recorrido en una jornada — repuso el caballero —. Nos desviaremos hacia el sur en el linde oriental de la foresta, justo antes de llegar a las montañas.

— Pongámonos en marcha pues.

Todos estaban un tanto impresionados por la aparente transformación de Sephrenia. La despiadada arrogancia que había manifestado durante el encuentro con los zemoquianos había sido tan radicalmente diferente de su comportamiento normal que incluso los había asustado un poco también a ellos. Cabalgaron entre la penumbra del bosque abatidos y en silencio, lanzando frecuentes miradas en dirección a la mujer, hasta que al cabo ésta refrenó su palafrén.

— ¿Vais a parar de mirarme así? — les dijo cáusticamente —. No me han salido dos cabezas. Estoy representando el papel de una sacerdotisa zemoquiana y obrando tal como lo haría una sacerdotisa de Azash. Cuando uno imita a un monstruo, debe hacer a veces cosas monstruosas. Prosigamos. Contadnos una historia, Tynian, para apartar de nuestras mentes este desagradable incidente.

— Sí, pequeña madre — acordó el deirano de ancho rostro. Falquián había advertido que, tal vez de modo inconsciente, todos habían adoptado aquella forma de tratamiento para dirigirse a ella.

Acamparon en el bosque esa noche y reemprendieron camino a la mañana siguiente bajo un cielo todavía nublado. El aire era cada vez más frío conforme iban ascendiendo. Alrededor de mediodía llegaron al linde oriental de la foresta y giraron hacia el sur, aunque permanecieron bajo su espesura a unos cien metros del linde para aprovechar el resguardo que ofrecía a las miradas.

Tal como había indicado Kring a Falquián, a última hora del día encontraron una gran arboleda afectada por una plaga. Los desnudos troncos muertos de los árboles se sucedían en la ladera de la montaña semejando una leprosa cascada, hediondos e infestados de hongos, ocupando una franja de una legua de ancho.

— Este sitio tiene el aspecto... y el olor... de las afueras del infierno — observó Tynian con voz sombría.

— Quizá se deba al tiempo nuboso — apuntó Kalten.

— No creo que los rayos del sol mejoren mucho la impresión que causa —disintió Ulath.

— ¿Qué puede haber dejado baldía una región tan extensa? — preguntó Bevier con un estremecimiento.

— La tierra en sí está enferma — respondió Sephrenia —. No nos demoremos demasiado en este

bosque maldito, queridos. Aunque un hombre no es un árbol, el nocivo miasma de este lugar no puede ser saludable.

— Nos queda poco rato de luz del día, Sephrenia — señaló Kurik.

— Eso no constituirá un problema. Dispondremos de luz suficiente para seguir cabalgando después de que haya anochecido.

— ¿Qué hizo enfermar a la tierra, lady Sephrenia? — inquirió Berit, mirando a su alrededor los blancos árboles que se erguían sobre el contaminado suelo como implorantes manos esqueléticas.

— No hay modo de saberlo, Berit, pero la fetidez de este paraje es el hedor de la muerte. Es posible que en el subsuelo se hallen horrores que no alcanza a definir la imaginación. Apuremos el paso para dejar atrás este lugar.

El cielo se oscureció con la proximidad del crepúsculo, pero, al cerrar la noche, los secos árboles comenzaron a despedir en torno a sí un repulsivo resplandor verdusco.

— ¿Estáis provocándola vos, Sephrenia? — preguntó Kalten —. La luz, quiero decir.

— No — respondió ésta —. La luz no tiene nada que ver con la magia.

— Debí haberlo recordado — dijo Kurik, riendo con cierto pesar.

— ¿Recordar el qué? — se interesó Talen.

— Los troncos podridos y sustancias parecidas a veces brillan en la oscuridad.

— No lo sabía.

— Has pasado demasiado tiempo en las ciudades, Talen.

— Uno tiene que ir al sitio donde están los clientes. — El chiquillo se encogió de hombros —. No se saca demasiado beneficio estafando a las ranas.

Continuaron cabalgando en el transcurso de las primeras horas de la noche entre aquel tenue relumbre verdoso, con la nariz y la boca embozadas con la capa, y poco antes de medianoche llegaron a una empinada loma cubierta de árboles. Prosiguieron un trecho y después asentaron el campamento en un hondo barranco donde el aire nocturno se les antojó dulce y puro tras interminables horas de soportar la fetidez de aquel bosque muerto.

La perspectiva que se presentó ante ellos a la mañana siguiente cuando coronaron la loma no era mucho más alentadora, pues, si el día anterior había estado presidido por una blancura de muerte, lo que les aguardaba aquella jornada era también una expresión de muerte, aun cuando su tono predominante fuera esta vez negro.

— ¿Qué diantre es esto? — exclamó Talen, observando la bullente extensión de negro fango de apariencia pegajosa.

— Las ciénagas de alquitrán que mencionó Kring — respondió Falquián.

— ¿Podemos rodearlas?

— No. El alquitrán se filtra por la pared de un acantilado y las ciénagas se prolongan varias leguas hasta las colinas que hay al pie de las montañas.

Las ciénagas, semejantes a grandes charcos de reluciente y resbaladiza humedad burbujeante, se extendían hasta una estribación rocosa de la que los separaban tal vez unos ocho kilómetros. Cerca de la otra orilla se elevaba un penacho de llama azulada casi tan alto como la aguja que remataba la catedral de Cimmura.

— ¿Cómo vamos a cruzar esto? — se desesperó Bevier.

— Con mucho cuidado, diría yo — replicó Ulath —. He atravesado en varias ocasiones terrenos de arenas movedizas en Thalesia. Hay que desperdiciar un montón de tiempo tanteando con un palo... que sea bien largo, a ser posible.

— Los keloi tienen marcado el camino — les aseguró Falquián —. Clavaron estacas en tierra firme.

— ¿Y en qué lado de las estacas se supone que debemos poner el pie? — inquirió Kalten.

— Kring no lo especificó — contestó Falquián con despreocupación —. Imagino, no obstante, que no habremos recorrido mucho trecho antes de averiguarlo.

Bajaron la pendiente y se introdujeron con prudencia en el untuoso cenagal negro. Falquián

comenzó a experimentar un ligero mareo al cabo de poco debido al aire cargado, impregnado de penetrante olor a nafta que flotaba sobre el lodazal.

Siguieron avanzando pesadamente, al paso lento que dictaba la necesaria cautela, mientras a su alrededor surgían de las profundidades unas grandes y viscosas burbujas que estallaban produciendo extraños sonidos. Ya cerca de la ribera sur, pasaron junto al ardiente pilar, una columna de llamas azules que brollaba con flujo incesante de las entrañas de la tierra, y a partir de allí el terreno comenzó a elevarse y pronto se hallaron fuera de la ciénaga. Tal vez fuera el calor de los hirvientes gases que emanaban de la tierra lo que hizo el contraste tan patente, pero, cuando los hubieron dejado atrás, notaron el aire mucho más frío.

— Se avecina mal tiempo — predijo Kurik —. Probablemente lluvia al principio, pero creo que después va a nevar.

— Ningún viaje entre montañas es completo sin nieve — observó Ulath.

— ¿Qué señal debemos reconocer ahora? — preguntó Tynian a Falquián.

— Ésa — respondió éste, apuntando a un elevado peñasco cuya cara recorrían anchas vetas amarillas—. Kring da unas instrucciones excelentes. — Miró al frente y vio un árbol con un trozo de corteza arrancada —. Estupendo — dijo —. El sendero que lleva al desfiladero está marcado. Sigamos cabalgando antes de que empiece a llover.

El desfiladero era en realidad el antiguo lecho de un riachuelo. El clima de Eosia había cambiado con el correr de las eras y, a medida que Zemoch se volvía más y más árido, el riachuelo que había labrado pacientemente el angosto paso había ido secándose hasta no quedar más recuerdo de él que el empinado barranco que surcaba la imponente pared de roca.

Tal como había pronosticado Kurik, la lluvia se inició al caer la tarde en forma de una constante llovizna que acabó por impregnarlo todo.

— Sir Falquián — llamó Berit desde atrás —, me parece que deberíais darle una mirada a esto. Falquián tiró de las riendas y volvió sobre sus pasos.

— ¿De qué se trata, Berit?

Berit señaló hacia poniente, donde el sol no era más que un disco de un gris apenas más claro que el del resto del encapotado cielo. En el centro de aquella esfera más pálida flotaba una amorfa nube negra como el carbón.

— Está moviéndose en dirección contraria, sir Falquián — señaló Berit —. El resto de las nubes se desplazan hacia el oeste y ésta viene en dirección este, justo hacia nosotros. Es parecida a aquella en la que se escondían esos hombres del alba, ¿no es cierto? Aquella que estaba siguiéndonos...

— En efecto, Berit — reconoció Falquián, sintiendo que se le encogía el corazón —. ¡Sephrenia! — llamó.

La mujer se reunió con ellos.

— Ahí está de nuevo — le comunicó Falquián, apuntándola con el dedo.

— Ya veo. ¿No esperaríais que se fuera sin más, Falquián?

— Confiaba en que así sería. ¿Podemos hacer algo?

— No.

— Entonces continuaremos avanzando — decidió con aire resuelto.

Con la luz menguante del atardecer, siguieron lentamente el curso del empinado barranco que serpenteaba por la roca. Al doblar una pronunciada curva, vieron un desprendimiento de roca, que estrictamente hablando no era tal, sino una pared desplomada: un lugar donde la cara sur de la quebrada se había desgajado y caído en el cauce, cegándolo, al parecer, por completo.

— Esto es bastante intimidante —observó Bevier—. Espero que Kring os diera buenas indicaciones, Falquián.

— Se supone que debemos torcer a la izquierda aquí — les comunicó Falquián —. Encontraremos una maraña de ramas, troncos y maleza en el lado inferior del desprendimiento, pegada a la cara norte del barranco, que oculta la entrada de un pasadizo subterráneo. Los keloi lo utilizan cuando van a Zemoch en busca de orejas.

— Vayamos a mirar — propuso Kalten, enjugándose la cara.

En la penumbra que preludiaba la noche, la pila de árboles cortados y arbustos enredados presentaba el aspecto genuino de una fortuita acumulación de madera flotante y detritos que en todo barranco arrastran consigo las crecidas de la primavera. Talen desmontó, trepó por un tronco inclinado y se asomó a una oscura brecha que se abría entre la broza.

— Hola — gritó. El sonido de su voz retornó como un eco.

— Probemos a ver si responde alguien — sugirió Tynian.

— Lo hemos encontrado, Falquián — anunció el chico —. Hay un gran espacio hueco detrás de esta pila.

— Pongámonos manos a la obra, entonces — sugirió Ulath, lanzando una mirada al lluvioso y plomizo cielo —. Podríamos pasar la noche allá adentro — añadió —. Sería un refugio contra las inclemencias del tiempo, y, de todas formas, ya está anocheciendo.

Compusieron yugos con troncos de árboles desperdigados y utilizaron los mulos de carga para apartar la maraña de troncos y arbustos. La boca del pasadizo era triangular, dado que el lado exterior se apoyaba contra la cara norte de la quebrada, y su interior era angosto y olía a humedad.

— Está seco — apreció Ulath —, y a buen recaudo de las miradas. Podríamos adentrarnos un poco más y encender fuego. Si no nos secamos la ropa, estas cotas de mallas van a estar completamente oxidadas mañana por la mañana.

— Tapemos antes la abertura — aconsejó Kurik, si bien del tono de su voz se desprendía que no abrigaba grandes esperanzas de que la pila de maleza fuera a cortar el paso a la oscura nube que venía siguiéndolos desde Thalesia.

Después de cubrir el agujero, encendieron antorchas y caminaron unos cien metros por la estrecha galería hasta un lugar donde ésta se ensanchaba.

— ¿Os parece bien aquí? — preguntó Kurik.

— Al menos está seco — aprobó Kalten. Removió con el pie el arenoso suelo del pasadizo y desenterró un pedazo de descolorida madera —. Puede que incluso encontremos leña suficiente para encender fuego.

Se instalaron para hacer noche en aquel reducido refugio y pronto tuvieron encendida una pequeña fogata.

—Continúa varios cientos de metros más allá — informó Talen, que había ido a explorar lo que restaba del corredor —. El otro extremo está tapado con maleza igual que el de abajo. Kring disimula con mucho cuidado la existencia de este pasadizo.

— ¿Qué tiempo hace en el otro lado? — preguntó Kurik.

— Está cayendo aguanieve, padre.

— Parece que estaba en lo cierto. Oh, bueno, supongo que no será la primera vez que tengamos que soportar un temporal de nieve.

— ¿A quién le toca preparar la cena? — inquirió Kalten.

— A vos — le respondió Ulath.

— No puede ser que me toque otra vez a mí.

— Lo siento, pero así es.

Kalten se fue refunfuñando hacia las alforjas y se puso a revolver desordenadamente su contenido.

La cena consistía en las raciones que solían comer en sus viajes los keloi: cordero ahumado, pan moreno y una espesa sopa elaborada con guisantes secos, todo muy nutritivo, aunque de sabor poco espectacular. Cuando acabaron de comer, Kalten comenzó a retirar los restos. Estaba recogiendo los platos cuando se paró de repente.

— Ulath... — dijo con tono de sospecha.

— ¿Sí, Kalten?

— En todo el tiempo que llevamos viajando juntos no os he visto cocinar más de un par de veces.

— No, seguramente no.

— ¿Y cuándo os toca a vos el turno?

— No me toca. Mi trabajo es llevar la cuenta de los turnos de cada cual. No iríais a esperar que hiciera eso y además cocinara, ¿verdad? No sería justo.

— ¿Quién os designó para el cargo?

— Me presenté voluntario. Es lo que se espera de un caballero de la Iglesia a la hora de realizar una tarea desagradable. Ése es uno de los motivos por los que la gente nos tiene tanto respeto.

Permanecieron sentados alrededor del fuego, contemplando las llamas con ánimo sombrío.

— Son días como éste los que me inducen a interrogarme por qué adopté la profesión de caballero — comentó Tynian —. Cuando era más joven tuve oportunidad de seguir la carrera de abogado, pero, como pensé que sería aburrido, elegí esta vida. No sé por qué lo haría.

Sonó un murmullo general de asentimientos.

— Caballeros — les llamó la atención Sephrenia —, desterrad de la mente esta clase de pensamientos. Ya os he dicho antes que, si nos ponemos melancólicos o cedemos a la desesperación, caeremos directamente en manos de nuestros enemigos. Ya es suficiente con tener una nube oscura cernida sobre nuestras cabezas. No agreguemos a ella nubarrones de creación propia. Cuando la luz vacila, las tinieblas obtienen la victoria.

— Si lo que intentáis es animarnos, adoptáis un enfoque muy raro, Sephrenia — observó Talen.

— Tal vez he exagerado un poco — concedió con una tenue sonrisa —. Lo cierto es, queridos, que todos debemos estar prevenidos. Debemos precavernos contra la depresión, el desaliento y, sobre todo, la melancolía. La melancolía es una forma de locura.

— ¿Qué debemos hacer? — le preguntó Kalten.

— Es muy sencillo, Kalten — le contestó Ulath —. Vos observáis atentamente a Tynian y, en cuanto empiece a comportarse como una mariposa, avisáis a Falquián. Yo os vigilaré a vos para ver si presentáis síntomas de querer convertiros en rana. En el momento en que comencéis a intentar cazar moscas con la lengua, sabré que estáis perdiendo la noción de la realidad.

Capítulo veinticuatro

La llovizna que se filtraba arremolinada por el angosto pasadizo llevaba consigo copos de nieve casi tan grandes como monedas. Los cuervos permanecían encaramados en las ramas, chorreando, y lanzando miradas de mal agüero. Aquélla era una de esas mañanas que reclamaban a voz en grito consistentes paredes, un techo firme y un alegre fuego, pero, dado que tales comodidades se hallaban fuera del alcance de los caballeros, Falquián y Kurik siguieron arrastrándose hasta el corazón de la espesura de enebros y aguardaron.

— ¿Estás seguro? — susurró Falquián a su escudero.

— Era humo sin lugar a dudas, Falquián — repuso en voz baja Kurik —, y alguien estaba friendo tocino, que seguro que se le ha quemado.

— No nos queda más remedio que esperar —se resignó Falquián—. No quiero darme de bruces con nadie. — Trató de modificar la posición en que se encontraba, pero estaba encajado entre dos achaparrados árboles.

— ¿Qué ocurre? — susurró Kurik.

— Me está goteando el agua de una rama directamente en la nuca.

— ¿Cómo os sentís, mi señor? — inquirió Kurik, después de dirigirle una larga e inquisitiva mirada.

— Mojado. Gracias por preguntarlo, de todos modos.

— Ya sabéis a qué me refiero. Una de mis obligaciones es ocuparme de vuestro bienestar. Vos sois la pieza clave de esta expedición. No importa que los demás caigamos en la autoconmiseración, pero si vos comenzáis a tener dudas y temores, todos saldremos malparados.

— Sephrenia muestra a veces los mismos instintos maternales que una gallina clueca.

— Os quiere mucho, Falquián. Es natural que se preocupe.

— Ya estoy grandecito, Kurik. Incluso estoy casado.

— Vaya, me parece que tenéis razón. ¡Qué raro que no me hubiera dado cuenta!

— Muy gracioso.

Aguardaron, aguzando el oído, pero no oyeron más que el sonido del agua que goteaba de las ramas.

— Falquián — dijo al cabo Kurik.

— ¿Sí?

— Si me ocurriera algo, vos cuidaréis de Aslade, ¿verdad? Y de los chicos.

— No va a sucederte nada, Kurik.

— Espero que no, pero de todas formas necesito saberlo.

— Vas a cobrar una pensión... bastante suculenta, por cierto. Hasta puede que tenga que vender algunos acres para pagártela. A Aslade no le va a faltar nada.

— Eso suponiendo que también vos salgáis con vida de ésta — señaló irónicamente Kurik.

— No tienes por qué inquietarte por eso, amigo mío. Está en mi testamento. Vanion se ocupará de ello... o Ehlana.

— Pensáis en todo, ¿eh, Falquián?

— Tengo una profesión peligrosa y estoy más o menos obligado a tomar ciertas disposiciones... por si se presentara algún accidente. —Falquián sonrió a su amigo—. ¿Has sacado a colación este tema con el incomprensible propósito de levantarme el ánimo?

— Sólo quería saberlo, nada más — respondió Kurik —. Es mejor tener paz de espíritu en lo concerniente a estas cuestiones. Aslade podría entonces dar un oficio a los muchachos.

— Tus hijos ya tienen reservado un oficio, Kurik.

— ¿De granjeros? Es una ocupación un poco incierta.

— No me refería a eso. He hablado con Vanion de ellos. Tu hijo mayor probablemente entrará como novicio cuando hayamos concluido este viaje.

— Eso es ridículo, Falquián.

— No tanto. La orden pandion necesita siempre hombres valientes y honrados, y, si han salido a su padre, tus hijos son inmejorables. Te hubiéramos armado caballero a ti hace años, pero nunca me has dejado ni plantearlo. Eres un hombre obstinado, Kurik.

— Falquián... — se dispuso a contraatacar Kurik —. ¡Se acerca alguien! — musitó.

— Esto es una tontería como una casa — declaró una voz desde el otro lado del bosquecillo en la vulgar mezcla de elenio y estirio que identificaba como zemoquiano a su propietario.

— ¿Qué ha dicho? — susurró Kurik —. No acabo de entender ese parloteo.

— Te lo diré después.

— ¿Por qué no regresas y le dices a Surkhel que es un idiota, Houna? — sugirió otra voz —. Estoy seguro de que le interesará conocer tu opinión.

— Surkhel es un idiota, Timak. Es de Korakach, y allí todos están locos o son débiles mentales.

— Cumplimos órdenes de Otha, no de Surkhel, Houna — precisó Timak —. Surkhel sólo está haciendo lo que le han encargado.

— Otha — resopló Houna —. Yo no creo que exista ningún Otha. Es una mera invención de los sacerdotes. ¿Quién lo ha visto?

— Tienes suerte de que soy amigo tuyo, Houna. Podrían arrojarte para alimento de los buitres por hablar de ese modo. No te quejes tanto. Este trabajo no es tan malo. Todo cuanto hemos de hacer es cabalgar buscando gente en una zona donde no hay nadie. Todos sus habitantes han sido reclutados y enviados a Lamorkand.

— Estoy cansado de soportar la lluvia, eso es todo.

— Puedes estar contento de que sólo sea lluvia lo que cae del cielo. Cuando nuestros amigos se enfrenten a los caballeros de la Iglesia en los llanos de Lamorkand, probablemente habrán de soportar chaparrones de fuego o de relámpagos... o de serpientes venenosas.

— Los caballeros de la Iglesia no pueden ser tan temibles — se mofó Houna —. Nosotros tenemos a Azash para protegernos.

— Hasta cierto punto — bufó Timak —. Azash hierve niños zemoquianos para dar consistencia a la sopa.

— Eso son supersticiones carentes de sentido, Timak.

— ¿Has conocido a alguien que haya ido a su templo y haya vuelto a salir?

En la lejanía sonó un agudo silbido.

— Es Surkhel — identificó Timak —. Es hora de ponernos en marcha. Me pregunto si se da cuenta de lo irritante que es ese silbido.

— Tiene que silbar, Timak. Todavía no ha aprendido a hablar. Vamonos.

— ¿Qué han dicho? — susurró Kurik —. ¿Quiénes son?

— Parece que son miembros de una especie de patrulla — repuso Falquián.

— ¿Están buscándonos? ¿Logró Martel organizar una persecución después de todo?

— Creo que no. Por lo que decían esos dos, se dedican a hacer la leva de todos los que no han ido a la guerra. Reunámonos con los demás y partamos.

— ¿De qué hablaban? — preguntó Kalten cuando se disponían a volver a ponerse en camino.

— Estaban lamentándose — respondió Falquián —. Se expresaban tal como lo hacen todos los soldados en el mundo entero. Creo que, si dejáramos al margen todas las historias de horrores que circulan, descubriríamos que los zemoquianos no son tan distintos del común de los pueblos que habitan otros lugares.

— Adoran a Azash — objetó obstinadamente Bevier —. Eso ya los convierte en monstruos de entrada.

— Temen a Azash, Bevier — lo corrigió Falquián —. Existe una gran diferencia entre el miedo y la adoración. Me parece que no hay necesidad de que nos embarquemos en una guerra de total aniquilación aquí en Zemoch. Es preciso liquidar a los fanáticos y a las tropas de élite... junto con Azash y Otha, por supuesto. Creo que después podemos dejar que el pueblo llano elija su propia teología, ya sea elenia o estiria.

— Son una raza degenerada, Falquián — insistió Bevier con terquedad —. El matrimonio mixto entre estirios y elenios es una abominación a los ojos de Dios.

Falquián suspiró, decidiendo que era inútil discutir con una persona de ideas tan archiconservadoras.

— Podemos resolver estas diferencias de punto de vista cuando haya acabado la guerra — dijo —. Ahora debemos proseguir sin faltar a la prudencia. Mantengamos los ojos bien abiertos, aunque no creo que debamos andar con paso furtivo.

Volvieron a montar y, cabalgando, salieron del desfiladero y desembocaron en una montuosa meseta en la que había diseminadas varias arboledas. Seguía lloviendo y los copos de nieve mezclados con el agua se hacían cada vez más recios a medida que avanzaban hacia el este. Esa noche acamparon en un bosquecillo de píceas, al escaso calor de la pequeña y raquítica hoguera que consiguieron encender con ramas mojadas. A la mañana siguiente, al despertar, hallaron la tierra cubierta de una capa de nieve medio derretida de un grosor de unos ocho centímetros.

— Es hora de tomar una decisión, Falquián — planteó Kurik, mirando la nieve que no cesaba de caer.

— ¿Oh?

— Podemos intentar continuar siguiendo este sendero, que no está muy bien marcado para empezar y que probablemente desaparecerá por completo dentro de una hora, o bien ponernos en camino hacia el norte. Podríamos estar en el camino de Vileta a eso de mediodía.

— Infiero que tú tienes una preferencia clara.

— Así es. No me atrae la perspectiva de vagar por tierra extraña tratando de encontrar un sendero que podría conducirnos incluso a un sitio al que no queremos ir.

— De acuerdo pues, Kurik — aceptó Falquián —. Ya que te entusiasma tanto esta segunda opción, haremos como tú dices. Lo único que me preocupaba era atravesar la zona fronteriza donde Martel pretendía tendernos emboscadas.

— Perderemos medio día — objetó Ulath.

— Perderemos mucho más tiempo si nos extraviamos por estas montañas — arguyó Falquián —. No tenemos concertada una cita a una hora determinada con Azash. Nos recibirá lleguemos cuando lleguemos.

Cabalgaron rumbo norte, hollando la licuada nieve, con el panorama de las cercanas colinas empañado por la niebla y la cortina de tupidos copos incesantemente renovados. La aguanieve iba depositándose sobre ellos, formando una capa que los calaba hasta los huesos, sumando su malestar a la tendencia sombría de su humor. Ni Ulath ni Tynian consiguieron levantarles el ánimo con las varias tentativas humorísticas realizadas y al cabo de un rato el silencio se aposentó entre ellos y cada cual se sumió en la melancolía de los propios pensamientos.

Tal como había previsto Kurik, llegaron al camino de Vileta hacia mediodía y volvieron a

adoptar rumbo este. No se veían huellas de que alguien hubiera transitado aquella ruta desde que había comenzado a nevar. El atardecer, un gradual oscurecimiento de la penumbra reinante, apenas si supuso una diferencia de matiz en aquel día presidido por la nevada. Se refugiaron para pasar la noche en un viejo corral en lastimoso estado y, como tenían por costumbre hacer en territorio hostil, dispusieron turnos de guardia.

A última hora del día siguiente pasaron Vileta, eludiendo entrar en ella, en parte porque no tenían nada que hacer en la ciudad y también para eludir riesgos inútiles.

— Está desierta — sentenció Kurik mientras cabalgaban por las afueras.

— ¿Cómo lo sabéis? — inquirió Kalten.

— No hay humo. Hace frío y todavía sigue nevando. Habrían encendido fuego.

— Oh.

— Me pregunto si se dejarían algo olvidado al marcharse — caviló Talen con ojos brillantes.

— Olvídalo — le recomendó concisamente Kurik.

La nieve disminuyó algo el día posterior y ello les devolvió el aliento, pero, cuando se despertaron a la mañana siguiente, volvía a nevar y se les vino abajo el ánimo de nuevo.

— ¿Por qué hacemos esto, Falquián? — preguntó Kalten, malhumorado, cuando el día tocaba a su fin —. ¿Por qué tenemos que ser nosotros?

— Porque somos caballeros de la Iglesia.

— Hay otros caballeros de la Iglesia. ¿No hemos hecho bastante ya?

— ¿Quieres regresar? No os pedí que vinierais, ni a ti ni a nadie.

— No, desde luego que no. No sé cómo se me ha ocurrido decirte algo así. Olvídalo.

Falquián, no obstante, lo recordó. Aquella noche sostuvo una conversación en privado con Sephrenia.

— Creo que tenemos un problema — le dijo.

— ¿Estáis comenzando a experimentar sensaciones insólitas? — se apresuró a inquirir la mujer —. ¿Algo que podría proceder de algún lugar ajeno a vos?

— No acabo de comprenderos.

— Creo que todos hemos reparado en ello en varias ocasiones. Todos hemos padecido esos repentinos accesos de duda y depresión. — Esbozó una tenue sonrisa —. Ese es un rasgo impropio del carácter de los caballeros de la Iglesia. La mayor parte del tiempo sois optimistas hasta el límite de la locura. Esa vacilación y ese pesimismo es algo que nos viene impuesto desde fuera. ¿Es esto lo que sentís? ¿Es ése el problema?

— No se trata de mí — le aseguró —. Me encuentro un poco abatido, pero creo que es simplemente a consecuencia del tiempo. Son los otros los que me inquietan. Kalten ha venido a preguntarme hoy por qué teníamos que ser nosotros los que hacemos esto. Kalten jamás haría una pregunta semejante. Por lo general hay que contenerlo, pero ahora me parece que lo único que desea es abandonarlo todo e irse a casa. Si todos mis amigos juzgan de este modo la situación, ¿por qué no siento yo lo mismo?

La mujer fijó la mirada en la nieve que continuaba abatiéndose, y él se sorprendió una vez más por el esplendor de su belleza intemporal.

— Creo que os teme — apuntó al cabo de unos momentos.

— ¿Kalten? Qué tontería.

— No me refiero a él. Es Azash quien os teme, Falquián.

— Eso es absurdo.

— Lo sé, pero de todas formas creo que es verdad. Vos poseéis un control sobre el Bhelliom como jamás nadie lo ha tenido. Ni siquiera Ghwerig tenía un poder tan absoluto sobre la gema. Ésa es la verdadera razón del miedo de Azash. Por eso no se atreve a enfrentarse directamente a vos y trata, en su lugar, de descorazonar a vuestros amigos. Está atacando a Kalten, Bevier y los demás porque teme atacaros a vos.

— ¿A vos también? — preguntó —. ¿Habéis sucumbido como los otros a la desesperación?

— Por supuesto que no.

— ¿Por qué «por supuesto»?

— Tardaría demasiado en explicároslo Yo me haré cargo de esto, Falquián. Acostaos.

Al amanecer los despertó un sonido familiar, claro y puro; una melodía de flauta que, aunque en tono menor, parecía henchida de un goce infinito. Falquián zarandeó a Kalten al tiempo que en sus labios se asentaba lentamente una sonrisa.

— Tenemos compañía — anunció.

Kalten se incorporó de un salto, alargando la mano hacia la espada, y entonces oyó la música de la flauta.

— ¡Hombre! — Sonrió —. Ya era hora. Será una alegría volver a verla. Salieron de la tienda y miraron en derredor. Todavía nevaba y la niebla, pertinaz, seguía desdibujando las siluetas de los árboles. Sephrenia y Kurik estaban sentados junto al fuego.

— ¿Dónde está? — preguntó Kalten, escrutando entre la nieve.

— Está aquí — respondió sin inmutarse Sephrenia, tomando un sorbo de té.

— No la veo.

— No tenéis por qué verla, Kalten. Sólo debéis saber que está aquí.

— No es lo mismo, Sephrenia — arguyó, evidenciando sólo una ligera decepción en la voz.

— Al fin lo consiguió, ¿eh? — Kurik se echó a reír.

— ¿Qué consiguió? — inquirió Sephrenia.

— Pescar a un grupo de caballeros de la Iglesia delante de las mismas narices del Dios elenio.

— No seáis necio. Ella no haría tal cosa.

— ¿No? Fijaos en Kalten. Tiene la expresión más parecida a la adoración que he visto nunca en su cara. Si en estos momentos montara algo semejante a un altar, sin duda se hincaría de rodillas.

— Tonterías — replicó Kalten, levemente embarazado —. Me gusta, eso es todo. Me hace sentir a gusto cuando está cerca.

— Por supuesto — dijo Kurik con escepticismo.

— Creo que no deberíamos seguir hablando de este tema cuando venga Bevier — advirtió Sephrenia —, Podríamos confundirlo.

Los demás también salieron de las tiendas luciendo anchas sonrisas y Ulath reía a carcajadas.

Su estado de ánimo había mejorado enormemente, y la oscura mañana se les antojaba casi soleada. Hasta los caballos estaban frescos, fogosos casi. Falquián y Berit fueron a llevarles su ración matinal de grano. Faran solía despertarse con un aspecto de clara desazón, pero ese día el grande y feo ruano parecía tranquilo, sereno incluso. Estaba observando una gran haya de amplia copa. Falquián lanzó una ojeada en la misma dirección y se quedó paralizado. Aun cuando el árbol estuviera medio oculto por la niebla, le pareció ver con bastante claridad la conocida figura de la niña que acababa de librarlos de su desesperación con su alegre canción. Su apariencia era exactamente la misma que presentaba la primera vez que la habían visto. Estaba sentada en una rama, con la flauta de pan pegada a los labios, una cinta de hierba trenzada alrededor de su brillante pelo negro, el mismo sayo corto de lino ceñido a la cintura y los piececitos manchados de hierba cruzados a la altura de los tobillos. Sus grandes ojos oscuros lo miraban fijamente, y en cada una de sus mejillas se adivinaba un hoyuelo.

— Berit — dijo en voz baja Falquián —, mirad.

El joven aprendiz se volvió y se paró de pronto.

— Hola, Flauta — la saludó con sorprendente naturalidad.

Aphrael hizo sonar un breve trino en respuesta y continuó con su melodía. Después la niebla se arremolinó en torno al árbol y, cuando se despejó, ella ya no estaba. Su música, sin embargo, seguía sonando.

— Tiene buen aspecto, ¿eh? — observó Berit.

— No podía ser de otro modo — concedió, riendo, Falquián.

Los días parecieron transcurrir en un suspiro a partir de entonces Lo que antes había sido una

penosa y tediosa marcha entre la nieve y la penumbra tenía ahora un aire casi festivo. Reían y bromeaban y hacían incluso caso omiso del tiempo, pese a que éste no había mejorado sensiblemente. Seguía nevando cada noche y cada mañana, pero, hacia mediodía, la nieve cedía gradualmente paso a la lluvia, y ésta fundía el manto blanco formado por la noche de modo que, pese a haber de cabalgar continuamente sobre el fango, la nieve no se acumulaba lo suficiente para entorpecer su avance. De tanto en tanto, el sonido de la flauta de Aphrael surgía entre la niebla, alentándolos a proseguir.

Varios días más tarde llegaron a una colina desde la que se dominaba la plomiza extensión del golfo de Merjuk, medio velada por la neblina y la fría llovizna. En la orilla cercana se apiñaban varios edificios de escasa altura.

— Debe de ser Albak — identificó Kalten. Se enjugó la cara y observó atentamente la población —. No veo humo — apreció —. No, esperad.

Hay una chimenea encendida cerca del centro del pueblo.

— Podemos ir allí pues — decidió Kurik —. Vamos a tener que robar una barca.

Bajaron por la ladera de la colina y entraron en Albak. Las calles, sin pavimentar, estaban cubiertas de nieve medio fundida que no habían convertido en lodo las pisadas, una señal inconfundible de que la población estaba deshabitada. La única espiral de humo, fina y desmayada, brotaba de la chimenea de un edificio bajo con apariencia de cobertizo que daba a una especie de plaza.

— Una taberna, a juzgar por el olor — señaló Ulath tras olfatear el aire.

Desmontaron y entraron en una larga estancia de techo bajo, con vigas ahumadas y el suelo cubierto de enmohecida paja, fría, húmeda y maloliente. No había ventanas y la única luz procedía de un pequeño fuego que ardía en un lugar en el otro extremo, donde un hombre jorobado vestido con harapos rompía un banco a patadas para hacer leña con él.

— ¿Quién viene? — preguntó.

— Viajeros — respondió Sephrenia en estirio, con un tono de voz raro en ella —. Buscamos un lugar para pasar la noche.

— Aquí no miréis — gruñó el jorobado —. Ésta es mi casa.

Arrojó varios pedazos de banco al hogar, se tapó los hombros con una grasienta manta y, ya sentado, acercó hacia sí una jarra de cerveza y luego extendió las manos en dirección a las débiles llamas.

— Nos iremos de buen grado a otro lugar — le dijo la mujer —. Pero necesitamos información acerca de algo.

— Id a preguntar a otro.

La miró con ojos entornados, bizqueando y dirigiendo la vista a un lado de ella, con la peculiar forma de atisbar que tienen las personas casi ciegas.

Sephrenia cruzó el suelo sucio de paja y se encaró al maleducado jorobado.

— Parece que vos sois el único que queda aquí — señaló.

— Sí — confirmó sombríamente —. Todos los demás se marcharon para morir en Lamorkand. Yo moriré aquí. Así no tendré que caminar tanto. Ahora marchaos de aquí.

La mujer alargó el brazo y luego lo volvió hacia la barba incipiente del zemoquiano. La imagen de la cabeza de serpiente se irguió sobre la palma de su mano, agitando la lengua. El cegato jorobado frunció el entrecejo y volvió a un lado y otro la cabeza, esforzándose por ver lo que tenía en la mano. Después emitió un grito de terror, se incorporó y, al retroceder, tropezó con el taburete y derramó la cerveza.

— Tenéis permiso para presentarme vuestro saludo — dijo Sephrenia con tono implacable.

— No sabía quién erais, sacerdotisa — farfulló —. Perdonadme, por favor.

— Veremos. ¿No hay nadie más en el pueblo?

— Nadie, sacerdotisa... Sólo yo. Estoy demasiado tullido para viajar y no veo casi. Me dejaron aquí.

— Buscamos a otro grupo de viajeros: cuatro hombres y una mujer. Uno de ellos tiene el pelo blanco y el otro parece un animal. ¿Los habéis visto?

— No me matéis, os lo ruego.

— Hablad pues.

— Ayer pasaron por aquí unas personas que quizá fueran las que estáis buscando. No puedo asegurarlo porque no se acercaron lo bastante al fuego para que pudiera verles las caras, pero los oí hablar. Dijeron que iban a ir a Aka y de allí a la capital. Robaron la barca de Tassalk. — El jorobado se sentó en el suelo, se rodeó el tronco con los brazos y comenzó a balancearse rítmicamente, murmurando para sí.

— Está loco — susurró Tynian a Falquián.

— Sí — acordó tristemente éste.

— Todos se han ido — canturreó el jorobado —. Todos se han ido para morir por Azash. Matar a los elenios y luego morir. Azash ama la muerte. Todos muertos. Todos muertos. Todos muertos por Azash.

— Vamos a llevarnos una barca — interrumpió sus desvarios Sephrenia.

— Lleváosla. Lleváosla. Nadie volverá. Todos morirán, y Azash se los comerá.

Sephrenia le dio la espalda y regresó a donde aguardaban los otros.

— Vayámonos de aquí — dijo con voz inflexible.

— ¿Qué va a ser de él? — le preguntó Talen con aire apenado —. Está completamente solo y casi ciego.

— Morirá — replicó con brusquedad la estiria.

— ¿Solo? — inquirió sombríamente Talen.

— Todo el mundo muere solo, Talen. — La maga salió resueltamente de la pestilente taberna.

Una vez fuera, no obstante, se abatió y dio rienda suelta al llanto.

Falquián sacó un mapa de la alforja y lo examinó con entrecejo fruncido.

— ¿Para qué iba a ir Martel a Aka? — murmuró a Tynian —. Representa desviarse varias leguas de su camino.

— Hay una carretera de Aka a Zemoch — observó Tynian, señalando el mapa —. Hemos estado sometiéndolo a una presión constante y sus caballos deben de estar casi extenuados.

— Puede que sea esto — concedió Falquián —. Y a Martel nunca le ha gustado viajar a campo traviesa.

— ¿Seguiremos la misma ruta?

— Me parece que no. El tiene pocos conocimientos sobre navegación, de modo que se pasará varios días dando tumbos por el golfo. Kurik, en cambio, es un marino, y podremos cruzar sin demora hasta la otra orilla. Desde la ribera oriental a la capital tardaremos quizá tres días. Tenemos posibilidades de llegar antes que él. Kurik — llamó —, vayamos a buscar una barca.

Falquián estaba acodado en la barandilla de la amplia chalana embreada que Kurik había seleccionado. La dirección de los vientos se había modificado a su favor y su nave surcaba velozmente las picadas aguas del golfo hacia el este. Falquián extrajo del interior de su túnica la carta de Ehlana.

«Amado:

»Si todo ha salido bien, ahora os encontráis muy cerca de la frontera zemoquiana. Debo creer que todo ha ido bien o de lo contrario me volveré loca. Vos y vuestros compañeros vais a conseguir vuestro propósito, mi querido Falquián. Tengo la misma certidumbre al respecto como si el propio Dios me lo hubiera revelado. Nuestras vidas están extraña— mente controladas, amor mío. Estábamos destina— dos a amarnos... y a casarnos. Creo que no tuvimos

una posibilidad real de elección... aun cuando yo por nada del mundo habría escogido a otro. Nuestro encuentro y nuestro matrimonio formaban parte de un designio más grandioso, al igual que la coinci— dencia y reunión de vuestros compañeros. ¿Quién en el mundo podía poseer talentos más adecuados para ayudaros que los grandes hombres que cabal— gan con vos? Kalten y Kurik, Tynian y Ulath, Bevier y el querido Berit, tan joven y tan valeroso, todos se han unido a vos movidos por el amor y por un an— helo compartido. Sin duda no podéis fracasar, ama— do mío, teniendo a tales guerreros a vuestro lado. Apresuraos, paladín y esposo mío. Llevad a vuestros invencibles amigos a la guarida de nuestro antiguo enemigo y enfrentaos allí con él. Que tiemble Azash, pues el caballero Falquián llegará con el Bhelliom en la mano, y ni todos los poderes del infierno podrán superarlo. Apresuraos, querido, y sabed que no sola— mente vais armado con el Bhelliom, sino también con mi amor.

»Os amo

»Ehlana»

Falquián leyó la misiva varias veces, constatando la marcada tendencia a la oratoria que dominaba en ella. Incluso en sus cartas, su esposa adoptaba el tono de una alocución pública. A pesar de lo conmovedor de su contenido, él habría preferido algo menos ceremonioso, más genuino, porque, aun sabiendo que los sentimientos que expresaba eran auténticos, sentía que su afición por las frases bien construidas se entrometía entre ellos.

— Oh, bueno — suspiró —. Seguramente se relajará cuando lleguemos a conocernos mejor.

Entonces Berit salió a cubierta y Falquián recordó algo. Releyó la carta y tomó rápidamente una decisión.

— Berit — lo llamó —, ¿podría hablar un momento con vos?

— Desde luego, sir Falquián.

— He pensado que tal vez os gustaría ver esto. — Falquián le tendió la carta.

— Pero es algo personal, sir Falquián — objetó Berit, mirándola.

— Me parece que os concierne. Podría ayudaros a resolver un problema que tenéis últimamente.

Berit leyó la misiva y su rostro adoptó una extraña expresión.

— ¿Os alivia en algo? — le preguntó Falquián.

— ¿... lo sabíais? — tartamudeó, ruborizado.

— Sé que os será difícil creerlo, amigo mío — explicó, sonriendo irónicamente, Falquián —, pero yo también fui joven en un tiempo. Lo que os ha ocurrido a vos le ha sucedido probablemente a todo joven que ha pasado por esta vida. En mi caso, se produjo cuando fui a la corte por primera vez. Ella era una joven aristócrata, y yo estaba absolutamente convencido de que el sol salía y se ponía en sus ojos. Todavía pienso en ella de vez en cuando... con bastante cariño, en realidad. Ahora es mayor, claro está, pero sus ojos todavía me causan temblor cuando me miran.

— Pero vos estáis casado, sir Falquián.

— Eso es algo reciente y no tiene nada que ver con lo que sentí por esa joven aristócrata. Preveo que soñaréis vanamente con Ehlana durante mucho tiempo. Todos hacemos lo mismo en tales ocasiones, pero tal vez ello contribuya a hacer hombres mejores de nosotros.

— No iréis a decírselo a la reina. — Berit parecía asustado.

— No, no lo creo. No le incumbe realmente, de modo que ¿por qué iba a contárselo? Lo que pretendo haceros ver, Berit, es que lo que sentís forma parte del proceso de crecimiento. Todo el mundo lo experimenta alguna vez... si es afortunado.

— ¿No me odiáis pues, sir Falquián?

— ¿Odiaros? Oh, no, Berit. Me decepcionaríais si no os despertara tales sentimientos alguna hermosa joven.

— Gracias, sir Falquián — dijo, suspirando, Berit.

— Berit, no falta mucho tiempo para que os convirtáis en un caballero pandion hecho y derecho, y entonces seremos hermanos. ¿Qué os parece si os olvidáis de ese «sir»? «Falquián» sólo estará bien. Así también reconozco el nombre.

— Como deseéis, Falquián — aceptó Berit. Le ofreció la carta.

— ¿Por qué no me la guardáis vos? Tengo un gran desorden en las alforjas y no querría perderla.

Después, casi rozándose los hombros, ambos se encaminaron a popa para ver si Kurik necesitaba ayuda para manejar el barco.

Echaron el ancla al atardecer y, cuando se levantaron a la mañana siguiente, descubrieron que la nieve y la lluvia habían cesado, aunque el cielo seguía aún plomizo.

— Esa nube está allí de nuevo — informó Berit, acudiendo a popa —. Se encuentra bastante lejos, pero sigue ahí.

Falquián miró atrás. Ahora que podía verla con claridad, no le parecía tan amenazadora, mientras que, cuando había sido una vaga sombra que se cernía siempre en el margen de su visión, le había provocado un pavor desconocido. Tendría que cuidarse de no considerarla más que un mero inconveniente porque, en fin de cuentas, todavía era peligrosa. Esbozó una tenue sonrisa. Por lo visto, incluso un dios podía cometer un error e insistir en algo que ya no surtía efecto alguno.

— ¿Por qué no la disuelves con el Bhelliom, Falquián? — le preguntó Kalten, irritado.

— Porque volvería a formarse. ¿Para qué desperdiciar el esfuerzo?

— ¿No vas a hacer nada al respecto entonces?

— Por supuesto que sí.

— ¿Qué?

— No hacerle caso.

Hacia media mañana desembarcaron en una playa nevada, llevaron los caballos a la orilla y dejaron el barco a la deriva. Después montaron y se dirigieron al interior.

La ribera oriental del golfo era mucho más árida que las montañas que habían atravesado y las rocosas colinas estaban cubiertas de una capa de fina arena negra, profundamente espolvoreada de nieve en los puntos resguardados. El gélido viento levantaba nubes de polvo y nieve que los engullían en su avance. Cabalgaban entre lo que parecía un perpetuo crepúsculo, con la boca y la nariz protegidas con bufandas.

— Vamos a paso muy lento — observó Ulath, retirando con cuidado la arena que se le prendía en los ojos —. Puede que la decisión de Martel de pasar por Aka haya sido más sensata.

— Estoy seguro de que en el camino de Aka a Zemoch hace tanto frío y hay tanta polvareda como aquí — aseveró Falquián. Sonrió levemente —. Martel es un tanto melindroso y detesta enormemente ensuciarse. No sé por qué, la idea de que tenga que soportar que se le cuele un kilo de arena negra mezclada con nieve por debajo de la nuca me resulta estimulante.

— Eso es muy mezquino, Falquián — lo regañó Sephrenia.

— Lo sé — reconoció éste —, A veces soy así.

Se refugiaron en una cueva para pasar la noche y, cuando salieron de ella por la mañana, vieron que el cielo estaba despejado, si bien el viento, que había arreciado, agitaba nubes de persistente polvo.

Berit, que era el tipo de joven que se tomaba muy en serio las responsabilidades, se había encargado de ir a explorar los alrededores con la primera luz del día. Mientras los demás se reunían en la boca de la caverna, regresó con una expresión de repulsión en la cara que nadie dejó de ver.

— Hay algunas personas allá, Falquián — anunció al desmontar.

— ¿Soldados?

— No. Llevan consigo ancianos, mujeres y niños. Tienen algunas armas, pero no parece que sepan manejarlas.

— ¿Qué están haciendo? — inquirió Kalten.

Berit tosió con nerviosismo y miró en derredor.

— Preferiría no referirlo, sir Kalten, y no creo conveniente que lady Sephrenia los vea. Han dispuesto una especie de altar con un ídolo de barro encima, y están haciendo cosas que la gente no debería hacer en público. Me parece que son simplemente un grupo de campesinos degenerados.

— Será mejor que se lo digamos a Sephrenia — decidió Falquián.

— No podría hacerlo, Falquián — adujo Berit, sonrojándose —. No podría describir lo que están haciendo delante de ella.

— Generalizad, Berit. No tenéis por qué entrar en detalles.

Sephrenia, no obstante, dio muestras de curiosidad.

— ¿Qué es lo que hacen exactamente, Berit?

— Sabía que iba a preguntarlo — murmuró en tono de reproche Berit a Falquián —. Están... eh... sacrificando animales, lady Sephrenia, y no llevan ropa... con el frío que hace. Se untan el cuerpo con la sangre de los sacrificios y... eh...

— Sí — lo rescató del apuro la mujer —. Conozco ese ritual. Describid a las personas. ¿Tienen aspecto de estirios o más bien de elenios?

— Muchos de ellos tienen el pelo claro, lady Sephrenia.

— Ah — dijo —, entonces ya sé quiénes son. No constituyen ningún peligro en especial. El ídolo, empero, es otra cuestión. No podemos dejarlo detrás de nosotros. Debemos hacerlo pedazos.

— ¿Por el mismo motivo por el que tuvimos que romper el que había en el sótano de Ghasek? — preguntó Kalten.

— Así es — torció un tanto el gesto —. No debería decirlo, pero los dioses menores cometieron una equivocación al confinar a Azash en ese ídolo de arcilla que hay en el santuario próximo a Ganda, ya que, pese a que la idea era buena, no tuvieron en cuenta que los hombres pueden reproducir el ídolo y, con la celebración de ciertos ritos, insuflar en las réplicas el espíritu de Azash.

— ¿Qué hacemos? — inquirió Bevier.

— Vamos a aplastar el ídolo antes de que concluyan el ritual.

Los desnudos zemoquianos que había en el cañón iban sucios y desgreñados. Falquián no había reparado hasta entonces hasta qué punto la vestimenta oculta la fealdad humana. Los adoradores de Azash, campesinos y pastores, a juzgar por su apariencia, se pusieron a chillar aterrorizados cuando los caballeros arremetieron contra ellos. Con confusión que acrecentaba el hecho de que los atacantes fueran disfrazados de zemoquianos, corrían de un lado a otro, bramando con pavor.
De los cuatro hombres, vestidos con toscos hábitos eclesiásticos, que permanecieron ante el altar donde acababan de sacrificar una cabra, tres observaban con estupor e incredulidad a los caballeros, pero el cuarto, un individuo de rala barba y cabeza alargada, movía los dedos y hablaba desesperadamente en estirio. Invocó una serie de apariciones tan ineptamente formadas que inducían a risa.

Los caballeros siguieron, cabalgando, imperturbables, entre las imágenes y el hervidero de gente.

— ¡Defended a nuestro dios! — chillaba el sacerdote con los labios salpicados de espuma.

Sus parroquianos, no obstante, optaron por la pasividad.

El ídolo de arcilla que reposaba en el rudo altar pareció moverse ligeramente, al igual que una colina distante da la impresión de danzar y oscilar con la calina de una calurosa tarde de verano, y de él emanaron continuas oleadas de malevolencia. El aire se tornó repentinamente glacial. Falquián sintió de pronto que le abandonaban las fuerzas y Faran titubeó. Entonces pareció que el suelo se hinchaba frente al ara. Había algo que se agitaba bajo la tierra, algo tan espantoso que Falquián desvió la mirada con incontrolable repugnancia. El suelo se elevó, y Falquián sintió la fría tenaza

del miedo en el corazón. La luz comenzó a desvanecerse de sus ojos.

— ¡No! — gritó vigorosamente Sephrenia —. ¡Manteneos firme! ¡No puede haceros daño!

Se puso a hablar rápidamente en estirio y luego alargó la mano. En ella apareció una radiante esfera, del tamaño de una manzana al principio pero que, al remontarse en el aire, fue creciendo e incrementando su brillo hasta convertirse en una especie de pequeño sol que quedó flotando ante el ídolo, expandiendo una calidez que disipó el frío glacial. El suelo dejó de elevarse y la figura del dios se inmovilizo de nuevo.

— Kurik espoleó su tembloroso caballo y descargó una sola vez su pesada maza El grotesco ídolo se hizo añicos que salieron volando en todas direcciones.

Los desnudos zemoquianos aullaron, presas de absoluta desesperación.

Capítulo veinticinco

— Rodeadlos, Falquián —indicó Sephrenia, mirando estremecida a los impúdicos zemoquianos —, y obligadlos a vestirse, por favor. — Dirigió la mirada al altar —. Talen — dijo —, recoge los fragmentos del ídolo. No nos conviene dejarlos aquí.

El chico no expresó ni un asomo de protesta.

No tardaron mucho en poner cerco a aquella multitud. La gente desnuda y sin armas no suele resistirse a las órdenes impartidas por hombres vestidos con cotas de mallas que esgrimen afilado acero. El sacerdote de alargada cabeza, en cambio, continuó gritándoles, pese a lo cual se guardó mucho de darles otros motivos para castigarlo.

— ¡Apóstatas! — gritaba —, ¡Profanadores! Invoco a Azash para que... Sus palabras se prolongaron convertidas en una especie de graznido cuando Sephrenia alargó el brazo y la cabeza de la serpiente se irguió en la palma de su mano, moviendo velozmente la lengua. Se quedó mirando la oscilante imagen del reptil con ojos desorbitados y luego se vino abajo y se humilló en el suelo ante ella.

Sephrenia miró severamente a su alrededor y los otros zemoquianos también se postraron, emitiendo un horrorizado gemido.

— ¡Pervertidos! — los recriminó en el corrupto dialecto zemoquiano — Este rito fue prohibido hace siglos. ¿Por qué habéis decidido desobedecer al poderoso Azash?

— Nuestros sacerdotes nos engañaron, temible sacerdotisa — farfulló un individuo de enmarañado cabello —. Nos dijeron que la prohibición de nuestro rito era una blasfemia estiria y que los estirios que había entre nosotros estaban apartándonos del verdadero dios. — No daba muestras de percatarse del hecho de que Sephrenia fuera estiria —. Nosotros somos elenios — afirmó con orgullo —, y sabemos que somos los elegidos.

Sephrenia dirigió una elocuente mirada a los caballeros de la Iglesia y luego volvió a centrar la vista en la chusma de sucios «elenios» prosternados ante ella. Respiró hondo, al parecer con intención de pronunciar una violenta diatriba, pero al final dejó escapar el aire y, cuando habló, su voz sonó con extremo desapego.

— Os habéis desviado de vuestro camino — les dijo —, y por ello sois indignos de reuniros con vuestros compatriotas y participar en su sagrada guerra. Ahora volveréis a vuestras casas. Regresad a Merjuk y a las tierras que se extienden más allá y no os aventuréis más a venir a este lugar. No os acerquéis al templo de Azash, no sea que éste os destruya.

— ¿Deberíamos ahorcar a nuestros sacerdotes? — le preguntó esperanzado el desgreñado zemoquiano —. ¿O quemarlos tal vez?

— No. Nuestro dios quiere adoradores, no cadáveres. De ahora en adelante os consagraréis únicamente a los ritos de purificación y de reconciliación y los de las estaciones. Sois como niños y

como niños veneraréis. ¡Ahora marchaos!

Alzó el brazo, y la cabeza de serpiente que despuntaba de la palma de la mano se encabritó, hinchándose y creciendo hasta convertirse en un dragón que se puso a rugir y arrojar llamaradas por la boca.

Los zemoquianos huyeron.

— Debisteis haber dejado que colgaran al menos a ese tipo — se lamentó Kalten.

— No — replicó la mujer —. Acabo de ponerlos en la vía de una religión diferente, la cual prohibe matar.

— Son elenios, lady Sephrenia — objetó Bevier —. Debisteis haberles indicado que practicaran la fe elenia.

— ¿Con todos sus prejuicios e incoherencias, Bevier? — preguntó —. No, no me parece conveniente. Los he encaminado a una senda más llevadera. Talen, ¿has terminado?

— Tengo todos los pedazos que he podido encontrar, Sephrenia.

— Tráelos. — Hizo volver grupas a su blanco palafrén y, seguida de los demás, se alejó del burdo altar.

Regresaron a la cueva, recogieron sus pertenencias y volvieron a ponerse en camino.

— ¿De dónde eran? — preguntó Falquián a Sephrenia mientras cabalgaban entre el penetrante frío.

— Del noreste de Zemoch — repuso ésta —, de las estepas que hay al norte de Merjuk. Son elenios primitivos que no han tenido la suerte de mantener contacto con un pueblo civilizado como la habéis tenido vosotros.

— ¿Os referís a los estirios?

— Naturalmente. ¿Qué otro pueblo civilizado existe?

— No os propaséis — la reprendió.

— La inclusión de las orgías en el culto de Azash — señaló, sonriendo, la estiria — forma parte de la estrategia concebida en un principio por Azash. Esto atrajo a los elenios. El propio Otha es elenio y sabe cuan desarrollados están esos apetitos en vuestra raza. Los estirios tenemos perversiones más exóticas. Azash las prefiere en realidad, pero los primitivos de las zonas rurales siguen aferrados a las viejas costumbres. Son relativamente inofensivos.

— ¿Qué queréis que haga con los pedazos de ese ídolo? — preguntó Talen, acudiendo a su lado.

— Ve tirándolos — repuso la maga —, un fragmento a cada kilómetro más o menos. Espárcelos con cuidado. El rito se había iniciado y hemos de evitar que alguien reúna las piezas y lo recomponga. Ya tenemos bastante problema con la nube y sólo nos faltaría que el propio Azash viniera detrás de nosotros.

— Amén — acordó fervientemente el chiquillo. Después se hizo a un lado, se irguió sobre los estribos y arrojó un trozo de arcilla a buena distancia.

— Entonces nos hallamos a salvo, ¿no es así? — dedujo Falquián —. Ahora que el ídolo está destruido y en cuanto Talen acabe de esparcir sus pedazos...

— No lo creo así, querido. Esa nube sigue ahí.

— Pero la nube nunca nos ha causado un daño real, Sephrenia. Trató de infundirnos temor y melancolía, pero nada más... y Flauta se encargó de contrarrestar ese efecto. Si eso es lo mejor que puede hacer, no representa una gran amenaza.

— No caigáis en un exceso de confianza, Falquián — le advirtió —. La nube, o la sombra, como quiera llamársela, es probablemente una criatura de Azash, y ello podría hacer que resultara tan peligrosa como el damork o el Buscador.

El paisaje no se dulcificó a medida que continuaban hacia el este, ni tampoco el tiempo. Hacía un frío glacial y las infladas nubes de polvo negro arañaban el cielo. La escasa vegetación que veían era raquítica y enfermiza. Seguían lo que semejaba un sendero, aunque lo sinuoso de su trazado denotaba más las huellas de animales salvajes que las de la mano del hombre. Las charcas eran poco frecuentes y el agua de las que encontraban era hielo que habían de fundir para abrevar los caballos.

— ¡Maldito polvo! — tronó Ulath de improviso de cara al cielo, desprendiéndose de la tela que le cubría la boca y la nariz.

— Tranquilo — le dijo Tynian.

— ¿Qué sentido tiene todo esto? — preguntó Ulath, escupiendo polvo —. ¡Ni siquiera sabemos en qué dirección vamos! — Volvió a taparse la cara y siguió cabalgando, murmurando para sí.

Los caballeros continuaron avanzando con dificultad, haciendo saltar con los cascos pequeños terrones de tierra helada.

Era evidente que la melancolía que los había ganado en las montañas que se alzaban al oeste del golfo de Merjuk empezaba a asentarse de nuevo en ellos, y Falquián cabalgaba cautelosamente, observando con pesar cómo se deterioraba rápidamente el estado de ánimo de sus compañeros al tiempo que mantenía, vigilante, la mirada en los barrancos y salientes rocosos que los rodeaban. Bevier y Tynian estaban enzarzados en una sombría conversación.

— Es un pecado — decía obstinadamente Bevier —. Su sola sugerencia es una herejía y una blasfemia. Los padres de la Iglesia lo han razonado, y la razón, proviniendo como proviene de Dios, es patrimonio de Dios. Por ello es el propio Dios quien nos dice que Él y sólo Él es divino.

— Pero... — se dispuso a aducir Tynian.

— Escuchadme, amigo mío — lo interrumpió Bevier —. Puesto que Dios nos dice que no existen otras divinidades, es un terrible pecado el que cometemos creyendo lo contrario. Estamos embarcados en una búsqueda basada en una superstición infantil. Los zemoquianos son un peligro, sin duda, pero un peligro terrenal, al igual que los eshandistas. No tienen aliados supranaturales. Estamos desperdiciando nuestras vidas buscando a un mítico enemigo que sólo existe en las enfermizas mentes de nuestros enemigos paganos. Pienso dialogar con Falquián al respecto y no dudo de que podré persuadirlo para que abandonemos esta vana aventura.

— Eso sería lo mejor — convino, si bien un tanto dubitativo, Tynian.

Los dos parecían ignorar por completo que Falquián cabalgaba a una distancia desde la que podía oírlos con toda claridad.

— Tenéis que hablar con él, Kurik — pedía Kalten al escudero de Falquián —. No tenemos la más remota posibilidad.

— Decídselo vos — gruñó Kurik —. Yo soy un criado y no me corresponde a mí decirle a mi señor que es un loco y un suicida.

— Con franqueza, creo que deberíamos saltarle por la espalda y atarlo. No es únicamente mi vida la que trato de salvar, comprendedlo, sino también la suya.

— Comparto vuestra opinión, Kalten.

— ¡Qué vienen! — gritó Berit, señalando una nube de polvo que giraba en remolino —. ¡A las armas!

Los agudos gritos de guerra de los amigos de Falquián contenían una nota de pánico y su arremetida tenía un cariz desesperado. Embistieron la nube de polvo, descargando las hachas y espadas contra el aire.

— ¡Ayudadlos, Falquián! — rogó Talen con voz chillona.

— ¿Ayudarlos a qué?

— ¡Los monstruos! ¡Los matarán a todos!

— Lo dudo mucho, Talen — replicó fríamente Falquián, observando cómo sus amigos agitaban la nube con las armas —. Se enfrentan a algo que no está a su altura.

Talen lo miró airadamente un momento y luego se alejó varios metros, profiriendo juramentos por lo bajo.

— Infiero que vos tampoco veis nada en el polvo — comentó con calma Sephrenia.

— Eso es lo que es, pequeña madre: sólo polvo.

— Deshagamos la ilusión. — Habló brevemente en estirio y luego gesticuló.

La abultada y espesa acumulación de polvo pareció estremecerse y encogerse sobre sí por un instante y después emitió un largo y audible suspiro y resbaló hasta el suelo.

— ¿Adonde han ido? — bramó Ulath, mirando en derredor y blandiendo el hacha.

Los demás caballeros parecían igualmente perplejos, y las miradas que le dirigían a Falquián estaban cargadas de sombrías sospechas.

Después de aquel incidente, lo evitaron y cabalgaron con torvo ceño, hablando en susurros entre sí y lanzándole furtivas miradas cargadas de hostilidad. A la noche instalaron el campamento en la banda de sotavento de un escalpado acantilado donde las erosionadas rocas blancas sobresalían de una malsana acumulación de arcilla desconchada que parecía afectada por alguna plaga. Falquián preparó la cena y sus amigos no quisieron quedarse sentados con él en el fuego como era habitual. Sacudió la cabeza con pesar y se fue a acostar.

— Despertad, caballero, si os place.

La voz, dulce y suave, parecía expresar un inmenso amor. Falquián abrió los ojos y se halló en un pabellón de alegres colores, más allá de cuya puerta se extendía un gran prado verde, lleno de flores silvestres. Había árboles, antiguos y colosales, con las ramas cargadas de aromáticas flores, que se prolongaban hasta un reluciente mar de un profundo color azul, enjoyado con el resplandor de los reflejos del sol. El cielo era como no había visto otro igual. Era un arco iris que cubría la totalidad de la cúpula celeste, bendiciendo al mundo que albergaba bajo ella.

La criatura que lo había despertado siguió a su lado, dándole golpéenos con el hocico y tocando impacientemente con una pata el suelo alfombrado del pabellón. Era una cierva muy pequeña, de una deslumbrante blancura que casi resultaba incandescente. Tenía unos ojos grandes y enternecedores de color castaño que reflejaban una docilidad, una confianza y un carácter tan afable que habrían conmovido a cualquiera. Sus modales, no obstante, eran insistentes. No cabía duda de que quería que se levantara.

— ¿He dormido demasiado? — preguntó, algo preocupado por la posibilidad de haberla ofendido.

— Estabais fatigado, caballero — respondió automáticamente, como si acudiera en su defensa incluso ante la autocrítica —. Vestios con cierto esmero — recomendó la mansa cierva —, pues me han ordenado que os lleve en presencia de mi ama, que gobierna este reino y a quien todos sus subditos adoran.

Falquián le acarició cariñosamente el niveo cuello y sus grandes ojos se derritieron de amor. Se levantó y miró su armadura. Estaba como debiera estar: negra como el azabache y damasquinada en plata. Notó con agrado al ponérsela que no pesaba más que una gasa de seda. No era, sin embargo, de acero. A pesar de lo imponente de su espada, sabía que ésta cumplía una función meramente ornamental en aquel reino de hadas rodeado por un mar enjoyado que residía feliz bajo un cielo multicolor. Allí no había peligros, odio, ni discordia, y todo era duradera paz y amor.

— Debemos apresurarnos — le dijo la cierva —. Nuestra barca nos espera en aquella playa donde las pequeñas olas juegan con voluptuoso abandono bajo la luz siempre cambiante de nuestro encantado cielo. — Lo condujo con preciosos y delicados pasos al prado besado por las flores, un prado de aroma tan dulce que uno podía desmayarse por el halago que producía en los sentidos.

Pasaron junto a una blanca tigra indolente echada de espaldas bajo el cálido sol matinal en tanto que sus cachorros peleaban propinándose desmañados zarpazos que querían imitar la ferocidad. La blanca cierva se detuvo un momento para restregar el hocico en la cara de la felina, la cual le correspondió dándole un gran y afectuoso lametazo que le humedeció todo un lado de la cara, de la barbilla a la punta de la oreja.

Las hierbas coronadas de flores se inclinaban ante la tibia brisa al tiempo que Falquián seguía al níveo animal en dirección a la azulada sombra de los viejos árboles. A ellos sucedía en suave pendiente hasta un mar de azur una playa de gravilla de alabastro donde los aguardaba una embarcación que más semejaba un ave que un bajel. Esbelta era su proa, y airosa como el cuello de un cisne. Dos alas de albas velas se erguían sobre su cubierta de roble y las amarras daban tirones como si ansiaran hacerse a la mar.

Falquián observó a la blanca gama, se inclinó y, tomándola con un brazo bajo el pecho y el otro

tras las ancas, la levantó sin apenas esfuerzo. El animal no forcejeó por librarse, pero sus enormes ojos expresaron una alarma momentánea.

— Calmaos — la tranquilizó —. Solamente os desplazo hasta la nave que nos aguarda para que no os enfriéis tocando las aguas que nos separan de ella.

— Sois muy amable, gentil caballero — le agradeció, apoyando confiadamente la barbilla en su hombro mientras él se adentraba con paso decidido en las juguetonas aguas.

En cuanto hubieron embarcado, su ansioso bajel partió con un brinco, enfrentándose valientemente a las olas, y pronto surgió ante ellos el lugar adonde se dirigían. Era un pequeño islote verde coronado con una arboleda sagrada de una antigüedad que no alcanzaba a conjeturar la imaginación, bajo cuyo desplegado ramaje vio Falquián las resplandecientes columnas de mármol de un templo.

Otra embarcación, no menos airosa y despreocupada de los caprichos de la cambiante brisa, también surcaba el mar de azur en dirección al islote que los atraía. Y, cuando posaron los pies en la dorada playa, sir Falquián reconoció los muy amados rostros de sus compañeros. Sir Kalten, inquebrantable y franco; sir Ulath, fuerte como un toro y valiente como un león; sir...

Falquián se despertó y sacudió la cabeza para ahuyentar la bruma de extravagantes imágenes que perduraban en su mente.

En algún lugar, un piececito golpeó el suelo con exasperación.

—¡No me hagáis enfadar, Falquián! — lo regañó una voz conocida —. ¡Ahora volveos a dormir de inmediato!

Lentamente los arrojados caballeros ascendieron la suave pendiente que conducía al islote coronado de árboles, contándose las aventuras vividas aquella mañana. A sir Kalten lo guiaba un tejón blanco; a sir Tynian, un león blanco; a sir Ulath, un gran oso blanco, y a sir Bevier, una nivea paloma. El joven aspirante a caballero, Berit, seguía a un cordero blanco; Kurik, a un fiel perro blanco, y Talen, a un armiño.

Sephrenia, vestida de blanco y con una guirnalda de flores en la cabeza, los aguardaba en las escalinatas de mármol del templo, y, sentada con toda calma en la rama de un roble que precedía a cualquier otro ser vivo, estaba la reina de aquel reino de hadas, la diosa niña Aphrael. Llevaba una túnica en lugar de aquel burdo sayo y tenía la cabeza tocada por un halo de luz. Puesto que ya no era preciso disimular con la flauta, ahora alzaba la voz entonando un claro y puro canto de bienvenida. Entonces se puso en pie y descendió por el aire con tanta naturalidad como si hubiera bajado por una escalera y, al llegar al fresco y lujuriante césped de la arboleda sagrada, se puso a bailar y giró y rió entre ellos, repartiendo besos a mansalva con su boquita de piñón. Aun cuando sus pies hollaran livianamente la blanda hierba, Falquián advirtió al instante que ése era el origen de aquellas manchas verdosas que siempre le habían intrigado. Besó incluso a aquellas níveas criaturas que habían conducido a los héroes ante su eminente presencia. Falquián gruñó para sus adentros, contrariado por lo vano de sus esfuerzos por evitar las floridas descripciones que le acudían a la mente. Aphrael hizo un gesto imperioso, indicándole que se arrodillara, le rodeó el cuello con sus bracitos y lo besó varias veces.

— Si no paráis de burlaros de mí, Falquián — le murmuró al oído —, os despojaré de vuestra armadura y os pondré a pastar con los corderos.

— Perdonad mi error, divina señora. — Le sonrió.

La pequeña rió y volvió a besarlo. Sephrenia había mencionado en una ocasión el hecho de que a Aphrael le encantaban los besos, una característica que no parecía haber cambiado en ella.

Comieron para desayunar frutos desconocidos para el hombre y después descansaron a placer en la suave hierba, arrullados por los cantos de los pájaros posados en el ramaje de la sagrada arboleda. Entonces Aphrael se levantó y, tras realizar un nuevo recorrido para recibir besos de todos los miembros del grupo, les habló con grave semblante.

— A pesar de la aflicción que me ha causado mi ausencia de vuestro lado durante los últimos solitarios meses — manifestó —, no os he hecho venir aquí sólo para disfrutar de esta gozosa

reunión, por más que ésta alegre mi corazón. Os habéis congregado a petición mía y con la ayuda de mi querida hermana — dirigió a Sephrenia una radiante y amorosa sonrisa — con el fin de qué pueda comunicaros algunas verdades. Disculpadme que no profundice demasiado en ellas, ya que son verdades divinas que me temo que se hallen fuera del alcance de vuestra comprensión; pues por más que me funda el amor que siento por cada uno de vosotros, debo deciros, sin ánimo cruel, que igual que yo aparecí ante vosotros como una niña, de la misma manera aparecéis vosotros ante mí. Por ello, no voy a asaltar las fronteras de vuestro entendimiento con cuestiones que no podríais discernir.

— Miró sus expresiones de perplejidad —. ¿Qué os pasa a todos? — preguntó con exasperación.

Falquián se puso en pie, hizo señas a la pequeña diosa para que se acercara y la llevó aparte.

— ¿Qué? — inquirió ésta enojada.

— ¿Estáis en disposición de recibir consejo? — le preguntó.

— Os escucho. — Su tono no prometía nada.

— Estáis apabullándolos con elocuencia, Aphrael. Kalten parece en estos momentos un buey desnucado. Somos hombres simples, pequeña diosa. Habréis de hablarnos sencillamente si queréis que os entendamos.

— He trabajado semanas en este discurso, Falquián — se lamentó, haciendo pucheros.

— Es un discurso encantador, Aphrael. Cuando contéis esto a los otros dioses, lo cual me consta que haréis, recitádselo como si lo hubierais pronunciado ante nosotros al pie de la letra. Estoy seguro de que se desvanecerán de deleite. En aras de la brevedad, ya que esta noche no va a durar eternamente, y en aras de la claridad, transmitidnos una versión resumida. Y también podríais prescindir de ese tono de sermón, que tiende a provocar somnolencia.

— Oh, muy bien, Falquián — accedió, torciendo levemente el gesto —, pero estáis privándome de toda la diversión.

— ¿Podréis perdonarme alguna vez?

La niña le sacó la lengua y lo acompañó hasta donde se encontraban los demás.

— Este oso refunfuñón sugiere que vaya directamente al grano — dijo, mirando picaramente de soslayo a Falquián —. Supongo que será perfecto como caballero, pero no está muy dotado para la poesía.

El caso es que os he pedido que vinierais para explicaros unas cuantas cosas relativas al Bhelliom..., por qué es tan poderoso y tan terriblemente peligroso. — Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo —. El Bhelliom no se compone de sustancia — continuó —. Es espíritu y precede a las estrellas. Existen muchos espíritus de esa clase y cada uno de ellos tiene muchos atributos. Uno de los más importantes de ellos es el color. Veréis, lo que sucede es... — Los recorrió con la mirada — . Quizá debamos reservar esto para otro día — resolvió —. Sea como fuere, esos espíritus que lanzamos al cielo para... — Volvió a callar —. Esto es muy difícil, Sephrenia — se quejó con vocecilla plañidera —. ¿Por qué tienen que ser tan obtusos estos elenios?

— Porque su Dios no les explica nada, Aphrael — le respondió Sephrenia.

— ¡Es tan cascarrabias! — lo criticó Aphrael —. Dicta normas sin motivo alguno. Eso es lo único que hace: dictar leyes. Es tan pesado a veces...

— ¿Por qué no proseguís con vuestra exposición, Aphrael?

— De acuerdo. — La niña diosa miró a los caballeros —. Los espíritus tienen colores y un cometido específico — declaro —. Creo que deberéis conformaros con esto por el momento. Una de sus funciones es crear mundos. El Bhelliom, que en realidad no se llama así, creó los azules. Visto desde lejos, este mundo es azul debido a sus océanos. Otros mundos son rojos, verdes, amarillos o de cualquier color imaginable. Dichos espíritus crean mundos atrayendo el polvo que circula constantemente en el vacío, el cual se aterrona en torno a ellos como mantequilla batida. Ahora bien, cuando el Bhelliom creó este mundo, cometió un error. Había demasiado polvo rojo. La esencia del Bhelliom es azul, y no puede soportar el rojo, pero, cuando se junta en materia palpable el polvo rojo, se obtiene...

— ¡Hierro! — exclamó Tynian.

— Y decíais que no lo entenderían — señaló con tono de reproche Aphrael a Falquián. Corrió hacia Tynian y lo besó varias veces —. Muy bien — aprobó alegremente —. Tynian está en lo cierto. El Bhelliom no soporta el hierro porque es rojo. Para protegerse, endureció su esencia azul en el zafiro, que más tarde Ghwerig esculpió dándole la forma de una rosa. El hierro, la sustancia roja, cuajó a su alrededor y el Bhelliom quedó atrapado en el seno de la tierra.

Se quedaron mirándola fijamente, todavía sin acabar de comprender.

— Abreviad — aconsejó Falquián.

— Ya estoy haciéndolo.

— Como queráis, Aphrael. — Se encogió de hombros.

— El Bhelliom se condensó aún más porque los dioses troll están presos en su interior — prosiguió.

— ¿Cómo? — se alteró Falquián.

— Todo el mundo lo sabe, Falquián. ¿Dónde creéis que los escondió Ghwerig cuando nosotros estábamos buscándolos?

Recordó con inquietud que el Bhelliom y sus obligados huéspedes se encontraban a escasos centímetros de su corazón.

— Lo fundamental de toda esta explicación guarda relación con el hecho de que Falquián haya amenazado con destruir el Bhelliom, y, como es un caballero elenio, utilizará probablemente una espada, un hacha o la lanza de Aldreas, o algo similar, algo de acero, lo cual equivale a hierro. Si golpea el Bhelliom con alguna arma de acero, lo destruirá, y el Bhelliom y los dioses troll están haciendo cuanto se halla en su poder para impedir que se acerque lo bastante a Azash como para sentir la tentación de descargar su espada contra él. Primero trataron de atacar su mente y, viendo que ello no surtía efecto, comenzaron a atacar la vuestra. No pasará mucho tiempo, queridos, antes de que uno de vosotros intente matarlo.

— Jamás! — protestó, casi gritando, Kalten.

— Si continúan presionándoos, sucederá, Kalten.

— Antes sucumbiremos por propia mano — aseveró Bevier.

— ¿Para qué demonios deberíais hacerlo? — le preguntó la diosa —. Sólo tenéis que encerrar la joya en algún receptáculo de acero. Esa bolsa de lona está marcada con los símbolos estirios del hierro, pero el Bhelliom y los dioses troll están cada vez más desesperados y ahora los símbolos no bastan. Habréis de valeros del material real.

Falquián puso cara de circunstancias al advertir de improviso su necedad.

— Y yo que he estado pensando todo este tiempo que la sombra, y ahora la nube, provenía de Azash — confesó.

— ¿Qué? — exclamó Aphrael, mirándolo con incredulidad.

— Parecía lógico — argüyó débilmente —. Azash viene intentando darme muerte desde que comenzó todo esto.

— ¿Para qué iba a perseguiros por ahí Azash con nubes y sombras cuando cuenta con seres más sustanciales que obedecen sus órdenes? ¿Es esto lo más acertado que ha sido capaz de urdir vuestra lógica?

— ¡Lo sabía! — exclamó Bevier —. ¡Sabía que había algo que no tomamos en consideración cuando nos hablasteis por primera vez de esa sombra, Falquián! Después de todo, no tenía que tratarse necesariamente de Azash.

— ¿A qué se debe que yo tenga tanto poder sobre el Bhelliom? — preguntó Falquián, embargado por la sensación de ser un redomado estúpido.

— A los anillos.

— Ghwerig los tenía antes.

— Pero entonces eran piedras claras. Ahora son rojos porque se derramó sobre ellos la sangre de vuestra familia y la de Ehlana.

— ¿Es simplemente el color lo que hace que me obedezca?

Aphrael lo miró fijamente a él y luego a Sephrenia.

— ¿Representa esto que no saben por qué es roja su sangre? — preguntó asombrada —. ¿Qué habéis estado haciendo, hermana?

— Es un concepto difícil para ellos, Aphrael.

La pequeña diosa se alejó con paso resuelto, realizando grandes aspavientos con los brazos y murmurando palabras estirias cuya existencia no debiera haber conocido.

— Falquián — explicó con calma Sephrenia —, vuestra sangre es roja porque contiene hierro.

— ¿De veras? — estaba estupefacto —. ¿Cómo es posible?

— Creed lo que os digo, Falquián. Son esos anillos manchados de sangre lo que os confiere tanto poder sobre la joya.

— Qué asombroso — se extrañó.

Aphrael regresó entonces.

— Una vez que el Bhelliom esté rodeado de acero, los dioses troll dejarán de interferirse en vuestro camino — les aseguró —. El resto de vosotros parará de planear el asesinato de Falquián y todos volveréis a estar unidos.

— ¿No podríais habernos dicho lo que debíamos hacer sin darnos todas esas explicaciones? — le preguntó Kurik —. Son caballeros de la Iglesia, Flauta, y están acostumbrados a cumplir órdenes que no entienden.

— Supongo que sí — admitió, apoyándole con ademán acariciador una manita en la barba —, pero os echaba de menos, a todos vosotros, y quería que vierais el sitio donde vivo.

— ¿Presumiendo de casa? — le tomó el pelo.

— Bueno... — La diosa niña se ruborizó ligeramente —. ¿Acaso es tan indecoroso?

— Es una isla preciosa, Flauta, y estamos orgullosos de que nos hayáis concedido el honor de enseñárnosla.

La niña le echó los brazos al cuello y lo cubrió de besos. Falquián advirtió que, no obstante, por su cara rodaban gruesas lágrimas mientras besaba al brusco escudero.

— Ahora debéis regresar — les dijo —, pues la noche está pronta a tocar a su fin. Antes, sin embargo...

Los besos se prolongaron un rato. Cuando la pequeña diosa de negros cabellos llegó a Talen, le rozó los labios con los suyos y luego se dirigió a Tynian. Entonces se detuvo, con una expresión especuladora en el rostro, y volvió a acercarse al joven ladrón para rematar el trabajo. Al alejarse de él, sonreía misteriosamente.

— ¿Y ha resuelto nuestra graciosa ama vuestra confusión, caballero? — preguntó la blanca cierva mientras la grácil nave los devolvía a la playa de alabastro donde los aguardaba el pabellón de alegre colorido.

— Lo sabré con más certeza cuando mis ojos se abran de nuevo en el mundo terrenal del cual me ha convocado, gentil criatura — contestó, notando que, por más que intentara evitarlo, las frases floridas acudían por propio impulso a sus labios.

La nota de la flauta sonó levemente discordante, como si quisiera reprenderlo.

— Y así os plazca a vos, amada Aphrael — se rindió.

— Eso está mucho mejor, Falquián. — La voz no fue más que un susurro en sus oídos.

La pequeña cierva blanca lo acompañó al pabellón y allí volvió a acostarse, ganado por una extraña somnolencia.

— Recordadme — le pidió quedamente la gama, restregándole el hocico en la mejilla.

— Lo haré de buen grado — prometió —, pues vuestra dulce presencia es un bálsamo para mi turbada alma y me induce al reposo.

Y entonces volvió a dormirse.

Se despertó en un inhóspito mundo de arena negra y gelidez en que el viento arrastraba el hedor de seres perecidos mucho tiempo atrás. El polvo se había instalado en la nariz de sus cabellos y

filtrado bajo su ropa. Pero no era el malestar por él producido lo que lo había despertado sino un tenue sonido metálico, el mismo que produciría alguien al golpear el acero con un pequeño martillo.

A pesar de los avatares del día anterior, se sentía enormemente descansado y en paz con el mundo.

El martilleo cesó y Kurik atravesó el polvoriento campamento con algo en las manos que luego tendió a Falquián.

— ¿Qué os parece? — preguntó —. ¿Lo encerrará bien? — Lo que sostenía con sus encallecidas manos era una bolsa de malla metálica —. Es lo mejor que puedo hacer por el momento, mi señor, porque dispongo de poco acero.

Falquián tomó la bolsa y miró a su escudero.

— ¿También tú? — inquirió —. ¿También has tenido un sueño?

— He hablado con Sephrenia de ello — dijo, tras asentir con la cabeza —. Todos hemos tenido el mismo sueño... aunque no ha sido exactamente un sueño. Ha intentado explicármelo, pero me he perdido. — Calló un momento —. Perdonad, Falquián, por haber dudado de vos. Todo parecía tan fútil e inútil.

— Los responsables eran los dioses troll, Kurik. Pongamos el Bhelliom en el receptáculo de acero para que no vuelva a ocurrirte.

— Sacó la bolsa de lona y comenzó a desatar los cordeles.

— ¿No sería más sencillo dejarlo dentro de la bolsa de lona? — insinuó Kurik.

— Sería más fácil introducirla dentro de la de acero, pero llegará el momento en que tal vez tenga que sacarla apresuradamente y no sería conveniente tener que deshacer demasiados nudos cuando Azash esté tan cerca que pueda sentir su aliento.

— Sensato razonamiento, mi señor.

Falquián alzó con ambas manos la Rosa de Zafiro hasta la altura de su rostro.

— Rosa Azul — dijo en troll —, soy Falquián de Elenia. ¿Me conocéis?

La rosa emitió sombríos destellos.

— ¿Reconocéis mi autoridad?

La rosa se oscureció y de ella emanó un odio claramente perceptible.

Alargó el pulgar derecho y volvió el anillo, el cual puso en contacto con la gema..., no del lado del aro esa vez sino del de la piedra roja, y apretó con firmeza la mano.

El Bhelliom chilló y él notó cómo se retorcía en su mano como una serpiente viva. Rebajó ligeramente la presión.

— Me alegra que nos entendamos — dijo —. Abre la bolsa, Kurik.

Sin ofrecer resistencia, la joya entró, al parecer casi anhelante, en su prisión.

— Bien hecho — aprobó admirativamente Kurik en tanto Falquián ceñía con un alambre la boca de la bolsa de malla.

— He pensado que quizá valdría la pena intentarlo. — Falquián sonrió —. ¿Se han levantado los otros?

— Están en fila junto al fuego. Podríais plantearos conceder una amnistía general, Falquián, porque de lo contrario, se pasarán la mañana entera presentándoos excusas. Poned especial cuidado en Bevier. Ha estado rezando desde antes del amanecer y seguramente le llevará bastante tiempo expresaros hasta qué punto se siente culpable.

— Es un buen chico, Kurik.

— Por supuesto que lo es. Ese es el problema.

— Cínico.

Kurik le sonrió, y mientras cruzaban el campamento, alzó la mirada al cielo.

— El viento ha amainado — observó —, y parece que el polvo está asentándose. ¿Creéis que...? — dejó la frase por concluir.

— Es probable — acordó Falquián —. Encaja con todo lo demás, ¿no es cierto? Bueno, vamos allá. — Se aclaró la voz al aproximarse a sus avergonzados amigos —. Una noche interesante,

¿verdad? — comentó con desenvoltura —. Estaba tomándole cariño a esa cervatilla blanca. Aunque tenía un hocico mojado y frío.

Rieron de manera algo forzada.

— Bien — inició la cuestión —, ahora sabemos de dónde provenía el abatimiento, y no tiene gran sentido seguir hurgando en ello. No ha sido culpa de nadie, de modo que ¿por qué no lo olvidamos? Tenemos cosas más importantes en que pensar. — Levantó la bolsa de malla —. Aquí está nuestro amigo azul — anunció —. Espero que esté confortable en su nido de hierro, pero tanto si se siente cómodo como si no, ahí se va a quedar... como mínimo hasta que lo necesitemos. ¿A quién le toca preparar el desayuno?

— A vos — le respondió Ulath.

— Yo cociné la cena anoche.

— ¿Y qué tiene que ver?

— No es justo, Ulath.

— Yo me limito a llevar el control de estas cosas, Falquián. Si os interesa la justicia, id a hablar con los dioses.

Los demás se echaron a reír y todo volvió a ser como antes.

Mientras Falquián cocinaba, Sephrenia se reunió con él junto al fuego.

— Os debo una excusa, querido — confesó.

— ¿Sí?

— Ni siquiera sospeché que los dioses troll pudieran ser la causa de esa sombra.

— En nada habéis fallado, Sephrenia. Yo estaba tan convencido de que era Azash que de ninguna forma hubiera admitido cualquier otra posibilidad.

— Se supone que yo no debería basar mis juicios en la lógica.

— Creo que Perraine nos indujo a tomar una dirección errónea, pequeña madre — apuntó gravemente —. Él llevó a cabo esos ataques a instancias de Martel, el cual se limitaba a seguir una estrategia que había trazado anteriormente Azash. Puesto que se trataba de una continuación de lo que venía sucediendo antes, no teníamos motivos para sospechar que se hubiera sumado algo nuevo a los hostigamientos. Incluso tras haber averiguado que Perraine no tenía nada que ver con la sombra, persistimos en la tesis. No os culpéis a vos misma, Sephrenia, porque yo no os culpo absolutamente de nada. Lo que me sorprende es que Aphrael no viera que estábamos en un error y nos advirtiera de ello.

— Me temo que fue porque ella no podía creer que no lo comprendiéramos — indicó, sonriendo con cierto pesar —. No tiene una concepción real de nuestras limitaciones, Falquián.

— ¿No deberíais hacérselas ver?

— Antes moriría que hacerlo.

La conjetura de Kurik podía haber sido o no correcta, pero, tanto si el constante viento que los había atormentado con la polvareda levantada durante los últimos días había sido natural como si había sido el Bhelliom el que lo había provocado, lo cierto era que ahora se había aplacado, y el aire era claro y frío. El cielo, brillante, semejaba un espejo azul y el sol, duro y definido, los saludaba en el horizonte. Ello, sumado a la visión de la noche anterior, les levantó el ánimo hasta permitirles hacer caso omiso de la negra nube que flotaba en la lejanía tras ellos.

— Falquián — anunció Tynian, situando su caballo junto a Faran, finalmente he descubierto el misterio.

— ¿El misterio de qué?

— Me parece que ya sé cómo decide Ulath los turnos de cocina.

— ¿Ah, sí? Me gustaría oírlo.

— Se limita a esperar a que alguien plantee la cuestión, eso es todo. Cuando alguien pregunta a quién le toca, Ulath lo designa para preparar la comida.

— Podríais estar en lo cierto — convino tras rememorar un instante —, pero ¿qué hace si nadie pregunta?

— Entonces Ulath tiene que cocinar. Eso ocurrió en una ocasión según recuerdo.

Falquián reflexionó un momento.

— ¿Por qué no se lo decís a los demás? — sugirió —. Me parece que a Ulath van a presentársele varios turnos seguidos, ¿no creéis?

— En efecto, amigo mío. — Tynian se echó a reír.

Hacia mediodía llegaron a una escarpada montaña de negra roca atravesada por un sinfín de fracturas hacia cuya cumbre ascendía, tortuoso, una especie de sendero. Cuando se hallaban en mitad de la pendiente, Talen llamó a Falquián desde atrás.

— ¿Por qué no nos paramos aquí? — propuso —. Yo me deslizaré sigilosamente e iré a echar un vistazo.

— Es demasiado peligroso — rechazó su ofrecimiento Falquián.

— No seáis niño, Falquián. Eso es a lo que yo me dedico. Soy un ladrón profesional. Nadie me verá. Os lo garantizo. — El chico guardó silencio un momento —. Además — añadió —, si encontráis resistencia, vais a necesitar hombres adultos acorazados con acero que os ayuden. Yo no sería muy útil en una pelea, de manera que soy el único que os podéis permitir perder. — Esbozó una mueca —. No puedo creer que yo haya dicho esto. Quiero que todos me prometáis que mantendréis alejada de mí a Aphrael. Creo que la suya es una mala influencia.

— Olvídalo — lo disuadió Falquián.

— Imposible, Falquián — replicó con descaro el chiquillo, desmontando y echando a correr —. Ninguno de vosotros es capaz de alcanzarme.

— Hace tiempo que se merece una buena azotaina — gruñó Kurik mientras observaban cómo el ágil muchacho subía precipitadamente por la ladera.

— Tiene razón, sin embargo — señaló Kalten —. Él es el único del que podríamos permitirnos prescindir. A lo largo de este viaje ha desarrollado una vena de nobleza. Deberíais estar orgulloso de él.

— De poco me serviría el orgullo a la hora de tener que explicarle a su madre por qué dejé que se expusiera a la muerte.

Sobre ellos, Talen había desaparecido como si lo hubiera tragado la tierra. Unos minutos más tarde emergió de una fisura cercana a la cima de la montaña y regresó corriendo por el sendero hasta ellos.

— Hay una ciudad al otro lado — informó —. Sin duda se trata de Zemoch.

Falquián extrajo el mapa de su alforja.

— ¿Es grande la ciudad?

— Aproximadamente como Cimmura.

— En ese caso debe de ser Zemoch. ¿Qué aspecto tiene?

— Me parece que era algo así lo que tuvieron en cuenta al inventar la palabra «ominoso».

— ¿Había humo? — inquirió Kurik.

— Solamente se elevaba de las chimeneas de un par de edificios situados en el centro de la población, que parecían estar conectados entre sí. Uno de ellos tenía muchas agujas y el otro, una gran cúpula negra.

— El resto de la ciudad debe de estar desierto — infirió Kurik —. ¿Habéis estado alguna vez en Zemoch, Sephrenia?

— En una ocasión.

— ¿Cuál es ese lugar con tantos pináculos?

— El palacio de Otha.

— ¿Y el de la cúpula negra? — La pregunta de Kurik era más bien innecesaria, pues todos conocían la respuesta.

— La edificación con la cúpula negra es el templo de Azash. Él está allí... esperándonos.

Capítulo veintiséis

El disimulo no era una opción practicable, concluyó Falquián mientras él y sus compañeros dejaban de lado sus sencillos disfraces para enfundarse las armaduras. Era factible engañar a ignorantes campesinos y soldados de poca categoría, pero habría sido inútil tratar de pasar inadvertidos en una ciudad desierta patrullada por tropas de élite. En última instancia, se verían obligados a recurrir a la fuerza de las armas y, en aquellas circunstancias, lo mejor era llevar la armadura al completo. La cota de mallas era adecuada para improvisadas reuniones sociales en medios rurales, pensó irónicamente, pero la vida en la ciudad requería mayor etiqueta. No les serviría de nada llevar atuendos campestres.

— ¿Y bien, cuál es el plan? — preguntó Kalten mientras los caballeros se ayudaban unos a otros a colocarse las armaduras.

— Todavía no he elaborado ninguno — reconoció Falquián —. Para se ros sincero, no pensé que llegáramos realmente tan lejos. Consideraba que podríamos darnos por satisfechos si nos acercábamos lo bastante a la ciudad de Otha como para incluirla en la devastación generalizada que desencadenaría la destrucción del Bhelliom. Cuando acabemos de ponernos el arnés, hablaremos con Sephrenia.

Durante la tarde habían ido instalándose en el cielo altas y finas nubes que habían aumentado con la proximidad del atardecer. El seco frío comenzó a remitir y fue sustituido por un extraño bochorno. Por oriente, en la lejanía, retumbaban algunos truenos aislados cuando, al ponerse el sol entre arreboladas nubes, los caballeros se reunieron en torno a Sephrenia.

— Nuestro glorioso líder parece haber descuidado algunas cuestiones de estrategia sin importancia — anunció Kalten para iniciar la conversación.

— No te excedas — murmuró Falquián.

— De ningún modo, Falquián. Ño he pronunciado la palabra «idiota» ni siquiera una vez. La pregunta que a todos nos hace arder de curiosidad es: ¿qué hacemos ahora?

— Así, de primera instancia, diría que podemos descartar un asedio — observó Ulath.

— Las luchas frontales son siempre más divertidas — convino Tynian.

— ¿Me permitís? — intervino Falquián con acritud —. Así es como yo veo la situación, Sephrenia. Tenemos una ciudad en apariencia desierta en la que, sin embargo, habrá sin lugar a dudas patrullas de las guardias de élite de Otha. Cabe la posibilidad de que logremos esquivarlas, pero no sería aconsejable abrigar grandes esperanzas al respecto. Lo que desearía es conocer más detalles sobre la ciudad en sí.

— Y el grado de profesionalidad de la guardia de élite de Otha. — agregó Tynian.

— Son buenos soldados. — le aseguró Bevier.

— ¿Comparables a los caballeros de la Iglesia? — inquirió Tynian.

— No, ¿pero quién lo es? — Bevier realizó aquella observación sin el menor asomo de inmodestia —. Deben de estar a la altura de los soldados del ejército de Wargun.

— Vos habéis estado antes aquí, Sephrenia — dijo Falquián —. ¿Dónde están situados exactamente el palacio y el templo?

— En realidad forman parte del mismo edificio — repuso la mujer —, y se encuentran en el justo centro de la ciudad.

— Entonces da lo mismo por qué puerta entremos, ¿no es así?

La maga asintió con la cabeza.

— ¿No es un tanto peculiar que se hallen bajo el mismo techo un templo y un palacio? — preguntó Kurik.

— Los zemoquianos son gente peculiar — le recordó Sephrenia —. En realidad, media una separación entre ellos, pero para llegar al templo se debe pasar por el palacio, ya que aquél carece de toda abertura al exterior.

— En ese caso no nos queda más que cabalgar hasta el palacio y llamar a la puerta — simplificó Kalten.

— No — disintió con firmeza Kurik —. Iremos a pie al palacio y ya hablaremos de si llamamos a la puerta cuando estemos allí.

— ¿A pie? — exclamó con tono ofendido Kalten.

— Los caballeros hacen demasiado ruido en calles pavimentadas y es bastante difícil esconderlos cuando uno tiene que ocultarse.

— No es nada agradable caminar con la armadura puesta, Kurik.

— Queríais ser un caballero. Según recuerdo, vos y Falquián os presentasteis voluntarios incluso.

— ¿Podríais silbar ese hechizo de invisibilidad del que nos habló Falquián? — preguntó Kalten a Sephrenia — ¿El que Flauta tocaba con el caramillo?

La mujer hizo un gesto negativo.

— ¿Por qué no? — insistió Kalten.

— ¿Reconocéis esta melodía? — le preguntó Sephrenia después de tararear una corta frase musical.

— No — reconoció Kalten, frunciendo el entrecejo.

— Era el tradicional himno pandion. Estoy segura de que estáis familiarizado con él. ¿Queda respondida vuestra pregunta?

— Oh. La música no es uno de vuestros puntos fuertes, comprendo.

— ¿Qué ocurriría si lo intentarais y equivocarais las notas? — inquirió Talen con curiosidad.

— No quiero ni pensarlo — respondió, estremecida, la estiria.

— Entonces iremos a hurtadillas — resolvió Kalten —. Vamos allá.

— Cuando haya anochecido — replicó Falquián.

Tras recorrer los casi dos kilómetros de polvorienta llanura que los separaba de las lúgubres murallas de Zemoch, los caballeros sudaban copiosamente al llegar a la puerta oeste.

— Qué bochorno — se quejó Kalten, enjugándose la empapada cara —. ¿Es que no existe nada normal en Zemoch? No debería haber una atmósfera tan asfixiante en esta época del año.

— Hace un tiempo definitivamente insólito — convino Kurik.

El distante fragor de los truenos y el pálido centelleo de los relámpagos que iluminaban los cúmulos de nubes apretadas en el este confirmaban sus observaciones.

— Tal vez podríamos acudir a Otha para guarecernos de la tormenta — comentó Tynian —. ¿Son hospitalarios los zemoquianos?

— No mucho — respondió Sephrenia.

— Deberemos movernos lo más silenciosamente posible cuando estemos en el interior de la ciudad — advirtió Falquián.

Sephrenia irguió la cabeza y clavó la mirada en el este, con el pálido rostro apenas visible en la

sofocante oscuridad.

— Esperemos un poco — propuso —. Esa tormenta avanza hacia aquí.

Los truenos sofocarían cualquier ruido metálico accidental.

Aguardaron apoyados en las murallas de basalto de la ciudad mientras el desgarrado bramido de los truenos marchaba inexorablemente en dirección a ellos.

— Esto debería apagar todo ruido que hagamos — dijo al cabo de unos diez minutos Falquián —. Entremos antes de que empiece a llover.

La puerta, formada por troncos toscamente escuadrados unidos con hierro, estaba ligeramente entornada. Falquián y sus compañeros desenvainaron las armas y se deslizaron uno a uno por el resquicio.

En la ciudad flotaba un olor especial que no se parecía a ninguno presente en todos los lugares que Falquián había visitado. No era aromático ni desagradable, sino peculiar. Como no había antorchas que les alumbraran el camino, hubieron de depender de los intermitentes fogonazos de los relámpagos que surcaban los nubarrones que rodaban por oriente. Las calles que su luz les permitía distinguir eran angostas, con empedrados desgastados por un trajín de siglos, y las casas, altas y estrechas, tenían ventanas pequeñas protegidas en general por barrotes. Los perpetuos vendavales de polvo que azotaban la ciudad habían erosionado las piedras de los edificios, limando su superficie. La arenilla acumulada en las esquinas y en los alféizares de las casas confería a la ciudad, que a no dudar había sido abandonada hacía tan sólo unos meses, el aspecto de una ruina inhabitada durante centurias.

Talen se deslizó tras Falquián y le arañó la armadura.

— No hagas eso, Talen.

— He conseguido vuestra atención, ¿no es cierto? Tengo una idea. ¿Vais a discutir conmigo al respecto?

— Creo que no. ¿Sobre qué querías que discutiéramos?

— Yo tengo ciertos talentos que domino exclusivamente en nuestro grupo.

— Dudo que encuentres muchas bolsas que rajar, Talen. No veo que haya tanta gente por aquí.

— Ja — se mofó Talen con descaro —. Ja, ja, ja. Ahora que ya habéis mencionado esa cuestión, ¿vais a escucharme?

— Lo siento. Continúa.

— Ninguno de vosotros sería capaz de atravesar un cementerio sin despertar a la mitad de sus ocupantes, ¿me equivoco?

— Yo no iría tan lejos.

— Yo sí. Me adelantaré un trecho... No mucho, sólo lo suficiente, y así cuando vuelva podré deciros si se acerca alguien... o si nos han tendido una emboscada.

Falquián no esperó esa vez. Alargó el brazo hacia el muchacho, pero éste se zafó ágilmente.

— No hagáis eso, Falquián. Os ponéis en ridículo.

Se alejó corriendo unos metros y luego se paró e introdujo la mano en una de sus botas. Sacó un largo puñal de punta afilada como una aguja y después se perdió en la oscura calleja.

Falquián profirió un juramento.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Kurik.

— Talen acaba de escaparse.

— ¿Cómo?

— Dice que va a explorar. He intentado detenerlo, pero no he podido atraparlo.

En algún punto indeterminado entre el laberinto de calles sonó una especie de inhumano aullido.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntó Bevier, apretando con fuerza el largo mango de su hacha.

— ¿El viento tal vez? — apuntó Tynian sin mucha convicción.

— No sopla viento alguno.

— Lo sé, pero de todas formas prefiero creer que era eso lo que ha ocasionado ese ruido. No me gustan las otras alternativas.

Siguieron avanzando pegados a los edificios y parándose involuntariamente en seco con cada relampagueo y retumbo de trueno.

Talen regresó con paso rápido y sigiloso.

— Se aproxima una patrulla — anunció, quedándose a una distancia prudencial para que no pudieran cogerlo —. ¿Creeréis que llevan antorchas? No están intentando localizar a nadie, sino todo lo contrario.

— ¿Cuántos son? — preguntó Ulath.

— Unos doce.

— Entonces no hay de qué preocuparse.

— ¿Por qué no os desplazáis a la otra calle por este callejón? Así no tendréis ni ocasión de verlos, ni mucho menos de preocuparos. — El chiquillo se precipitó por una calleja y volvió a desaparecer.

— La próxima vez que elijamos a un líder, creo que yo lo votaré a él — murmuró Ulath.

Siguieron caminando por las angostas y tortuosas calles y, con la ayuda de Talen, lograron evitar fácilmente las esporádicas patrullas zemoquianas. Al aproximarse al centro de la población, no obstante, llegaron a un barrio de edificios más imponentes y calles más anchas.

La próxima vez que regresó Talen, el momentáneo resplandor de un rayo reveló una expresión de disgusto en su cara.

— Hay otra patrulla justo delante — informó —. El único problema es que no están patrullando. Parece como si hubieran forzado la puerta de una bodega. Están sentados en medio de la calle bebiendo.

— Pues los sortearemos dando un rodeo por los callejones — declaró, encogiéndose de hombros, Ulath.

— No podemos — lo disuadió Talen —. De esta calle no parte ningún callejón secundario. No he encontrado ninguno para dar un rodeo y debemos pasar necesariamente por esta calle. Según mis conclusiones, es la única de la zona que conduce al palacio. Esta ciudad está construida sin orden y concierto. Ninguna calle va a donde debería ir.

— ¿A cuántos juerguistas de ésos nos hemos de enfrentar? — le preguntó Bevier.

— Cinco o seis.

— ¿Y llevan antorchas?

Talen asintió.

— Están justo después de la próxima curva de la calle.

— Con el deslumbre de las antorchas, no verán mucho en la oscuridad. — Bevier flexionó el brazo, moviendo sugerentemente el hacha.

— ¿Qué te parece? — preguntó Kalten a Falquián.

— Podríamos intentarlo — acordó Falquián —. No se prevé que vayan a cedernos voluntariamente el paso.

Lo que sucedió después se asemejaba más al asesinato que a una pelea. Los zemoquianos, que llevaban bastante rato de jarana, habían llegado a un estado de alegre despreocupación y los caballeros de la Iglesia sólo tuvieron que caminar hacia ellos y clavarles las armas. Uno de ellos lanzó un breve grito que ahogó el desgarrado fragor de un trueno.

Sin pronunciar palabra alguna los caballeros arrastraron sus cuerpos inertes a los zaguanes próximos y los ocultaron. Después se arracimaron con ademán protector en torno a Sephrenia y prosiguieron por aquella ancha calle alumbrada por relámpagos en dirección al mar de humeantes antorchas que parecía rodear el palacio de Otha.

Nuevamente oyeron aquella especie de aullido que en nada sugería una garganta humana. Talen volvió y en aquella ocasión no realizó ningún intento para esquivarlos.

— El palacio no queda lejos — dijo, hablando en voz baja a pesar de los truenos que retumbaban casi constantemente —. Hay guardias en la parte de delante, vestidos con unas armaduras de las que sobresalen toda clase de púas de acero. Parecen puercoespines.

— ¿Cuántos son? — inquirió Kalten.

— Más de los que he tenido tiempo de contar. ¿Oís esa especie de gemido?

— He estado tratando de no escucharlo.

— Más vale que os acostumbréis a él, porque son los guardias los que lo emiten.

El palacio de Otha era mayor que la basílica de Chyrellos, pero carecía de toda gracia arquitectónica. Otha había pasado los años tempranos de su vida siendo un cabrero, y el principio que parecía dirigir su sentido del gusto podía resumirse en la palabra «grande». En la mentalidad de Otha, cuanto más colosal era algo, mejor. Su mansión había sido construida con fracturada y negra roca basáltica, la cual era más fácil de tallar debido a la disposición lisa de sus capas, pero que no daba grandes resultados en cuanto a belleza se refería. Propiciaba la construcción de imponentes edificios, pero poco más.

El palacio se alzaba como una montaña en el centro de Zemoch. Tenía torres, desde luego, al igual que todos los palacios, pero las toscas agujas negras que arañaban el cielo por encima del edificio principal carecían de donaire, equilibrio y, en la mayoría de los casos, de propósito evidente. Muchas de ellas, iniciadas siglos antes y todavía por concluir, sobresalían en el aire, incompletas y rodeadas por los podridos restos de toscos andamiajes. El palacio no transmitía tanto una sensación de maldad como de locura, de una suerte de frenético esfuerzo exento de toda finalidad.

Más allá del palacio Falquián veía la abultada cúpula del templo de Azash, una perfecta semiesfera de color negro herrumbroso formada por enormes bloques hexagonales rígidamente simétricos que le conferían la apariencia del nido de algún enorme insecto o de una vasta llaga infectada.

El área que rodeaba ambas edificaciones era una especie de zona pavimentada inerte donde no había edificios ni árboles ni monumentos. Era simplemente una lisa explanada que se prolongaba a unos doscientos metros de las paredes que en aquélla, la más oscura de las noches, iluminaban antorchas clavadas sin ninguna simetría en los entresijos de las losas, formando lo que casi semejaba un campo de fuego agitado.

La ancha avenida por la que caminaban los caballeros continuaba directamente, cruzando la desolada plaza, hasta el portal principal de la morada de Otha, en el que se adentraba sin estrecharse bajo el par de puertas arqueadas más amplias y más altas que Falquián había visto nunca. Las puertas permanecían ominosamente abiertas.

Los guardias, apostados en el espacio intermedio entre los muros y aquel sembrado de antorchas, llevaban las armaduras más fantásticas que a Falquián le había sido dado contemplar. Los yelmos, rematados por bifurcadas antenas de acero, tenían forma de calavera; las diversas junturas — en hombros, codos, caderas y rodillas — estaban decoradas con largas púas y llamativas protuberancias, y los antebrazos estaban tachonados con ganchos. Las armas que asían, con filos aserrados y lengüetas finas como cuchillas, no eran tanto instrumentos de muerte como medios para causar dolor. Los escudos eran grandes y estaban cubiertos con espantosas pinturas.

Sir Tynian era deirano, y los deiranos han sido desde tiempo inmemorial los más afamados expertos en armaduras del mundo.

— Esta es la forma de fanfarronería más infantil que he visto en mi vida — comentó con desdén a los demás, aprovechando una momentánea calma en los truenos.

— ¿Oh? — se extrañó Kalten.

— Esas armaduras son casi inservibles. Una buena armadura ha de proteger a quien la lleva, pero dejándole una cierta libertad de movimientos. No se trata de convertirlo en una tortuga.

— Sin embargo, resultan un tanto intimidatorias.

— Eso es lo único que son: algo puramente ostentatorio. Todos esos ganchos y púas son inútiles y, lo que es peor, lo único que harían sería guiar el arma del adversario a los puntos vulnerables. ¿En qué estarían pensando sus armeros?

— Es un legado de la última guerra — explicó Sephrenia —. La apariencia de los caballeros de

la Iglesia impresionó mucho a los zemoquianos. Como no comprendieron el cometido real de la armadura y sólo repararon en su espantoso aspecto, sus armeros se concentraron en la apariencia más que en la utilidad. Los zemoquianos no llevan armadura para protegerse sino para asustar a sus adversarios.

— Pues yo no estoy asustado en lo más mínimo, pequeña madre — señaló alegremente Tynian —. Esto va a ser casi demasiado sencillo.

Entonces, obedeciendo a alguna señal que sólo percibieron los horriblemente ataviados guardias de Otha, todos emitieron aquel quejido irracional, una suerte de aullido farfullado carente de todo sentido.

— ¿Se supone que es alguna especie de grito de guerra? — inquirió con nerviosismo Bevier.

— Es lo mejor que logran articular — le respondió Sephrenia —. La cultura zemoquiana es básicamente estiria, y los estírios lo desconocen todo sobre la guerra. Esos guardias tratan de imitar los gritos que profieren los elenios al atacar.

— ¿Por qué no sacáis el Bhelliom y los borráis del mapa, Falquián? — sugirió Talen.

— ¡No! — se mostró tajantemente en desacuerdo Sephrenia —. Los dioses troll están confinados ahora y no conviene soltarlos hasta que nos hallemos en presencia de Azash. Sería absurdo valemos del Bhelliom para destruir a unos simples soldados y arriesgar el buen final de nuestra misión.

— No anda errada — concedió Tynian.

— No se mueven — indicó Ulath, mirando a los guardias —. Estoy seguro de que nos ven, pero no están haciendo ningún esfuerzo por formar y proteger esa entrada. Si conseguimos trasponer el umbral y cerrar las puertas tras nosotros, no tendremos por qué preocuparnos más de ellos.

— Ése es el plan más burdo que me han propuesto nunca — se mofó Kalten.

— ¿Tenéis otro mejor?

— No, ninguno.

— ¿Y entonces?

Adoptando la formación de cuña habitual en esos casos, los caballeros se encaminaron con paso resuelto hacia el portal del palacio de Otha. Al atravesar aquella desolada explanada, Falquián percibió una pestilencia que le era extrañamente familiar.

Tan repentinamente como se habían iniciado, los inopinados aullidos cesaron, y los guardianes de calavérico yelmo continuaron impasibles, de pie, sin esgrimir las armas ni intentar siquiera concentrarse ante el portal.

De nuevo el aire se impregnó de aquel penetrante hedor, que barrió, por fortuna, una súbita ráfaga de viento. Los relámpagos redoblaron su furia y comenzaron arrancar con ensordecedor estruendo grandes bloques de piedras de los edificios cercanos. Los rodeaba una atmósfera que parecía haber cobrado de improviso vida.

— ¡Al suelo! — vociferó Kurik —. ¡Todos al suelo!

Aun sin comprender, todos lo obedecieron al instante, provocando un gran estrépito al chocar sus armaduras contra el pavimento.

Pronto fue patente el motivo del alarmado grito de Kurik. Dos de los grotescamente acorazados guardianes apostados a la izquierda de las imponentes puertas fueron de pronto engullidos por una brillante bola de fuego azulado y quedaron literalmente hechos trizas. Sus compañeros no se inmutaron ni giraron siquiera la cabeza para mirar, a pesar de la lluvia de pedazos chamuscados de carne y armadura que cayó sobre ellos.

— ¡Es la armadura! — gritó Kurik para hacerse oír entre el ruido de los truenos —. ¡El acero atrae los rayos! ¡Quedaos tumbados!

Los relámpagos continuaron abatiéndose sobre las filas de soldados revestidos de metal, y el olor a carne y cabello quemados se esparció por la amplia explanada impulsado por el repentino viento que, formando torbellinos, rebotaba en los altos muros de basalto del palacio.

— ¡Ni siquiera pestañean! — exclamó Kalten —. No existe nadie tan disciplinado.

La tormenta prosiguió su pesada marcha y fue a descargar la furia de los relámpagos sobre las

casas abandonadas, olvidando a los hombres recubiertos de acero.

— ¿Ha pasado ya? — consultó Falquián a su escudero.

— No lo sé seguro — le respondió Kurik —. Si notáis una especie de hormigueo, echaos de inmediato al suelo.

Con cautela, se pusieron en pie.

— ¿Era Azash? — preguntó Tynian a Sephrenia.

— Me parece que no. Si Azash hubiera dirigido los relámpagos, creo que nos habría acertado. Es posible, no obstante, que se tratara de Otha. Hasta no haber llegado al templo, lo más probable es que hayamos de enfrentarnos a las obras de Otha más que a cualquier fenómeno conjurado por Azash.

— ¿Otha? ¿Es realmente tan hábil?

— Hábil no acaba de ser la palabra apropiada — repuso la mujer —. Otha posee un gran poder, pero es torpe. Es demasiado perezoso para practicar.

Prosiguieron su amenazador avance, pero los hombres que los aguardaban vestidos con aquella grotesca armadura siguieron sin hacer el menor ademán de atacar o de reforzar el número de quienes protegían la puerta.

Cuando Falquián llegó hasta el primero de los inmóviles guardias, alzó la espada y entonces éste aulló y alzó desmañadamente un hacha de hoja ancha adornada con inútiles púas y ganchos. Falquián la apartó de un golpe y arremetió con la espada. La armadura de espantosa apariencia, apenas más gruesa que el papel, resultó incluso más ineficaz de lo que Tynian había previsto. La estocada de Falquián horadó el cuerpo del soldado como si no hubiera hallado la más mínima resistencia. Incluso si hubiera ensartado a un hombre totalmente desprotegido, su hoja no habría penetrado tan profundamente en él.

Entonces el soldado se vino abajo y la desgarrada armadura se abrió. Falquián se encogió presa de una súbita repugnancia. El cuerpo que había dentro de la armadura no había sido el de un hombre vivo. Parecía componerse exclusivamente de renegridos huesos a los que se pegaban algunos putrefactos jirones de carne. De la brecha de la armadura emanaba un espantoso hedor.

— ¡No están vivos! — tronó Ulath —. ¡No tienen más que huesos y entrañas en descomposición!

Aquejados de náuseas, los caballeros siguieron luchando, abriéndose camino entre sus enemigos ya muertos.

— ¡Deteneos! — gritó Sephrenia con tono perentorio.

— Pero... — se dispuso a objetar Kalten.

— ¡Separaos un metro de ellos..., todos!

Retrocedieron a desgana, y los cadáveres que los amenazaban, inmóviles de nuevo, volvieron a emitir aquel impasible aullido, como si respondieran a una invisible señal.

— ¿Qué sucede? — preguntó Ulath —. ¿Por qué no atacan?

— Porque están muertos, Ulath — contestó Sephrenia.

Ulath apuntó a una forma desplomada con el hacha.

— Muerto o no, ése intentó clavarme una lanza.

— Porque os habéis situado en el radio de alcance de su arma. Miradlos. Nos rodean y ni siquiera hacen nada por defender a sus compañeros. Dame una antorcha, Talen.

El muchacho arrancó una antorcha del suelo y se la tendió. Entonces ella escrutó el empedrado.

— Es terrorífico — dijo, estremeciéndose.

— Nosotros os protegeremos, lady Sephrenia — le aseguró Bevier —. No tenéis nada que temer.

— Nada hemos de temer, querido Bevier. Lo que en realidad es pavoroso es el hecho de que Otha disponga probablemente de más poder que cualquier otro ser humano vivo, pero que sea tan estúpido ue ni siquiera sepa cómo usarlo. Hemos pasado varios siglos amerentados por un perfecto imbécil.

— Levantar a los muertos es algo bastante impresionante, Sephrenia — arguyo Falquián.

— Cualquier niño estirio es capaz de animar a un cadáver, pero Otha no sabe ni lo que ha de hacer una vez que los ha revivido. Cada uno de estos guardias fallecidos se mantiene de pie sobre una baldosa, y esa baldosa determina la única superficie que protege.

— ¿Estáis segura?

— Comprobadlo por vos mismo.

Falquián levantó el escudo y se acercó a uno de los hediondos guardias. No bien hubo posado el pie en la losa, el ser de cadavérico rostro dirigió con espasmódico impulso contra él un hacha de hoja dentada, que él esquivó fácilmente. Cuando se apartó, el soldado volvió a adoptar su posición anterior y permaneció tan rígido como una estatua.

El vasto círculo de guardias que rodeaban el palacio y el templo volvió a exhalar su extravagante gemido.

Entonces, para horror de Falquián, Sephrenia tomó con la mano la falda de su blanco vestido y comenzó a caminar tranquilamente entre las hileras de pestilentes muertos. Se detuvo y se giró hacia ellos.

— Oh, vamos. Entremos antes de que empiece a llover. Lo único que tenéis que hacer es no pisar esas losas.

Era extraño andar junto a aquellas figuras salvajemente inquietantes, con su terrible pestilencia y sus caras de calavera bajo la fantasmagórica luz de los relámpagos, pero, de hecho, no más peligroso que evitar las ortigas en el sendero de un bosque.

Cuando pasaban junto al último de los cadavéricos centinelas, Talen se paró y observó con ojos entornados una de las hileras que componían.

— Respetado maestro — dijo en voz baja a Berit.

— ¿Dime, Talen?

— ¿Por qué no empujáis a éste? — Talen señaló la espalda de una de las figuras vestidas con armadura —. Hacia ese lado...

— ¿Para qué?

— Dadle un empujón, Berit, y ya veréis. — Talen sonreía maliciosamente.

Si bien algo desconcertado, Berit tomó el hacha y propinó un buen empellón al rígido cadáver, el cual cayó y chocó contra otro. El segundo centinela decapitó prestamente al primero, reculando con precario equilibrio al hacerlo, y fue víctima al punto del rechazo de un tercero.

El caos se extendió rápidamente, y un buen número de los intimidatorios muertos fueron despedazados por sus compañeros en una estrambótica sucesión de irracionales reacciones de inútil violencia.

— Es muy listo ese chico vuestro, Kurik — alabó Ulath.

— Tenemos puestas ciertas esperanzas en él — replicó modestamente Kurik.

Se volvieron hacia el portal y se pararon en seco. Suspendido en el aire, en el centro exacto del oscuro zaguán, había un etéreo rostro dibujado en el vacío con unas llamas verdes de repulsivo aspecto. La cara era grotescamente deforme y expresaba una desmedida e implacable maldad... y era familiar. Falquián la había visto antes.

— ¡Azash! — musitó Sephrenia —. ¡Quedaos atrás!

Observaron con asombro la espectral aparición.

— ¿De veras es él? — preguntó, admirado, Tynian.

— Es una imagen de él — respondió Sephrenia —. Otra de las artimañas de Otha.

— ¿Es peligrosa? — inquirió Kalten.

— Poner el pie en el umbral acarrearía la muerte, y algo peor que la muerte.

— ¿Existen otros medios de entrar? — le preguntó Kalten, con la mirada temerosamente fija en la verdusca faz.

— Estoy convencida de que sí, pero dudo mucho que los localicemos.

Falquián suspiró. Hacía tiempo que había decidido lo que haría cuando llegara ese momento. Su aprensión se debía más a la discusión que ello iba a ocasionar que el acto en sí. Desató del cinturón

la bolsa de malla del Bhelliom.

— Bien — dijo a sus amigos —, será mejor que os pongáis en camino.

No puedo garantizaros cuánto tiempo podré proporcionaros, pero resistiré cuanto pueda.

— ¿De qué estás hablando? — se alarmó Kalten.

— Me temo que no podemos aproximarnos más a Azash. Todos sabemos lo que inexcusablemente debe hacerse, y con uno solo de nosotros bastará. Si alguno consigue regresar a Cimmura, decidle a Ehlana que me habría gustado que las cosas hubieran sido distintas. Sephrenia, ¿estoy lo bastante cerca? ¿Será destruido Azash?

La mujer asintió con los ojos anegados de lágrimas.

— No nos pongamos sentimentales — indicó Falquián con brusquedad —. No tenemos tiempo. Ha sido un honor conoceros... a todos.

Ahora marchaos de aquí. Es una orden. — Debía obligarlos a moverse antes de que comenzaran a tomar insensatas decisiones de nobleza —. ¡Idos! — les gritó —. ¡Y vigilad dónde ponéis los pies al pasar junto a los guardias!

Estaban moviéndose. Los militares siempre obedecen las órdenes... si éstas se expresan a voz en grito. Se movían, y eso era lo importante. De todas formas, aquel gesto resultaría probablemente infructuoso. Si lo que había dicho Sephrenia era cierto, necesitarían como mínimo un día para salir de la zona que quedaría totalmente destruida cuando hiciera añicos el Bhelliom, y eran escasas las esperanzas de que no lo descubrieran a él durante ese tiempo. Aun así, debía al menos tratar de ofrecerles aquella azarosa posibilidad. Tal vez no saliera nadie del palacio ni acertara a verlo ninguna de las patrullas que recorrían las calles. En todo caso, era agradable pensar que podía suceder así.

No quiso ver cómo se alejaban. Era preferible no hacerlo. Tenía, además, cosas que hacer, cosas mucho más importantes que quedarse plantado tristemente como un niño que se ha portado mal y al que dejan en casa mientras el resto de la familia se va de fiesta. Miró primero a la derecha y luego a la izquierda. Si Sephrenia había estado en lo cierto y aquél era el único modo de entrar en el palacio de Otha, sería mejor que se situara a cierta distancia del portal y de su brillante aparición ya que, de ese modo, sólo tendría que ocuparse de evitar a las patrullas y nadie... ni nada... que saliera de la mansión lo vería de inmediato. ¿A izquierda o derecha? Se encogió de hombros. ¿Qué más daba? Quizá sería mejor rodear el perímetro del palacio y esperar junto a la pared del propio templo. Así estaría más próximo a Azash y éste se hallaría más cerca de la absoluta destrucción que le prometía el Bhelliom. Giró un poco la cabeza y entonces los vio. Estaban al otro lado de las hileras de repugnantes cadáveres, con la resolución pintada en los semblantes.

— ¿Qué hacéis? — les gritó —. Os he dicho que os fuerais de aquí.

— Hemos decidido esperarte — contestó Kalten.

Falquián dio un paso amenazador hacia ellos.

— No seáis necio, Falquián — le advirtió Kurik —. No podéis permitiros correr el riesgo de errar el paso entre esos muertos. Si ponéis un pie donde no debierais, uno de ellos os descabezará por la espalda... y entonces Azash se quedará con el Bhelliom. ¿Hemos hecho tan largo viaje solamente para eso?

Capítulo veintisiete

Falquián profirió un juramento. ¿Por qué no podían hacer simplemente lo que les había dicho? Después suspiró. Debió haber previsto que no le obedecerían. Ahora no había nada que hacer y no tendría sentido regañarlos.

Se quitó el guantelete para desprender la cantimplora del cinto, y sus anillos despidieron rojos destellos bajo la luz de las antorchas. Destapó el recipiente y tomó un trago. El anillo centelleó de nuevo ante sus ojos. Bajó la cantimplora, mirando pensativamente la sortija.

— Sephrenia — llamó casi con aire ausente —, os necesito.

La mujer se encontraba a su lado al cabo de unos momentos.

— El Buscador era Azash, ¿no es cierto?

— Eso es una simplificación excesiva.

— Ya sabéis a qué me refiero. Cuando estábamos ante la tumba del rey Sarak en Kelosia, Azash os habló a través del Buscador, pero huyó cuando yo me dirigí hacia él con la lanza de Aldreas.

— Sí.

— Y también utilicé la lanza para ahuyentar a esa criatura que surgió del túmulo en Lamorkand, y maté a Ghwerig con ella.

— Sí.

— Pero no era realmente la lanza, ¿no es cierto? En fin de cuentas, no es un arma tan terrorífica. Eran los anillos, ¿verdad?

— No veo dónde queréis ir a parar con esto, Falquián.

— Yo tampoco. — Se sacó el otro guantelete y alargó las manos, observando las sortijas —. Poseen ciertas dosis de poder propio, ¿no es así? Creo que el hecho de que son las llaves para activar la fuerza del Bhelliom me ha hecho pasar por alto lo que puede conseguirse sólo por medio de ellos. La lanza de Aldreas no tenía nada que ver con el efecto conseguido..., de lo cual podemos congratularnos, dado que ahora se encuentra apoyada en un rincón de los aposentos de Ehlana allá en Cimmura. Cualquier arma habría servido a igual fin, ¿verdad?

— Con tal que los anillos estuvieran en contacto con ella, sí. Por favor, Falquián, id al grano. Vuestra lógica elenia resulta tediosa.

— Me ayuda a pensar. Podría borrar la imagen de Azash de la entrada, pero ello liberaría a los dioses troll, y éstos tratarían de apuñalarme por la espalda cada vez que me volviera. Los dioses troll no guardan, sin embargo, ninguna relación con los anillos. Es factible usar los anillos sin despertar a Ghnomb y a sus amigos. ¿Qué ocurriría si tomara la espada con ambas manos y tocara con ella la cara suspendida sobre el umbral?

La mujer se quedó mirándolo en silencio.

— No estamos hablando realmente de Azash en este caso, sino de Otha. Puede que yo no sea el mago más hábil del mundo, pero no tengo por qué serlo mientras tenga los anillos. Creo que es posible que hagan tambalear a Otha, ¿no os parece?

— No puedo responderos a eso, Falquián — contestó con tono pesaroso —. No lo sé.

— ¿Por qué no lo probamos? — Se volvió y fijó la mirada más allá de los pestilentes muertos — . Volved aquí — llamó a sus amigos —. Tenemos algo que hacer.

Desfilaron cautelosamente junto a los cadáveres con armadura y se reunieron en torno a Falquián y su tutora.

— Voy a intentar algo que quizá no surta el efecto deseado — les dijo —, y, si ése fuera el caso, vais a tener que encargaros del Bhelliom.

— Desató la bolsa de malla del cinto —. Si fracaso en mi tentativa, depositad el Bhelliom sobre las losas y aplastadlo con una espada o un hacha. — Entregó la bolsa a Kurik y su escudo a Kalten, y desenvainó la espada. Luego apretó la empuñadura con ambas manos y se dirigió al vasto zaguán donde flotaba la reluciente aparición —. Deseadme suerte — dijo. Cualquier otra frase hubiera tenido resonancias demasiado ampulosas.

Alargó los brazos, situando la espada al nivel de la imagen de fuego verde y, fortaleciéndose, se acercó a ella y tocó con la punta del arma el ardiente encantamiento.

El resultado fue satisfactoriamente espectacular. Al contacto con la espada, la candente cara hizo explosión con una detonación tan fuerte que debió de hacer añicos todos los cristales que se hallaban en un radio de un kilómetro, y una cascada de chispas multicolores llovió sobre Falquián. Éste y sus amigos cayeron violentamente al suelo, y los cadáveres que aún montaban guardia ante el palacio fueron abatidos como hierba recién segada. Falquián sacudió la cabeza para ahuyentar el estruendo que persistía en sus oídos y miró el portal mientras se ponía trabajosamente en pie. Una de las colosales puertas había quedado partida por la mitad y la otra pendía precariamente de un solo gozne. La aparición se había esfumado y sólo quedaban de ella algunos jirones de humo deshilachado. En las profundidades del palacio sonó un prolongado chillido de dolor, semejante al de un murciélago.

— ¿Estáis todos bien? — gritó Falquián, mirando a sus amigos.

Estaban levantándose con la mirada algo vagarosa.

— Estrepitoso — fue cuanto dijo Ulath.

— ¿Quién hace ese ruido adentro? — preguntó Kalten.

— Otha, supongo — respondió Falquián —. Se pasa un mal rato cuando a uno le desbaratan un hechizo. — Recogió los guanteletes y la bolsa de malla.

— ¡Talen! — gritó Kurik —. ¡No!

El chiquillo, sin embargo, ya se había adentrado en el zaguán.

— No parece que haya nada aquí, padre — informó, ya de vuelta —. Puesto que no he desaparecido en una nube de humo, creo que podemos afirmar que es un lugar seguro.

Kurik comenzó a avanzar hacia el muchacho, tendiendo afanosamente las manos. Luego volvió a planteárselo y se detuvo, murmurando imprecaciones.

— Entremos — indicó Sephrenia —. Estoy convencida de que todas las patrullas han oído la explosión. Confiemos en que lo hayan atribuido a un trueno, pero es seguro que algunos de ellos vendrán a investigar.

Falquián volvió a guardar la bolsa debajo del cinturón.

— Nos conviene escabullimos en cuanto estemos dentro. ¿Qué dirección debemos tomar?

— Girad a la izquierda una vez que hayáis traspuesto el umbral. Los pasadizos de ese lado conducen a las cocinas y los almacenes.

— De acuerdo pues. Adelante.

Aquel peculiar olor que Falquián había advertido al entrar en la ciudad era más intenso en los oscuros pasillos del palacio. Los caballeros avanzaron con cautela, escuchando los ecos de los gritos de los guardias de élite. En el palacio reinaba una gran agitación, e incluso en un lugar tan vasto

como aquél era inevitable encontrarse con alguien. En la mayoría de los casos, Falquián y sus amigos evitaron a la gente introduciéndose simplemente en las oscuras cámaras que flanqueaban los corredores. En otros, no obstante, ello no era posible, pero los caballeros de la Iglesia eran combatientes mucho más expertos que los zemoquianos, y el ruido que producían las refriegas quedaba sofocado por los gritos que resonaban en los pasadizos. Caminaban a paso rápido, con las armas prestas.

Casi una hora después entraron en una gran cocina de repostería cuyas hileras de hogares propagaban un aceptable grado de luz. Se detuvieron allí y atrancaron las puertas.

— Estoy desorientado — confesó Kalten, robando un pastelillo —. ¿Hacia dónde vamos?

— Por esa puerta, creo — repuso Sephrenia —. Todas las cocinas dan a un corredor que conduce a la sala del trono.

— ¿Otha come en la sala del trono? — preguntó, sorprendido, Bevier.

— Otha apenas se mueve — respondió la estiria —. Ya no puede caminar.

— ¿Qué lo dejó imposibilitado?

— Su apetito. Otha come casi constantemente, y nunca ha sido aficionado a hacer ejercicio. Tiene las piernas demasiado débiles para sostenerle el cuerpo.

— ¿Cuántas puertas hay en la sala del trono? — inquirió Ulath.

— Cuatro, me parece — respondió, tras hacer memoria —. La de las cocinas, otra que proviene de las estancias de palacio y la que da a los aposentos privados de Otha.

— ¿Y la última?

— La última entrada no tiene puerta. Es la abertura que conduce al laberinto.

— Lo primero que hemos de hacer pues es obstruirlas. Así podremos conversar con Otha en la intimidad.

— Y con quien quiera que le haga compañía — añadió Kalten —. Me pregunto si Martel habrá conseguido llegar aquí. — Tomó otro pastel.

— Hay un modo de averiguarlo — zanjó Tynian.

— Dentro de un momento — dijo Falquián —, ¿Qué es ese laberinto que habéis mencionado, Sephrenia?

— Es el camino que lleva al templo. Hubo un tiempo en que a la gente la fascinaban los laberintos. Es muy complicado y muy peligroso.

— ¿Es la única vía para llegar al templo?

La mujer asintió.

— ¿El común de los fieles pasan por la sala del trono para ir al templo?

— Los fieles ordinarios no van al templo, Falquián... Sólo los sacerdotes y los que se inmolan en sacrificios.

— En ese caso debemos irrumpir en la sala del trono, atrancar las puertas, acabar con los guardias que haya adentro y hacer prisionero a Otha. Si le ponemos un cuchillo en la garganta, no creo que ninguno de sus soldados se interponga en nuestro camino.

— Otha es un mago — le recordó Tynian —. No será tan fácil apresarlo.

— Otha no constituye apenas un peligro por el momento — disintió Sephrenia —. A todos se nos ha truncado un hechizo alguna vez. Se tarda un rato en recobrar las capacidades.

— ¿Estamos listos pues? — preguntó Falquián con voz tensa.

Asintieron mudamente y salieron por la puerta.

El corredor que llevaba de las cocinas a la sala del trono de Otha era estrecho y no muy largo. Al fondo se veía una rojiza luz de antorcha. Cuando se aproximaban a ella, Talen se escabulló hacia adelante, avanzando con paso extremadamente sigiloso sobre el suelo de piedra.

— Están todos allí — susurró con voz excitada al regresar al cabo de unos momentos —. Annias, Martel y los demás. Parece que acaban de llegar, porque todavía llevan capas de viaje.

— ¿Cuántos guardias hay en la habitación? — le preguntó Kurik.

— No muchos. Veinte como mucho.

— Los demás deben de estar en los pasillos buscándonos.

— ¿Podrías describir la habitación? — pidió Tynian —. ¿Y los sitios donde se encuentran los centinelas?

— Este pasillo acaba a corta distancia del trono. Identificaréis a Otha casi al instante, porque parece una babosa. Martel y los demás están apiñados en torno a él. Hay dos guardias apostados en cada una de las puertas, salvo en la arcada que hay justo detrás del trono, que nadie protege. Los demás centinelas están dispersados por la habitación a lo largo de las paredes. Llevan cota de mallas y espada y todos apoyan la mano en una larga lanza. Hay aproximadamente una docena de hombres muy musculosos en taparrabos sentados en cuclillas cerca del trono. Ésos no van armados.

— Los porteadores de Otha — explicó Sephrenia.

— Teníais razón — confirmó Talen —. Hay cuatro puertas: ésta por la que saldremos nosotros, una en el otro extremo de la habitación, la arcada y una mayor en la otra punta.

— La que conduce al resto del palacio — dedujo Sephrenia.

— Ésa es la importante — decidió Falquián —. En las cocinas sólo debe de haber algunos cocineros, y el dormitorio de Otha debe de estar prácticamente solitario, pero habrá soldados al otro lado de esa puerta principal. ¿A qué distancia queda esa puerta de la salida de este pasillo?

— A unos sesenta metros — repuso el chico.

— ¿Quién tiene ganas de correr? — Falquián miró a sus amigos.

— ¿Qué decís, Tynian? — inquirió Ulath —. ¿A qué velocidad recorréis sesenta metros?

— A la misma que vos, amigo mío.

— No olvides que me prometiste reservarme a Adus — recordó Kalten a su amigo.

— Intentaré conservarlo vivo para ti.

Siguieron avanzando resueltamente en dirección al vano iluminado, junto al cual se detuvieron un instante antes de precipitarse en el interior de la cámara. Ulath y Tynian se dirigieron raudamente a la puerta principal, lo que provocó gritos de estupor y de alarma en los presentes. Los soldados de Otha se impartían órdenes contradictorias unos a otros hasta que un oficial los atajó a todos con un bronco bramido.

— ¡Proteged al emperador!

Los guardias alineados junto a los muros dejaron a su suerte a los camaradas que guardaban las puertas y corrieron a formar con sus lanzas un anillo protector en torno al trono. Kalten y Bevier habían liquidado casi con negligencia a los dos guardias que flanqueaban el corredor que daba a las cocinas en tanto Ulath y Tynian llegaban a la salida principal donde los dos guardias intentaban afanosamente abrir las hojas para pedir ayuda. Los dos cayeron bajo el primer frenesí de estocadas y luego Ulath apoyó la fornida espalda contra la puerta y se apuntaló mientras Tynian tanteaba detrás de las cortinas buscando la barra para atrancar la puerta.

Berit irrumpió en la sala junto a Falquián, evitó de un salto los dos guardias que aún se movían débilmente en el suelo y corrió hacia la puerta de enfrente con el hacha en alto. Aun con el peso de la armadura, atravesó corriendo como un gamo la sala del trono y se abatió sobre los dos hombres que guardaban la puerta de los aposentos de Otha. Les quitó las lanzas y los liquidó con dos poderosos hachazos.

Falquián oyó el estrepitoso sonido metálico que produjo Kalten al colocar la pesada tranca de hierro.

Alguien aporreó la puerta que Ulath mantenía cerrada, pero Kalten ya había corrido la tranca, obstruyendo la entrada. Berit también atrancó la suya.

— Muy bien hecho — aprobó Kurik —. Sin embargo, aún no podemos llegar a donde está Otha.

Falquián miró el anillo de lanzas que rodeaban el trono y después al propio Otha. Tal como había dicho Talen, el hombre que había aterrorizado a Occidente durante los últimos cinco siglos parecía una vulgar babosa. Estaba totalmente calvo y su piel era de una palidez extrema. Su cara, grotescamente hinchada, estaba tan reluciente por el sudor que daba la impresión de estar cubierta de baba. Su enorme panza abultaba tanto que sus brazos apenas pasaban de ser insignificantes y

raquíticos adminículos. Sus grasientas manos, increíblemente sucias al igual que el resto de su cuerpo, estaban enjoyadas con valiosísimas sortijas. Se hallaba medio echado en el trono, como si alguien lo hubiera arrojado allí, con ojos vidriosos y agitado de violentas convulsiones que ponían de manifiesto que aún no se había recobrado de la brusca interrupción de su encantamiento.

Falquián aspiró profundamente para calmarse mientras miraba en derredor. La estancia lucía una decoración digna de reyes, con los muros cubiertos de oro forjado a martillo, las columnas nacaradas, el suelo pavimentado con ónice blanco pulido y los cortinajes que flanqueaban cada una de las puertas confeccionados con terciopelo rojo. De las paredes sobresalía de trecho en trecho una antorcha y a ambos lados del trono de Otha había unos enormes braseros de hierro.

Y entonces, por fin, Falquián detuvo la mirada en Martel.

— Ah, Falquián — lo saludó con cortesía el hombre de pelo blanco —, habéis sido muy amable en venir. Os estábamos esperando. A pesar de la desenvoltura de su tono, la voz lo traicionó mostrando un leve asomo de asombro. Martel no esperaba verlos llegar tan pronto, y menos de aquel modo tan imprevisto. Estaba de pie con Annias, Arissa y Lycheas dentro del círculo de lanceros, a quienes Adus espoleaba con puntapiés y maldiciones.

— De todas formas pasábamos por aquí. — Falquián se encogió de hombros —. ¿Cómo os ha ido, viejo amigo? Parecéis fatigado. ¿Ha sido pesado el viaje?

— Soportable cuando menos. — Martel inclinó la cabeza en dirección a Sephrenia —. Pequeña madre — dijo, volviendo a expresar un curioso pesar en la voz.

Sephrenia suspiró, pero no dijo nada.

— Veo que estamos todos aquí — continuó Falquián —. Me divierten mucho estas pequeñas reuniones. ¿A vos no? Son una ocasión para dar rienda suelta al recuerdo. —Miró a Annias, cuya posición de subordinación a Martel resultaba patente ahora —. Debisteis quedaros en Chyrellos, Su Ilustrísima — dijo —. Os perdisteis la intriga de la elección. ¿Creeréis que la jerarquía colocó a Dolmant en el trono del archiprelado?

— ¿Dolmant? — exclamó, afligido, el patriarca de Cimmura, con semblante repentinamente angustiado.

Años después, Falquián llegaría a la conclusión de que su venganza sobre el primado había sido completa en ese instante. El dolor que aquella simple afirmación había causado a su enemigo era algo que se hallaba fuera del alcance de su comprensión. La vida del primado de Cimmura se desmoronó y se consumió en aquel preciso momento.

— Sorprendente, ¿eh? — prosiguió implacablemente Falquián —. El último hombre en que uno hubiera pensado. Son muchos en Chyrellos los que creen que Dios dejó sentir su mano en ese día. Mi esposa, la reina de Elenia... (la recordáis, ¿verdad?; una muchacha rubia, bastante hermosa, a la que vos envenenasteis)... pronunció un discurso ante los patriarcas justo antes de que iniciaran sus deliberaciones. Fue ella quien sugirió a Dolmant. Dio muestras de una gran elocuencia, pero el común de la gente achaca los efectos de su alocución a la inspiración del mismo Dios... en especial teniendo en cuenta que Dolmant fue elegido por unanimidad.

— ¡Eso es imposible! — se escandalizó Annias —. ¡Mentís, Falquián!

— Podéis comprobarlo por vos mismo, Annias. Cuando os lleve de regreso a Chyrellos, estoy seguro de que tendréis tiempo de sobra para examinar los registros referentes a esa reunión. Existe toda una disputa en lo referente a quién va a tener el placer de someteros a juicio y ejecutaros, y es posible que se prolongue años. No sé cómo os las habéis arreglado para ofender a casi todos los habitantes de las tierras que se hallan al oeste de Zemoch. Todos quieren mataros por una razón u otra.

— Os estáis comportando de un modo un tanto infantil, Falquián — comentó con desdén Martel.

— Desde luego que sí. Todos lo hacemos a veces. Es verdaderamente una lástima que la puesta del sol haya sido tan poco inspiradora hoy, Martel, ya que fue la última que vais a presenciar.

— Una aseveración aplicable a vos o a mí.

— Sephrenia... — Era un profundo y retumbante gorgoteo más que una voz.

— ¿Sí, Otha? — replicó con calma la estiria.

— Saludad de mi parte a vuestra estúpida pequeña diosa — dijo con voz sorda en antiguo elenio, con la mirada ya enfocada, aunque con pulso aún tembloroso —. Vuestra afinidad contra natura con los dioses menores toca a su fin. Azash os aguarda.

— Dudo mucho que así sea, Otha, pues traigo conmigo al desconocido. Lo localicé mucho antes de que naciera y lo he traído aquí con el Bhelliom en el puño. Azash lo teme, Otha, y vos haríais mejor en temerlo también.

Otha se hundió aún más en el trono, retrayendo la cabeza como lo haría una tortuga entre los pliegues de grasa del cuello. Entonces movió la mano con sorprendente velocidad y de ella partió un rayo de verdusca luz dirigido a la menuda mujer estiria. A Falquián, no obstante, no lo tomó por sorpresa el ataque pues, a pesar de la aparente negligencia con que sostenía el escudo con las manos al descubierto, apoyaba firmemente las rojas piedras de los anillos en el borde del arma. Con celeridad perfeccionada con años de práctica situó el escudo delante de su tutora y el rayo rebotó en su pulida superficie. Uno de los guardias protegidos con armadura quedó repentinamente destruido por una silenciosa explosión que proyectó sobre el trono una lluvia de candentes fragmentos procedentes de su cota de mallas.

— ¿Hemos acabado con estas insensateces, Martel? — preguntó desapaciblemente Falquián, desenvainando la espada.

— Ojalá pudiera complaceros, viejo amigo — repuso Martel —, pero Azash está esperándonos. Ya sabéis cómo son estas cosas.

Los golpes descargados contra la pesada puerta que vigilaban Tynian y Ulath arreciaron.

— Parece que alguien llama a la puerta — comentó Martel —. Sed buen chico, Falquián, e id a ver quién es. Esos martillazos me ponen los nervios de punta.

Falquián comenzó a caminar.

— ¡Llevad al emperador a un lugar seguro! — vociferó Annias a los semidesnudos individuos agazapados junto al trono.

Con la eficiencia que daba la práctica, éstos insertaron unas gruesas barras de acero en los diversos orificios del enjoyado sillón, se las cargaron a los hombros y despegaron el inmenso peso de su amo del pedestal del trono. Luego giraron con la litera a cuestas y trotaron pesadamente hacia la arcada situada detrás del trono.

— ¡Adus! — ordenó Martel —. ¡Manténlos alejados de mí!

Después él también se volvió y se llevó a Annias y su familia en pos de Otha en tanto el brutal Adus azotaba a los lanceros con el lomo de su espada, impartiendo ininteligibles órdenes.

La atronadora presión sobre las puertas indicó que los soldados que había afuera utilizaban ahora improvisados arietes.

— ¡Falquián! — gritó Tynian —. ¡Estas puertas no resistirán mucho rato!

— ¡Dejadlas! — contestó Falquián —. ¡Ayudadnos aquí! ¡Otha y Martel están escapando!

Los soldados que lideraba Adus se habían desplegado para enfrentarse a Falquián, Kurik y Bevier, no tanto con intención de librar combate con ellos como de impedirles la entrada a la arcada que daba acceso al laberinto. Aun cuando en muchos sentidos Adus fuera profunda e incluso terroríficamente estúpido, era un guerrero de talento, y una pelea como aquélla, en la que se dirimía un asunto muy simple y para la que contaba con un considerable número de hombres, lo colocaba en su elemento natural. Dirigía a los guardias de Otha con gruñidos, patadas y golpes, distribuyéndolos por parejas o por tríos para interceptar el paso de un solo oponente con sus lanzas. El concepto implícito en el mandato de Martel se hallaba perfectamente al alcance del limitado intelecto de Adus. Su cometido era demorar a los caballeros el tiempo suficiente para permitir que Martel huyera, y tal vez no había otro hombre más capacitado para conseguirlo que Adus.

Cuando Kalten, Ulath, Tynian y Berit se sumaron a la escaramuza, Adus cedió terreno, pues, aunque contara con la ventaja de la superioridad numérica, sus soldados zemoquianos no eran rivales para los caballeros. Consiguió, no obstante, hacer retroceder el grueso de su fuerza hasta la

boca del laberinto, donde sus lanzas podrían constituir una efectiva barrera.

Y mientras tanto proseguía el rítmico retumbar de los arietes.

— ¡Tenemos que entrar en ese laberinto! — gritó Tynian —. ¡Cuando cedan las puertas, estaremos rodeados!

Fue sir Bevier quien pasó a la acción. El joven caballero cirínico era el arrojo personificado y en muchas ocasiones había dado prueba de su bravura, exponiéndose al riesgo. Se adelantó haciendo oscilar su brutal hacha rematada de ganchos y, en lugar de descargarla contra los soldados, se centró en las lanzas, razonando que una lanza sin punta no deja de ser un mero palo. Al cabo de unos momentos había desarmado de forma efectiva a los zemoquianos de Adus... y había recibido una profunda herida en el costado, justo encima de la cadera. Cayó débilmente de espaldas, manándole la sangre del desgarrón que tenía en la armadura.

— ¡Ocupaos de él! — encargó Falquián a Berit antes de precipitarse hacia adelante. Sin las lanzas, los zemoquianos se vieron obligados a recurrir a las espadas, lo cual proporcionó una clara ventaja a los caballeros de la Iglesia, que se abrieron limpiamente paso a mandobles.

Adus calibró la situación y retrocedió hasta el umbral.

— ¡Adus! — bramó Kalten, apartando de un puntapié de su camino a un zemoquiano.

— ¡Kalten! — rugió Adus.

El bestial personaje avanzó un paso, con la furia pintada en la cara. Después emitió un gruñido y destripó a uno de sus propios soldados para descargar su frustración y desapareció en las profundidades del laberinto.

— ¿Cómo está? — preguntó Falquián a Sephrenia, que se encontraba arrodillada junto a Bevier.

— Es grave, Falquián.

— ¿Podéis contener la hemorragia?

— No totalmente.

Bevier yacía pálido y sudoroso, con el peto de la armadura desatado y abierto como la concha de una almeja.

— Seguid adelante, Falquián — dijo —. Yo impediré el paso por este umbral durante todo el tiempo que me sea posible.

— No seáis insensato — espetó Falquián —. Vendad la herida lo mejor que podáis, Sephrenia, y después volvedle a ajustar la armadura. Berit, traedlo, aunque tenga que ser a cuestas.

En la sala del trono sonó tras ellos un ruido de madera astillada acompañado del constante retumbar.

— Las puertas están cediendo, Falquián — informó Kalten.

Falquián observó el largo y arqueado corredor que conducía al laberinto, el cual iluminaban en espaciados trechos antorchas apoyadas en aros de hierro, y lo embargó un súbito sentimiento de esperanza.

— Ulath — indicó —, vos y Tynian caminad en retaguardia. Gritad si alguno de esos soldados que están a punto de derribar las puertas se acerca a nosotros.

— Yo no seré más que un estorbo para vosotros, Falquián — adujo débilmente Bevier.

— No — repuso Falquián —. No vamos a correr por este laberinto. Como no sabemos qué hay ahí adentro, no vamos a incurrir en riesgos. Bien, caballeros, en marcha.

Caminaron por el prolongado pasadizo que se adentraba en el dédalo, pasando delante de dos o tres entradas sin iluminar.

— ¿No deberíamos investigar qué hay allí? — preguntó Kalten.

— No creo que sea necesario — respondió Kurik —. Algunos de los hombres de Adus estaban heridos, y hay rastros de sangre en el suelo. Como mínimo sabemos qué dirección ha tomado Adus.

— Eso no garantiza que Martel siga el mismo derrotero — objetó Kalten —. Tal vez ha encargado a Adus que nos llevara por un camino erróneo.

— Es posible — concedió Falquián —, pero este pasillo está iluminado y los demás no.

— Un laberinto que tuviera el camino señalado con antorchas no sería digno de tal nombre —

señaló Kurik.

— Puede que no, pero, mientras las antorchas y el reguero de sangre continúen por la misma ruta, nos arriesgaremos a seguirla.

El resonante corredor giraba bruscamente a la izquierda al fondo. Las paredes y techo abovedados, que se curvaban alternativamente hacia arriba y hacia abajo, conferían a quienes recorrían los sinuosos pasadizos una opresiva sensación de ser demasiado bajos, a la cual reaccionaba por reflejo Falquián agachando la cabeza.

— Han derribado las puertas de la sala del trono, Falquián — avisó Ulath desde atrás —. Hay algunas antorchas que se agitan allá en la entrada.

— Eso da por zanjada la cuestión — decidió Falquián —. No tenemos tiempo para explorar los pasillos laterales. Adelante.

El corredor alumbrado comenzó a serpentear y girar a partir de ese punto, y las manchas de sangre del suelo indicaban que todavía seguían la misma ruta que Adus.

El pasadizo torció a la izquierda.

— ¿Cómo os encontráis? — preguntó Falquián a Bevier, que se apoyaba pesadamente en el hombro de Berit.

— Bien, Falquián. En cuanto recobre el aliento, podré avanzar sin ayuda.

El pasillo volvió a girar a la izquierda, y luego de nuevo a la izquierda apenas unos metros más adelante.

— Estamos regresando en la misma dirección que hemos venido, Falquián — manifestó Kurik.

— Lo sé. ¿Tenemos, no obstante, otra alternativa?

— No que yo sepa.

— Ulath — llamó Falquián —. ¿Nos están ganando terreno los hombres que nos siguen?

— No de forma perceptible.

— Quizás ellos tampoco conozcan la dirección que han de seguir — apuntó Kalten —. No creo que nadie vaya a visitar a Azash para pasar el rato.

La arremetida provino de un corredor lateral. Cinco soldados zemoquianos armados con lanzas surgieron del oscuro umbral y embistieron a Falquián, Kalten y Kurik. Las lanzas les otorgaban cierta ventaja que no fue, sin embargo, suficiente. Después de que tres de ellos hubieron caído y se hubieron quedado retorciéndose y sangrando sobre las losas del suelo, los otros dos se dieron a la fuga por donde habían venido.

Kurik tomó una antorcha de una de las arandelas de hierro de la pared y condujo a Falquián y Kalten al tortuoso y oscuro pasadizo donde al cabo de varios minutos vieron a los soldados que perseguían. Éstos se movían con paso temeroso, abrazados a los muros.

— Ya los tenemos — se regocijó Kalten, disponiéndose a lanzarse hacia ellos.

— ¡Kalten! — la voz de Kurik restalló como un látigo —. ¡Deteneos!

—¿Por qué?

— Se mantienen demasiado cerca de las paredes.

— ¿Y entonces?

— ¿Qué tiene de malo la banda central del pasillo?

Kalten observó con ojos entornados a los dos amedrentados hombres que se pegaban a las paredes.

— Averigüémoslo — propuso.

Arrancó con la punta de la espada una pequeña losa y la arrojó a uno de los soldados, pero ésta cayó a varios metros de distancia del blanco.

— Dejad que lo haga yo — se ofreció Kurik —. No podéis lanzar nada teniendo como tenéis los hombros trabados por la armadura.

El escudero arrancó otra piedra del suelo y, con más puntería que Kalten, acertó en el yelmo del soldado, que resonó como una cacerola. El hombre gritó y se tambaleó, tratando desesperadamente de agarrarse a algún asidero en el muro de piedra. Pero no lo consiguió y hubo de poner los pies en

el centro del corredor.

El suelo se abrió prestamente bajo él, y el hombre desapareció chillando de forma desgarradora. Con el afán de ver lo que le había sucedido, su compañero dio también un paso en falso y cayó de la estrecha franja lateral, para seguir la suerte de su amigo.

— Una buena argucia — admiró Kurik, acercándose al borde de la sima con la antorcha levantada —. El fondo está erizado de afiladas estacas — observó, mirando a los dos hombres empalados —. Regresemos para avisar a los demás. Será mejor que vigilemos dónde ponemos los pies.

Volvieron al pasillo principal alumbrado por antorchas cuando Ulath y Tynian llegaban a esa altura. Kurik les describió concisamente en qué consistía la trampa en que habían caído los dos zemoquianos y, mirando con aire pensativo a los soldados que habían fallecido allí, recogió la lanza de uno de ellos.

— Éstos no eran hombres de Adus.

— ¿Cómo lo sabéis? —inquirió Kalten.

— Sir Bevier ha partido las lanzas de los que estaban con Adus. Esto representa que hay otros soldados en el laberinto... probablemente distribuidos en pequeños grupos como éste. Apuesto a que están aquí para conducirnos a las trampas de los corredores laterales.

— Algo que deberíamos agradecerles — señaló Ulath.

— No acabo de comprender vuestro razonamiento, sir Ulath.

— Hay trampas en el laberinto, pero disponemos de soldados para descubrírnoslas. Lo único que hemos de hacer es atraparlos.

— ¿Es ésa una de las perspectivas esperanzadoras de que habla la gente? — inquirió Tynian.

— Así podría decirse, aunque quizá los zemoquianos que agarremos no lo vean de la misma forma.

— ¿Se aproximan muy velozmente los soldados que nos siguen? — le preguntó Kurik.

— No mucho.

Kurik volvió a entrar en el pasillo adyacente con la antorcha en alto y, al regresar, sonreía lúgubremente.

— Hay arandelas de antorchas en los corredores laterales — anunció —. ¿Por qué no cambiamos de sitio unas cuantas antorchas? Nosotros hemos ido siguiendo su luz y esos soldados vienen siguiéndonos a nosotros. Si las antorchas comienzan a llevarlos a pasadizos donde hay trampas, ¿no aminorarán un tanto la velocidad de su marcha?

— No sé ellos — dijo Ulath —, pero yo sí lo haría.

Capítulo veintiocho

Desde los corredores laterales los atacaban periódicamente soldados zemoquianos, con las desesperadas expresiones propias de quienes ya de antemano se tienen por muertos. El ultimátum «rendios o morid» abría ante ellos perspectivas que no habían tomado en cuenta, y la mayoría de ellos se apresuraban a aceptar la primera posibilidad, aunque su efusiva gratitud se disipaba rápidamente cuando caían en la cuenta de que ellos habían de caminar a la cabeza.

Las asechanzas que aguardaban a los incautos eran ingeniosas. En los pasadizos donde el suelo no se abría, el techo se venía abajo y, mientras los fondos de la mayoría de los pozos estaban erizados de afiladas estacas, varios de ellos contenían diversos reptiles, todos venenosos y horripilantes.

En una ocasión, sin duda como producto de una fase en que el disenador del laberinto se había aburrido de idear simas y techos abatibles, las paredes se juntaron.

— Hay algo que no funciona bien aquí — declaró Kurik, oyendo otro alarido desesperado que resonaba a sus espaldas, emitido por uno de los soldados que, procedentes de la sala del trono, iban adentrándose en los corredores laterales.

— A mí me parece que todo está saliendo de maravilla — disintió Kalten.

— Esos soldados viven aquí, Kalten — señaló el escudero —, y no parecen estar más familiarizados con el laberinto que nosotros. Nos hemos vuelto a quedar sin prisioneros. Me parece que es hora de que tomemos en consideración varias cosas, no sea que demos un traspié.

Se reunieron en el centro del pasadizo.

— Esto no tiene el más mínimo sentido — aseguró Kurik.

— ¿El hecho de venir a Zemoch? — bromeó Kalten —. Yo mismo habría podido decíroslo en Chyrellos.

— Hemos estado siguiendo un rastro de manchas de sangre en el suelo — prosiguió Kurik, haciendo caso omiso de la intervención de Kalten —, y éste se prolonga indefinidamente ante nosotros justo en el medio de un pasillo alumbrado con antorchas. — Rascó con el pie una gran mácula de sangre —. Si alguien sangrara de ese modo, ya habría muerto hace mucho rato.

Talen se inclinó, tocó con un dedo una reluciente mancha roja del suelo y luego se lo acercó a la lengua.

— No es sangre — dijo, escupiendo.

— ¿Qué es? — preguntó Kalten.

— No lo sé, pero no es sangre.

— Entonces nos han engatusado — infirió amargamente Ulath —. Ya me lo parecía. Y, lo que es peor, estamos atrapados aquí adentro. Ni siquiera podemos volver sobre nuestro camino orientándonos por las antorchas porque hace más de media hora que estamos cambiándolas

afanosamente de sitio.

— Esto es lo que en lógica se conoce como «definición del problema» — observó Bevier con una débil sonrisa —. Creo que la próxima fase se denomina «hallar una solución».

— Yo no soy un experto en estas cosas — reconoció Kalten —, pero no creo que seamos capaces de salir de aquí con ayuda de la lógica.

— ¿Por qué no utilizamos los anillos? — sugirió Berit —. ¿No podría Falquián abrir un orificio que atravesara el laberinto?

— Los pasadizos son en su mayor parte de bóvedas de cañón, Berit — explicó Kurik —, y, si comenzamos a abrir agujeros en las paredes, pronto se desmoronaría el techo.

— Qué pena — suspiró Kalten —. Son tantas las buenas ideas que hay que descartar simplemente porque no funcionarían...

— ¿Es absolutamente imprescindible que resolvamos el acertijo del laberinto? — les preguntó Talen —. Quiero decir que si el hecho de hallar la solución tiene alguna significación religiosa.

— No que yo sepa — respondió Tynian.

— ¿Por qué quedarnos dentro del laberinto pues? — inquirió con inocencia el muchacho.

— Porque estamos atrapados aquí — repuso Falquián, tratando de controlar su irritación.

— Eso no es del todo cierto, Falquián. Nunca hemos estado realmente atrapados. Puede que Kurik tenga razón al señalar el peligro que implica derribar las paredes, pero no ha dicho nada del techo.

Se quedaron mirándolo fijamente y luego todos se echaron a reír.

— Ignoramos lo que hay arriba, desde luego — observó Ulath.

— Tampoco sabemos lo que nos aguarda al doblar el siguiente recodo, caballero. Y nunca sabremos qué hay encima del techo hasta que no lo miremos, ¿no es cierto?

— Podría dar a cielo descubierto — apuntó Kurik.

— ¿Acaso es ello peor que lo que tenemos aquí abajo, padre? Una vez afuera, Falquián podría usar los anillos para abrir un agujero en el muro del templo. Puede que a Otha le diviertan los laberintos, pero ya me he cansado de éste. Una de las primeras normas que me enseñó Platimo es que, si a uno no le gusta el juego, que no juegue.

Falquián miró interrogativamente a Sephrenia.

— A mí ni siquiera se me había ocurrido — reconoció, sonriendo pesarosamente, la mujer.

— ¿Es factible?

— No veo por qué no... siempre que permanezcamos a una prudente distancia para que no nos caigan todos los escombros encima. Examinemos este techo.

Pusieron las antorchas en alto para observar el arco abovedado.

— ¿Va a causar algún tipo de problema esta construcción? — preguntó Falquián a Kurik.

— No lo creo. Las piedras están encajadas entre sí, de modo que lo más probable es que resistan, aunque caerán muchos cascotes.

— Éso no es un inconveniente — aseguró alegremente Talen —. Los escombros nos servirán para subir encima de ellos y llegar al agujero.

— No obstante, se precisará una gran fuerza para soltar uno de estos bloques de piedra — señaló Kurik —, ya que la bóveda se sostiene unida con el apoyo de todo el corredor.

— ¿Qué ocurriría si se quitaran unos cuantos de esos bloques? — inquirió Sephrenia.

Kurik se encaminó a una de las curvadas paredes y rascó con el cuchillo en el entresijo formado por dos bloques de piedra.

— Usaron mortero — dijo —, pero se desmenuza fácilmente. Si se disuelve en media docena de bloques, caerá buena parte del techo.

— Pero ¿no se vendrá abajo todo el pasadizo?

— No. Después de que se hayan derrumbado algunos metros, la estructura se mantendrá firme.

— ¿Podéis disolver rocas? — preguntó Tynian a Sephrenia con curiosidad.

— No, querido — repuso, sonriendo, ésta —. Pero puedo convertirlas en arena..., lo cual viene a

ser lo mismo. — Examinó con atención el techo unos momentos —. Ulath — dijo entonces —, vos sois el más alto. Aupadme. Tengo que tocar las piedras.

Ulath se puso muy colorado, y todos supieron por qué, Sephrenia no era la clase de persona a quien se ponía la mano encima.

— Oh, no seáis bobo, Ulath — lo regañó —. Levantadme.

— No vamos a hablar de esto, ¿verdad? — dijo a sus amigos, mirando amenazadoramente en derredor.

Después se inclinó y la aupó sin esfuerzo. La estiria escaló sobre él, de forma parecida a como treparía a un árbol, y, cuando se halló a suficiente altura, alargó las manos y aplicó las palmas en varias de las piedras, deteniéndose brevemente en cada una. Tocaba casi acariciadoramente el tosco material.

— Esto bastará — determinó —. Podéis bajarme, caballero.

Cuando se halló de nuevo en el suelo, retrocedieron por el pasillo.

— Preparaos para correr — los previno la estiria —. Esto produce efectos algo imprevisibles.

Comenzó a mover las manos frente a ella al tiempo que hablaba velozmente en estirio y luego extendió ambas manos, con las palmas hacia arriba, para liberar el hechizo.

Del techo comenzó a desprenderse una fina arena que se filtraba por los entresijos de los pétreos bloques en hilillos que pronto incrementaron su grosor.

— Parece casi como si fuera agua chorreando, ¿verdad? — observó Kalten cuando ya la arena manaba con más vigor.

Los muros empezaron a crujir, mientras la argamasa se resquebrajaba en los resquicios produciendo chasquidos.

— Podemos alejarnos un poco más — indicó Sephrenia, mirando con aprensión la gran cantidad de rocas que los rodeaban —. El encantamiento está dando buen resultado, de modo que no tenemos que quedarnos aquí para supervisarlo.

Sephrenia era una mujercilla muy compleja, que tan pronto se arredraba por cosas absolutamente ordinarias como se mostraba indiferente ante otras francamente horrendas. Retrocedieron más por el corredor mientras los bloques próximos al lugar donde se desprendía la arena gemían y rechinaban al frotar unos contra otros, acomodándose milímetro a milímetro para ocupar el espacio que dejaba libre la arena.

El derrumbamiento se produjo de golpe. Una ancha franja de bóveda se vino abajo con el áspero estruendo que producen las piedras al caer, y una gran nube de polvo inmovilizado durante eras onduló por el pasadizo en dirección a ellos, que se vieron sacudidos por accesos de tos. Cuando la polvareda se hubo asentado, vieron un amplio agujero de bordes dentados en el techo.

— Vayamos a echar un vistazo — propuso Talen —. Me intriga ver lo que hay allá arriba.

— ¿No podríamos esperar un poco más? — preguntó, temerosa, Sephrenia —. Preferiría estar segura de que no hay peligro alguno.

Escalaron la pila de escombros y se auparon unos a otros para llegar hasta el orificio del techo. La zona que se abría encima era un vasto espacio abovedado, vacío y polvoriento, que olía a cerrado. La luz de las antorchas que habían traído de abajo resultaba mortecina y no alcanzaba a iluminar las paredes... en el supuesto de que aquel lugar en penumbra las tuviera. El suelo guardaba un asombroso parecido con un campo plagado de abultadas madrigueras de una colonia de topos extraordinariamente laboriosos, y en él advirtieron una serie de peculiaridades estructurales que no habían percibido al hallarse en el laberinto.

— Paredes correderas — identificó Kurik, señalando —. Pueden cambiar el laberinto a su antojo cerrando algunos pasadizos y abriendo otros. Por eso los soldados zemoquianos no sabían adonde iban.

— Hay una luz — anunció Ulath — por allá a la izquierda. Parece que proviene de abajo.

— ¿Del templo quizá? — sugirió Talen.

— O de la sala del trono. Vayamos a indagar.

Caminaron un trecho sobre las bóvedas y pronto llegaron a una vía recta que se prolongaba en una dirección hacia la luz que había visto Ulath y hacia la oscuridad en la otra.

— No hay polvo — observó Ulath, apuntando a las losas —. Lo utilizan a menudo.

Avanzaron con mayor rapidez que antes por la derecha vía y a poco descubrieron el origen de la parpadeante luz. Eran unas escaleras de piedra que daban a una habitación alumbrada con antorchas, que, como todas, tenía cuatro paredes, pero carecía de puerta.

— Es ridículo — bufó Kalten.

— No tanto — disintió Kurik, elevando la antorcha para mirar a un lado —. Esa pared de enfrente se desliza sobre este carril. — Señaló un par de raíles metálicos que partían de la estancia y se agachó para mirarlos más de cerca —. No hay ningún mecanismo allí, de manera que debe de haber algún pestillo en esa habitación. Falquián, bajemos y tratemos de localizarlo.

— ¿Qué estamos buscando? — preguntó Falquián a su amigo cuando se hallaron abajo.

— ¿Qué sé yo? Algo que parezca normal pero que no lo sea.

— No es una descripción muy atinada, Kurik.

— Limitaos a empujar las piedras, Falquián. Si encontráis alguna que cede, será probablemente el pestillo.

Recorrieron las paredes tentando los bloques de piedra, hasta que, al cabo de unos minutos, Kurik se detuvo con una expresión algo alelada en la cara.

— Podéis parar, Falquián — indicó —. He encontrado los pestillos.

— ¿Dónde?

— Hay antorchas en los muros laterales y en el del fondo, ¿no es así?

— Sí. ¿Y qué?

— Pero no hay ninguna en la pared frontal, la que mira al pie de las escaleras.

— ¿Y entonces?

— Hay, sin embargo, un par de arandelas para antorchas. — Kurik se dirigió a aquella pared y tiró de uno de los herrumbrosos aros de hierro, provocando un fuerte ruido metálico —. Estirad el otro, Falquián — pidió —. Abramos esta puerta y veamos lo que hay tras ella.

— A veces eres tan listo que me repugnas, Kurik — declaró Falquián con acritud. Luego sonrió —. Esperemos primero a que bajen los otros — propuso —. No me agradaría abrir y encontrarme con la mitad del ejército zemoquiano estando sólo nosotros dos. — Se encaminó a las escaleras e hizo señas a sus amigos para que bajaran, llevándose a un tiempo un dedo a los labios en recomendación de silencio.

Éstos bajaron lentamente, para evitar el sonido del roce de las planchas de las armaduras.

— Kurik ha encontrado el mecanismo — susurró Falquián —. Como no sabemos qué hay al otro lado, mejor será estar prevenidos.

— La puerta no es muy pesada — dijo Kurik en voz baja —, y el riel sobre el que se desliza está bien engrasado. Berit y yo nos bastaremos para moverla. Los demás debéis estar preparados para hacer frente a cualquier eventualidad.

Talen se situó en el rincón de la izquierda y acercó la cara a la intersección de los dos muros.

— Yo veré lo que hay si la abrís un par de centímetros — informó a su padre —. Si grito, cerradla deprisa.

— ¿Listos? — preguntó Kurik.

Todos asintieron, con las armas prestas y los músculos en tensión. Kurik y Berit tiraron de las arandelas de hierro e hicieron correr ligeramente la pared.

— ¿Ves algo? — musitó Kurik a su hijo.

— No hay nadie — respondió Talen —. Es un pasillo corto con una sola antorcha. Parece alejarse unos quince metros y luego dobla a la izquierda. Después del recodo se aprecia más luz.

— Bien, Berit — indicó Kurik —, abrámosla por completo.

Corrieron el muro.

— Una argucia muy lograda — observó Bevier con tono admirativo —. El laberinto de abajo no

conduce a ninguna parte. La verdadera ruta del templo discurre encima de él.

— Averigüemos dónde nos hallamos, en el templo o en la sala del trono — propuso Falquián —. Y mantengamos el sigilo.

Talen hizo ademán de decir algo.

— Olvídalo — lo disuadió Kurik —. Es demasiado peligroso. Tú vas a quedarte detrás de nosotros con Sephrenia.

Se adentraron por el breve corredor que iluminaba con luz vacilante y mortecina una antorcha prendida en un extremo.

— No oigo nada — susurró Kalten a Falquián.

— La gente que tiende emboscadas no suele hacer ruido, Kalten.

Se detuvieron justo antes de torcer a la izquierda y Ulath se quitó el yelmo y se asomó a mirar.

— Está solitario — anunció —. Parece que gira a la derecha a unos ocho o diez metros de aquí.

Doblaron el recodo y siguieron avanzando. De nuevo se detuvieron en la esquina y Ulath inspeccionó el terreno.

— Es una especie de nicho — susurró —. Hay una arcada que da a un pasillo más ancho muy bien iluminado.

— ¿Habéis visto a alguien? — inquirió Kurik.

— Ni un alma.

— Ése debe de ser el corredor principal — murmuró Bevier —. Las escaleras que conducen del laberinto al camino real del templo deben de estar bastante próximas al final de éste, ya sea en la sala del trono o en el templo.

Se adentraron en el nicho y Ulath volvió a echar un vistazo.

— Es un pasillo principal, en efecto — informó —, y gira a la izquierda a unos ochenta metros de aquí.

— Vayamos allí — decidió Falquián —. Si Bevier está en lo cierto, después de ese recodo debería estar la salida del laberinto. Sephrenia, quedaos aquí con Talen y Berit. Kurik, tú guardarás la puerta.

Los demás iremos a dar un vistazo. — Se inclinó sobre el escudero y prosiguió en susurros—. Si se agravara la situación, lleva a Sephrenia y a los otros a la habitación del pie de las escaleras y ciérrala por dentro.

Kurik asintió.

— Tened cuidado, Falquián — le recomendó en voz baja.

— Tú también, amigo mío.

Los cuatro caballeros caminaron por el amplio corredor abovedado en dirección a la iluminada esquina. Kalten cerraba la marcha, volviéndose con frecuencia a mirar si los seguían. En el recodo, Ulath asomó brevemente la cabeza y luego dio un paso atrás.

— Debimos suponerlo — susurró con disgusto —. Es la sala del trono.

Estamos justo en el sitio de partida.

— ¿Hay alguien adentro? — preguntó Tynian.

— Seguramente, pero ¿para qué molestarse en averiguarlo? Lo que debemos hacer es volver a esas escaleras, correr de nuevo la pared y dejar que los ocupantes de la sala del trono se entretengan solos.

Fue cuando giraban sobre sí que ocurrió. Adus, seguido por una veintena de zemoquianos, surgió de un pasillo lateral próximo a la entrada del nicho, bramando a voz en cuello. Los gritos de alarma resonaron en el propio pasadizo que conectaba con la sala del trono.

— ¡Tynian! ¡Ulath! — espetó Falquián —. ¡Contened a los que vienen de la sala del torno! ¡Vamos, Kalten! — Él y su rubio amigo se precipitaron hacia la abertura donde montaba guardia Kurik.

Adus, que era de facultades demasiado limitadas para obrar de modo previsible, hacía avanzar a sus soldados delante de él y caminaba con aire desgarbado, con una brutal hacha de guerra en la

mano y una mirada alocada en sus porcunos ojos.

Falquián comprendió al instante que estaban demasiado lejos. Adus se encontraba mucho más cerca de la arcada del nicho que él y Kalten, y ya había soldados que se interponían en su camino hacia allí. Apartó de un tajo a un zemoquiano que le cerraba el paso.

— ¡Kurik! — gritó —, ¡retrocede!

Pero ya era demasiado tarde, pues Kurik se había enzarzado en combate con el simiesco Adus. Su maza silbaba en el aire, aporreando el pecho y hombros acorazados de su adversario, pero Adus, poseído por un frenético instinto asesino, parecía no acusar aquellos espantosos golpes y descargaba sin tregua su hacha de guerra contra el escudo de Kurik.

Kurik era sin duda uno de los hombres más hábiles del mundo en la lucha cuerpo a cuerpo, pero Adus estaba totalmente enfebrecido y lo acosaba implacablemente a hachazos y patadas. El escudero se vio obligado a retroceder a su pesar, cediendo terreno paso a paso.

Entonces Adus se deshizo del escudo, asió el mango del hacha con ambas manos y la dirigió con una rápida serie de embestidas a la cabeza de Kurik. Recurriendo a una medida extrema, Kurik cogió el escudo con las dos manos y lo levantó para protegerse la cabeza de los golpes. Bramando triunfalmente, Adus descargó el hacha... no contra la cabeza de Kurik, sino en su cuerpo. El brutal hachazo ahondó en su pecho y la sangre empezó a brotar de su boca y de la espantosa herida.

— ¡Falquián! — gritó débilmente, desplomándose al lado de la arcada.

Adus volvió a levantar el hacha.

— ¡Adus! — rugió Kalten, matando a otro zemoquiano.

Adus detuvo el hachazo que pensaba asestar a la cabeza desprotegida de Kurik y giró sobre sí.

— ¡Kalten! — vociferó, aceptando el reto.

Apartó desdeñosamente con una patada al amigo de Falquián y corrió hacia el rubio pandion, con un enloquecido ardor en los porcinos ojos enmarcados de enmarañadas cejas.

Falquián y Kalten abandonaron cualquier semblanza de arte en el manejo de la espada, limitándose a abrirse camino a mandobles, recurriendo más a la fuerza y a la furia que a la habilidad.

Adus, totalmente enloquecido ahora, también se franqueaba el paso impartiendo hachazos contra sus propios hombres para llegar hasta ellos.

Kurik salió tambaleándose al corredor, apretándose el sangrante pecho y tratando de agitar la maza, pero le cedieron las piernas y dio con el cuerpo en tierra. Con enorme esfuerzo, se incorporó sobre los codos y se dispuso a arrastrarse hacia el salvaje que lo había derribado. Después puso los ojos en blanco y cayó de bruces.

— ¡Kurik! — aulló Falquián.

La luz pareció disiparse de sus ojos y un ensordecedor ruido se instaló en sus oídos. La espada se le antojó de repente muy liviana. Acuchillaba cuanto aparecía ante él. En una ocasión, se sorprendió atacando las piedras de la pared. Fueron las chispas lo que de algún modo le hicieron caer en la cuenta de ello. Kurik lo regañaría si estropeaba el filo del arma.

Talen consiguió llegar junto a su padre y, arrodillándose, forcejeó para volverlo de cara. Entonces emitió un alarido, un grito de indecible pena.

— ¡Está muerto, Falquián! ¡Mi padre ha muerto!

El dolor de aquel grito casi postró a Falquián de rodillas. Sacudió la cabeza como un animal aturdido. No había oído ese grito. No podía haberlo oído. Casi sin advertirlo, mató a otro zemoquiano y oyó vagamente cómo alguien combatía tras él y supo que Tynian y Ulath estaban luchando con los soldados que acudían desde la sala del trono.

Entonces Talen se levantó sollozando y alargó la mano hacia la bota. Su largo y afiladísimo puñal surgió reluciente, y él se encaminó sigilosamente hacia Adus por detrás. Aunque las lágrimas le resbalaban por la mejilla, el muchacho apretaba fuertemente, con odio, las mandíbulas.

Falquián traspasó con la espada a un nuevo zemoquiano mientras Kalten lanzaba a rodar por el suelo la cabeza de otro.

Adus decapitó a uno de los propios soldados, bramando como un toro enfurecido.

El bramido se interrumpió de repente. Adus abrió la boca, con los ojos desorbitados. Su mal emparejada armadura no acababa de adaptarse a su cuerpo y la parte posterior de la coraza no le llegaba hasta la cadera. Fue allí, en esa zona sólo cubierta con malla, donde Talen lo apuñaló. La malla protege contra estocadas de espada o hachazos, pero no es una barrera eficaz contra las puñaladas. El arma de Talen se dirigió suavemente a la espalda del imbécil bruto justo debajo del borde inferior de la coraza, buscándole el riñon. Talen despegó el puñal y volvió a clavárselo, esta vez en el otro lado.

Adus chilló como un cerdo en el matadero y luego se tambaleó hacia adelante, con una mano aferrada a la espalda y la cara súbitamente pálida por el dolor y el estupor.

Talen le hincó el puñal en la parte posterior de la rodilla.

Adus caminó unos pasos, vacilante, dejando caer el hacha y apretándose la espalda con ambas manos. Luego cayó retorciéndose al suelo.

Falquián y Kalten dieron cuenta de los soldados que quedaban, pero Talen ya había agarrado una espada caída y, a horcajadas sobre el cuerpo de Adus, hurgaba la cabeza protegida con yelmo de aquel bestia. Después imprimió una nueva dirección al arma e intentó desesperadamente asestar una estocada a su torturado cuerpo, pero no tenía la fuerza suficiente para traspasar el peto.

— ¡Ayudadme! — gritó —. ¡Que alguien me ayude!

Falquián se acercó al sollozante muchacho, con los ojos anegados igual que él, y, tirando su espada, alargó la mano para cerrarla sobre la empuñadura de la que Talen trataba de clavar a Adus. Después aferró los gavilanes de la guarnición con la otra mano.

— Se hace así, Talen — dijo casi desapasionadamente, como si estuviera dando una clase en el campo de prácticas.

Entonces, de pie a ambos lados del gimoteante Adus, el chiquillo y el hombre esgrimieron la espada mano con mano.

— No tenemos por qué apresurarnos, Falquián — advirtió, haciendo chirriar los dientes, Talen.

— No — convino Falquián —. No realmente, si tú no quieres.

Adus chilló en tanto le introducían lentamente la espada. El grito fue interrumpido por la cascada de sangre que le afluyó a la boca.

— ¡Por favor! — barbotó.

Falquián y Talen retorcieron inexorablemente la espada.

Con un nuevo alarido, Adus se golpeó la cabeza en el suelo y sacudió frenéticamente las piernas. Arqueó el tembloroso cuerpo, vomitó otra bocanada de sangre y quedó inerte.

Todavía sollozando, Talen se arrojó sobre el cadáver y se puso a arañarle los ojos. Entonces Falquián se inclinó, lo tomó suavemente de la mano y lo llevó a donde yacía Kurik.

Capítulo veintinueve

En el corredor iluminado por antorchas proseguía la lucha, trayendo hasta él el sonido del entrechocar del acero, los gritos, alaridos y gruñidos. Falquián sabía que debía ir a ayudar a sus amigos, pero la enormidad de lo que acababa de ocurrir lo había dejado aturdido, incapaz de reaccionar. Talen se arrodilló junto al cuerpo sin vida de Kurik, llorando y descargando puñetazos contra las losas del suelo.

— Debo irme — dijo el fornido pandion al muchacho.

Talen no respondió.

— Berit — llamó Falquián —, venid aquí.

El joven aprendiz salió cautelosamente del nicho con el hacha en las manos.

— Atended a Talen — le ordenó —. Llevad a Kurik adentro.

Berit miró con incredulidad a Kurik.

— ¡Moveos, hombre! — lo apremió bruscamente Falquián —. Y cuidad de Sephrenia.

— ¡Falquián! — gritó Kalten —. ¡Vienen más!

— ¡Ya voy! — Falquián miró a Talen —. Debo irme — repitió.

—Adelante — replicó Talen. Entonces alzó la mirada, con una expresión salvaje en el rostro surcado por las lágrimas —. Matadlos a todos, Falquián — dijo con furia —. Matadlos a todos.

Falquián asintió. Aquello ayudaría un poco a Talen, pensó mientras se volvía para recoger su espada. La ira era un buen remedio contra la pena. Empuñó el arma y se giró, sintiendo cómo su propia rabia le atenazaba la garganta. También experimentaba una cierta piedad por los soldados zemoquianos cuando iba a reunirse con Kalten.

— Retrocede — indicó a su amigo con gélido tono de voz —. Recobra el aliento.

— ¿Hay alguna esperanza? — preguntó Kalten, sorteando una lanza.

— No.

— Lo siento, Falquián.

Era un pequeño grupo de soldados, sin duda uno de los destacamentos que habían estado actuando como cebo para atraer a los caballeros a los pasadizos laterales. Falquián se encaminó resueltamente hacia ellos, ansioso por combatir, pues la lucha exigía toda la atención de un hombre y ahuyentaba de su mente cualquier otro pensamiento. Arremetió diestramente contra la media docena de zemoquianos, sintiendo que de algún modo estaba haciendo justicia. Kurik le había enseñado cada movimiento, cada matiz técnico que ponía en acción, y todo aquel arte estaba potenciado ahora por la desmedida rabia provocada por la muerte de su amigo. En cierto sentido, era Kurik quien había hecho a Falquián invencible. Incluso Kalten observaba con asombro el mortífero frenesí de su amigo, que no tardó más de unos momentos en liquidar a cinco de los soldados a quienes se enfrentaba. El último se volvió para huir, pero Falquián empuñó prestamente

la espada con la mano que sostenía el escudo y recogió una lanza zemoquiana del suelo.

— Recoge esto — gritó al fugitivo, antes de arrojarle el arma y clavársela entre los omóplatos.

— Buena lanzada — lo felicitó Kalten.

— Vayamos a ayudar a Tynian y Ulath.

Falquián todavía experimentaba una acuciante necesidad de matar gente. Condujo a su amigo hacia el recodo del pasillo donde el caballero alcione y su camarada genidio contenían a los soldados que habían acudido desde la sala del trono, obedeciendo a la orden gritada por Kurik.

— Yo me ocuparé de esto — dijo, sin más explicaciones, Falquián.

— ¿Kurik? — preguntó Ulath.

Falquián sacudió la cabeza y comenzó a matar zemoquianos. Avanzaba a golpe de mandobles, dejando que sus compañeros acabaran de rematar a sus víctimas.

— ¡Falquián! — gritó Ulath —. ¡Parad! ¡Están huyendo!

— ¡Deprisa! — respondió Falquián —. ¡Aún podemos alcanzarlos!

— ¡Dejad que se vayan!

— ¡No!

— Estás haciendo esperar a Martel, Falquián — le recordó Kalten.

Kalten se hacía pasar a veces por estúpido, pero Falquián vio inmediatamente el ingenioso método utilizado por su rubio amigo para disuadirlo de su intención. Liquidar a soldados relativamente inocentes no pasaba de ser un mero pasatiempo comparado a la perspectiva de acabar de una vez por todas con el renegado de pelo blanco.

— De acuerdo — concedió, jadeante, casi extenuado por el esfuerzo —, regresemos. De todas formas, hemos de pasar por esa pared corredera antes de que vuelvan los soldados.

— ¿Os sentís mejor? — le preguntó Tynian mientras se dirigían al nicho.

— No realmente — respondió Falquián.

— Seguid — les dijo Kalten cuando pasaron junto al cadáver de Adus —. Iré dentro de un momento.

Berit y Bevier los aguardaban en la entrada de la alcoba.

— ¿Los habéis espantado? — inquirió Bevier.

— Ha sido Falquián — gruñó Ulath —. Ha estado muy persuasivo.

— ¿No reunirán refuerzos para volver?

— No a menos que sus oficiales tengan unos látigos muy largos.

Sephrenia había situado el cuerpo de Kurik en una postura de reposo y le había cubierto con la capa la espantosa herida que le había causado la muerte. Tenía los ojos cerrados y la expresión apacible. Falquián experimentó de nuevo una pena insoportable.

— ¿Hay algún modo de...? — inquirió, pese a conocer ya la respuesta.

— No, querido — repuso la estiria —. Lo siento. — Estaba sentada junto al cadáver, abrazando a Talen, que continuaba anegado en llanto.

— Debemos irnos — dijo Falquián, suspirando —. Hemos de regresar a esa escalera antes de que alguien decida seguirnos. — Miró hacia atrás por encima del hombro y vio que Kalten se acercaba presuroso, llevando algo envuelto en una capa zemoquiana.

— Yo me ocuparé de esto — se ofreció Ulath.

Se inclinó y se cargó al hombro al corpulento escudero como si éste no pesara más que un niño, y todos volvieron sobre sus pasos hasta el pie de la escalera que conducía a la polvorienta y oscura sala de arriba.

— Volved a correr esa pared — indicó Falquián —, y buscad una cuña o algún otro sistema para cerrarla.

— Podemos hacerlo desde arriba — apuntó Ulath —. Obstruiremos los ríeles sobre los que se desliza.

Falquián gruñó, en tanto tomaba ciertas decisiones.

— Bevier — dijo con pesar —, me temo que vamos a tener que dejaros aquí. Estáis malherido, y

ya hemos perdido demasiados amigos hoy.

Bevier se dispuso a argüir, pero cambió de parecer.

— Talen — prosiguió Falquián —, te quedarás aquí con Bevier y tu padre. — Sonrió tristemente —. Nuestra intención es matar a Azash, y no robarle.

Talen asintió.

— Y, Berit...

— Por favor, Falquián — le rogó el joven, con lágrimas en los ojos —. Por favor, no me hagáis quedar atrás. Sir Bevier y Talen están a salvo aquí, y yo podría serviros de ayuda cuando nos hallemos en el templo.

Falquián lanzó una mirada a Sephrenia y ésta realizó un gesto afirmativo con la cabeza.

— De acuerdo — concedió. Quería advertir a Berit que obrara con cautela, pero desistió, razonando que ello tal vez ofendería al aprendiz.

— Dadme vuestra hacha y vuestro escudo, Berit — dijo Bevier con voz débil —, y llevaos los míos. — Tendió a Berit su hacha y su bruñido escudo.

— Haré honor a estas armas, sir Bevier — juró Berit.

— Hay un espacio hueco detrás de la escalera, Bevier — informó Kalten, que había inspeccionado el fondo de la habitación —. Sería buena idea que os ocultarais allí junto con Talen y Kurik en previsión de que los soldados consiguieran accionar el muro.

Bevier asintió y Ulath trasladó el cadáver de Kurik allí.

— No queda nada que añadir, Bevier — dijo Falquián al caballero cirínico, estrechándole la mano —. Trataremos de regresar lo antes posible.

— Rezaré por vosotros, Falquián — prometió Bevier —, por todos vosotros.

Falquián se arrodilló al lado de su escudero y le tomó una mano.

— Que duermas bien, amigo mío — murmuró. Después se levantó y se encaminó a la escalera sin volver la vista atrás.

La escalera, situada al otro extremo de aquella sala que se prolongaba en línea recta sobre los montículos que remataban los muros y las piedras del laberinto de abajo, era muy ancha y estaba pavimentada con mármol. No había ninguna pared corredera que ocultara la cámara en la que desembocaba ni dédalo alguno para despistar a quien pretendiera entrar en el templo.

— Esperad aquí — susurró Falquián a sus amigos — y apagad esas antorchas. — Avanzó unos pasos, se quitó el yelmo y se tumbó en el rellano de la escalera —. Ulath — murmuró —, agarradme de los tobillos. Quiero ver lo que nos aguarda.

Sostenido por el fornido thalesiano, que impedía que cayera rodando estrepitosamente por la escalera, Falquián bajó arrastrándose lentamente por los peldaños hasta que pudo ver la estancia que había abajo.

El templo de Azash era un lugar de pesadilla. Tal como permitía adivinar la cúpula que lo coronaba, tenía una estructura circular, con un diámetro de casi un kilómetro. Las curvadas paredes, combadas hacia adentro, eran de pulido ónice negro, al igual que el suelo, lo cual causaba la impresión de estar mirando la esencia misma de la noche. La iluminación no corría a cargo de antorchas, sino de grandes hogueras que ardían vigorosamente sobre enormes braseros asentados en patas recías como vigas. La vasta cámara estaba rodeada de numerosas gradas que descendían hasta el centro.

Espaciadas a intervalos regulares sobre la terraza superior, se erguían estatuas de mármol de más de cinco metros de altura que en su mayoría reproducían cuerpos no humanos. Entonces Falquián vio una forma estiria entre ellas y después una elenia, y cayó en la cuenta de que las estatuas representaban a los siervos de Azash, entre los cuales la humanidad parecía ocupar una proporción casi insignificante.

Los otros servidores moraban en sitios a la vez muy lejanos y extremadamente próximos. Enfrente de la entrada por la que espiaba Falquián se levantaba el descomunal ídolo. Los esfuerzos del hombre para encarnar y simbolizar a sus dioses nunca acaban de ser satisfactorios. Una deidad

con cabeza de león no es realmente la imagen de un cuerpo humano al que se ha unido una cabeza de león simplemente para ofrecer un contraste. La humanidad percibe el rostro como sede del alma; el cuerpo es en gran medida irrelevante. El icono de un dios no tiene por objeto imitar fielmente sus rasgos, sino sugerir con su cara el espíritu que lo domina. El semblante del ídolo que sobresalía sobre el negro y brillante templo contenía la suma de la depravación. La lujuria, la codicia y la gula estaban ciertamente presentes en él, pero había asimismo otros atributos que ninguna lengua humana tiene palabras para designar. A juzgar por su rostro, Azash anhelaba — reclamaba — cosas inaccesibles a la capacidad de comprensión del hombre. Era la cara de un ser con deseos irresistibles que nadie satisfacía puesto que ello era imposible. Tenía los labios curvados y los ojos melancólicos y crueles.

Falquián cerró con fuerza los párpados, presintiendo que quien mirara largamente esa cara se exponía a perder el alma.

El cuerpo no tenía una forma acabada. Era como si el escultor hubiera quedado tan agobiado por ese rostro y todo lo que representaba que no hubiera sido capaz más que de esbozar el resto de la figura. Había una profusión de brazos que se extendían, a semejanza de los de una araña, en grupos de tentáculos que partían de unos descomunales hombros. El torso se inclinaba ligeramente hacia atrás, dejando las caderas adelantadas en obscena postura, pero lo que debería haber sido el punto central de tan provocativa posición brillaba por su ausencia. En su lugar había una lisa y brillante superficie carente de toda arruga, similar a la marca de una quemadura. Falquián recordó las palabras que Sephrenia había pronunciado delante de las barbas del dios durante su encuentro con el Buscador en la orilla norte del lago Venne. Impotente, lo había llamado, y castrado. Prefirió no imaginar los métodos que los dioses menores habían utilizado para mudar a su pariente. Del ídolo emanaba un nimbo de pálido tono verdusco, un resplandor muy parecido al que despedía la cara del Buscador.

En el rellano circular del centro estaba llevándose a cabo alguna clase de ceremonia que alumbraba el repulsivo resplandor verdoso procedente del altar. La mente de Falquián se rebelaba ante la idea de darle el nombre de un ritual religioso. Los oficiantes retozaban desnudos ante el ídolo. Falquián no era precisamente un monje de clausura y estaba acostumbrado a enfrentarse a la corrupción del mundo, pero los niveles de perversión que se mostraban en aquel rito le revolvieron el estómago. La orgía que habían celebrado los primitivos elenios zemoquianos en las montañas había sido un juego de niños, casi puro, en comparación a aquello. Estos celebrantes parecían tratar de reproducir las perversiones de las criaturas no humanas, y sus miradas fijas y sus movimientos convulsivos daban a entender que continuarían la ceremonia hasta perecer a causa de los excesos en ella realizados. La grada inferior de aquella enorme concavidad dispuesta en terrazas estaba atestada de figuras vestidas con túnicas verdes que entonaban un discordante y ronco cántico, un sonido hueco desprovisto de todo pensamiento o emoción.

Entonces Falquián percibió un ligero movimiento y se apresuró a dirigir la mirada a su derecha. Un grupo de personas estaba reunido en la terraza superior a unos cien metros de distancia de la desconchada estatua blanca que debía de haber inspirado los más profundos abismos de locura. Una de ellas tenía el pelo blanco.

Falquián se volvió e hizo señas a Ulath para que volviera a subirlo.

— ¿Y bien? — le preguntó Kalten.

— Es una gran sala — murmuró Falquián —. El ídolo está en el otro extremo y hay amplios bancales escalonados por los que se baja hasta donde se encuentra.

— ¿Qué es ese ruido? — inquirió Tynian.

— Están celebrando una especie de rito. Creo que los cantos forman parte de él.

— Me tiene sin cuidado su religión — aseguró con voz cavernosa Ulath —. ¿Hay soldados?

Falquián negó con la cabeza.

— Es alentador. ¿Algo más?

— Sí. Necesito vuestras artes mágicas, Sephrenia. Martel y los demás están en la grada de arriba,

aproximadamente a unos ochenta metros de nosotros. Sería útil saber qué están diciendo. ¿Estamos lo bastante cerca para que el encantamiento dé resultado?

— Apartémonos de la escalera — sugirió, tras asentir, la estiria —. El hechizo genera cierto grado de luz y por ahora no nos conviene que sepan que estamos aquí.

Retrocedieron hacia la polvorienta sala y Sephrenia tomó el reluciente escudo de Bevier que llevaba Berit.

— Esto servirá — dijo.

Invocó el conjuro y lo liberó. Los caballeros se apiñaron en torno al súbitamente resplandeciente escudo, observando las nebulosas figuras que aparecían en su superficie. Las voces surgían quedamente de él, pero eran inteligibles.

— Vuestras encarecidas afirmaciones de que mi oro os serviría para comprar ese trono desde el que podríais fomentar nuestros propósitos eran falsas, Annias — decía Otha con su retumbante voz.

— Fue una vez más por culpa de Falquián, Su Majestad — intentó excusarse Annias con tono casi servil —. El desbarató las cosas... como temíamos que ocurriera.

— ¡Falquián! — Otha profirió un grosero juramento y descargó un puñetazo en el brazo de la litera —. La existencia de ese hombre me gangrena el corazón. Hasta su nombre me causa dolor. Vos debíais mantenerlo alejado de Chyrellos, Martel. ¿Por qué me fallasteis a mí y a mi dios?

— No os fallé realmente, Su Majestad — respondió con calma Martel —, como tampoco lo hizo Annias, dicho sea de paso. El acceso de Su Ilustrísima al trono del archiprelado no era más que un medio para conseguir un fin, y ese fin ya lo hemos logrado: el Bhelliom se encuentra bajo este mismo techo. La estrategia para elevar a Annias a la condición de archiprelado para poder obligar así a los elenios a entregar la joya contenía muchos puntos de incierto desarrollo. Esto ha sido mucho más rápido y más directo. Lo que Azash desea son resultados, Su Majestad, no el éxito o fracaso de las fases conducentes a ellos.

— Tal vez — concedió, gruñendo, Otha —, pero el Bhelliom no ha sido entregado de buen grado a nuestro dios. Todavía se halla en manos de Falquián. Vos habéis apostado ejércitos en su camino y él los ha vencido. Nuestro amo ha enviado siervos más horribles que la propia muerte para matarlo y aún sigue vivo.

— Falquián es sólo un hombre, en fin de cuentas — señaló Lycheas con su quejumbrosa voz —. Su buena fortuna no puede durar eternamente.

Otha lanzó una amenazadora mirada a Lycheas. Arissa rodeó protectoramente con sus brazos a su hijo e hizo ademán de salir en defensa suya, pero Annias sacudió la cabeza, disuadiéndola de hacerlo.

— Os habéis rebajado reconociendo a este bastardo vuestro, Annias — declaró Otha en tono de desmedido desprecio. Calló un instante, mirándolos —. ¿Es que no lo entendéis? — tronó de improviso —. Este Falquián es Anakha, el desconocido. Los destinos de todos los hombres son claramente visibles; todos... salvo Anakha. Anakha se mueve al margen del destino. Incluso los dioses lo temen. Él y el Bhelliom están vinculados de una forma que no alcanzan a comprender los hombres ni los dioses de este mundo, y la diosa Aphrael los protege. Ignoramos cuál es su propósito. Todo cuanto nos salvaguarda de ellos es el hecho de que el Bhelliom se somete a Falquián con renuencia. Si llega el tiempo en que se rinda libremente a él, será un dios.

— Pero todavía no lo es, Su Majestad. — Martel sonrió —. Está atrapado en ese laberinto, y jamás dejará a sus compañeros allí para venir a atacarnos solo. Falquián es una persona previsible. Ésa es la razón por la que Azash nos aceptó a Annias y a mí: porque lo conocemos y sabemos cómo reaccionará.

— ¿Y sabíais que triunfaría como lo ha hecho? — se mofó Otha —. ¿Sabíais que su llegada a este lugar supondría una amenaza a nuestra propia existencia... y a la existencia de nuestro dios? Martel miró las figuras que retozaban obscenamente en el piso inferior.

— ¿Cuánto va a durar esto? — preguntó —. Necesitamos que Azash nos guíe, y no podemos reclamar su atención mientras continúe la ceremonia.

— El ritual está a punto de acabar — aseguró Otha —. Los oficiantes han sobrepasado los límites de la extenuación. Morirán pronto.

— Bien. Entonces podremos hablar con nuestro amo. Él también está en peligro.

— ¡Martel! — dijo, bruscamente alarmado, Otha —. ¡Falquián ha salido del laberinto! ¡ría encontrado el camino del templo!

— ¡Llamad a vuestros hombres para que lo detengan! — vociferó Martel.

— Ya lo he hecho, pero se encuentran muy alejados de él. Llegará hasta nosotros antes de que ellos puedan entorpecerle el paso.

— ¡Debemos despertar a Azash! — gritó Annias con voz chillona.

— Interrumpir su rito significa la muerte — aseveró Otha.

Martel enderezó el cuerpo y tomó el yelmo que llevaba bajo el brazo.

— Entonces todo depende de mí, supongo — manifestó tristemente.

Falquián alzó la cabeza y oyó el ruido de unos arietes aporreando una pared de piedra en la dirección por donde quedaba el palacio.

— És suficiente — indicó a Sephrenia —. Hemos de ponernos en movimiento. Otha ha llamado a sus soldados para que abatan ese muro que conduce a la escalera de las proximidades del palacio.

— Espero que Bevier y Talen estén bien escondidos — deseó Kalten.

— Lo están — lo tranquilizó Falquián —. Bevier sabe lo que hace. Habremos de bajar al templo. Este ático, o como quiera llamárselo, está demasiado expuesto. Si tenemos que luchar aquí, tendremos soldados atacándonos por todas partes. — Miró a Sephrenia —. ¿Existe algún modo de obstruir esa escalera de atrás? — le preguntó.

— Creo que sí — respondió la mujer, entornando los ojos.

— Parecéis algo dubitativa.

— No. Me será fácil obstruir la escalera, pero no estoy segura de si Otha conoce el hechizo que contrarrestaría el mío.

— No lo sabrá hasta que sus soldados lleguen allí y no puedan bajar, ¿no es cierto? — le preguntó Tynian.

— No. En realidad no. Muy bien, Tynian.

— ¿Nos dirigimos corriendo a esa terraza de arriba y nos enfrentamos al ídolo? — inquirió Kalten.

— No podemos — repuso Sephrenia —. Recordad que Otha es mago. Estaría arrojándonos un encantamiento tras otro por la espalda. Hemos de encararnos primero con él.

— Y con Martel también — agregó Falquián —. Otha no se atreve a interrumpir a Azash mientras se desarrolla ese rito, lo cual supone cierta ventaja. De lo único que hemos de preocuparnos es del propio Otha. ¿Podremos reducirlo, Sephrenia?

— Otha no es valiente — respondió ésta —. Si lo amenazamos, utilizará su poder para escudarse y dejará que sean los soldados que acuden de palacio quienes se ocupen de nosotros.

— Lo intentaremos — resolvió Falquián —. ¿Estamos listos?

Los demás asintieron.

— Tened cuidado — les recomendó —, y no quiero que nadie se interponga cuando vaya tras Martel. En marcha.

Se encaminaron a la escalera, se detuvieron un momento, respiraron hondo y comenzaron a bajar con las armas desenfundadas.

— Ah, heos aquí, viejo amigo —saludó, arrastrando las palabras, Falquián, imitando deliberadamente la postura desenvuelta de Martel —. Os he estado buscando por todas partes.

— Yo no me he movido de aquí, Falquián — replicó Martel, desenvainando la espada.

— Ya veo. Debo de haberme desorientado un poco. Confío en que no os haya hecho esperar.

— De ningún modo.

— Estupendo. Detesto llegar tarde. — Paseó la mirada sobre los demás —. Bien. Veo que estamos todos aquí. — Miró con mayor detenimiento al primado de Cimmura —. Realmente,

Annias, deberíais intentar tomar un poco más el sol. Estáis blanco como el papel.

— Oh, antes de que los dos os enzarcéis — dijo Kalten —, os he traído un regalo, un pequeño recordatorio de nuestra visita. Estoy seguro de que es algo a lo que siempre le tendréis cariño.

Se inclinó ligeramente y zarandeó un poco la capa que llevaba en el brazo, reteniendo firmemente una esquina de la prenda con la mano acorazada con guantelete. La capa se desplegó sobre el suelo de ónix y la cabeza de Adus salió rodando hasta pararse a los pies de Martel, donde quedó fija, mirándolo.

— Qué amable, sir Kalten — agradeció Martel, apretando los dientes. Aparentando indiferencia, apartó el despojo de un puntapié —. No dudo que os habrá costado mucho obtener este presente.

Falquián apretó el puño sobre la empuñadura de la espada, bufando de cólera.

— Me ha costado a Kurik, Martel — dijo con voz inexpresiva —, y ha llegado la hora de ajustar cuentas.

A Martel se le desorbitaron brevemente los ojos.

— ¿Kurik? — dijo con voz perpleja —. No esperaba eso. Lo siento de veras, Falquián. Lo apreciaba. Si consigues volver a Demos, preséntale a Aslade mis más sinceras disculpas.

— No pienso hacerlo, Martel. No voy a insultar a Aslade mencionándole vuestro nombre. ¿Vamos a zanjar esta cuestión?

Falquián comenzó a avanzar, con el escudo preparado y la punta de la espada moviéndose lentamente a uno y otro lado como la cabeza de una serpiente. Kalten y los demás dejaron sus armas en el suelo y permanecieron inmóviles, observando.

— Un caballero hasta el final — comentó Martel, poniéndose el yelmo y alejándose de la litera de Otha para que no les estorbara los movimientos —. Vuestros buenos modales y vuestro sentido del honor serán la causa de vuestra muerte, Falquián. Vos contabais con ventaja. Debisteis aprovecharla.

— No voy a necesitarla, Martel. Todavía os queda un momento para arrepentiros. Os aconsejo que no lo desperdiciéis.

— No creo que vaya a hacerlo, Falquián — replicó el renegado pandion con una tenue sonrisa — . Yo elegí mi camino y no voy a rebajarme cambiando de opinión ahora. — Se bajó la visera.

Los dos acometieron simultáneamente, descargando sonoros golpes en el escudo del adversario. Ambos se habían entrenado bajo la dirección de Kurik cuando eran muchachos, y no cabía la posibilidad de poner en juego algún truco o amago para engañar al otro. Su fuerza y habilidad eran tan equiparables que no había modo de predecir el resultado de aquel duelo que llevaba más de una década preparándose.

Los primeros cintarazos eran tentativos, destinados a atisbar una alteración en la técnica o modificaciones en el vigor físico. Al observador no experto podría haberle parecido que el constante entrechocar de sus armas era frenético e irreflexivo, pero no era ése el caso. Ninguno de los dos estaba tan fuera de sí como para exponerse demasiado. Atacaban y se defendían alternativamente, alejándose lentamente del lugar donde se hallaba la ornada litera que ocupaba Otha y donde Annias, Arissa y Lycheas los observaban, conteniendo el aliento. Ello formaba también parte de la estrategia de Falquián. Necesitaba apartar a Martel de Otha para que Kalten y los otros pudieran amenazar al hinchado emperador y, para conseguirlo, retrocedía de tanto en tanto unos pasos cuando realmente no era preciso, atrayendo a Martel.

— Debéis de estar envejeciendo, Falquián — jadeó Martel, aporreando el escudo de su antiguo hermano.

— No más que vos, Martel. — Falquián le propinó un cintarazo que lo hizo tambalearse.

Kalten, Ulath y Tynian, seguidos de Berit, que agitaba la amedrentadora hacha de Bevier, se encaminaron hacia Otha y Annias. El emperador hizo ondular una mano y una reluciente barrera apareció en torno a su litera y los compañeros de Martel.

Falquián sintió un tenue hormigueo en la nuca y supo que Sephrenia estaba invocando el hechizo que obstruiría la escalera. Arremetió contra Martel, blandiendo a toda velocidad la espada a fin de

distraerlo para que no notara aquella imperceptible sensación familiar que siempre acompaña a la realización de un encantamiento por parte de un amigo. Sephrenia había entrenado a Martel y éste reconocería el sello de su magia.

La pelea proseguía con creciente furia. Falquián jadeaba y sudaba, con el brazo dolorido a causa de la fatiga. Dio un paso atrás, bajando ligeramente la espada, formulando la silenciosa proposición de una pausa para recobrar el aliento, tradicional en los combates y que jamás se tenía por una muestra de flaqueza.

Martel también depuso el arma en señal de acuerdo.

— Casi como en los viejos tiempos, Falquián — comentó, sin resuello, Martel, alzándose la visera.

— Casi — acordó Falquián —. Veo que habéis aprendido algunos trucos nuevos. — Se descubrió también la cara.

— Pasé demasiado tiempo en Lamorkand. Sin embargo, el arte de la espada no está muy desarrollado en ese país. Vuestra técnica parece tener un toque rendoreño.

— Diez años de exilio allí. — Falquián se encogió de hombros, llenándose los pulmones de aire.

— Vanion nos desollaría a los dos si nos viera sacudiéndonos de este modo.

— Seguramente. Vanion es un perfeccionista.

— Ésa es la pura verdad.

Ambos tenían la respiración trabajosa y miraban fijamente a los ojos del otro, vigilando el atisbo de contracción que precedería a un ataque por sorpresa. Falquián notó cómo iba mitigándose el dolor de su hombro.

— ¿Estáis listo? — preguntó al cabo.

— Cuando queráis.

Martel dio comienzo a una complicada y prolongada serie de estocadas que su contrincante conocía muy bien, pues era una de las más antiguas, y su conclusión era inevitable. Falquián movió el escudo y la espada adoptando la actitud de defensa prescrita, pero, no bien Martel había iniciado la ofensiva, supo que iba a recibir un aturdidor cintarazo en la cabeza. Kurik, no obstante, había ideado una modificación en el yelmo del pandion poco después de la expulsión de Martel de la orden, y, cuando el renegado le descargó el potente golpe en la cabeza, Falquián la agachó ligeramente para que toda su fuerza recayera en la cresta del yelmo, la cual llevaba ahora muy reforzada. Con todo, los oídos le zumbaron violentamente y las piernas le flaquearon, pero aun así fue capaz de esquivar la estocada siguiente que muy bien podría haberlo lisiado.

Martel parecía reaccionar con mayor lentitud de la que Falquián recordaba en él. Sus propias acometidas, reconoció, tampoco debían de tener la vivacidad de la juventud. Estaban envejeciendo, y un duelo prolongado con un hombre de igual vigor y habilidad tiene el efecto de sumar años a quien se presta a él.

Repentinamente entendió, y la comprensión se convirtió al instante en acción. Dirigió repetidos ataques por lo alto a la cabeza de Martel, y éste hubo de protegerse con la espada y el escudo. Entonces Falquián remató la frenética amenaza a la cabeza con la tradicional estocada en el cuerpo. Martel lo previo, como era natural, pero no pudo mover con suficiente rapidez el escudo para protegerse. La punta de la espada de Falquián le horadó la armadura en la parte baja del pecho y penetró profundamente en sus entrañas. Martel se quedó rígido y luego tosió, vomitando un gran chorro de sangre por las rendijas de la visera. Intentó débilmente mantener el escudo y la espada en alto, pero las manos le temblaban con violencia y las piernas le cedieron. La espada se deslizó en su mano y el escudo cayó a un lado. Tosió otra vez, produciendo un desgarrador sonido de gorgoteo. La sangre volvió a brotar de la visera, y él se vino abajo, despacio, y quedó tendido de cara al suelo.

— Acabad, Falquián — dijo con voz entrecortada.

Falquián lo puso boca arriba con el pie. Alzó la espada y enseguida la bajó y se arrodilló junto al moribundo.

— No es necesario — respondió quedamente, abriéndole la visera.

— ¿Cómo lo habéis conseguido? — preguntó Martel.

— Ha sido esa nueva armadura que lleváis. Es demasiado pesada. Os habéis cansado y habéis perdido la rapidez de movimiento.

— En cierto modo me está bien empleado — reconoció Martel, tratando de no respirar hondo para que la sangre que iba inundándole los pulmones no lo atragantara de nuevo —. Me ha matado mi propia vanidad.

— Creo que eso es lo que finalmente acaba con todos nosotros.

— Ha sido una buena pelea, no obstante.

— Sí. Lo ha sido.

— Y al fin hemos averiguado quién de los dos era el mejor. Tal vez sea hora de ser sinceros. Yo nunca tuve dudas al respecto.

— Yo sí.

Falquián permaneció de rodillas, escuchando la respiración, cada vez más superficial, de Martel.

— Lakus falleció — le dijo en voz baja —, y Olven.

— ¿Lakus y Olven? No lo sabía. ¿Tuve yo algo que ver con ello?

— No. Fue por otros motivos.

— Es un pequeño consuelo. ¿Podéis llamar a Sephrenia, Falquián? Querría despedirme de ella.

Falquián levantó el brazo, solicitando la presencia de la mujer que los había entrenado a ambos.

La estiria tenía los ojos anegados de lágrimas cuando se arrodilló junto al cuerpo de Martel frente a Falquián.

— ¿Sí, querido? — dijo al agonizante.

— Siempre dijisteis que acabaría mal, pequeña madre — comentó Martel con voz susurrante —, pero os equivocasteis. Esto no está tan mal. Es casi como un lecho de muerte ceremonial. Me marcho de este mundo en presencia de las dos únicas personas que de veras he amado en la vida. ¿Me otorgaréis vuestra bendición, pequeña madre?

La mujer le puso las manos sobre la cara y habló suavemente en estirio. Después se inclinó, sollozante, y le besó la pálida frente.

Cuando alzó la cabeza, ya había muerto.

Capítulo treinta

Falquián se levantó y ayudó a Sephrenia a ponerse en pie.

— ¿Estáis bien, querido? — susurró ésta.

— Lo suficiente. — Falquián dirigió la mirada a Otha.

— Mis felicitaciones, caballero — dijo irónicamente Otha con su voz cavernosa y la calva reluciente de sudor —, y gracias. Llevo tiempo ponderando el problema de Martel. Él pretendía, me parece, enaltecer su condición, y a mí dejó de serme útil desde el momento en que vos y vuestros compañeros me trajisteis el Bhelliom. Me alegro de haberme librado de él.

— Podéis considerarlo un regalo de despedida, Otha.

— ¡Oh! ¿Acaso os vais?

— No, pero vos sí.

Otha emitió una repugnante carcajada.

— Tiene miedo, Falquián — musitó Sephrenia —. No está seguro de que no podáis traspasar la barrera en que se escuda.

— ¿Es ello cierto?

— Yo tampoco estoy segura. No obstante, él se halla en una posición muy vulnerable ahora, porque Azash está totalmente distraído por ese rito.

— Es un buen punto de inicio entonces. — Falquián hizo acopio de aire y se encaminó hacia el hinchado emperador de Zemoch.

Otha se encogió y dirigió una rápida señal a los descalzos y embrutecidos porteadores que lo rodeaban, quienes cargaron la litera y comenzaron a descender las gradas hacia el nivel inferior, donde los desnudos oficiantes, temblorosos y pálidos por la extenuación, proseguían con su obsceno ritual. Annias, Arissa y Lycheas lo acompañaron, temerosos, cuidando de distanciarse lo menos posible de él para permanecer dentro del dudoso refugio que proporcionaba el reluciente nimbo de su escudo protector. Al llegar al negro piso de abajo, Otha gritó a los sacerdotes de verdes hábitos y éstos se precipitaron hacia adelante, con expresión de ardiente devoción, extrayendo armas de debajo de las vestiduras.

Falquián oyó a sus espaldas un repentino grito de frustración. Los soldados que corrían a socorrer al emperador acababan de topar con la barrera de Sephrenia.

— ¿Resistirá? — preguntó a la mujer.

— A menos que alguno de los soldados sea más fuerte que yo.

— Es harto improbable. En ese caso sólo tendremos que habérnoslas con los sacerdotes. — Miró a sus amigos —. Bien, caballeros — les dijo —. Formemos en torno a Sephrenia y abrámonos paso. Los sacerdotes de Azash no llevaban armadura y manejaban con torpeza las armas. Eran en su mayoría estirios, y la súbita aparición de hostiles caballeros de la Iglesia en el centro sagrado de su

religión los había sobresaltado y llenado de espanto. Falquián recordó algo que en una ocasión había dicho Sephrenia. Los estirios, le había comentado, no reaccionan bien ante las sorpresas, pues lo imprevisto tiende a confundirlos. Mientras bajaba con sus amigos los amplios escalones, notó un tenue hormigueo que le indicó que algunos de los sacerdotes estaban intentando dar forma a un encantamiento. Emitió un agresivo grito de guerra elenio, un ronco bramido henchido de sed de sangre y violencia, y notó cómo desaparecía el hormigueo.

— ¡Haced mucho ruido, caballeros! — gritó a sus amigos —. ¡Desconcertadlos para que no puedan recurrir a la magia!

Los caballeros de la Iglesia siguieron descendiendo, vociferando y blandiendo las armas. Los religiosos se echaron atrás, pero ya los caballeros arremetían contra ellos.

Berit adelantó a Falquián, con los ojos encendidos de entusiasmo y el hacha de Bevier presta para combatir.

— Reservad las fuerzas, Falquián — dijo bruscamente, tratando de emitir una voz más profunda y masculina.

Avanzó resueltamente delante del perplejo Falquián e irrumpió entre las filas de verdes hábitos, agitando el hacha como si fuera una guadaña.

Falquián se dispuso a hacerlo volver atrás, pero Sephrenia le puso la mano en la muñeca.

— No, Falquián — aconsejó —. Esto es importante para él, y no se halla en peligro.

Otha había llegado al reluciente altar situado delante del ídolo y observaba con evidente espanto los encarnizados combates.

— ¡Acercaos, Falquián! — vociferó —. ¡Mi dios está impacientándose!

— Lo dudo mucho, Otha — replicó Falquián —. Azash desea el Bhelliom, pero no quiere que sea yo quien se lo entregue, porque no sabe qué voy a hacer con él.

— Muy bien, Falquián — aprobó Sephrenia —. Valeos de vuestra ventaja. Otha contagiará a Azash la incertidumbre que éste perciba en él.

Los amigos de Falquián iban dando sistemática cuenta de los sacerdotes de verdes hábitos y en el templo resonaban el entrechocar de las armas, los chillidos y los gruñidos. Al fin llegaron al pie de la primera grada, al nivel dominado por el altar.

Falquián se sentía, a pesar de todo, exultante. No había esperado llegar tan lejos y el hecho de haber sobrevivido a tantas asechanzas lo imbuía de la eufórica sensación de ser invencible.

— Bien, Otha — dijo, alzando la mirada hacia el inflado emperador —, ¿por qué no despertáis a Azash? Así descubriremos si los dioses mayores saben perecer igual que los hombres.

Otha lo miró boquiabierto y luego bajó trabajosamente de la litera y se desplomó en el suelo, traicionado por sus endebles piernas.

— ¡Arrodillaos! — instó con voz aguda a Annias —. ¡Arrodillaos y rogad para que nuestro dios nos libre del peligro! — Era manifiesto el temor que le inspiraba la idea de que sus soldados no pudieran entrar en el templo.

— Kalten — indicó Falquián a su amigo —, acabad con los sacerdotes y después vigilad que esos soldados no se abran paso y nos ataquen por la espalda.

— No es necesario, Falquián — observó Sephrenia.

— Lo sé, pero es mejor no arriesgarse. — Respiró hondo —. Allá vamos. — Se quitó los guanteletes, guardó la espada bajo el brazo y desató la bolsa de malla del cinto. Tras deshacer el nudo del alambre que la cerraba, extrajo el Bhelliom y lo agitó en la mano. La joya parecía muy caliente, y entre sus pétalos hervía una ondulante luz semejante a los relámpagos que provoca el calor en una noche de verano —. ¡Rosa Azul! — invocó Falquián con insistencia —. ¡Debéis hacer lo que os ordene!

Otha, medio de hinojos y medio en cuclillas, balbuceaba una plegaria a su dios que el miedo volvía ininteligible. Annias, Lycheas y Arissa, también arrodillados, tenían los ojos fijos en el repelente rostro del ídolo que se erguía sobre ellos, con patentes expresiones de horror que parecían aumentar de intensidad a medida que se profundizaba su percepción de la realidad de la deidad que

habían elegido libremente adorar.

— ¡Venid, Azash! — imploraba Otha —. ¡Despertad! ¡Escuchad la plegaria de vuestros siervos!

Los hundidos ojos del ídolo, que hasta entonces habían permanecido cerrados, se abrieron lentamente, despidiendo un ardiente resplandor verde. Falquián sintió las funestas oleadas de malevolencia que emanaban de ellos y quedó inmóvil, casi aturdido por la titánica presencia de un dios.

¡El ídolo se movía! Su cuerpo fue plegándose en ondas y los brazos se alargaron con la sinuosidad de un tentáculo... en dirección a la rutilante piedra que Falquián tenía en la mano, impulsados por el ansia de poseer el único objeto en el mundo que ofrecía el restablecimiento y la libertad.

— ¡No! — La voz de Falquián sonó discordante como un chirrido. Puso en alto la espada sobre el Bhelliom —. ¡Lo destruiré! — amenazó —. ¡Y a vos junto con él!

El ídolo pareció arredrarse, y sus ojos expresaron perplejidad y estupor.

— ¿Por qué habéis traído ante mí a este ignorante salvaje, Sephrenia?

— La cavernosa voz resonó en el templo y también en la cabeza de Falquián.

El caballero sabía que la mente de Azash era capaz de destruirlo en un abrir y cerrar de ojos, pero, inexplicablemente, Azash temía descargar su poder sobre el impetuoso hombre que permanecía de pie amenazando la Rosa de Zafiro con una espada desenvainada.

— Me limito a obedecer los dictados de mi destino — respondió con toda calma Sephrenia —. Yo nací para traer a Falquián a este lugar para que se enfrentara a vos.

— ¿Pero qué hay de la suerte de Falquián? ¿Sabéis qué está destinado a cumplir él? — Había una nota de desesperación en la voz de Azash.

— No existe hombre ni dios que lo sepa, Azash — le recordó —. Falquián es Anakha, y todos los dioses sabían y temían que un día Anakha llegaría y recorrería el mundo con una finalidad que nadie puede prever. Yo soy la sierva de mi destino, sea cual sea éste, y lo he traído aquí para que pueda cumplir ese fin.

El ídolo se puso rígido, y entonces lanzó, restallante, un irresistible mandato, abrumador e insistente, y no lo dirigió a Falquián.

Sephrenia emitió una exclamación y pareció marchitarse como una flor ante las primeras gélidas ráfagas del invierno. Falquián percibía cómo su determinación se venía abajo, tambaleándose ante la fuerza mental de Azash, que iba despojándola de todas sus defensas.

Tensó el brazo y alzó más la espada. Si Sephrenia cedía, estarían perdidos, y no sabía si tendría tiempo de asestar el último golpe fatal después de su desmoronamiento. Se concentró en la imagen del rostro de Ehlana y apretó aún más vigorosamente la empuñadura.

El sonido era inaudible para los demás. Lo sabía: sólo él lo percibía. Era el insistente e imperioso son de una flauta pastoril, cuyas notas impregnaba una manifiesta irritación.

— ¡Aphrael! — dijo con repentino alivio.

Ante su cara apareció una pequeña centella de luz.

— ¡Bueno, por fin! — espetó la enojada voz de Flauta —. ¿Por qué habéis tardado tanto, Falquián? ¿No sabéis que tenéis que llamarme?

— No, no lo sabía. Ayudad a Sephrenia.

No se produjo ningún roce, ningún movimiento, ningún ruido, pero Sephrenia se enderezó, acariciándose la frente, y los ojos del ídolo se clavaron, ardientes, en aquella chispa, que brillaba cual luciérnaga.

— Hija mía — la interpeló la voz de Azash —. ¿Vas a compartir tu suerte con estos mortales?

— No soy hija vuestra, Azash — replicó vivamente Flauta —. Yo misma forjé mi existencia, al igual que mis hermanos y hermanas, cuando vos y vuestros parientes desgarrasteis el tejido de la realidad con vuestra infantil contienda. Únicamente soy vuestra hija a través de vuestra culpa. Si vos y los vuestros hubierais cejado en vuestra imprudente actitud que todo lo habría destruido, no habría habido necesidad de que naciéramos nosotros.

— ¡El Bhelliom será mío! — bramó la cavernosa voz con la violencia del trueno y de los terremotos, agitando los propios cimientos de la tierra.

— ¡Ello no ocurrirá! — lo contradijo sin miramientos Flauta —. Fue para denegaros a vos y a vuestros parientes la posesión del Bhelliom que yo y los míos cobramos existencia. El Bhelliom no pertenece a este lugar y no debe ser esclavizado por vos, ni por mí, ni por los dioses troll ni por ninguna otra deidad de este mundo.

— ¡Será mío! — gritó con voz aguda Azash.

— No. Anakha lo destruirá antes, y con su destrucción pereceréis vos.

— ¡Cómo osáis! — musitó, conmovido —. ¿Cómo os atrevéis siquiera a expresar en palabras tal horror? En la muerte de uno de nosotros yace la semilla de la muerte de todos.

— Que así sea pues — replicó con indiferencia Aphrael. Su cristalina vocecilla adquirió un tono de crueldad —. Dirigid vuestra furia a mí, Azash, y no a mis hijos, pues fui yo quien utilizó el poder de los anillos para castraros y recluiros para la eternidad en ese ídolo de barro.

— ¿Fuisteis vos? — La terrible voz denunciaba su perplejidad.

— Fui yo. La castración debilita de tal modo vuestro poder que no podéis escapar al confinamiento. No poseeréis el Bhelliom, impotente deidad, y seguiréis preso por toda la eternidad, despojado de virilidad y libertad hasta que la más lejana de las estrellas se haya reducido a cenizas. — Hizo una pausa y, cuando volvió a tomar la palabra, lo hizo de la misma forma hiriente con que alguien hurgaría con un cuchillo, retorciéndolo, en las entrañas de otra persona —. Fue vuestra absurda y transparente propuesta de que todos los dioses de Estiria nos uniéramos para arrebatar el Bhelliom a los dioses troll... «por el bien de todos»... lo que me proporcionó ocasión para mutilaros y recluiros, Azash. Vos sois el único culpable de lo que os ha ocurrido. Y ahora Anakha ha traído el Bhelliom y los anillos, e incluso a los dioses troll encerrados en la joya, para enfrentarse a vos. Os insto a someteros al poder de la Rosa de Zafiro... o, de lo contrario, vais a perecer.

Sonó un aullido de frustración inhumana, pero el ídolo no se movió.

Otha, arrebatado de pánico, comenzó a murmurar un desesperado encantamiento. Entonces lo liberó, y las espantosas estatuas de mármol blanco que circundaban el interior del vasto templo empezaron a agitarse y adoptaron una tonalidad verde, luego azulada y finalmente roja, al tiempo que llenaban el recinto con el parloteo de sus voces inhumanas. Sephrenia pronunció dos palabras en estirio, con voz calmada. Gesticuló y las figuras recobraron la inmovilidad, convertidas de nuevo en pálido mármol.

Otha exhaló un aullido y enseguida se puso a hablar de nuevo, tan frustrado y encolerizado que ni siquiera lo hizo en estirio, sino en su lengua nativa, el elenio.

— Escuchadme, Falquián. — La musical voz de Flauta sonaba muy quedamente.

— Pero Otha...

— Sólo está balbuceando. Mi hermana se ocupará de él. Prestad atención. Muy pronto llegará el momento en que hayáis de actuar. Yo os indicaré cuándo. Subid esos escalones hasta el ídolo y mantened la espada suspendida sobre el Bhelliom. Si Azash, Otha o cualquier otra cosa tratan de impediros llegar hasta la efigie, aplastad el Bhelliom. Si todo sale bien y llegáis hasta ella, tocad con el Bhelliom esa zona que parece quemada.

— ¿Destruiré así a Azash?

— Por supuesto que no. El icono que está sentado allí sólo es un recubrimiento. El verdadero ídolo está debajo de ese tan grande. El Bhelliom destruirá dicha envoltura y entonces veréis al propio Azash. La auténtica efigie es bastante pequeña y está moldeada en barro cocido. En cuanto quede al descubierto, tirad la espada al suelo y sostened el Bhelliom con las dos manos. Después pronunciad exactamente estas mismas palabras: «Rosa Azul, soy Falquián de Elenia. Por el poder de estos anillos os ordeno que devolváis esta imagen a la tierra de donde proviene». A continuación poned el Bhelliom en contacto con el ídolo.

— ¿Qué ocurrirá entonces?

— No estoy segura.

— ¡Aphrael! — protestó, perplejo, Falquián.

— Pesan más interrogantes sobre el destino del Bhelliom que sobre el vuestro, y yo no puedo predecir ni con el margen de un minuto lo que vais a hacer vos.

— ¿Quedará destruido Azash?

— Oh, sí... y es muy posible que el resto del mundo también. El Bhelliom quiere librarse de este mundo, y éste podría ser el cambio que está esperando.

Falquián tragó saliva.

— Es un juego de azar — reconoció la diosa sin darle mayor importancia —, pero nunca sabemos de qué lado van a caer los dados hasta que los arrojamos, ¿no es cierto?

El templo quedó repentinamente a oscuras a causa del combate que libraban Sephrenia y Otha, y por un breve instante pareció que las tinieblas podían ser eternas, de tan intensas que eran.

Entonces la luz regresó gradualmente. Las hogueras de los enormes braseros de hierro cobraron vigor y las llamas fueron alcanzando mayor altura.

Con el retorno de la luz, Falquián descubrió que estaba mirando a Annias. El demacrado rostro del primado de Cimmura tenía una palidez cadavérica y en sus ojos no se atisbaba el más leve rastro de pensamiento. Cegado por su obsesiva ambición, Annias jamás había contemplado plenamente el horror al que había rendido el alma en su persecución del trono del archiprelado. Ahora era evidente que lo percibía, cuando, manifiestamente también, ya era demasiado tarde. Miró a Falquián, rogándole algo, cualquier cosa, que pudiera rescatarlo del abismo que se había abierto ante sus pies.

Lycheas gimoteaba y farfullaba aterrorizado, y Arissa lo abrazaba, aferrándose de hecho a él, con semblante que no traslucía menos terror que el de Annias.

El forcejeo entre Otha y Sephrenia proseguía, llenando el templo de ruido y de luz, de estrepitosos sonidos y de humo.

— Ha llegado el momento. — La voz de Flauta transmitía un perfecto sosiego.

Falquián se armó de valor y avanzó, manteniendo amenazadoramente la espada sobre la Rosa de Zafiro, que parecía casi encogerse bajo su pesada hoja de acero.

— Falquián — la vocecilla expresaba cierta tristeza —, os amo.

El próximo sonido que oyó no fue, no obstante, un mensaje de amor, sino un gruñido en la lengua de los trolls. Lo emitía más de una voz y procedía del propio Bhelliom. Falquián vaciló, azotado por el odio de los dioses troll. El dolor era insoportable. Se consumía de calor y de frío al mismo tiempo y sus huesos se levantaban palpitantes en su carne.

— ¡Rosa Azul! — invocó jadeante y con voz quebrada, casi a punto de caer —. Ordenad a los dioses troll que se callen. La Rosa Azul va a hacerlo... ¡ahora mismo!

El insufrible dolor continuó y los aullidos en idioma troll se intensificaron.

— ¡Entonces, morid, Rosa Azul! — Falquián alzó la espada.

Los gruñidos cesaron súbitamente y el dolor también.

Falquián atravesó el primer peldaño de ónice y subió al siguiente.

— No lo hagáis, Falquián. — La voz sonaba en su cerebro —. Aphrael es una niña malévola. Os conduce a la propia perdición.

— Me preguntaba cuánto tiempo tardaríais, Azash — dijo Falquián con voz temblorosa mientras subía el siguiente escalón —. ¿Por qué no me habéis hablado antes?

La voz que había percibido con la mente guardó silencio.

— ¿Teníais miedo, Azash? — preguntó —. ¿Temíais que algo de lo que dijerais cambiara ese destino que no podéis prever? — Ascendió a la tercera grada.

— No lo hagáis, Falquián. — La voz era implorante ahora —. Yo puedo daros el mundo.

— No, gracias.

— Puedo concederos la inmortalidad.

— No me interesa. Los hombres están habituados a la idea de tener que morir. Son sólo los dioses quienes encuentran aterradora tal perspectiva. — Cruzó el tercer peldaño.

— Destruiré a vuestros camaradas si persistís.

— Todos los hombres perecen en una hora u otra — replicó Falquián, tratando de aparentar indiferencia.

Subió al cuarto escalón, y sintió como si de repente tratara de caminar a través de una roca maciza. Azash no se atrevía a atacarlo directamente, puesto que ello podría desencadenar el golpe fatal que los destruiría a todos. Entonces Falquián percibió la ventaja absoluta que jugaba a su favor. No sólo los dioses eran incapaces de predecir su destino, sino que además no podían leerle el pensamiento. Azash no tenía medios de saber cuándo tomaría la decisión de descargar la espada, ni de detectarlo, y, por lo tanto, no podría hacer nada para detenerlo. Resolvió valerse de esa superioridad. Todavía inmovilizado por el invisible obstáculo suspiró.

— Oh, bueno, si eso es lo que queréis... — Volvió a levantar la espada.

— ¡No! — El grito no sólo procedía de Azash, sino también de los gruñidores dioses troll.

Falquián atravesó la cuarta grada. Sudaba copiosamente. Podía ocultar sus pensamientos a los dioses, pero no a sí mismo.

— Ahora, Rosa Azul — dijo quedamente al Bhelliom cuando ascendía al quinto escalón —, voy a hacer esto. Vos, Khwaj y Ghnomb y los demás vais a ayudarme, o de lo contrario pereceréis. Un dios debe morir aquí: uno o varios. Si colaboráis conmigo, sólo fallecerá uno. Si no lo hacéis, serán varios.

— ¡Falquián! — exclamó Aphrael con estupor.

— No os entrometáis.

— ¿Puedo ayudaros? — susurró con su vocecilla de niña tras un momento de vacilación.

— De acuerdo, pero éste no es momento para juegos... y no me sobresaltéis. Tengo el brazo encogido como un resorte.

La chispa de luz comenzó a expandirse, difuminando su concentrado fulgor, y Aphrael surgió de ella con la flauta pastoril en los labios. Tenía, como siempre, los pies manchados de hierba y su rostro presentaba una expresión sombría.

— Adelante, aplastadlo, Falquián — dijo tras apartarse el instrumento de la boca —. No os escucharán. — Suspiró —. De todas formas estoy cansándome de la vida eterna. Machacad la piedra y acabemos de una vez.

El Bhelliom se oscureció por completo, y Falquián notó cómo se estremecía violentamente. Después recobró su brillo azulado, manso y sumiso.

— Ahora colaborarán, Falquián — dedujo Aphrael.

— Les habéis mentido — la acusó el caballero.

— No, os he mentido a vos. No hablaba con ellos.

No pudo evitar ponerse a reír.

Cruzó el quinto escalón. El ídolo, mucho más cercano ahora, se erguía imponente sobre él. Vio a Otha, sudoroso y fatigado, luchando contra Sephrenia en un combate que, sólo por sus signos exteriores, Falquián percibió como mucho más titánico que el que había librado él con Martel. El puro terror instalado en el semblante de Annias era ahora mucho más evidente, y el ánimo de Arissa y su hijo desfallecía a ojos vista.

Falquián sentía la formidable presencia de los dioses troll, una presencia tan poderosamente real que casi veía sus gigantescas y repelentes formas proyectadas con ademán protector a su espalda. Subió a la sexta grada. Aún quedaban tres. Se preguntó vagamente si el número nueve tendría algún significado especial en las depravadas mentes de los fieles de Azash. Llegado a ese punto, el dios de los zemoquianos desencadenó todo un ataque en regla. Viendo que la muerte ascendía inexorablemente hacia él, puso en juego todo su poder para resguardarse del mensajero de negra armadura que le llevaba el trance en forma de resplandor azul.

A los pies de Falquián brotaron llamaradas, pero, antes de que notara siquiera su calor, quedaron apagadas por el hielo. Una monstruosa forma se abatió contra él, surgida de la nada, pero un fuego incluso más intenso que el que había sofocado el hielo la consumió. Sin duda contra su voluntad, pero sin otro remedio que obedecer al implacable ultimátum de Falquián, los dioses troll lo

ayudaban ahora, neutralizando las defensas de Azash para franquearle el paso.

Azash se puso a chillar cuando Falquián llegó al séptimo peldaño. Ahora era factible llegar a él en precipitado impulso, pero Falquián decidió no hacerlo. No quería estar jadeante y tembloroso cuando llegara el momento culminante. Continuó con paso firme e inexorable, atravesando la séptima grada, al tiempo que Azash lo hostigaba con horrores inimaginables que, no obstante, contrarrestaban los dioses troll o el propio Bhelliom. Respiró hondo y ascendió al octavo escalón.

Entonces se vio rodeado de oro: monedas, lingotes y bloques informes del tamaño de la cabeza de un hombre. Del aire manó un torrente de brillantes joyas, azules, verdes y rojas, una cascada de incalculable valor que se vertía sobre el oro con todo el colorido del arco iris. De pronto las riquezas comenzaron a disminuir y fueron disipándose acompañadas de un grosero ruido de masticación.

— Gracias, Ghnomb — murmuró Falquián al dios troll de la comida.

Una hurí de abrumadora belleza lo llamó seductoramente. Pero fue al instante violada por un lujurioso troll. Como desconocía el nombre del dios del apareamiento, Falquián no supo a quién dar las gracias. Llegó por fin a la novena y última terraza.

— ¡No podéis hacer eso! — chilló Azash.

Sin responder, Falquián avanzó ferozmente hacia la efigie con el Bhelliom aún en la mano y la amenazadora espada en la otra. A su alrededor restallaban relámpagos, pero todos los absorbía la creciente aureola azulada con que el Bhelliom lo protegía.

Otha había abandonado su infructuoso combate con Sephrenia y se había arrastrado, sollozando de terror, hasta la parte derecha del altar, sobre la misma estrecha losa de ónice negro donde se había dejado caer Annias. Arissa y Lycheas se apretaban uno contra otro, gimoteando.

— Deseadme suerte — susurró Falquián a la diosa niña al llegar al angosto altar.

— Desde luego, padre — repuso ésta.

El ídolo se encogió ante el intensificado resplandor del Bhelliom, con ojos desorbitados por el pavor. Falquián advirtió que un inmortal que ha de afrontar la impensable posibilidad de su propia muerte da muestras de una peculiar indefensión. Tal idea borraba cualquier otro pensamiento, y Azash sólo podía reaccionar en los niveles más elementales y pueriles. Volvió a atacar, arrojando ciegamente fuego contra el pandion de negra armadura que amenazaba su propia existencia. La sacudida producida por el choque entre la incandescente llama verde y la no menos brillante llama azul del Bhelliom fue terrible. El azul flaqueó y luego se consolidó. El verde retrocedió y después volvió a abalanzarse sobre Falquián.

Y el Bhelliom y Azash se enzarzaron en un pulso en el que aplicaban una irresistible fuerza para preservar su propio ser. Ninguno de ellos podía ceder. Falquián tuvo la desagradable impresión de que muy bien podría continuar allí de pie durante toda la eternidad con la joya medio extendida mientras Azash y el Bhelliom prolongaban su combate.

Llegó tras él, girando y dando tumbos en el aire con un sonido semejante a un aleteo. Pasó sobre su cabeza e hizo impacto en el pétreo pecho de la imagen, provocando una gran profusión de chispas. Era el hacha de filo con ganchos de Bevier. Tal vez irreflexivamente, Berit había arrojado el arma al ídolo en un alocado gesto de desafío.

Pero dio resultado.

El ídolo retrocedió involuntariamente ante algo que no podía causarle daño, y su fuerza y su fuego se disiparon momentáneamente. Falquián se precipitó hacia adelante apretando el Bhelliom con la mano izquierda y lo clavó como si fuera la punta de una lanza en la cicatriz situada bajo el vientre del icono. La mano le quedó entumecida por la violenta sacudida causada por el contacto.

El sonido fue ensordecedor. Falquián estaba seguro de que con él había retemblado la totalidad del mundo.

Agachó la cabeza y tensó los músculos, empujando con vigor creciente el Bhelliom contra la reluciente marca de la castración de Azash. El dios gritaba de dolor.

— ¡Me habéis fallado! — aulló y, retorciéndose como tentáculos, de ambos lados del ídolo surgieron unos brazos que se abalanzaron para agarrar a Otha... y a Annias.

— ¡Oh, Dios mío! — imploró el primado de Cimmura, no a Azash, sino al Dios de su infancia —. ¡Salvadme! ¡Protegedme! ¡Perdonad...! —Elevó el tono de la voz, convertida en un articulado chillido, y el tentáculo se cerró sobre él.

No hubo ninguna clase de refinamiento en el castigo infligido sobre el emperador de Zemoch y el primado de Cimmura. Enloquecido por el dolor, el miedo y el ansia de aplicar represalias a quienes consideraba responsables, Azash se comportó como un niño enfurecido. Otros brazos acudieron restallantes a rodear a las empavorecidas víctimas y luego, con cruel lentitud, comenzaron a girar en sentidos opuestos, realizando el mismo movimiento que utiliza una lavandera para escurrir la ropa. Los dedos del dios, semejantes a anguilas, iban salpicándose de sangre y de más espantosos humores a medida que con la presión de un torniquete robaba la vida de los retorcidos cuerpos de Otha y Annias.

Repugnado, Falquián cerró los ojos... pero no pudo hacer lo mismo con los oídos. Los chillidos se agudizaron, adoptando una estrangulada nota hiriente.

Después callaron y entonces se oyeron dos golpes, producto del choque de los despojos de los siervos que Azash había dejado caer en el suelo.

Arissa vomitaba violentamente sobre los irreconocibles restos del que había sido su amante y padre de su único hijo cuando el vasto ídolo se estremeció y resquebrajó, produciendo con su desintegración una lluvia de cascotes de piedra esculpida. Los sinuosos brazos quedaron petrificados al desprenderse y cayeron al suelo, donde quedaron reducidos a añicos. El grotesco rostro se fragmentó. Una gran piedra golpeó el hombro acorazado de Falquián y su impacto casi le hizo soltar el Bhelliom. Con un gran crujido, la efigie se quebró por la cintura, y el colosal torso se volcó hacia atrás y se despedazó sobre el negro ónice. Sólo quedaba un raigón, una especie de inestable pedestal de piedra sobre el que descansaba el tosco ídolo de barro que Otha había encontrado casi dos mil años antes.

— ¡No podréis!— La voz era el chillido de un animalillo, de un conejo, tal vez, o quizá de una rata —. ¡Yo soy un dios!¡Vos no sois nada!¡Sois un insecto!¡Sois como polvo!

— Es posible — concedió Falquián, sintiendo piedad por la patética figurilla de barro. Se desprendió de la espada y tomó firmemente el Bhelliom con ambas manos —. ¡Rosa Azul! — llamó con vehemencia —. ¡Soy Falquián de Elenia! ¡Por el poder de estos anillos ordeno a la Rosa Azul que devuelva esta imagen a la tierra de donde proviene! — Adelantó las dos manos y, con ellas, la Rosa de Zafiro —. Ansiabais poseer el Bhelliom, Azash — dijo —. Tenedlo pues. Tomadlo junto con lo que os trae. — Entonces el Bhelliom tocó al deforme ídolo —. ¡La Rosa Azul obedecerá! ¡Ahora! — Se tensó al ordenarlo, esperando ser destruido al instante.

El templo entero se estremeció, y Falquián sintió de improviso la agobiante sensación de que algo lo oprimía, como si el propio aire pesara varias toneladas. Las llamas de las enormes hogueras languidecieron, reduciéndose a un espasmódico centelleo, como si también ellas padecieran una invisible presión.

Y entonces la vasta cúpula del templo hizo explosión, lanzando hacia el cielo los bloques hexagonales de basalto, que caerían a varios kilómetros de distancia. Con un sonido que superaba el mero fragor, las hogueras se elevaron con furia hasta convertirse en enormes pilares de llamas de intenso fulgor, que rebasaron el agujero de la bóveda para iluminar los cargados vientres de las nubes que había engendrado la tormenta. Las incandescentes columnas se remontaron sin cesar, abrasando y consumiendo, ceñidas de relámpagos, la nubosa masa, y luego aún prosiguieron su ascenso hasta la oscuridad del firmamento, alargando sus lenguas de fuego hacia las estrellas.

Implacable e inflexible, Falquián mantuvo la Rosa de Zafiro pegada al cuerpo de Azash, sintiendo en la muñeca el hormigueo producido por los diminutos tentáculos del dios que se aferraba a ella como agarraría un guerrero mortalmente herido el brazo de un enemigo que lentamente hiciera girar la hoja de su espada en sus entrañas. La voz de Azash, dios mayor de Estiria, era un insustancial e insignificante chillido, como el que habría exhalado una diminuta criatura al expirar. Entonces se produjo una modificación en el pequeño ídolo. Fue perdiendo

consistencia y la tierra que lo formaba se deslizó, disgregada, hasta que no fue más que un informe montón.

Las grandes columnas de fuego desaparecieron y el aire que afluyó desde el exterior al templo en ruinas volvió a traer a él la gelidez del invierno.

Falquián no experimentó ninguna sensación de triunfo al erguir el cuerpo. Miró la Rosa Azul que relucía en su mano y captó su terror, y también oyó vagamente los quejidos de los dioses troll apresados en su corazón.

Flauta había descendido las gradas dando traspiés y sollozaba en brazos de Sephrenia.

— Ya ha pasado, Rosa Azul — dijo fatigadamente Falquián al Bhelliom —. Descansad ahora. — Deslizó la joya en la bolsa y retorció con aire ausente el alambre que la cerraba.

La princesa Arissa y su hijo emprendieron una frenética carrera, descendiendo los escalones de ónice hacia el reluciente piso inferior. Tanto era su terror que ninguno de los dos parecía percatarse siquiera de la presencia del otro. Lycheas era más joven que su madre y corría con mayor velocidad. La dejó atrás, saltando, cayendo y poniéndose alternativamente en pie.

Ulath lo aguardaba abajo con semblante pétreo... y con el hacha. Lycheas emitió un solo alarido y después su cabeza salió propulsada en una trayectoria curva y aterrizó sobre el suelo de ónice, produciendo el mismo repugnante ruido que provocaría un melón al aplastarse.

— ¡Lycheas! — gritó, horrorizada, Arissa cuando el cuerpo decapitado de su hijo cayó limpiamente a los pies de Ulath.

Se quedó paralizada, mirando al fornido thalesiano de rubias trenzas que había comenzado a ascender los escalones de ónice en dirección a ella, con la ensangrentada hacha levantada. Ulath no era persona que dejara las cosas a medio acabar.

Arissa rebuscó con mano temblorosa bajo el fajín que le rodeaba la cintura, sacó un pequeño frasco de vidrio y forcejeó para quitar el tapón.

Ulath no aminoró el paso.

Con el frasco ya abierto, Arissa alzó la cabeza e ingirió su contenido. Su cuerpo se puso rígido al instante, y ella exhaló un ronco grito. Después cayó, crispada, con el rostro ennegrecido y la lengua colgándole de la boca.

— ¡Ulath! — llamó Sephrenia al thalesiano, que aún seguía avanzando —. No es necesario. — ¿Veneno? — le preguntó éste.

La mujer asintió.

— Detesto el veneno — declaró, limpiando la sangre del filo del hacha con el pulgar y el índice. Hecho esto, lo tentó con mano de experto —. Voy a tardar una semana en pulir todas estas mellas — pronosticó con tristeza, volviéndose y comenzando a bajar, dejando a la princesa Arissa tumbada en el escalón de arriba.

Falquián recuperó la espada y descendió. Se encontraba sumamente cansado. Recogió cansinamente los guanteletes y atravesó el suelo plagado de cadáveres en dirección a Berit, que lo observaba con respetuosa admiración.

— Habéis lanzado con buen tino el arma — felicitó al joven, poniéndole la mano sobre el hombro —. Gracias, hermano.

La sonrisa de Berit fue radiante como la salida del sol.

— Oh, por cierto — agregó Falquián —, será mejor que vayáis a buscar el hacha de Bevier. Le tiene mucho cariño.

— Ahora mismo, Falquián.

Falquián miró el templo lleno de cadáveres y luego elevó la vista y, a través de la destrozada cúpula, contempló las estrellas que titilaban en el frío cielo invernal.

— Kurik — preguntó sin pensarlo —, ¿qué hora calculáis que es? — Entonces lo invadió una insoportable oleada de dolor. Fortaleció el ánimo —. ¿Estáis todos bien? — inquirió, mirando en derredor. Después exhaló un gruñido, inseguro de la firmeza de su voz, y respiró profundamente —. Salgamos de aquí — propuso con voz ronca.

Ascendieron los anchos peldaños hasta la parte de arriba y vieron que, durante la agitación del encuentro sostenido en el altar, todas las estatuas que rodeaban la pared habían quedado reducidas a añicos. Kalten se adelantó y examinó las escaleras de mármol.

— Parece que los soldados han huido.

— Sephrenia... — La voz apenas difería de un graznido.

— Todavía está viva — observó Ulath con tono levemente acusador.

— De vez en cuando ocurre esto — replicó Sephrenia —. A veces el veneno es más lento.

— Sephrenia, ayudadme. Ayudadme, por favor.

— No, princesa — rehusó Sephrenia, con tono más frío que la propia muerte —. No pienso hacerlo.

Después se giró de nuevo y ascendió la escalera junto a Falquián, seguida de los demás.

Capítulo treinta y uno

El viento había modificado su curso durante la noche, y ahora soplaba ininterrumpidamente por el oeste, trayendo nieve consigo. La violenta tormenta que había engullido la ciudad la noche anterior había arrancado el tejado de muchas casas y despanzurrado otras. Las calles estaban atestadas de escombros y cubiertas con una fina capa de aguanieve. Falquián y sus amigos cabalgaron despacio, liberados ya de apremio. El carro que Kalten había encontrado en un callejón traqueteaba tras ellos conducido por Talen, con Bevier en la carreta y el cadáver tapado de Kurik. Sephrenia les había asegurado, al ponerse en camino, que el cuerpo del escudero permanecería inmune a la corrupción que es el destino final de todos los hombres.

— Como mínimo le debo esa atención a Aslade — había murmurado, acomodando la mejilla en los relucientes cabellos negros de Flauta.

Falquián descubrió con cierta sorpresa que, a pesar de todo, seguía llamando mentalmente Flauta a la diosa niña. Aferrada a Sephrenia con la cara surcada de lágrimas y expresión de horror y desesperación en los ojos, ésta no presentaba, ciertamente, en esos momentos el aspecto de una diosa.

Los soldados zemoquianos y los pocos sacerdotes de Azash que seguían vivos habían huido de la desierta ciudad, y en las húmedas calles resonaba, melancólico, el eco de su paso. La capital del imperio de Otha estaba sufriendo un singular proceso de transformación. Mientras que la casi total destrucción del templo de Azash e incluso los desperfectos acaecidos en el palacio contiguo — apenas menos graves — eran comprensibles, lo que sucedía en el resto de la ciudad era del todo inexplicable. No hacía tanto tiempo que los habitantes habían abandonado la ciudad, pero sus casas se venían abajo; no todas de una vez como podía preverse, dada la explosiva naturaleza de lo ocurrido en el templo, sino de una en una o por grupos de dos o tres. Era como si el proceso de decadencia que afecta a cualquier ciudad abandonada se desarrollara en espacio de una hora en lugar de siglos. Las casas se pandeaban, crujían lúgubremente y después se hundían. Las murallas se desmoronaban, y hasta los adoquines del empedrado saltaban hacia arriba y luego se asentaban de nuevo en el suelo, rotos y diseminados.

Su desesperado plan había culminado con éxito, pero el precio superaba lo que cualquiera de ellos habría estado dispuesto a pagar. No había sensación de triunfo en su logro, ni asomo de la exaltación que suelen experimentar los guerreros tras una victoria. Ello no se debía, no obstante, a la penosa carga que transportaba la carreta, sino a algo de más profunda raigambre.

— Todavía no lo entiendo — confesó Bevier, pálido por la pérdida de sangre y con expresión intensamente turbada.

— Falquián es Anakha — le explicó Sephrenia —. Es una palabra estiria que significa «sin destino». Todos los hombres están supeditados a un destino..., todos los hombres salvo Falquián.

De algún modo él actúa fuera de los márgenes del destino. Sabíamos que vendría, pero ignorábamos cuándo... y también quién sería. Él es distinto de todo hombre que ha vivido en el mundo. El forja su propio destino, y su existencia aterroriza a los dioses.

Dejaron atrás la ciudad de Zemoch y el lento deterioro que se había apoderado de ella bajo el ladeado azote de la nieve, cuya caída desviaba el viento del oeste, y tomaron el camino que conducía a Korakach, situada a unas ochenta leguas al sur. Con todo, tardaron mucho rato en dejar de oír el estruendo de los edificios derribados. Hacia media tarde, se refugiaron para pasar la noche en un pueblo abandonado. Todos estaban muy fatigados, y la idea de cabalgar aunque sólo fuera un kilómetro más les repelía sobremanera. Ulath preparó la cena sin ni siquiera intentar recurrir a su acostumbrada excusa y se acostaron cuando aún no había comenzado a disminuir la luz del día.

Falquián se despertó de repente, sobresaltado al descubrir que estaba a lomos de su caballo. Cabalgaban junto al borde de un acantilado azotado por el viento bajo el cual golpeaba las rocas, chorreando espuma, un embravecido mar. El cielo era amenazador y el viento que venía del mar, glacial. Sephrenia iba a la cabeza, con Flauta acurrucada en sus brazos. Los demás avanzaban detrás de Falquián, arrebujados en las capas con pétreas expresiones de estoica resistencia en los rostros. Todos parecían estar allí: Kalten y Kurik, Tynian y Ulath, Berit y Talen y Bevier. Sus caballos caminaron pesadamente por el sinuoso y erosionado sendero que bordeaba el largo acantilado en dirección a un abrupto promontorio que proyectaba un curvado saliente de piedra sobre las aguas, en cuya punta crecía un nudoso y retorcido árbol inclinado por el embate del viento.

Al llegar junto al árbol, Sephrenia refrenó el caballo y Kurik se acercó a ella para bajar a Flauta. El escudero pasó con expresión inmutable junto a Falquián. Éste sentía que había un error en todo aquello — un terrible error — pero no podía precisar de qué se trataba.

— Atención — les dijo la niña —. Estamos aquí para poner punto final a esto, y no tenemos mucho tiempo.

— ¿A qué os referís exactamente con «poner punto final a esto»? — le preguntó Bevier.

— Mi familia ha convenido en que debemos situar el Bhelliom fuera del alcance de los hombres y los dioses. Nadie debe ser capaz de encontrarlo ni utilizarlo de nuevo. Los demás me han concedido una hora... y todo su poder... para llevar a cabo este cometido. Puede que advirtáis cosas que son imposibles, hasta es posible que las hayáis percibido ya. No os preocupéis por ello y no me importunéis con preguntas. Disponemos de poco tiempo. Éramos diez cuando emprendimos la empresa, y ahora también somos diez. Así ha de ser.

— ¿Vamos a arrojarlo al mar entonces? — inquirió Kalten.

La pequeña asintió.

— ¿No lo han intentado antes otros? — observó Ulath —. El conde de Heid tiró la corona del rey Sarak al lago Venne, según recuerdo, y el Bhelliom volvió a salir a la luz.

— El mar es mucho más hondo que el lago Venne — contestó —. Las aguas son aquí muchísimo más profundas que en cualquier otro lugar del mundo, y nadie sabe dónde se encuentran estos parajes.

— Nosotros sí — se mostró en desacuerdo Ulath.

— ¿Ah, sí? ¿Dónde estamos? ¿En qué trecho de costa de qué continente? — Señaló hacia los densos nubarrones que ocultaban el firmamento —. ¿Y dónde está el sol? ¿De qué lado cae el este y dónde el oeste? Lo único que sabéis de cierto es que os halláis a orillas del mar en algún lugar. Podéis contárselo a quien queráis, y entonces todo hombre venidero podrá ponerse a dragar el mar en cualquier momento, y jamás nadie encontrará el Bhelliom, porque nunca se sabrá exactamente dónde buscarlo.

— ¿Entonces queréis que lo lance al mar? — preguntó Falquián mientras desmontaba.

— Todavía no, Falquián — repuso la diosa —. Antes debemos hacer algo. ¿Podéis traer ese saco que os pedí que guardarais, Kurik?

Kurik asintió, se encaminó a su caballo y abrió una de las alforjas. Falquián sintió de nuevo que algo no funcionaba como debiera.

Kurik regresó con un pequeño saco de lona, del cual extrajo una caja de acero con una tapa sujeta con bisagras y un sólido pestillo. Lo tendió a la niña y ésta sacudió la cabeza, apartando las manos.

— No deseo tocarla — dijo —. Sólo quiero mirarla para comprobar que es adecuada. — Se inclinó y examinó atentamente el cofrecillo.

Cuando Kurik levantó la tapa, Falquián vio que el interior estaba revestido de oro —. Mis hermanos hicieron un buen trabajo — aprobó —. Es perfecta.

— El acero se oxidará con el tiempo — objetó Tynian.

— No, querido — le respondió Sephrenia —. Esta caja concreta no se oxidará nunca.

— ¿Y qué hay de los dioses troll, Sephrenia? — preguntó Bevier —. Nos han demostrado que son capaces de influir en fas mentes de los hombres. ¿No podrán llamar a alguien y dirigirlo al lugar donde esté oculta la caja? No creo que los complazca la perspectiva de pasar el resto de la eternidad en el fondo del mar.

— Los dioses troll no pueden establecer contacto con los hombres sin la ayuda del Bhelliom — explicó la estiria —, y el Bhelliom carece de poder mientras está encerrado en un recipiente de acero. Permaneció indefenso en aquel yacimiento de hierro de Thalesia desde el inicio de este mundo hasta el día en que Ghwerig lo extrajo de allí. Es posible que esto no sea infalible, pero creo que es lo mejor que podemos hacer.

— Depositad el cofre en el suelo, Kurik — indicó Flauta —, y abridlo. Falquián, sacad el Bhelliom de la bolsa y ordenadle que duerma.

— ¿Para siempre?

— Dudo que ello fuera factible. Este mundo no perdurará tanto, y, una vez que desaparezca, el Bhelliom se hallará en libertad de proseguir su viaje.

Falquián se desató la bolsa del cinto y desenroscó el alambre que la mantenía cerrada. Después la puso boca abajo y la Rosa de Zafiro cayó en su mano. Sintió cómo ésta se estremecía con una especie de alivio al ver interrumpida su reclusión.

— Rosa Azul — dijo con voz calmada —, soy Falquián de Elenia. ¿Me reconocéis?

La gema lanzó profundos destellos azulados que no demostraban hostilidad ni tampoco una simpatía especial. Los mudos gruñidos que le pareció percibir en las profundidades de la mente, no obstante, le hicieron saber que los dioses troll no compartían aquella actitud neutral.

— Ha llegado la hora de que durmáis, Rosa Azul — anunció Falquián a la joya —. No padeceréis dolor y, cuando despertéis, seréis libre.

La rosa volvió a estremecerse y disminuyó su cristalino relumbre, casi como si expresara gratitud.

— Dormid ahora, Rosa Azul — dijo suavemente, sosteniendo con ambas manos aquel objeto de valor incalculable.

Después lo puso en la caja y cerró con firmeza la tapa. Sin decir nada, Kurik le entregó un pequeño candado, hábilmente labrado. Falquián asintió y lo cerró sobre el pestillo, reparando al hacerlo en que el candado no tenía ojo de cerradura. Miró interrogativamente a la diosa niña.

— Arrojadlo al mar — señaló ésta con tono perentorio.

Falquián se sintió extremadamente reacio a hacerlo. Sabía que, confinado como estaba, el Bhelliom no estaba influyéndolo. La renuencia era suya. Durante un tiempo, durante el corto período de unos meses, había poseído algo incluso más eterno que las estrellas, cualidad de la que de algún modo había sido partícipe sólo con tocarlo. Era aquello lo que confería al Bhelliom su infinito valor. Su belleza, su perfección, no guardaban realmente relación con su pesar, aun cuando ansiara volver a verlo, percibir por última vez su suave brillo azul en las manos. Sabía que, una vez que se hubiera desprendido de él, algo muy importante habría desaparecido de su vida y él pasaría el resto de sus días con una vaga sensación de privación que podría menguar con el curso de los años, pero nunca remitir por completo.

Se armó de valor, reconociendo en todo su peso el dolor de la pérdida para así poder aprender a

soportarla, y luego lanzó el pequeño recipiente de acero tan lejos como pudo sobre el embravecido mar.

La caja trazó una rauda trayectoria sobre el violento oleaje, en el transcurso de la cual comenzó a brillar, sin destellos rojos ni azules ni de cualquier otra tonalidad, sino con una pura incandescencia blanca. Siguió alejándose, a una distancia muy superior a la que cualquier hombre habría sido capaz de arrojarla, y luego, como una estrella fugaz, cayó dibujando un airoso arco en la perpetuamente cambiadiza superficie de las aguas.

— ¿Ya está? — inquirió Kalten —. ¿Esto es cuanto habíamos de hacer?

Flauta asintió con los ojos anegados de lágrimas.

— Ya podéis regresar todos — les comunicó. Se sentó bajo el árbol y extrajo tristemente su caramillo de entre los pliegues de su túnica.

— ¿No vais a venir con nosotros? — le preguntó Talen.

— No — repuso, suspirando, la niña —. Me quedaré un rato aquí. — Entonces se llevó la flauta a la boca e interpretó un triste canto de pesar y quebranto.

Habían recorrido un corto trecho seguidos por la melancólica melodía cuando Falquián se volvió para mirar. El árbol seguía, por supuesto, allí, pero Flauta había desaparecido.

— Ha vuelto a dejarnos — dijo a Sephrenia.

— Sí, querido — suspiró la mujer.

El viento arreció mientras se alejaban del promontorio, llevando consigo una rociada de humedad salina que se les pegaba a los rostros. Falquián trató de escudarse la cara tras la capucha, pero fue en vano. Por más que lo intentaba, las finas gotas seguían azotándole las mejillas y la nariz.

Aún tenía la cara mojada cuando se despertó repentinamente y se incorporó. Se enjugó la salada capa y alargó la mano hacia la túnica.

El Bhelliom ya no estaba allí.

Sabía que debería hablar con Sephrenia, pero antes quería averiguar algo. Se levantó y salió de la casa donde se habían guarecido para pasar la noche y se encaminó al establo, situado dos puertas más abajo, donde habían dejado el carro en el que yacía Kurik. Falquián dobló suavemente la manta que lo tapaba y tocó la fría frente de su amigo.

Kurik tenía la cara mojada, y, cuando Falquián se llevó la punta del dedo a la lengua, notó el sabor salobre del mar. Permaneció sentado largo rato, considerando con vértigo la inmensidad de lo que la diosa niña había descartado tan a la ligera tildándolo de «imposible». El poder combinado de los dioses menores de Estiria era capaz, al parecer, de lograr cualquier cosa. Finalmente decidió no intentar siquiera formular una definición de lo que había sucedido. Sueño o realidad o algo intermedio entre ambos... ¿qué más daba? El Bhelliom se hallaba seguro ahora, y eso era cuanto importaba.

Se dirigieron al sur, pasando por Korakach y Gana Dorit, donde cambiaron el rumbo hacia el oeste en dirección a la frontera lamorquiana. Una vez en las tierras bajas, comenzaron a encontrar soldados zemoquianos que huían a oriente. No había ningún herido ni se percibían otras señales de que hubieran participado en batalla alguna.

Cabalgaban sin experimentar nada cercano a la euforia de la victoria. La nieve se convirtió en lluvia al dejar atrás las montañas y el lúgubre gotear del cielo pareció acompasarse a su estado de ánimo. Nadie contó relatos ni se vanaglorió de hazañas de camino al oeste. Todos estaban muy cansados y lo único que deseaban era regresar al hogar.

El rey Wargun se encontraba en Kadum con un gran ejército. Estaba firmemente instalado allí, sin avanzar, aguardando a que el tiempo escampara y se secara el terreno. Falquián y los demás fueron conducidos a sus cuarteles generales, los cuales se hallaban instalados, como era de esperar, en una taberna.

— Ésta sí que es una buena sorpresa — comentó el medio borracho monarca de Thalesia al patriarca Bergsten mientras entraban Falquián y sus amigos —. No pensaba volver a verlos nunca más. ¡Hola, Falquián! Acercaos al fuego. Bebed algo y contadnos qué habéis estado haciendo.

Falquián se quitó el yelmo y atravesó el suelo cubierto de juncos de la taberna.

— Fuimos a la ciudad de Zemoch, Su Majestad — informó concisamente —. Y, ya que estábamos allí, matamos a Otha y Azash. Después emprendimos el camino de regreso.

— Bien hecho — aprobó, pestañeando, Wargun. Luego se echó a reír y miró en derredor con ojos nublados —. ¡Eh, tú! — gritó a uno de los guardias apostados en la puerta —. Ve a buscar a lord Vanion y dile que han llegado sus hombres. ¿Encontrasteis algún lugar donde encerrar a vuestros prisioneros, Falquián?

— No hicimos prisioneros, Su Majestad.

— Bonita manera de guerrear. Sarathi va a enfadarse con vosotros. Quería someter a Annias a juicio.

— Lo habríamos traído, Wargun — señaló Ulath a su rey —, pero no estaba presentable.

— ¿Quién de vosotros lo mató?

— En realidad fue Azash, Su Majestad — explicó Tynian —. El dios de los zemoquianos estaba muy enojado con Otha y Annias y obró en consecuencia.

— ¿Y qué ha sido de Martel, la princesa Arissa y el bastardo Lycheas?

— Falquián dio muerte a Martel — refirió Kalten —. Ulath decapitó a Lycheas y Arissa ingirió veneno.

— ¿Murió?

— Eso suponemos. Estaba muy aplicada en ello cuando la dejamos. Entonces entró Vanion y se encaminó inmediatamente a Sephrenia. Su secreto — que no era tal, puesto que cualquiera que tuviera ojos sabía lo que sentían uno por el otro — se propagó a los cuatro vientos cuando se abrazaron con un apasionamiento impropio de ambos. Vanion besó la mejilla de la menuda mujer que amaba desde hacía varias décadas.

— Pensaba que os había perdido — dijo con voz quebrada por la emoción.

— Sabéis que nunca os abandonaré, querido — repuso la estiria.

Falquián esbozó una sonrisa. Aquel «querido» con que se dirigía a todos ellos había disimulado bastante eficazmente los verdaderos «queridos» que le había dedicado a Vanion. Aun así, había una significativa diferencia en la manera como lo decía, observó.

Relataron con bastante minuciosidad lo que había ocurrido desde que habían salido de Zemoch, omitiendo, sin embargo, un buen número de referencias teológicas.

Entonces Wargun dio comienzo, con voz cavernosa y pronunciación un tanto deficiente a causa de la bebida, al relato de lo acaecido en Kelosia durante aquel largo intervalo. Los ejércitos de Occidente habían seguido la estrategia que habían ideado en Chyrellos antes del inicio de la campaña, la cual había dado, al parecer, satisfactorios resultados.

— Y entonces — concluyó el achispado monarca —, justo cuando estábamos a punto de enzarzarnos en serio combate, los cobardes giraron todos sobre sus talones y se dieron a la fuga. ¿Por qué nadie me planta cara y lucha conmigo? — se lamentó con voz quejumbrosa —. Ahora voy a tener que perseguirlos por todas esas montañas de Zemoch para atraparlos.

— ¿Por qué molestarse? — le preguntó Sephrenia.

— ¿Que por qué molestarme? — exclamó Wargun —. Para impedir que vuelvan a atacarnos, por eso. — Bamboleándose sobre la silla, se sirvió con pulso inseguro una nueva jarra de cerveza.

— ¿Para qué desperdiciar las vidas de vuestros hombres? — le hizo ver la estiria —. Azash está muerto, y Otha también. Los zemoquianos no volverán a venir.

Wargun la miró con fijeza y luego descargó un puñetazo en la mesa.

— ¡Quiero exterminar a alguien! — tronó —. ¡No me dejasteis acabar con los rendoreños! ¡Me hicisteis ir a Chyrellos antes de que pudiera rematar la faena! ¡Pero yo seré un troll bizco si os dejara arrebatarme de nuevo esta oportunidad! — Entonces se le pusieron los ojos vidriosos y, deslizándose lentamente bajo la mesa, comenzó a roncar.

— Vuestro rey sorprende por su fijeza de propósito — comentó Tynian a Ulath.

— Wargun es un hombre simple. — Ulath se encogió de hombros —. En su cabeza no hay

espacio para dos ideas a la vez.

— Iré con vosotros a Chyrellos, Falquián — anunció Vanion a Falquián —. Tal vez pueda ayudaros a convencer a Dolmant para que le corte las alas a Wargun. — Aquélla no era, por supuesto, la verdadera razón por la que Vanion quería acompañarlos, pero Falquián prefirió no hacer preguntas.

Partieron de Kadum a primera hora del día siguiente. Los caballeros se habían quitado la armadura y viajaban en cota de mallas, túnicas y pesadas capas, lo cual no contribuyó de manera apreciable a aligerar su marcha, pero les proporcionó cierto grado de comodidad. La luvia continuaba cayendo un día tras otro, en forma de una monótona y brumosa llovizna que parecía despojar el paisaje de toda traza de color. En aquel lúgubre final del invierno, cabalgaban sufriendo el frío y, sobre todo, la humedad, de la que nunca acababan de desprenderse. Pasaron por Moterra y se dirigieron a Kadach, donde cruzaron el río y prosiguieron al trote rumbo sur hacia Chyrellos. Por fin, una lluviosa tarde llegaron a la cima de una colina desde la que se divisaba la sagrada ciudad asolada por la guerra.

— Creo que lo primero que hemos de hacer es visitar a Dolmant — resolvió Vanion —. El mensajero que vaya a detener a Wargun tardará un tiempo en viajar hasta Kadum y entretanto podría despejar y se secarían los campos zemoquianos. — Vanion se puso a toser convulsivamente.

— ¿Os encontráis bien? — se inquietó Falquián.

— Me parece que me he resfriado, eso es todo.

No entraron en Chyrellos como héroes. No hubo desfiles ni fanfarrias ni multitudes arrojando flores. De hecho, nadie dio muestras de reconocerlos siquiera, y lo único que les tiraron fue basura por las ventanas de las plantas superiores de las casas junto a las que pasaban. Desde que los ejércitos de Martel habían sido expulsados de la ciudad, apenas si se había hecho algo para reparar los desperfectos o reconstruir lo derruido, y los habitantes de Chyrellos proseguían con sus vidas entre la mugre y las ruinas.

Entraron en la basílica todavía enlodados y sucios del viaje y se encaminaron directamente a las oficinas administrativas del segundo piso.

— Traemos noticias urgentes al archiprelado — anunció Vanion a uno de los eclesiásticos de negra sotana, que permanecía sentado frente a ornados escritorios manoseando papeles y tratando de afectar importancia.

— Me temo que ello es del todo imposible — contestó el clérigo, con una desdeñosa mirada a las encenagadas vestiduras de Vanion —. Sarathi se encuentra en estos momentos reunido con una representación de primados cammorianos. Es una conferencia crucial que no debe ser interrumpida por ningún insignificante despacho militar. ¿Por qué no volvéis mañana?

Con las ventanas de la nariz dilatadas, Vanion se echó atrás la capa para que no le estorbara los movimientos del brazo con que se proponía empuñar la espada. Antes de que la situación se agravara, no obstante, Émban se acercó por el pasillo.

— ¿Vanion? — exclamó —, ¿y Falquián? ¿Cuándo habéis regresado?

— Acabamos de llegar, Su Ilustrísima — repuso Vanion —. Parece que existen ciertas objeciones respecto a nuestras credenciales.

— No en lo que a mí concierne. Será mejor que entréis.

— Pero, Su Ilustrísima — argüyó el eclesiástico —, Sarathi está reunido con los patriarcas cammorianos, y hay otras delegaciones que esperan y que son mucho más... — Calló al ver que Emban se volvía lentamente hacia él.

— ¿Quién es este hombre? — Emban pareció dirigir la pregunta al techo. Después miró al hombre sentado detrás de la mesa —. Id a hacer el equipaje — le indicó —. Vais a iros de Chyrellos mañana a primera hora. Llevaos ropa de abrigo. El monasterio de Husdal está en el norte de Thalesia y hace mucho frío allí en esta época del año.

Los primados cammorianos fueron despedidos en breve, y Emban introdujo a Falquián y a los demás en la estancia donde aguardaban Dolmant y Ortzel.

— ¿Por qué no nos avisasteis? — preguntó Dolmant.

— Pensamos que Wargun se encargaría de ello, Sarathi — adujo Vanion.

— ¿Confiasteis en Wargun para hacer llegar un mensaje de tal importancia? Bien, ¿qué ocurrió?

Con alguna que otra intervención de sus amigos, Falquián expuso los azares del viaje a Zemoch y lo que había sucedido allí.

— ¿Kurik? — dijo Dolmant con voz llena de aflicción en cierto momento de la narración.

Falquián asintió mudamente.

— Imagino que alguno de vosotros haría algo para vengarlo — dijo, cabizbajo y apenado, con tono casi salvaje.

— Su hijo se ocupó de ello — respondió Falquián.

Dolmant, que estaba al corriente del irregular parentesco de Talen, miró al muchacho con cierta sorpresa.

— ¿Cómo conseguiste matar a un guerrero acorazado con armadura, Talen? — le preguntó.

— Lo apuñalé por la espalda, Sarathi — repuso Talen con voz inexpresiva —, justo en los ríñones. Falquián tuvo que ayudarme para clavarle la espada, sin embargo, porque yo no podía traspasarle la armadura solo.

— ¿Y qué será de ti, hijo mío? — inquirió con tristeza Dolmant.

— Vamos a concederle unos años más, Sarathi — explicó Vanion —, y luego lo incorporaremos a la orden pandion como novicio... junto con los otros hijos de Kurik. Falquián se lo prometió a su padre.

— ¿Es que nadie va a consultarme a mñ — preguntó Talen con tono ofendido.

— No — le respondió Vanion —, no pensamos hacerlo.

— ¿Un caballero? — protestó Talen —. ¿Yo? ¿Acaso habéis perdido todos el juicio?

— No es tan malo, Talen. — Berit sonrió —. Una vez que te has acostumbrado.

A medida que Falquián proseguía con el relato, las implicaciones teológicas de lo ocurrido iban sumiendo a Ortzel en un estado de pura estupefacción.

— Y eso es más o menos lo que ocurrió — concluyó Falquián —. Voy a tardar bastante tiempo en digerir mentalmente todo esto..., tal vez el resto de mi vida..., e incluso entonces habrá un buen número de cosas que seguiré sin comprender.

Dolmant se arrellanó con aire pensativo en la silla.

— Creo que el Bhelliom, y los anillos, deberían ser custodiados por la Iglesia — dijo.

— Lo siento, Sarathi — se disculpó Falquián —, pero ello es imposible.

— ¿Cómo decís?

— Ya no tenemos el Bhelliom.

— ¿Qué hicisteis con él?

— Lo arrojamos al mar, Sarathi — respondió Bevier.

Dolmant lo miró, consternado.

— ¿Sin el permiso de la Iglesia? — casi gritó, poniéndose en pie y con expresión ofendida, Ortzel —. ¿Ni siquiera buscasteis consejo en Dios?

— Actuamos siguiendo instrucciones de otro dios, Su Ilustrísima — repuso Falquián —. De una diosa, a decir verdad — precisó.

— ¡Herejía! — tronó Ortzel.

— No lo creo así — disintió Falquián —. Aphrael fue quien me entregó el Bhelliom. Lo subió del abismo de la cueva de Ghwerig. Después de hacer lo que era preciso realizar con él, era justo devolvérselo. No lo quería para ella. Me indicó que lo lanzara al mar y así lo hice. En fin de cuentas, tenemos la obligación de ser corteses.

— ¡La cortesía no es de uso en situaciones como ésta! — estalló Ortzel —. ¡El Bhelliom es demasiado importante para ser tratado como una vulgar chuchería! ¡Regresad y recuperadlo de inmediato y entregadlo a la Iglesia!

— Me parece que tiene razón, Falquián — lo apoyó gravemente Dolmant —. Vais a tener que

recobrarlo.

— Como queráis, Sarathi — replicó Falquián, encogiéndose de hombros —. Comenzaremos en cuanto nos digáis en qué océano hemos de buscar.

— No iréis a decirme... — Dolmant los miró con desfallecimiento.

— No tenemos la más remota idea, Sarathi — le aseguró Ulath —. Aphrael nos llevó a un acantilado situado en una costa para nosotros desconocida, y arrojamos el Bhelliom al mar. Podría tratarse de cualquier costa de cualquier océano. ¿Existen océanos en la luna? Me temo que el Bhelliom ha desaparecido definitivamente.

Los prelados se quedaron mirándolo con patente consternación.

— De todas formas, no creo que vuestro Dios elenio quiera el Bhelliom para nada — dijo Sephrenia al archiprelado —. Me parece que vuestro Dios, al igual que los demás, se siente muy aliviado al saber que ha desaparecido. Yo diría que los asusta a todos. Sé, en todo caso, que asustaba a Aphrael. — Hizo una pausa —. ¿Habéis reparado en lo largo y triste que ha sido este invierno? — les preguntó —. ¿Y en lo desanimados que estamos todos?

— Han sido tiempos agitados, Sephrenia — le recordó Dolmant.

— En efecto, pero no he visto que os pusierais a saltar de alborozo al enteraros de que Azash y Otha han perecido. Ni siquiera eso es capaz de elevaros la moral. Los estirios creían que el invierno es un estado mental de los dioses. En Zemoch ocurrió algo que no había ocurrido antes.

Averiguamos de una vez por todas que los dioses también son perecederos. Dudo mucho que alguno de nosotros note el advenimiento de la primavera en el alma hasta que nuestros dioses hayan podido hacerse cargo de esa realidad. Ahora están distraídos y amedrentados, y escasamente interesados por nuestros problemas. Me temo que nos han dejado al cuidado de nosotros mismos durante un tiempo. Por algún motivo desconocido nuestra magia no parece surtir efecto. Ahora estamos completamente solos, Dolmant, y habremos de soportar este interminable invierno hasta que los dioses regresen.

— Me turbáis, pequeña madre — observó Dolmant, volviendo a arrellanarse en la silla. Se frotó cansinamente los ojos —. Os seré franco, no obstante. Yo mismo he experimentado en carne propia la desesperación de este invierno. En una ocasión me desperté a medianoche sollozando de forma incontrolable, y desde entonces no he sonreído ni he sentido alegría. Pensaba que sólo era yo, pero quizá no sea así. —Calló un momento —. Y ello nos enfrenta a nuestras obligaciones como representantes de la Iglesia. Debemos hallar a todo coste la mañera de distraer a los fieles de esta desesperación universal; algo que les dé un propósito, ya que no alegría. ¿Qué podría ser?

— La conversión de los zemoquianos, Sarathi — respondió Bevier con sencillez —. Hace eras que adoran a un dios maligno y ahora se han quedado sin él. ¿Qué mejor tarea para la Iglesia?

— Bevier — ironizó Emban con expresión afligida —, ¿os esforzáis por casualidad en alcanzar el estado de santidad? — Miró a Dolmant —. Es, sin embargo, una excelente idea, Sarathi. Mantendría a los creyentes ocupados. De eso no cabe duda.

— En ese caso será mejor que contengáis a Wargun, Su Ilustrísima — aconsejó Ulath —. Está apostado en Kadum y, en cuanto el terreno esté lo bastante seco como para que los caballeros se mantengan en pie, va a avanzar hacia Zemoch a matar cuanto encuentre a su paso.

— Yo me ocuparé de eso — prometió Emban —, aunque tenga que cabalgar en persona hasta Kadum y llamarlo al orden.

— Azash es..., era... un dios estirio — señaló Dolmant —, y los sacerdotes elenios nunca han obtenido buenos resultados al tratar de convertir a los estirios. Sephrenia, ¿podríais ayudarnos? Encontraría incluso la manera de investiros de autoridad y de un estado oficial.

— No, Dolmant — respondió con firmeza la mujer.

— ¿Por qué todo el mundo me responde con negativas hoy? — se lamentó el archiprelado —. ¿Cuál es el problema, pequeña madre?

— No voy a colaborar con vosotros para convertir a los estirios a una religión pagana, Dolmant.

— ¿Pagana? — casi se atragantó Dolmant.

— Es una palabra que se utiliza para designar a alguien que no profesa la verdadera fe, Su Ilustrísima.

— Pero la fe elenia es la fe verdadera.

— No para mí. Encuentro repugnante vuestra religión. Es cruel, rígida, implacable y farisaica. Carece de toda humanidad, y la rechazo. No pienso ayudaros en vuestro afán ecuménico, Dolmant. Si os ayudara a convertir a los zemoquianos, vuestra próxima meta sería Estiria Occidental, y allí sería donde vos y yo nos enfrentaríamos en declarado combate. — Entonces sonrió tiernamente, sorprendiéndolos —. En cuanto se encuentre un poco mejor, creo que sostendré una pequeña charla con Aphrael. Es posible que a ella también le interesen los zemoquianos. — La sonrisa que entonces dedicó a Dolmant era casi radiante —. Ello nos situaría en lados opuestos de la barrera, ¿no es cierto, Sarathi? — sugirió —. Mis mejores deseos están con vos, querido amigo, pero, como dicen, que gane el mejor.

El tiempo apenas sufrió alteración mientras cabalgaban hacia el oeste, pues, aunque la lluvia había cesado casi por completo, el cielo permanecía nublado y el viento aún tenía la gelidez del invierno. Su punto de destino era Demos. Llevaban a Kurik a casa. Falquián no ardía precisamente en deseos de anunciar a Aslade que finalmente había conseguido que su marido hallara la muerte. La melancolía que se había abatido sobre la tierra desde el fallecimiento de Azash se había agudizado por el carácter funerario de su viaje. Los armeros de la casa pandion de Chyrellos habían reparado las mellas de las armaduras de Falquián y sus amigos y habían incluso limpiado casi toda su herrumbre, y ahora cabalgaban, además, con un lujoso carruaje negro que transportaba el cadáver de Kurik.

Acamparon en un bosquecillo cercano al camino, a unas cinco leguas de Demos, y Falquián y los otros caballeros prepararon su armadura. Habían decidido por común acuerdo llevar su atuendo de ceremonia al día siguiente. Cuando consideró que tenía correctamente dispuesta la indumentaria, Falquián cruzó el campamento en dirección al negro vehículo que se encontraba a cierta distancia del fuego. Talen se levantó y se reunió con él.

— Falquián — le dijo mientras caminaban.

— ¿Sí?

— ¿No os habréis tomado en serio esa idea?

— ¿De qué idea hablas?

— De ponerme en el noviciado de los pandion.

— Sí. Le prometí algunas cosas a tu padre.

— Me escaparé.

— Entonces te atraparé... o enviaré a Berit para que te dé alcance él.

— Eso no es justo.

— No esperarías realmente que la vida lanzara los dados con honradez, ¿verdad?

— Falquián, no quiero ir a la escuela de caballeros.

— No siempre se logra lo que se quiere, Talen. Esto es algo que tu padre quería y no pienso faltar a mi palabra.

— ¿Y qué hay de mí? ¿Qué importancia tiene lo que yo deseo?

— Eres joven. Te adaptarás. Al cabo de un tiempo, puede que incluso descubras que te gusta.

— ¿Adonde vamos ahora? — preguntó Talen con cara larga.

— Voy a visitar a tu padre.

— Oh. Entonces volveré al fuego. Prefiero recordarlo como era.

El carruaje crujió cuando Falquián subió y se sentó junto al silencioso cuerpo de su escudero. Permaneció callado un buen rato. El dolor se había mitigado en su interior, sustituido por un profundo pesar.

— Hemos recorrido un largo camino juntos, ¿no es cierto, viejo amigo? — dijo al cabo —. Ahora te vas a casa a descansar y yo tengo que continuar solo. — Sonrió tenuemente en la oscuridad —. Fue una desconsideración por tu parte, Kurik. Esperaba envejecer contigo.

Continuó sentado sin decir nada durante unos momentos.

— He realizado gestiones para asegurar el futuro de tus hijos — añadió —. Estarás muy orgulloso de ellos..., incluso de Talen, aun cuando seguramente tardará un poco en asumir la necesidad de ser una persona respetable.

— Le daré la noticia a Aslade de la manera menos perturbadora posible — prometió. Después apoyó la mano en las de Kurik —. Adiós, amigo mío — dijo.

La parte que más temía, anunciar la desgracia a Aslade, resultó innecesaria, ya que ella ya estaba al corriente. Llevaba un vestido de campesina negro cuando salió a recibirlos en la verja de la granja donde ella y su marido habían trabajado tantos años. Sus cuatro hijos, altos como jóvenes árboles, permanecían de pie a su lado, también vestidos con sus mejores ropas. La sombría expresión de sus rostros indicó a Falquián la inutilidad de pronunciar el discurso que tan cuidadosamente había preparado.

— Ocupaos de vuestro padre — dijo Aslade a sus hijos.

Estos asintieron y se encaminaron al negro carruaje.

— ¿Cómo os habéis enterado? — le preguntó Falquián después de que ella lo hubo abrazado.

— Esa niña nos lo dijo — respondió simplemente —. La que trajisteis con vos cuando partíais hacia Chyrellos. Se presentó en la puerta una tarde y nos lo anunció. Después se marchó.

— ¿Creísteis lo que os dijo?

— Sabía que debía creerla. No es como los demás niños.

— No, no lo es. Lo siento muchísimo, Aslade. Cuando Kurik comenzó a hacerse viejo, debí obligarlo a quedarse en casa.

— No, Falquián. Eso le habría partido el corazón. Sin embargo, tendréis que ayudarme en algunas cuestiones ahora.

— En lo que sea, Aslade.

— Necesito hablar con Talen.

Falquián no estaba seguro de en qué acabaría todo aquello cuando llamó con una señal al joven ladrón.

— Talen — dijo Aslade.

— ¿Sí?

— Estamos muy orgullosos de ti, ¿sabes?

— ¿De mí?

— Vengaste la muerte de tu padre. Tus hermanos y yo compartimos la misma pena.

El muchacho se quedó mirándola fijamente.

— ¿Estáis diciendo que ya lo sabíais? ¿Lo de Kurik y yo, quiero decir?

— Desde luego que sí. Hace mucho que lo sé. Esto es lo que vas a hacer... y, si no lo haces, Falquián te dará unos azotes. Vas a ir a Cimmura y vas a traer a tu madre aquí.

— ¿Cómo?

— Ya me has oído. Me he reunido con tu madre unas cuantas veces. Fui a Cimmura a visitarla poco antes de que nacieras. Quería hablar con ella para decidir entre fas dos cuál sería la mejor para tu padre. Es una buena chica... Un poco delgaducha, quizá, pero yo la engordaré en cuanto la tenga aquí. Nos llevamos bastante bien, y vamos a vivir todos juntos aquí hasta que tú y tus hermanos entréis en el noviciado. Después, las dos nos haremos compañía.

— ¿Queréis que yo viva en una granja? — preguntó el chiquillo sin poder creerlo.

— Tu padre lo hubiera querido, y no dudo que tu madre también lo desee así, y lo mismo opino yo. Eres un chico demasiado bueno para decepcionarnos a los tres.

— Pero...

— No me discutas, por favor, Talen. Está decidido. Ahora entremos. He preparado la cena y no quiero que se enfríe.

Al día siguiente, al mediodía, enterraron a Kurik bajo un gran olmo en una colina desde la que se dominaba su granja. En el cielo, que había estado encapotado toda la mañana, se abrió un claro que

dejó pasar los rayos de sol cuando los hijos de Kurik subían el cadáver de su padre por la ladera. Falquián no tenía tan buen ojo como su escudero para predecir el tiempo, pero la súbita aparición de un retazo de cielo azul y de brillante luz del sol suspendida justo encima de la granja sin afectar a ninguna otra parte de Demos le pareció más que sospechosa.

El funeral fue sencillo y emotivo. El párroco, un anciano casi chocho, había conocido a Kurik desde la infancia, y sus palabras no fueron tanto expresión de pesar como de amor. Concluida la ceremonia, el hijo mayor de Kurik, Khalad, se acercó a Falquián y descendió con él el cerro.

— Me honra que me hayáis juzgado digno de devenir un pandion, sir Falquián — agradeció —, pero me temo que habré de declinar el ofrecimiento.

Falquián dirigió una acerada mirada al fornido joven de anodino rostro cuya negra barba apenas comenzaba a despuntar.

— No se trata de nada personal, sir Falquián — le aseguró Khalad —. Es simplemente que mi padre tenía otros planes para mí. Dentro de unas semanas, cuando ya hayáis tenido tiempo de instalaros, me reuniré con vos en Cimmura.

— ¿Ah, sí? — Falquián quedó sorprendido por el tono decidido del muchacho.

— Desde luego, sir Falquián. Tomaré a mi cargo las responsabilidades de mi padre. Es una tradición familiar. Mi abuelo sirvió al vuestro... y a vuestro padre, y mi padre trabajó para vuestro padre y para vos, de modo que yo lo sustituiré en su servicio.

— Ello no es realmente necesario, Khalad. ¿No quieres ser un caballero pandion?

— Lo que yo desee carece de importancia, sir Falquián. Tengo otras obligaciones.

Dejaron la granja a la mañana siguiente, y Kalten situó su caballo junto al de Falquián.

— Un agradable funeral — observó —, si a uno le complace asistir a los entierros. Personalmente, prefiero conservar a los amigos.

— ¿Querríais ayudarme a resolver un problema? — le preguntó Falquián.

— Pensaba que ya habíamos matado a cuantos se habían de liquidar.

— ¿Puedes dejar de bromear un momento?

— Eso es pedir mucho, Falquián, pero lo intentaré. ¿Cuál es ese problema?

— Khalad insiste en ser mi escudero.

— ¿Y qué? Es el tipo de cosas que hacen los chicos campesinos: proseguir las actividades de su padre.

— Quiero convertirlo en un caballero pandion.

— Sigo sin ver el problema. Hazlo armar caballero.

— No puede ser escudero y caballero a la vez, Kalten.

— ¿Por qué no? Fijaos en vos, por ejemplo. Sois un caballero pandion, miembro del consejo real, paladín de la reina y príncipe consorte. Khalad tiene una robusta complexión y soportará bien el peso de ambos cargos.

Cuanto más pensaba en aquella posibilidad, más le gustaba.

— Kalten — dijo riendo —, ¿qué haría yo sin ti?

— Embrollarte, sin duda. Complicas demasiado las cosas, Falquián. Deberías tratar de simplificarlas.

— Gracias.

— De nada.

Llovía. Una menuda y plateada llovizna rezumaba del cielo de la tarde y envolvía las achaparradas atalayas de la ciudad de Cimmura. Un jinete solitario se aproximaba a la ciudad, embozado en una oscura y pesada capa de viaje, a lomos de un caballo ruano de enmarañado pelambre, largo hocico y aspecto de resabiado.

— Parece que siempre regresamos a Cimmura con lluvia, Faran — comentó el jinete a su montura.

Faran agitó las orejas.

Falquián se había separado de sus amigos aquella mañana y había emprendido camino a solas.

Como todos sabían cuál era el motivo, nadie había formulado la más mínima objeción.

— Podemos hacer llegar la noticia a palacio, si lo deseáis, príncipe Falquián — ofreció uno de los guardias de la Puerta Este.

Por lo visto, Ehlana se había empeñado en poner en uso su nuevo título, y ello incomodó a Falquián, que sabía que tardaría bastante en acostumbrarse a él.

— Gracias de todas formas, compadre — respondió Falquián al guardia —, pero me gustaría darle una sorpresa a mi esposa. Todavía es lo bastante joven como para disfrutar con los imprevistos.

El vigilante le sonrió.

— Volved a entrar en la caseta, compadre — le aconsejó Falquián —. Cogeréis frío aquí en la intemperie.

Entró cabalgando en Cimmura. Las herraduras de acero de Faran resonaron en los adoquines de las calles, que el mal tiempo mantenía casi solitarias.

Falquián desmontó en el patio de palacio y entregó las riendas de Faran a un mozo de cuadra.

— Tened un poco de cuidado con el caballo, compadre — le advirtió el caballero —. Tiene mal genio. Dadle heno y grano y cepilladlo, si sois tan amable. Ha hecho un duro viaje.

— Me ocuparé de ello, príncipe Falquián. — Otra vez. Falquián decidió sostener una pequeña conversación al respecto con su esposa.

— Faran — recomendó a su caballo —, pórtate bien.

El gran ruano le dedicó una mirada hostil.

— Ha sido un buen viaje —dijo Falquián, apoyando una mano en el musculoso cuello de Faran —. Descansa un poco. — Después se volvió y subió las escalinatas de palacio —. ¿Dónde está la reina? — preguntó a uno de los soldados apostados a la puerta.

— En la sala del consejo, me parece, mi señor.

— Gracias. — Falquián comenzó a andar por un largo pasillo iluminado por velas.

La gigante tamul Mirtai salía de la sala del consejo cuando él llegó a la puerta.

— ¿Por qué habéis tardado tanto? — le preguntó, sin mostrar señales de sorpresa.

— Surgieron algunos inconvenientes. — Se encogió de hombros —. ¿Está aquí adentro?

— Sí, con Lenda y los ladrones. Están hablando de arreglar las calles. — Hizo una pausa —. No la saludéis con demasiado entusiasmo, Falquián — le avisó —. Está embarazada.

Falquián se quedó mirándola con estupefacción.

— ¿No era más o menos eso lo que os proponíais la noche de la boda? — Calló de nuevo un instante —. ¿Qué fue de aquel hombre de piernas combadas que se afeita la cabeza?

— ¿Kring? ¿El domi?

— ¿Qué significa «domi»?

— Jefe. Es el dirigente de su pueblo. Sigue vivo y en perfecto estado de salud por lo que yo sé. La última vez que lo vi, estaba elaborando un plan para atraer a los zemoquianos a una trampa y así poder liquidarlos.

Los ojos de la mujer despidieron de improviso un cálido brillo.

— ¿Por qué lo preguntáis? — se interesó el caballero.

— Por nada. Simple curiosidad.

— Oh, comprendo.

Entraron en la cámara del consejo y Falquián se desató el cuello de la chorreante capa. La reina de Elenia estaba de espaldas a la puerta, inclinada, al igual que el conde de Lenda, Platimo y Stragen, sobre un gran mapa desplegado en la mesa.

— He recorrido ese barrio de la ciudad — decía con tono insistente —, y no creo que tenga remedio. Las calles se encuentran en tan mal estado que no servirá de nada repararlas. Vamos a tener que cambiar todo el pavimento.

A pesar de estar discutiendo asuntos tan pedestres, su sonora y vibrante voz conmovió a Falquián. Sonrió y dejó la mojada capa en una silla próxima a la puerta.

— Hay que tener en cuenta que no podremos comenzar hasta la primavera, Su Majestad — señaló Lenda —, e incluso entonces tendremos una gran escasez de trabajadores hasta que el ejército regrese de Lamorkand y... — El anciano calló de improviso, observando, atónito, a Falquián.

El príncipe consorte se llevó un dedo a los labios al acercarse a la mesa.

— Siento mostrarme en desacuerdo con Su Majestad — dijo Falquián con tono impasible —, pero creo que deberíais dedicar más atención al estado de los caminos que al de las calles de Cimmura. Las malas condiciones del empedrado de éstas son una molestia para los ciudadanos, pero, si los granjeros no pueden traer sus cosechas al mercado, nos hallaremos ante un verdadero problema más que un inconveniente.

— Ya lo sé, Falquián — repuso la reina, todavía mirando el mapa —, pero... — Alzó el perfecto y joven rostro, con estupefacción pintada en los grises ojos —. ¿Falquián? — Su voz apenas era más que un susurro.

— De veras pienso que Su Majestad debería concentrarse en los caminos — prosiguió éste con toda seriedad —. El que viene de Demos a aquí se halla en un estado realmente... — Eso fue cuanto pudo opinar sobre aquel tema en concreto.

— Con cuidado — le advirtió Mirtai cuando Ehlana se arrojó a sus brazos —. Recordad lo que os he dicho afuera.

— ¿Cuándo habéis vuelto? — preguntó Ehlana.

— Ahora mismo. Los demás vienen más rezagados. Yo me he adelantado... por varios motivos.

La reina sonrió y volvió a besarlo.

— Bien, caballeros — sugirió Lenda a Platimo y Stragen —, me parece que quizá debamos proseguir más tarde con las deliberaciones. — Sonrió —. No creo que podamos conseguir que Su Majestad nos preste gran atención esta tarde.

— ¿Os importaría mucho? — preguntó Ehlana con voz de chiquilla.

— Por supuesto que no, hermanita — aseguró Platimo. Sonrió a Falquián —. Me alegra teneros de nuevo aquí, amigo mío. Tal vez podáis distraer a Ehlana para que no fisgonee en los detalles de ciertos proyectos de obras públicas en los que estoy interesado.

— Hemos ganado, presumo — infirió Stragen.

— Más o menos — respondió Falquián, acordándose de Kurik —. Al menos, Otha y Azash no volverán a molestarnos.

— Eso es lo importante — aseveró el rubio rufián —. Ya nos contaréis más tarde cómo fue. — Observó el radiante rostro de Ehlana —. Mucho más tarde, imagino — añadió.

— Stragen — dijo Ehlana con firmeza.

— ¿Sí, Su Majestad?

— Afuera. — Señaló imperiosamente la puerta.

— Sí, señora.

Falquián y su esposa se trasladaron al poco rato a los aposentos reales, acompañados tan sólo por Mirtai. Falquián no estaba muy seguro de cuánto tiempo pensaba quedarse con ellos la gigante tamul. No quería ofenderla, pero...

Mirtai, no obstante, era toda una profesional. Impartió un buen número de tajantes instrucciones a las doncellas de la reina, relacionadas con baños calientes, cenas, intimidad y cuestiones similares, y luego, cuando todo estuvo a la altura de sus exigencias en los apartamentos reales, se dirigió a la puerta, sacando una gran llave de debajo del cinto.

— ¿Eso es todo por hoy, Ehlana? — preguntó.

— Sí, Mirtai — respondió la reina —, y muchas gracias por todo.

— Cumplo con mi obligación. No olvidéis lo que os he dicho, Falquián. — Dio unos sonoros golpecitos a la puerta con la llave —. Os abriré mañana por la mañana — dijo.

Después salió y, cerrando la puerta tras ella, hizo girar estrepitosamente la llave en el cerrojo.

— Es una auténtica tirana. — Ehlana rió con cierta desesperanza —. No me hace el menor caso

cuando le doy alguna orden.

— Os viene bien tener cerca una persona así, amor mío. — Falquián sonrió —. Os ayuda a mantener la objetividad.

— Id a bañaros, Falquián — ordenó Ehlana —. Oléis a herrumbre. Después me contaréis todo lo ocurrido. Oh, por cierto, querría que me devolvierais ahora el anillo, si no os importa.

— ¿Cuál es? — preguntó, alargando las manos —. Soy incapaz de distinguirlos.

— Es éste, por supuesto. — Señaló la sortija de la mano izquierda.

— ¿Cómo lo sabéis? — inquirió, quitándoselo y deslizándolo en uno de sus dedos.

— Todo el mundo puede verlo, Falquián.

— Si vos lo decís. — Se encogió de hombros.

Falquián no estaba acostumbrado a bañarse en presencia de jóvenes damas, pero Ehlana no parecía dispuesta a perderlo de vista, de modo que inició el relato de sus aventuras todavía en el baño y continuó con él mientras cenaban. Aunque había algunos pasajes que Ehlana no comprendía y otros que interpretaba mal, se hallaba en condiciones de aceptar la mayor parte de lo sucedido. Lloró al conocer la noticia de la muerte de Kurik y escuchó con expresión feroz la descripción de la suerte que habían corrido Annias, su tía y su primo. Hubo muchos incidentes que resumió y otros que no mencionó para nada. Encontró muy útil en varias ocasiones el uso de evasivas del tipo «Deberiáis haber estado allí». Puso especial cuidado en omitir cualquier mención de la depresión casi universal que se había abatido sobre el mundo desde la destrucción de Azash, porque no le parecía un tema adecuado para exponerlo a una joven en los meses iniciales de su primer embarazo.

Y luego, cuando yacían juntos en la acogedora oscuridad, Ehlana le refirió los sucesos acaecidos en Occidente durante su ausencia.

Quizá se debiera a que se encontraban en la cama, donde suelen producirse tales cosas, pero por algún motivo surgió el tema de los sueños.

— Fue tan extraño, Falquián — dijo Ehlana, acurrucándose en el lecho a su lado —. La totalidad del cielo estaba cubierta por un arco iris, y estábamos en una isla, el lugar más hermoso que he visto nunca. Había árboles, muy antiguos, y una especie de templo de mármol con graciosas columnas blancas, y yo estaba allí esperándoos a vos y a vuestros amigos. Y entonces llegasteis, cada uno conducido por un bello animal blanco. Sephrenia aguardaba conmigo, y parecía muy joven, casi una muchacha, y había una niña que tocaba una flauta de pastor y bailaba. Era como una pequeña emperatriz a la que todos obedecían. —Emitió una risita—. Incluso os llamó oso refunfuñón. Después se puso a hablar sobre el Bhelliom. Era muy denso y sólo entendí parte de lo que dijo.

Ninguno de ellos lo había comprendido todo, recordó Falquián, y el sueño había afectado a más personas de las que él había imaginado. ¿Pero por qué había incluido Aphrael a Ehlana?

— Así acababa más o menos ese sueño — continuó la joven —, y ya conocéis el contenido del otro.

— ¿Sí?

— Me lo acabáis de describir — aseveró —, hasta el último detalle. Soñé todo lo que había sucedido en el templo de Azash de Zemoch. Tenía la sangre helada en las venas mientras me lo contabais.

— Yo no me preocuparía mucho por ello — le dijo Falquián, afectando desenvoltura —. Estamos muy unidos, y no es tan raro que percibierais lo que estaba pensando.

— ¿Lo decís en serio?

— Desde luego. Ocurre muy a menudo. Preguntad a alguna mujer casada, y os dirá que siempre sabe lo que barrunta su marido.

— Bueno — dijo dubitativamente —, puede que sí. — Se arrimó más a él —. No estáis siendo muy atento conmigo esta noche, amor mío — le reprochó —. ¿Es porque estoy poniéndome gorda y fea?

— Por supuesto que no. Os halláis en lo que se llama una «condición delicada». Mirtai no ha parado de recomendarme que tuviera cuidado. Me clavaría un cuchillo en el hígado si creyera que

os he hecho daño.

— Mirtai no está aquí, Falquián.

— Pero, de todas formas, es la única persona que tiene una llave de esa puerta.

— Oh, no, no es la única, Falquián — le aseguró con aire satisfecho su reina, poniendo la mano bajo la almohada —. La puerta se cierra por los dos lados, y no se abre a menos que se haga girar la llave por dentro y por fuera. — Le entregó una voluminosa llave.

— Una puerta muy servicial. — Sonrió —. ¿Por qué no voy a la otra habitación y la cierro por dentro?

— ¿Por qué no? Y no os perdáis de camino de regreso a la cama. Mirtai os ha recomendado prudencia, de manera que deberíais dedicar un buen tiempo a practicar.

Más tarde — un buen rato más tarde, de hecho — Falquián salió de la cama y se encaminó a la ventana para contemplar la lluviosa noche. Todo había terminado. Ya no se levantaría más antes de la salida del sol para observar a la mujer de Jiroch de rostro velado que se dirigía al pozo con la plomiza luz gris del alba, ni cabalgaría por caminos desconocidos de lejanas tierras con la Rosa de Zafiro reposando cerca del corazón. Había regresado por fin, más viejo sin duda y más triste e infinitamente menos seguro sobre muchos aspectos que antes había aceptado siempre sin cuestionarlos. Había vuelto por fin, sin más guerras a que acudir, confiaba, ni más viajes que realizar. Lo llamaban Anakha, el hombre que forja su propio destino, y decidió solemnemente que todo su destino se hallaba allí en aquella fea ciudad con la pálida y hermosa mujer que dormía a tan corta distancia de él.

Era agradable haber dejado definitivamente zanjada aquella cuestión, y fue con esa sensación de haber obtenido algún logro que regresó al lecho, junto a su mujer.

Epílogo

La primavera llegó a regañadientes aquel año, y una helada tardía despojó a los árboles frutales de su flor, borrando toda posibilidad de obtener frutos de ellos. El verano fue húmedo y nuboso, y la cosecha escasa.

Los ejércitos de Eosia Occidental volvieron a casa desde Lamorkand para sumirse en la ingrata tarea de cuidar los tercos campos en donde solamente los cardos crecían en abundancia. En Lamorkand estalló una guerra civil, lo cual no tenía nada de extraordinario; hubo una rebelión de siervos en Kelosia, y la cantidad de mendigos que pedían limosna cerca de las iglesias y las puertas de las ciudades aumentó de forma alarmante en todo Occidente.

Sephrenia recibió con asombro la noticia del embarazo de Ehlana. La innegable realidad de su preñez la desconcertó, y el desconcierto la hizo actuar con mal genio, casi con mordacidad. Transcurrido el tiempo debido Ehlana dio a luz su primer hijo, una niña a quien ella y Falquián pusieron por nombre Danae. Sephrenia examinó con detenimiento a la infanta y Falquián tuvo la impresión de que su tutora se había casi ofendido por el hecho de que la princesa Danae fuera completamente normal y estuviera asquerosamente sana.

Mirtai modificó con habilidad la agenda de la reina para añadir la lactancia a las otras obligaciones reales de Ehlana. Tal vez deberíamos mencionar de paso que las damas de honor de Ehlana odiaban unánimemente a Mirtai y tenían celos de ella, a pesar de que la gigante jamás había agredido físicamente ni había hablado con dureza a ninguna de ellas.

La Iglesia renunció a sus grandes designios en el este, concentrando en su lugar la atención en el sur para aprovechar la oportunidad que se presentaba allí. El enrolamiento en el ejército de Martel de los más fervientes eshandistas y su consiguiente derrota en Chyrellos habían diezmado las filas de aquella secta, con lo que Rendor había quedado en disposición de ser reasimilada en la congregación de los creyentes. Aun cuando Dolmant mandó a sus sacerdotes a aquel país con un espíritu de amor y de reconciliación, dicha actitud no duró en la mayoría de los misioneros más tiempo que el que tardaron en perder de vista la basílica. Las misiones que llegaron a Rendor fueron vengativas y punitivas, y los rendoreños reaccionaron de manera previsible. Después de que un buen número de los más estridentes y agresivos misioneros fueran asesinados, se enviaron al reino sureño destacamentos cada vez mayores de caballeros de la Iglesia para proteger al importuno clero y a sus reducidas congregaciones de conversos. Los sentimientos eshandistas cobraron nueva fuerza y pronto volvieron a circular rumores de arsenales de armas escondidos en el desierto.

El hombre civilizado cree que sus ciudades son la corona de su cultura y parece incapaz de comprender el hecho de que los cimientos de cualquier reino se encuentran en la tierra que lo sustenta. Cuando la agricultura de una nación se tambalea, su economía comienza a degradarse, y los gobiernos, faltos de ingresos, inevitablemente recurren a la forma más regresiva de recaudación

de impuestos, agravando la de por sí pesada carga que ya sufrían. Faíquián y el conde de Lenda mantuvieron largas y cada vez más agrias discusiones al respecto y con frecuencia dejaron de dirigirse la palabra.

La salud de lord Vanion fue deteriorándose constantemente con el transcurso de los meses. Sephrenia lo cuidó en sus múltiples enfermedades con todos los medios a su alcance, pero al fin una ventosa mañana de otoño, unos meses después del nacimiento de la princesa Danae, los dos desaparecieron, y, cuando un estirio de blanco sayo se presentó en la casa madre pandion de Demos anunciando que venía a sustituir a Sephrenia, se confirmaron las peores sospechas de Faíquián. Pese a sus protestas y a su alusión a compromisos anteriores, no tuvo más remedio que asumir las obligaciones de su amigo como preceptor provisional, un nombramiento que Dolmant deseaba convertir en permanente, aun cuando Faíquián se resistiera tenazmente a ello.

Ulath, Tynian y Bevier acudían de tanto en tanto a palacio a visitarlos, y sus informes sobre lo que ocurría en sus países de origen no eran más alentadores que las noticias que Faíquián recibía de las diferentes regiones de Elenia. Platimo expuso gravemente que los informantes de que disponía en los más remotos reinos habían llegado a la conclusión de que la situación próxima a la hambruna, las epidemias y la agitación civil era casi universal.

— Malos tiempos, Falquián — decía el obeso ladrón con un filosófico encogimiento de hombros —. Por más que nos esforcemos por mantenerlos a raya, los malos tiempos regresan de vez en cuando.

Falquián puso a los cuatro hijos mayores de Kurik en el noviciado de los pandion, haciendo caso omiso de las objeciones de Khalad. Dado que Talen era todavía un poco joven para recibir entrenamiento militar, le ordenaron servir como paje en el palacio donde Faíquián pudiera mantenerlo vigilado. Stragen, tan imprevisible como siempre, iba a menudo a Cimmura. Mirtai cuidaba de Ehlana, la regañaba cuando era necesario, y rehusaba ahogada en risas las repetidas propuestas de matrimonio de Kring, el cual parecía hallar toda clase de excusas para recorrer a caballo todo el continente desde Kelosia a Cimmura.

Los años se sucedían y la situación no mejoraba. A aquel primer año de lluvia excesiva siguieron tres de sequía. Los alimentos eran siempre escasos y los gobiernos de Eosia disponían de exiguos recursos. En el pálido y hermoso rostro de Ehlana iba dejando su huella el agobio de las inquietud, a pesar de que Falquián hacía cuanto estaba en sus manos por cargar sobre sí todo el peso que podía aligerar al de ella.

Fue en una clara y glacial tarde de finales de invierno cuando al príncipe consorte le ocurrió algo de gran trascendencia. Había pasado la mañana discutiendo violentamente con el conde de Lenda acerca de un nuevo impuesto que éste proponía, y Lenda lo había acusado a gritos de desmantelar sistemáticamente el gobierno con su excesiva preocupación por el bienestar del consentido y holgazán campesinado. Falquián había salido ganando al final, aun cuando ello no le reportara ningún placer en especial, puesto que cada victoria ahondaba el abismo que estaba abriéndose entre él y su viejo amigo.

Estaba sentado cerca del fuego en los aposentos reales, afectado por una especie de melancólico descontento, observando distraídamente las actividades de su hija de cuatro años, la princesa Danae. Su esposa había salido a hacer unas compras en la ciudad en compañía de Mirtai y Talen, de modo que Faíquián y la pequeña princesa estaban solos.

Danae era una niña seria y grave de reluciente pelo negro, grandes ojos oscuros como la noche y una boquita parecida a un capullo de rosa. A pesar de la seriedad de su porte, era cariñosa y solía colmar a sus padres de besos espontáneos. En aquel momento, se encontraba cerca de la chimenea realizando importantes actos en los que participaba una pelota.

Fue el hogar lo que desencadenó los acontecimientos y cambió para siempre la vida de Falquián. Danae calculó mal el lanzamiento y la pelota rodó directamente hasta el interior de la chimenea. Sin pensarlo dos veces, la pequeña se encaminó allí y, antes de que su padre pudiera detenerla o gritar siquiera, puso la mano en las llamas y recuperó su juguete. Falquián se levantó de un salto con un

grito estrangulado y corrió hacia ella. La tomó en brazos y le observó atentamente la mano.

— ¿Qué pasa, padre? — le preguntó con voz calmada la princesa. Danae era una niña precoz que había comenzado a hablar muy pronto y que a su edad casi hablaba como una persona mayor.

— ¡La mano! ¡Te la has quemado! Sabes que no debes poner la mano en el fuego.

— No me he quemado — protestó la niña, levantándola y moviendo los dedos —. ¿Lo veis?

— No vuelvas a acercarte al fuego — ordenó.

— No, padre. — Se revolvió para que la dejara en el suelo y entonces se fue con la pelota a proseguir con sus juegos en un seguro rincón.

Falquián regresó turbado a su sillón. Uno puede poner la mano en el fuego y retirarla sin quemarse, pero le había parecido que Danae no la había movido tan deprisa. Falquián se puso a observar con más detenimiento a su hija. Como había estado muy ocupado los últimos meses, apenas la había mirado y en su lugar había aceptado simplemente el hecho de que ella estaba allí. Danae se encontraba en una edad en la que las transformaciones se suceden con gran velocidad, y en ese caso, al parecer, habían tenido lugar delante de la poco atenta mirada de Falquián. Al contemplarla ahora, no obstante, sintió una repentina opresión en el corazón. Aunque fuera increíble, se percataba por primera vez de algo: él y su esposa eran elenios, y su hija no.

Contempló durante largo rato a su hija estiria y entonces elaboró la única posible explicación.

— ¿Aphrael? — dijo con tono de estupefacción. Danae sólo se parecía un poco a Flauta, pero Falquián no veía otra posibilidad.

— ¿Sí, Falquián? — Su voz no traslució la más mínima sorpresa.

— ¿Qué has hecho con mi hija? — gritó, casi poniéndose en pie a causa de la agitación.

— No seáis ridículo, Falquián — respondió con calma —. Yo soy vuestra hija.

— Eso es imposible. ¿Cómo...?

— Sabéis que lo soy, padre. Estabais presente cuando nací. ¿Creíais que soy una niña cambiada por otra? ¿Algún estornino plantado en vuestro nido para suplantar a vuestro propio polluelo? Esa es una insensata superstición elenia, lo sabéis bien. Nosotros no hacemos nunca eso.

Comenzó a recobrar el control sobre sus emociones.

— ¿Piensas explicarme esto? — preguntó en el tono más apacible que pudo utilizar —. ¿O se supone que debo adivinarlo?

— No seáis malo, padre. Queríais hijos, ¿verdad?

— Bueno...

— Y madre es una reina. Debe dar a luz a un sucesor, ¿no es cierto?

— Desde luego, pero...

— No lo habría tenido.

— ¿Cómo?

— El veneno que le dio Annias la volvió estéril. No os formaréis idea de lo que me costó superar ese inconveniente. ¿Por qué creéis que Sephrenia se enojó tanto al descubrir que madre estaba embarazada? Ella conocía los efectos del veneno, por supuesto, y se enfadó mucho conmigo por intervenir..., seguramente más porque madre es elenia que por otra razón. Sephrenia es muy estrecha de miras a veces. Oh, sentaos, Falquián. Estáis ridículo encorvado de esa manera. Sentaos o poneos de pie, pero no os quedéis en el medio.

Falquián volvió a hundirse en el sillón, aquejado de vértigo.

— Pero ¿por qué? — preguntó.

— Porque os amo a vos y a madre. Ella estaba destinada a no tener hijos y yo tuve que modificar un poco su destino.

— ¿Y también habéis transformado el mío?

— ¿Cómo podría haberlo hecho? Sois Anakha, ¿recordáis? Nadie sabe cuál es vuestro destino. Siempre habéis representado un problema para nosotros. Muchos eran de la opinión de que no debíamos permitir que nacierais. Tuve que discutir durante siglos para convencer a los otros de que en verdad os necesitábamos. — Bajó la mirada hacia sí misma —. Voy a tener que prestar atención

al proceso de crecimiento, supongo. Antes fui estiria, y los estirios saben tomarse estas cosas muy bien. Los elenios sois más excitables y la gente comenzaría sin duda a hablar si conservara el físico de niña durante siglos. Supongo que deberé hacerlo correctamente esta vez.

— ¿Esta vez?

— Por supuesto. He nacido decenas de veces. — Hizo girar los ojos —. Me ayuda a mantener la juventud. — Su pequeña cara adoptó un aire de seriedad —. Fue terrible lo que ocurrió en el templo de Azash, padre, y tenía que ocultarme por un tiempo. El útero de madre fue un escondrijo perfecto, cómodo y seguro.

— Entonces sabíais lo que iba a suceder en Zemoch — la acusó.

— Sabía que iba a ocurrir algo, de modo que me limité a cubrir todas las posibilidades. — Frunció la rosada boquita con aire pensativo —. Esto podría ser muy interesante — declaró —. Nunca había sido una mujer adulta... y menos una reina. Ojalá mi hermana estuviera aquí. Me gustaría hablar con ella de esta cuestión.

— ¿Tu hermana?

— Sephrenia — respondió casi con expresión ausente —. Ella era la hija mayor de mis últimos padres. Es muy confortante tener una hermana mayor, ¿sabéis? Siempre ha sido muy sabia, y siempre me perdona cuando hago alguna tontería.

Un millar de detalles encajaron de pronto en la mente de Falquián, interrogantes para los que nunca le habían dado respuesta.

— ¿Qué edad tiene Sephrenia? — preguntó.

— Sabéis que no voy a contestar a eso, Falquián — repuso, suspirando —. Además, no estoy segura. Los años no tienen el mismo significado para nosotros que para vosotros. Grosso modo, no obstante, Sephrenia debe de tener cientos de años, tal vez mil..., aunque para mí no exista diferencia.

— ¿Dónde está ahora?

— Ella y Vanion se marcharon juntos. Sabíais lo que sentían uno por el otro, ¿verdad?

— Sí.

— Asombroso. Después de todo, parece que utilizáis los ojos para algo.

— ¿Qué están haciendo?

— Están ocupándose de mis asuntos. Yo estoy demasiado ocupada para atender el negocio esta vez y alguien tiene que regentar el establecimiento. Sephrenia puede responder a las plegarias igual que yo y, en fin de cuentas, no tengo tantos adoradores.

— ¿Es absolutamente necesario que adoptes ese tono tan vulgar? — le reprochó con voz quejumbrosa.

— Es que es una cuestión vulgar, padre. Vuestro dios elenio es quien se toma en serio a sí mismo. No lo he visto reír ni una sola vez. Mis fieles son mucho más sensatos. Como me aman, se muestran tolerantes con mis errores. — Se echó a reír de repente, subió a su regazo y lo besó —. Sois el mejor padre que he tenido nunca, Falquián. Puedo hablaros realmente de estas cuestiones sin que se os salten los ojos de las órbitas. — Apoyó la cabeza sobre su pecho —. ¿Qué ha estado ocurriendo, padre? Sé que las cosas no van bien, pero Mirtai siempre me lleva a hacer la siesta cuando la gente viene a presentaros informes, así que apenas me entero de nada.

— No ha sido ésta una buena época para el mundo, Aphrael — respondió gravemente —. El tiempo ha sido muy malo, y ha habido hambrunas y epidemias. Nada parece producir del modo como debiera. Si yo fuera mínimamente supersticioso, diría que el mundo entero está sujeto a un largo hechizo de espantosa mala suerte.

— Es culpa de mi familia, Falquián — reconoció la diosa —. Comenzamos a sentir una gran compasión por nosotros mismos después de lo que le sucedió a Azash y por ello no hemos estado atentos a nuestras obligaciones. Creo que quizá sea hora de que todos crezcamos. Hablaré con los demás y os comunicaré lo que hayamos decidido.

— Te lo agradecería. — Falquián no podía acabar de creer que estaba sosteniendo realmente

aquella conversación.

— Aún tenemos un problema — declaró Aphrael.

— ¿Sólo uno?

— Basta de bromas. Hablo en serio. ¿Qué vamos a decirle a madre?

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Falquián, con los ojos súbitamente muy abiertos —. No había pensado en ello.

— Deberemos decidirlo ahora mismo, y no me gusta tomar resoluciones precipitadas. Le costaría mucho dar crédito a todo esto, ¿verdad? En especial cuando ello supondría tener que aceptar el hecho de que es estéril y que yo estoy aquí como consecuencia de mi propia decisión en lugar de sus apetitos personales y su fertilidad. ¿Se le partirá el corazón si le explico quién soy en realidad? Falquián reflexionó sobre ello. Conocía a su esposa mejor de lo que podía conocerla cualquier otra persona en el mundo. Recordó, estremecido, aquella momentánea expresión de angustia que había asomado a sus ojos cuando él había sugerido que su ofrecimiento del anillo había sido una equivocación.

— No — decidió al fin —, no podemos decírselo.

— Ya me lo parecía, pero quería estar segura.

— ¿Por qué la incluíste a ella en ese sueño, el de la isla? ¿Y por qué soñó lo que había ocurrido en el templo? Era casi como si hubiera estado allí.

— Ella estuvo allí, padre. Había de estar necesariamente. No me hallaba en posición de irme por ahí y dejarla a ella aquí. Dejadme bajar, por favor. Apartó los brazos con que la rodeaba y la pequeña se dirigió a la ventana.

— Venid aquí, Falquián — lo llamó al cabo de un momento.

— ¿Qué sucede? — le preguntó, reuniéndose con ella junto a la ventana.

— Madre ha vuelto. Está abajo en el patio con Mirtai y Talen.

— Sí — acordó, mirando tras el cristal.

— Un día seré reina, ¿verdad?

— A menos que decidas arrojarlo todo por la borda e irte a guardar cabras a otro sitio, sí.

— Necesitaré un paladín entonces, ¿no es cierto? — comentó, haciendo caso omiso del sarcasmo.

— Supongo que sí. Yo podría ocuparme de ello si quieres.

— ¿Cuando tengáis ochenta años? En estos momentos tenéis un aspecto bastante imponente, pero sospecho que os volveréis un poco decrépito al envejecer.

— No seas cruel.

— Perdonad. Y también necesitaré un príncipe consorte, ¿no es así?

— Es lo habitual. ¿Pero por qué me hablas de eso ahora?

— Quiero que me deis vuestra opinión, padre, y vuestro consentimiento.

— ¿No es un poco prematuro? Sólo tienes cuatro años.

— Nunca es demasiado pronto para empezar a pensar en esas cosas. — Señaló al patio —. Me parece que ese de allá abajo me convendrá, ¿no creéis? — Hablaba casi con el mismo desparpajo con el que elegiría una nueva cinta para el pelo.

— ¿Talen?

— ¿Por qué no? Me gusta. Va a convertirse en un caballero: sir Talen, aunque os parezca mentira. Es divertido y, en el fondo, mucho mejor chico de lo que aparenta. Además, puedo ganarle a las damas, ya que no podemos pasarnos todo el tiempo en la cama como hacéis vos y madre.

— ¡Danae!

— ¿Qué? — Levantó la mirada hacia él —. ¿Por qué os habéis puesto colorado, padre?

— Da igual. Tú vigila lo que dices, jovencita, o le diré a madre lo que en verdad eres.

— Estupendo — replicó sin inmutarse —, y entonces yo le contaré lo de Lillias. ¿Cómo os sentaría?

Se miraron a la cara y luego se echaron a reír.

Una semana más tarde, Falquián se encontraba sentado frente a un escritorio en la habitación que utilizaba como oficina, fijando una furibunda mirada a la última propuesta de Lenda, una absurda idea que casi doblaría la nómina del gobierno. Garabateó una sarcástica nota al pie de página: «¿Por qué no ponemos a todos los habitantes del reino de empleados del gobierno, Lenda? Así podríamos morirnos de hambre todos juntos».

Se abrió la puerta y su hija entró arrastrando por una pierna un animalillo de felpa de aspecto lamentable.

— Estoy ocupado, Danae — advirtió secamente.

La niña cerró con firmeza la puerta.

— Sois un gruñón, Falquián — lo acusó tajantemente.

El caballero se apresuró a mirar en derredor, se encaminó a la puerta de la estancia contigua y cerró con cuidado la puerta.

— Lo siento, Aphrael — se disculpó —. La verdad es que no estoy de muy buen humor.

— Ya me había fijado. Todo el mundo en palacio ha reparado en ello. — Levantó el muñeco —. ¿Querríais darle una patada a Rolló? A él no le importaría, y os descargaría mucho.

Exhaló una carcajada, sintiéndose un poco ridículo.

— Es Rollo, ¿verdad? Tu madre solía arrastrarlo exactamente como tú... antes de que perdiera el relleno.

— Lo hizo volver a llenar y me lo dio — dijo Aphrael —. Supongo que debo llevarlo por todas partes, aunque no acierto a comprender para qué. En realidad preferiría tener un cabritillo.

— Se trata de algo importante, ¿no es así?

— Sí. Sostuve una larga charla con los otros.

Se espantó al considerar las implicaciones contenidas en aquella simple afirmación.

— ¿Qué dijeron?

— No se mostraron nada agradables, padre. Todos me hicieron responsable a mí de lo sucedido en Zemoch. Ni siquiera quisieron escucharme cuando intenté explicarles que fue por culpa vuestra.

— ¿Por mi culpa? Gracias.

— No van a colaborar en nada — continuó —, de manera que me temo que todo dependerá de vos y de mí.

— ¿Nosotros vamos a arreglar el mundo? ¿Solos?

— No es tan difícil, padre. He realizado algunos preparativos. Nuestros amigos comenzarán a llegar muy pronto. Comportaos como si os sorprendiera verlos y después no dejéis que se vayan.

— ¿Van a ayudarnos?

— Van a ayudarme a mí, padre. Necesitaré que estén a mi alrededor cuando haga esto. Será preciso que reciba una gran cantidad de amor para que dé resultado. Hola, madre — saludó sin siquiera volverse hacia la puerta.

— Danae — reprendió Ehlana a su hija —, sabes que no debes molestar a tu padre cuando está trabajando.

— Rollo quería verlo, madre — mintió sin esfuerzo Danae —. Ya le he dicho que no teníamos que molestar a padre cuando está ocupado, pero ya sabéis cómo es Rollo. — Lo decía con tanta seriedad que casi resultaba creíble. Entonces alzó el zarrapastroso animalillo y agitó el dedo frente a su cara —. Malo, malo — lo regañó.

Ehlana rió y corrió hacia su hija.

— ¿No es adorable? — preguntó alegremente a Falquián, arrodillándose para abrazar a la niña.

— Oh, sí. — Sonrió —. No cabe duda. Es incluso más hábil que vos en estas cuestiones. — Puso expresión de pesar —. Creo que mi destino es permanecer atrapado entre los dedos de un par de muchachitas que se valen de toda suerte de artimañas.

La princesa Danae y su madre pegaron las mejillas y le dedicaron una casi idéntica mirada de artificiosa inocencia.

Sus amigos comenzaron a llegar al día siguiente, y cada uno de ellos tenía un motivo

perfectamente lógico para hallarse en Cimmura. En su mayoría, dichos motivos estaban relacionados con la exposición de malas noticias. Ulath había venido de Emsat para informar que los años de abuso del alcohol habían acabado por causar estragos en el hígado del rey Wargun. «Tiene la tez del color de un albaricoque», les aseguró el fornido thalesiano. Tynian les comunicó que el anciano rey Obler parecía haberse instalado definitivamente en la fase de chochez, y Bevier anunció que los informes procedentes de Rendor señalaban que era muy probable que se produjera un nuevo levantamiento eshandista. En marcado contraste con todo ello, Stragen explicó que sus negocios habían mejorado sensiblemente, lo cual tampoco podía interpretarse como un buen síntoma.

Pese a todas las malas noticias, aprovecharon lo que parecía ser una mera coincidencia para pasar varios días juntos.

Era estupendo volver a tenerlos a su alrededor, decidió Falquián una mañana al levantarse sigilosamente para no despertar a su mujer, pero aquello de trasnochar con ellos y luego haber de levantarse temprano para atender a sus otros quehaceres lo estaba dejando falto de sueño.

— Cerrad la puerta, padre — dijo en voz baja Danae cuando salió del dormitorio.

La niña estaba acurrucada en un amplio sillón cerca del fuego, vestida con camisón, y sus pies desnudos tenían unas reveladoras manchas de hierba en la planta.

Falquián asintió, cerró la puerta y se acercó a la chimenea.

— Ya están todos aquí — constató Danae —, de modo que ya podemos pasar a la acción.

— ¿Qué vamos a hacer exactamente? —le preguntó.

— Vos vais a proponer una salida al campo.

— Necesito un motivo para ello, Danae. El tiempo no es el indicado para excursiones.

— Cualquier motivo bastará, padre. Inventad algo y sugeridlo. Todos opinarán que es una magnífica idea, os lo garantizo. Llevadlos hacia Demos. Sephrenia, Vanion y yo nos reuniremos con vosotros cerca de las afueras de la ciudad.

— ¿Te importaría aclararme un poco más todo esto? Tú ya estás aquí.

— También estaré allí, Falquián.

— ¿Vas a estar en dos sitios al mismo tiempo?

— No es tan difícil, Falquián. Lo hacemos continuamente.

— Puede que sí, pero ésa no es la manera más conveniente de mantener en secreto tu identidad.

— Nadie sospechará nada. Adoptaré la apariencia de Flauta ante ellos.

— No existe gran diferencia entre tú y Flauta.

— Tal vez no para vos, pero los demás me ven algo distinta. — Se levantó de la silla —. Ocupaos de ello, Falquián — le encomendó con un alegre manoteo. Después se encaminó a la puerta, arrastrando negligentemente a Rollo.

— Me rindo — murmuró Falquián.

— Os he oído, padre — dijo sin siquiera volverse.

Cuando todos se reunieron para desayunar, fue Kalten quien proporcionó a Falquián la ocasión que acechaba.

— Me gustaría que hubiera alguna manera de que pudiéramos salir de Cimmura y pasar unos cuantos días fuera — declaró el rubio pandion. Miró a Ehlana —. No es mi intención ofenderos, Majestad, pero el palacio no es el lugar más indicado para una reunión de amigos. Cada vez que conseguimos un clima favorable, llega algún cortesano reclamando la inmediata atención de Falquián.

— Tienes razón en eso — acordó Ulath —. Una buena reunión se parece mucho a una buena refriega de taberna. No resulta muy divertido si la interrumpen cada vez que adquiere brío.

De improviso, Falquián recordó algo.

— ¿Hablabais en serio el otro día, cariño? — preguntó a su esposa.

— Siempre hablo en serio, Falquián. ¿A qué día os referís?

— Aquel en que me planteabais la posibilidad de concederme un ducado.

— Llevo cuatro años intentándolo. No sé por qué sigo molestándome. Siempre sacáis alguna excusa para declinarlo.

— No debería hacerlo, supongo..., al menos no hasta haber tenido ocasión de echarle un vistazo.

— ¿Qué os proponéis, Falquián? — inquirió la reina.

— Necesitamos un sitio donde podamos celebrar ininterrumpidamente la alegría de tener a nuestros amigos con nosotros, Ehlana.

— Y pelearnos — agregó Ulath.

— De todas formas — prosiguió Falquián, sonriendo al caballero thalesiano —, debería ir a darle una ojeada a ese ducado. Se encuentra cerca de Demos, si mal no recuerdo. Y tampoco estaría mal que fuéramos a observar en qué condiciones se halla la casa solariega.

— ¿Todos? — preguntó Ehlana.

— Nunca vienen mal unos consejos cuando alguien trata de tomar una decisión. Creo que todos deberíamos echar un vistazo a ese ducado. ¿Qué pensáis los demás?

— La fuerza de un buen dirigente reside en su capacidad de hacer que lo evidente parezca innovador — sentenció Stragen.

— Además, deberíamos salir más a menudo, querida — dijo Falquián a su mujer —. Podemos tomarnos unas breves vacaciones, y lo único de que deberemos preocuparnos realmente es de si Lenda pone a una docena de parientes suyos en la nómina pública durante nuestra ausencia.

— Os deseo toda la diversión del mundo, amigos míos — declinó Platimo —, pero soy una persona bondadosa y me apena ver cómo un caballo hecho y derecho se viene abajo y gime cada vez que lo monto. Me quedaré aquí y vigilaré a Lenda.

— Podéis viajar en el carruaje — le dijo Mirtai.

— ¿Qué carruaje es ése, Mirtai? — preguntó Ehlana.

— En el que vais a ir vos para no enfriaros.

— No necesito ningún carruaje.

— ¡Ehlana! — espetó Mirtai, sacando chispas por los ojos —. ¡No repliquéis!

— Pero...

— ¡A callar, Ehlana!

— Sí, Mirtai — suspiró, sumisa, la reina.

Iniciaron la salida con un aire festivo que incluso captó Faran, el cual, como contribución al festejo, consiguió pisarle a Falquián los dos pies a la vez mientras éste intentaba montar.

El tiempo pareció quedar en suspenso tras su partida. Las nubes que encapotaban el cielo no eran tan espesas y el penetrante frío que había caracterizado el invierno cedió paso a una temperatura, si no cálida, al menos soportable. No había siquiera un soplo de brisa, lo cual hizo rememorar con inquietud a Falquián aquel interminable momento que el dios troll Ghnomb había paralizado a petición suya al este de Paler.

Dejaron Cimmura atrás y siguieron el camino de Lenda y Demos. La decisión tomada por Mirtai de que la pequeña princesa debía quedarse en palacio a cargo de su niñera porque el tiempo no era el adecuado para que viajara ahorró a Falquián la perturbadora posibilidad de ver a su hija en dos lugares a la vez. Falquián preveía un titánico enfrentamiento de voluntades pendiente en el futuro. Llegaría el momento en que Mirtai y Danae librarían un férreo pulso, cuyo desarrollo, por otra parte, sentía curiosidad por observar.

No lejos del lugar donde habían topado con el Buscador, encontraron a Sephrenia y Vanion sentados junto a una pequeña hoguera, y a Flauta, según su costumbre, sentada en la rama de un roble cercano. Vanion, mucho más rejuvenecido y con mejor aspecto del que había presentado desde hacía años, se levantó para saludar a sus amigos. A Falquián no le sorprendió ver que Vanion llevaba un sayo estirio y no iba armado.

— Confío en que os haya ido bien — deseó el alto pandion al desmontar.

— Tolerable, Falquián. ¿Y vos?

— No tengo motivo de queja, mi señor.

Y entonces abandonaron aquella impávida actitud y se abrazaron con cierta torpeza mientras los demás se reunían en torno a ellos.

— ¿A quién han elegido para sustituirme como preceptor? — preguntó Vanion.

— Hemos estado presionando a la jerarquía para que nombre a Kalten, mi señor — le respondió Falquián con afabilidad.

— ¿Cómo?— Vanion tenía una expresión apesadumbrada.

— Falquián — reprochó Ehlana a su marido—, sois cruel.

— Sólo intenta hacerse el gracioso, Vanion — declaró agriamente Kalten —. A veces tiene el humor tan retorcido como la nariz. En realidad es él quien ocupa el cargo.

— ¡Loado sea Dios! — exclamó fervientemente Vanion.

— Dolmant ha estado tratando de convencerlo para que acepte un nombramiento definitivo, pero nuestro amigo aquí presente no para de hacerse el remilgado aduciendo no sé qué tonterías de que ya tiene demasiado trabajo.

— Si me obligáis a dedicarme a tantas actividades, me voy a quedar en los huesos — se quejó Falquián.

Ehlana había estado observando con cierta reverencia a Flauta quien, como de costumbre, estaba sentada en la rama de un árbol con los pies manchados de hierba cruzados sobre los tobillos y el caramillo en la boca.

— Tiene exactamente el mismo aspecto que tenía en aquel sueño — murmuró a Falquián.

— No cambia nunca — repuso Falquián —. Bueno, no demasiado, en todo caso.

— ¿Está permitido hablarle? — La reina tenía un poco cara de susto.

— ¿Por qué os quedáis ahí plantada susurrando, Ehlana? — le preguntó Flauta.

— ¿Qué forma de tratamiento debo darle? — consultó nerviosamente la reina a su marido.

— Llamadla Flauta — indicó, encogiéndose de hombros —. El otro nombre que tiene es un tanto ceremonioso.

— Ayudadme a bajar, Ulath — ordenó la niña.

— Sí, Flauta — respondió automáticamente el thalesiano. Se encaminó al árbol y, tomando en brazos a la pequeña divinidad, la depositó en la parda hierba invernal.

Flauta se aprovechó descaradamente del hecho de que como Danae ya conocía a Stragen, Platimo, Kring y Mirtai, aparte de su madre, y se dirigió a ellos con una abierta familiaridad que no hizo más que aumentar la admiración que los embargaba. Mirtai en particular parecía bastante afectada.

— ¿Y bien, Ehlana — dijo al fin la niña —, vamos a quedarnos aquí de pie mirándonos? ¿No vais a darme siquiera las gracias por el espléndido marido que os proporcioné?

— Estáis haciendo trampa, Aphrael — la regañó Sephrenia.

— Ya lo sé, querida hermana, pero es tan divertido...

Ehlana no pudo menos que echarse a reír y tendió los brazos. Flauta gritó con entusiasmo y corrió hacia ella. Flauta y Sephrenia acompañaron a Ehlana, Mirtai y Platimo en el carruaje. Justo antes de ponerse en marcha, la pequeña diosa sacó la cabeza por la ventana.

— Talen — llamó con voz dulce.

— ¿Qué? — contestó éste con tono receloso.

Falquián sospechó que Talen había tenido una de aquellas escalofriantes premoniciones que asaltan a los jóvenes y a los ciervos casi de idéntica forma al intuir que alguien trata de cazarlos.

— ¿Por qué no venís con nosotros en el carruaje? — sugirió Aphrael con voz melindrosa.

Talen miró con cierta aprensión a Falquián.

— Adelante — le dijo éste. Talen era su amigo, de eso no había duda... pero Danae era, en fin de cuentas, su hija.

Volvieron a ponerse en marcha. Tras recorrer varios kilómetros, Falquián comenzó a experimentar una vaga inquietud. A pesar de haber viajado por el camino de Cimmura a Demos desde su juventud, ahora éste se le antojaba repentinamente extraño. Había colinas en lugares donde

no debiera haberlas, y pasaron junto a una extensa y próspera granja que no había visto antes. Comenzó a consultar su mapa.

— ¿Qué ocurre? — le preguntó Kalten.

— ¿Es posible que nos hayamos desviado por donde no debíamos?

Llevo viajando por este camino, de ida y vuelta, durante más de veinte años y de repente las marcas habituales del terreno se han esfumado.

— Oh, estupendo, Falquián — exclamó sarcásticamente Kalten. Se volvió y miró por encima del hombro a los demás —. Nuestro glorioso líder se las ha compuesto para llevarnos por un camino equivocado — anunció —. Lo hemos seguido ciegamente cruzando medio mundo y ahora va y se pierde a menos de cinco leguas de casa. No sé vosotros, pero yo estoy notando un bajón en la confianza depositada en él.

— ¿Prefieres guiar tú? — le preguntó sin rodeos Falquián.

— ¿Y perderme la ocasión de quedarme ahí atrás, quejándome y criticando? No seas idiota.

Era evidente que no llegarían a ningún destino reconocible antes de que anocheciera, y no habían salido preparados para acampar a la intemperie. La alarma de Falquián crecía por momentos.

— ¿Qué sucede, Falquián? — preguntó Flauta, asomándose a la ventana del carruaje.

— Vamos a tener que encontrar algún sitio para pasar la noche — respondió —, y hace más de quince kilómetros que no nos cruzamos con ninguna clase de edificio.

— Limitaos a seguir cabalgando, Falquián — le indicó.

— Va a oscurecer dentro de poco, Flauta.

— Entonces mayor motivo para aligerar el paso. — Desapareció de nuevo en el interior del vehículo.

Remontaron una colina con el crepúsculo y divisaron un valle que de ningún modo podía hallarse donde estaba. La tierra descendía en suaves ondulaciones, cubierta de abundante hierba y salpicada de trecho en trecho de bosquecillos de abedules de blanco tronco. En medio de la ladera había una casa baja de techo de paja de cuyas ventanas emanaba una cálida luz de velas.

— Quizá nos den hospedaje — sugirió Stragen.

— Deprisa, caballeros — los animó Flauta desde el carruaje —. La cena está esperando y no conviene que se enfríe.

— Disfruta haciéndole eso a la gente, ¿verdad? — comentó Stragen.

— Oh, sí — convino Falquián —, probablemente más que con cualquier otra cosa que hace.

Si hubiera sido más pequeña, la casa habría podido recibir el nombre de choza, pero las habitaciones eran espaciosas y muy numerosas. El mobiliario era rústico pero bien hecho, había velas por todas partes y cada chimenea, escrupulosamente limpia, tenía una alegre hoguera encendida. Había una larga mesa en la sala central, en la que hallaron servido lo que sólo podía definirse como un banquete. En el edificio no había, no obstante, ni un alma.

— ¿Os gusta? — preguntó Flauta con expresión ansiosa.

— ¡Es preciosa! — exclamó Ehlana, abrazando impulsivamente a la pequeña.

— Lo siento muchísimo — se disculpó Flauta —, pero no he podido superar mis escrúpulos y ofreceros jamón. Sé que a todos los elenios os encanta, pero... — Se estremeció.

— Me parece que nos conformaremos con lo que hay allí, Flauta — le aseguró Kalten, vigilando la mesa con ojos encendidos —, ¿no os parece, Platimo?

— Oh, por Dios que sí, Kalten — acordó con entusiasmo el gordo ladrón, mirando casi con reverencia la comida —. Es perfecto.

Todos comieron más de lo que era conveniente y después permanecieron sentados, suspirando con el más placentero de los malestares.

Berit rodeó la mesa y se inclinó sobre el hombro de Falquián.

— Está volviendo a hacerlo, Falquián — murmuró el joven caballero.

— ¿Haciendo qué?

— Los fuegos han estado ardiendo desde que llegamos aquí y todavía no hay que añadirles leña,

y las velas no están derritiéndose lo más mínimo.

— Es su casa, supongo. — Falquián se encogió de hombros.

— Lo sé, pero... — Berit parecía incómodo —. No es natural — sentenció al fin.

— Berit — señaló Falquián, sonriendo bondadosamente —, acabamos de recorrer cabalgando un paraje de localización imposible para llegar a una casa que no se encuentra realmente aquí y dar cuenta de un banquete que nadie ha preparado, ¿y vos os preocupáis por menudencias tales como velas que arden perpetuamente y chimeneas que no necesitan leña?

Berit se echó a reír y volvió a sentarse.

La niña diosa se tomó muy en serio sus obligaciones de anfitriona. Incluso parecía ansiosa cuando los acompañó a sus habitaciones y les explicó minuciosamente detalles que bien hubiera podido omitir.

— Es una criatura encantadora, ¿verdad? — dijo Ehlana a Falquián cuando se quedaron solos —. Parece tan sumamente preocupada por la comodidad y el bienestar de sus huéspedes...

— Los estirios son un poco más despreocupados en estas cuestiones — explicó Falquián —. Flauta no está del todo acostumbrada a los elenios, y la ponemos nerviosa. — Sonrió —. Está esforzándose mucho por causar una buena impresión.

— Pero ¡si es una diosa!

— De todas formas se pone nerviosa.

— ¿Son imaginaciones mías, o se parece mucho a nuestra Danae?

— Todas las niñas son similares, supongo — respondió prudentemente —, igual que los niños.

— Tal vez — concedió Ehlana —, pero parece incluso que desprende el mismo olor que Danae, y a las dos les gusta mucho que las besen. — Hizo una pausa y entonces se le iluminó el semblante —. Deberíamos presentarlas. Se llevarían muy bien y serían magníficas amigas.

Falquián casi se atragantó al escuchar tal propuesta.

El ritmo del repiqueteo de cascos le era familiar, y fue ello más que otra cosa lo que despertó a Falquián a la mañana siguiente. Murmuró una imprecación y se sentó en la cama.

— ¿Qué ocurre, querido? — preguntó Ehlana con voz soñolienta.

— Faran se ha soltado — contestó con tono irritado —. De alguna manera ha conseguido librarse de la cuerda que lo ataba.

— No se escapará, ¿verdad?

— ¿Y perderse la diversión que le proporcionará el hecho de pasar toda la mañana justo fuera de mi alcance? Desde luego que no.

Falquián se puso una bata y se dirigió a la ventana. Únicamente entonces oyó el sonido del caramillo de Flauta.

El cielo estaba encapotado sobre aquel misterioso valle, como lo había estado todo el invierno. Unas nubes sombrías y de mal agüero, extendidas de uno a otro horizonte, corrían en lo alto barridas por las ráfagas de viento.

Faran avanzaba a calmoso trote trazando una trayectoria circular en un amplio prado cercano a la casa. No llevaba silla ni brida, y su andar tenía algo de gozoso. Flauta estaba tumbada de espaldas sobre su lomo con el caramillo en los labios, la cabeza cómodamente apoyada entre los hombros, las rodillas cruzadas y un piececillo suelto con el que marcaba el compás en las ancas del gran ruano. La escena le resultó tan conocida a Falquián que sólo acertó a seguir mirando.

— Ehlana — llamó al cabo —, me parece que te interesará ver esto.

— ¿Qué demonios está haciendo? — exclamó la reina al mirar por la ventana —. Id a pararlos, Falquián. Se caerá y se hará daño.

— No, seguro que no. Ella y Faran ya han jugado otras veces de este modo. Él no dejaría que se cayera... si es que ello fuera posible.

— ¿Qué están haciendo?

— No tengo la más remota idea — admitió, si bien ello no era del todo cierto —. Sin embargo, creo que es algo importante — añadió.

Se asomó a la ventana y miró primero a la izquierda y luego a la derecha. Los demás estaban todos pegados a los cristales, observando con expresión de asombro a su pequeña anfitriona.

El racheado viento zozobró y a poco amainó del todo, en tanto Flauta seguía interpretando su cadenciosa melodía y la hierba reseca del patio dejó de producir el sonido de su roce de materia muerta.

Los gozosos trinos de la canción de la niña diosa se elevaron hacia el cielo mientras Faran continuaba dando incansables vueltas por el prado. En la opresiva lobreguez que cubría la tierra se abrió un claro que fue ensanchándose, y en él apareció un cielo de intenso azul salpicado de aborregadas nubes doradas por el sol del amanecer.

Falquián y los otros alzaron con asombro la mirada hacia aquel cielo tan súbitamente revelado y, como sucede a veces con los niños, vieron dragones y grifos rosados prendidos de algún modo a la maravilla de las nubes que se separaban y se unían, apilándose unas sobre otras para después despegarse al tiempo que los espíritus del aire, de la tierra y del cielo se unían para dar la bienvenida a aquella primavera que el mundo había temido que no llegara jamás.

La diosa niña Aphrael se puso en pie y se mantuvo erguida sobre el prominente lomo del ruano, con el reluciente pelo negro ondeando tras ella y el sonido de su flauta elevándose para saludar la salida del sol. Después, sin dejar de tocar, se puso a bailar, girando y oscilando y moviendo velozmente los piececillos manchados de hierba al ritmo de su alegre canción.

La tierra y el cielo y el lomo de Faran eran, mientras danzaba, una misma cosa para Aphrael y por ello tan pronto daba vueltas en el aire como en la ahora verde hierba o encima del caballo.

Paralizados de admiración, seguían mirando desde la casa que realmente no se hallaba en aquel lugar, y su sombría melancolía se disipó. Sus corazones se ensancharon, llenándose de la alegría de la siempre novedosa canción de redención y renovación que la diosa niña interpretaba para ellos, pues por fin el temible invierno había acabado y la primavera había regresado de nuevo.